

K. BROMBERG

DRIVEN

VENCIDOS POR EL AMOR

SERIE DRIVEN 3

CHIC



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada.

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo 1
Epílogo 2

Agradecimientos
Sobre la autora

DRIVEN.

VENCIDOS POR EL AMOR

K. Bromberg

Serie Driven 3

Traducción de Andrea Quesada para

Principal Chic.



DRIVEN. VENCIDOS POR EL AMOR

V.1: Enero, 2019

Título original: *Crashed*

© K. Bromberg, 2014

© de la traducción, Andrea Quesada, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Valua Vitaly - Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-50-8

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

DRIVEN. VENCIDOS POR EL AMOR

La vida no es sobrevivir a la tormenta, sino aprender a bailar bajo la lluvia

Colton Donovan, el irreverente piloto, acaba de sufrir un terrible accidente en una carrera.

Tras pasar varias semanas en el hospital, no solo tiene por delante la recuperación física.

Colton deberá dejar atrás su pasado para poder construir un futuro junto a Rylee y hacerse con el mayor de los trofeos: el amor.

Llega el final de una trilogía apasionante que ha cautivado a un millón de lectores

«El romance entre Rylee y Colton sigue ardiendo en las páginas de esta trilogía emocionante y adictiva.»

Katy Evans, autora *best seller*

«Una tercera parte de alto voltaje y llena de emoción. Bromberg lo clava desde la primera hasta la última página.»

Kylie Scott, autora *best seller*

*A mi madre y a mi padre.
Gracias por enseñarme que la vida no consiste en sobrevivir
a la tormenta, sino en aprender a bailar bajo la lluvia.
Y, por fin, estoy bailando.*

Prólogo

Pum. Pum. Pum.

Me encojo de dolor cuando el sonido reverberante resuena en mis oídos.

Pum. Pum. Pum.

Estoy rodeado por un ruido blanco estruendoso, pero que a la vez es misteriosamente silencioso. Todo a mi alrededor está sumido en el silencio, excepto por ese sonido incesante.

¿Qué narices es?

¿Por qué cojones hace tanto calor? Incluso veo las ondas que las altas temperaturas provocan sobre el asfalto, pero estoy helado.

«¡Hostia puta!», pienso.

Vislumbro algo a mi derecha: un trozo de metal destrozado, neumáticos deshinchados, trozos de tapicería arrancados... Me quedo observándolo porque es lo único que puedo hacer. Becks me matará por haberme cargado el coche. Me dará una paliza y me romperá en mil pedacitos, como las piezas del coche que están esparcidas sobre la pista. ¿Qué cojones ha pasado?

Empiezo a tener sudores fríos y la inquietud se apodera de mí.

El corazón me late desbocado.

Percibo pequeños retales de confusión que bailan en los recovecos de mi consciencia. Cierro los ojos con fuerza y trato de detener el martilleo que retumba en mi cabeza. No consigo pensar con claridad. Los pensamientos se me escapan; es

como si mis ideas fueran arena que se filtra entre mis dedos cuando

intento aferrarme a ellas.

Pum. Pum. Pum.

Abro los ojos e intento localizar el maldito ruido que aumenta el dolor que siento...

«... placer para enterrar el dolor...».

Oigo esas palabras en mi mente y sacudo la cabeza para intentar comprender qué está pasando. De repente, lo veo: pelo negro que necesita un corte; manos pequeñas que sostienen un helicóptero; una tirita de Spiderman enrollada alrededor de un dedo índice que está haciendo girar las hélices de mentira del juguete.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

—*Pum. Pum. Pum* —dice en voz muy baja.

Entonces, ¿por qué suena tan fuerte? Veo unos ojos verdes que me observan a través de unas pestañas negras y espesas; es la inocencia personificada. En ese instante, clava la vista en mí, deja de darle vueltas a la hélice e inclina la cabeza hacia un lado para estudiarme con atención.

—Hola —digo, y la palabra reverbera en el silencio ensordecedor del espacio que hay entre nosotros.

Algo no va bien.

Nada bien.

Mi mente sigue dispersa y confusa; no entiendo nada.

Sus ojos verdes me consumen.

La ansiedad que siento disminuye cuando sonrío ligeramente y se le forma un hoyuelo en la mejilla.

—Se supone que no tengo que hablar con desconocidos —comenta, y se cuadra de hombros para aparentar ser el chico mayor que desea ser.

—Es una buena norma. ¿Te la enseñó tu madre?

«¿Por qué me resulta tan familiar?», pienso.

Se encoge de hombros, despreocupado. Me recorre el cuerpo con la mirada y, después, la fija en mis ojos. Aparta la vista y observa algo que hay detrás de mí, pero por alguna razón, no consigo dejar de mirarlo para ver qué le ha llamado la atención. No solo porque es el niño más mono que he visto en mi vida, no, sino porque es como si ejerciera una fuerza extraña sobre mí contra la que no puedo luchar.

El niño frunce el ceño ligeramente, se agacha y se toca otra tirita de superhéroes que apenas le cubre la herida que tiene en la rodilla.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

«¡Cállate de una puta vez!», quiero gritar a los demonios que habitan en mi mente. No tienen derecho a estar ahí... No tienen derecho a acechar a este pobre niño, y, sin embargo, no dejan de dar vueltas a su alrededor como si estuvieran en un ti vivo. «Como mi coche, que debería estar dando vueltas por la pista del circuito ahora mismo». Entonces, ¿por qué estoy avanzando hacia este niño tan raro en lugar de prepararme para la bronca que me echará Becks y que, a juzgar por el estado del coche, me merezco?

Pero no puedo resistirme.

Doy otro paso en su dirección. Actúo con cuidado y deliberadamente, como cuando estoy con los chicos en el hogar.

Los chicos.

Rylee.

Tengo que verla.

«Ya no quiero estar solo».

Necesito sentir su tacto.

«Ya no quiero estar roto».

¿Por qué estoy nadando en un mar de confusión? Avanzo un paso más a través de la niebla y me dirijo hacia un inesperado rayo de luz.

«Sé la chispa de mi vida».

—Te has hecho mucha pupa...

El niño resopla. Está tan mono cuando pone esa cara tan seria... Tiene la nariz bañada de pecas y frunce el ceño mientras me observa con una mirada de confusión.

«¡Gracias, sabelotodo!».

Y encima va de listo. «Los niños así me caen bien», pienso. Contengo la risa mientras fija la vista detrás de mí por tercera vez. Empiezo a darme la vuelta para ver qué está mirando, pero su voz me detiene.

—¿Estás bien?

¿Cómo?

—¿A qué te refieres?

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo—. Parece que estás roto.

—¿De qué hablas?

Avanzo un paso más hacia él. Mis pensamientos evasivos se mezclan con la seriedad de su tono de voz y la preocupación reflejada en su rostro. Me está poniendo nervioso.

—Pues yo creo que tienes pinta de estar roto —susurra, y hace girar la hélice de su helicóptero con los dedos envueltos en tiritas. Después señala hacia mi cuerpo.

Noto que mi ansiedad aumenta hasta que bajo la vista y veo mi traje ignífugo intacto. Me palpo el cuerpo con las manos para asegurarme.

—No —contesto—. Estoy bien, colega. ¿Lo ves? Estoy como una rosa —añado, y respiro aliviado. El chavalín me había asustado por un momento.

—Que no, tonto —contesta. Pone los ojos en blanco, resopla, frustrado, y señala detrás de mí—. Mira. Estás roto.

Me doy la vuelta. Su tono de voz calmado me desconcierta.

Se me para el corazón.

Pum.

Se me corta la respiración.

Pum.

Se me congela el cuerpo.

Pum.

Parpadeo una y otra vez, y trato de apartar la imagen que tengo delante de mí, pero se filtra a través de una neblina viscosa que me envuelve el cerebro.

Spiderman. Batman. Superman. Ironman.

Joder. No. No. No. No.

—¿Lo ves? —dice con voz angelical—. Te lo he dicho.

No. No. No. No.

El aire regresa a mis pulmones. Me obligo a tragar saliva a pesar del nudo que se me ha formado en la garganta.

Y ahora lo veo: el caos que hay frente a mis ojos. Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo puede ser que esté aquí y allí a la vez?

Pum. Pum. Pum.

Trato de moverme. Intento correr, joder. Quiero decirles que estoy aquí, que estoy bien, pero mis pies no responden al pánico que se ha desatado en mi cerebro.

No. No estoy allí. Solo estoy aquí. Sé que estoy bien y que estoy vivo, porque siento cómo se me corta la respiración cuando doy un paso más para ver la escena mejor. Me invade una sensación de terror horrible, porque lo que veo... No puede ser... No es posible, joder.

Spiderman. Batman. Superman. Ironman.

El ligero ruido de la sierra me devuelve a la realidad y veo que el equipo médico está cortando el casco del piloto. En cuanto lo parten por la mitad, me siento como si me explotara la cabeza. Me fallan las piernas y caigo de rodillas. El dolor que me ha invadido es tan insoportable que lo único que puedo hacer es levantar las manos para sujetármela. Tengo que alzar la vista. Necesito ver quién estaba en mi coche. A quién tengo que partirle la cara, pero no puedo. Me duele mucho, joder.

«... me pregunto si duele cuando mueres...», pienso.

Me asusto cuando noto una mano sobre mi hombro, pero en cuanto me toca, el dolor deja de existir.

Pero ¿qué coño...? Sé que tengo que mirar. Debo ver con mis propios ojos quién está en el coche, aunque ya sepa la respuesta. Recuerdos inconexos me pasan por la mente a cámara rápida, como si fueran las piezas del cristal roto de aquel puto bar.

«El Humpty Dumpty de los cojones».

Una oleada de miedo me invade y se extiende por todo mi cuerpo. No puedo hacerlo. No puedo mirar hacia arriba. «No seas gallina, Donavan», me digo a mí mismo. En su lugar, giro la cabeza hacia la derecha y lo miro a los ojos. Son la calma inesperada en medio de esta tormenta.

—¿Es eso...? ¿Estoy...? —le pregunto al niño, y se me forma un nudo en la garganta.

El miedo que me da oír la respuesta no me deja hablar.

El chaval se limita a observarme con una mirada intensa, el gesto serio, los labios apretados y las pequitas bailando en su rostro. Después, me aprieta el hombro.

—¿Tú qué crees?

Quiero zarandearlo para que hable claro y me diga la verdad, pero sé que no lo haré. No puedo. Nunca me he sentido tan tranquilo y asustado a la vez, con él a mi lado en medio de todo este caos.

Me obligo a apartar la mirada de su expresión serena y fijo la vista en la escena que hay delante de mí. Me siento como si estuviera dentro de un caleidoscopio de imágenes resquebrajadas. Observo fijamente la cara de la persona que estaba en el coche de carreras. Es mi puta cara. En una camilla.

Mi corazón se detiene, se rompe y muere.

Spiderman.

Tengo la piel de color gris; los ojos, hinchados, amoratados; y los labios, cerrados y pálidos.

Batman.

La desolación que se cierne sobre mí hace que me rinda, la desesperación me consume y la llama de mi vida parpadea, pero mi alma se aferra a ella.

Superman.

—¡No! —grito con todas mis fuerzas hasta que me quedo afónico.

Nadie se da la vuelta. Nadie me oye. Nadie responde, ni mi cuerpo ni los médicos.

Ironman.

El cuerpo que hay en la camilla, mi cuerpo, se sacude cuando alguien se sube encima de él y empieza a realizarle compresiones torácicas. Acto seguido, le levanta los párpados y comprueba el estado de las pupilas.

Pum.

Rostros precavidos. Ojos abatidos. Movimientos rutinarios.

Pum.

—¡No! —exclamo de nuevo. El pánico me invade por completo—. ¡No, estoy aquí! ¡Justo aquí! Estoy bien.

Pum.

Las lágrimas me ruedan por las mejillas. Las posibilidades desaparecen y mi esperanza implosiona.

Mi vida empieza a desdibujarse.

Fijo la vista en mi mano, que cuelga como si fuera un peso muerto por el lateral de la camilla. Hay una gota de sangre que se desliza poco a poco hacia abajo hasta que llega a la punta de mi dedo. Otra compresión torácica me zarandea el cuerpo y la gota cae al suelo. Me centro en ese rastro de sangre, incapaz de observar mi cara de nuevo. No puedo aguantarlo más.

No puedo soportar ver cómo la vida se escapa de mi cuerpo. No puedo

aguantar el terror que se ha apoderado de mi corazón, la sensación desconocida que se desliza por mi subconsciente y el frío que empieza a filtrarse en mi alma.

—¡Ayudadme! —Me giro hacia el niño pequeño que me resulta tan familiar y desconocido a la vez—. Por favor —suplico con un susurro implorante y con lo poco que me queda de vida—. No estoy listo para...

No puedo acabar la frase. Si lo hago, estaré aceptando lo que sucede en la camilla que tengo delante; lo que significa esta escena.

—¿No?

Solo es una palabra, pero es la más importante de mi puta vida. Lo miro fijamente, consumido por lo que sea que hay en las profundidades de sus ojos: comprensión, aceptación y agradecimiento. Y por mucho que no quiera abandonar la sensación que siento cuando estoy con él, la pregunta que me hace —escoger la vida o la muerte— es la decisión más fácil que he tomado nunca.

Y, sin embargo, la decisión de vivir, de regresar al mundo y demostrar que merezco una segunda oportunidad significa que tendré que dejar atrás la cara angelical de este niño y la serenidad que su presencia me aporta, y regresar a mi alma turbada.

—¿Volveré a verte?

No sé de dónde viene esa pregunta, pero la formulo antes de poder evitarlo. Aguanto la respiración mientras espero su respuesta, y deseo que me conteste que sí y que no.

Inclina la cabeza hacia un lado y sonrío.

—Si está escrito en las cartas.

«¿Las cartas de quién?», me entran ganas de chillarle. ¿Las de Dios? ¿Las mías? ¿Las cartas de quién, joder? Pero lo único que consigo decir es:

—¿Las cartas?

—Sí —responde. Niega con la cabeza, echa un vistazo a su helicóptero y, luego, me mira a mí.

Pum. Pum. Pum.

El ruido es más fuerte ahora y anula el resto de sonidos que hay a mi alrededor, pero todavía oigo su respiración. Todavía percibo el latido de mi corazón y siento el suspiro suave de la paz que me envuelve el cuerpo, como

si fuera un susurro, cuando me coloca la mano en el hombro.

De repente, veo cómo aterriza el helicóptero de emergencias en la pista y oigo el incesante ruido de las hélices mientras me espera. La camilla avanza y todo el mundo se dirige hacia ella.

—¿No vas a ir? —me pregunta el niño.

Me deshago del nudo que tengo en la garganta y asiento ligeramente, resignado.

—Sí... —susurro.

Percibo cómo el miedo que siento de lo desconocido se refleja en mi voz.

Spiderman. Batman. Superman. Ironman.

—Mira —dice, y mis ojos se centran en su rostro perfecto. Señala la escena trágica que tengo detrás—. Parece que tus superhéroes han venido, al fin y al cabo.

Me doy la vuelta. El corazón me late desbocado y la confusión que siento se funde con mi lógica. Al principio no lo veo, pues el piloto de helicóptero está de espaldas a mí y está ayudando a los demás a subir mi camilla al habitáculo, pero cuando se gira para colocarse en su asiento y agarra la palanca de control, lo veo tan claro como el agua.

Se me para el corazón.

Y luego vuelve a latir.

Un suspiro vacilante de alivio me recorre el alma.

El casco del piloto está pintado.

De rojo.

Con líneas negras.

Tiene el símbolo de Spiderman blasonado en la parte de delante.

El niño pequeño que habita dentro de mí se alegra. El hombre en mí se relaja.

Me doy la vuelta para despedirme del niño pequeño, pero no lo veo por ninguna parte. ¿Cómo diantres sabía lo de los superhéroes? Lo busco por todos lados. Necesito que me responda, pero se ha ido.

Estoy completamente solo.

Solo, excepto por el consuelo de aquellos a quien llevo toda una vida esperando.

Ya he tomado una decisión.

Por fin han llegado los superhéroes.

Capítulo 1

El entumecimiento me recorre el cuerpo poco a poco. No puedo moverme, ni pensar ni apartar la vista del coche destrozado que hay en el asfalto. Si miro a cualquier otro lado, entonces todo esto será real. El helicóptero que sobrevuela nuestras cabezas llevará de verdad el cuerpo roto del hombre que amo.

El hombre que necesito.

El hombre que no puedo perder.

Cierro los ojos y me limito a escuchar, pero no oigo nada. El único sonido que llega a mis oídos es el latido de mi corazón. Lo único que ven mis ojos y que siente mi corazón, aparte de la oscuridad, son las imágenes fragmentadas que hay en mi mente. Max estrellándose contra Colton y, después, Colton rebotando contra Max. Recuerdos que hacen que la llama de esperanza a la que me aferro con todas mis fuerzas titile antes de apagarse por completo. Es como si la oscuridad se hubiera tragado la luz de mi alma.

«Te conduzco, Ryles». Su voz fuerte e inquebrantable resuena en mi mente antes de desvanecerse.

Me encojo y espero a romper a llorar o a que se encienda una chispa de esperanza en mi interior, pero no sucede nada. Me pesa el alma; es como si la hubieran recubierto de plomo.

Me obligo a respirar con normalidad mientras trato de engañarme a mí misma para hacerme creer que los últimos veintidós minutos no han sucedido. Que no han serrado el coche de carreras en dos y que no han tenido que sacar el cuerpo sin vida de Colton de ahí dentro.

«Nunca hacíamos el amor». Es el único pensamiento que se me pasa por la cabeza. Nunca tuvimos la oportunidad de hacerlo después de que por fin me dijera las palabras que necesitaba oír; de que aceptara y admitiera que sentía lo mismo que yo.

Quiero viajar atrás en el tiempo y volver a la *suite* donde nos abrazamos y nos arropamos con el calor de nuestros cuerpos. Donde conectamos mientras llevábamos demasiada y poca ropa a la vez, pero la imagen terrible del coche destrozado me lo impide. Me han traumatizado de una forma tan atroz por segunda vez que es imposible que mi esperanza salga ilesa de esta.

«Ry, no estoy demasiado bien». Las palabras de Max me pasan por la mente, pero oigo la voz de Colton. Es Colton quien me advierte de lo que sucederá. Algo por lo que ya he pasado una vez en mi vida.

Oh, Dios. Por favor, no. No.

Se me encoge el corazón.

Mi determinación flaquea.

Las imágenes me llegan a cámara lenta.

—Rylee, necesito que te concentres. ¡Mírame!

Son las palabras de Max de nuevo. Me flaquean las piernas y el cuerpo empieza a fallarme, como la esperanza con la que contaba, pero unos brazos me sostienen y me sacuden.

—¡Mírame! —No. No es Max. No es Colton. Es Becks.

Consigo fijar la vista en sus ojos. Son como una piscina azul rodeada por la aparición repentina de líneas de expresión. Y reflejan miedo.

—Ahora tenemos que ir al hospital, ¿de acuerdo?

Su voz es amable pero firme. Creo que piensa que si me habla como si fuera una niña pequeña, no me romperé en los mil pedazos en los que se ha convertido mi alma.

No puedo deshacerme del nudo que se me hecho en la garganta para responderle, así que me sacude de nuevo. El miedo ha reemplazado al resto de emociones. Asiento y no hago ningún otro movimiento. No se oye ni una mosca. Hay decenas de miles de personas en las gradas, pero nadie habla. Todos miran con atención al equipo de limpieza que recoge lo que queda de los coches que había en la pista.

Me esfuerzo por oír algo. Por detectar alguna señal de vida. Pero solo

encuentro silencio.

Noto que Becks me rodea con un brazo y me sostiene mientras salimos de la torre de control que hay encima de la línea de salida, bajamos las escaleras y nos dirigimos hacia una furgoneta con la puerta abierta. Me empuja ligeramente para que me dé prisa en subir, como si fuera una cría.

Beckett se sienta a mi lado, me entrega mi bolso y mi móvil y se abrocha el cinturón.

—Arranca —le ordena al conductor.

La furgoneta sale disparada y la inercia me empuja hacia el asiento mientras nos alejamos de allí. Miro por la ventanilla cuando descendemos por el túnel y lo único que veo son coches completamente inmóviles y esparcidos por la pista. Son lápidas coloridas en un cementerio de asfalto silencioso.

«Explota, explota, arde...». La letra de la canción flota desde los altavoces y llena el silencio letal de la furgoneta. Me lleva un rato procesarla, porque tengo la mente en blanco.

—¡Apágala! —grito, aterrada.

Aprieto los puños y tenso la mandíbula mientras las palabras de la letra se funden con la realidad que trato de bloquear sin éxito.

Me estoy poniendo histérica.

—Zander —susurro—. Zander tiene una cita en el dentista el martes. Ricky necesita unas zapatillas nuevas. Aiden empieza las clases particulares el jueves y Jax no se lo ha apuntado en el calendario.

Levanto la vista y me doy cuenta de que Beckett me está mirando fijamente. Por el rabillo del ojo, observo a otros miembros del equipo que están sentados detrás de nosotros, pero no sé cómo han llegado hasta aquí.

Estoy a punto de explotar.

—Beckett, necesito el teléfono. Dane se va a olvidar y Zander tiene que ir al dentista, y Scooter...

—Rylee —contesta con un tono firme, pero niego con la cabeza.

—¡No! —grito—. ¡No! Necesito el teléfono.

Empiezo a desabrocharme el cinturón y estoy tan nerviosa que ni siquiera me percató de que lo tengo en la mano. Trato de pasar por encima de él para abrir la puerta de la furgoneta en movimiento, pero Beckett me agarra con fuerza para impedirme que lo haga.

Pierdo el norte.

—¡Suéltame!

Lucho contra él. Me retuerzo y me muevo entre sus brazos, pero me sujeta con firmeza para contenerme.

—Rylee —repite, y la voz rota que emerge de su garganta hace juego con la tristeza que siento en el corazón.

Me dejo caer en el asiento, pero Beckett no me suelta. Le cuesta respirar. Me agarra la mano y me la estrecha; es la única muestra de desesperación en su semblante estoico. Sin embargo, ni siquiera tengo fuerzas para hacer lo mismo.

El mundo se vuelve borroso, pero el mío ya se ha detenido hace tiempo. Está tumbado sobre una camilla en alguna parte.

—Lo amo, Beckett —susurro finalmente.

«Me impulsa el miedo...».

—Lo sé —contesta. Suspira profundamente y me besa en la coronilla—. Yo también.

«... Me alimento de desesperación...».

—No puedo perderlo.

Mis palabras no son más que un susurro, como si pronunciarlas en voz alta las hicieran realidad.

«... Me estrello contra lo desconocido».

—Yo tampoco.

El sonido de las puertas automáticas de la sala de urgencias del hospital me hiela la sangre. Me detengo cuando lo oigo.

Ese ruido da paso a recuerdos dolorosos, y el blanco angelical de los pasillos me provoca todo tipo de emociones, excepto paz relajante. Me parece raro que la hilera de luces fluorescentes del techo sea lo que se me pase por la mente; era lo único en lo que podía centrarme mientras empujaban su camilla por el pasillo. Oigo cómo los doctores se intercambian palabras de jerga médica, mis pensamientos incoherentes se hacen un lío y mi corazón reza por Max, por mi bebé y por la esperanza que me queda.

—¿Ry? —La voz de Beckett me aleja del pánico que se ha apoderado de mí y de los recuerdos que me asfixian, y me devuelve a la realidad—. ¿Puedes andar tú sola?

La delicadeza que percibo en su tono me invade; es reparadora. Me entran ganas de llorar cuando oigo su voz. Se me hace un nudo en la garganta y me escuecen los ojos a causa de las lágrimas que luchan por escapar, pero no lo consiguen.

Respiro hondo para darme fuerzas y empiezo a caminar. Beckett me rodea la cintura con un brazo y me ayuda a dar el primer paso.

Recuerdo la cara del doctor. Estoica. Seria. Movía la cabeza hacia delante y hacia atrás. Nos miraba con tristeza en los ojos. Su postura indicaba rendición. Recuerdo lo mucho que deseaba cerrar los ojos y desaparecer para siempre. Las palabras «lo siento» salieron de su boca.

No. No. No. No puedo oír esa frase otra vez. No puedo escuchar que alguien me dice que he perdido a Colton, especialmente cuando acabamos de encontrarnos.

Mantengo la cabeza agachada. Cuento los azulejos del suelo mientras Becks me guía hacia la sala de espera. Creo que me está hablando. ¿O quizá a una enfermera? No estoy segura, porque no logro concentrarme en nada que no sea apartar los recuerdos de lo sucedido o deshacerme de la desesperación que siento, para que quizá un rayo de esperanza ilumine de nuevo mi desolado corazón.

Me siento en una silla al lado de Beckett y no aparto la vista del móvil, que no deja de vibrar. Me han llegado mil mensajes y llamadas de Haddie, y ahora mismo no tengo fuerzas para contestarle, aunque sé que está muy preocupada. Supone demasiado esfuerzo, demasiado de todo.

Oigo los pasos del resto de personas que nos siguen por el pasillo, pero me centro en el libro infantil que hay en la mesa que tengo frente a mí. *El increíble Spiderman*. Tengo la mente muy dispersa y no dejo de pensar en mil cosas a la vez. ¿Colton tuvo miedo? ¿Sabía lo que estaba pasando? ¿Cantó aquella canción que le dijo a Zander?

Solo de pensarlo se me rompe el corazón, pero no lloro.

Por el rabillo del ojo veo unos zapatos cubiertos con fundas desechables quirúrgicas. Oigo que se dirigen a Beckett.

—El especialista necesita saber con exactitud cómo fue el impacto para

hacernos una idea de las circunstancias a las que nos enfrentamos. Hemos tratado de ver la repetición por televisión, pero han dejado de emitirla.

No. No. No. Las palabras resuenan en mi mente y, sin embargo, el silencio me tranquiliza.

—Me dijeron que usted seguramente lo sabría.

Beckett se remueve a mi lado. Habla con la voz tan llena de emoción que siento la necesidad de clavarme las uñas en los muslos. Se aclara la garganta antes de hablar.

—Se estrelló contra la valla de contención y cayó bocabajo... creo. Estoy intentando recordarlo. Espere. —Apoya la cabeza entre las manos y se masajea la sien. Suspira e intenta recomponerse para pensar con claridad—. Sí. El coche estaba bocabajo. El alerón golpeó la parte superior de la valla y el morro era la zona más cercana al suelo. La parte del medio del vehículo chocó contra la barrera de cemento. El coche se desintegró alrededor de Colton.

El grito ahogado de las miles de personas del público cuando se produjo el accidente todavía resuena en mis oídos.

—¿Hay algo que podáis contarnos? —pregunta Beckett a la enfermera.

El sonido inconfundible del metal que se rompe a causa de la fuerza que se ejerce sobre él.

—Ahora mismo, no. Todavía es demasiado pronto y queremos valorar la situación...

—Se pondrá...

—Le informaremos en cuanto sepamos algo.

El olor de la goma quemada sobre el asfalto engrasado.

Oigo el sonido de unos pasos y unos susurros. Beckett suspira y se pasa las manos por la cara. Después, alarga el brazo, me agarra la mano con la que me aprieto el muslo y me la estrecha con fuerza.

El neumático solitario rodando sobre el césped y rebotando contra la barrera de la pista.

«Por favor, dame una señal», ruego en silencio. Lo que sea. Algo que me diga que me aferre a la esperanza que se desvanece por momentos.

Los timbres de los móviles rebotan entre las paredes estériles de la sala de espera. Una y otra vez. Son como los pitidos de las máquinas de

respiración asistida que se escuchan desde aquí. Cada vez que una se queda en silencio, una parte de mí también lo hace.

Oigo que se le corta la respiración a Becks y, acto seguido, trata de reprimir el llanto, lo cual me golpea como si fuera un huracán y destroza la poca resolución y fe que quedaban en mi interior. A pesar de que intenta no llorar con todas sus fuerzas, no lo consigue. La tristeza que siente puede con él y se desliza por sus mejillas en silencio; me mata por dentro pensar que el hombre que ha sido mi principal punto de apoyo se derrumbe ahora. Cierro los ojos con fuerza y me obligo a ser fuerte por Beckett, pero solo oigo las palabras que me dijo ayer por la noche.

Niego con la cabeza. Entro en estado de pánico; no puedo creérmelo.

—Lo siento mucho —susurro—. Lo siento muchísimo. Todo esto es culpa mía.

Beckett se queda quieto durante unos segundos y, luego, se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano. Y el gesto, secarse las lágrimas como un niño pequeño y avergonzad, hace que el corazón se me encoja todavía más.

No puedo evitar sentir pánico cuando caigo en la cuenta de que soy la razón por la que Colton está aquí. Lo aparté y no lo creí. No lo dejé descansar la noche antes de la carrera, y todo porque soy una cabezota y estaba asustada.

—Yo he provocado esto.

Las palabras me matan. Se me clavan en el alma y la desgarran.

Beckett levanta la vista y me mira con los ojos rojos.

—¿De qué hablas?

Se acerca a mí y busca mis ojos con la mirada.

—Todo... —Se me corta la respiración y hago una pausa—. Lo he vuelto loco estos últimos días, y tú me dijiste que si lo hacía, sería culpa mía si...

—Ryl...

—Y me peleé con él, lo dejé y nos quedamos despiertos hasta tarde, y por mi culpa se subió a ese coche estando cansado...

—¡Rylee! —exclama finalmente. Sigo negando con la cabeza. Me arden los ojos; las emociones me sobrepasan—. No es culpa tuya.

Me sobresalto cuando me abraza y me acerca a él. Le agarro la parte delantera del traje ignífugo y noto la aspereza de la tela contra mi mejilla.

—Ha sido un accidente. Se estrelló solo. Así son las carreras. No es

culpa tuya.

Se le quiebra la voz cuando lo dice, pero no acepto su explicación. Me envuelve entre sus brazos; estoy atrapada. Una sensación de claustrofobia me amenaza y siento que voy a ahogarme.

Me levanto de golpe, porque necesito moverme y deshacerme de la inquietud que me consume el alma. Camino de un lado para otro por la sala de espera. Cuando llevo un rato, el niño que está sentado en la silla de la esquina se levanta de su asiento para recoger un lápiz. Lleva unas zapatillas que emiten una luz roja y me llaman la atención. Entrecierro los ojos, las escudriño y observo que tienen un triángulo invertido con una «S» en el centro.

Superman.

La palabra acaricia los recuerdos que guardo en mi subconsciente, pero aparto la mirada porque alguien ha cambiado de canal en la televisión que hay en la sala. Oigo el nombre de Colton y aguanto la respiración. Me da miedo mirar, pero también quiero ver qué están emitiendo.

Parece que la sala entera se levanta y se mueve colectivamente. Una masa de trajes de color rojo y rostros que reflejan emoción miran la pantalla con atención. La televisión muestra la imagen de una nube de humo y coches de carreras que avanzan con rapidez. El ángulo es diferente del que teníamos en la pista de carreras ya que nosotros vimos más, pero cuando el coche de Colton se acerca a la curva, cortan la emisión. Todo el mundo que se había reunido alrededor del televisor se desilusiona al darse cuenta de que la escena que anticipaban ver ansiosamente no se emitirá. La noticia llega a su fin y el presentador informa de que, es estos momentos, Colton está ingresado en el hospital de Bayfront.

Veo el cuerpo sin vida de Colton en la camilla, y Max está en su asiento, a mi lado. El parecido que tienen ambas situaciones me deja sin aliento y un dolor profundo me invade cuando caigo en la cuenta. Los recuerdos se funden.

Me doy la vuelta y veo que los Westins entran en la sala de espera. La madre regia e imponente de Colton tiene el rostro pálido de preocupación. Me trago el nudo que tengo en la garganta; soy incapaz de apartar la vista de ellos. Andy la sostiene con delicadeza y la guía hasta una silla para que se siente mientras Quinlan le agarra la otra mano.

Beckett se une a ellos de inmediato y ofrece a Dorothea y a Quinlan un

abrazo rápido pero sentido. Andy extiende los brazos hacia Beckett y le da un abrazo más largo, lleno de dolor y desesperación. Oigo un llanto ahogado y casi me derrumbo.

La escena hace que se me pasen por la mente mil recuerdos dolorosos del funeral de Max. Un ataúd rosa pequeño encima de un ataúd negro grande, ambos cubiertos de rosas rojas. Me recuerda a las palabras que no puedo volver a escuchar: «Las cenizas a las cenizas y el polvo al polvo». Me hacen recordar los abrazos vacíos que no te ayudan a encontrar consuelo. Los que te dejan sensible y desprotegida cuando ya sientes que te han arrebatado todo.

Empiezo a deambular de nuevo por la sala de espera entre los susurros de la gente.

—¿Cuándo nos dirán algo?

Rostros que normalmente son fuertes y enérgicos reflejan preocupación. Dejo de caminar y clavo la vista en los ojos de Andy y Dorothea.

Nos limitamos a mirarnos; nuestras caras son como espejos de la incredulidad y la angustia del otro, hasta que Dorothea estira el brazo para agarrarme la mano.

—No sé qué... Lo siento mucho... —digo, y niego con la cabeza una y otra vez.

—Ya lo sabemos, cariño —contesta. Me abraza y me estrecha con fuerza; nos apoyamos la una en la otra—. Lo sabemos.

—Colton es muy fuerte.

Eso es lo único que dice Andy mientras me acaricia la espalda y trata de consolarme. Pero esto —abrazar a sus padres, ofrecernos consuelo mutuamente, nuestras mejillas cubiertas de lágrimas y los llantos— hace que la situación sea todavía más real. La esperanza que tenía de que todo esto solo se tratara de una pesadilla se ha desvanecido.

Me aparto e intento concentrarme en algo, en lo que sea, para no volverme loca.

Pero no dejo de ver el rostro de Colton. La mirada de certeza absoluta cuando se puso en pie en medio del caos de su equipo —el mismo equipo que está aquí sentado conmigo, con las caras hundidas entre las manos, los labios apretados y los ojos cerrados mientras rezan— y admitió lo que sentía por mí. Tengo que detenerme para recuperar el aliento. El dolor que irradia de mi pecho, de mi corazón, persiste.

La televisión vuelve a captar mi atención. Oigo susurros en mi mente y me doy la vuelta para ver la pantalla. Es un tráiler de la película de Batman. Me siento esperanzada de nuevo cuando pienso en lo sucedido durante esta última hora.

El libro de Spiderman encima de la mesa. Las zapatillas de Superman. La película de Batman. Trato de racionalizar que todo esto es solo una coincidencia, que ver tres de los cuatro superhéroes es una ocurrencia casual. Intento decirme a mí misma que necesito ver el cuarto para creérmelo. Que necesito a Ironman para completar el círculo, para interpretarlo como una señal de que Colton sobrevivirá.

De que regresará a mi lado.

Empiezo a buscar y miro alrededor de la sala de espera mientras la esperanza que siento en mi interior acecha y se prepara para florecer, por si encuentro la última señal. Me tiemblan las manos; mi optimismo aguarda bajo la superficie, prudente de no levantar mucho la cabeza.

Se oyen sonidos desde el pasillo y el ruido, las voces, hacen que ardan todas las emociones que me recorren el cuerpo.

Y estoy a punto de explotar.

Una mujer rubia con un par de piernas largas entra por la puerta, y no me importa que se la vea tan devastada y preocupada como yo. Todo el dolor que siento en mi corazón, toda la angustia, sale a refulgir y estalla.

Es como si me hubiera caído un rayo encima.

Cruzo la sala en segundos y todas las cabezas se vuelven en mi dirección cuando me oyen gritar.

—¡Vete! —espeto.

Hay tantas emociones que se han despertado dentro de mí al mismo tiempo que lo único que siento es un cúmulo de confusión abrumadora. Tawny se gira hacia mí y me mira con los ojos abiertos como platos y los labios operados en forma de «O».

—Manipuladora hija de...

Se me corta la respiración y me quedo a media frase cuando los brazos fuertes de Beckett me agarran por detrás y me aprietan contra él.

—¡Déjame! —Me retuerzo para que me suelte, pero me agarra con más fuerza—. ¡Déjame!

—¡Vale ya, Ry! —gruñe mientras me sujeta. Su exclamación reservada pero firme me llega a los oídos—. Tienes que reservar ese fuego y energía, porque Colton va a necesitarlos. Hasta la última puta gota.

Sus palabras son como una patada en el estómago y hacen que mi adrenalina disminuya. Dejo de resistirme, aunque sigue sujetándome con fuerza y siento el calor de su aliento contra mi mejilla.

—No vale la pena, ¿de acuerdo?

No sé qué decir, no soy capaz de formar una frase coherente ahora mismo, así que asiento y me obligo a concentrarme en un azulejo del suelo en lugar de en las piernas largas que tengo a mi derecha.

—¿Estás segura? —pregunta.

Me suelta poco a poco, se coloca delante de mí y me obliga a mirarlo a los ojos para asegurarse de que cumpliré con mi palabra.

Empiezo a temblar. Soy presa de una mezcla de ira, dolor y miedo a lo desconocido.

Me cuesta respirar y mis pulmones sufren cada vez que tomo aire. Es el único rastro de la agitación que siento en mi interior cuando miro los ojos amables pero preocupados de Beckett. Y me siento fatal de que trate de cuidarme a pesar de que él también quiere a Colton y está igual de aterrado que yo, así que me obligo a asentir. Beckett hace lo mismo y se da la vuelta de manera que su cuerpo me tapa la vista de Tawny.

—Becks... —suspira ella, y su voz refleja irritación por que yo haya perdido los nervios.

—¡No digas ni una puta palabra, Tawny!

La voz de Beckett es grave y comedida, y solo la escuchamos nosotros tres, a pesar de los numerosos pares de ojos que observan nuestro enfrentamiento. Veo que Andy se levanta desde el otro lado de la sala mientras intenta entender qué pasa.

—Dejaré que te quedes solo por una razón. Wood va a necesitar el mayor apoyo posible si... —dice, y se atraganta con sus propias palabras— ... cuando salga de esta... Y eso te incluye a ti, aunque ahora mismo, después del numerito que montaste entre él y Ry, creo que el término «amiga» no se aplica a ti.

Las palabras de Becks me sorprenden. Oigo el sonido evasivo que Tawny hace antes de quedarse callada durante unos segundos. Luego, rompe a llorar.

Es un sollozo silencioso y lleno de dolor que consigue lo que Beckett no ha podido hacer con su abrazo: me devuelve a la realidad.

Ya he tenido suficiente. La garantía que le he ofrecido a Becks de que reservaría todas mis fuerzas para Colton desaparece y, con ella, mi autocontrol.

—¡No! —grito, y trato de apartar a Beckett del medio para pegar a Tawny—. ¡No tienes derecho a llorar por él! ¡No tienes derecho a llorar por el hombre que intentaste manipular! —Unos brazos me agarran por detrás y me impiden darle un puñetazo, pero me da igual; he perdido los estribos—. ¡Vete de aquí! —exclamo con la voz temblorosa mientras me arrastran para alejarme de ella—. ¡No! —Forcejeo con los brazos que me rodean—. ¡Suéltame!

—*¡Shhh, shhh, shhh!*

Oigo a Andy, que me aferra entre sus brazos e intenta calmarme y controlarme a la vez. Lo único en lo que puedo concentrarme mientras el corazón me late desbocado y tiemblo de ira es en que necesito hacer una parada en boxes. Necesito encontrar a Colton. Tengo que tocarlo y verlo para calmar la desesperación de mi alma.

Pero no puedo.

Está cerca, y la parte más rebelde de mí se niega a abandonar el niño herido que hay dentro de él. El hombre que estaba empezando a sanarse está roto y me mata saber que no seré capaz de repararlo. Que las palabras de ánimo que susurro y mi naturaleza paciente no serán capaces de arreglar el cuerpo inmóvil que subieron a la camilla y que se llevaron a toda prisa hacia algún lugar de este edificio; tan cerca y, a la vez, tan lejos de mí. Ahora tiene que depender de desconocidos para que lo curen. Desconocidos que no tienen ni idea de las cicatrices invisibles que aún persisten bajo su piel.

Dorothea y Quinlan también intentan calmarme, pero no los quiero a ellos, quiero a Colton. Quiero que Colton me tranquilice.

Y, entonces, un pensamiento aterrador se me pasa por la cabeza. Cada vez que Colton está cerca, siento esa sensación —la vibración que me dice que lo tengo al lado—, pero ahora mismo no siento nada. Sé que, físicamente, está cerca de mí, pero aquella chispa de él que prende en mi interior ha desaparecido.

«Sé la chispa de mi vida, Ry». Oigo su voz pronunciando esas palabras,

noto el recuerdo de su aliento acariciándome la piel... pero no siento a Colton.

—¡No puedo! —chillo—. No puedo ser tu chispa si soy incapaz de sentir la tuya, así que ni se te ocurra apagarte.

No me importa que esté en una sala llena de gente, entre los brazos de Dorothea, porque la única persona que quiero que me oiga no puede. Y saberlo hace que la desesperación que siento consume las partes de mí que todavía no estaban muertas de miedo. Agarro la chaqueta de Dorothea mientras la abrazo, me aferro a ella y le suplico a su hijo.

—¡No te atrevas a morirte, Colton! ¡Te necesito, joder!

—grito en medio del silencio estéril de la sala de espera—. ¡Te necesito tanto que moriré aquí mismo sin ti!

Se me quiebra la voz al mismo tiempo que lo hace mi corazón. Y aunque Dorothea trata de calmarme con su abrazo, Quinlan con sus susurros y Andy con sus palabras de apoyo, no puedo soportarlo.

Me separo de ellos y los observo antes de trastabillar por el pasillo. Sé que me estoy volviendo loca. Estoy tan entumecida, tan vacía, que ni siquiera tengo energía para discutir con Beckett y hacer que mi odio por Tawny despierte de nuevo. Si es culpa mía que Colton esté aquí, entonces ella también tiene algo de culpa.

Doblo la esquina para ir al baño. Me obligo a caminar. Me apoyo en la pared porque, si no lo hago, me desmayaré. Me recuerdo a mí misma que tengo que respirar, que debo poner un pie delante del otro, pero me resulta casi imposible cuando solo puedo concentrarme en el hombre que amo y que está luchando por su vida ahora mismo. Y no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Estoy perdida.

Muero por dentro.

Palpo el pomo de la puerta. La abro, me tambaleo cuando cruzo el umbral y me meto en el cubículo libre que tengo más cerca. El silencio que me envuelve me tranquiliza. Me desabrocho los pantalones cortos y, cuando me los bajo, veo mi ropa interior, estampada con cuadros blancos y negros. Mi cuerpo quiere darse por vencido, quiere deslizarse hasta el suelo y hundirse en el olvido, pero no lo hago. En lugar de eso, me aferro los pantalones que todavía tengo bajados. Se me acelera la respiración y no hay forma de controlarla. Empiezo a hiperventilar y me mareo, por lo que me apoyo contra

la pared, pero no hay nada que evite que me dé un ataque de pánico.

«Puedes apostar a que esta noche voy a llevarme esa bandera».

Tengo el sonido de su voz memorizado. Dejo que sus palabras me envuelvan como si fueran el pegamento que necesito para no hacerme añicos. Respiro entrecortadamente mientras trato de aferrarme al recuerdo de su increíble sonrisa y la chispa traviesa que brillaba en su mirada antes de que me besara por última vez. Me toco los labios con la yema de los dedos para intentar recordar el tacto de su boca sobre la mía. Tengo miedo de lo desconocido, y esa terrible sensación hace que se me encoja el corazón.

—¿Rylee?

La voz me devuelve a la realidad y lo único que quiero es que quienquiera que acaba de entrar en el baño se marche. Necesito que me deje sola con el recuerdo de la calidez de la piel de Colton, el sabor de sus labios y la posesión que había en su tacto.

—¿Rylee?

Llama a la puerta del cubículo donde estoy.

—¿Mmm?

Es lo único que consigo decir, ya que mi respiración todavía es forzada e irregular.

—Soy Quin. —Habla con un tono dulce y tembloroso, y me mata escuchar la tristeza que refleja su voz—. Ry, por favor, sal de ahí...

Estiro el brazo, quito el pestillo de la puerta y ella la abre y me observa con confusión en la mirada. Tiene la cara manchada de máscara de pestañas y eso enfatiza la desolación que se percibe en su mirada. Aprieta los labios y estalla en carcajadas como una histérica. El sonido rebota contra los azulejos del baño, pero lo único que percibo en su risa es desesperación y miedo. Señala hacia los pantalones que aún tengo bajados y hacia mi ropa interior mientras continúa riéndose. Las lágrimas que le cubren las mejillas contrastan de un modo muy curioso con el sonido que escapa de su boca.

Me río con ella. Es lo único que puedo hacer. No lloro, el miedo que siento no disminuye y la esperanza que me queda se tambalea en cuanto empiezo a reírme. No me siento mejor. Todo va mal y, un instante después, Quinlan, la mujer que me odió desde el día en que me conoció, me abraza con fuerza al tiempo que su risa se convierte en llanto. Es un sollozo doloroso que refleja el terror que siente. Su cuerpecito tiembla cuando su angustia se

intensifica.

—Tengo mucho miedo, Rylee.

Es lo único que consigue decir mientras intenta recuperar el aliento, pero no tiene que decir nada más para que entienda cómo se siente. La derrota que hay en su postura, la fortaleza que muestra su dolor y la fuerza con la que se aferra a mí reflejan el miedo que soy incapaz de expresar, así que la abrazo con más fuerza, como si me fuera la vida en ello. Necesito esa conexión más que nunca.

La abrazo y la tranquilizo lo mejor que sé, y trato de meterme en el papel de orientadora que conozco tan bien. Es mucho más fácil mitigar el dolor de otra persona que enfrentarme al mío. Quinlan intenta apartarse de mí, pero no la suelto. No puedo. Soy incapaz de salir de aquí y sentarme a esperar a que el doctor nos dé las noticias que me aterra oír.

Me abrocho los pantalones, levanto la cabeza y observo mi reflejo en el espejo. Veo los recuerdos que me persiguen danzar en mis pupilas. De repente, me acuerdo de un retrovisor iluminado por el sol con manchas de sangre en los bordes mientras Max tomaba su último aliento. Después, mi mente se centra en un recuerdo más feliz con otro espejo. Uno que se utilizó en medio del calor de la pasión para demostrarme por qué yo era más que suficiente para Colton. Por qué me escogió.

—Vamos —susurra Quinlan, y rompe el trance en el que me había quedado atrapada. Me suelta, pero me rodea la cintura con las manos—. No me quiero perder nada.

Capítulo 2

El tiempo se ha detenido. Cada minuto parece una hora. Y las tres horas que han pasado parecen una eternidad. Cada vez que las puertas se abren y se cierran, todos nos incorporamos antes de sentarnos de nuevo, decepcionados. El cubo de basura está lleno de vasos de plástico vacíos. Los integrantes del equipo de Colton se han desabrochado los trajes ignífugos y se los han atado alrededor de la cintura. La sala de espera es cada vez más y más sofocante. Los móviles suenan sin descanso, ya que todo el mundo quiere saber qué pasa. Pero todavía no tenemos noticias.

Beckett se sienta con Andy. Dorothea tiene a Quinlan a un lado y a Tawny al otro. La sala está repleta de susurros incesantes y la televisión suena de fondo. Me siento sola, a excepción de los mensajes constantes de Haddie, y aprecio la soledad, porque así no tengo que consolar a nadie y nadie tiene que consolarme a mí. Los pensamientos me invaden por completo a medida que pasa el tiempo.

Se me revuelve el estómago. Tengo hambre, pero pensar en comida hace que me entren náuseas. Va a estallarme la cabeza, pero aprecio el dolor, el martilleo constante que siento en la sien, mientras trato de acelerar el tiempo. O detenerlo. Lo que sea que beneficie a Colton.

Oigo el pitido de la puerta y el chirrío de las zapatillas de alguien. Pero esta vez ni siquiera abro los ojos.

—Tengo noticias sobre el señor Donavan.

La voz me sobresalta. Se oyen aún más pasos cuando los demás se levantan y siento la ansiedad de todo el mundo que espera las palabras del

doctor.

El miedo se apodera de mí. No puedo tenerme en pie. No logro moverme. Estoy tan aterrada de lo que saldrá de sus labios que me obligo a tragar saliva, pero me quedo paralizada, desconcertada.

Aprieto las manos y me agarro los muslos con fuerza. Trato de usar el dolor para enterrar mis recuerdos. No quiero que el pasado se repita; no quiero intercambiar un coche destrozado con el hombre que amo dentro por otro.

Cuando carraspea para aclararse la garganta, aguanto la respiración. Rezo, espero; necesito algo a lo que aferrarme.

—Todavía estamos haciéndole pruebas, pero, por lo que hemos observado, es obvio que el señor Donavan ha sufrido una lesión por desaceleración súbita y una laceración en un órgano a causa de la fuerza con la que se estrelló contra la valla de contención. Esta lesión se produce cuando el cuerpo se detiene a la fuerza pero los órganos siguen en movimiento a causa de la inercia. Por lo que hemos visto hasta ahora...

—Hable claro, doctor —susurro.

Mi mente trata de comprender la jerga médica, y sé que si no estuviese nadando en una piscina de niebla y confusión sería capaz de procesarla. El médico se detiene cuando oye mi comentario y, aunque no puedo alzar la vista para mirarlo a los ojos, lo repito más alto.

—Hable claro, doctor.

El miedo me invade. Fijo la vista en él poco a poco. El resto del equipo se da la vuelta para mirarme mientras observo al doctor.

—Todos estamos muy preocupados y por mucho que usted entienda lo que está diciendo, la terminología que utiliza nos está asustando... —Dejo la frase inacabada y él asiente con amabilidad—. Estamos demasiado abrumados como para procesar toda esa información ahora mismo... Llevamos mucho tiempo esperando mientras ustedes estaban ahí dentro con Colton... Así que, por favor, ¿puede explicárnoslo del modo más sencillo posible?

Me sonrío ligeramente, pero su mirada es seria.

—Cuando Colton colisionó contra la valla, el coche se detuvo y, con él, su cuerpo, pero su cerebro seguía moviéndose, por lo que chocó contra el cráneo que lo envuelve. Afortunadamente, llevaba un dispositivo HANS que protegió la conexión que hay entre la columna vertebral y el cuello, pero aun así la

lesión que le causó el golpe es seria.

El corazón me late desbocado y se me acelera la respiración mientras se me pasan por la cabeza todas las posibles consecuencias del accidente.

—Y él...

Veo que Andy se acerca al doctor para hacerle una pregunta que es incapaz de completar. La sala de espera se sume en un silencio repentino. Todo el mundo se queda quieto, contiene la respiración y aguarda a que el médico responda.

—Supongo que usted es el señor Westin —contesta. Estira el brazo y le estrecha la mano mientras Andy asiente—. Soy el doctor Irons. No le mentiré... El corazón de su hijo se detuvo dos veces mientras lo trasladaban al hospital.

Se me cae el alma a los pies cuando escucho esas palabras. «No me dejes. Por favor, no me dejes», suplico en silencio, y espero que las palabras le lleguen al lugar donde esté dentro de los confines del hospital.

Andy toma a Dorothea de la mano.

—Le regulamos el ritmo cardíaco poco después, lo cual es una buena señal, ya que teníamos miedo de que quizá la vena aorta se hubiera desgarrado a causa de la fuerza del impacto. A estas alturas, sabemos que tiene un hematoma subdural. —El doctor levanta la vista y me mira a los ojos antes de seguir hablando—. Esto significa que los vasos sanguíneos se rasgaron y la zona que hay entre el cerebro y el cráneo se llenó de sangre. Como consecuencia, el cerebro de Colton se hinchó a causa del traumatismo. Al mismo tiempo, la sangre le presionaba el cerebro porque no podía salir por ninguna otra parte para aliviar dicha presión. —El doctor Irons mira a todas las personas de la sala que lo rodean antes de continuar—. Ahora mismo se encuentra más estable, así que lo estamos preparando para la operación. Es de vital importancia que aliviemos la presión que hay en su cerebro para tratar de detener la inflamación.

Observo cómo Dorothea se aferra a Andy para buscar apoyo y el aparente amor incondicional que siente por su hijo me llega al corazón.

—¿Cuánto durará la operación? ¿Está consciente? ¿Ha sufrido más lesiones?

Beckett rompe su silencio por primera vez y pregunta rápidamente lo que todos pensamos.

El doctor Irons traga saliva y entrelaza los dedos mientras clava los ojos en Beckett.

—Respecto a las demás lesiones, solo tiene algunas menos graves en comparación con la de la cabeza. No está consciente ni tampoco lo ha estado en todo este tiempo. Estaba en el estado comatoso típico de las personas que sufren este tipo de contusiones: susurraba cosas sin coherencia, luchaba contra nosotros; todo ello eran movimientos esporádicos. En relación al resto, sabremos más cosas una vez lo operemos y veamos la gravedad de la hemorragia cerebral.

Beckett suelta el suspiro que estaba conteniendo y veo que se le hunden los hombros, aliviado, aunque no estoy segura de si eso es alivio o resignación. Nada de lo que ha dicho el doctor ha mitigado el terror que siento en las profundidades del alma. Quinlan da un paso hacia delante, toma la mano de Becks, mira a sus padres y pregunta lo que todos tenemos miedo a decir:

—Si la inflamación no se detiene con la operación... —Le tiembla la voz y Beckett la besa en la frente para darle apoyo—. ¿Qué... qué pasará? Me refiero a que estamos ante una lesión cerebral, así que ¿cuál es el pronóstico? —Se le corta la respiración y está a punto de romper a llorar—. ¿Qué posibilidades tiene Colton de recuperarse?

El doctor suspira y mira a Quinlan.

—En estos momentos, antes de que lo operemos y veamos cuáles son los daños, no puedo ofrecerles ningún pronóstico.

El resuello de Andy rompe el silencio. El doctor Irons avanza un paso y apoya una mano en su hombro hasta que Andy lo mira a los ojos.

—Estamos haciendo todo cuanto está en nuestras manos. Tenemos mucha experiencia en este tipo de lesiones y su hijo está recibiendo el mejor trato posible. Por favor, entienda que si no le doy un porcentaje no es porque crea que es un caso perdido, sino porque tengo que ver más para saber a qué nos enfrentamos. Una vez lo sepa, podré darles un pronóstico y decidiremos cómo actuamos de acuerdo con él.

Andy asiente ligeramente y se frota los ojos con fuerza. El doctor Irons levanta la vista y analiza los rostros de todos los que estamos en la sala.

—Colton es un hombre fuerte y sano, y eso siempre es un factor positivo. Es más que evidente que, además, es un hombre muy querido por muchos...

Espero que sepan que seré consciente de ello cuando entre en quirófano.

Acto seguido, esboza una sonrisa tensa, da media vuelta y se marcha.

Nadie se mueve. Estamos en estado de *shock*.

Todos intentamos asimilar la gravedad de sus palabras. La gente regresa a la realidad poco a poco, se mueve e intenta calmarse.

Pero yo no puedo.

Está vivo. No está muerto como Max. Vivo.

El dolor opaco del alivio que siento no es nada comparado con la puñalada de lo desconocido. Y no basta para disminuir el miedo que se ha apoderado de mí. Empiezo a sentir cómo las garras de la claustrofobia me queman la piel. Suspiro profundamente y trato de frenar el sudor que me cubre el labio superior y que se desliza por mi columna. Se me entrecorta la respiración y me quedo sin aliento.

Se me pasan mil imágenes por la cabeza. Max y Colton. Colton y Max. La sangre le gotea de la oreja. De las comisuras de los labios. Mancha el metal del coche destrozado. Se esfuerza para pronunciar mi nombre. Sus súplicas se quedan grabadas en mis recuerdos y me perseguirán para siempre.

La llovizna de ansiedad se convierte en una tormenta de pánico. Necesito respirar aire fresco. Tengo que escapar del agobio que me asfixia en esta maldita sala de espera. Necesito ver más colores y vitalidad, algo lleno de fortaleza y vida como Colton, otra cosa aparte de los tonos monocromáticos que hay aquí y los recuerdos abrumadores.

Me obligo a levantarme, salgo casi corriendo de la sala e ignoro a Beckett, que me llama cuando ve que me marcho. Me tambaleo hasta la salida, porque ahora mismo el ruido de las puertas automáticas me llama y me ofrece un respiro de la histeria que está adueñándose de mi esperanza.

«Me haces sentir, Rylee...».

Cruzo el umbral, el recuerdo me acaricia el alma, pero es como una patada en el estómago. Resuello y noto que el dolor irradia de mí. Tomo aire con dificultad; necesito algo, lo que sea que me ayude a recuperar la fe necesaria para enfrentarme a la realidad de que quizá Colton no superará la operación. De que morirá esta noche. O mañana por la mañana.

Niego con la cabeza para librarme del veneno que me contamina los pensamientos. Doblo la esquina del edificio y me encuentro con una pesadilla. Se disparan cientos de *flashes* de golpe. El estruendo de mil preguntas hechas

a la vez es tan fuerte que me golpea como si fuera una oleada de sonido. Los *paparazzi* me rodean de inmediato y tengo la espalda contra la pared mientras me apuntan con los micrófonos y las cámaras y graban cómo pierdo la noción de la realidad poco a poco.

—¿Es cierto que se están expidiendo los ritos funerarios de Colton?

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Qué relación tienen usted y el señor Donavan?

Mi ira se intensifica y la avalancha de preguntas me asfixia.

—¿Es verdad que Colton está en su lecho de muerte, acompañado de sus padres?

Abro y cierro la boca, y aprieto los puños. Me queman los ojos, se me desgarran el alma y pierdo la poca fe que tenía en la humanidad. Sé que parezco un ciervo sorprendido al ver las luces de un coche, pero me siento atrapada. Sé que si antes sentía las garras de la claustrofobia en la sala de espera, ahora noto que se me corta la respiración mientras los medios de comunicación me arrebatan el poco aire que me quedaba en los pulmones. Tomo aliento entrecortadamente. El cielo azul da vueltas, se me nubla la vista, la oscuridad me invade y mi consciencia empieza a debilitarse.

Justo cuando estoy a punto de caer en el acogedor abismo, unos brazos fuertes me envuelven y evitan que caiga al suelo. Mi peso muerto se estrella contra el cuerpo de Sammy y me acuerdo de la última vez que el hombre que amo me envolvió entre sus brazos. Se me pasan por la cabeza imágenes agrisadas de paletas perdidas en una subasta y de la puerta atascada de un armario. Ojos verdes brillantes y una sonrisa satisfecha y arrogante.

Pícaro. Rebelde. Imprudente.

Oigo la voz de Sammy mientras se enfrenta a la prensa.

—¡Atrás! —exclama, y coloca el brazo alrededor de mi cintura para sujetar el peso muerto en el que se ha convertido mi cuerpo—. Os daremos noticias cuando sepamos algo.

Los *flashes* se disparan de nuevo.

Oigo el sonido de la puerta al abrirse, pero esta vez no pongo mala cara. La bestia que hay en el interior del edificio es mucho más palpable que la de fuera. Mi respiración y el ritmo de mi corazón empiezan a normalizarse. Me sientan en una silla y, cuando levanto la cabeza, los ojos de Sammy se cruzan con los míos, como si buscaran algo.

—¿Qué cojones haces? Podrían haberte devorado.

Suelta un insulto. Es una muestra de emoción tan diferente a su habitual tono estoico de guardaespaldas que me doy cuenta del error que he cometido al salir a la calle. Todavía no me he acostumbrado a la vida pública de Colton. Me siento fatal porque mientras he estado en la sala de espera, rodeada de todo el mundo, Sammy ha estado aquí fuera solo para asegurarse de que los periodistas no nos molestasen y nos dejaran tranquilos.

—Lo siento mucho, Sammy —susurro a modo de disculpa—. Necesitaba tomar el aire y... Lo siento.

Veo la preocupación que reflejan sus ojos.

—¿Estás bien? ¿Has comido algo? Casi te desmayas ahí fuera. Creo que deberías comer...

—Estoy bien. Gracias —contesto, y me levanto poco a poco.

Me da la sensación de que lo sorprendo cuando me dirijo hacia él y le estrecho la mano.

—¿Cómo estás tú?

Se encoge de hombros despreocupadamente, aunque ese gesto no represente para nada lo que de verdad siente.

—Si él está bien, entonces yo también.

Asiente con la cabeza y da media vuelta para volver a apostarse a las puertas del hospital antes de que pueda decirle algo más. Me fijo en sus movimientos durante unos minutos mientras los comentarios crueles de la prensa reverberan en mi mente. Poco después, consigo reunir el valor necesario para regresar a la sala de espera.

Cierro los ojos durante un instante. Me obligo a mí misma a sentir otra cosa aparte del entumecimiento que me consume el alma. Trato de recuperar el sonido de su risa de las profundidades de mi desesperación, el sabor de sus besos e incluso su actitud obstinada y su firme determinación; lo que sea para unir de nuevo los retales de mi corazón que se han descosido otra vez, después de que Colton los volviera a unir.

«No eres intrascendente, Rylee. Nunca podrías serlo».

El recuerdo de aquellas palabras susurradas se me pasa por la mente y se convierte en una chispa de esperanza. Respiro profundamente y me obligo a caminar por el pasillo hasta la sala donde todo el mundo espera

impacientemente. Paso junto a la enfermería y oigo a dos enfermeras que están de espaldas a mí mencionar el nombre de Colton. Disminuyo el ritmo para enterarme de lo que dicen. Trato de no preocuparme por que nos estén mintiendo sobre la gravedad de la situación y, entonces, oigo unas palabras que me dejan sin aliento.

Se me para el corazón.

Empieza a temblarme todo el cuerpo.

—¿Quién está en el Quirófano Uno con el señor Donavan?

—El doctor Irons.

—Joder, si hay alguien en el mundo que querría que me operara en circunstancias como estas es el señor Ironman.

Spiderman.

Resuello, las enfermeras se giran y me ven. La más alta de las dos se dirige hacia mí y me pregunta:

—¿Puedo ayudarte en algo?

Batman.

—¿Cómo has llamado al doctor Irons?

Superman.

Me mira y frunce el ceño ligeramente.

—¿Te refieres al apodo del doctor Irons?

Ironman.

No soy capaz de decir nada porque tengo un nudo de esperanza en la garganta, así que me limito a asentir.

—Ah, por aquí lo llamamos «Ironman», cielo. ¿Necesitas algo?

Spiderman. Batman. Superman. Ironman.

Niego con la cabeza y me dirijo hacia la sala de espera de nuevo, pero me apoyo contra la pared y me dejo caer hasta el suelo. La esperanza que se ha despertado en mi interior y la presencia de los queridos superhéroes de Colton me abruma.

Una obsesión de la infancia que ahora se ha convertido en el rayo de esperanza de un adulto.

Apoyo la cara sobre mis rodillas dobladas mientras me aferro a la idea de que esto es mucho más que una mera coincidencia. Me balanceo hacia delante y hacia atrás y murmuro el nombre de los superhéroes una y otra vez como si

fuera un cántico que sé que nadie ha musitado antes con tanta devoción como yo.

—Cuando Colton era pequeño cantaba esa cancioncilla mientras dormía.

La voz de Andy me sobresalta cuando se sienta en el suelo a mi lado y suspira profundamente. Me giro un poco para mirarlo. Parece que ha envejecido desde que empezó la carrera de coches esta mañana. Sus ojos reflejan pesar y su boca trata de esbozar una ligera sonrisa, pero no lo consigue. El hombre lleno de vitalidad que conocía ha perdido toda su exuberancia.

—Hacía años que no la escuchaba. De hecho, me había olvidado por completo de ella hasta que te he oído murmurarla.

Ríe en voz baja, estira el brazo y me da palmaditas en la rodilla mientras estira las piernas.

—Andy...

Susurro su nombre y veo que intenta lidiar con la tristeza que siente. Quiero contarle lo de las señales desesperadamente, las extrañas ocurrencias de los queridos superhéroes de su hijo, pero me preocupa que piense que estoy volviéndome loca como me temo que cree Beckett.

Como yo empiezo a creer.

—Me sorprende que te lo contara. En aquel entonces era un código secreto que susurraba cuando tenía una pesadilla o miedo. Nunca nos contó por qué esos cuatro superhéroes lo tranquilizaban tanto. —Me mira y desdibuja la sonrisa ligera que había esbozado—. Lo único que Dottie y yo podíamos hacer era imaginarnos de qué esperaba que lo salvaran esos superhéroes...

Las palabras flotan entre nosotros y se convierten en preguntas que ambos queremos hacer, pero que ninguno de los dos se atreve a decir en voz alta. ¿Qué sabe Andy que yo no sepa, y viceversa? Se seca las lágrimas con el dorso de la mano y suspira.

—Es un hombre fuerte, Andy... Y estará... Tiene que estar bien —digo finalmente cuando consigo que no me tiemble la voz.

Se limita a asentir. Vemos un grupo de doctores corriendo por el pasillo y se me corta la respiración, preocupada de que le haya sucedido algo a Colton. Se pasa la mano por la cara y los ojos se le llenan de amor.

—La primera vez que lo vi, me rompió y me robó el corazón con una sola

mirada.

Asiento para que siga hablando porque entiendo esa sensación; su hijo hizo lo mismo conmigo.

Me capturó el corazón, lo robó, lo rompió y lo reparó, y ahora es suyo para siempre.

—Estaba en el set, en mi tráiler, tratando de reescribir una escena. Había sido una noche muy larga. Quin estaba enferma y llevaba toda la noche despierta.

Niega con la cabeza, me mira durante unos segundos, baja la cabeza de nuevo y observa la correa del reloj que tiene entre las manos.

—Era tarde. Abrí la puerta y casi me tropecé con él. —Se detiene un momento para contener las lágrimas que le anegan los ojos—. Creo que solté una palabrota y pegó un bote, completamente asustado. Sé que a mí también me asustó, y solo podía imaginarme por qué un niño reaccionaría así. Se negó a mirarme, sin importar la dulzura con que le hablé.

Estiro el brazo, le agarro la mano y se la estrecho para hacerle saber que soy consciente de los temores de Colton, a pesar de que nunca me los explicó. Quizá no sepa los detalles, pero he presenciado lo bastante como para hacerme una idea.

—Me senté en el suelo al lado de él y me limité a esperar el tiempo que hiciera falta para que entendiera que no iba a hacerle daño. Así que canté la única canción que me sabía. —Ríe—. «Puff, el dragón mágico». La segunda vez, Colton levantó la cabeza y me miró a los ojos. Jesús bendito, me robó el corazón. Tenía unos ojos verdes enormes en medio de una carita pálida, y me observaba con tanto miedo... con tanta aprehensión... que me hicieron falta todas mis fuerzas para no envolverlo entre mis brazos y consolarlo.

—No puedo ni imaginármelo —murmuro, y cuando estoy a punto de retirar la mano, Andy me la estrecha con fuerza.

—Al principio no se atrevía a hablarme. Lo intenté todo para que me dijera cómo se llamaba o qué hacía allí, pero no me importó. Nada importaba, ni siquiera el hecho de que llegaba tarde o el dinero perdido. Nada. Porque estaba fascinado por el niño frágil cuyos ojos me decían que habían visto y experimentado demasiado en su corta vida. Quinlan tenía seis años. Colton parecía más pequeño que ella, así que asumí que tendría cinco años. Poco después, aquella misma noche, me sorprendí cuando la policía me dijo que

tenía ocho.

Me obligo a tragar saliva a pesar del nudo que se me ha hecho en la garganta mientras escucho la primera vez en la vida de Colton en que le ofrecieron amor incondicional. La primera vez que le ofrecieron una vida llena de posibilidades, en lugar de una plagada de miedo.

—Al final le pregunté si tenía hambre y abrió los ojos como platos. No había mucho en el tráiler que le gustara a un niño, pero sí tenía chocolatinas, y lo admito —comenta mientras se ríe—, quería caerle bien, por lo que pensé: ¿a qué niño no se le puede sobornar con chocolatinas?

Sonríó y me doy cuenta de que Colton come chocolatinas antes de cada carrera. Que se comió una hoy. Se me encoge el corazón cuando lo pienso. ¿De verdad pasó hace solo unas horas? Parece que fue hace días.

—Ya sabes que Dottie y yo hablábamos sobre la posibilidad de tener más hijos... Pero decidimos que con Quinlan ya teníamos suficiente. Bueno, la verdad es que ella habría tenido más hijos y yo me conformaba con solo uno. Joder, ambos llevábamos vidas ajetreadas y viajábamos mucho, por lo que ya nos considerábamos afortunados por tener una hija sana. ¿Qué más podíamos pedir? Mi carrera profesional estaba en auge y Dottie actuaba donde quería. Pero después de aquellas dos primeras horas que pasé con Colton, ni siquiera lo dudé. ¿Cómo podía alejarme de aquellos ojos y aquella sonrisa que sabía que se escondía debajo de todo ese miedo y vergüenza?

Una lágrima le resbala por la mejilla. La preocupación por su hijo que sentía antes y, sobre todo, ahora, se refleja en su mirada. Me observa fijamente, con los ojos grises repletos de emoción.

—Es la persona más fuerte que he conocido en mi vida, Rylee. —Se le escapa un sollozo—. Lo único que necesito es que lo sea ahora mismo... No puedo perder a mi niño.

Sus palabras me rompen por dentro porque entiendo la angustia de un padre que tiene miedo de perder a su hijo. El miedo anclado en tu alma que no quieres reconocer, pero que te asfixia y sientes por todo tu corazón. Me invade un sentimiento de empatía por este hombre que le dio todo a Colton, pero el entumecimiento que siento me impide llorar.

—Ninguno de nosotros podemos perderlo, Andy. Es el centro de nuestro mundo —susurro, y se me quiebra la voz.

Andy inclina la cabeza hacia un lado y me observa durante unos segundos.

—Sufro cada vez que se sube en ese coche. Cada maldita vez. Pero es el único momento en el que lo veo libre y siento que abandona la carga de su pasado... Presencio cómo supera los obstáculos y los temores que lo persiguen. —Me aprieta la mano hasta que lo miro y observo la sinceridad que refleja su mirada—. Bueno, era el único momento, hasta hace poco. Hasta que lo vi hablar de ti, preocuparse por ti e interactuar contigo.

Se me corta la respiración. Se me están a punto de saltar las lágrimas. Después de que la madre de Max, Claire, me odiara durante tanto tiempo, la aprobación silenciosa del padre de Colton es algo monumental. Tomo aire, temblorosa, y trato de contener el tornado de emociones que se ha despertado en mi interior.

—Lo amo.

Es lo único que consigo decir. No dejo de pensar en eso. Lo amo, y puede que nunca llegue a demostrárselo ahora que Colton también había confesado que sentía lo mismo por mí. Estoy al borde del precipicio de las circunstancias que no puedo controlar, y tengo miedo de que nunca tenga la oportunidad de hacerlo.

La voz de Andy me saca de mi ataque de pánico interno.

—Colton me dijo que lo animaste a buscar información sobre su madre biológica.

Miro hacia abajo y trazo círculos en mi rodilla con el dedo. Me preocupa que esta conversación pueda ir en dos direcciones: que Andy se sienta agradecido de que intente ayudar a su hijo a cerrar las heridas del pasado o que se enfade y piense que estoy intentando separarlos.

—Muchas gracias. —Suspira ligeramente—. Creo que siempre se ha sentido como si le faltara algo, y quizá saber quién era su madre biológica lo ayude a llenar ese vacío que siente. Solo por el hecho de que esté dispuesto a hablar del tema y hacer preguntas al respecto es un gran paso...

Andy me rodea con el brazo y me acerca a él para que apoye la cabeza en su hombro.

—Gracias por ayudarlo a encontrarse a sí mismo de mil maneras distintas.

Asiento. Su confesión me ha dejado sin palabras. Nos quedamos sentados juntos durante un tiempo y aceptamos el consuelo que nos ofrecemos el uno al otro cuando lo único que sentimos en nuestro interior es desolación.

Capítulo 3

Es un día perfecto. El cielo está azul, el sol me calienta las mejillas y tengo la mente completamente en blanco. Las olas rompen contra la arena en un suave *crescendo*, una tras otra. Vinimos a este lugar en nuestra primera cita oficial y vuelvo a menudo porque aquí me siento más cerca de él. Es un recuerdo, algo a lo que aferrarme cuando no puedo aferrarme a él.

Me abrazo las rodillas, respiro profundamente y acepto que la tristeza siempre será un dolor constante en mi corazón. Ojalá él estuviera aquí conmigo. Pero, al mismo tiempo, sé que no he sentido tanta paz desde que se marchó. Puede que esté superando el estado de duelo, al menos eso opina mi terapeuta, ya que hace días que no siento el dolor cegador ni oigo los gritos ahogados en mi mente que consumen mis pensamientos y me hacen perder el contacto con la realidad. Creo que quizá, después de todo este tiempo, seré capaz de seguir adelante con mi vida sin la necesidad de olvidarlo.

El coche solitario que tengo a la derecha en el *parking* me llama la atención. No sé muy bien por qué. Puede que se deba a que está aparcado cerca de donde Colton dejó el Aston Martin la primera vez que salimos espontáneamente, la cita en la playa más cara de la historia. Pero lo observo y mi corazón espera lo que mi mente sabe que no es posible. Que ese coche sea de Colton, que esté aparcando porque ha quedado aquí conmigo.

Pero me giro justo a tiempo para ver una figura caminar hacia el asiento del copiloto e inclinarse para hablar con el conductor por la ventanilla bajada. Hay algo en esa persona que me hace poner en pie. Me tapo el sol con la mano para ver con más claridad, estudio su perfil y, de repente, noto que algo no va bien.

Sin pensármelo dos veces, empiezo a caminar hacia el coche. La sensación de inquietud que siento aumenta con cada paso. El desconocido se endereza y se gira para mirarme un segundo. El sol le ilumina los rasgos oscuros. Me tiemblan las piernas y se me corta la respiración.

Mi ángel oscuro en medio de la claridad.

—¿Colton? —susurro, y mi cerebro intenta comprender cómo es posible que esté aquí.

Aquí, conmigo, después de ver cómo subían su cuerpo inconsciente a una camilla y besar sus labios fríos por última vez antes de que cerraran su ataúd y lo enterraran. El corazón me late desbocado y se me acelera el pulso con cada segundo que pasa. Una sensación de esperanza mezclada con pánico empieza a tomar forma en mi interior.

Y aunque mi voz es apenas un susurro, inclina la cabeza hacia un lado cuando oye su nombre y me dedica una mirada llena de tristeza. Hace el ademán de levantar una mano, pero se distrae cuando la puerta del asiento del copiloto se abre de golpe. Mira hacia el coche y, después, a mí otra vez. Su expresión refleja resignación. Levanta la mano de nuevo, vacilante, y se despide de mí.

Me llevo los dedos a los labios mientras la tristeza que emana de Colton cruza la distancia que nos separa, choca contra mí y me impide respirar. Siento su total desolación al instante. Me parte el alma como un rayo que atraviesa el cielo.

Y, en ese momento, lo sé.

—¡Colton! —grito su nombre de nuevo, pero esta vez mis chillidos desesperados atraviesan la serenidad que hay en la playa.

Las gaviotas salen volando cuando los oyen, pero Colton se sube al coche sin pensárselo dos veces y cierra la puerta.

El coche se dirige poco a poco hacia la salida del *parking* y corro hacia él. Me arden los pulmones y me duelen las piernas; aun así, no soy lo bastante rápida. No llegaré a tiempo y, por muy rápido que corra, no parece que avance. El coche gira a la derecha, se incorpora a la carretera vacía y pasa por mi lado cuando se dirige hacia el sur. La pintura metálica azul brilla con los rayos del sol y lo que veo hace que me pare en seco.

Tengo la sensación de que hace mil años que no lo veo así. La viva imagen de un ciudadano americano, con los ojos azules y aquella sonrisa

burlona que tanto me gusta. Pero no aparta los ojos de la carretera en ningún momento.

Max ni siquiera me mira dos veces.

Colton, por otro lado, fija la vista en mí. Su rostro refleja una combinación de miedo, pánico y resignación. Se percibe en las lágrimas que le caen por las mejillas, en la disculpa que expresa su mirada, en los puños que golpean frenéticamente la ventanillas, en las palabras que lo veo vocalizar, pero que no consigo oír. Todo ello me rompe el corazón y me lo deja seco.

—¡No! —grito, y todas las partes de mi ser piensan en cómo ayudarlo a escapar, en cómo salvarlo.

Y, entonces, observo que algo se mueve en el asiento de atrás y caigo al suelo de rodillas. La gravilla se me clava en las piernas, pero no es nada comparado con el dolor que emerge de las profundidades más oscuras de mi interior. Y, aunque nunca he sentido tanto sufrimiento en mi vida, una parte de mí se sorprende y se pierde en ese amor incondicional que nunca crees posible hasta que lo vives en persona.

Los rizos me enmarcan las cara redonda y rebotan con el movimiento del coche. Sonríó a Max e ignoro completamente las protestas violentas de Colton en el asiento que hay delante. Me doy la vuelta desde la parte de atrás del coche y lo miro. Ver mis ojos violetas es como mirarme en un espejo. Y, entonces, sutilmente, esbozo una ligera sonrisa cuando la curiosidad infantil se apodera de mí y me miro a mí misma. Me saludo con la mano.

Tengo que recordarme que debo respirar. Tengo que obligarme a pensarlo porque mi imagen acaba de partir mi cuerpo en dos y lo ha unido de nuevo. Y, sin embargo, observarla me ha dejado destrozada, pensando en mañanas que nunca llegarán.

Que nunca recuperaré.

Que nunca me pertenecieron.

Desde donde estoy, mi alma se desespera por aferrarse a algo antes de que las profundidades tenebrosas de la desolación me consuman. Apoyo la cabeza en las manos, permito que la sensación me arrastre y me ahogue, y me entrego a la devastadora oscuridad por segunda vez en mi vida.

—¡No! —grito.

Manos invisibles me agarran y tratan de alejarme de él, pero me resisto

con todas mis fuerzas para salvar a Colton.

Para salvar al hombre que amo.

—¡Rylee!

La voz quiere que aparte la vista de Colton. No pienso dejarlo escapar.

Nunca.

—¡Rylee!

La insistencia se intensifica y noto que alguien me zarandea por los hombros. Intento mover los brazos, pero me sujetan con firmeza.

Me despierto, sobresaltada, y me encuentro con los ojos azules de Beckett, que me mira preocupado.

—Estabas soñando, Rylee. Solo era un sueño.

El corazón me late desbocado y tomo aire a bocanadas, pero parece que mis pulmones no quieren aceptarlo. Respiro profundamente otra vez. Me llevo una mano temblorosa a la cara y trato de ubicarme. Parecía tan real. Tan imposible y, a la vez, tan real... A no ser que... que Colton esté...

—Becks.

Su nombre apenas es un susurro en mis labios. Los vestigios de mi sueño se intensifican y empiezo a entender por qué Colton estaba en el coche con Max y mi hija.

—¿Qué pasa, Ry? Parece que has visto a un fantasma.

Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar. No puedo contarle lo que mi mente está procesando. Tartamudeo mientras trato de responderle, pero nos interrumpen.

—¿Son ustedes la familia de Colton Donavan?

Todos los que están en la sala de espera se ponen en pie y se congregan en la entrada, donde una mujer bajita vestida con un uniforme del hospital se quita la máscara quirúrgica. Yo también me levanto; el miedo me impulsa a avanzar hasta la primera fila mientras Becks abre camino entre las personas. Cuando nos detenemos al lado de los padres de Colton, estira el brazo y me agarra la mano. Es el único indicio que me ofrece de que tiene tanto miedo como yo.

Los ojos de la mujer se fijan en la multitud que tiene delante y niega con la cabeza mientras sonrío forzosamente.

—No, tengo que hablar con la familia directa.

Percibo la fatiga que hay en su voz y, por supuesto, empiezo a preocuparme.

Andy da un paso hacia delante y carraspea antes de contestar:

—Sí, estamos todos aquí.

—Ya lo veo, pero me gustaría hablar con su familia directa en privado, tal y como dicta el protocolo del hospital, señor.

Su tono es austero y tranquilizador a la vez, y lo único que quiero hacer es sacudirla hasta que diga «a la mierda las reglas» y nos explique cómo está Colton.

Andy aparta la mirada y la clava en el resto de personas que llenan la sala antes de continuar.

—Puede que mi mujer, mi hija y yo seamos la familia directa de Colton, pero ¿ve a toda esta gente? Son la razón por la que él sigue vivo... Así que, a mi parecer, son parte de la familia y también merecen saber cómo está mi hijo. Que le den al protocolo del hospital.

La mujer pone cara de sorpresa y ahora entiendo por qué hace tantos años, aquellos agentes de policía en el hospital no lo pusieron en duda cuando Andy les dijo que Colton se iría a casa con él aquella misma noche.

La mujer asiente poco a poco con los labios apretados.

—Soy la doctora Biggeti y he colaborado con el doctor Irons en el quirófano durante la operación de su hijo.

Por el rabillo del ojo, veo que la mayoría de miembros del equipo de Colton asienten mientras se inclinan hacia delante para asegurarse de que lo oyen todo. Dorothea se coloca a un lado de Andy y Quinlan en el otro mientras lo toma de la mano como Becks hace conmigo.

—Colton ha superado la operación y en estos momentos lo están trasladando a la UCI.

Un suspiro de alivio inunda la sala de espera. El corazón me late a toda velocidad y me siento un poco mareada. Sigue vivo. Sigue luchando. Tengo miedo de que le hayan quedado secuelas, pero ambos seguimos luchando.

La doctora Biggeti levanta las manos para que guardemos silencio.

—Todavía hay muchos factores que desconocemos. El sangrado y la inflamación eran considerables y tuvimos que extraer un pequeño fragmento del cráneo para aliviar la presión en el cerebro. Actualmente, parece que la

inflamación está bajo control, pero debo reiterar la palabra «actualmente». En estos casos podría pasar cualquier cosa, y las próximas veinticuatro horas serán cruciales para determinar cómo reaccionará el cuerpo de Colton.

Noto que Beckett se tambalea a mi lado, le suelto la mano y me rodeo la cintura con los brazos; me consuela el hecho de que todos estemos aquí y nos sintamos igual. Que esta vez no estoy sola observando cómo el hombre que amo lucha por sobrevivir.

—Y, aunque tengo esperanzas de que Colton saldrá de esta, también es mi deber prepararlos para el hecho de que quizá haya daños periféricos que no podremos determinar hasta que despierte.

—Gracias —contesta Dorothea, que da un paso hacia delante y abraza a la doctora Biggeti antes de retirarse y secarse las lágrimas—. ¿Cuándo podremos verlo?

La doctora asiente en un gesto de compasión por los padres de Colton.

—Como he dicho, ahora mismo están acomodándolo y comprobando sus constantes vitales en la UCI. Podrán visitarlo pronto. —La doctora mira a Andy—. Y esta vez, tengo que seguir las normas del hospital, por lo que solo la familia directa tendrá permiso para entrar a verlo.

Andy asiente.

—Su hijo es muy fuerte y está luchando con todas sus energías. Es evidente que tiene muchas ganas de vivir... y eso nos facilita el trabajo.

—Muchísimas gracias.

Andy suspira y abraza a Dorothea y a Quinlan. Las estrecha con fuerza, y el gesto muestra una pizca de la angustia mezclada con el alivio que siente.

Cuando la doctora se marcha, sus palabras reverberan por mi mente. Cierro los ojos y me centro en lo positivo: el hecho de que Colton está luchando para volver con nosotros. Para volver conmigo.

Han trasladado al equipo y a la familia de Colton a otra sala de espera, ya que ocupábamos todo el espacio de la zona de urgencias. Estamos en otra planta, más cerca de la UCI y

de Colton. La sala está pintada de un sereno azul claro, pero no estoy nada

tranquila. Colton está cerca. Empiezo a hiperventilar solo de pensarlo. No soy familia directa, por lo que no puedo entrar a verlo.

Y eso afecta a mi respiración.

Me deja las emociones a flor de piel, con los nervios al descubierto, como si me hubieran despellejado y rociado con una manguera contra incendios.

No puedo dejar de pensar en lo mucho que ansío verlo para no volverme loca del todo.

Me pongo en pie, de frente a una pared con ventanas que dan al patio de abajo. El *parking* está lleno de furgonetas de medios de comunicación que tratan de sacarle más jugo a la historia. Los miro distraídamente. La masa de periodistas se convierte en una especie de niebla gris.

«Fuiste una chispa de color en un mundo que siempre había sido una niebla gris...».

Estoy tan perdida en mis pensamientos que me sobresalto cuando alguien posa la mano en mi hombro. Me vuelvo y me encuentro con los ojos llenos de pesar de la madre de Colton. Nos miramos fijamente durante unos segundos. Ninguna de las dos habla, pero nos lo decimos todo.

Acaba de volver de ver a Colton. Quiero preguntarle cómo está, qué aspecto tiene, si se parece a las imágenes que tengo en la mente. Abro la boca para hablar, pero la cierro porque no encuentro las palabras adecuadas para expresarme.

Los ojos de Dorothea se llenan de lágrimas y le tiembla el labio inferior.

—Yo solo... —Empieza una frase, pero la deja inacabada. Se lleva la mano a la boca y niega con la cabeza. Unos minutos después, empieza de nuevo—. No soporto verlo así.

Se me hace un nudo en la garganta cuando intento tragar saliva. Coloco la mano encima de la que tiene apoyada en mi hombro y se la estrecho, porque es el único consuelo que puedo ofrecerle.

—Tiene que ponerse bien...

Las mismas palabras que hoy he repetido una y otra vez ; y que, aunque no arreglan nada, digo de todos modos.

—Sí —responde, y asiente con decisión mientras observa el circo en el que se ha convertido el *parking*—. Ni de lejos he tenido suficiente tiempo con

él. Me perdí los primeros ocho años de su vida, así que me los deben por no haber tenido la oportunidad de salvarlo antes. Dios no puede ser tan cruel como para robarle lo que se merece. —Me mira cuando pronuncia las últimas palabras y observo la inconfundible fortaleza de una madre que lucha por su hijo—. No lo permitiré.

Y la mujer imponente que se había desvanecido momentáneamente toma el control de nuevo.

—Mamá...

Quinlan entra en la sala de espera llorando. Ambas nos giramos para mirarla mientras camina hacia nosotras. Todo el mundo fija la vista en ella. Veo cómo le cambia la cara a Dorothea y pasa de protectora feroz a tranquilizadora maternal. Abraza a Quinlan con fuerza, le besa la coronilla, cierra los ojos con firmeza y le susurra palabras de ánimo que teme que sean mentira.

Me siento como una mirona. Ahora mismo, quiero estar con mi madre más que nada. Entonces, Dorothea levanta la vista. Su voz es apenas un susurro, pero me corta la respiración.

—Ahora te toca a ti.

—Pero yo no soy...

No sé por qué estoy tan sorprendida de que quiera darme una oportunidad. La parte de mí que sigue las normas a rajatabla se pone nerviosa, pero mi alma traumatizada presta atención.

—Sí que lo eres —afirma. Sonríe ligeramente y una chispa de sinceridad le brilla en los ojos—. Tú lo completas; es lo único que no he sido capaz de hacer como madre y que me mata, pero, al mismo tiempo, que haya encontrado la pieza de su ser que le faltaba gracias a ti... —No puede acabar la frase y rompe a llorar, por lo que me agarra la mano y me la estrecha—. Ve.

Le devuelvo el apretón y asiento antes de darme la vuelta y dirigirme hacia el hombre sin el que no puedo vivir. Una sensación de miedo mezclada con anticipación me recorre el cuerpo, como si se tratara de una explosión de fuegos artificiales en mitad de la noche más oscura.

Capítulo 4

Estoy junto a las puertas de la unidad de cuidados intensivos y me preparo. El miedo y la esperanza luchan entre ellos hasta que una gran bola de ansiedad hace que me tiemblen las manos cuando doblo la esquina y me quedo frente a la puerta de su habitación.

Necesito unos segundos para coger fuerzas, levantar la vista y observar el cuerpo roto del hombre al que amo. Las imágenes que tengo en la mente son aún peor —lo veo sangriento, amoratado, hecho trizas—, pero ni siquiera estas podrían haberme preparado para el estado en el que se encuentra Colton. Está de una sola pieza y no sangra por ninguna parte, pero está tumbado, quieto y pálido. Tiene la cabeza vendada con una gasa blanca y los ojos entrecerrados a causa de la infamación del cerebro. Hay tubos conectados a su cuerpo y oigo los incesantes monitores que pitan constantemente. Pero lo que de verdad me mata por dentro no es ver todos estos aparatos médicos, sino que la vida y la vitalidad del hombre que amo se haya esfumado.

Me acerco a la cama mientras le escudriño todo el cuerpo, centímetro a centímetro, como si nunca lo hubiese visto antes. Como si nunca hubiera sentido los latidos de su corazón contra el mío. Estiro el brazo para tocarlo, porque necesito hacerlo desesperadamente, y cuando le tomo la mano, la tiene fría y flácida. Incluso los callos que me encantan, los que me raspan la piel deliciosamente cuando me acaricia, han desaparecido.

Rompo a llorar. Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras, a ciegas, me siento en la silla que hay al lado de la cama. Tomo la mano de Colton entre las mías, beso nuestras manos unidas y mis lágrimas le humedecen la piel. Llora todavía más fuerte cuando caigo en la cuenta de que

el olor antiséptico del hospital ha sustituido el aroma familiar que desprendía Colton y que alimentaba mi adicción. Nunca me había percatado de lo mucho que lo necesitaba. Lo mucho que anhelaba que el hombre que amo mantuviera aquel pequeño fragmento de él, cuando todo lo demás había cambiado tan drásticamente.

Murmuro palabras incoherentes contra nuestras manos entrelazadas.

—Por favor, despierta, Colton. Por favor —gimo—. No puedes dejarme ahora. Tenemos mucho tiempo por recuperar, muchas cosas por hacer. Tengo que prepararte cenas horribles y tú tienes que enseñarme a surfear. Hemos de ir a ver a los chicos jugar en la liga menor y tengo que estar en las gradas cuando ganes una carrera.

Imaginármelo de vuelta en ese coche hace que se me acelere el corazón, pero no puedo dejar de pensar en todas las cosas que nos quedan por vivir juntos.

—Tenemos que comer helado para desayunar y tortitas para cenar. Tenemos que hacer el amor en una tarde de domingo tranquila, y tengo que empotrarte contra la puerta cuando entres por ella porque no podemos quitarnos las manos de encima el uno del otro. Todavía no me he cansado de ti...

Me quedo en silencio, cierro los ojos y apoyo la frente contra nuestras manos. Repito el nombre de Colton una y otra vez, como si fuera una plegaria.

—¿Sabes una cosa? Nunca me había enfadado tanto con él como ayer por la noche.

La voz de Beckett rompe mi concentración y me devuelve a la realidad.

Levanto la vista con la mirada borrosa y lo veo apoyado contra el marco de la puerta, cruzado de brazos, mientras observa fijamente a su mejor amigo. Sé que no espera que le responda y, sinceramente, la voz no me saldrá de tanto llorar, así que le doy la única respuesta que puedo ofrecerle: un murmullo incoherente. Después, me giro y clavo la vista en Colton de nuevo.

—Me he enfadado con él muchas veces, pero el de ayer por la noche se lleva la palma.

Becks suspira, frustrado, y luego oigo que empieza a caminar. Se sienta en la silla que hay frente a mí, agarra la otra mano de Colton y la estrecha. Observa el rostro impassible de su amigo y, después, me mira fijamente por encima del cuerpo inmóvil del hombre que amamos.

—Cuando supe que Colton estaba dispuesto a dejarte ir sin decirte la verdad o sin luchar por ti... —Niega con la cabeza, incrédulo, y las lágrimas le inundan los ojos—. No creo que me haya enfadado o haya querido pegarle un puñetazo a alguien tanto como cuando me dijo que me marchara de tu habitación.

—Bueno, la verdad es que ambos estábamos siendo unos cabezotas — admito.

Desearía volver a aquella habitación de hotel, repetir aquel día, para que dejáramos de discutir y pudiera abrazarlo más fuerte y durante un poco más de rato. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo para advertir a Colton de lo que iba a pasarle en la carrera. Pero sé que no importaría. Mi hombre rebelde e imprudente cree que es invencible y se habría subido a ese coche de todas formas.

Beckett fija la vista en el rostro de Colton de nuevo y la verdad es que, ahora mismo, parece de todo menos invencible. Sollozo y se me hace un nudo en la garganta; aunque trato de mantener la compostura, no lo consigo.

—Está tan acostumbrado a pensar que no se merece la buena suerte que tiene... Nunca me lo ha explicado en detalle, pero sé que piensa que no se merece nada mejor que el lugar del que vino, sea el que sea. Cree que no es lo bastante bueno para ti y...

—Él lo es todo para mí.

Resuello, porque la verdad que hay en mis palabras resuena con claridad en mi alma.

El fantasma de una sonrisa aparece en los labios de Becks, a pesar de la tristeza que veo reflejada en sus ojos.

—Lo sé, Rylee. —Pausa—. Tú eres su salvación.

Aparto la vista de Colton y lo miro a él.

—No sé cómo va a ayudarlo eso ahora. Lo dejé ayer por la noche después de que te marcharas —confieso, y miro de nuevo a nuestras manos entrelazadas. El sentimiento de culpa me consume—. Después de lo que me dijo, no paraba de pensar: «No puedo seguir con él en estas circunstancias». Pensé que podría quedarme y ayudarlo a reparar las partes de él que estaban rotas, pero no era capaz de seguir con él y que me engañara con otra, así que me fui.

—Hiciste lo correcto. Tenía que probar su propia medicina. Se estaba

comportando como un gilipollas y estaba usando su propio miedo para alimentar sus inseguridades... Pero fue a buscarte, Ry. Solo eso me dice que sabe lo mucho que te necesita.

—Lo sé —contesto. Mi voz es apenas un susurro y el sonido de los monitores acalla mis palabras—. Lo dejaría de nuevo felizmente si eso evitara que estuviéramos aquí ahora mismo.

Lo digo sin ningún tipo de convicción, porque muy en el fondo sé que sea donde sea que estuviese Colton, no sería capaz de mantenerme alejada de él.

Nos quedamos sentados en silencio durante unos instantes, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. Becks se pone en pie de repente, la silla chirría y el ruido rompe el silencio antiséptico de la habitación.

—Esto es una mierda. No puedo sentarme y quedarme aquí mirándolo con ese aspecto. —Su voz está llena de emoción y se dispone a marcharse.

—Se recuperará, Becks. Tiene que hacerlo.

Se me quiebra la voz cuando pronuncio las últimas palabras, lo cual traiciona mi aplomo.

Becks se detiene y resopla antes de darse la vuelta y mirarme.

—El cabrón es cabezota en todo lo que hace. Todo. Más le vale no defraudarme ahora.

Centra la atención en Colton y se dirige hacia la cama. Su pesar se transforma en ira con cada minuto que pasa.

—Siempre tienes que ser el protagonista, ¿verdad, Wood? Capullo egocéntrico. Cuando te despiertes de una puta vez, y lo harás, porque no dejaré que te vayas así, te daré una paliza por hacernos sufrir.

Alarga el brazo y contradice las palabras que acaba de pronunciar cuando apoya una mano en el hombro de Colton durante unos segundos antes de darse la vuelta y marcharse.

Me quedo a solas con el hombre que amo y siento el peso de la incertidumbre en mis hombros, pero sé que la esperanza por fin empieza a resplandecer a través del dolor.

Capítulo 5

Colton

Siento el coche, el ruido del motor que reverbera en mi pecho y que me dice que estoy vivo, antes de ver cómo salgo disparado de la curva. Me centro en mis manos. Me tiemblan, joder. No puedo sujetarme al volante o pensar con claridad. No puedo hacer nada. Siento cómo el volante vibra bajo mis malditos dedos. Dedos que apenas consiguen controlar el puto caos que se forma a mi alrededor.

La seguridad que tengo en mí mismo en este sitio que siempre ha sido mi salvación ha desaparecido. Se ha convertido en polvo movido por el maldito viento.

¿Qué coño pasa?

El sonido del metal al doblarse, destrozándose, junto al chirrido del neumático deslizándose por el asfalto, resuena por todo mi cuerpo. El coche de Jameson chocha contra el mío. Y con la colisión y el impacto de mi cuerpo, mis pensamientos se estrellan como nuestros coches.

El recuerdo de Rylee me alcanza primero.

Es un puto rayo de sol contra la maldita oscuridad. El sol que brilla a través del humo del accidente. La única excepción a mi puta norma. ¿Cómo es posible que oiga su llanto a través del casco y la vea encogida hacia delante, horrorizada, en la distancia? Algo no va bien. Para nada bien.

¿Cómo?

Y aunque hay un montón de humo, todavía veo su rostro con claridad. Los

ojos de color violeta que me ofrecen algo que no merezco: confianza. Que me suplican que la deje entrar en mi vida, que le permita arreglar las partes de mí que están dañadas para siempre a causa de un pasado del que nunca me desharé, del que nunca escaparé, aunque me golpee la cabeza contra la puta pared.

Veo cómo mi coche se eleva entre la nube de humo, por encima de toda la confianza que se ha perdido y la esperanza inútil. Se me corta la respiración y siento que me explotará el pecho, que detonará como la metralla de recuerdos incrustados tan profundamente en mi cabeza, que apenas sé donde se clavan. Y aunque estoy presenciándolo, aún puedo sentirlo: la fuerza del giro, la tensión en los músculos, la necesidad de agarrarme al volante con fuerza. Mi futuro y mi pasado se derrumban a mi alrededor como un maldito tornado mientras doy vueltas sin control y trato de luchar contra el miedo y el puto dolor que sé que vendrá después.

Miedo y dolor de los que nunca podré escapar.

Los escombros se dispersan... En la pista y en mi cabeza.

Daño colateral para que otra pobre y desgraciada alma lidie con él. No es la primera vez que me pasa. Se me hace un nudo en la garganta que amenaza con ahogarme y el miedo que siento en el alma se apodera de mi mente, porque incluso ahora que estoy volando por los aires, cuando debería sentirme libre de todo lo que me ata a la vida, ella sigue ahí. Él sigue ahí. Son un recordatorio constante.

«Colty, cuando no escuchas, te haces daño. Sé buen chico y espéralo. Si eres malo, te pasarán cosas malas, cariño».

El crujido del metal, su gruñido masculino.

El olor de la destrucción, su aliento de alcohólico.

Mi cuerpo estrellándose contra la valla de contención, sus dedos gordos intentando agarrarme, poseerme, reclamarme.

«Dime por qué me amas. ¡Dímelo!».

«Te amo. Te amo. Te amo. Te amo».

Agradezco el impacto del puto coche, porque me quita las palabras de la boca. Lo veo, lo siento y lo oigo al mismo tiempo, como si estuviera en todas partes y en ningún sitio a la vez. Estoy dentro del coche y fuera. El sonido inconfundible del metal al doblarse resuena mientras me convierto en un ser ingrátido y me libero del dolor momentáneamente. Sé que una vez diga esas

dos palabras, solo sentiré dolor.

Es el puto veneno que me consumirá lentamente hasta que no quede nada de lo poco que soy.

El maldito miedo me paralizará, me consumirá, joder, y será como dinamita explotando en una cámara de vacío.

Mi cuerpo sale disparado hacia delante a causa de la inercia, pero el arnés que me sujeta los hombros me estrangula hasta que me quedo quieto, como si Rylee me metiera prisa para que avanzara. Como el puto recuerdo de aquel hombre, que me contenía con sus brazos implacables que me atrapaban mientras luchaba contra la oscuridad que traía con él y con la que me invadía. Lucho contra las palabras que me obligaba a decir y que han perdido el sentido para siempre.

El impacto me golpea con todas sus fuerzas; el coche se estrella contra la valla, mi corazón, contra el pecho, y la esperanza, contra mis demonios. Pero solo veo a Rylee pasando por encima de la barrera. Solo lo veo a él acercándose a mí mientras ella se aleja.

—¿Rylee? —la llamo.

Ayúdame. Sálvame. Redímeme. No se gira. No responde. He perdido todas mis putas esperanzas.

«Estoy roto...».

Siento que el movimiento del coche me envuelve y noto cómo se detiene poco a poco. No sé cuáles son los daños, pero la oscuridad empieza a consumirme.

«... y me extingo...».

Mi último aliento de resistencia, por él, por ella, cuando abandono la lucha.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

—Lo estamos perdiendo. ¡Se nos va!

«... Me pregunto si después de morir sigue doliendo...».

—Colton, vuelve. ¡Lucha, joder!

Capítulo 6

Los minutos se convierten en horas.

Las horas, en días.

El tiempo se escabulle cuando hemos desperdiciado demasiado a lo largo de nuestras vidas.

Me niego a alejarme de Colton. Ya hay demasiadas personas en su vida que lo han abandonado y me niego a hacerlo en el momento más importante. Así que hablo con él sin parar. Le explico todo y nada, pero no ayuda. No reacciona, no se mueve... Y eso me mata.

Las visitas entran y salen de su habitación de vez en cuando: sus padres, Quinlan y Becks. Nos dan información sobre el estado de Colton en la sala de espera, donde algunos miembros del equipo y Tawny siguen reuniéndose a diario. Y no me cabe duda de que Becks se asegura de que Tawny se mantenga alejada de mí y mi frágil estado emocional.

En el quinto día, no puedo soportarlo más. Necesito sentirlo más cerca de mí. Necesito tener contacto físico con él. Retiro todos los cables hacia un lado, me tumbo junto a él con cuidado, apoyo la cabeza sobre su pecho y la mano sobre su corazón. Rompo a llorar cuando siento su cuerpo contra el mío. Me relaja escuchar el sonido de su corazón, fuerte y rítmico bajo mi oído, en lugar del pitido electrónico del monitor del que he acabado dependiendo para determinar el estado de Colton.

Me acurruco contra él con el deseo de sentir su brazo a mi alrededor y las vibraciones de su voz a través de su pecho. Son pizcas de consuelo que no aparecen.

Me quedo tumbada allí durante un rato y, cuando estoy a punto de quedarme dormida, me sobresalto. Juraría que lo que me ha despertado es la voz de Colton. Juraría que oigo la cancioncilla de los superhéroes, como si fuera un suspiro tumultuoso que saliera de sus labios. Se me acelera el corazón y trato de reubicarme en medio del entorno desconocido que es su habitación. Lo único familiar es Colton, que está a mi lado, e incluso eso no es más que una pequeña muestra de consuelo en comparación con el desorden que se ha establecido en mi mente, porque Colton tampoco es el mismo que era antes. Los dedos se le mueven con pequeños espasmos y gime de nuevo, y aunque sus palabras no han sido lo que me ha despertado, sé que está llamándolos. Está pidiéndoles ayuda para salir de esta pesadilla.

No sé cómo tranquilizarlo. Ojalá pudiera meterme en su interior y mejorar la situación, pero eso no es posible. Así que hago lo único que se me ocurre y empiezo a cantar en voz baja mientras pienso en lo que su padre me ha dicho antes. Creía que me había olvidado de la letra de la canción que escuché hace mucho tiempo, pero voy acordándome con facilidad después de equivocarme en las primeras frases.

Así que en este ambiente frío y estéril, trato de aportar calidez a Colton con la letra de la canción de su infancia: «Puff, el dragón mágico».

Ni siquiera me doy cuenta de que me he quedado dormida hasta que me despierto de un salto cuando oigo pasos. Alzo la vista y la fijo en los ojos amables de la jefa de enfermeras. Veo que está a punto de reñirme por lo que he hecho, pero la mirada suplicante que le dedico le hace cambiar de opinión.

—Cariño, no deberías estar así con él. Te arriesgas a que se desconecte algún cable o tubo. —Habla con una voz muy dulce y niega con la cabeza cuando nuestras miradas se cruzan—. Pero si quieres hacerlo durante mi turno, te prometo que no se lo contaré a nadie. —Me guiña el ojo y sonrío a modo de agradecimiento.

—Gracias. Solo necesitaba...

No logro acabar la frase porque no sé cómo expresar que necesitaba conectar con él de algún modo.

Se acerca a mí y me da unas palmaditas en el brazo como para decirme que lo entiende.

—Ya lo sé, cielo. ¿Y quién nos dice que eso no lo ayudará a salir del coma? Pero ten cuidado, ¿vale?

Asiento y sale de la habitación.

Me quedo sola y a oscuras; el resplandor inquietante de las máquinas ilumina la habitación. Todavía estoy tumbada a su lado, por lo que inclino la cabeza y lo beso en mi sitio preferido, justo debajo de la mandíbula. A estas alturas, tiene barba y agradezco las cosquillas que me hace en la nariz y los labios. Me acerco a él y disfruto de la sensación que me produce sentirlo. Estoy tumbada, abrazada al hombre que amo, y aún tengo miedo de que pueda perderlo. Me superan la cantidad de emociones que siento al mismo tiempo.

Así que susurro lo único que consigo vocalizar para expresar el miedo que me ha secuestrado el alma:

—Spiderman. Batman. Superman. Ironman.

Dejo de llorar al cabo de un rato y, poco después, las garras del sueño me atrapan de nuevo.

Despierto desorientada y parpadeo una y otra vez para ajustar la vista a la luz del sol que entra por la ventana. Oigo susurros, pero lo que más me sorprende es que vibran bajo mi oído.

Me sobresalto cuando caigo en la cuenta de que los susurros provienen de Colton. En menos de un segundo, el corazón empieza a latirme desbocado, se me corta la respiración y el espíritu se me llena de esperanza. Me mareo cuando me incorporo de nuevo para observar al hombre que amo, y me olvido de los demás que están en la habitación.

—Hola.

Es lo único que se me ocurre decirle cuando nuestras miradas se cruzan. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y me tiemblan las manos cuando lo veo despierto, alerta y consciente.

Le brillan los ojos cuando me ve.

—Hola —saluda con la voz ronca, y me invade la alegría.

Colton inclina la cabeza ligeramente para observarme y, aunque su rostro refleja confusión, no me importa, porque está vivo y de una sola pieza.

Y ha vuelto.

Me quedo sentada y lo observo unos instantes. Mi pulso se acelera

todavía más, sorprendida porque me ha quitado las palabras de la boca.

—Iron... Ironman —tartamudeo, y pienso que tengo que avisar al doctor.

No quiero moverme. Quiero besarlo, abrazarlo y no soltarlo nunca más. Él se limita a mirarme como si se hubiese perdido; algo comprensible, dado que acaba de despertar en medio de un caos frenético y lo único que se me ocurre decir es el nombre de un superhéroe.

Empiezo a levantarme de la cama, pero me agarra la muñeca.

—¿Qué haces aquí?

Me mira mientras me hace mil preguntas más con los ojos que soy incapaz de responder.

—Yo... La verdad... Tuviste un accidente —tartamudeo, y trato de explicarle lo que ha sucedido.

Espero que la inquietud que me recorre todo el cuerpo y que me asfixia sea solo a causa de la cantidad de emociones que he experimentado durante estos últimos días.

—Te estrellaste contra la valla de contención durante la carrera. Tu cabeza... Has estado inconsciente durante una semana...

Mi voz disminuye cuando veo que entrecierra los ojos e inclina la cabeza hacia un lado. Veo cómo intenta organizar los recuerdos que se le pasan por la mente, así que le doy tiempo para pensar.

Mira por encima de mi hombro de nuevo y, entonces, me acuerdo de que había otras voces en la habitación que pertenecían a más de una persona, pero algo en sus ojos hace que tenga miedo de apartar la vista de él.

—Colton...

—Me dejaste.

Se le quiebra la voz y oigo cómo se le rompe el corazón, incrédulo.

—No... —Niego con la cabeza y le agarro la mano mientras el miedo empieza a apoderarse de mi voz—. No. Volví. Lo solucionamos. Nos despertamos juntos. —Oigo el pánico crepitante que hay en mi voz, siento los latidos de mi corazón, la pérdida estrepitosa de la esperanza que acababa de recuperar—. Corrimos juntos.

Niega con la cabeza ligeramente, sin acabar de creérselo del todo.

—No, no lo hiciste. —Mira por encima de mi hombro otra vez, se deshace de mi mano y estira el brazo hacia la persona que está detrás de mí—. Te

fuiste. Salí corriendo detrás de ti, pero no te vi. Ella me encontró en el ascensor.

Esboza la sonrisa que anhelaba ver y que esperaba que reafirmara la conexión que hay entre nosotros... Pero no me la dedica a mí.

Me quedo sin aliento, palidezco y una sensación de frío se infiltra en cada fibra de mi alma cuando la sonrisa que amo, la única que Colton guarda solo para mí, la recibe la persona que tengo detrás.

—Colton no se acordaba de nada, cielo. —La voz es como una patada en el estómago y se me rompe el corazón—. Así que le conté todos los detalles que le faltaban —comenta Tawny mientras da un paso adelante y esboza una sonrisa condescendiente—. Le expliqué que te marchaste y que nosotros reconectamos.

Mueve la lengua dentro de la boca y sonrío más ampliamente, con los ojos brillantes. El mensaje es alto y claro.

Yo gano.

Tú pierdes.

El suelo desaparece bajo mis pies y la oscuridad empieza a nublar me la vista hasta que soy incapaz de sentir nada más.

Capítulo 7

Desperto sobresaltada. Mis pulmones luchan por respirar y mi mente intenta centrarse en cualquier cosa con tal de escapar de este estado de aturdimiento. Se me escapa un grito ahogado, pero me relajo cuando caigo en la cuenta de que estoy en la habitación de Colton, sola, y de que él está a mi lado. Sigo con la cabeza sobre su pecho y el brazo alrededor de su cintura.

Suspiro y la adrenalina que siento aumenta. Solo era un sueño. Joder, solo era un sueño. Me lo repito una y otra vez para tratar de convencerme a mí misma mientras oigo el pitido constante de los monitores de la sala y percibo el aroma medicinal de los hospitales. Son cosas que he acabado odiando, pero de las que ahora mismo estoy agradecida, porque son indicadores claros de que nada ha cambiado. Colton sigue durmiendo y yo sigo esperando a que pase un milagro.

Milagros que no tengan nada que ver con Tawny.

Me acurruco contra el cuerpo de Colton de nuevo, y la pesadilla ya no es más que un recuerdo difuso en los lindares de mi consciencia que me ha dejado inquieta y temblando de ansiedad. Me quedo tan absorta en mis propios pensamientos que, mientras la adrenalina disminuye, se me cierran los ojos. La paz que acompaña el sueño me envuelve por completo y, cuando noto que una mano me acaricia la espalda con dulzura, me abandono por completo al reino de Morfeo. Me acerco más a Colton para que la calidez y la serenidad que me ofrece su cuerpo me invada.

Y, de repente, me doy cuenta. Abro los ojos de golpe y miro a Colton. El sollozo que dejo escapar no es nada comparado con el vuelco que me da el corazón y el alma.

Cuando nuestras miradas se encuentran, se me pasan mil cosas por la cabeza; la más importante es que Colton ha vuelto. Ha despertado y está vivo. Seguimos mirándonos, y percibo en sus ojos la confusión y la guerra que se estará librando en su interior.

—Hola —saludo, y sonrío ligeramente.

No estoy segura de por qué una parte de mí está nerviosa. Colton se lame los labios y cierra los ojos unos segundos, lo cual hace que sienta un pánico inmediato, porque parece que haya entrado en coma de nuevo. Sin embargo, abre los ojos, los entrecierra y separa los labios. Parece que va a decir algo, pero no lo hace.

—*Shhh* —digo, y le coloco un dedo sobre los labios—. Has tenido un accidente.

Frunce el ceño mientras trata de levantar la mano, pero no puede; es como si fuera un peso muerto. Mira hacia arriba para intentar ver las vendas gruesas que tiene alrededor de la cabeza.

—Te han operado.

Abre los ojos de par en par y advierto el temor en su mirada. Me regaño a mí misma por tener tan poco tacto y no ser más clara. El monitor que tengo al lado empieza a pitar a un ritmo más acelerado y el ruido resuena por toda la habitación.

—Ahora estás bien. Has vuelto. —Lo veo esforzarse para comprender la situación. Lo miro a los ojos para ver si reflejan algún ápice de consciencia, pero no reacciona—. Voy a avisar a la enfermera.

Me apoyo en el colchón para levantarme de la cama, pero Colton me agarra de la muñeca. Niega con la cabeza y hace una mueca de dolor a causa del movimiento repentino. Inmediatamente, me dirijo a él y le rodeo el rostro con las manos. Tiene la piel pálida y sudores fríos.

—No te muevas, ¿de acuerdo?

Se me rompe la voz cuando lo digo y lo escudriño para ver si se ha hecho daño. Como si yo tuviera algún modo de saberlo.

Asiente ligeramente y susurra en una voz casi inaudible:

—Duele.

—Ya lo sé —contesto, y presiono el botón que hay a un lado de la cama para llamar a la enfermera. La esperanza que guardaba en lo más profundo de

mi ser brilla de nuevo—. Deja que llame a la enfermera para que te alivie el dolor, ¿vale?

—Ry...

Apenas consigue pronunciar mi nombre y el miedo que oigo en su voz me rompe el corazón. Así que hago lo único que sé que lo calmará. Me inclino hacia delante, poso los labios sobre su mejilla y le doy un beso largo mientras trato de controlar mis emociones. Las lágrimas me resbalan por las mejillas y aterrizan en las suyas. Oigo cómo suspira cuando me aparto. Colton cierra los ojos y la oscuridad lo envuelve de nuevo.

—¿Va todo bien? —pregunta la enfermera cuando llega.

Miro hacia la puerta. Todavía sostengo la cara de Colton entre las manos y mis lágrimas le cubren los labios.

—Se ha despertado...

Soy incapaz de decir nada más antes de romper a llorar de alivio.

Colton pierde y recupera la consciencia unas cuantas veces más durante los siguientes días. Experimenta pequeños momentos de lucidez y confusión. Cada vez que se despierta intenta hablar, pero no lo consigue y, en todas esas ocasiones, nos pasamos los pocos minutos que tenemos con él tratando de tranquilizarlo.

Me niego a marcharme, porque tengo miedo de perderme alguno de esos valiosos momentos. Minutos robados en los que puedo fingir que no ha pasado nada, en vez de preocuparme.

Dorothea me ha convencido para que descanse durante unos minutos y vaya a la cafetería. Aunque no quiero alejarme de él, sé que estoy acaparando a su hijo y que probablemente ella también quiere estar a solas con él.

Apenas pruebo bocado, ya que no tengo nada de hambre, y los pantalones me van más anchos que cuando llegué a Florida hace una semana. No hay nada que me apetezca, ni siquiera chocolate, que es lo que siempre como cuando estoy estresada.

Mi teléfono suena y me apresuro a contestar. Espero que sea Dorothea para decirme que Colton se ha despertado de nuevo, pero no es ella. Mi

entusiasmo disminuye.

—Hola, Haddie.

—Hola, cariño. ¿Cómo va la cosa?

—Sigue igual.

Suspiro profundamente. Ojalá tuviera algo más que contarle. Ella ya se ha acostumbrado a esto, así que permite el silencio que se establece entre nosotras.

—Si no despierta pronto, te ignoraré, tomaré el primer avión y moveré el culo hasta Florida para estar allí contigo.

Así es Haddie. Nunca está para tonterías. Pero no hace falta que venga, porque se quedaría sentada durante todo el día como todos nosotros y eso no haría que las cosas mejoraran.

—¿Solo tu culo? —Sonrío ligeramente y la sensación me parece muy extraña en un lugar tan sombrío como este.

—Pues no está nada mal, la verdad... Si dejas caer una moneda encima, seguro que rebota. —Ríe—. ¡Y gracias a Dios! Esa es la Rylee que conozco. ¿Cómo estás?

—Hago lo que puedo —confieso y suspiro.

—¿Y él cómo está? ¿Se ha vuelto a despertar?

—Sí, ayer por la noche.

—Entonces, según Becks, ¿ha vuelto en sí cinco veces en dos días? ¿Eso es buena señal, no? Es mejor que nada.

—Supongo... No lo sé. Cada vez que se despierta está muy asustado; le aumenta el ritmo cardíaco y se le acelera la respiración. Sucede tan rápido que no nos da tiempo a explicarle que no pasa nada, que todo va a salir bien.

—Pero os ve a todos allí, Ry. El hecho de que estéis con él seguro que lo tranquiliza.

Le respondo con la esperanza de que tenga razón, de que el hecho de que nos vea a todos junto a él lo calme en lugar de asustarlo y que piense que está en su lecho de muerte.

—¿Qué dice el doctor Irons?

Respiro profundamente, me aterra que si lo digo en voz alta mis miedos se cumplan.

—Dice que Colton parece estable. Que cuantas más veces despierte,

mejor... Pero hasta que no empiece a formular frases completas, no sabrá del cierto si alguna parte de su cerebro está dañada.

—De acuerdo —contesta, y lo pronuncia como si fuera una pregunta. Como si me preguntara indirectamente de qué tengo miedo—. ¿Hay algo que no me hayas contado, Ry?

Juego con la comida que hay en mi plato. Mi mente divaga, incapaz de concentrarse durante más de dos minutos. Me deshago del nudo que tengo en la garganta y suspiro.

—También nos ha dicho que las habilidades motrices se pueden ver afectadas temporalmente...

—Y... —Me quedo callada y Haddie espera a que conteste—. Deja el tenedor tranquilo y cuéntamelo. Dime qué te preocupa de verdad. No me mientas ni te andes con rodeos, joder.

Suspiro profundamente.

—Según el doctor, lo más seguro es que no se acuerde de mucho. A veces, en casos como estos, puede que el paciente tenga pérdidas de memoria permanentes.

—Y tienes miedo de que no se acuerde de lo que pasó, de lo bueno y de lo malo, ¿verdad?

No respondo; me siento estúpida al reconocer mis miedos. Haddie interpreta mi silencio como una respuesta.

—Bueno, pues de ti seguro que se acuerda, porque no se alteró cuando te vio tumbada a su lado la primera vez que despertó, ¿verdad? Te agarró la mano y te acarició el pelo. Eso es una clara indicación de que sabe quién eres.

—Sí... pero acabo de recuperarlo, Haddie. Solo de pensar que puedo perderlo, aunque sea en sentido figurado, me asusta.

—Deja de pensar en algo que aún no ha sucedido. Entiendo por qué estás preocupada, pero has superado cosas peores, incluyendo a Tawny. Tienes que alejarte del precipicio al que te has asomado y esperar a ver qué pasa. Ya te enfrentarás a ello cuando tengas que hacerlo, ¿de acuerdo?

Estoy a punto de responder, pero oigo que me llega un mensaje. Me aparto el teléfono de la oreja y se me acelera el corazón cuando veo lo que me ha enviado Quinlan: «Se ha despertado».

—Colton se ha despertado otra vez. Tengo que colgar.

Capítulo 8

Colton

El dolor me martillea en la sien. Me escuecen los ojos como si acabara de despertar después de haberme bebido una botella de *whisky*. Me entran náuseas y se me revuelve el estómago.

Es la misma sensación que tuve en aquella habitación, en aquel colchón húmedo, cuando el terror florecía en mi interior mientras esperaba a que él llegara, a que mi madre me entregara, que me intercambiara... Pero eso no es posible, joder. Quinlan y Beckett están aquí. Y mamá y papá.

¿Qué coño pasa?

Cierro los ojos con fuerza y trato de disipar la confusión que siento, pero lo único que consigo es que se el maldito dolor se intensifique.

Dolor.

Sufrimiento.

Placer.

Necesidad.

Rylee.

Se me pasan por la mente recuerdos que no consigo ver con claridad o entender y, luego, desaparecen y se sumergen en la oscuridad que se ha apoderado de ellos.

¿Dónde está Rylee?

Lucho por tratar de recordar más cosas, por atrapar los recuerdos y aferrarme a ellos como si fueran un salvavidas.

¿Habrá visto el puto veneno que llevo dentro? ¿Se habrá dado cuenta de que este placer no merece la pena, porque le causará dolor a la larga?

—¿Señor Donovan? Soy el doctor Irons. ¿Puede oírme?

«¿Quién coño eres?», pienso. Fijo la vista en los ojos azules que me observan.

—Puede que le resulte difícil hablar. Vamos a traerle un poco de agua para ayudarlo. Apriéteme la mano si me ha entendido.

¿Por qué cojones tengo que apretarle la mano? ¿Y por qué no se me mueve la mano? ¿Cómo narices se supone que competiré en la carrera de hoy si no puedo agarrar el volante?

El corazón me late desbocado, como el pedal que debería estar pisando en la pista ahora mismo.

Pero estoy aquí.

Y ayer por la noche estaba allí con Ry. Desperté con ella... y ahora se ha marchado.

«... Hora de hacer ondear la bandera a cuadros, nene...».

Entonces, lo veo todo con claridad. Y, después, regreso a la oscuridad. Veo la bandera a cuadros de entre todas las imágenes que se me pasan por la mente. No logro pensar con coherencia. No puedo encontrar el sentido a nada excepto al hecho de que estoy muy confundido, joder.

Todos los ojos de la habitación me observan como si fuera un espectáculo del circo.

«Y en su próxima actuación, señoras y señores, el paciente moverá los dedos», me digo a mí mismo.

Lo intento con los de la mano izquierda y funciona. Gracias a Dios.

Más imágenes me invaden los recuerdos: el metal del coche haciéndose añicos, chispas, humo... Me estrello, doy vueltas, caigo al vacío y doy tumbos.

«... Parece que tus superhéroes han venido, al fin y al cabo...».

Me paso un rato intentando averiguar qué coño significa eso, pero no lo consigo.

Rylee se ha ido.

«A fin de cuentas, no ama las partes rotas de mí», pienso.

Trato de deshacerme de las mentiras de mierda que se me forman en la

cabeza, pero gruño de dolor.

Max.

Yo.

Se ha ido.

No puede hacerlo de nuevo.

No puedo creer que fuera tan egoísta como para pedírselo siquiera.

—Colton. —El doctor se dirige a mí otra vez—. Has tenido un accidente grave. Eres afortunado por estar vivo.

¿Un accidente grave? Los recuerdos borrosos empiezan a cobrar sentido, pero todavía tengo lagunas. Trato de hablar, pero tengo la boca tan seca que lo único que sale de mis labios es un gruñido ronco.

—Te fracturaste la cabeza.

El doctor Irons me sonrío, pero lo observo reticente.

A caballo regalado, no le mires el dentado, supongo.

Puede que me haya devuelto la vida, pero la puta razón que tengo para vivir no está aquí. Es lo bastante lista como para marcharse, porque no puedo darle lo que necesita: estabilidad, un vida sin carreras, la promesa de que lo nuestro será para siempre.

—La enfermera está de camino con un poco de agua para humedecerte la garganta —comenta, y escribe algo en su tableta—. Sé que puede que te sientas asustado, hijo, pero te recuperarás. Lo difícil ya ha pasado. Ahora podemos empezar con la fase de recuperación.

¿La fase de recuperación? Gracias, Don Sabelotodo, pero será más bien una carretera hacia el infierno.

Mil caras se acercan a mí. Mamá me besa la mejilla mientras las lágrimas le resbalan por el rostro. Papá esconde las emociones que siente, pero cuando lo miro a los ojos veo que está hecho un desastre. Quin está contentísima. Becks susurra algo sobre ser un cabrón de mierda.

Esto tiene pinta de ser bastante grave.

Y, sin embargo, sigo entumecido. Vacío. Incompleto.

Rylee.

Unos minutos después, mi madre les insiste para que se alejen un poco, me den espacio y me dejen respirar.

Y, de repente, me falta el aire que acabo de recuperar.

Me giro para mirar hacia la figura borrosa que veo por el rabillo del ojo, y allí está.

Con los rizos que le caen en cascada por la espalda, desmaquillada, con las mejillas hundidas y cubiertas de lágrimas y los ojos rojos. Sus labios forman una «O» perfecta mientras espera desde el umbral. Parece que ha pasado por el infierno, pero sigue siendo lo más bonito que he visto en mi vida.

Que me llamen cursi, pero juro por Dios que ella es el único aire que respiran mis pulmones. Es todo cuanto necesito y todo lo que no merezco, joder.

Tiene el móvil entre las manos y mi camiseta de la suerte le cuelga de los hombros. Veo el miedo que reflejan sus ojos mientras se esfuerza por mirar hacia cualquier lado menos a mí.

Respira, Donavan. Respira, joder. No se ha ido. Sigue aquí. Ella es el neutralizador del ácido que me consume el alma.

Nuestras miradas se cruzan por fin. Veo mi futuro, mi salvación, la única oportunidad que tengo de redención. ¿Y sus ojos? Brillan, llenos de emociones contradictorias: alivio, optimismo, ansiedad, miedo y muchas más.

Y me centro en lo desconocido.

Las palabras que no pronuncia, pero que me dicen que esta situación está destrozándola por dentro. Que no es justo que esté haciéndole pasar por todo esto otra vez. Pero las carreras son mi vida. Es algo que necesito tanto como el aire que respiro, lo cual es irónico ahora, si consideramos que ella es mi aire, pero es la única manera que tengo de sobrevivir y de escapar de los demonios que me persiguen. La nube negra se cuele en cada resquebro de mi alma para asegurarse de que nunca puedan erradicarla. No puedo ser egoísta y pedirle que se quede a mi lado cuando pretendo ser el cabrón más egocéntrico del mundo.

Quiero que se vaya, pero le suplico que se quede.

«Pero ¿cómo puedo dejarla escapar cuando es la dueña de todo mi ser?», pienso.

Me ahogaría encantado si eso significara que ella podría respirar con facilidad. Sin preocuparse. Sin sentir miedo constantemente.

Tengo que ser altruista por primera vez en mi vida, a pesar de que siempre he sido un egoísta.

Debería habérselo contado, debería haber superado el miedo que me consume el alma, pero no podía... Y ahora no lo sabe.

«Te Spiderman...».

Grito las palabras en mi mente, pero el nudo que tengo en la garganta me impide vocalizarlas. Las palabras que no sé si algún día estaré listo para decir.

Mi madre me las robó hace muchos años.

Ahora pagaré por ello.

Al dejar escapar mi única oportunidad.

Justo entonces, oigo cómo empieza a llorar. Oigo la incredulidad y el tormento en su llanto mientras le tiemblan los hombros y se inclina hacia delante.

Y sé que lo que quiero y lo que es mejor para ella son dos cosas completamente distintas.

Capítulo 9

De la nada, empiezo a llorar cuando lo veo, lúcido y medio consciente. Mi hombre roto; lo más bonito que he visto en mi vida.

El corazón se me acelera todavía más, si es que eso es posible. Nos quedamos mirándonos mientras el ruido y el entusiasmo de la sala disminuye. Todos dan un paso hacia atrás y nos observan.

Pero no logro moverme desde donde estoy mientras trato de leer las emociones reflejadas en los ojos de Colton. Tiene un aspecto pesaroso y quizá algo inestable, pero también percibo una emoción subyacente que no puedo identificar, pero que me aterra.

Una enfermera pasa por mi lado y me roza el hombro con el suyo, y Colton aparta la mirada. La enfermera le ofrece la pajita del vaso que lleva en la mano y él bebe ansiosamente hasta que se acaba toda el agua.

—Vaya, pues sí que estabas sediento, ¿no? —bromea—. Iré a por más, pero primero asegurémonos de que toleras tanto líquido antes de beber más, ¿de acuerdo? —añade.

Trato de tomar aire sin hipar, pero no consigo calmar la ansiedad que siento. Noto cómo Quinlan me pasa el brazo por el hombro mientras se enjuga las lágrimas, pero ni siquiera le presto atención. No puedo centrarme en nada que no sea la visión borrosa del hombre que tengo delante de mí.

La enfermera toma el historial médico que dejó allí el doctor Irons y se marcha. Aún no me he movido. No creo que sea capaz. Me quedo mirando a Colton mientras el doctor Irons entra y lo examina: le observa las pupilas, comprueba sus reflejos y analiza la fuerza de su agarre cuando aprieta el

puño. Me doy cuenta de que le pide a Colton que repita esta última prueba con la mano derecha unas cuantas veces, y veo pánico reflejado en las facciones de Colton. No puedo apartar la vista. Deslizo la mirada por cada centímetro de su cuerpo, aterrada de perderme algo, lo que sea, de estos primeros momentos con él.

—Bueno, parece que todo va bien —afirma el doctor Irons finalmente, después de examinarlo un poco más—. ¿Cómo te encuentras, Colton?

Observo cómo se esfuerza para tragar el nudo que tiene en la garganta, y cierra los ojos con una mueca de dolor y los abre de nuevo. Avanzo un paso; ojalá pudiera hacer que el dolor desapareciera. Mira a todas las personas que están en la habitación hasta que logra pronunciar algunas palabras.

—La cabeza. Me duele —susurra con la voz ronca—. ¿Mano? —Se observa la mano derecha, confuso—. ¿Qué ha pasado? ¿Hace cuánto?

El doctor Irons se sienta en el borde la cama, junto a él y empieza a explicarle el accidente, la operación y el tiempo que ha estado en coma.

—Respecto a tu mano, eso podría ser el resultado de la inflamación residual en tu cerebro. Tendremos que echarle un ojo de vez en cuando para ver si progresa. —Colton asiente, concentrado—. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Tomo aire a la vez que Colton exhala, traga saliva de nuevo y se lame los labios.

—Me acuerdo... cuatro golpes.

Logra hablar con claridad, aunque suena como si sus cuerdas vocales estuvieran restregándose sobre gravilla.

—¿Qué más? —pregunta Andy.

Colton observa a su padre, asiente ligeramente y cierra los ojos para concentrarse mejor.

—Me vienen *flashes* a la mente. Veo algunas cosas claramente —afirma. Traga saliva otra vez y abre los ojos para mirar al doctor Irons—. Otras... son más difusas. Es como si pudiera sentir las pero no recordarlas.

—Es algo normal. A veces...

—Fuegos artificiales en boxes —espeta Colton, e interrumpe al doctor—. Despertarme demasiado vestido.

Colton levanta la vista y la fija en mí con las palabras que me hacen saber

que se acuerda de mí y de mi memorable señal de alerta antes de la carrera. Sonríe ligeramente y la expresión queda fuera de lugar por completo, porque contrasta con el tono pálido de su piel, que normalmente está bronceada.

Y si aún no fuera el dueño de mi corazón, si todavía no hubiera tatuado cada centímetro de él con su sello inconfundible, acaba de hacerlo ahora.

No puedo evitar soltar una risa. No consigo detener mis pies cuando avanzan hasta el borde de la cama de Colton mientras se queda callado y me observa. Sonrío ampliamente, lloro aún más y se me llena el corazón al sentir verdadero alivio por primera vez en muchos días. Estiro el brazo y le estrecho la mano que reposa en el colchón.

—Hola.

Suena tan estúpido, pero es la primera palabra que se me ocurre y que consigo articular, porque se me ha hecho un nudo en la garganta a causa de la emoción.

—Hola —susurra, y esboza la sonrisa pícara que tanto me gusta.

Nos observamos durante unos segundos; nuestras miradas dicen mucho, aunque no movamos los labios. Entrelazo los dedos con los suyos y veo cómo el miedo se apodera de él cuando intenta hacer lo mismo, pero la mano no le responde.

—No pasa nada —comento para tranquilizarlo, sin poder resistirme. Apoyo la otra mano en su rostro y agradezco la sensación que me produce el músculo de su mandíbula bajo la palma—. Tienes que esperar a que se recupere del todo.

Las emociones bailan a un ritmo frenético en sus ojos verdes mientras trata de comprender la situación. Y, en este momento, el dolor que siento en el corazón pasa del miedo a lo desconocido a la compasión por ver cómo el hombre que amo lucha con la información sobre el estado en el que se encuentra, un estado al que su cuerpo viril y receptivo no está acostumbrado.

—Rylee tiene razón —dice el doctor Irons, y rompe la conexión que había entre nosotros—. Tienes que darle un poco de tiempo. ¿De qué más te acuerdas, Colton? Te levantaste y, luego, cuatro golpes —añade para refrescarle la memoria. Su expresión camufla el desconcierto que debe de sentir al no entender a qué se refiere Colton con aquellas declaraciones—. ¿Y entonces qué?

—No —responde Colton, y hace otra mueca de dolor cuando niega con la

cabeza instintivamente—. Primero oí los golpes y, después, me desperté.

Fijo la vista en Beckett, porque de entre todas las personas que están aquí, él sabe que ese no es el orden correcto de los hechos. El doctor Irons percibe la expresión de sorpresa que tengo en el rostro y sacude la cabeza mientras me mira para indicarme que no diga nada.

—Ningún problema. ¿Qué más recuerdas de aquel día, independientemente del orden en que sucedieron las cosas? —Colton lo mira, confuso, y el doctor continúa—. A veces, cuando alguien tiene un traumatismo cerebral, como en tu caso, los recuerdos cambian. En algunas personas, puede que la secuencia de los sucesos no sea la correcta, pero aun así los recuerdan. Otras ven recuerdos con total claridad, mientras que pierden los demás. Tengo algunos pacientes que recuerdan el día en que se hicieron el traumatismo perfectamente, pero que tienen lagunas cuando tratan de recordar lo que sucedió después. Cada persona es diferente.

—¿Cuánto duran estas lagunas? —pregunta Andy desde el otro lado de la cama.

—Bueno, a veces poco tiempo y, otras, para siempre... Pero lo bueno es que, por lo que parece, Colton se acuerda del día del accidente. Así que solo ha perdido algunos períodos de tiempo. A medida que pasen los días, quizá se dé cuenta de que no se acuerda de otras cosas... porque, en realidad, hasta que no se le recuerda algo, no cae en la cuenta de que lo ha perdido. —El doctor Irons mira a todos los rostros que llenan la habitación y se encoge de hombros—. En estos momentos, no sería una locura afirmar que recuperarás todos los recuerdos, Colton, pero debemos proceder con cautela, ya que a veces el cerebro es un aparato complicado. De hecho...

—El himno nacional —dice Colton.

Percibo el alivio en su voz cuando recupera un recuerdo más de entre la oscuridad que lo rodea. Le sonrío para darle ánimos mientras se aclara la garganta.

—No... No puedo... —La frustración que siente se hace evidente mientras se esfuerza por recordar más cosas—. ¿Qué pasó? —Suspira y mira a su alrededor, a todas las personas que están en la sala, y se pasa la mano por la cara—. Todos estabais allí. ¿Qué más pasó?

—No lo fuerces, cariño —comenta Dorothea—. ¿Verdad, doctor Irons?

Nos volvemos hacia el doctor al unísono y él asiente para mostrar que

está de acuerdo con ella, pero cuando volvemos a mirar a Colton, vemos que se ha dormido.

Todos resollamos, ya que lo primero que se nos pasa por la cabeza es que haya vuelto a entrar en coma. El doctor Irons nos tranquiliza cuando dice:

—Es normal. Estará agotado las primeras veces que despierte.

Nos relajamos y suspiramos aliviados, pero la preocupación que sentimos nunca desaparece del todo.

—Por lo que parece, sabemos que su cerebro funciona con normalidad de momento —comenta Quinlan mientras da un paso hacia la cama—. ¿Qué podemos esperar a partir de ahora?

El doctor Irons observa a Colton unos instantes antes de responder y nos mira a todos a los ojos.

—La verdad es que cada persona es diferente, pero sí que os puedo decir que, cuanto más le cueste recordar, más frustrado estará. A veces, a algunos pacientes les cambia la actitud y puede que tengan mal genio, pero a otras no. Ahora mismo necesitamos tiempo para ver cómo le ha afectado todo esto a largo plazo.

—Entonces, ¿los que estábamos con él deberíamos recordarle lo que pasó si él no lo consigue? —pregunta Becks.

—Por supuesto —contesta—, pero no puedo garantizaros cómo reaccionará ante eso.

Vuelvo a sentarme al lado de Colton y Dorothea se acerca a la cama para despedirse de mí con un beso en la mejilla. Después, se inclina y le planta otro a Colton en la frente.

—Nos vamos al hotel a descansar. Volveremos mañana por la mañana. Ni se te ocurra rendirte.

Se aleja de él y lo observa unos segundos más, me sonrío ligeramente y se marcha con Andy y Quinlan, que la esperaban en el pasillo.

Suspiro cuando Beckett recoge los restos de la cena que nos hemos comido mientras esperábamos a que Colton despertara, impacientes. Levanto la vista del libro al que no estoy prestando demasiada atención y observo los

movimientos metódicos de Becks. Veo los estragos que le ha causado esta última semana en sus ojeras y su barba descuidada, que contrasta con su habitual rostro afeitado. Parece que está perdido.

—¿Cómo estás? —pregunto en voz baja, pero sé que me ha escuchado porque se detiene momentáneamente antes de tirarlo todo a la basura.

Da media vuelta, apoya la cadera en la mesa que tiene detrás de él y se limita a encogerse de hombros mientras me mira fijamente.

—¿Sabes? —dice poco a poco, en un tono de voz que resuena por toda la estancia y que me encanta—. En los dieciséis años que hace que nos conocemos, nunca hemos estado tanto tiempo sin hablarnos. —Se encoge de hombros de nuevo y se queda mirando por la ventana las furgonetas de la prensa apostadas en el *parking*—. Puede que Colton sea un listillo exigente, pero lo echo de menos. Puede sonar cursi, pero la verdad es que el chaval me cae bien.

No puedo evitar sonreír.

—A mí también —susurro—. A mí también.

Becks se acerca a mí y me planta un beso en la cabeza.

—Me voy al hotel. Tengo que ducharme y ver cómo está mi hermano, pero luego volveré, ¿de acuerdo?

Un sentimiento de adoración hacia Becks crece en mi interior; es un amigo de verdad.

—¿Por qué no te quedas allí esta noche y duermes unas horas? En una cama de verdad, en lugar de en las sillas cutres de la sala de espera.

Suelta una risita burlona y niega con la cabeza.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Lo sé, pero es que no puedo... Además, he estado durmiendo en las sillas cutres de aquí. —Doy unos golpecitos al sillón en el que estoy sentada—. Al menos, estas son más cómodas que las de fuera.

Inclino la cabeza mientras lo observo meditar qué hacer.

—Prometo llamar si se despierta.

Suspira con energía y me mira, reacio.

—De acuerdo... pero ¿lo prometes?

—Por supuesto.

Becks se marcha y agradezco el silencio característico de la habitación de

hospital. Me quedo sentada mientras observo a Colton y me siento realmente afortunada de que esté de una sola pieza, delante de mí, de que no me haya olvidado cuando podría haber sido mucho peor. Rezo en silencio a medida que pasan las horas, y sé que debo cumplir con las distintas promesas que le he hecho a Dios para que me devolviera a Colton.

Le envío unos cuantos mensajes a Haddie para saber cómo están los niños y qué tal le ha ido el examen de matemáticas a Ricky. Luego, le envío uno a Becks para desearle las buenas noches y decirle que Colton sigue durmiendo.

Las horas pasan y no puedo resistirme más. Me quito los zapatos, me dejo el pelo suelto y me coloco en el único sitio en el mundo en el que quiero estar.

Al lado de Colton.

Capítulo 10

La luz de la mañana me quema los ojos a través de los párpados cerrados mientras trato de despertar del sueño más profundo que he tenido en seis días. En lugar de eso, me acurruco todavía más contra la calidez que tengo a mi lado. Noto cómo unos dedos me acarician la mejilla y me sobresalto de repente. En un instante, estoy más despierta que nunca.

—Buenos días —susurra Colton contra mi coronilla.

Un arsenal de emociones me asaltan, pero, ante todo, me siento completa.

Entera de nuevo.

Me muevo para mirarlo a los ojos.

—No llames a los doctores todavía. Solo necesito esto. Te necesito a ti. A nadie más, ¿de acuerdo? —suplica.

¿De verdad? ¿El cielo sigue siendo azul? Si pudiera, me lo llevaría lejos de esta prisión estéril y me lo quedaría todo para mí durante un tiempo. Para siempre, e incluso más, si él me dejara. Pero en lugar de soltar ese comentario inapropiado, me limito a gemir de satisfacción y a abrazarlo más fuerte. Cierro los ojos y me empapo de este momento. Deseo con todo mi corazón que estuviéramos en otra parte, en cualquier sitio, tumbados piel con piel y conectada a él de un modo indescriptible. Me gustaría sentir que estoy haciendo algo de provecho para sanar sus recuerdos rotos y su alma herida.

Nos quedamos tumbados en silencio, con mi mano apoyada sobre su corazón mientras los dedos de su mano izquierda me acarician el brazo. Tengo tantas cosas que preguntarle. Tantas cosas se me pasan por la cabeza, pero lo único que logro decir es:

—¿Cómo te encuentras?

Se detiene momentáneamente y la pausa es tan sutil que casi no me doy cuenta, pero sí lo hago. Y es suficiente para decirme que algo va mal, aparte de lo evidente.

—Esto está bien —dice, lo que confirma mi teoría.

Le doy un poco de tiempo para que organice sus pensamientos y prepare lo que quiere decir, porque después de estas últimas dos semanas, he aprendido muchas cosas, especialmente mi inhabilidad para escuchar en los momentos más importantes.

Y este es uno de ellos.

Así que me siento en silencio mientras barajo las diferentes posibilidades en mi mente.

—Llevo unas cuantas horas despierto —explica—. Te estaba escuchando respirar. Y trataba de mover la puta mano derecha. Intento entender lo que ha pasado. Lo que no consigo recordar. Está ahí. Puedo sentirlo, pero no logro sacarlo a la superficie... —La voz de Colton se va apagando.

—¿Qué recuerdas?

Quiero huir desesperadamente, mirarlo a los ojos y leer el miedo y la frustración que seguramente reflejan, pero no lo hago. Le doy espacio para admitir que no está recuperado al cien por cien. Para que equilibre esa necesidad masculina innata de ser fuerte, de no mostrar las debilidades.

—Solo eso —comenta, y suspira—. Me acuerdo de pequeños fragmentos de lo que sucedió. Y de nada más, excepto de que tú estabas en la mayoría de ellos. ¿Puedes decirme qué pasó? ¿Puedes explicarme cómo fue el día para que trate de rellenar las lagunas?

—*Mmm...*

Asiento ligeramente y sonrío cuando recuerdo cómo empezó aquella mañana.

—Recuerdo despertarme con las mejores vistas del mundo: tú. Desnudo y encima de mí.

Colton suspira en señal de agradecimiento, y hace que vuelvan a despertarse partes de mí que llevaba ignorando toda esta semana. Ni siquiera reprimo la sonrisa que se extiende por mi rostro cuando noto su creciente erección bajo las sábanas. Me alegro de no ser la única a quien le afecta

aquel recuerdo.

—Becks entró sin llamar y me enfadé con él. Se marchó, y creo que tenías los vaqueros en el suelo y la espalda contra la pared en cuestión de segundos después de que se cerrara la puerta—. Nos quedamos en silencio durante un minuto mientras la carga eléctrica que sentimos el uno por el otro chispea a nuestro alrededor—. Dios, lo que daría por estar haciendo eso ahora mismo.

Empiezo a reírme y, esta vez, cuando me levanto para incorporarme y mirarlo, me lo permite. Me giro y lo observo cara a cara. No puedo evitar el escalofrío que se desliza por mi cuerpo cuando nuestras miradas se cruzan.

—No creo que al doctor Irons le guste la idea —bromeo.

Suspiro en silencio, aliviada de que no haya cambiado nada entre nosotros desde el accidente. Nos complementamos el uno al otro. No puedo evitar estirar el brazo y posar la mano en su mejilla. Odio no estar en contacto con él.

—Bueno —dice—, me aseguraré de que sea lo primero que le pregunte al doctor Irons cuando lo vea.

—¿Lo primero? —pregunto, y trago saliva, porque el corazón me acaba de dar un vuelco.

Colton gira el rostro y me besa la palma de la mano. Ese gesto tan sencillo hace que se me acelere la respiración.

—Un hombre debe tener prioridades en la vida. —Esboza una sonrisa juguetona—. Al menos puedo utilizar una de mis extremidades a su máximo potencial, por mucho que me haya jodido la cabeza.

Empieza a reírse, hace una mueca de dolor y se lleva la mano izquierda a la cabeza.

Me asusto y me levanto de inmediato para llamar al doctor, pero me agarra del brazo y me detiene. Tardo un segundo en darme cuenta de que lo ha hecho con la mano derecha. Creo que Colton se percata de ello a la vez que yo.

Traga saliva con dificultad y se observa la mano mientras me suelta. Fijo la vista en sus dedos, que tiemblan violentamente cuando trata de cerrar el puño. Observo cómo aparecen gotas de sudor en su frente y por debajo de las vendas mientras intenta mover los dedos. Cuando no puedo soportar verlo sufrir más, le agarro la mano, se la estrecho y se la masajeo para que recupere un poco de movilidad.

—Por algo se empieza —le aseguro—. Poco a poco, ¿de acuerdo?

Lo único que me apetece es abrazarlo y hacer que todo su dolor y frustración desaparezcan, pero tiene un aspecto tan frágil que me da miedo tocarlo, a pesar de lo mucho que redujera la inquietud que siento. Estas últimas semanas se ha puesto a prueba mi habitual optimismo y, por lo que parece, no logro deshacerme de la sensación de que todavía no ha llegado lo peor. De que hay algo más que nos acecha desde el horizonte y que está esperando para destruirnos de nuevo.

—¿De qué más te acuerdas? —pregunto; quiero que deje de pensar en su mano.

Me explica lo que recuerda de aquel día, aunque se deja pequeños fragmentos de vez en cuando. Los detalles no son tan importantes, pero me doy cuenta de que a medida que se acerca al momento en que empezó la carrera, mayores son las lagunas. Y parece que cada vez le cuesta más recuperar todas las piezas de este puzle mental, como si tuviera que agarrar cada recuerdo y sacarlos físicamente del baúl donde están escondidos.

Le dejo descansar durante unos minutos y vuelvo al baño que hay dentro de la habitación para guardar el enjuague bucal que me ha pedido que le trajera antes. Cuando regreso, me encuentro a Colton mirando por la ventana y negando con la cabeza al ver el circo de periodistas que se ha montado a las puertas del hospital.

—Recuerdo estar en el tráiler. Alguien llamó a la puerta. —Me mira y veo pensamientos lascivos reflejados en el verde de sus ojos cuando me siento en la cama—. Y cierta bandera a cuadros que nunca pude llevarme.

Aprieta los labios y me mira fijamente.

Es inútil oponer resistencia.

Siempre lo es cuando se trata de Colton.

Me inclino hacia delante y hago lo que llevo días queriendo hacer desesperadamente. Me rindo al deseo de sentir aquella conexión con él, de alimentar mi única adicción, y lo beso con suavidad. Sé que es ridículo estar nerviosa por si le hago daño; que, de algún modo, los pensamientos lascivos que hay detrás de este beso inocente le dolerán.

Pero tan pronto como nuestras bocas se tocan, un ligero suspiro escapa de entre sus labios y se desliza hasta mi alma, y me resulta muy difícil pensar con claridad. Me alejo un poco, porque necesito asegurarme de que está bien,

aunque lo único que me apetece es devorar la manzana prohibida con la que me tienta.

Pero no tengo que hacerlo, porque Colton me lo pone en bandeja de plata cuando me agarra de la nuca y me acerca a él para que lo bese de nuevo. Separo los labios, nuestras lenguas se funden y se reconocen mientras nos empapamos el uno del otro en un beso reverente. No tenemos ninguna prisa por hacer otra cosa que no sea disfrutar de nuestra conexión irrefutable. Los ligeros suspiros y los gemidos satisfechos que nos dedicamos ahogan el pitido molesto de los monitores.

Me pierdo en él y, aunque temía que nunca volviera a probar su sabor, creo que nunca me cansaré de él.

Siento que aprieta los labios cuando hace una mueca de dolor, y un sentimiento de culpabilidad me recorre todo el cuerpo. Lo estoy forzando mucho y voy demasiado rápido para saciar mis necesidades egoístas. Trato de alejarme, pero me agarra la cabeza con firmeza y apoya su frente contra la mía; nuestras narices se rozan y nuestros alientos cosquillean los labios del otro.

—Dame un segundo —susurra contra mi boca.

Me limito a asentir ligeramente, porque le daría una vida entera si me lo pidiese.

—Estos dolores de cabeza aparecen tan súbitamente que siento como si me golpeará con un martillo en la sien —añade después de un rato.

La preocupación que me invade apaga las llamas de la pasión rápidamente.

—Déjame avisar al doctor.

—No —pide, y golpea el colchón con la mano izquierda—. Este sitio me recuerda a cuando tenía ocho años. —Y el argumento con el que estaba a punto de rebatirle queda suspendido en el aire—. Todo el mundo me miraba con una expresión de preocupación y nadie me ofrecía respuestas... Excepto que, esta vez, soy yo el que no es capaz dar ninguna respuesta.

Suelta una risilla y noto cómo se encoge de nuevo a causa del dolor.

—Colton...

—No, no. Aún no —dice otra vez, cabezota, mientras me acaricia la nuca con el pulgar y trata de calmarme, cuando debería ser al revés—. Me acuerdo de la entrevista que hice con ESPN. De comerme aquella chocolatina. —

Adopta una expresión extraña y aparta la vista de mí durante unos segundos —. Recuerdo besarte en la pista y, después, nada —añade, e intenta distraerme para que no vaya a avisar al doctor.

—La reunión de pilotos —comento—. Becks estaba contigo allí.

—¿Por qué me acuerdo de que me comí una chocolatina, pero no de la reunión?

Y, entonces, hago la conexión en mi mente con la información que me faltaba, pero que Andy me explicó antes. Porque la tradicional chocolatina de la buena suerte está ligada a su pasado, al primer encuentro inesperado con la esperanza que tuvo en su vida.

—No lo sé. Estoy segura de que te acordarás tarde o temprano. No creo que...

—Estabas a mi lado mientras sonaba el himno. La canción terminó...

Deja la frase inacabada mientras trata de acordarse de lo que pasó después, y se me hace un nudo en la garganta.

—Vi cómo Davis te ayudaba a cruzar la valla para asegurarse de que estabas a salvo mientras Becks hacía las últimas comprobaciones... y me acuerdo de que me invadió una sensación muy extraña de paz cuando estaba en la línea de salida, pero no estoy seguro de por qué. Y, después, ya no recuerdo nada más hasta que desperté.

Y el ligero malestar que sentía antes se convierte en una estampida.

Se me encoge el corazón. Se me corta la respiración. «No se acuerda», pienso una y otra vez. No se acuerda de decirme la frase que ha recompuesto los pedazos rotos de mi alma. Necesito todas mis fuerzas para que mi rostro no refleje el bofetón inesperado que acabo de sentir en mi interior.

No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba que me repitiera aquellas palabras, especialmente después de pensar que lo había perdido. Pensaba que saber que recordaba aquel momento tan definitivo entre nosotros me curaría por completo las heridas que todavía seguían en mi corazón.

—¿Lo sabes? —Su voz interrumpe mis pensamientos, y me besa la nariz antes de apartarse un poco de mí para mirarme a los ojos.

Trato de ocultar lo que siento.

—¿Si sé qué? —pregunto, y me obligo a tragar saliva para librarme del nudo que se me ha hecho en la garganta.

Inclina la cabeza mientras me observa y me pregunto si sabe que le oculto información.

—¿Sabes por qué estaba tan contento antes de empezar la carrera?

Me lamo los labios y hago una nota mental de no mordirme el labio inferior, porque sabrá que estoy mintiendo.

—*Mmm...*

Es lo único que consigo pronunciar mientras se me deshincha el corazón. No puedo decírselo. No puedo forzarle a sentir lo que no recuerda o hacer que se sienta obligado a repetir las palabras que le recuerdan los horrores que vivió durante su infancia.

«... pero lo que me dijiste, esas dos palabras, me convierten en alguien que no quiero volver a ser. Activan cosas, recuerdos, demonios, demasiada porquería...».

Sus palabras me arañan la mente y me dejan una marca que solo él podrá sanar. Y sé que por mucho que quiera hacerlo, por mucho que me duela ocultar mi necesidad de oírlo, no puedo decírselo.

Me obligo a sonreír ligeramente y lo miro a los ojos.

—Estoy segura de que estarías emocionado por empezar la nueva temporada y estabas pensando que los entrenamientos indicaban que seguramente te llevarías la bandera a cuadros y ganarías la carrera.

La mentira me sale sola y, por un momento, me preocupo de que no vaya a creérselo. Pero, justo después, curva los labios y esboza una sonrisa, y sé que no se ha dado cuenta.

—Estoy seguro de que no era la única bandera a cuadros en la que estaba pensando.

Niego con la cabeza y empiezan a temblarme los labios.

La cara de Colton se transforma de inmediato y pasa de la diversión a la confusión a causa de mi inesperado cambio de actitud.

—¿Qué pasa? —pregunta, y me coloca una mano en la cara.

No puedo hablar porque estoy demasiado ocupada evitando que se abran las compuertas de la presa que hay en mis ojos y se inunden.

—Estoy bien, Ry. Me recuperaré —susurra para tranquilizarme, y me acerca hacia él para estrecharme entre sus brazos.

Las compuertas de la presa ceden.

Porque besar a Colton es una cosa, pero estar envuelta por la calidez de su cuerpo hace que me sienta como si estuviera en el lugar más seguro del mundo. Y, al fin y al cabo, el lado físico de nuestra relación es como si el mundo se partiera por la mitad y a los dos nos invade la necesidad pura de sentir al otro, de eso no cabe duda, pero, al mismo tiempo, esta sensación de tener sus brazos musculosos alrededor de mí, su aliento cálido contra mi cabeza y su corazón latiendo fuerte y estable contra el mío es lo que me ayuda a superar los tiempos difíciles. Por duros que sean. Tiempos como los que estamos viviendo ahora mismo. Lo amo tanto y de tantas maneras que nunca creí que fueran posibles... que nunca había sentido.

Estoy llorando por tantas razones que empiezan a mezclarse y a fundirse con cada lágrima que se desliza por el familiar camino que han surcado en mis mejillas. Lloro porque Colton no se acuerda. Porque está vivo y de una sola pieza, y me abraza con fuerza. Lloro porque nunca tuve la oportunidad de vivir esto con Max, y él se lo merecía. Lloro porque odio los hospitales, lo que representan y el modo en que afecta y cambia las vidas de las personas que están dentro, a mejor o a peor.

Y cuando se me acaban las lágrimas, cuando mi catarsis llega a su fin y todas las emociones que he reprimido esta última semana se liberan, caigo en la cuenta de que lo que importa de verdad es esto: el aquí y el ahora.

Podemos superarlo. Podemos encontrarnos de nuevo. Una parte de mí se preocupa de que Colton nunca recuerde aquel momento tan definitivo en mi mente, pero, al mismo tiempo, tenemos tantos otros por delante, tantos por vivir juntos, que la tristeza que sentía se desvanece.

Se me hace un nudo en la garganta de nuevo, y lo único que puedo hacer es abrazarlo unos minutos más.

—Estaba tan preocupada... —confieso—. Tan asustada.

—Spiderman. Batman. Superman. Ironman —susurra, y parece que lo dice como si fuera un acto reflejo.

—Lo sé. —Asiento y me alejo de él para mirarlo a los ojos mientras me enjuago las lágrimas—. Los llamé para que te ayudaran.

—Siento mucho que tuvieras que hacerlo.

Lo dice con tanta sinceridad que solo soy capaz de observarlo fijamente y ver la verdad que reflejan sus ojos. Su disculpa indica que es consciente del miedo que he pasado.

Me inclino hacia él y lo beso con delicadeza una vez más, porque soy incapaz de resistirme. Quiero sentir cómo esta sensación de alivio se establece en mi alma. Quiero demostrarle que puedo ser fuerte mientras se recupera. Que tiene que dejarme serlo.

—Pero ¿qué ven mis ojos? La bella durmiente por fin se ha despertado.

Dejamos de besarnos cuando oímos la voz de Beckett y me pongo roja.

—Estaba a punto de llamarte.

—¿De verdad? ¿Seguro que estabas haciendo eso? —bromea para chincharme, y se aproxima a la cama—. ¿Has besado muchas ranas? Porque por lo que veo, el príncipe comatoso te ha hechizado.

No puedo aguantarme más y se me escapa la risa.

—Tienes razón. No lo siento en absoluto. —Estiro el brazo y le estrecho la mano que me ha tendido—. Pero iba a llamarte justo después.

—No te preocupes. Lo sé.

Se gira y mira a Colton, y esboza la sonrisa más amplia que he visto desde el día de la carrera.

—¡Dichosos los ojos que te ven! Bienvenido al mundo de los vivos, tío.

Y sé que está haciéndose el tipo duro, pero percibo que se le quiebra la voz y se le iluminan los ojos cuando fija la vista en Colton y le agarra del hombro.

—Joder. Ese trozo raro que te han afeitado en la cabeza puede que te devuelva al reino de los guapos. ¿Qué se siente al ser expulsado del país de «soy un puto dios»?

—Vete a la mierda. ¿Me estás hablando desde la tierra de «soy un puto payaso»?

Beckett estalla en risas y niega con la cabeza.

—Al menos en mi país no tenemos que ampliar los marcos de las puertas para que entren egos desmesuradamente grandes.

—¿Es este el recibimiento que merezco después de volver a la vida? Cuánto amor, tío. Creo que prefiero los somníferos que me están administrando en lugar de despertarme y escuchar toda esta mierda.

Colton me estrecha la mano y me mira antes de fijar la vista en Beckett de nuevo.

—¿En serio? Porque puede que yo no me haya despertado de un coma,

pero te aseguro que la extraña sensación de calidez que te dan los medicamentos no es nada comparado con despertar y sentir un caliente y húmedo...

—Oye, oye.

Levanto las manos y me alejo de la cama, porque no quiero oír cómo acaba la frase. El ligero aroma de la cena de anoche que procede del cubo de basura me da la excusa perfecta para dejarlos a solas durante un momento.

—Ya he tenido bastante, chicos. Me voy abajo a estirar un poco las piernas y a tirar la basura.

—¡Venga, Ry! Vamos... —insiste Becks, y hace gestos con las manos para escenificar su discurso—. Iba a decir baño. Un caliente y húmedo baño.

Se ríe enérgicamente y, cuando oigo que Colton hace lo mismo, siento que el mundo que hace unas semanas se había puesto patas arriba vuelve a la normalidad.

—Sí, ya. Seguro —contesto mientras saco la bolsa de basura del cubo—. Yo siempre utilizo los adjetivos «caliente» y «húmedo» cuando me refiero a un buen baño—. Niego con la cabeza y cruzo mi mirada con la de Colton—. Vuelvo en unos minutos.

Capítulo 11

Me noto el corazón mucho más ligero mientras camino de vuelta a la habitación de Colton. He enviado un mensaje a sus padres y a Quinlan para decirles que se había despertado de nuevo, y estoy segura de que llegarán en cualquier momento. Me dirijo al final del pasillo, donde se encuentra la habitación en la que han instalado a Colton. Ofrece más privacidad que la mayoría de habitaciones, por lo que puede mantenerse alejado del resto de personas que visitan el hospital a diario. Y también existen menos posibilidades de que la prensa le saque fotos.

Estoy a punto de entrar en la habitación cuando me doy cuenta de que quizá Colton querrá agua. Doy media vuelta, distraída, y casi choco con la única persona que no tengo ganas de ver.

Nunca.

Jamás.

Tawny.

Las dos nos sobresaltamos cuando nos vemos. Y, por supuesto, tengo un aspecto horrible después de dormir en la habitación y llevar la misma ropa durante días, mientras que ella está perfectamente arreglada. Tengo que reconocerlo, se ha mantenido alejada desde que Becks le dijo cuatro cosas en la sala de espera. Pero cuando me ofrece una sonrisa de consuelo, no me importa que no lo haya hecho con su habitual actitud sarcástica, porque todas las emociones que he reprimido estos últimos días explotan.

—¿Qué haces aquí? —espeto con los dientes apretados.

Si la repulsión fuera un sonido, mi voz sonaría así ahora mismo. Cierro el

puño y se me clavan las uñas en la palma de la mano. Cada músculo de mi cuerpo vibra, indignado.

Tarda un minuto en borrar la expresión de sorpresa de su rostro y, en cuanto lo hace, reconozco la máscara de superioridad que acaba de ponerse.

—Colton está despierto. —Se encoge de hombros y sus labios pintados de rosa me dedican una sonrisa burlona—. Quiere hablar conmigo en privado —añade, y levanta la barbilla, por si todavía no me había dado cuenta del desprecio que siente hacia mí.

—Los asuntos de Colton también son mis asuntos.

—Sigue soñando, cielo.

—Borra esa sonrisita de la cara, Tawny.

—¿Es que acaso te sientes un poco culpable por confundir a Colton la noche antes de la carrera? Todo el mundo sabe que estabas jugando con sus sentimientos. Que no lo dejaste descansar bien. Que tú...

Se queda sin respiración cuando la agarro por los brazos y la estampo contra la pared. Tras mi expresión calmada solo hay furia.

—Déjame aclararte algo, Tawny. Solo lo diré una vez, pero más te vale escucharme, ¿de acuerdo?

Veo que traga saliva y exhala con la respiración entrecortada mientras asiente. Mira alrededor del pasillo, pero no hay nadie que venga a rescatarla.

Me inclino para estar más cerca de ella y siento el fuego que me recorre las venas y el hielo que hay en mi voz.

—Colton está aquí por tu culpa. No por la mía. Es por ti. Hay un lugar en el infierno reservado para las mujeres como tú; mujeres que se entrometen en las relaciones de las demás. Si sigues así, ten por seguro que habrá un sitio ahí para ti.

Le aprieto los brazos más fuerte para advertirle de que solo estoy calentando.

—Así es como irán las cosas, por si acaso aún no te has comprado un reloj nuevo y sigues viviendo en el pasado.

Colton ya no está disponible. Es mío y yo soy suya. ¿Te queda claro?

No me importa que no responda porque ahora ya no hay quien me pare. Veo cómo abre los ojos como platos y sigo hablando.

—Segundo: si alguna vez intentas insinuar a alguien que entre Colton y tú

hay algo más allá de una relación profesional con lazos familiares, tendrás que vértelas conmigo... y te garantizo que no será bueno. Todavía no has visto nada, cielo. Protejo lo que me pertenece sin pensármelo dos veces. —Trata de encogerse de hombros para que la suelte, y lo único que provoca es que me acerque aún más y que le apriete los brazos con más fuerza—. Me tratarás con respeto y mantendrás a todo tu grupito de amigas alejado de nosotros.

A pesar de que mis manos la mantienen de rehén, recupera la compostura y responde:

—¿O qué?

Continúo como si no hubiese dicho nada.

—Tu relación con Colton será exclusivamente profesional y no le pondrás las tetas o cualquiera de tus atributos en la cara. ¿Te ha quedado claro o tengo que explicártelo más despacio?

La suelto una vez le he transmitido el mensaje, aunque no me siento mejor, porque Colton sigue en la cama al otro lado de esta pared. Tawny me mira de arriba abajo.

—Oh, creo que lo has dejado claro como el agua... Es una lástima que no entiendas que Colton me necesita en su vida.

En cuestión de segundos, la estampo contra la pared de nuevo y, en esta ocasión, le clavo el antebrazo en el pecho y coloco el rostro a escasos centímetros del suyo.

—Se te acabó el tiempo hace años, tesoro. Soy todo cuanto necesita. Y si tratas de mostrarle lo contrario, puede que ese trabajo tan prestigioso que tienes desaparezca... Así que yo que tú me lo pensaría dos veces antes de abrir la boca otra vez. —Empiezo a alejarme, pero me giro y la observo. Sus ojos reflejan la ira que hay en los míos—. Por cierto, Tawny. Colton no se enterará de esta conversación. Así tú podrás conservar tu trabajo y él la noción de que la amiga de la infancia y pareja de la universidad que tuvo es la persona amable que él cree, y no la zorra que de verdad eres.

—Nunca te creería. Sigo aquí, ¿no? —comenta cuando le doy la espalda.

Me giro poco a poco para tratar de controlar el infierno de ira y rabia que hierve en mi interior.

—Sí, por ahora —contesto. Levanto una ceja y niego con la cabeza, incrédula—. Pero ya no te queda mucho tiempo, cariño. —Tawny empieza a hablar, pero la interrumpo—. Inténtalo, Tawny. Intenta jugar conmigo, porque

me encantaría demostrarte que voy en serio.

—¿Hay algún problema?

La voz me sobresalta y me saca de mi estado de ira absoluta. Miro a la enfermera de antes, que está saliendo de la habitación de Colton.

La observo y, luego, fijo la vista en Tawny.

—Ninguno —respondo con una voz dulce—. Solo he salido a tirar la basura.

Fulmino con la mirada a Tawny una última vez antes de avanzar los diez pasos que me quedaban para llegar a la habitación de Colton y entrar con una sonrisa en los labios.

Respiro aliviada al ver que el doctor Irons está ocupado examinando a Colton, porque necesito un minuto para calmarme y para que dejen de temblarme los dedos. Colton me observa y sonrío ligeramente antes de centrarse en el doctor y responder a sus preguntas.

Suelto un suspiro tembloroso, y Beckett gira la cabeza y me observa con diversión en la mirada mientras trata de averiguar por qué tengo las mejillas tan rojas. Me limito a negar con la cabeza y, en ese momento, el doctor Irons decide retirar la venda de la cabeza de Colton.

Tengo que contener el jadeo que casi se me escapa instintivamente cuando lo veo. Tiene una parte afeitada en forma de círculo de unos cuatro centímetros de diámetro y grapas en la zona superior derecha del cráneo. Está inflamado y tiene las grapas plateadas yuxtapuestas a la incisión rosa que le han hecho, que contrasta de un modo espantoso con los toques de rojo oscuro de la sangre seca.

Colton debe de haberme visto la cara, porque mira a

Beckett mientras el doctor Irons examina la incisión y comenta:

—¿Está muy mal?

Beckett se limita a morderse el interior de la mejilla, retuerce los labios mientras observa la herida y, luego, mira a Colton de nuevo.

—Es asqueroso, tío.

—¿Sí?

—Sí —contesta Beckett mientras asiente.

—Da igual. —Colton se encoge de hombros con indiferencia—. Solo es pelo. Ya crecerá.

—Piensa en todos los puntos extra de compasión que te llevarás con Rylee.

Colton fija la vista en mí y esboza una sonrisa burlona.

—No necesito darle pena a Rylee.

Estoy a punto de contestarle, pero, entonces, clava la mirada en la puerta y dice:

—Tawny.

Me pongo tensa al instante, pero trato de relajarme lo máximo posible para que no se note. Yo ya le he dejado claro todo lo que quería decirle. Le he dado suficiente cuerda como para que se ahorcara con ella; veamos qué hace.

—Hola —dice en voz baja—. Me alegra verte despierto.

Me pongo a un lado de la cama de Colton para reforzar mis argumentos, por si acaso no le han quedado claros antes. Le estrecho la mano derecha y me percató de que todavía no ha recuperado la movilidad por completo.

—Yo también me alegro de estar despierto —contesta Colton, y hace una mueca de dolor cuando el doctor Irons le examina la incisión—. Dame un minuto, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Nos quedamos de pie en silencio y observamos a Colton hasta que el doctor termina y da un paso atrás.

—¿Qué otras preguntas tienes, Colton? Porque estoy convencido de que te preocupan más cosas, aparte de las que hemos hablado antes.

Colton me observa y estoy segura que ve desafío en mis ojos, porque los suyos reflejan alegría. Se pasa la lengua por el interior de la mejilla, sonrío ampliamente y arquea las cejas.

—Todavía no, jovencito.

El doctor Irons ríe, divertido, cuando adivina la pregunta que iba a hacerle, y le da un golpecito en la rodilla. Estoy segura de que me he puesto como un tomate, pero no me importa.

—Lo que daría por tener tu edad otra vez —añade, y suspira.

Colton ríe y me mira fijamente a los ojos. Percibo la tensión sexual y la pasión que se esconde detrás de ellos.

—Cuando y donde quiera, encanto.

Repito las palabras que me dijo la noche que nos conocimos.

El resto de personas que hay en la habitación desaparecen. Ardo en deseos después de oír sus palabras y ver la mirada lasciva que me ha dirigido. Colton tensa la mandíbula y me observa durante un segundo más antes de fijar la vista en el doctor Irons. Se encoge de hombros a modo de disculpa y sonrío con malicia.

—Perdona, doctor, pero me has puesto una regla y eso solo hace que quiera saltármela todavía más.

El doctor Irons niega con la cabeza, divertido.

—Tomo nota, hijo, pero las consecuencias de...

Continúa advirtiéndole sobre la importancia de controlar la presión sanguínea de las arterias principales de su cerebro mientras se recuperan y, por lo tanto, ciertas actividades extenuantes pueden hacer que dicha presión aumente más de lo que se considera seguro en esta etapa de recuperación.

—¿Algo más?

—Sí —responde Colton, y no se me pasa por alto las miradas que se intercambian él y Beckett. Después, mira al doctor de nuevo—. ¿Cuándo podré volver a correr?

De entre todas las preguntas que pensaba que le haría, no me esperaba esa. Soy una tonta por pensar que existía la posibilidad de que Colton no quisiera volver a correr, pero escuchar preguntárselo al doctor hace que el pánico me recorra todo el cuerpo. Y por mucho que trate de esconder el pequeño ataque de ansiedad que me han provocado sus palabras, se me tensa el cuerpo al momento, me tiemblan las manos mientras estrecho la suya y se me corta la respiración.

Colton aparta la vista del doctor Irons y la clava en mí. Obviamente, el doctor Irons percibe mi malestar, porque espera unos segundos antes de responderle. Y, durante esos momentos, los ojos de Colton abarcan muchas emociones distintas, pero, al mismo tiempo, esconden sus pensamientos más profundos. En cuanto intento descubrir cuáles son, aparta la mirada y se centra en el doctor de nuevo.

Todo esto me pone de los nervios y no logro saber muy bien por qué. Y eso me asusta muchísimo. Enfrentarse a lo desconocido en cualquier relación es brutal, pero, ¿con Colton? Es similar al daño psicológico.

Se me acelera el pulso solo de pensar en la pregunta de Colton y, además, ¿ahora también tengo que preocuparme sobre la advertencia críptica que he

visto reflejada en sus ojos? ¿Qué diantres está pasando? Quizá, como ha dicho antes el doctor Irons, el accidente ha afectado a sus emociones y su sentido del humor. Trato de decirme a mí misma que esa es la razón e intento quitarle importancia, pero en el fondo oigo una voz de alerta y, en lo que respecta a nuestra relación, eso nunca es una buena señal.

El doctor Irons me aleja de mis pensamientos turbulentos y me devuelve a la realidad cuando se aclara la garganta. Me asusta pensar en qué le responderá a Colton.

—Bien... —Suspira y mira el iPad antes de volver a fijar la vista en Colton—. Como me estoy dando cuenta de que si te digo que no hagas algo, solo te animaré a hacerlo cuanto antes...

—Aprendes rápido —bromea Colton.

El doctor Irons se limita a suspirar de nuevo y trata de contener la sonrisa que asoma por las comisuras de su boca.

—Normalmente te diría que subirse otra vez a ese coche es una mala idea. Que tu cerebro ya ha tenido bastante y que, incluso cuando la herida del cráneo se cure por completo, seguirá habiendo un punto débil donde el hueso se fracturó y eso podría ser peligroso... Pero sé que da igual lo que te diga, porque volverás a correr de nuevo, ¿verdad?

Lo único que puedo hacer es sentarme, porque a pesar de parecer calmada por fuera, siento como si la correcta suposición del doctor Irons me hubiera desgarrado los órganos.

Colton deja escapar un suspiro largo y mira por la ventana durante unos instantes; por un segundo, percibo la grieta en su armadura. Es un momento efímero, pero la veo de todos modos. Puede que nunca lo admita, pero también tiene miedo de subirse de nuevo a ese coche de carreras. Tiene miedo de recordar el momento del accidente del que no se acuerda ahora mismo. Tiene miedo de hacerse daño otra vez. Y sus pensamientos lo consumen tanto que no se percata de que me ha soltado la mano.

—Tienes razón —dice finalmente, y un escalofrío me recorre todo el cuerpo—. Lo haré. No tengo ninguna otra opción... Pero seguiré tu consejo y esperaré hasta que esté completamente recuperado. Mis médicos en California contactarán contigo para asegurarse de que todo va bien.

El doctor Irons traga saliva y asiente.

—De acuerdo, confiaré en que eres un hombre sensato... Bueno, sensato

para alguien que se dedica a conducir un coche de carreras a más de trescientos kilómetros por hora.

Colton sonríe.

—Volveré después para ver cómo estás.

El doctor Irons se marcha y, durante unos segundos, un silencio incómodo se instala entre los cuatro. Me imagino que es porque todos nosotros nos preguntamos qué pasará si vuelve a subirse en el coche de carreras, pero nadie dice nada.

El miedo me invade todo el cuerpo y no tengo ni idea de cómo lo aguantaré. De cómo seré capaz de verlo subirse de nuevo a un coche prácticamente idéntico al otro con el que casi se mata.

Colton rompe el silencio.

—¿Becks?

—Dime.

Beckett da un paso adelante y observa a su amigo.

—Asegúrate de decirle a Eddie que pida los informes del doctor Irons para seguir el progreso de mi lesión. Para ver cómo podemos complementar el HANS para que sea mejor.

Sé que Colton se refiere al dispositivo de seguridad de alto secreto que llevaba durante el accidente. El que la empresa CD está preparando para que lo patenten, así que no sé muy bien por qué le cambia tanto la cara a Beckett. Veo que mira a Tawny y sus ojos reflejan un destello de preocupación, pero luego fija la mirada en Colton otra vez.

—¿Qué pasa, Becks? ¿Qué es lo que no me estás contando?

Obviamente, Colton también se ha dado cuenta del modo en que ha reaccionado.

Becks se aclara la garganta y respira profundamente.

—Despediste a Eddie hace unos meses, Colton.

—¿Qué? Venga ya, Becks. Deja de engañarme y pásale los informes, ¿de acuerdo?

—No te estoy engañando. Una copia de los esquemas

desapareció. Entre sus deudas de juego y otros asuntos, había demasiados factores que lo señalaban como culpable, así que lo despediste —afirma Beckett.

Colton echa un vistazo a toda la habitación y mueve la cabeza hacia delante y hacia atrás, como si tratara de comprender lo que está oyendo.

—¿De verdad? —Cuando Becks asiente, Colton mira a Tawny y ella también asiente—. De puta madre —dice entre dientes.

Mueve los hombros y mira por la ventana durante unos segundos antes de fijar la vista en Beckett.

—¿Los robó? No me acuerdo de nada —comenta en voz baja, incrédulo.

Le estrecho la mano y me mira a los ojos.

—Eh, no pasa nada. Ya te acordarás. Solo es temporal

—explico para intentar tranquilizarlo lo mejor que puedo.

—Pero si no me acuerdo de algo así, ¿hay algo más de lo que no me acuerde y de lo que no sea consciente?

Los ojos se le inundan de confusión y hace una mueca de frustración. El corazón se me acelera, angustiado.

—No te preocupes, tío. Piensa en toda la mierda de la que te puedes librar si le echas la culpa a la amnesia.

Le doy las gracias a Dios por Beckett y por su personalidad despreocupada, porque aunque todavía veo a Colton tratando de adaptarse a la situación, también percibo cómo se desvanece la tensión de su cuerpo. Miro a Becks fijamente y le doy las gracias en silencio.

Tawny se aclara la garganta con delicadeza y, de repente, es como si todos abandonáramos nuestros pensamientos privados y regresáramos a la realidad. Colton respira profundamente y dice:

—Tawny, necesito que hagas un comunicado de prensa de inmediato.

—¿Qué quieres que diga? —pregunta la señorita eficiente, y camina hacia el otro lado de la cama mientras Colton se organiza las ideas. Tawny me mira de reojo, luego fija la vista en él y le dice con dulzura—: ¿Colton?

—Dime —contesta, y arquea las cejas.

Tawny estira el brazo y le estrecha el bíceps mientras le observa la herida de la cabeza. Cuando Colton no responde, aparta la mano.

—Me alegro de que estés bien.

Percibo la sinceridad reflejada en su voz, y sé que lo dice en serio, pero eso no hace que me caiga mejor.

—Podría haber sido mucho peor, por lo que me han dicho, así que yo

también me alegro. —Colton bebe un poco de agua y frunce el ceño, concentrado—. Di que me he despertado hace unos días, que me estoy recuperando, que regresaré a California dentro de una semana aproximadamente, en cuanto me den el alta, y que volveré a la pista de carreras tan pronto como pueda. Dales las gracias por su apoyo y sus plegarias y, en lugar de que me traigan flores o regalos, preferiría que hicieran una donación a Cuidados Corporativos. Los chicos lo necesitan más que yo.

Tawny levanta la vista de su móvil, donde está tomando nota, y pregunta:

—¿Qué decimos sobre tu pérdida de memoria?

—No es asunto suyo —contesta Colton, y cuando observa a Becks de nuevo, se intercambian miradas de comprensión—. Eso es todo. —Tawny deja de centrarse en su teléfono y le dedica una mirada confusa a Colton—. Ya puedes marcharte —añade.

Tengo que esconder la expresión de sorpresa y confusión de mi rostro ante el comentario inesperado de Colton para que Tawny se marche.

Tawny alza la vista inmediatamente mientras guarda el móvil en el bolso.

—*Mmm...* vale —dice, y se sonroja a medida que avanza hacia la puerta.

—Espera, Tawny.

Las palabras de Colton hacen que se detenga, y me sorprende la amargura que percibo en su tono.

—¿Qué? —contesta, y se gira para mirarnos.

—Después del comunicado de prensa, puedes hacer las maletas y marcharte a casa.

Tawny inclina la cabeza y observa a Colton fijamente durante un momento con una expresión confusa en el rostro.

—No pasa nada. Es mejor si me quedo aquí y trato con los medios de comunicación...

—No —interrumpe Colton—. Creo que no me entiendes.

Tawny se lame el labio inferior a medida que los nervios la consumen. Da un paso hacia la cama cuando Colton empieza a explicárselo.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Desde que éramos pequeños? Lo bastante como para saber que no me gusta que jueguen conmigo. —Colton se inclina hacia delante cuando Tawny abre los ojos como platos, y yo aguanto la respiración, incrédula, al oír la frialdad en su voz—. Me has tomado el pelo,

Tawny. Y lo que es más importante, has hecho lo mismo con Rylee. Y te aseguro que eso lo recuerdo a la perfección. Se acabó el juego. Recoge tu mierda. Estás despedida.

Oigo cómo Beckett jadea. Al mismo tiempo, Tawny tartamudea:

—¿Qu...Qué? Colton...

—Ahórratelo. —Colton alza una mano para que no diga nada más y niega con la cabeza, decepcionado—. Ahórrate tus ridículas excusas y vete antes de que empeores la situación.

Tawny se queda mirándolo y parpadea para que no se le escapen las lágrimas. Después, mira a Beckett, da media vuelta y sale de la habitación.

La observo mientras se marcha y trato de imaginarme cómo sería estar en su situación. Cómo sería perder tu trabajo y el hombre que pensabas que te pertenecía al mismo tiempo.

Colton suspira profundamente. Siento lástima por ella.

Bueno... La verdad es que no.

Capítulo 12

Un sonido amortiguado me despierta. Estoy tan cansada y tengo tantas ganas de sumergirme en el sueño más profundo del mundo después de dormir tan poco durante estas últimas dos semanas que me quedo con los ojos cerrados y le resto importancia. Pero como ahora estoy despierta, sé que me equivoco cuando lo oigo por segunda vez.

Abro los ojos y lo que veo me sorprende. Observo a mi chico malo e imprudente, que cierra los ojos con fuerza, se muerde el labio inferior y tiene una expresión de dolor en el rostro. Colton se derrumba en un silencio disciplinado. Me quedo helada durante unos segundos sin saber qué hacer.

No sé qué hacer porque me he sentido desconectada de él estos últimos días. Por un lado, parecía que, al hablar conmigo de cosas estrictamente superficiales, me estuviese dejando de lado, como si quisiera apartarme de él. Decía que le dolía la cabeza o que necesitaba dormir en cuanto sacaba un tema serio.

Y, después, estaban los extraños momentos en que se pensaba que no estaba prestándole atención cuando veía cómo me miraba a través del reflejo de la ventana de la habitación con una expresión de dolorosa veneración, de deseo y tristeza. Aquella mirada siempre me causaba escalofríos por toda la piel.

Solloza y abre los ojos poco a poco. El dolor que siente se refleja claramente en ellos. Mi hombre marcado por las lágrimas de un niño asustado. Aparta la vista durante unos instantes y veo cómo trata de recomponerse, pero al final cierra los ojos de nuevo y llora todavía más.

—¿Colton?

Me incorporo y estiro el brazo para tocarlo, pero antes de hacerlo retiro la mano, indecisa a causa de la absoluta desolación que hay en sus ojos. Colton responde a mi indecisión con una mirada directa a mi mano y niega con la cabeza, como si una caricia mía fuera a destrozarlo.

Y, aun así, no puedo resistirme. Nunca puedo cuando se trata de Colton.

No soy capaz de dejar que sufra en silencio por lo que sea que le reconcome el alma y le oscurece las facciones. Tengo que conectar con él, consolarlo del único modo que ha parecido funcionar en estas últimas semanas.

Me quito el cinturón, atravieso la distancia que nos separa y mis ojos le preguntan si me permite conectar con él. No dejo que me responda, no le doy la oportunidad de apartarme, sino que me siento en su regazo. Lo envuelvo entre mis brazos lo mejor que puedo, coloco la cabeza en el hueco que hay entre su cuello y su hombro, y me quedo quieta y en silencio.

Lo abrazo mientras su pecho sube y baja, y su cuerpo tiembla cuando solloza.

Mientras las lágrimas le resbalan por las mejillas, o bien le depuran el alma o bien presagian la devastación inminente de su ser.

Capítulo 13

— ¡No necesito una puta silla de ruedas!

Es la cuarta vez que lo ha dicho, y es lo único que ha dicho desde que nos hemos despertado en el avión. Me muerdo el labio y veo que se resiste mientras observa cómo la enfermera empuja la silla una vez más contra la parte de atrás de sus rodillas sin dirigirle ni una palabra a su difícil paciente. Empieza a cansarse del esfuerzo que ha hecho para salir del coche, caminar un metro y medio hacia la puerta antes de detenerse y apoyarse en el muro de contención. El cansancio que siente es tan evidente que no me sorprende cuando finalmente se rinde y se sienta.

Me alegro de haber avisado a todo el mundo antes de tiempo para decirles que se quedaran dentro de casa y no nos recibieran en el camino de entrada. Después de presenciar lo mucho que le costó bajar del avión y meterse en el coche, supuse que le daría vergüenza tener público cuando tuviese que repetirlo al llegar a casa.

Los *paparazzi* siguen gritando al otro lado de la verja cerrada y exclaman que quieren una foto o unas declaraciones de Colton, pero Sammy y sus nuevas incorporaciones al equipo están trabajando para que este momento sea privado, por lo que estoy extremadamente agradecida.

— Dame un puto segundo — gruñe cuando la enfermera empieza a empujarlo.

Sé que le duele la cabeza otra vez cuando dobla la visera de su gorra hacia delante y se queda quieto.

Respiro profundamente. Me he mantenido al margen y callada, e intento

averiguar qué le pasa. Después de que se derrumbara en silencio en el *jet* privado, sé que se trata de algo más que un simple dolor de cabeza. De algo más que el dinero. Hay algo que ha cambiado dentro de él, pero no sé muy bien cuál es la causa de esta lucha interior que está librando.

Y el hecho de no saber exactamente el porqué me pone de los nervios.

Colton presiona las manos contra la gorra y veo la tensión acumulada en sus hombros mientras trata de prepararse para el impacto del dolor que le irradia de la cabeza. Avanzo hasta él, incapaz de resistir ayudarlo de algún modo, aunque sé que no puedo hacer nada para mejorar su situación. Así que coloco mis manos en sus hombros y le hago saber que estoy aquí.

Que no está solo.

—No necesito que una puta enfermera me cuide. Estoy bien. De verdad — espeta Colton desde su posición parcialmente reclinada en la hamaca.

Todo el mundo se marchó poco después de que llegáramos; todos excepto Becks y yo, que nos percatamos del humor de Colton. Lleva media hora encerrado en el balcón del piso de arriba porque, después de haber estado atrapado en el hospital durante tanto tiempo, lo único que quiere es sentarse al sol en paz. Una paz de la que no está disfrutando, porque se ha peleado con todo el mundo sobre el hecho de que está perfectamente bien y de que solo quiere que lo dejen tranquilo.

Becks se cruza de brazos.

—Sabemos que eres un cabezón y eso, pero te diste un buen golpe. No vamos a dejarte...

—Déjame solo de una puta vez, Daniels —responde Colton, y su tono refleja claramente la irritación que siente a medida que Becks se acerca a él—. Si hubiese querido conocer tu opinión, te la habría preguntado.

—Bien, pues ponte cómodo porque voy a decirte todo lo que pienso — comenta Becks mientras se acerca a Colton—. ¿Te duele la cabeza? ¿Quieres ser un capullo porque has estado encerrado en un maldito hospital? ¿Quieres que sintamos pena por ti? Pues lo lamento, pero no me da la gana. Casi mueres, Colton. Así que cierra la puta boca y deja de comportarte como un gilipollas con las personas que más se preocupan por ti.

Becks niega con la cabeza, exasperado, y Colton se baja la gorra todavía más y se hunde en el asiento.

Cuando Becks habla de nuevo, lo hace en voz baja y con la tranquilidad calculada que utilizó conmigo cuando estábamos en la habitación del hotel la noche antes del accidente.

—¿No quieres que la enfermera cutre que está abajo te bañe con una esponja? Lo pillo. Pero tienes que elegir porque ella, Rylee o yo tendremos que lavarte las pelotas cada noche hasta que los doctores te den el visto bueno una vez te hayas recuperado. Yo ya sé a quién escogería si estuviera en tu situación y ten por seguro que no sería yo ni la mujer alemana arisca que te espera en la cocina. Te quiero, tío, pero mi amistad no incluye que tenga que sobarte el paquete.

Becks da un paso atrás con los brazos aún cruzados y arquea las cejas. Se encoge de hombros para reiterar la pregunta.

Cuando Colton no contesta, sino que se queda mirando a Becks con una expresión irascible en el rostro, doy un paso adelante, cansada, irritable y pensando en lo mucho que deseo quedarme a solas con él para tratar de reparar nuestro mundo.

—Yo me quedo, Colton. Sin discusiones. No pienso dejarte aquí solo. — Levanto las manos cuando veo que va a replicar—. Si piensas seguir comportándote como un niño que tiene una pataleta, entonces empezaré a tratarte como tal.

Por primera vez en todo el tiempo que llevamos en el balcón, Colton levanta la vista y la fija en mí.

—Creo que es hora de que todo el mundo se marche.

Su voz está cargada de ira.

Me acerco aún más, porque quiero que sepa que, por mucho que insista, no me daré por vencida. Le contesto con sus propias palabras. Palabras de las que no estoy segura de que se acuerde.

—Podemos hacerlo fácil o difícil, As. Sea como sea, lo haremos a mi manera.

Me aseguro de que Becks haya cerrado la puerta principal con llave cuando se ha marchado antes de agarrar el plato con queso y galletas y volver al piso de arriba. Colton está en el mismo sitio que antes, pero se ha quitado la gorra, se ha recostado y ha cerrado los ojos. Me detengo en el umbral de la puerta y lo observo. Analizo la zona que le afeitaron en la cabeza, donde el pelo empieza a crecer otra vez, sobre esa cicatriz tan horrible. Veo que tiene el ceño fruncido y que no está tranquilo.

Salgo al balcón en silencio. En la radio suena bajito la canción «Hard to Love», y me alegro de que la melodía enmascare mis pasos para no despertarlo mientras le dejo los analgésicos y el plato de comida en la mesa que hay a su lado.

—Tú también puedes irte ya.

Su voz ronca me sobresalta. Sus inesperadas palabras me pillan desprevenida. Empiezo a enfadarme. Lo observo y

me limito a negar con la cabeza, incrédula, porque sigue con los ojos cerrados. Todo lo sucedido en estos últimos días me golpea como si fuera un caleidoscopio de recuerdos. La distancia y la evasión. Esto es más sobre mí que sobre el hecho de sentirse irritado por haber estado encerrado en el hospital mientras se recuperaba.

—¿Hay algo que tengas que decirme?

Oigo el graznido de una gaviota mientras espero a que me responda y trato de prepararme para lo que sea que va a contestar. Ha pasado de llorar sin motivo aparente a decirme que me vaya. No es una buena señal.

—No necesito tu maldita compasión. ¿O es que acaso no tienes una casa llena de niños pequeños que te necesitan para que satisfagan esa cualidad innata que tienes de estar encima de la gente y asfixiarla?

Podría haberme insultado con cualquier otra palabra horrible y no me habría dolido tanto como lo que acaba de decir. Me quedo estupefacta y con la boca abierta mientras lo miro. Está con la cara inclinada hacia el sol y todavía tiene los ojos cerrados.

—¿Perdona?

No está al nivel de lo que acaba de decirme, pero es lo único que soy capaz de decir.

—Ya me has escuchado. —Levanta la barbilla como si estuviese excusándose, pero no abre los ojos—. Ya sabes dónde está la puerta, cariño.

Quizá mi falta de sueño ha atenuado mi reacción habitual ante estas situaciones, pero sus palabras han hecho que pierda los nervios por completo. Siento como si hubiésemos retrocedido en el tiempo hasta hace semanas, por lo que me pongo en guardia de inmediato. El hecho de que ni siquiera me mire es la llama que enciende mi mecha.

—¿Qué coño te pasa, Donovan? Si me vas a echar, como mínimo podrías tener la decencia de mirarme.

Entreabre un ojo como si le irritara tener que prestarme atención y, entonces, explota. Se las ha ingeniado para herirme en estos últimos cinco minutos que hemos estado solos, y tampoco ayuda que mi estabilidad emocional penda de un hilo. Me observa y sonrío ligeramente, como si estuviera disfrutando de ver mi reacción, de jugar conmigo.

Oigo palabras y susurros en mi mente que me urgen a que me fije más. Pero ¿qué es lo que no veo?

—Rylee, probablemente sea mejor que hablemos claro.

—¿Probablemente?

Subo el tono de voz y caigo en la cuenta de que quizá ambos estamos muy cansados y abrumados después de todo lo que ha sucedido, pero todavía no pillo qué cojones está pasando. El pánico aumenta en mi interior, porque por mucho que uno quiera, no puedes aferrarte a una persona que no desea tu afecto.

—¿Qué significa todo esto, Colton? ¿Qué cojones te pasa?

Me levanto de la silla, me dirijo a la barandilla y miro al horizonte, más allá del agua, durante unos minutos. Necesito apaciguar la frustración que se ha apoderado de mí para recuperar mi paciencia, pero estoy cansada de este vaivén emocional.

—No puedes apartarme de ti, Colton. No puedes necesitarme un minuto y, al siguiente, quitarme del medio con todas tus fuerzas.

Trato de que mi tono de voz no refleje el dolor que siento en el corazón, pero es prácticamente imposible.

—¡Puedo hacer lo que me dé la puta gana! —grita.

Doy media vuelta, con la mandíbula tensa. Noto el sabor del rechazo por toda la boca.

—¡No, cuando estás conmigo no puedes!

Mi voz resuena por el balcón mientras nos miramos el uno al otro. El silencio que se establece a nuestro alrededor suprime poco a poco cualquier posibilidad de avanzar.

—Entonces, quizá no debería estar contigo.

El acero que recubre sus palabras me corta la respiración. El dolor crece en mi pecho cuando trato de tomar aire. Pero ¿qué cojones le pasa? ¿He analizado mal la situación? ¿Qué me he perdido?

Quiero averiguarlo. Tengo ganas de soltar la ira que reverbera por todo mi cuerpo.

Colton aparta la mirada durante unos segundos y, justo entonces, todo cobra sentido. Las piezas del puzle que no parecían encajar durante esta última semana lo hacen.

Ahora lo veo todo tan claro que me siento como una idiota por no haberme dado cuenta de ello antes.

Es hora de poner las cartas sobre la mesa.

Pero ¿qué pasa si lo hago y me equivoco? Siento que el corazón se me va a salir por la boca cuando lo pienso. No obstante, ¿qué otras opciones tengo? Me aliso los vaqueros; odio ponerme nerviosa.

—De acuerdo —digo mientras avanzo hacia él—. ¿Sabes qué? Tienes razón. No necesito aguantar toda esta mierda, ni de ti ni de nadie.

Niego con la cabeza y lo observo mientras se agarra la gorra, se la coloca en la cabeza, baja la visera para que apenas pueda verle los ojos, que por fin ha abierto, y me mira con una intensidad cautelosa.

—No es negociable, ¿recuerdas?

Espeto las palabras del acuerdo al que llegamos en la bañera hace semanas y, cuando lo hago, veo que aparece un ápice de emoción en sus estoicos ojos.

Se limita a encogerse de hombros, despreocupado, pero lo tengo calado. Puede que no sepa de qué se trata, pero sé que algo no va bien y, sinceramente, estoy cansándome de sus tonterías.

—¿Es que no has aprendido nada? ¿Te extirparon la parte del cerebro que controla el sentido común cuando te operaron?

Levanta la vista de golpe y sé que he captado su atención. Bien. No dice ni una palabra, pero al menos sé que está mirándome y centrado en mí.

—No necesito tus idioteces condescendientes, Rylee. —Estira la visera para taparse los ojos, se recuesta y me echa—. Ya sabes dónde está la puerta.

Cruzo el balcón, le quito la gorra de un tirón y me inclino para colocarme a escasos centímetros de su rostro. Abre los ojos de golpe y percibo las emociones que reflejan como respuesta a mi reacción inesperada. Traga saliva y me sostiene la mirada; se niega a rendirse.

—No trates de alejarme de tu vida así, porque solo empeorarás las cosas.

Le suplico que eche un vistazo en su interior y que sea sincero consigo mismo. Que sea honesto sobre nosotros.

—Antes me has hecho daño a propósito. Sé que juegas sucio, Colton... Así que ¿de qué me estás protegiendo?

Me siento en la hamaca y nuestros muslos se rozan. Trato de establecer una conexión que él pueda sentir para que sea incapaz de negar que existe.

Fija la vista en el mar durante un momento y, después, me observa, claramente confundido.

—De todo. De nada. —Se encoge de hombros y aparta la mirada de nuevo—. De mí.

Cuando oigo cómo se le quiebra la voz, el nudo de tensión que tenía en el corazón se desenreda.

—¿De qué... de qué hablas? —Coloco la mano sobre la suya, se la estrecho y me pregunto en qué estará pensando—. ¿Protegerme? No creo que el hecho de soltarme órdenes y decirme que me vaya sea protegerme, Colton. Me estás hiriendo. Ya hemos pasado por esto y...

—Déjalo, Ry.

—Y una mierda —contesto, y elevo el tono de voz para dejar clara mi opinión—. Tú no eres quien decide...

—¡Que lo dejes! —exclama.

Tensa la mandíbula y percibo la tensión que se acumula en su cuello.

—¡No!

—Dijiste que ya no podías soportarlo más.

Su voz me llega a través de los rugidos del mar que tenemos al lado, a pesar de las olas turbulentas que rompen en mi corazón. El tono monótono de su voz me advierte de que está herido, pero las palabras que ha dicho me hacen rebuscar entre mis recuerdos para saber de qué habla.

—¿Qué...? —empiezo a preguntar, pero me detengo cuando levanta una mano y cierra los ojos con fuerza, porque el dolor de cabeza se apodera de él momentáneamente.

Me siento culpable por forzarlo, pero está loco si piensa que me iré a alguna parte. Quiero tenderle la mano y tranquilizarlo, hacer que su dolor desaparezca, pero sé que nada de lo que haga mejorará la situación, así que me quedo sentada y le acaricio inconscientemente la mano con el pulgar.

—Cuando estaba en coma... oí que le dijiste a Becks que no podías aguantarlo más... que me dejarías encantada...

Su voz se convierte en un susurro y fija la vista en mí. La forma obstinada en que tensa la mandíbula se convierte en la pregunta que no se ha atrevido a formular en voz alta.

—¿De eso se trataba? —pregunto, confusa, y entonces me acuerdo—. ¿De un fragmento de una conversación que mantuve con Becks cuando le dije que te habría dejado encantada, que, de hecho, habría hecho algo completamente diferente, si eso hubiera prevenido que hubieses acabado comatoso en la cama del hospital?

Veo cómo su mente ha alterado los detalles de mi conversación con Beckett, pero nunca me lo mencionó. Nunca me lo contó. Y eso me molesta más que el simple malentendido.

—Dijiste que me dejarías encantada —repite. El tono de su voz es resolutivo, como si no se creyera que estoy diciéndole la verdad—. No necesito, ni quiero, que sientas lástima por mí.

—¿Te has alejado de mí porque crees que sigo contigo porque me das pena? ¿Que te has hecho daño y que ya no quiero estar contigo? —Ahora sí que estoy cabreada—. Me alegro de que pienses tan bien de mí. Qué idiota —susurro, más para mí que para él—. Siéntete libre de montarte tus películas, porque, por si no te has dado cuenta, han sido muy beneficiosas para nuestra relación, ¿verdad?

No puedo evitar que mis palabras rebosen sarcasmo, pero después de todo por lo que hemos pasado juntos, todo a lo que siempre parecemos regresar al final, me duele que se le haya pasado por la cabeza que lo querré menos porque no está al cien por cien.

—Rylee.

Suspira profundamente y me agarra la mano, pero la aparto.

—No me vengas con esas. —No puedo evitar que se me llenen los ojos de lágrimas—. Casi te pierdo...

—¡Tienes toda la puta razón, y por eso tengo que dejarte marchar! —grita, y maldice entre dientes.

Colton entrelaza los dedos en su nuca y apunta con los codos hacia el suelo mientras trata de contener el enfado. Levanto la vista de golpe, nuestras miradas se cruzan y se me corta la respiración, confusa.

—Te oí hablar por teléfono con Haddie la otra noche, cuando pensabas que estaba dormido. Te oí decirle que no estabas segura de si serías capaz de verme subir a un coche de carreras de nuevo. No puedes hacerme escoger entre tú y el automovilismo —añade. La angustia que emerge de sus palabras es palpable y se estrella contra la desesperación que emana de mí—. Necesito ambas cosas, Rylee. —La desolación que hay en su voz me llega a la médula. El miedo que siente es evidente—. Os necesito a ambos.

Y ahora lo entiendo. No es que piense que no lo quiero porque está herido, sino porque no lo querré en el futuro, porque tendré miedo cada segundo de cada minuto que pase en el coche, e incluso desde antes de subirse a él.

No tenía ni idea de que había escuchado mi conversación. Fue tan sincera que me da vergüenza pensar en algunas de las cosas que dije sin medir mis palabras, como lo hacía en otras ocasiones.

Le agarro la cara para que me mire a los ojos.

—Háblame, Colton. Después de todo por lo que hemos pasado, no puedes dejarme de lado o distanciarte de mí. Tienes que hablar conmigo o nunca lograremos avanzar.

Las emociones que hay en sus ojos son claras como el agua, y odio ver que tiene que enfrentarse a ellas. Odio saber que algo ha estado reconcomiéndolo por dentro toda esta última semana, cuando en realidad tendría que haberse preocupado de recuperarse. No sobre nosotros. Odio que haya puesto en duda nuestra relación.

Deja escapar un suspiro tembloroso y cierra los ojos durante unos segundos.

—Intento hacer lo mejor para ti.

Habla tan bajito que las olas prácticamente enmascaran el sonido de su voz.

—¿Lo mejor para mí? —pregunto con el mismo tono de voz, confundida. Necesito entender a este hombre tan complicado y sencillo a la vez.

Abre los ojos y veo el dolor que reflejan. Es tan intenso y vulnerable que hace que se me revuelva el estómago.

—Si no estamos juntos... entonces no te haré daño cada vez que me suba al coche.

Traga saliva y le doy unos minutos para que encuentre las palabras que sé que está buscando, para que yo pueda respirar de nuevo. Me ha estado alejando de él porque le importo, porque piensa en mí antes que en él. El corazón se me llena de amor al pensarlo.

Levanta el brazo, me agarra la mano que he posado en su mejilla, entrelaza sus dedos con los míos y apoya nuestras manos en su regazo. Fija la vista en mí y se centra en la conexión que compartimos.

—Te dije que me hacías ser mejor persona... Y estoy intentando ser un buen hombre para ti con todas mis fuerzas, pero estoy fracasando miserablemente. Otro hombre mejor que yo te dejaría marchar para que no tuvieras que revivir lo que le pasó a Max y mi accidente cada vez que se subiera a un coche. Haría lo mejor para ti.

Tardo un momento en contestar, porque lo que Colton acaba de exponer, esas palabras, es lo equivalente a decirme que soy su prioridad. Representan que ha madurado significativamente, y no puedo evitar que se me escape una lágrima.

Me rindo ante la necesidad que late con fuerza en mi interior. Me inclino y lo beso. Solo para probar su sabor y saber que está aquí, sano y salvo. Que el hombre que pensaba y esperaba que fuera debajo de todas las cicatrices y el dolor existe de verdad, y que la persona a quien estoy besando es un hombre maravilloso que ha pasado por mucho a lo largo de su vida.

Me aparto unos centímetros y lo miro a los ojos.

—¿Lo mejor para mí? ¿Es que no sabes que tú eres lo mejor para mí, Colton? Todas y cada una de las partes de ti. La parte tozuda, la salvaje e imprudente, la divertida, la cariñosa, la seria, e incluso las que están rotas —afirmo y lo beso después de cada palabra—. Nunca encontraré todas esas partes de ti en otra persona... Son lo que necesito. Te necesito a ti, cariño. Solo a ti.

«Esto es amor», quiero gritarle. Quiero zarandearlo hasta que entienda

que se trata de amor de verdad. Que no tiene nada que ver con el abuso y el dolor desmesurado de su pasado. Que no es la versión retorcida del amor que tenía su madre. Esto es amor. Él y yo, haciendo que lo nuestro funcione. Una persona que sea fuerte cuando la otra sea débil. Pensar en el otro antes que en uno mismo cuando sabes que tu pareja sufrirá.

Pero no puedo decirlo.

No puedo asustarlo con mis palabras hasta que se acuerde de lo que sentía por mí o de lo que me dijo. Y por mucho que me mate no poder decirle «te conduzco», puedo demostrárselo quedándome a su lado, agarrándole la mano, siendo fuerte cuando me necesita más que nunca. Quedándome callada cuando lo único que quiero hacer es contárselo.

Colton se limita a observarme mientras se muerde el labio inferior y me dirige una mirada de adoración absoluta. Contiene las lágrimas y se aclara la garganta antes de asentir. Es una aprobación silenciosa a mis súplicas.

—Lo que le dijiste a Haddie es verdad. Te morirás de miedo cada vez que me suba al coche...

—No voy a mentirte. Me matará por dentro, pero ya encontraré un modo de soportarlo cuando llegue el momento —afirmo, aunque ya empiezo a sentir miedo solo de pensarlo—. Lo encontraremos —me corrijo, y Colton esboza una sonrisa adorable que me derrite el corazón.

Se limita a asentir. Sus ojos expresan las palabras que quiero escuchar y, por ahora, me basta con eso. Porque cuando tienes todo cuanto necesitas delante de ti, aceptas lo que sea con tal de no perderlo.

—No se me dan nada bien estas cosas —confiesa, y veo la preocupación que siente reflejada en sus ojos y facciones.

—A nadie se le da bien —contesto, y estrecho nuestros dedos entrelazados—. Las relaciones no son fáciles. Son complicadas y, a veces, pueden ser brutales. Pero en estos tiempos difíciles es cuando aprendes más sobre ti mismo. Y cuando se trata de amor de verdad... —Hago una pausa y me aseguro de que está mirándome a los ojos—... entonces es como si regresaras a casa, como si encontraras la otra parte de tu alma.

Aparto la mirada, avergonzada de repente por mis comentarios introspectivos y mis tendencias de romántica empedernida.

Me aprieta la mano, pero no lo miro. Me quedo observando el sol mientras espero que el rubor de mis mejillas no sea muy evidente. Se me

pasan por la mente todas las posibilidades que se extienden ante nosotros si él fuera capaz de darme un puesto fijo en su corazón. No me importa quedarnos en silencio, porque en la distancia que hay ahora entre nosotros flotan oportunidades en lugar de malentendidos. Y, en este balcón bañado por la luz del sol, nos perdemos en nuestros propios pensamientos, porque hemos aceptado que existen mañanas que podremos experimentar juntos, y eso es maravilloso.

Mientras mi mente divaga, vislumbro el plato con comida y analgésicos que está en la mesa de al lado.

—Eh, tienes que tomarte las pastillas —comento, y por fin me giro y lo miro a los ojos.

Estira el brazo, posa la mano sobre mi mejilla y me acaricia el labio inferior con el pulgar. Tomo aire y mi respiración se vuelve temblorosa a causa de su tacto. Colton inclina la cabeza y me observa.

—Eres la única medicina que necesito, Rylee.

No puedo evitar sonreír ni evitar que se me escape un comentario sarcástico.

—Por lo que veo, todas esas intervenciones médicas no han afectado a tu capacidad para conquistarme con frases pícaras.

—No —contesta, y me dedica una sonrisa burlona que hace que me incline hacia delante a la vez que él, por lo que nos encontramos a mitad de camino.

Nuestros labios se unen con delicadeza. Una vez, dos veces... Luego, Colton abre la boca, nuestras lenguas se funden, nos acariciamos y nuestros corazones se llenan de amor mientras nos acogemos a la dulzura del beso. Posa la otra mano en mi rostro y noto cómo le tiembla cuando la deja ahí. Levanto la mano y la coloco encima de la suya para ayudarlo a estabilizarla. Una oleada de deseo despierta en mi interior y, por mucho que sepa que no puedo saciar el anhelo que siento, según las órdenes del doctor, no significa que no quiera hacerlo desesperadamente.

Cuando conectamos en la intimidad, se trata de mucho más que del increíble orgasmo a manos del habilidoso Colton; es algo que soy incapaz de expresar. Es como si una satisfacción se deslizara por todo mi cuerpo hasta llegar a mi alma y completarme. Nos une. Y echo de menos esa sensación.

Colton emite un gemido muy *sexy* y eso no ayuda a apaciguar el fuego que

arde en mi interior. Le acaricio el pecho con la mano que tengo libre. Me encanta la vibración que emerge de allí como resultado de mi tacto. Un escalofrío me atraviesa todo el cuerpo y me eriza la piel, y no es a causa de la brisa marina, sino de la marea de sensaciones que echo tanto de menos.

—Joder, me muero de ganas de estar contigo, Ry —susurra contra mis labios.

Todos los nervios de mi cuerpo se yerguen para prestar atención y suplicar que los toquen, que los reclamen y que los consuman de nuevo. Estoy a punto de decir «que le den a las órdenes del doctor» y aparto la mano de su torso para deslizarla por debajo de sus pantalones, pero entonces noto cómo se tensa y se le corta la respiración.

Inmediatamente, me siento culpable por mi falta de voluntad al caer en la tentación tan fácilmente y me pongo en alerta.

—¿Es de los malos?

Colton sigue haciendo una mueca de dolor y cierra los ojos con fuerza mientras asiente ligeramente y se recuesta en la hamaca. Busco los analgésicos y se los paso.

Supongo que, al fin y al cabo, no soy la única medicina que necesita.

Capítulo 14

Camino arriba y abajo por los pasillos de la casa de Malibú, porque la preocupación que siento por Colton, la morriña de estar con los chicos y echar de menos a Haddie no me dejan dormir. Nunca he pasado tanto tiempo alejada de ellos y, por mucho que quiera a Colton, necesito tener esa conexión en mi vida.

Necesito sentir su energía, que siempre me alegra el alma y me alimenta el espíritu. Me he perdido la declaración de Zander, el primer *home run* de Ricky, cuando enviaron a Aiden al despacho del director por detener una pelea en lugar de empezarla... Me siento como una mala madre que abandona a sus hijos.

Como no encuentro el consuelo que necesito, subo las escaleras por enésima vez para comprobar que está bien. Para asegurarme de que sigue durmiendo después del cóctel de medicamentos que el doctor Irons le ha recetado por teléfono antes, cuando el dolor de cabeza era demasiado intenso y no conseguíamos que disminuyera con nada.

Sigo preocupada. Creo que, en el fondo, tengo miedo a quedarme dormida porque puede que necesite algo y yo no lo oiga.

Entonces, me acuerdo de lo que dijo Colton antes de que el dolor de cabeza lo consumiera y no puedo evitar sonreír. Puede que tratar de alejarme de él para protegerme no fuera lo acertado; no obstante, es perfecto.

Todavía hay esperanza para nosotros, al fin y al cabo.

Avanzo hasta la cama, oigo que Halestorn suena bajito por la radio que tiene en la habitación y no puedo evitar contener la respiración cuando me

siento a su lado en la cama. Está tumbado bocabajo, tiene los brazos enterrados bajo la almohada y la cara inclinada hacia el lado en el que estoy. Las sábanas de color azul claro le llegan por debajo de la cintura y trazo las líneas esculpidas de su espalda con los ojos. Mis dedos ansían sentir la calidez de su piel. Deslizo la mirada por la cicatriz que tiene en la cabeza y veo la zona que le afeitaron, donde está empezando a crecerle el pelo de nuevo. Muy pronto le cubrirá esas heridas y nadie sabrá que están ahí.

Pero yo sí que lo sabré. Y me acordaré de ellas. Y tendré miedo.

Niego con la cabeza y cierro los ojos con fuerza. Necesito controlar la súbita estampida de emociones que se ha desencadenado en mi interior. Veo la camiseta que se ha quitado sobre la cama, y no puedo evitar agarrarla, enterrar la cara en ella y dejar que su aroma me envuelva. Necesito restaurar aquella conexión en mi mente para disminuir la preocupación que ahora se ha convertido en una variable constante en mi corazón. Aun así, no es suficiente, por lo que me siento a su lado. Me inclino hacia delante, con cuidado de no despertarlo, y lo beso justo en el hueco que hay entre sus omóplatos.

Respiro su aroma, siento la calidez que emana de su piel y doy gracias a Dios por poder disfrutar de nuevo de este momento con él. Por tener una segunda oportunidad. Me quedo sentada así durante unos instantes, mientras sigo dando las gracias en silencio, y, entonces, oigo que Colton murmura algo.

—Por favor, no —susurra. El tono infantil en una voz tan masculina es inquietante y devastador—. Por favor, mamá. Me portaré bien. No dejes que me haga daño.

Mueve la cabeza para enfatizar su protesta y se le tensan el cuello y los brazos a medida que los ruiditos que profiere se intensifican y se hacen más preocupantes. Lo agarro de los hombros y lo zarandeo para tratar de despertarlo.

—Por favor, mamá. Por favoooooooooor —añade con una voz suplicante que tiembla de miedo.

Se me hace un nudo en la garganta y las lágrimas me anegan los ojos a causa de la espeluznante combinación de un niño pequeño atrapado en el cuerpo de un hombre.

—¡Despierta, Colton!

Le doy empujoncitos en el hombro una y otra vez, pero los medicamentos que le ha recetado el doctor Irons son demasiado fuertes y no lo dejan escapar

de la pesadilla.

—¡Vamos, despierta!

Colton empieza a balancearse y a murmurar la canción de los superhéroes.

Se me escapa un sollozo, Colton deja de cantar, se gira de nuevo y se queda bocarriba. Se mueve unas cuantas veces más y se detiene; me alivia que la pesadilla haya acabado. Todavía parece afectado, así que me estiro a su lado, apoyo la cabeza en su pecho, entrelazo una pierna con la suya y coloco la mano sobre su corazón, que late desbocado. Y hago lo único que puedo con la esperanza de tranquilizarlo: canto.

Canto sobre niños pequeños y dragones imaginarios. Sobre creer en algo increíble. Sobre olvidar y seguir adelante.

—Mi padre solía cantarme esa canción cuando tenía pesadillas.

Su voz ronca me asusta. No tenía ni idea de que se había despertado. Me pasa un brazo por encima y me estrecha contra su cuerpo.

—Lo sé —susurro en la oscuridad de la habitación iluminada por la luz de la luna—. Has tenido una.

El silencio se instaura entre nosotros mientras suspira ligeramente. Sé que sigue dándole vueltas al sueño, así que le concedo el silencio que necesita para lidiar con él. Me besa la coronilla y reposa la boca ahí.

Cuando habla, noto el calor que emana de su aliento mientras murmura contra mi pelo:

—Tenía miedo. Recuerdo sentirme aterrado aquellos últimos segundos que pasé en el coche mientras daba vueltas por los aires.

Es la primera vez que admite delante de mí algo que confirmara mis temores en relación con el accidente.

Le acaricio el pecho.

—Yo también.

—Lo sé —admite, y desliza la mano por dentro de mi ropa interior, me agarra el culo desnudo y me acerca a él para que lo mire a los ojos—. Siento que tuvieras que pasar por eso otra vez.

Veo el sentimiento de culpabilidad reflejado en sus ojos y en las arrugas que se le marcan en la frente cuando frunce el ceño. Soy incapaz de hablar, porque se me ha hecho un nudo en la garganta a causa de las lágrimas. El hecho de que tenga en cuenta mis sentimientos me conmueve, así que se lo

agradezco de la mejor forma que sé. Me inclino hacia delante y poso los labios sobre los suyos con delicadeza.

Colton separa los labios y deslizo la lengua entre ellos mientras se le escapa un gruñido que me incita a catar la única droga que satisface mi adicción. Le paso las manos por la barba incipiente y por la nuca, y bebo la combinación tóxica que tanto anhelo. Su sabor, su tacto, su virilidad.

Me rodea la cara con las manos, enreda los dedos entre mis rizos y se aleja de mí durante unos segundos. Estamos a solo unos centímetros de distancia, nuestras respiraciones se funden y nuestros ojos hablan por sí solos y expresan las emociones que hemos guardado bajo llave.

Noto el pulso de su mandíbula tensa bajo las palmas mientras trata de hablar.

—Ry, yo... —empieza a decir, y se me corta la respiración.

Mi alma se llena de esperanza. Mentalmente, acabo la frase por él y añado las dos palabras que faltan para completarla, para completarnos. Para expresar los sentimientos que veo en sus ojos y en la devoción de su tacto. Colton traga saliva con dificultad y añade:

—Gracias por quedarte.

—No hay ningún otro sitio en el que preferiría estar.

Registra las palabras que pronuncio, me acerca todavía más a él y mueve mi cuerpo para que cambie de posición y me coloque encima de él a la vez que nuestros labios colisionan. Y colisionan de verdad. Nos sumimos en un frenesí de pasión que explota cuando la necesidad que siento se une a su desesperación. Nuestras manos descubren el cuerpo del otro, nuestras lenguas se vuelven más insistentes y las emociones se intensifican a medida que nos familiarizamos con las curvas del otro.

Colton me pasa la mano izquierda por la espalda y me agarra la cadera mientras me presiona contra la erección cubierta por los calzoncillos. Una explosión de sensaciones me invade y hace que mi deseo sea tan intenso que casi resulta doloroso. Mi cuerpo anhela el placer avasallador que solo él puede evocar en mí.

Me trago su gemido mientras me sumerjo en la emoción y la conexión que se forma entre nosotros. Colton desliza la mano hacia el otro lado de mis caderas mientras trata de quitarme la camiseta. Pero cuando su mano derecha no consigue agarrar la tela tomo el control rápidamente, porque no quiero

romper la magia de este momento. Me cruzo de brazos, agarro el dobladillo y me quito la camiseta.

Estoy encima de él con las piernas a ambos lados de su cuerpo, y solo llevo puestas unas braguitas. Me recorre el cuerpo con la mirada y sus ojos reflejan el deseo que arde en su interior; es lujuria y pasión sin límites. Se aparta un poco para tocarme las costillas y sube la mano por mi torso, y eso le permite guiar mi cara hacia la suya para besarme.

Gimo cuando noto que mis pechos se presionan contra su firme cuerpo y que mis sensibles pezones reaccionan al tacto. Colton mueve mis caderas hacia delante y hacia atrás una y otra vez, y la sensación me consume por dentro. Mis nervios están a punto de detonar. Inclino mi cuerpo hacia atrás, perdida entre tantas emociones, y cuando me encuentra el pezón con la boca, su aliento cálido me recubre la piel fría.

Lo deseo. Lo necesito. Lo quiero como nunca pensé que sería posible.

Nuestras respiraciones y nuestros corazones se aceleran cuando nos dejamos llevar por el instinto que nos ha invadido desde el primer día. Y, justo en ese momento, noto cómo flexiona la mano y me acuerdo de la advertencia del doctor Irons. Quiero ignorarlo y decirle que se vaya a la mierda para que pueda estar con mi hombre, darle placer, hacerlo mío y dejar que él me haga suya en todos los sentidos de la palabra. Pero no podemos arriesgarnos.

Me llevo las manos a la cintura y entrelazo los dedos con los de Colton. Rompo nuestro beso y apoyo la frente en la suya.

—No podemos. No es seguro.

La tensión es aparente en mi tono de voz y deja claro lo difícil que me ha resultado detenerme y no conseguir exactamente lo que ambos queremos. Colton no dice ni una palabra. Se limita a agarrarme por las caderas con fuerza mientras nuestras respiraciones entrecortadas llenan el silencio de la habitación.

—Es demasiado esfuerzo.

—Cariño, si no me esfuerzo en darte placer, entonces es que no lo estoy haciendo bien. —Suelta una risa pícaro contra mi cuello y la barba incipiente me cosquillea la piel, que le suplica que la acaricie más.

Me obligo a sentarme para alejarme de la tentación de su boca, pero no me doy cuenta de que esta nueva posición causa más presión sobre la

entrepierna de Colton cuando me coloco sobre su erección. Tengo que reprimir el gemido que casi se me escapa de los labios al notarlo. Colton sonrío, porque sabe muy bien lo que ha pasado, y trato de fingir que no me ha afectado, pero no lo consigo cuando vuelve a mover las caderas.

—Colton —gimo, y susurro su nombre.

—Sabes que no quieres que pare —contesta con una sonrisa juguetona y, cuando veo que abre la boca para decir algo más, le coloco un dedo sobre los labios para callarlo.

—Estoy intentando protegerte.

—Ah, pero te olvidas de que el paciente siempre tiene la razón, y yo creo que la mujer que tengo delante —comenta mientras me agarra el dedo, se lo mete en la boca, lo chupa y despierta mi deseo todavía más— necesita que este hombre la folle exhaustivamente.

Mis piernas le aprietan los costados y me clavo las uñas en los muslos cuando recuerdo lo exhaustivo que Colton puede llegar a ser. Y, a pesar de estar decidida a no entrar en su juego, mi cuerpo grita «tómame, hazme tuya». Quiero que se apodere de todo mi ser, aquí y ahora.

—Tenemos que ser prudentes —reafirmo, y trato de recuperar un poco de control sobre mi cuerpo y la situación.

Intento pensar en su bienestar en lugar de en la llama que arde salvajemente en mi interior.

—Ryles, ¿cuándo he sido yo prudente? —Esboza la sonrisa traviesa a la que sabe que no puedo resistirme—. Por favor... deja que me agote contigo —suplica, pero sé que debajo de ese tono juguetón hay un hombre que está aferrándose al poco autocontrol que le queda—. Me muero de ganas de ser tu piloto y marcar el ritmo.

No puedo evitar reírme, porque sus palabras me hacen recordar una conversación que mantuve hace tiempo.

—Cuando nos conocimos, Haddie se preguntaba si follabas como conducías.

Se le escapa un risa, sonrío con picardía y se le marcan los hoyuelos que tanto me gustan.

—¿Y a ti qué te parece?

—Es un poco peligroso y rompe todas las reglas, pero yo disfrutaría de

ello hasta la última vuelta...

Dejo la frase inacabada y le paso el dedo por el pecho seductoramente. Tensa los músculos al anticipar mi tacto.

Inclina la cabeza hacia un lado y su sonrisa arrogante se amplía.

—Bueno, ¿tenía razón o tengo que darte otra vuelta con el coche para refrescarte la memoria?

Me encanta ver al Colton que conozco, el que he echado de menos, y está tan contento que decido divertirme un poco, jugar a su propio juego. Quiere sexo que no le daré, pero eso no significa que no pueda montar un espectáculo para ayudarlo. Para ofrecerle algo que alivie su deseo.

O para hacer que tenga todavía más ganas.

Deslizo los dedos por su pecho, por mis piernas abiertas y por encima de mis muslos. Colton los sigue con la mirada y fija la vista en el pequeño trozo de tela triangular que me cubre la entrepierna.

—No estoy segura de si me acuerdo, As. Hace mucho tiempo que no te veo en acción.

Se le corta la respiración, y su reacción me vuelve loca y me incita a ir un paso más allá. Me acaricio la barriga y deslizo las manos hasta que me agarro los pechos, erizados de placer. Me muerdo el labio inferior a propósito y suspiro mientras me pellizco los pezones. La sensación recorre todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Los ojos de Colton se oscurecen, separa los labios y su erección crece debajo de mí cuando me ve darme placer.

Su respuesta me anima y me da valentía y seguridad en mí misma para continuar. Hace unos meses nunca habría hecho algo así —tocarme tan descaradamente mientras me observa—, pero él me ha ayudado, me ha enseñado que las curvas son *sexys*, que el cuerpo que tantas veces criticaba es algo que desea, algo que lo excita. Es más que suficiente para él.

Y, por eso, soy capaz de ofrecerle este regalo sin que me tiemblen las manos y con total seguridad.

Dejo que se me escape otro gemido y, por mucho que vea cómo se le inundan los ojos de deseo, enseguida me doy cuenta de que ha descubierto qué estoy haciendo. Esboza una sonrisa poco a poco y su boca se vuelve aún más seductora. Colton se limita a negar con la cabeza ligeramente, con alegría reflejada en su expresión, y me muestra que está más que encantado de

participar en este juego.

—Cariño, si lo que pretendes es que no haga nada, entonces deberías dejar de hacer comentarios así.

Muevo las caderas debajo de mí de un modo lo bastante firme como para presionar justo en el lugar que ansío llenar, donde le suplico en silencio que me toque, y alimenta mi deseo. Trato de reprimir el jadeo antes de que salga de mi boca para hacerme la remilgada, pero no lo consigo cuando repite el movimiento. Relajo la boca y suelto un gemido de satisfacción que asciende desde las profundidades de mi garganta y, sin tener que pensármelo dos veces, coloco las manos sobre mis braguitas húmedas. Necesito desesperadamente algo que apague el fuego que arde dentro de mí.

Él.

Cuando deja de mover las caderas, me clavo los dedos en los muslos para evitar hacer lo que quiero: arrancarle la ropa interior, agarrarle su miembro de acero y guiarlo hacia mi interior para que me satisfaga por completo. Recupero la compostura lo bastante como para levantar la vista y mirarlo a los ojos. Para fingir que lo tengo todo controlado.

Levanta el brazo y me acaricia el pecho a un ritmo insoportablemente lento. La sonrisa se le amplía cuando ve que mis pezones responden a su tacto y demuestra que, a pesar de mi fachada, Colton me afecta de todos los modos posibles.

—Bueno, si piensas que follo como conduzco, deberías verme hacer un esprint y echarte una carrera hasta la línea de meta.

No puedo evitar que se me entrecorte la respiración. Tiene que ser una coincidencia que haya utilizado el término «carrera»; al fin y al cabo, es a lo que se dedica, pero todo mi ser tiene la esperanza de estar equivocada. De que ha utilizado ese término para decirme que se acuerda. Pero, tan pronto como el pensamiento se forma en mi mente, se desvanece y me deja sin aliento. Así que hago lo único que puedo para ayudarme a olvidar y para ayudarlo a recordar.

Es la hora de ofrecerle el espectáculo con el que he estado tentándole.

Mientras me mira a los ojos y a mis dedos alternativamente, me abro de piernas un poco más para asegurarme de que ve todo lo que hago. Deslizo los dedos justo por debajo de la goma de mis braguitas y me detengo. Mi propio cuerpo tiene las mismas ganas de que continúe que Colton, que me observa

lascivamente y se frota los dedos, porque sé que desearía tocarme él. Pero guarda la compostura y se mantiene relajado.

Llegó el momento de poner a prueba su autocontrol.

—Pensaba que las carreras no eran un deporte de equipo —comento con los ojos entrecerrados—. Ya sabes, que era una actividad en la que cada uno mira por sí mismo.

Me aseguro de que está observándome y de que ve cómo mis dedos viajan hacia el sur. Y sé que lo hace, porque traga saliva para deshacerse del nudo que se le ha formado en la garganta.

—Exacto —contesta finalmente con la voz ronca—. Las carreras de coches pueden ser un deporte peligroso, ¿sabes?

—Vaya, ¿de verdad? —respondo.

Me dispongo a rendirme ante la dulce tortura de abrirme de piernas y masajear mi evidente excitación para aplicar la fricción que mi clítoris necesita. Y por buena que sea la sensación, la presión, la fricción, su miembro duro contra mi cuerpo... No hay nada que me ponga más caliente que la mirada de Colton. Su rostro refleja una innegable excitación y una concentración absoluta mientras observa los movimientos que no logra ver, pero que se imagina a través de la suave tela roja de mis braguitas.

Quiero más de él. Quiero que se dé por vencido y que pierda ese autocontrol tan estoico que muestra, así que me abandono a la sensación y al erotismo del momento: Colton observándome mientras me doy placer. Hago lo único que sé que le volverá loco y que desencadenará su pasión. Inclino la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y exclamo:

—¡Oh, Dios!

—Joder —espeta Colton, y su autocontrol se rompe, así como la tela de mis braguitas.

Me quedo con la cabeza inclinada hacia atrás y sé que está observándome los dedos y absorbiendo mi placer, porque hay algo inesperadamente liberador en el hecho de quedarme desnuda para dejar que me vea. No me avergüenzo, sino que me deleito en el momento; soy totalmente suya, física y mentalmente.

El pulso se me acelera. Una sensación de calor se extiende por todo mi cuerpo como si fuera una oleada de placer en la que me ahogaría gratamente. Colton gime delante de mí y regreso a la realidad. Levanto la cabeza, abro los

ojos y me lo encuentro perfectamente encajado entre mis piernas. Gimo y saco la mano para mostrarle la prueba de mi excitación, que reluce entre mis dedos. Me cuesta controlar el fuego que arde en mi interior y que quema lugares que no sabía que existían mientras trato de encontrar mi voz.

—Bueno, As, puede que el peligro esté sobrevalorado. Parece que sé apañármelas perfectamente bien en una pista resbaladiza —susurro, y soy incapaz de contener la sonrisa mientras me clava los dedos todavía más en las caderas.

No aparto la vista de sus ojos y le dedico una mirada provocativa mientras me llevo los dedos a la boca y los succiono lentamente.

Tensa la mandíbula y su erección crece todavía más debajo de mí.

—Una pista resbaladiza y mojada, ¿eh? —comenta con la voz ronca—. El peligro nunca había sido tan tentador —añade.

Se pasa la lengua por los labios para humedecérselos y me recorre el cuerpo con la mirada cuando me deslizo los dedos por el torso, los pechos y el estómago hasta llegar a mi entrepierna. Sin embargo, esta vez separo más las piernas y utilizo una mano para abrimme y la otra para que me vea a medida que la coloco sobre la zona. Observo las líneas de expresión de su rostro cuando lo contrae y deja al descubierto lo difícil que le resulta controlar el deseo que lo invade. La sonrisa seductora que esboza le queda perfecta.

Mi guapo y arrogante hombre.

Un poco fanfarrón.

Muy imperfecto.

Y completamente mío.

—¿Sabes? —comenta con la voz rasgada mientras me acaricia el muslo con un dedo y evita mi entrepierna a propósito—, a veces, en una carrera, para llegar a la meta, los *amateurs* como tú tienen que formar un equipo para obtener los resultados que desean.

No lucho contra la sonrisa que aparece en mis labios ni escondo el escalofrío que me recorre el cuerpo cuando aparta los dedos. Me inclino hacia delante, coloco las manos en su pecho y lo miro directamente a los ojos.

—Lo siento, pero parece que este motor se las está apañando muy bien solo.

Le clavo las uñas en el pecho cuando me aparto y me siento de nuevo. Sus músculos convulsionan bajo mis dedos y me demuestran que, por mucho que siga sonriendo con arrogancia, su cuerpo aún desea y necesita lo que tengo por ofrecerle. Deslizo los dedos hasta mi entrepierna otra vez y le digo lo que espero que lo vuelva loco:

—Sé exactamente lo que tengo que hacer para llegar a la meta.

—Vaya, ¿así que te gusta hacer trampas? ¿Romper las normas? —pregunta para provocarme, y me devuelve la pelota para demostrarme que todavía quiere jugar.

—Desde luego. Ya sabes que me gusta jugar sucio.

Levanto las cejas, saco la mano y le llevo un dedo cubierto de mi humedad a los labios mientras me mira con los ojos entrecerrados. Levanta la mano rápidamente y me agarra la muñeca para guiarme la mano hasta su boca. El gruñido gutural que se le escapa reverbera por todo mi cuerpo y pone a prueba mi propio autocontrol cuando me los acaricia con la lengua. Me muevo encima de él como una respuesta automática a sus movimientos. «Madre mía, es como si estuviera en el cielo», pienso. Mis terminaciones nerviosas llegan a la cima del deseo que siento, por lo que continúo moviéndome para que su miembro duro presione contra mi suave entrepierna. Solo puedo concentrarme en el deseo que me recorre las venas. En la humedad que se acumula entre mis piernas. En la imagen de sus dedos en mi piel y dentro de mí.

Joder, lo necesito ahora mismo. Desesperadamente. Así que hago lo único que puedo antes de ponerme a suplicar. Le ofrezco el último reto coherente que tengo guardado, porque todos los pensamientos empiezan a mezclarse en mi cabeza a causa de este asalto de sensaciones. Me inclino hacia delante, poso los labios sobre su mandíbula con delicadeza y respiro su aroma.

—Como eres un profesional con experiencia, quizá tengas que enseñarle a esta aprendiz cómo ganar la carrera.

Muevo las caderas en círculos con más insistencia y observo cómo aprieta los dientes en un esfuerzo por no perder su autocontrol. Repito el movimiento una vez más y se me escapa un suspiro de satisfacción mientras mi cuerpo me pide más.

—¿Un profesional de las carreras como tú tiene miedo de enseñarle a una principiante a conducir?

Me olvidé de lo rápido que Colton puede moverse, incluso con la mano

mala. En cuestión de segundos, me ha dado un empujoncito para que vuelva a sentarme y me ha estirado de los pies. Ahora los tengo apoyados en la cama a ambos lados de sus costillas, y me empuja las rodillas hacia atrás lo máximo que puede.

Bingo.

He encendido la mecha.

Pierdo el control.

«¡Gracias a Dios!».

Seguramente ha confundido la expresión de alivio y desesperación que tengo en el rostro con una de confusión, porque dice:

—Voy a cambiar de marcha, cariño, porque soy el único que puede conducir este coche.

Oigo el gruñido gutural que se le escapa a medida que me desliza las manos por los muslos y se detiene para recorrerme la ingle con los pulgares. Es una caricia destinada a tentarme que hace que sienta escalofríos por todo el cuerpo y que me sirve de pista de lo que está a punto de llegar, del nivel de placer que me dará.

Deja los dedos quietos y me recorre el cuerpo con los ojos hasta que los clava en los míos mientras sonrío con picardía. Me sostiene la mirada, casi como si estuviera retándome a que la apartara, y desliza una mano para abrirme la entrepierna mientras introduce los dedos de la otra dentro de mí. Inclino la cabeza hacia atrás y gimo de placer a medida que sus dedos se mueven, manipulan y rodean el conjunto de terminaciones nerviosas receptoras. Saca y mete los dedos una y otra vez; mis paredes se cierran alrededor de él y lo agarran con una necesidad carnal y pura. Con avaricia.

Observo su rostro. Veo cómo se pasa la lengua por los labios y presencio el deseo que le empaña los ojos y le tensa los músculos de los brazos mientras me hace llegar al clímax. Y me hace escalar deprisa, porque he estado reprimiéndome todo este tiempo; el deseo que siento me tiene tan aturdida que solo el hecho de verlo y sentirlo, el recuerdo de él, hace que pierda el control por completo y salte al vacío.

Le calvo las uñas en los antebrazos a medida que se me tensa el cuerpo y mi sexo convulsiona. Gimo su nombre y el sonido llena la habitación. Caigo hacia delante y me derrumbo sobre el pecho de Colton mientras el fuego que me corre por las venas me quema por dentro y hace que la coherencia sea una

posibilidad remota. Quiero sentir mi piel contra la suya. Necesito sentir la firmeza de su cuerpo contra mí y la seguridad que me aportan sus brazos cuando me estrecha entre ellos mientras nado en el mar de sensaciones con las que me acaba de inundar.

Trato de recuperar el aliento a medida que se me relaja el cuerpo mientras Colton me acaricia la espalda con la punta de los dedos. Noto la vibración de su risa en su pecho.

—Oye, aprendiz.

Me obligo a mirarlo a los ojos, a salir del coma postorgásmico.

—¿Mmm?

Es lo único que consigo decir.

Los ojos le brillan de diversión.

—Soy el único que puede hacerte llegar a la línea de meta.

No puedo evitar echarme a reír. Puede hacerme llegar a la línea de meta las veces que quiera.

Capítulo 15

— ¡Eh, colega, estoy muy orgullosa de ti!

Lucho contra la ola de culpabilidad que me inunda. No he podido ayudar a Connor a estudiar la asignatura que más le cuesta: Matemáticas.

— ¡Sabía que lo conseguirías!

— ¡He utilizado el truco que me explicaste y ha funcionado!

El orgullo que hay en su voz hace que me den ganas de llorar de felicidad y, a la vez, me siento triste por no haber estado con él.

— ¡Ya te dije que te iría bien! Ahora ve a prepararte para el entreno de béisbol. ¡Seguro que Jax ya te está esperando! — Ríe porque sabe que tengo razón—. Te prometo que nos veremos dentro de unos días, ¿de acuerdo?

— Vale. Te Lego.

— ¡Yo también te Lego, colega!

Cuelgo y dirijo la mirada hacia el balcón cuando oigo el sonido de risas que entra en la habitación. Una risa propia de años de amistad y que mejora el mal humor de Colton. Me alegro de que Beckett haya venido a verlo. Oigo que se echan a reír de nuevo y, por mucho que quisiera ser yo quien hiciese reír a Colton, que casi siempre tiene el ceño fruncido, me alegro de que al menos sonría.

A caballo regalado, no le mires el dentado.

Los observo brindar con sus botellas de cerveza y suspiro profundamente, porque quiero que la tensión que hay entre Colton y yo desaparezca. Estoy segura de que es porque ambos estamos sexualmente frustrados. La necesidad y el deseo de tener la tentación a tu alcance y ser incapaz de apoderarte de

ella y devorarla es brutal en todos los sentidos.

Y sí, sus dedos más que habilidosos me aportaron una pequeña parte del desahogo que necesito hace un par de noches, pero no es lo mismo. Conectamos, pero no del todo, porque cuando Colton está dentro de mí, literalmente dilatándome hasta las profundidades de mi ser, también me siento totalmente llena en sentido figurado. Colton me completa, me posee y ha hecho que no desee a nadie más que no sea él.

Me siento más cerca de él ahora mismo, después de pasar tanto tiempo juntos, pero a la vez también noto la distancia. Y lo odio.

Trato de dejar de lamentarme y pienso en que las cosas podrían ser mucho peores. Me quito las zapatillas y me dirijo al balcón para respirar aire fresco. Camino entre las hamacas de Colton y Beckett y me siento en una, de cara a ellos.

A través de las gafas de sol, observo la escena que tengo ante mí y sé que no hay ninguna otra mujer en el mundo que no quisiera estar en mi lugar ahora mismo. Los dos hombres están relajados y llevan pantalones cortos anchos, gorras de béisbol y gafas de sol. Dejo que mis ojos divaguen con admiración por los músculos definidos de sus torsos desnudos y me aguanto la sonrisa que se me está a punto de escapar.

—Mira quién está aquí, es Florence Nightingale —dice Beckett con la lenta cadencia tan característica de su voz mientras se lleva la botella de cerveza a los labios.

—Bueno, creo que si fuera la señora Nightingale le estaría diciendo a mi paciente, el señor Donavan, que probablemente no tendría que estar bebiendo alcohol con todos esos analgésicos que se está tomando.

—Eres más bien una enfermera cutre —contesta Colton.

Ríe mientras me mira con sus ojos verdes ensombrecidos bajo la visera y me recorre las piernas con la mirada lascivamente. Se pasa la lengua por los labios y eso me dice que le gustaría hacer mucho más que mirar.

—Así que enfermera cutre, ¿eh? —pregunto mientras deslizo un pie por la espinilla de mi otra pierna y trato de no sentirme insultada.

—Sí —afirma, y aprieta los labios mientras continúa observándome por encima de su botella de cerveza—. Si me dieras lo que de verdad quiero, podría recuperarme mucho más rápido.

Arquea las cejas y la sugerencia que hay en sus ojos me devora.

—Joder —maldice Beckett—. Me paso la vida o bien intentando que os juntéis o poniendo un poco de distancia entre los dos.

—Ya me gustaría a mí juntarme de verdad con Rylee —comenta Colton con el mismo tono que utiliza Beckett.

Este último se ríe y pone los ojos en blanco.

—Ya lo creo, ya.

Colton rompe el contacto visual entre nosotros por primera vez y gira la cabeza para mirar a su mejor amigo de toda la vida.

—Te aseguro que cuando los doctores me den el visto bueno, nada se va a interponer entre Rylee y yo durante mucho tiempo, excepto quizá un cambio de sábanas.

Me pongo roja como un tomate al oír su comentario, pero mi cuerpo se tensa ante la promesa de sus palabras. Y no me importa que Beckett lo haya escuchado, porque solo logro centrarme en las palabras «durante mucho tiempo».

—Tomo nota —contesta Becks, y le da otro sorbo a su cerveza.

—Tengo que ir a mear —dice Colton y se levanta de la silla.

Tal y como he aprendido a hacer durante estos últimos días, me obligo a quedarme sentada cuando Colton pierde momentáneamente el equilibrio por el mareo que sé que acaba de asaltarle. Segundos después, parece que se ha recuperado lo bastante como para dejar su botella en la mesa que tiene al lado. Cuando está a pocos centímetros de la mesa, le falla la mano y la botella se cae al suelo.

Becks me mira durante unos instantes con preocupación en el rostro, pero enseguida se ríe y finge no haberse dado cuenta.

—¡Madre mía! —Ríe—. Creo que la enfermera cutre tiene algo de razón sobre lo de mezclar todos esos medicamentos con el alcohol.

—Vete a la mierda —responde, y entra en la casa—. ¡Solo por decir eso, me tomaré otra!

Observo a Colton entrar en la cocina y, cuando piensa que nadie lo está mirando, echa un vistazo a sus manos y trata de cerrar el puño antes de negar con la cabeza.

—¿Cómo está?

Me giro para mirar a Becks.

—Los dolores de cabeza ya no son tan constantes, pero está frustrado. Cada día se da cuenta de que hay algo de lo que no se acuerda. Y se siente atrapado. —Me encojo de hombros—. Y ya sabes cómo se pone cuando se siente así.

Beckett suspira profundamente y niega con la cabeza.

—Tiene que volver a subirse al coche lo antes posible.

Lo miro fijamente y me quedo boquiabierta.

—¿Qué?

La palabra se me escapa de los labios y me siento traicionada. Becks es su mejor amigo. ¿Es que él no quiere que Colton lleve una vida segura? ¿Que no se mate?

—Bueno, me has dicho que se siente atrapado... La pista de carreras es el único lugar en el que siempre se ha sentido libre —comenta Becks mirándome a los ojos—. Además, si no se sube a un coche pronto, dejará que el miedo que lo consume se le meta en la cabeza y lo paralizará cuando quiera volver a correr, y eso sí que lo pondrá en peligro.

Soy una persona inteligente, y quizá si no siguiera sorprendida por el primer comentario que ha hecho Beckett me interesaría escuchar lo que tiene que decirme, considerar la situación, pero no lo hago.

—¿De qué hablas? No ha dejado de quejarse de tener que volver a correr desde que regresó a casa.

Beckett se limita a reír y, aunque no es una risa condescendiente, siento que estoy entre la espada y la pared, por lo que aprieto los dientes cuando lo oigo.

—Claro. Tiene miedo, Ry. Está cagado. Si no pone su mano como excusa, será otra cosa... y tiene que superarlo. Si no lo hace, el miedo lo consumirá.

Pienso en los acontecimientos de la semana pasada. En las cosas que Colton dijo sobre las carreras, en las acciones que contradicen sus palabras. Y caigo en la cuenta de que Beckett tiene razón.

—¿Y qué pasa con mi miedo?

No logro esconder la desesperación que refleja mi voz.

—¿Crees que yo no tengo miedo? ¿Que será fácil para mí? —El tono mordaz con el que habla hace que me gire para mirarlo—. ¿Piensas que no reviviré una y otra vez aquellos segundos cuando lo vea subirse al coche?

¿Cuando salga disparado por la rampa? Joder, Ry, yo también estuve a punto de perderlo aquel día. No creas que será fácil para mí, porque no es así. Será extremadamente difícil, pero es lo mejor para Colton.

Beckett se levanta de la hamaca, se dirige hacia la barandilla y se apoya en ella.

—Hasta que llegaste tú, era lo único que le importaba. Lo único que lo mantenía cuerdo. —Suspira profundamente—. Es lo único que sabe hacer. —Da media vuelta y me observa a través de sus gafas de aviador—. Así que sí, necesita volver a correr, y pienso animarlo como nadie, pero no dejes que eso te haga pensar que el corazón no me latirá a toda velocidad cuando esté ahí fuera.

Lo sigo con los ojos mientras se pasea de un lado a otro del balcón para tranquilizarse y, luego, se dirige hacia mí antes de agarrar la cerveza y acabársela de un sorbo.

—Las carreras son un ochenta por ciento mentalidad y un veinte por ciento destreza, Rylee. Tenemos que hacer que vuelva al terreno de juego, que piense que está preparado y, entonces, lo estará.

Veo la lógica que hay detrás de ese razonamiento, pero eso no significa que no esté aterrada.

Levanto el rostro hacia los últimos rayos de sol antes de que desaparezcan y se escondan tras el horizonte. Tarareo «Collide», que está sonando bajito por los altavoces, mientras pienso en la conversación que he mantenido con Beckett y en cómo me sentiré cuando vea a Colton ponerse detrás de un volante de nuevo. Me pregunto si tendrá tanto miedo como yo.

—Eh, ¿qué haces aquí sola?

La voz ronca de Colton me devuelve a la realidad y, cuando abro los ojos, me lo encuentro mirándome tumbada en la hamaca. Una sensación de calidez me invade al ver la marca del cojín en su mejilla y no puedo evitar imaginarme a Colton de pequeño.

—¿Te has echado una buena siesta?

Me aparto un poco y se sienta a mi lado, pero no le dejo mucho espacio y

me acurruco junto a él.

Me envuelve entre sus brazos y me acerca a su cuerpo.

—Sí. He dormido como un tronco. —Ríe y me besa en la coronilla—. Pero ya no me duele la cabeza, así que estoy bien.

—No me imagino por qué te dolería la cabeza con la cantidad de cerveza que os habéis bebido.

—Listilla.

—Prefiero ser una listilla que un burro.

—Vaya, estás un poco juguetona hoy, ¿no? —comenta mientras me hace cosquillas en los costados—. Ya sabes cómo me pongo cuando estás juguetona, y la verdad es que me vendría muy bien ahora mismo.

Me libro de su abrazo.

—Buen intento, pero seguramente tendremos que esperar unos días más, y después seré todo lo juguetona que quieras —afirmo, y arqueo las cejas cuando me acaricia la espalda con las puntas de los dedos.

—No prometas cosas así a un hombre tan desesperado como yo si no vas a cumplirlas, cariño.

—No te preocupes, As —añado, y me acurruco junto a él de nuevo—. Cumpliré con la promesa con creces mientras sepa que estarás bien.

Colton no dice nada y se limita a murmurar una evasiva. Nos quedamos envueltos en un silencio cómodo durante un rato, y lo agradezco, porque es la primera vez en estos últimos días que no hay una tensión inexplicable entre nosotros. A medida que cae la noche y las olas del mar se oscurecen, empiezo a pensar en la conversación que he mantenido con Becks. Me urge la necesidad de preguntarle a Colton qué piensa al respecto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Mmm —murmura contra mi cabeza.

Dudo al principio, porque no quiero sacar un tema para el que aún no esté preparado, pero pregunto de todos modos:

—¿Tienes miedo de volver a las carreras? ¿De correr de nuevo?

Las palabras se me escapan de los labios y me pregunto si ha percibido la inquietud subyacente que refleja mi tono de voz.

Detiene un momento la mano con la que me acariciaba la espalda y sé que he tocado algo de lo que le cuesta hablar o incluso admitir. Suspira en medio

del silencio que le he concedido.

—Me resulta difícil de explicar —dice antes de girarse para ponerse de lado y mirarme a los ojos. Niega con la cabeza sutilmente y continúa hablando —: Es como si lo temiera y lo necesitara a la vez. Es el único modo en que puedo expresarlo.

Percibo su inquietud, así que hago lo que se me da mejor: lo tranquilizo.

—Lo has conseguido conmigo.

Veo confusión en sus ojos.

—¿A qué te refieres?

No tenía ninguna intención de acabar hablando de este tema, de hacerlo sentir incómodo al hablar del «nosotros» que existía antes del accidente. El «nosotros» por el que él conducía y del que no se acuerda. Le coloco la mano en la mejilla, cubierta de barba incipiente, y me aseguro de que esté centrado en mí antes de hablar.

—Me temías, pero también me necesitabas...

Dejo la frase en el aire.

Colton toma aire profundamente y un millar de emociones se reflejan en sus ojos. Aprieta los labios momentáneamente. El silencio mezclado con la intensidad que hay en su mirada me pone de los nervios. Oigo cómo se le entrecorta la respiración, el sonido del mar, los latidos de mi corazón, y, aun así, Colton se queda callado. Aparta la mirada y me preparo. No estoy segura de para qué. Pero cuando me mira de nuevo, esboza una sonrisa astuta lentamente y asiente en modo de aceptación.

—Tienes razón, sí que te necesito.

Una parte de mí se siente aliviada de que por fin reconozca nuestra conexión. De que la acepte. Y no me importa que no me diga que me conduce, porque esto, el hecho de que me necesite, es más de lo que podría haber esperado.

Levanta la mano, la coloca en mi mejilla con delicadeza y me acaricia el labio. Se inclina hacia mí, posa los labios sobre los míos con la ternura de un susurro y, después, me besa la punta de la nariz. Cuando se aparta, veo la sonrisa pícaro en su rostro.

—Ahora me toca a mí.

—¿A ti? —pregunto mientras sus dedos juegan con los botones de mi

camisa.

—Sí. Es la hora de las preguntas y las respuestas, Ryles, y ahora te toca a ti sudar con mi interrogatorio.

—A mí me gustaría que me hicieras sudar de otra manera —contesto, y Colton me responde con una sonrisa sensual que atrae a todas mis hormonas como si fuera un imán.

—Cuidado, cielo, porque tengo los huevos morados y lo único que quiero es enterrarme en la línea de meta que hay entre tus piernas.

Mientras habla, se inclina lo bastante cerca como para besarme, pero no lo hace. Dulce tortura. Cuando habla de nuevo, su aliento me hace cosquillas en los labios.

—Será mejor que no pongas mi fuerza de voluntad a prueba.

Todas las partes de mi cuerpo lo desean y lo necesitan, pero Colton me demuestra que todavía le queda una pizca de autocontrol cuando suelta una carcajada.

—Me toca. ¿Por qué no has visto a los chicos aún?

De entre todas las preguntas que podría haberme hecho, no me esperaba esta. Se me debe de haber quedado una cara de sorpresa, porque tiene razón. Me muerdo de ganas de ver a los chicos, pero no sé cómo hacerlo sin llevar un circo conmigo. Un circo que sus frágiles vidas no necesitan ni podrían soportar.

—Tú me necesitas más ahora mismo.

No quiero explicarle la verdadera razón para que no tenga que preocuparse de nada más que no sea recuperarse.

—Eso es una chorrada, Ry. Soy mayorcito, puedo estar solo por las noches. No me va a pasar nada.

Pero ¿y si le pasa algo? ¿Qué pasa si me necesita, pero no hay nadie aquí y sucede algo horrible?

—Ya, es que... —Dejo la frase inacabada. Necesito decirlo y, a la vez, no quiero ofenderlo—. No quiero que tu mundo colisione con el de ellos. No necesitan que les planten cámaras en las caras y que les recuerden que son huérfanos, que nadie los quería, ni ninguna de las consecuencias que aquello acarrearía.

—Ry, mírame —me pide, y me levanta la barbilla para que lo mire a los

ojos—. No quiero que la locura de mi vida, la prensa o lo que sea se interponga entre tú y los chicos. Son lo más importante y entiendo eso a la perfección.

Después de decirme que me necesita y de esta declaración, juraría que podría haber ganado la lotería y no me habría importado lo más mínimo, porque esas dos cosas me han convertido en la persona más rica del mundo. «Me entiende de verdad», pienso. Comprende que mis chicos son lo que me hacen ser quien soy y que si quiere estar conmigo, tiene que quererlos. Beckett dice que soy el salvavidas de Colton, pero creo que acaba de quedar demostrado que es algo mutuo.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta y contengo las lágrimas que amenazan con salir disparadas mientras continúa mirándome y se asegura de que lo escucho. Murmuro, de acuerdo con él, con la voz llena de emoción.

—Ya se me ocurrirá algo —asegura, y se inclina hacia delante para besarme—. Me aseguraré de que veas a los chicos sin ningún tipo de problemas, ¿de acuerdo?

Asiento y me acerco a él mientras se me pasan mil preguntas por la cabeza y, entonces, recuerdo una que quería hacerle.

—Me toca —anuncio.

Deseo y temo la respuesta de esta pregunta.

—Dime.

—Aquella primera noche... —Hago una pausa, sin saber muy bien cómo preguntarlo. Decido tirarme de cabeza a la piscina y espero haberlo hecho en la parte profunda—. ¿Qué hacías con Bailey en aquel cuarto antes de encontrarme?

Colton estalla en risas y suelta una palabrota, y creo que mi pregunta lo ha sorprendido bastante.

—¿De verdad quieres saberlo?

¿Quiero saberlo? Ahora no estoy segura. Asiento y cierro los ojos para prepararme para la explicación que va a ofrecerme.

—Fui al *backstage* porque Becks me había llamado al móvil. —Ríe—. Joder, en cuanto colgué, se me tiró encima como una víbora. Me quitó la chaqueta, se desabrochó la parte de delante del vestido y me comió la boca...

Deja la frase suspendida en el aire mientras trato de no reaccionar a las palabras, pero sé que siento que se me tensa el cuerpo, porque me besa la cabeza para tranquilizarme.

—Créeme, Rylee, no fue lo que pareció.

—¿De verdad? ¿Desde cuándo el infame donjuán, Colton Donavan, ha rechazado a una mujer dispuesta? —No puedo ocultar el sarcasmo que hay en mi voz. Y por mucho que haya sido yo quien ha hecho la pregunta, me duele escuchar la respuesta—. Además, pensaba que te gustaban las mujeres que tomaban el control.

Ríe de nuevo.

—No tienes nada de lo que estar celosa, cariño... Aunque admito que me pone bastante que seas así. —Le clavo el dedo en el brazo, contenta de que esté tratando de quitarle hierro al asunto, y en lugar de apartarse, me abraza con más fuerza—. Y solo he dejado que una mujer tomara el control porque es la única que de verdad me ha importado.

Frunzo el ceño y mi corazón salta de alegría cuando hace el comentario, pero me pregunto si solo lo ha dicho para quedar bien. El cinismo gana.

—*Puf* —suelto—. Si no recuerdo mal, te oí decir «¡Oh, Dios mío!», y no «Aléjate de mí».

El cuerpo de Colton vibra cuando ríe de aquel modo que me encanta.

—Para que te lo imagines, fue como si te devoraran unas pirañas con unos dientes muy poco afilados. —No puedo evitar romper a reír y niego con la cabeza—. No, de verdad —insiste—. En cuanto pude salir a la superficie para respirar, fue lo primero que dije, porque aquella mujer besaba como si fuera un puto bulldog. —No puedo dejar de reír ahora y mis celos se convierten en alivio—. Y lo más gracioso es que en aquel momento me llamó mi madre para ver cómo iban las cosas y, sin saberlo, me rescató de sus garras.

—¿Te refieres a que te rescató de su coño vudú?

—Joder, no. —Ríe—. Tú, cariño. Tú eres mi coño vudú. ¿Bailey? Ella es más bien un coño piraña.

Nos reímos durante unos minutos más a medida que sus analogías se vuelven más y más graciosas y, entonces, dice:

—Así que... —Me desliza un dedo por el brazo y suelta pequeñas descargas eléctricas allí donde toca—. ¿As?

Esperaba a que me lo preguntara. Me separo de él y niego con la cabeza.

—¿Vas a desperdiciar tu turno en una pregunta así? Te vas a decepcionar bastante. —Aprieto los labios y lo miro—. ¿No quieres saber otra cosa?

—Deja de intentar retrasarlo, Thomas.

Me clava los dedos en las costillas y me encojo para tratar de deshacerme de ellos.

—Para —le pido mientras me retuerzo—. ¡Vale, vale! —Levanto las manos, se detiene y le doy un empujoncito en los hombros—. ¡Tirano! —Me hace cosquillas de nuevo por si acaso y, entonces, gruñe mientras intento explicárselo—. Haddie tiene una afición ridícula con los chicos rebeldes.

Me detengo a media frase y Colton arquea las cejas.

—Dijo la sartén al cazo, ¿no?

Me percató de que intenta contener la sonrisa.

—Ya te dije aquella noche en la feria que no salgo con chicos malos.

—Y, sin embargo, aquí estoy yo.

No me resisto a la risa que se me escapa, porque la sonrisa maliciosa y fanfarrona que esboza Colton le ilumina la cara y los ojos y me roba el corazón una vez más.

—Desde luego, pero tú eres la excepción a la regla —contesto con una sonrisa.

—Y tú la mía —afirma, y pienso en lo fácil que parece para él decir estas cosas ahora, cuando hace un mes habría sido algo totalmente impensable.

Se inclina hacia delante, me besa con delicadeza y me separa los labios con la lengua para probarme y tentarme. Gimo, insatisfecha, cuando se aparta.

—Ahora respóndeme, mujer. ¿As? —pregunta con las cejas arqueadas.

—De acuerdo —cedo, aunque sigo distraída debido a la proximidad de sus labios y a lo mucho que anhelo probarlos de nuevo, a pesar de que los míos permanezcan cálidos—. Como te he dicho, a Haddie le gustan los hombres con tatuajes destinados a romperle el corazón. Algunos son buenos para ella, pero la mayoría no. Max y yo siempre nos reíamos de la cantidad de rebeldes con los que se rodeaba. En la universidad, salió con un chico que se llamaba Stone.

Me limito a asentir cuando Colton niega con la cabeza y le aseguro que me ha escuchado bien.

—Sí, se llamaba Stone. Bueno, resulta que era un gilipollas, pero Haddie estaba encaprichada con él. Un día la dejó tirada para irse con sus amigos, así que nos sentamos con una botella de tequila y un montón de chocolate y le dije que se había liado con el «as de los gilipollas». Una cosa llevó a otro chupito y, después, a más. —Me río al recordarlo—. Y, unos cuantos chupitos después, decidimos darle un significado a «As». Pensábamos que éramos muy ingeniosas con nuestras propuestas y cuando dimos con el significado perfecto para Stone, no podíamos dejar de reír. Unas horas más tarde, cuando Stone regresó de estar con sus amigos y se presentó en nuestra puerta, Haddie la abrió y le dijo «¡Hola, As!», y se le quedó el mote. Él pensaba que Haddie se refería a que era un as en la cama, cuando en realidad estaba diciéndole que era un arrogante y un sinvergüenza. —Mi mirada se cruza con la de Colton cuando por fin le cuento lo que quería saber—. Y, desde entonces, cada vez que salía con un chico como Stone, lo llamábamos «As».

Se queda mirándome durante un segundo antes de asentir ligeramente.

—*Mmm...*

Es lo único que dice, con una expresión estoica y seria en el rostro. Me muerdo el labio inferior mientras espero y, después, veo que esboza una sonrisa.

—Sigo pensando que fue un encuentro casual, pero supongo que me gané aquel título la primera noche que nos conocimos —añade.

Río.

—*Mmm*, sí, se podría decir que sí.

—No hagas leña del árbol caído.

Pone cara de pena y me inclino para darle un beso.

—Oh, pobrecito.

—Sí, y solo porque te doy pena tienes que dejarme hacerte otra pregunta. ¿Qué otro recuerdo he olvidado y no me has contado?

Juraría que el corazón me da un vuelco y se me detiene. Trato de no flaquear. Intento no dar un paso en falso, porque eso pondría en evidencia que sé algo que él no sabe.

—Buen intento, As —bromeo.

Trago saliva con fuerza y caigo en la cuenta de que, llegados a este punto, la distracción es clave.

Me inclino hacia delante y le doy besitos por el cuello y el pecho, e, instantáneamente, sé lo que quiero preguntarle. Probablemente no debería hacerlo, porque sé que es un tema tabú. En realidad, quiero preguntarle por qué le da cuatro golpecitos al capó del coche, pero se me escapa otra pregunta de los labios antes de que pueda evitarlo:

—¿Qué significan tus tatuajes? —Se le corta la respiración durante unos segundos y levanto la vista para mirarlo a los ojos—. Bueno, sé lo que representan los símbolos, pero ¿qué significan para ti?

Me mira fijamente con desconcierto en la mirada y una sonrisa llena de incertidumbre.

—Ry...

Mi nombre es un suspiro en sus labios cuando trata de encontrar las palabras para expresar las emociones conflictivas que reflejan sus ojos.

—¿Por qué te los hiciste? —digo, pensando que quizá si reformulo la pregunta su miedo se desvanecerá.

—Supuse que ya estaba marcado para siempre por dentro y tenía que vivir con ello cada día, como un recordatorio constante que nunca desaparece, por lo que no me importó marcarme por fuera también. —Aparta la mirada, suspira y mira hacia el mar—. Quería mostrar a todo el mundo que a veces lo que crees que es un paquete perfecto solo está lleno de mercancía dañada e irreparable.

Se le quiebra la voz cuando acaba la frase y se me encoge el corazón. Sus palabras son como ácido que me consume el alma.

No puedo soportar la tristeza que lo invade, así que tomo las riendas. Quiero que vea que lo que sea que signifiquen sus tatuajes, no me importa. Deseo mostrarle que solo él puede tomar lo que considera una desfiguración invisible y convertirla en arte hermoso y visible. Quiero explicarle que las heridas que lleva por dentro y por fuera no tienen significado, porque el hombre que las lleva, a quien pertenecen, es lo importante. Es el hombre del que me he enamorado.

Y no estoy segura de cómo mostrarle eso, así que me dejo llevar por mis instintos y le toco el brazo para que lo levante. Me inclino hacia delante poco a poco y beso el tatuaje del símbolo celta que significa «adversidad». Siento cómo le vibra el pecho bajo mis labios mientras trata de controlar la oleada de emociones que lo asaltan. Me muevo todavía más despacio y le beso el

siguiente, «aceptación».

La noción de que una persona tiene que cicatrizar permanentemente para aceptar horrores que ni siquiera logro imaginarme me golpea. Presiono mis labios contra el artístico recordatorio y cierro los ojos para que no me vea llorar. Para que no piense que es porque me da pena. Pero, entonces, cambio de opinión y quiero que vea mis lágrimas. Quiero que sepa que su dolor es mi dolor. Que su vergüenza es mi vergüenza. Que su adversidad es mi adversidad. Que sus dificultades también son las mías.

Que ya no tiene que luchar solo, que no tiene que dejar que su alma y su cuerpo sufran en silencio.

Cuando levanto los labios del símbolo de «aceptación» y los coloco sobre el de «curación», lo miro a través de las lágrimas que empañan mis ojos. Nuestras miradas se cruzan y trato de transmitirle todo mi amor en esta conversación visual.

«Te acepto», le digo.

«A todo tu ser».

Las partes rotas.

Las dobladas.

Las que están llenas de humillación.

Las fisuras por donde se entrevé la esperanza.

El niño pequeño que se encogía de miedo y el hombre que sigue atormentándose incluso en sus sueños.

Los demonios que te persiguen.

Tu determinación por sobrevivir.

Y tu espíritu luchador.

Amo todas las partes de ti.

Lo que acepto.

Lo que quiero ayudar a sanar.

Ninguno de los dos respira durante este intercambio de emociones silencioso, pero siento cómo los muros del corazón que late bajo mis labios se derrumban. Las puertas que antes lo protegían ahora se abren de par en par para dejar paso a la esperanza y al amor. Las paredes se desmoronan para dejar que otra persona entre por primera vez.

El impacto del momento hace que las lágrimas me resbalen por las

mejillas. La sal que me empapa los labios, su aroma y el trueno en el que se ha convertido su corazón me rompe por dentro y me recompone de mil maneras distintas.

Cierra los ojos con fuerza para reprimir las ganas de llorar y, antes de abrirlos, me agarra y tira de mí para que estemos cara a cara y nos miremos fijamente a los ojos. Tensa la mandíbula y veo cómo lucha por verbalizar los sentimientos que reflejan su mirada. Nos quedamos así durante unos minutos y le concedo el espacio que necesita.

—Yo... —empieza a decir, pero se queda a medias. Mira hacia abajo y, después, levanta la vista para observarme—. Aún no estoy preparado para hablar de ello. Es demasiado, y por mucho que lo tenga claro en mi mente, en mi alma y en mis pesadillas, solo de pensar en decirlo en voz alta...

Se me rompe el corazón. Se me hace añicos a causa de los recuerdos que hacen que sus preciosos ojos adquieran esa mirada perdida, compungida y humillada. Le coloco la mano en la mandíbula y trato de suavizar el dolor atrapado en las líneas de expresión de su rostro.

—*Shhh*, no pasa nada, Colton. No tienes que contarme todo. —Me inclino hacia delante y le beso la punta de la nariz. Me devuelve el beso y apoyo la frente en la suya—. Solo quiero que sepas que estoy aquí por si algún día quieres hacerlo.

Deja escapar un suspiro tembloroso y me abraza con firmeza para que me sienta más segura, cuando en realidad debería abrazarlo yo.

—Lo sé —susurra en el oscuro atardecer—. Lo sé.

Y me doy cuenta de que ha dejado que le bese todos los tatuajes y que expresara amor por todos los símbolos que forman parte de su vida, excepto por el que significa «venganza».

Capítulo 16

Colton

— ¡Hijo de puta!

¿Dónde cojones estoy? Me despierto de golpe y me siento. El corazón me late desbocado, la cabeza me martillea y me he quedado sin aliento. El sudor me recubre la piel y trato de centrarme en las imágenes confusas que flotan en mis sueños y que después se estrellan. Recuerdos que desaparecen como si fueran putos fantasmas en cuanto me despierto y el único rastro que dejan es un sabor agrio en mi boca.

Sí, ambos —las pesadillas y yo— nos conocemos bien. Demasiado bien.

Echo un vistazo al reloj. Solo son las siete y media de la mañana y ya necesito una copa; no, espera, más bien una botella entera para lidiar con estos malditos sueños que acabarán matándome. Qué irónico. Los recuerdos de un accidente del que no me acuerdo me matarán al intentar recordarlo.

Estoy bien jodido.

Suelto una carcajada y los golpes de la cola de Baxter en el cojín que tengo al lado de la cama me responden. Le doy una palmadita al colchón para que se suba y, después de acariciarlo durante un rato, lo convenzo para que se tumbe. Ríe mientras me lame.

Me estiro de nuevo y cierro los ojos mientras trato de recordar qué coño estaba soñando, qué lagunas de mi mente puedo recuperar. Pero no consigo nada.

¡Dios mío! Dame una maldita pista o algo.

Baxter gruñe. Abro los ojos y lo miro, esperando encontrarme con los suyos, suplicantes, para que le preste atención. Pero no, no es eso. No puedo evitar echarme a reír de nuevo.

Maldito Baxter. Será el mejor amigo del hombre y todo eso, pero también te hace reír cuando más lo necesitas.

—¿En serio, tío? Si yo pudiese lamirme así, no necesitaría a una mujer.

Mis palabras ni siquiera le afectan mientras termina de limpiarse. Después de unos segundos, Baxter se detiene y me mira con la cabeza inclinada hacia un lado y la lengua fuera.

—No me mires así, cabrón. Puede que creas que eres el puto amo ahora con toda esa flexibilidad, pero, tío, tú también te aguantarías para disfrutar del coño de Ry. Es vudú del bueno, Bax.

Le rasco la coronilla mientras niego con la cabeza.

¿Estoy tan desesperado que estoy hablando de sexo con mi perro? ¿Y el doctor dijo que no me he vuelto loco? Joder, quizá es él quien está mal de la cabeza.

Baxter se levanta y salta de la cama.

—Ya lo pillo, me usas y luego me dejas —digo, y me acuerdo de las palabras que Rylee me dijo la primera noche que nos conocimos: «Follar y, si nos hemos visto, no me acuerdo».

Maldita Rylee. Es pura clase, preciosa, con una boca atrevida y una actitud desafiante. ¿Cómo coño hemos llegado desde aquel momento hasta aquí?

La vida es una puta serie de momentos. Algunos de ellos inesperados. Pero la mayoría no. Y muy pocos son irrelevantes. Nunca habría esperado que un beso robado me llevara a esto. A Rylee y a mí.

A banderas a cuadros y eso.

Suspiro, y como siento que el dolor de cabeza empieza a apoderarse de mí, me giro y agarro los analgésicos de la mesilla de noche. De repente, es como si una luz blanca explotara en mi cabeza y un recuerdo súbito de la reunión de pilotos me golpea, pero desaparece antes de que logre verlo con claridad.

—¡Joder!

Me levanto de golpe de la cama; estoy menos mareado que ayer. Y que

antes de ayer. Estoy inquieto mientras me obligo a recordar lo que acabo de vislumbrar. Camino de un lado a otro de la habitación, pero mi mente no logra recuperar nada. Estoy frustrado, me siento atrapado y turbado.

Más jodido que otra cosa.

No me siento como si fuera yo. Y ahora mismo necesito eso más que nada. Ser yo. Tener el control. Estar en forma.

Seguir siendo Colton Donavan, joder.

—¡Ahhh! —grito, porque es justamente lo que necesito ahora mismo. Lo que me ayudará a encontrar de nuevo al

Colton que necesito ser.

Puede que esté paseándome delante de la ventana de mi habitación, pero tengo la polla dura y los huevos tan azules que me convertiré en el puto papá pitufo si el doctor no me da su visto bueno pronto.

Placer para enterrar el dolor, mis huevos. Cuando no puedes acceder al placer, ¿qué coño haces con el dolor?

Dormir al lado de la única mujer que jamás he deseado es la peor y la más dulce tortura. No puedo soportar ni un solo día más así. Aunque me duele como nunca antes, solo el hecho de pensar en ella hace que me agarre la polla para asegurarme de que no se me ha marchitado ni se me ha caído por falta de uso.

Sí, sigue ahí.

Y, entonces, me vibra la mano. Me tiembla tanto que los dedos ya no pueden ni agarrar la polla.

¡Me cago en la puta! Estoy temblando de frustración ahora mismo. Hacia mí; hacia Jameson, por chocar conmigo; ¡y hacia el mundo en general! Este confinamiento me está ahogando. ¡Me está volviendo loco! ¡Estoy perdiendo la cabeza!

Agarro el cojín que está a mi lado en el sofá, lo lanzo contra la pared de cristal que tengo delante de mí y cae encima de una silla.

—¡Joder!

Cierro los ojos con fuerza y, de repente, siento como si los pocos recuerdos que tengo se ampliaran y colisionaran a toda velocidad contra las paredes de mi mente. El *flash* de luz blanca regresa, vengativo, me paraliza y me deja helado.

«Va, va, va. Vamos, un, dos, tres. Vamos, cariño. Va, va, va».

«Demasiado rápido».

«¡Joder!».

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

Abro los ojos de golpe y los recuerdos que había perdido regresan con claridad y a todo color.

Se me revuelve el estómago cuando los recuerdos olvidados me invaden. El miedo me estrangula mientras trato de ordenar los instantes del accidente a partir de las lagunas que tengo.

El ataque de ansiedad se apodera de mí por completo y no puedo deshacerme de él. Me mareo y siento vértigo, náuseas y miedo. Las cuatro cosas se mezclan como si fueran un cóctel que me muero de ganas de beber ahora mismo, porque estoy temblando a causa de los recuerdos que mi memoria ha decidido devolverme.

Me siento como si estuviera en una montaña rusa, en mitad de la caída libre mientras lucho por tomar aire.

«Enfréntate a la situación, Donovan. ¡Deja de ser tan nenaza!». Ahora mismo solo quiero estar con Rylee, y ni siquiera puedo estar con ella como quiero. Así que me balanceo hacia delante y hacia atrás como un maldito gallina para evitar llamarla en el primer día entero que ha pasado con los chicos.

Joder, la necesito, especialmente porque ahora lo pillo. Ahora la entiendo. Comprendo la claustrofobia que la paraliza, porque ahora mismo no soy capaz de funcionar. Lo único que puedo hacer es quedarme tumbado en el suelo mientras mi visión se vuelve borrosa, la habitación da vueltas y me martillea la cabeza.

Y, en un momento de lucidez en medio del pánico demoledor, mi mente cae en la cuenta de que, si antes ya no me sentía como yo mismo, ahora, indudablemente, odio esta versión miedica y jodida que se derrumba como un gilipollas por culpa de unos cuantos recuerdos.

Cierro los ojos mientras mi mente atraviesa la niebla en la que está sumida.

«Si está escrito en las cartas...».

Más recuerdos me vienen a la mente, pero no puedo acceder a ellos u

observarlos lo bastante como para apoderarme de ellos.

«Por fin han llegado tus superhéroes...».

Entierro los recuerdos para que regresen a la oscuridad. Me siento tan inútil ahora mismo... Por mucho que trate de recuperar mis recuerdos, no estoy seguro de poder soportarlos. Siempre he sido la clase de chico que ha ido a por todas, pero ahora necesito tomármelo con calma. Tengo que gatear antes de aprender a andar y toda esa mierda.

Cierro los ojos para que la habitación deje de dar vueltas.

¡Bum!

Otro recuerdo me golpea de repente. Hace cinco minutos no me acordaba de nada y, ahora, no puedo olvidarlo. Retiro lo de que tengo el corazón doblado y roto; estoy hecho putas trizas.

«Respira, Donavan. Respira, joder».

¡Bum!

«Estoy vivo. De una sola pieza. Presente».

¡Bum!

Respiro profundamente durante unos segundos mientras el sudor que me resbala por el cuerpo mancha la moqueta. Me esfuerzo por sentarme, por unir las partes de mí que se han desperdigado por todos lados, pero no lo consigo, porque voy a necesitar mucho más para volver a ser yo.

Y, de repente, sé lo que tengo que hacer. Me pongo en marcha. Si fuera una persona más coherente, me reiría al verme andando con el culo al aire para agarrar el mando del televisor. Qué bajo he caído.

Pero no me importa una mierda porque estoy desesperado.

Por encontrarme a mí mismo de nuevo.

Por controlar el único miedo del que puedo tomar las riendas.

Por enfrentarme a mis recuerdos y arrebatárles el poder que tienen sobre mí.

Por dejar de ser la víctima.

Para siempre.

Cojo el mando con más esfuerzo de lo que normalmente me supone correr mis habituales ocho kilómetros, y eso que solo me he arrastrado tres metros. Estoy tan débil en tantos sentidos que ni siquiera podría contarlos todos. Me falta el aliento y la cabeza me martillea de nuevo. Vuelvo a la cama, me siento

y apoyo la espalda contra el cabecero.

Porque ha llegado el momento de enfrentarme a uno de los dos miedos que dominan mis sueños.

Apunto con el mando a la televisión, presiono el botón y la enciendo. Tardo un minuto en centrarme, ya que a mis ojos les cuesta enfocar la imagen. Me tiemblan los dedos, como si fueran de gelatina, y necesito varios intentos para pulsar los botones adecuados y encontrar la grabación.

Necesito aferrarme a todo lo que tengo y soy para contemplar cómo el coche sale disparado por los aires.

Para no apartar la vista cuando el coche de Jameson choca contra el mío, como si encendiera la mecha corta de un espectáculo de fuegos artificiales.

Para acordarme de respirar cuando el coche y yo salimos volando y el aire se llena de humo.

Para no estremecerme ante el sonido y la escena de mi cuerpo estampándose contra la valla de contención.

Para ver cómo el coche se hace añicos.

Cómo se desintegra a mi alrededor.

Da vueltas de campana como si fuera un coche de juguete que cae por las escaleras.

Y solo me permito apartar la vista para vomitar.

Capítulo 17

Un sentimiento de expectación y felicidad danza en mi interior mientras conduzco por la carretera bañada por el sol de camino a casa de Colton, el lugar que ha sido mi hogar durante esta última semana. Ha sido un pequeño gesto que ha supuesto un paso monumental en nuestra relación.

Es solo por necesidad. No porque quiera que me quede con él durante un cierto período de tiempo, ¿verdad?

Mi corazón se ha vuelto más ligero después de haber pasado mis primeras veinticuatro horas con los chicos. No puedo evitar sonreír cuando me acuerdo del sacrificio que ha hecho Colton para que saliese de su casa y llegase a la mía sin que me siguiera un séquito de *paparazzi*. Escondida detrás del volante del Range Rover y de las ventanas tintadas, Colton abrió la verja de la entrada, se dirigió al frenesí mediático y atrajo la atención de los periodistas. Y mientras los buitres se echaban sobre él, salí por la otra entrada y me marché sin que nadie me siguiera.

«La anticipación tiene consecuencias». No dejo de pensar en aquella frase mientras una ristra de posibilidades emergen de las cuatro palabras del mensaje que me ha enviado Colton antes. Y cuando traté de llamarlo para preguntarle a qué se refería, me saltó el contestador y me llegó otro mensaje: «No preguntes. Ahora yo tengo el control. Nos vemos cuando salgas de trabajar».

La mera idea de que no me permita hablar con él después de haber estado a su lado básicamente las veinticuatro horas del día durante tres semanas me ha creado una gran anticipación. Pero la pregunta sigue en pie. ¿Qué se supone que tengo que anticipar exactamente? Por mucho que mi cuerpo ya se haya

decidido y vibre porque sabe cuál es la respuesta, mi mente trata de prepararme para otra cosa. Tengo miedo de que si pienso que el doctor le ha dado el visto bueno y resulta no ser así, estaré tan necesitada y llena de deseo que tomaré lo que quiero con desesperación aunque no sea seguro para él.

No puedo evitar sonreír, satisfecha ante la idea de lo que esta noche quizá depare, de la felicidad que me aportará sentir al otro hombre de mi vida. La calurosa bienvenida de los chicos hizo que me sintiera como una estrella de *rock*. Los había echado mucho de menos, y fue muy reconfortante oír a Ricky y a Kyle discutir sobre quién de los dos era el mejor jugador de béisbol, el dulce sonido de la voz de Zander cada vez que soltaba un comentario esporádico, escuchar a Shane hablar sobre Sophia y sobre cuándo se recuperaría Colton para que le enseñara a conducir. Hubieron abrazos y afirmaciones de que Colton es una buena persona y de que todos los titulares de los periódicos que decían lo contrario no eran verdad.

Subo el volumen de la radio cuando suena «What I Need» y empiezo a cantar en voz alta mientras la letra me sube el ánimo, si es que eso es posible. Miro por encima del hombro para cambiar de carril y me percató por tercera vez de que tengo un sedán de color azul detrás de mí. Quizá no he logrado escapar de los *paparazzi*, a fin de cuentas. O puede que sea uno de los chicos de Sammy para asegurarse de que he llegado bien a casa. Sea lo que sea, me pone nerviosa.

Empiezo a sentirme paranoica y agarro el teléfono para llamar a Colton y preguntarle si Sammy ha enviado a alguien de seguridad para que me siga. Estiro el brazo hacia el asiento del copiloto y golpeo todos los regalos que los chicos le han hecho a Colton. Es entonces cuando me doy cuenta de que, al meter las cosas en el maletero, dejé el móvil ahí y olvidé cogerlo de nuevo.

Miro por el espejo retrovisor una vez más y trato de deshacerme del sentimiento que me consume, que hace que me preocupe cuando veo el coche a unos metros detrás de mí otra vez, y me obligo a concentrarme en la carretera. Me digo que solo es un fotógrafo desesperado. No es para tanto.

Esto es el territorio de Colton, algo a lo que no estoy acostumbrada para nada. Suspiro profundamente mientras avanzo por la costa y me dirijo a Broadbeach Road.

No debería sorprenderme que los *paparazzi* sigan obstruyendo la calle de la casa de Colton. No debería fruncir el ceño por tener que recorrerla cuando

se me echan encima al percatarse de que llevo su coche. No debería mirar por el espejo retrovisor de nuevo cuando presiono el botón para que se abra la verja y veo el sedán aparcado en la acera de enfrente. No debería advertir que la persona que está dentro del coche no sale ni saca la cámara para hacer la foto por la que lleva un rato persiguiéndome. No obstante, cuando conduces mientras mil *flashes* te ciegan, es difícil concentrarse en otra cosa.

Suspiro a medida que la verja se cierra y aparco. Salgo del coche con las manos temblorosas y me pregunto cómo es posible que alguien se acostumbre a vivir rodeado del caos frenético de los medios de comunicación cuando los oigo exclamar mi nombre una y otra vez. Levanto la vista hacia donde Sammy está de pie, justo al otro lado de la verja, y asiente cuando me ve. Hago el ademán de preguntarle si ha asignado a alguien para que me siga, pero, de repente, me acuerdo del mensaje de Colton.

«La anticipación tiene consecuencias».

El cuerpo se me tensa y se me retuerce, y tengo los nervios a flor de piel solo de pensar que el hombre que amo está en la casa que hay ante mí. Abro el maletero, agarro el bolso y decido que ya volveré después a coger el resto de cosas. Me apresuro en llegar a la puerta, meto la llave y la abro en cuestión de segundos. Cuando la cierro, la cacofonía de fuera enmudece. Apoyo la espalda contra la madera y siento que acabo de refugiarme del resto del mundo en este pedacito de cielo, literal y metafóricamente hablando.

Ahora estoy con Colton.

—¿Día duro?

Casi doy un bote. Colton sale de una habitación que está sumida en las sombras y necesito todas mis fuerzas para recordarme a mí misma que debo respirar cuando se apoya contra la pared que tiene detrás. Recorro su definido cuerpo con los ojos, toda su masculinidad pura, y observo que solo lleva unos pantalones cortos anchos de color rojo. Mi mirada deambula por su pecho y por los recordatorios de tinta hasta llegar a su ligera sonrisa, y cuando nuestros ojos se encuentran, percibo la chispa que brilla en los suyos antes de que la dinamita explote.

Y de una respiración a la siguiente, precedida por un gruñido carnal, se me tira encima. Nuestros cuerpos colisionan y me presiona contra la puerta mientras su boca hace mucho más que besarme. Me toma, me reclama y me marca con una necesidad desmesurada y un abandono total. Inmediatamente, le

agarro el pelo. Una de sus manos hace lo mismo y, con la otra, me sujeta con fuerza y me clava los dedos en la cadera. Mis pechos se amoldan a la firmeza de su torso y la calidez de su piel tira más leña al fuego que arde en mi interior.

Una llama de anhelo explota dentro de mí con tanta intensidad que creo que nunca lograré saciarla.

Nos movemos en una serie de reacciones fervientes. Me agarra del pelo para tener la boca a merced de sus diestros labios. Su lengua es insistente, me tienta y parece que sea la de un hombre que está a punto de disfrutar de su última cena, la de un hombre que ha dejado atrás cualquier tipo de reservas y se ha entregado por completo al pecado de la gula.

Le recorro el estómago con las manos mientras resuella antes de agarrarme la pierna y colocársela alrededor de la cadera. Me alegro tanto de sentirlo de nuevo... Gimo, pues el cambio de postura ha permitido que su erección esté justamente contra mi ansiosa entrepierna. Dejo caer la cabeza contra la puerta mientras la sensación de la tenue fricción me invade, y Colton se aprovecha de mi cuello expuesto. En cuestión de segundos, coloca la boca sobre mi piel suave, desliza la lengua por ella, despierta todas mis terminaciones nerviosas y, simultáneamente, las quema con su deseo.

Me agarro a sus bíceps al tiempo que me desabrocha el botón de los pantalones. Muevo las caderas cuando introduce las manos bajo la tela. Me los quito mientras sus dedos me exploran el cuerpo y me acarician la entrepierna para tentarme. Con la otra mano, me agarra el culo, como si fuera una barrera entre la puerta y yo, y me acerca todavía más a él.

La necesidad que siento se acumula en mi interior y aumenta hasta llegar a niveles insospechados a medida que la tensión de la desesperación consume todos los recovecos de mi ser.

—Colton —gimo, y quiero... mejor dicho, necesito que complete nuestra conexión.

Le agarro el torso con firmeza y arranco el velcro de sus pantalones. Oigo cómo se le corta la respiración cuando le rodeo el miembro con las manos. Se le tensa el cuerpo en cuanto nuestras pieles entran en contacto.

—Ry... —suspira mi nombre mientras le recorro la entrepierna con movimientos certeros.

Sus manos se abren paso por debajo de mi camiseta, me la quitan y se

apresuran en hacer lo mismo con mi sujetador.

—Rylee —dice entre dientes.

Está tan abrumado por todas las sensaciones que le recorren el cuerpo que deja de besarme y acariciarme y apoya las manos en la puerta a ambos lados de mi cabeza. Presiona la frente contra la mía mientras el deseo le hace temblar y su respiración entrecortada me cosquillea los labios.

Dice algo en una voz tan baja que apenas lo escucho entre nuestros jadeos que resuenan por la silenciosa estancia. Muevo las manos de nuevo y disfruto de la sensación de sentir cómo tiembla.

—Para —susurra contra mis labios, y esta vez lo oigo.

Me detengo al instante y me echo hacia atrás para mirarlo, porque tengo miedo de que le duela la cabeza. Verlo con los ojos cerrados con fuerza me pone aún más nerviosa.

Respira con dificultad y abre los ojos poco a poco para encontrarse con los míos al tiempo que clava los dedos en mi trasero.

—Me muero de ganas de enterrarme en ti, de sentir, de perderme y encontrarme a mí mismo en ti, Ry... —murmura. Percibo la tensión que se acumula en su cuello y la desesperación en su voz—. Te mereces que te haga el amor lentamente y con dulzura, pero lo único que podré ofrecerte es algo fuerte y rápido, porque ha pasado mucho tiempo desde que he podido disfrutar de ti.

Madre mía, Colton es tan *sexy*... Su confesión me pone aún más cachonda, y no creo que se dé cuenta de que no quiero nada suave ni lento. Estoy tan tensa a causa de las emociones, los nervios y mi fuerza de voluntad que solo con que me toque perderé el norte y me haré añicos por el placer que a duras penas logrará satisfacerme.

Levanto la cabeza, me acerco a él y lo beso. Colton respira con dificultad y percibo la tensión de su boca cuando le muerdo el labio inferior. Cuando me aparto, me encuentro con sus ojos llenos de lujuria.

—Te deseo —susurro mientras le rodeo el miembro con una mano y le agarro el pelo con la otra para que sienta la intensidad de mi anhelo—. Del modo que sea. Fuerte, rápido, con delicadeza, lento, de pie, sentados... No me importa siempre y cuando estés dentro de mí.

Me observa durante unos segundos y en su mirada veo incredulidad mezclada con necesidad. Advierto que trata de controlarse y que arde en

deseos, y sé exactamente el momento en que pierde los estribos. Nuestras bocas colisionan y nuestras lenguas se funden mientras toma, prueba y tienta como solo él sabe. Manos musculosas me recorren el cuerpo, y Colton me roza la parte de debajo de los pechos con los pulgares antes de deslizarlos hasta mis caderas.

Si antes pensaba que las semillas del deseo que había plantado habían florecido, ahora me doy cuenta de que estaba equivocada, porque en estos momentos soy un jardín de necesidad.

Se pone todavía más duro en mi mano mientras le acaricio la punta con el pulgar, y me recompensa con un gemido procedente de las profundidades de su garganta. Con la otra mano le araño la espalda y le devoro los labios con el mismo fervor. En cuestión de segundos, Colton coloca las manos en mis caderas, me levanta y me empotra contra la puerta. Mis piernas tratan de rodearlo por la cintura, pero él me sujeta en el aire para que la conexión por la que estoy más que ansiosa no se lleve a cabo, para que su entrepierna me roce los muslos, me tienta y me torture.

Suspira profundamente cuando deslizo una mano entre mis piernas y lo agarro de nuevo para reclamar el control de un hombre incontrolable. Lo necesito. De todas las maneras.

Sus ojos brillan con una emoción que no logro descifrar, pero estoy tan distraída, tan preocupada con lo que sucederá durante los próximos minutos, que no le doy más vueltas.

Lo suelto momentáneamente y me acaricio el sexo con los dedos para humedecerlos con mis fluidos. Después, los paso por la punta de su miembro para prepararlo físicamente y enseñarle metafóricamente la reacción que provoca en mi cuerpo y lo que quiero de él. Mi pequeña demostración debilita su autocontrol.

Me clava los dedos en las caderas y me levanta un poco más mientras alineo su miembro con mi cuerpo. Luego, me baja para introducirme en él. Ambos gemimos cuando conectamos. Cuando mi entrepierna cálida y húmeda se expande para acomodarlo.

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que me penetró que parece que mi cuerpo haya olvidado el fuego placentero que su presencia enciende dentro de mí.

—Dios —jadeo a medida que se introduce en mí—. Estoy muy apretada

—añado, y lo atribuyo al hecho de que hace más de tres semanas que no tenemos relaciones.

—No, cariño —dice Colton. Veo la pasión que reflejan sus ojos cuando se detiene para que pueda ajustarme a él—. Es que la tengo muy grande.

Me río por dentro, pero no logro hacerlo en voz alta porque solo me da tiempo a ver su sonrisa pícaro antes de besarme de nuevo. Pero esta vez, sus labios se apoderan de mí. Empieza a mover las caderas, me recorre el cuerpo con las manos y su pene me roza cada centímetro de las paredes llenas de terminaciones nerviosas de mi vagina. Controla sus movimientos y sensaciones a la perfección, y entonces sube el ritmo.

Dejo de apoyar la cabeza en la puerta para mirarlo. Tiene los ojos cerrados, los labios ligeramente abiertos y el pelo despeinado debido a mis tirones. Le vibran los músculos de los hombros mientras se mueve a un ritmo constante.

Mi hombre roto está en pleno modo dominante y todos los nervios de mi cuerpo gritan para que los reclame. Para que los haga suyos. Para que les demuestre su virilidad.

—Joder, qué bien —comenta, y empuja hacia arriba para penetrarme mientras tenso los músculos y mi entrepierna recibe la atención que llevaba tiempo deseando.

—Colton —jadeo, y le clavo los dedos en los hombros al tiempo que me embiste una y otra vez.

La sensación de placer se intensifica y reverbera por todo mi cuerpo, como si quisiera prepararme para cuando Colton haga temblar el suelo que tengo bajo los pies. Una oleada de calidez se expande como un fuego descontrolado por todo mi ser. Me penetra de nuevo, aprieto los muslos alrededor de su cintura, le arañó la piel y busco sus labios con una necesidad frenética.

Unos segundos después, el placer origina una explosión de luz blanca en medio del abismo lúgubre que me ha consumido. Instantáneamente, me pierdo en un mundo que va más allá de nuestra conexión. Solo estamos él y yo, abrumados por la sensación y sin aliento. Me ahogo en nuestro calor, me pierdo en el sentimiento y repito su nombre una y otra vez.

Al momento, el gemido de Colton atraviesa el coma inducido por el placer en el que me he sumido a la vez que sus caderas convulsionan

energéticamente contra las mías cuando llega al clímax. Se balancea hacia delante y hacia atrás unas cuantas veces más en mi interior para alargar el momento, con la respiración entrecortada y el pecho cubierto de sudor.

Apoya el cuerpo contra el mío y entierra la cara en mi cuello. Lo estrecho entre mis brazos desde mi posición, sobre su pelvis y empotrada contra la puerta. Disfruto del momento: el movimiento de su pecho, que sube y baja rápidamente, la calidez de su aliento contra mi cuello, el aroma inconfundible del sexo... Y, entonces, me doy cuenta de que removería cielo y tierra por este hombre sin pensármelo dos veces.

Colton me agarra con fuerza de nuevo y me baja, aunque mi cabeza sigue en las nubes. Sale de mi interior, pero no perdemos nuestra conexión, porque me estrecha entre sus brazos, piel con piel, como si todavía no quisiera soltarme.

Y me parece bien, porque creo que yo tampoco soy capaz de dejarlo ir.

—Joder, lo necesitaba. —Suspira y suelta una risita.

Lo único que puedo ofrecerle es una respuesta evasiva, porque, sinceramente, sigo en mi mundo.

Nos quedamos en silencio unos instantes, perdidos en el momento y disfrutando de la agradable sensación de estar juntos.

—No puedo creer que no me lo dijeras —dice para romper el silencio, y niega con la cabeza antes de apartarse un poco para observar mi expresión confundida.

—¿Decirte qué? —pregunto.

El fantasma de una sonrisa aparece en su rostro mientras me coloca una mano en la mejilla y me pasa el pulgar por los labios, hinchados de tanto besarnos.

—Lo que te dije antes de subirme al coche...

Se me corta la respiración, se me acelera el pulso y se me hace un nudo en la garganta al oír sus palabras y ver la emoción que reflejan sus ojos. Quiero pedirle que me las repita, porque por supuesto que sé lo que dijo, pero quiero que me diga que se acuerda y que todavía cree en ellas.

Trato de controlar mi respiración y el tono de mi voz, pero tengo que preguntárselo.

—¿A qué te refieres?

Soy una mentirosa horrible, y sé que él es consciente de que estoy fingiendo confusión.

Se ríe y se inclina hacia mí para besarme con dulzura en los labios y en la punta de la nariz. Después, se aleja para mirarme a los ojos. Se pasa la lengua por los labios y dice:

—Te conduzco, Ryles.

Se me deshace el corazón y mi alma suspira cuando lo oye musitar aquellas palabras que he utilizado como pegamento para juntar los pedazos que se habían roto después del accidente. Aunque su declaración me aporta paz, percibo el tono nervioso de su voz y la ansiedad que siente cuando se muerde el labio. Y, entonces, empiezo a inquietarme yo también. ¿Es que ha dicho las palabras, pero ahora no se siente igual que la primera vez que las pronunció? Sé que es un pensamiento ridículo si consideramos lo que acaba de pasar hace unos minutos, pero una de las cosas que he aprendido de Colton es que es un hombre muy impredecible.

—Sí. —Suspiro y lo miro a los ojos—. Esas palabras... ¿Las has dicho ahora porque te has acordado de ellas o porque siguen significando lo mismo para ti?

Ya está. Ya lo he dicho y le he dado opciones para que decida; una vía de escape por si acaso ya no siente lo mismo. Por si el accidente le ha hecho cambiar de opinión sobre mí, sobre nosotros, y quiere que nuestra relación vuelva a ser solo algo casual.

Colton inclina la cabeza hacia un lado y me escudriña, pero no dice nada. Se queda en silencio durante unos minutos mientras espero a que responda, a que me rompa el corazón o a que se convierta en el bálsamo reparador de mi alma.

—Ry... ¿Es que no sabes que nunca me olvido de nada durante las carreras? En la pista o fuera de ella.

Tardo unos segundos en procesar lo que dice, en comprenderlo. Se acuerda y sigue sintiendo lo mismo por mí. Y lo gracioso es que, ahora que lo sé, ahora que toda esta preocupación se desvanece y podemos avanzar, me quedo congelada.

Estamos desnudos, apoyados contra la puerta, con cientos de periodistas al otro lado. El hombre que amo acaba de decirme que él también me ama y, sin embargo, lo único que puedo hacer es mirarlo mientras la esperanza se

asienta en mi corazón para siempre.

Colton se inclina hacia delante y se detiene con la boca a escasos milímetros de la mía. Me rodea el rostro con las manos y observa las profundidades de mi alma.

—Te conduzco, Rylee —afirma como si pensara que mi silencio era porque no lo había escuchado bien antes.

Lo que Colton no sabe es que estoy tan enamorada de él, aquí y ahora, con el cuerpo y el corazón al descubierto, que me he quedado sin palabras. Por lo que acepto el delicado y reverente beso que me ofrece antes de que apoye su frente contra la mía.

—¿No te das cuenta? —pregunta—. Eres mi línea de meta.

Noto cómo se le curvan los labios, sonrío cuando me besa y me echo a reír. Estoy eufórica por haberme arrancado aquella espina que tenía clavada en el corazón.

Por saber que el hombre que amo siente lo mismo por mí.

Por saber que tiene mi corazón en sus manos.

Colton me acaricia la espalda lentamente. El temblor de su mano derecha ha disminuido tanto que apenas lo noto. Entonces, empiezo a notar su erección de nuevo contra mi estómago.

—Supongo que el doctor te ha dado el alta, ¿no? —pregunto, porque mi cuerpo saciado arde en deseos de nuevo.

—Sí, pero después del día que he tenido —dice mientras me besa la frente y me estrecha entre sus brazos—, no me importaba si me daba el visto bueno o no, solo deseaba reclamar lo que es mío.

—Lo que es tuyo, ¿eh?

Lo provoco a pesar de que siento la calidez de sus palabras en mi corazón.

—Sí.

Y, entonces, pienso en el comentario que acaba de hacer y pregunto:

—¿Por qué has tenido un mal día?

Algo le empaña los ojos durante unos segundos y, luego, desaparece.

—No te preocupes por mí —contesta, y me preocupo de inmediato.

—¿Qué ha pasado, Colton? ¿Has recordado algo... algo que...?

—No —interrumpe y me besa para hacerme callar—. Solo me he

acordado de lo importante. Sigo teniendo lagunas. —Trata de cambiar de tema y añade—: Por lo que parece, últimamente te he dejado un poco de lado.

Así que sea lo que sea lo que le molesta, no quiere hablar de ello. De acuerdo... Bueno, le daré el espacio que necesita y no insistiré durante los próximos veinte minutos.

—¿Que me has dejado de lado?

—Sí, no te he tratado como mereces.

Me da una palmadita en el trasero; el escozor que deja en mi piel no tiene nada que ver con lo que siento en la zona hipersensible de mi entrepierna.

—Me has estado cuidando, a mí y a todo el mundo, como siempre, y yo no he hecho lo mismo por ti.

—Creo que me acabas de cuidar muy, pero que muy bien —comento para tentarlo mientras presiono mi cuerpo desnudo contra el suyo, y me recompensa con un gruñido—. Si consideras que eso no es cuidarme o que significa dejarme de lado, As, entonces, por favor... —Le mordisqueo la zona que hay justo debajo de su mandíbula—. Trátame mal, déjame de lado un poco más.

—Joder, Rylee, sabes cómo poner a prueba mi autocontrol —gruñe mientras desliza las manos por mi espalda y me agarra el culo con firmeza—. Pero eso solo era un pequeño calentamiento...

—Yo no lo llamaría pequeño —afirmo. Levanto la vista y muevo las caderas, y Colton ríe—. Cuando quieras calentar otra vez, llámame.

—Ya lo creo que lo haré —contesta, y me clava los dedos en las caderas—. Pero, como decía, ya es hora de que te invite a cenar como es debido, en lugar de conformarte con la comida del hospital y que tengas que distraerme mientras estoy en la cama.

Arqueo una ceja cuando menciona la parte de lo de distraerle en la cama; Colton niega con la cabeza y esboza la sonrisa pícaro que tanto me gusta y que le ilumina la cara. Se inclina hacia delante, me besa con dulzura y susurra contra mis labios:

—Tendremos todo el tiempo del mundo para que me distraigas en la cama después, porque ahora, esta noche, nos vamos al estreno de una película.

Me pilla por sorpresa.

—¿Qu... qué?

Lo miro, incrédula y boquiabierta. Colton se limita a sonreírme con una mirada traviesa, porque sabe que ha conseguido sorprenderme.

Una oleada de emoción me recorre todo el cuerpo solo de pensar en compartir algo nuevo con Colton, en construir nuestros propios recuerdos. No obstante, eso también significa que tendré que compartirlo con los *paparazzi* que lo están esperando detrás de la verja de su casa y que seguro que nos seguirán con sus entrometidas preguntas y sus cámaras. Que tenemos que salir de este mundo, de nuestro pequeño reino de comodidad en el que podemos hacer el amor con pasión donde y cuando queramos.

Sé qué mundo prefiero.

Recuerdo el comentario sarcástico que hizo a Becks hace unos días. Las palabras se me escapan de los labios antes de que me dé tiempo a filtrarlas.

—Pensaba que cuando te recuperaras, nada se interpondría entre nosotros, excepto las sábanas, durante mucho, mucho tiempo.

Le devuelvo la frase que me dijo.

Los ojos de Colton se oscurecen al instante y empiezan a brillarle con picardía mientras frunce los labios y piensa con qué opción se quedaría.

—Bueno —comenta antes de echarse a reír—. Es verdad que lo dije.

Colton desliza un dedo por mi mejilla, baja por mi cuello y, luego, entre mis pechos. No puedo contener el jadeo, se me erizan los pezones y se me llena el corazón de amor.

—Ya me conoces, Ryles, soy un hombre de palabra. Así que ¿cómo se supone que voy a tenerte desnuda, a excepción de una sábana, y al mismo tiempo asistir a un estreno con el que ya me he comprometido? *Mmm...* Decisiones —susurra mientras se inclina hacia delante y traza la curva de mi cuello con la punta de la lengua—. ¿Qué vamos a hacer?

Abro la boca para contestar, pero cuando me mordisquea la oreja, solo logro concentrarme en tratar de respirar con normalidad.

—Supongo que el mundo está a punto de descubrir lo *sexy* que estás enrollada en una sábana.

Abro los ojos de golpe y nuestras miradas se cruzan. La sorpresa hace que me disminuya la libido. En cuestión de segundos, Colton, con su sonrisa traviesa, me ha levantado del suelo y me lleva colgando del hombro, desnuda.

—¡No! —exclamo mientras se dirige hacia las escaleras—. ¡Bájame!

—Los medios de comunicación se volverán locos —dice para provocarme. Le golpeo el trasero, pero no se detiene—. Si miras el lado positivo, no tardarás mucho en decidir qué ponerte.

—¡Te has vuelto loco! —grito, y me azota el culo descaradamente, ya que lo tiene a la altura de los hombros.

—¡Loco por ti!

Ríe durante todo el rato que le lleva subir las escaleras.

—Vete a tomar por culo —murmuro, y suelta otra carcajada.

—Vaya —murmura antes de girar la cabeza hacia un lado para darme un beso casto en la cadera—. No sabía que te gustaban esas cosas, pero estoy seguro de que podemos explorar ese camino algún día.

Me quedo con la boca abierta y me río con nerviosismo mientras Colton se detiene y me desliza por su cuerpo para bajarme. La mirada juguetona que me dedica hace que me pregunte si es algo que le gustaría probar y que nunca se me había ocurrido. Me pierdo en mis pensamientos y en sus ojos, y me percató de que me ha llevado a la terraza privada de la segunda planta.

Y cuando me doy cuenta de ello, cuando miro a mi alrededor, me sorprende una vez más. Sin embargo, esta sorpresa me derrite el corazón.

—¡Oh, Colton!

Las palabras salen despedidas de mi boca mientras observo el entorno. Ha instalado un proyector al final de la terraza y ha colocado las hamacas como si estuviéramos en un cine, tapadas ni más ni menos que con sábanas. Esbozo una amplia sonrisa y un sentimiento de calidez me recorre el alma al ver los pequeños detalles que me hacen saber que le importo: un cuenco lleno de chocolatinas, una botella de vino, algodón de azúcar, velas encendidas y distribuidas por el suelo y un montón de cojines para tumbarnos.

No puedo evitar que se me escape una lágrima, ni tampoco me importa. El cariño que ha puesto para que este momento fuera especial me ha dejado sin palabras. Me giro para mirarlo a los ojos y niego con la cabeza, porque si lo que ahora tengo a mi espalda me ha dejado sin palabras, la belleza de este hombre por dentro y por fuera me derrite el corazón. Se queda allí de pie, desnudo, sin afeitarse y despeinado; a excepción de la parte que le raparon, necesita un buen corte de pelo. Me observa con una mirada que consolida la declaración de antes.

—Gracias —susurro con la respiración entrecortada—. Es un detalle

precioso... —Dejo la frase a medias mientras

Colton da un paso adelante, me rodea la cara con las manos y la alza para que lo mire a los ojos—. Será la mejor cita. Una película con mi As y sin nada entre nosotros, excepto sábanas.

Esboza esa tímida sonrisa que me hace perder el norte y me besa con mucha dulzura antes de apartarse.

—Exactamente, Ry. Sin nada entre nosotros, excepto sábanas. Son lo único que quiero que se interponga en nuestro camino.

Sus palabras me conmueven y me completan, así que doy un paso hacia delante y lo beso de nuevo. Siento los latidos de su corazón contra el mío y el roce de su barba sin afeitar contra mi barbilla. Sus ojos reflejan amor puro.

—Solo sábanas.

Capítulo 18

El calor del sol de la mañana y la suave brisa marina me acarician la piel. El sonido de las olas enmascara la voz de Matt Nathanson, que emerge del equipo de música que olvidamos apagar anoche. Me acurruco junto a Colton y estoy tan feliz con el giro inesperado que dieron nuestras vidas cuando nos topamos el uno con el otro que hasta me duele el corazón al pensarlo. Alegre de contar con las segundas oportunidades que se nos han concedido —que ambos empezamos a aceptar— y que hace un año nunca nos habríamos imaginado.

Entrecierro los ojos, agradecida por la celosía que tenemos sobre nuestras cabezas y que bloquea los rayos de sol. Ayer por la noche nos quedamos dormidos en un mar de hamacas y cojines. Ni siquiera me molestó en reprimir el suspiro de una mujer más que satisfecha cuando pienso en nosotros haciendo el amor lentamente debajo de un manto de estrellas en una cama llena de posibilidades.

Recuerdo ponerme encima de él, inclinarme hacia delante y ver la emoción pura en sus ojos. Hacerlo lento y delicadamente con Colton es igual de increíble que el sexo rápido y duro. Recuerdo al hombre que no estaba acostumbrado a mostrar sus emociones, que solía proteger su corazón a toda costa, y que ahora se ha abierto a mí poco a poco y ha derrumbado el muro detrás del cual se escondía, ladrillo a ladrillo, para dejarme ver más allá.

Sonrí ligeramente, levanto la cabeza y veo los recordatorios de la noche anterior. Fue un gesto muy bonito por parte de un hombre que jura y perjura que no es romántico, a pesar de que todo lo que tengo a mi alrededor dice lo contrario. ¿Es normal que un hombre le pida a su padre una copia de una

película que aún no se ha estrenado, pero que pronto se convertirá en un taquillazo, para verla en una cita sin interrupciones con su novia? Y, aunque luego me enteré de que Quinlan lo había ayudado, todo fue idea suya, incluidos los pequeños toques y detalles aquí y allí. Al fin y al cabo, las cosas pequeñas significan mucho más para mí que las extravagantes.

Levanto la cabeza desde donde estoy acostada en su pecho para verlo dormir y dejo que el amor que siento por él abrigue y caliente las partes de mi cuerpo que la brisa ha enfriado.

—Sé que me estás mirando —dice Colton, medio grogui, y esboza una ligera sonrisa.

—*Mmm...*

No puedo evitar sonreír yo también.

—¿De quién fue la idea de dormir aquí fuera? Hay demasiada luz.

Se da la vuelta con los ojos todavía cerrados, pero utiliza el brazo que tenía detrás de la cabeza para acercarme a él.

—Creo que las palabras fueron algo así como: «Tu coño vudú me ha hechizado, me ha robado la magia y me ha dejado sin energías para moverme» —repito sin esconder la sonrisa ni el orgullo en mi voz.

—Imposible, yo nunca diría algo así —contesta antes de entreabrir un ojo para mirarme y esbozar la sonrisa lasciva que tanto me gusta—. Tengo magia a raudales, cariño. Tu coño vudú habrá hechizado a otro hombre.

Reprimo una carcajada, porque esa voz ronca que tiene por las mañanas y esos ojos adormilados son la combinación perfecta para que parezca aún más *sexy* y es muy difícil fingir indiferencia.

—Sí, tienes razón. Recuerda que yo no me enrollo con chicos malos como tú. —Me encojo de hombros—. He cautivado a aquel chico bien afeitado con el que te engañó. El que me da lo que tú no me ofreces —añado para seguir la broma.

Levanto la sábana que nos cubre, miro debajo de ella y observo descaradamente la erección matutina de Colton. Tengo agujetas de la noche anterior y los músculos se me tensan al momento por la anticipación. Cierro los ojos para ocultar el deseo que con toda seguridad los empaña y gimo, satisfecha.

—¿Ves algo que te guste? ¿Algo que él no puede darte?

Me encanta el tono juguetón de su voz.

Me aseguro de que la mía suene calmada cuando hablo, porque todos estos preliminares me hacen anhelar lo que tengo al alcance de la mano.

—No te preocupes —contesto, y me obligo a seguir hablando cuando lo miro fijamente y veo el humor que baila en sus ojos—. Estoy más que satisfecha. No necesito experimentar tu magia cuando un hombre puede hacerme llegar a la meta con una eficacia increíble.

En cuestión de segundos, Colton se coloca sobre mí y se apoya en los codos. Con la mano que tiene libre, me agarra las muñecas y me las inmoviliza por encima de la cabeza. Tiene el rostro a centímetros del mío, sonrío con descaro y arquea las cejas.

—Creo que el otro día prometí que estaríamos juntos durante mucho tiempo —dice mientras presiona su erección contra mi entrepierna.

Empiezo a reír, pero pronto se convierte en un gemido cuando se introduce en mi cuerpo dispuesto. No estoy del todo preparada para recibirlo y, aunque normalmente me dolería en estas circunstancias, esta vez no es así. En su lugar, añade la cantidad perfecta de fricción para despertar todas mis terminaciones nerviosas, incluyendo algunas que se pudiera haber dejado ayer por la noche.

—Joder, estoy en el cielo, Rylee —me susurra al oído mientras sus caderas se mueven hacia delante y hacia atrás.

Todavía me sujeta las muñecas con una mano para que no me mueva. En un gesto curiosamente íntimo, se agacha ligeramente y coloca la cara justo debajo de la curva de mi cuello para que cada vez que entre y salga de mi cuerpo, su barba y la calidez de su aliento me cosquillee la piel. Y quizá es porque tiene el rostro pegado a mi oreja o porque estamos muy compenetrados, pero hay algo en los ruiditos que profiere que me pone muchísimo. Son pequeños rugidos que se convierten en gemidos, en sonidos de satisfacción.

Trato de mover los brazos, pero me sujeta con más fuerza.

—Colton —jadeo mientras se me acelera el pulso y me acaloro. Una oleada de deseo empieza a extenderse por todo mi ser—. Déjame tocarte.

—¿Mmm? —murmura, y noto la vibración de su boca contra mi cuello.

Se mueve de nuevo. Hace movimientos circulares con las caderas y me acaricia cada centímetro con la polla antes de sacarla y restregármela contra

el clítoris. Eso añade una fricción tan placentera que me hace olvidar que quiero que me libere las muñecas. Colton suelta una risa; es perfectamente consciente del efecto que causa en mí.

—¿Te gusta?

—¡Dios, sí! —gimo, y lo hace de nuevo.

Se me tensan los muslos y me pongo roja. Un alud de sensaciones me invade por completo mientras mi cuerpo se prepara para el asalto final.

—Ya sé que se me da bien, cariño, pero puede que Dios se ponga un poco celoso si empiezas a compararnos.

El tono juguetón de su voz, nuestro modo de hacer el amor —porque esto es hacer el amor para nosotros, aunque él lo llame conducir—, las palabras murmuradas, la aceptación absoluta, el total conocimiento del cuerpo del otro, la comodidad... Definitivamente, es su forma de mostrarme lo mucho que me ama.

No puedo evitar soltar una risa despreocupada ni arquear la espalda cuando vuelve a penetrarme a su ritmo lento y hábil.

—Bueno... prepárate para ponerte celoso tú también —lo provocho.

Colton levanta la cabeza de donde la tenía apoyada en la base de mi cuello y me roza los pezones con la barba a propósito; siento la necesidad desmesurada de ir directa a por el miembro que manipula con tanta destreza entre mis muslos. Arquea las cejas, divertido, y trata de adivinar a qué me refiero exactamente, pero cuando vuelve a rotar las caderas, me pierdo.

Me pierdo en el momento.

En él.

En el orgasmo que estalla en mi cuerpo y me llena de sensaciones abrumadoras.

En el «Oh, Dios mío» que se me escapa de los labios cuando llego al clímax.

Sucumbo al deseo que me invade, pero lo oigo reír cuando se da cuenta de la razón por la que pensaba que se pondría celoso. Mi cuerpo sigue palpitando a su alrededor, sumido en el orgasmo. Cuando se acerca más a mí, me susurra al oído, y el tono ronco que su voz adquiere por las mañanas contrasta con las sensaciones que se han filtrado por todo mi ser.

—Puede que digas su nombre ahora, cariño, pero dentro de un minuto

gritarás el mío —susurra mientras me mordisquea la piel del hombro antes de soltarme las muñecas y de que la calidez de su cuerpo me abandone.

Estoy tan perdida en el clímax que cuando noto el calor de su boca en mi piel sensible empiezo a exclamar su nombre. Le agarro del pelo cuando entiendo la cabeza entre mis piernas para explorar la zona con la lengua.

—¡Colton! —gimo cuando me lame de nuevo e intensifica mi orgasmo—. ¡Colton! —repito, y muevo las caderas hacia su boca a medida que el placer aumenta y se hace casi imposible de soportar.

Da un último lametazo y continúa por mi cuerpo. Dibuja una línea de besos y lametones por mi vientre, mi pecho y mi cuello hasta que llega a mis labios, e introduce la lengua en mi boca para que pueda probar mi propia excitación. Me besa, absorbe el gemido que se me escapa a continuación y me penetra de nuevo para alcanzar su propio orgasmo.

Cuando se separa de mí, se pone de rodillas y me separa las piernas. Empieza a moverse y me dedica la sonrisa pícaro a la que nunca puedo resistirme.

—Ya te dije que al final gemirías mi nombre.

Abro la boca para decir algo, pero me agarra de las caderas, toma impulso y me embiste. El ritmo de sus acometidas hace que me aferre a las sábanas y que repita su nombre una y otra vez mientras los dos caemos juntos al vacío.

—¿Qué quería Becks? —pregunto mientras Colton y yo entramos en su despacho y me apoyo en el escritorio para ponerme de cara a él.

Si no lo hubiera mirado a los ojos, no habría visto la expresión de incertidumbre en su rostro antes de que hiciese una mueca.

—¿Es de los malos? —inquiero cuando veo que trata de ocultar el dolor de cabeza.

—No, no es para tanto. Ya no son tan frecuentes —contesta, y se queda callado mientras dobla el clip que tiene en la mano, concentrado.

—¿Becks? —insisto para que me cuente de qué va todo esto, porque noto que algo no va bien.

—Eh... Me ha preguntado si quería reservar la pista algunas horas, porque hay que hacerlo con mucha antelación. Para asegurarse de que tuviera tiempo si quería entrenar.

—Aparta la mirada y se centra en el clip que tiene entre los dedos—. Cree que debería volver a subirme al coche cuanto antes.

¡Maldito seas, Beckett!

Quiero gritar, pero opto por quedarme en silencio. De acuerdo. Le dije a Beckett lo que pensaba sobre el tema, pero eso no significa que me guste... para nada. Me sentiría mucho mejor si tuviera un saco de boxeo para canalizar la ira que siento, porque me sigue aterrando pensar en Colton vestido con su traje ignífugo y detrás del volante. Pero la pregunta es: ¿le da miedo a Colton?

—¿Tú qué piensas? ¿Estás preparado?

Suspira, se recuesta en la silla, entrelaza los dedos detrás de la cabeza y mira hacia el techo.

—Qué va —dice finalmente, y se detiene unos segundos antes de continuar—. Ayer... —Se queda a media frase y niega con la cabeza—. Da igual... Todavía tengo la mano demasiado jodida como para sujetar el volante.

Sé que no es del todo cierto, porque ayer no tuvo problema alguno en agarrarme para hacerme suya contra la puerta, pero sé que si lo digo en voz alta, le haría daño; no solo sabría que tiene miedo, sino que también demostraría que me está mintiendo.

Pero la explicación que ha empezado a darme y que no ha acabado, junto con el comentario que hizo ayer sobre que tuvo un mal día, colisionan en mi mente de un modo poco sutil. Me muevo sin preguntarle nada, me siento en su regazo y me acurruco contra él. Suspira con resignación antes de bajar los brazos y envolverse con ellos.

—¿Qué pasó ayer? —pregunto un minuto después.

Se queda rígido por un momento y lo beso en el pecho para darle apoyo.

—Vi la grabación.

No tiene que decir nada más. Sé perfectamente a qué grabación se refiere, porque ni siquiera yo soy capaz de verla.

—¿Y cómo te sentiste?

Su cuerpo tiembla, agitado, y cuando empieza a moverse debajo de mí, me

doy cuenta de que necesita deshacerse de su inquietud. Me levanto para que él pueda hacer lo mismo. Cuando avanza hacia la ventana, me siento otra vez sobre el cuero de la silla que aún conserva la calidez de su cuerpo.

Colton se pasa una mano por el pelo; la tensión es evidente en los músculos de su espalda mientras observa por la ventana hacia la playa. Suelta una carcajada forzada.

—Bueno, si consideras que llevarlo bien es sinónimo de un hombre hecho y derecho arrastrándose por el suelo mientras tiene un ataque de pánico después de ver el accidente, y de que todas las emociones del momento le invadan de golpe como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago, entonces lo llevé de puta madre —explica con sarcasmo.

Se encoge de hombros y sale del despacho sin mirar atrás. Dejo escapar el suspiro que llevaba un rato aguantando cuando oigo que se cierra la puerta de la terraza.

Dejo que pasen unos minutos, perdida en mis pensamientos. Me duele el corazón por el hecho de que Colton necesite y tema correr de nuevo a la vez, así que me levanto para ir a buscarlo.

Salgo a la terraza y oigo el ruido del agua antes de verlo nadar con gracia y fluidez. Hace un largo con facilidad y, cuando llega al otro extremo de la piscina, da media vuelta y vuelve a empezar.

Me siento con las piernas cruzadas en el borde de la piscina y admiro lo atlético que es, los movimientos de sus músculos y el control absoluto que tiene sobre su cuerpo. Me pregunto si la atracción que siento por él tiene límites.

Después de un tiempo, vuelve a dar media vuelta y, en lugar de continuar nadando, se queda flotando bocarriba y la corriente lo arrastra hacia donde estoy sentada. Tiene una expresión de tranquilidad en el rostro, a pesar de la respiración acelerada debida al cansancio del ejercicio, y me gustaría verlo así de sereno más a menudo.

El torso le sobresale del agua cuando baja los pies y se pone de pie; luego, se pasa las manos por la cara. Cuando las aparta, levanta la vista y se sorprende al verme allí, mirándolo, y esboza la sonrisa más hermosa del mundo. Se le arruga un poco la nariz cuando lo hace y me recuerda a las imágenes que he visto de cuando era pequeño, por lo que mis preocupaciones sobre su estado mental desaparecen.

Camina hacia mí, mirándome fijamente.

—Lo siento, Ryles. —Niega con la cabeza y suspira—. Me cuesta mucho admitir que tengo miedo de subirme al coche otra vez.

Su confesión me sorprende. Estiro el brazo, le acaricio la mejilla con el pulgar y me siento más enamorada que nunca.

—Es normal. Yo también tengo miedo.

Me agarra de las caderas y me acerca a él para darme un beso. El roce de sus labios y el aroma del cloro de la piscina es lo único que necesito ahora mismo para estar bien con él. Abre la boca para decir algo, pero se detiene antes de hacerlo.

—¿Qué? —pregunto en voz baja.

Se aclara la garganta, se lame los labios y aparta la vista para mirar hacia la playa.

—Cuando vuelva a subirme al coche, tú... ¿estarás allí?

—¡Claro que sí!

Suelto las palabras sin pensármelo dos veces y abrazo su cuerpo mojado para enfatizar mis palabras. Noto que le vibra el cuerpo y cómo se le entrecorta la respiración cuando me estrecha con más fuerza. Le paso los dedos por el pelo mientras entierra el rostro en mi cuello.

«Te amo». Las palabras aparecen en mi mente y tengo que obligarme a no decirlas, porque la intensidad de lo que siento por él es indescriptible. Es amor incondicional.

Oigo el sonido distante del timbre de la puerta y nos separamos. Lo miro, confusa.

—Probablemente sea uno de los guardas de seguridad

—comenta mientras me levanto y él nada hacia las escaleras para salir de la piscina.

—Ya voy yo —respondo.

Entro en casa y me despego la camiseta mojada del cuerpo. Me alegro de haberme puesto la roja en lugar de la blanca.

Agarro el pomo, abro la puerta de madera y escucho que Colton exclama «¡espera!», pero es demasiado tarde. Sin que yo lo supiese, tengo a mi peor pesadilla delante de mí.

Lo único que puedo hacer es hundir los hombros. Solo logro atisbar unas

piernas largas, pelo rubio y una sonrisa condescendiente antes de que pase por mi lado, se detenga y dé media vuelta para mirarme.

—Ya te puedes ir, pequeña. Se acabó el juego, porque Colton ya no te necesita. Ahora estará en buenas manos.

Me quedo boquiabierta y sin palabras ante su osadía. Antes de que me dé tiempo a encontrar las palabras para responderle, entra en casa como si fuera la dueña y me quedo allí plantada, en medio del rastro de perfume que ha dejado a su paso.

—¿Colton?

Lo llamo al mismo tiempo que aparece en el recibidor y la toalla con la que estaba secándose el pelo se le cae al suelo.

Un surtido de emociones se refleja en sus ojos, y la más predominante es la que denota irritación, pero lo disimula. Y cuando Colton tiene una expresión tan fría y vacía, significa que está lidiando con una tormenta en su interior.

—¿Qué coño haces aquí, Tawny?

El hielo que hay en su voz me deja inmóvil, pero a ella no le afecta.

—Colt, cariño —dice, como si no hubiese escuchado lo que acaba de decirle o el odio que había en sus palabras—. Tenemos que hablar. Sé que ha pasado un tiempo y...

—No estoy de humor para que me sueltes toda tu mierda melodramática ahora, así que cállate. —Colton da un paso hacia ella—. Sabes que no eres bienvenida, Tawny. Si te quisiera aquí, te habría invitado.

Me estremezco ante el veneno que le recubre la voz, pero, al mismo tiempo, me enfado. Me cabrea que haya entrado como si nada, en una casa en la que soy la única mujer a la que

Colton ha invitado. Como si ella mereciera estar aquí.

—Vaya, vaya —refunfuña, impávida ante el absoluto desinterés de Colton hacia ella—. Estaba tan preocupada por ti, por cómo estabas y por si ya habías recuperado la memoria, que...

—¡Me importa una mierda tu preocupación! Tienes dos segundos. Empieza a hablar o te echo de aquí.

Colton da un paso más hacia delante y percibo la tensión de su mandíbula y la repugnancia que siente por ella.

—El hecho de que estés enfadado porque no te estés recuperando tan rápido como te gustaría y porque no recuerdes las cosas importantes no significa que puedas tratarme así.

Tawny suelta una risa condescendiente y se gira ligeramente para observarme con una mirada de incredulidad, como si estuviera diciendo: «¿De verdad te ha elegido a ti en lugar de a mí?». Sin embargo, dice:

—Estoy segura de que te lo estás pasando muy bien haciendo de enfermera y todo lo demás, cielo, pero ya no te necesitamos.

Vuelvo a la realidad de inmediato y me dirijo hacia ella, cabreada, pero Colton me gana. Veo la ira que emana de su cuerpo cuando la agarra del brazo.

—¡Lárgate! —gruñe, y empieza a llevarla hacia la puerta—. No tienes derecho a venir a mi casa y faltarle el respeto a Ry...

—Estoy embarazada.

Las palabras salen disparadas de su boca, mueren en el súbito silencio en el que se sume la estancia y veo cómo vibran en el interior de Colton. Se queda quieto, flexiona los dedos con los que agarra el brazo de Tawny y aprieta los dientes. Unos segundos después, recupera la compostura y la empuja hasta la puerta.

—Me alegro. Felicidades —responde con sarcasmo—. Ha sido un placer conocerte.

Colton hace el ademán de abrir la puerta principal y le suelta el brazo.

—Es tuyo.

La mano de Colton se queda inmóvil en el pomo de la puerta y el corazón se me encoge. Observo cómo se desarrolla la situación delante de mí, pero me siento como una intrusa, como si estuviera a kilómetros de distancia. Colton agacha la cabeza y aprieta los puños, y percibo la ira que hay en su mirada cuando se da la vuelta poco a poco. Levanta la vista y me mira a los ojos fijamente durante unos segundos, y lo que veo en los suyos me corta la respiración. No por la rabia que reflejan, sino por la expresión de incredulidad mezclada con la disculpa que me ofrece. Una disculpa que me dice que hay una parte de él que teme que sea verdad. Se me hace un nudo en la garganta cuando vuelve a colocarse la máscara que se le acaba de caer y dirige su enfado hacia Tawny.

—Tú y yo sabemos que eso no es posible, Tawny.

Avanza un paso y advierto lo concentrado que está para no perder los nervios, lo mucho que se está esforzando para no agarrarla y echarla de casa. Alterna la mirada entre el rostro y la barriga de Tawny.

—¿Qué? —resuella, sorprendida y dolida—. ¿No lo recuerdas? —Se lleva una mano a la boca y se le inundan los ojos de lágrimas—. Colton, tú y yo... la noche del cumpleaños de Davis... ¿no te acuerdas?

Me entran ganas de vomitar, porque si antes pensaba que estaba actuando para recuperarlo, acaba de ganar un Óscar por la expresión compungida de su rostro y el tono de desesperación en su voz.

Dios mío. Dios mío. Ese es mi único pensamiento coherente, porque me tiembla el cuerpo entero por miles de emociones distintas.

—No —contesta Colton, y niega con la cabeza una y otra vez.

Su expresión me dice que piensa que si lo sigue negando, todo será una pesadilla, y eso me mata por dentro. Me destroza, me rompe en mil pedazos y me prepara para el ataque de dolor que vendrá a continuación.

—Es la única posibilidad —afirma Tawny en voz baja y se coloca la mano en la barriga, donde se puede apreciar un bulto ahora que se ha pegado la camiseta al cuerpo—. Estoy de cinco meses.

Tengo que luchar contra la bilis que se me acumula en la garganta a medida que pierdo la fe. Me obligo a respirar con normalidad. A centrarme. A aceptar que esto no va sobre mí. Es la peor pesadilla de Colton que se convierte en realidad justo después de haber pasado una noche mágica juntos. No obstante, es difícil mantenerse al margen.

Mi mente se centra en las fechas, en los días que han pasado, mientras sus palabras se me clavan como si fueran garras. «Cinco meses, cinco meses, cinco meses», repito en mi mente una y otra vez, porque es mucho más fácil centrarse en el tiempo que en el mundo que acaba de quebrarse bajo mis pies. Cuando logro formular pensamientos coherentes de nuevo, me doy cuenta de que hace poco más de cinco meses que nos conocemos. Joder, es posible.

Me digo a mí misma que miente. Que está tratando de llevarse a Colton, de conseguir el premio que más ansía mediante la farsa del embarazo. Es el truco más antiguo del mundo. Pero la barriga hinchada de Tawny y la expresión aterrada de Colton es la prueba de que es posible, de que él está rebuscando en la caja fuerte cerrada de sus recuerdos para intentar encontrar el que ella ha mencionado. El miedo se refleja en su rostro y en sus ojos, y se

niega a mirarme.

Por mucho que lo intente, no puedo apartar la vista. Siento que si sigo observándolo, me mirará, esbozará la sonrisa que me ha dedicado hace unos minutos en la piscina y Tawny

desaparecerá.

Pero eso no sucede.

Se queda quieto entre nosotras, perdido en sus pensamientos. El hombre divertido que amo de la noche anterior ya no existe. Veo cómo giran los engranajes de su cerebro y me percato de la mueca de dolor en su rostro, que estoy segura de que se debe a otro dolor de cabeza... Pero si él se ha quedado helado, entonces yo estoy paralizada.

Tawny me observa y me evalúa con absoluta indiferencia antes de fijar la vista en Colton de nuevo y esbozar una ligera sonrisa.

—Me llevaste de casa de Davis a la mía, me preguntaste si podías entrar... E hicimos el amor, Colton. La primera vez estábamos borrachos, desesperados por estar juntos otra vez, y no utilizamos condón.

Tawny me clava todavía más las garras con las que ya me había penetrado la piel y que amenazan con hacer lo mismo con mi corazón. Además, ha tenido la osadía de añadir que lo hicieron varias veces, para hurgar más en la herida.

—Antes... cuando estábamos juntos... —Colton se aclara la garganta—... te tomabas la píldora religiosamente.

No le reconozco la voz, y eso que he sido el objetivo de la ira de Colton estos días, pero ahora mismo, el desprecio que muestra hacia ella me hace temblar.

—No me la tomaba entonces —contesta, y se encoge de hombros a modo de disculpa mientras da un paso hacia él.

Quizá es la madre de su hijo. Me entran ganas de llorar al oír el tono íntimo que adquiere su voz. Estira la mano para apoyarla en el brazo de Colton, pero este la aparta antes de que lo toque.

Su reacción y el pánico en su mirada hace que la realidad de la situación cale en mi negación, así como la posibilidad de que esto no sea solo una estrategia para recuperar a Colton.

Me apoyo en la pared que hay detrás de mí, y mis fantasmas y mi ineptitud

como mujer amenazan con asomar la cabeza. Me coloco una mano sobre el abdomen para reprimir el dolor agudo que siento en mi inútil útero. El que siempre permanecerá vacío. El que no puede dar lo que el de Tawny sí. Empiezo a notar los síntomas de un ataque de pánico, porque se me entrecorta la respiración, se me acelera el corazón y no soy capaz de concentrarme en nada, y me pregunto si el hombre que asegura que no quiere tener hijos cambiará de idea ante la posibilidad de tener uno. No sería la primera vez que sucede algo así. Y si ocurre, entonces ¿qué pasará con nosotros? ¿Qué será de mí? La mujer que no puede ofrecerle hijos.

—¡No! —exclamo como respuesta a mis pensamientos silenciosos.

Colton se gira de repente, con una expresión de angustia en el rostro ante mi chillido inesperado. Entonces, Tawny resopla con un gesto de menosprecio que añade gasolina al fuego de Colton.

—¡Vete! —espeta Colton.

Lo grita tan fuerte que doy un bote y, por un momento, porque lo tengo de cara, me da miedo que me lo esté diciendo a mí. Trago saliva, Colton parpadea, me da la espalda y señala a Tawny y, después, a la puerta.

—¡Fuera de aquí, joder!

—Colty...

—¡Ni se te ocurra llamarme así! —vocifera. Percibo el acero que hay en su voz cuando levanta la vista y mira a Tawny, que no se ha movido ni un centímetro—. ¡Nadie puede llamarme así! ¿Te crees que eres especial? ¿Te crees que puedes entrar en mi casa como si nada y decirme que estás embarazada de cinco putos meses? ¿Pensabas que me importaría? ¿Por qué me lo dices ahora, eh? ¿Porque es demasiado tarde para que yo pueda protestar y crees que me has atrapado? ¿Que has conseguido tu billete dorado? —Empieza a caminar de un lado al otro y entrelaza los dedos en la nuca a medida que se le acelera la respiración—. Pues no soy el puto Willy Wonka, cielo. Búscate a otro.

—¿No me crees?

Colton se gira en cuestión de segundos, me mira a los ojos y veo el vacío que hay en su mirada. Me observa durante un momento antes de romper nuestra conexión y dirigirse hacia donde todavía está Tawny.

—Desde luego que no te creo. Déjate de tonterías, lárgate y llévate tus mentiras contigo.

Colton está a centímetros de su rostro en una postura amenazadora.

—Pero te sigo amando...

—¡No tienes derecho a amarme! —brama, y le da un puñetazo al aparador que tiene al lado. La vajilla tiembla y el ruido resuena por el resto de la silenciosa casa.

Tawny empieza a llorar y Colton no le presta ni la más mínima atención.

—No tienes derecho a amarme —repite en una voz tan baja que logro percibir el dolor que esconden sus palabras y sentir su desesperación.

Colton se frota el rostro con las manos. Mira por la ventana durante un momento hacia la tranquilidad del mar mientras observo la tormenta de ira que se cierne sobre él. La turbulencia de sus emociones me lleva por delante sin un salvavidas al que aferrarme. Cuando fija la vista en Tawny de nuevo, percibo tantos sentimientos tras la máscara que trata de ponerse que no estoy segura de a cuál de ellos tengo que prestarle atención.

—Quiero una prueba de paternidad.

Tawny se queda boquiabierta y se coloca la mano sobre el vientre con aire protector, pero cuando vuelvo a mirarle la cara, observo cómo se transforman sus facciones. Cómo la dama en apuros se convierte en una zorra vengativa.

—Este hijo es tuyo, Colton. Yo no me acuesto con cualquiera.

Colton suelta una risa burlona y niega con la cabeza.

—Claro, eres prácticamente una puta monja. —Se dirige a la puerta de entrada y se gira para mirar a Tawny—. Ve a decírselo a quienquiera que le importe. Mi abogado se pondrá en contacto contigo.

—Tendrás que enfrentarte a mí con algo mejor que la amenaza de tu abogado para salir de esta —declara, y se endereza—. ¡Prepara el talonario y tu ego, porque les haré mucho daño, cielo!

—¿De verdad pensabas que podías entrar aquí como si nada, soltar todas estas mentiras y esperar que me las creyera? ¿Que dejaría que te marcharas con un buen cheque bajo el brazo o que me casaría contigo y viviríamos felices como las putas perdices? —exclama Colton—. ¡No es mi hijo!

Tawny se encoge de hombros con una expresión lisonjera que le transforma las facciones.

—La prensa se deleitará con esta historia... Será un escándalo muy sabroso al que hincarle el diente.

Empieza a caminar hacia la puerta principal y, justo cuando creo que soy capaz de recuperar el aliento, Colton cierra la puerta de un portazo y el sonido asalta el silencio en el que se había sumido la casa. Colton da media vuelta y se coloca a centímetros de la cara de Tawny. La voz le tiembla de ira.

—Noticias de última hora, cielo, más te vale atacarme con algo mejor que esa amenaza si crees que la prensa me asusta. Dos personas pueden jugar a ese juego —responde, y abre la puerta—. Asegúrate de contarles todos los detalles, porque yo no pienso callarme nada. Es increíble lo rápido que una carrera prometedora se puede ir al garete en esta ciudad cuando los rumores de lo diva y exigente que una puede llegar a ser alcanzan los oídos de todo el mundo. Nadie quiere trabajar con una zorra y te aseguro que tú te ajustas a ese perfil. Ahora lárgate de mi casa.

Tawny se dirige hacia Colton y lo observa fijamente, aunque él se niegue a mirarla a los ojos. Finalmente, sale por la puerta y la cierra de un portazo. Acto seguido, Colton agarra uno de los jarrones expuestos en el aparador que ha golpeado hace unos minutos y lo lanza contra la pared. El sonido del cristal rompiéndose y de todos los trozos esparciéndose por el suelo reverbera por la casa y desentona con la seriedad del momento. Colton no se ha quedado satisfecho, así que coloca la mano en el aparador y se apoya en él.

Doy un paso hacia delante para salir de entre las sombras del recibidor, y todavía no estoy segura de qué hacer cuando levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. Trato de leer las emociones reflejadas en su rostro, pero no puedo, porque ha vuelto a levantar un muro entre nosotros. Soy consciente de lo mucho que me costará derribarlo de nuevo y, solo de pensarlo, una pequeña parte de mí se muere y cae al suelo junto con la parte que se rompió el día en que el doctor me dijo que haría falta un milagro para quedarme embarazada de nuevo.

El vacío que siento en mi útero me golpea de nuevo cuando me dirijo hacia él. Colton me observa con la mandíbula y el cuerpo tensos.

—Colton... Yo...

—Rylee —advierte—. ¡Aléjate de mí!

—¿Qué pasa si es verdad? ¿Y si es cierto que sucedió y no te acuerdas?

Es el único pensamiento coherente que logro verbalizar, porque mi mente va a toda velocidad y no soy capaz de controlarla.

—¿Por qué? —Se gira para mirarme a la cara y trago saliva, nerviosa—.

¿Para que puedas jugar a las casitas? —Da un paso hacia mí y la mirada que me dirige me da escalofríos—. ¿Porque tienes tantas ganas de tener un bebé que casi puedes saborearlo? ¿Que harías lo que fuese por tener uno? ¿Incluso si eso significa quedarte con un bebé que puede que no sea mío? ¿Para que tú también puedas echarme el guante? Así tendrías lo mejor de los dos mundos, ¿no? Un montón de dinero y un bebé. El puto sueño de toda mujer.

Sus palabras son como un bofetón y hacen añicos la parte de mí que haría cualquier cosa con tal de ser madre.

—¡No es verdad! —grita Colton como si fuera un trueno—. No es verdad —repite en un tono de voz demasiado calmado.

Me quedo quieta. Quiero salir corriendo y quedarme a la vez. Ha herido mis sentimientos, pero también me siento devastada por él. Estoy en una encrucijada y lo único que quiero ahora mismo es acurrucarme en mi cama y olvidarme del resto del mundo. No pensar en Colton, en Tawny, en el dolor que nunca desaparecerá porque no volveré a sentir un bebé en mi interior. Jamás crearé una vida con alguien a quien ame. Se me encoge el estómago y tengo náuseas, así que me tapo la boca con las manos cuando me dan arcadas para evitar vomitar aquí en medio.

—Sí, a mí también me entran ganas de vomitar cuando pienso en ser padre —comenta con sorna, y percibo desprecio en su voz.

Ese no es el motivo por el que estoy a punto de echarlo todo aquí mismo, pero no puedo decírselo porque estoy tratando de que no suceda.

—«Solo sábanas». —Ríe con fuerza en un tono condescendiente y mira hacia el techo antes de fijar la vista en mí—. Qué irónico que estar entre sábanas con otra persona es lo que haya causado este dilema, ¿a que sí, Ryles? ¿Qué te parece esa frasecita ahora?

—Que te jodan —contesto, más para mí que para él, con la voz llena de dolor.

Ya he tenido suficiente. Tiene derecho a enfadarse. Puede que su horrible pasado se le esté pasando por la cabeza ahora mismo, pero eso no le da derecho de ser un puto gilipollas y pagarlo conmigo.

Se gira para mirarme; es pura furia en comparación con la tranquilidad que se cierne detrás de él.

—Exacto —espeta—. Estoy bien jodido.

Y con esas palabras, Colton abre de un tirón la puerta que lleva al porche

y se marcha. No lo detengo; no me importa. Observo cómo baja las escaleras que llevan a la playa y llama a su perro Baxter para que lo acompañe.

Capítulo 19

Cuanto más tiempo espero a que vuelva, más nerviosa me pongo.

Y más me enfado.

Estoy inquieta porque aparte de los largos de antes, Colton no ha hecho ejercicio desde que le dieron el alta, y eso sucedió ayer. Sé que su cabreo lo hará correr con más ímpetu, más rápido y durante más tiempo, y eso me desquicia porque no sé cuánto pueden aguantar los vasos sanguíneos de su cerebro, que aún no está del todo recuperado. Ya ha pasado casi una hora desde que se ha ido. ¿Cuánto es demasiado?

Y me cabrea que, después de todo lo que me ha dicho, sigo preocupándome por él.

Niego con la cabeza y me acuerdo de las palabras que me ha dirigido antes mientras contemplo la playa. Entiendo que se disguste y la necesidad innata de desahogarse sobre los prejuicios que ha tenido siempre, pero pensaba que ya habíamos superado eso. Creía que después de todo por lo que hemos pasado en el poco tiempo que llevamos juntos, yo ya le había demostrado que no era necesario. Que no era como las demás mujeres. Que lo necesitaba. Que nunca lo manipularía para conseguir lo que yo quisiera como han hecho tantas otras mujeres que han pasado por su vida. Que no lo abandonaría. Y, ahora mismo, tengo muchas ganas de marcharme, de escapar de la discusión y del dolor que me causará cuando regrese, pero no puedo hacerlo. Ahora más que nunca necesito demostrarle que no saldré corriendo cuando más me necesita, aunque la idea de que él tenga un hijo con otra persona me esté matando.

Trago saliva para deshacerme de las náuseas que se apoderan de mí otra vez, pero esta vez no logro frenarlas. Salgo corriendo hacia el baño y vacío el estómago. Me tomo unos minutos para recomponerme y calmarme, porque esto es demasiado para mí. Han sucedido tantas cosas en tan poco tiempo que mi mente solo quiere apagarse.

Pero si es cierto, ¿qué supondrá eso? Para él como persona, para nosotros como pareja y para mí como mujer, ya que nunca podré ofrecerle lo mismo. Especialmente, si se lo da ella. Se me revuelve el estómago de nuevo solo de pensarlo, y lo único que puedo hacer es apoyar la frente en la tapa del inodoro, cerrar los ojos con fuerza y deshacerme de las imágenes de un niño pequeño y adorable con el pelo negro, ojos verdes y una sonrisa traviesa. Un niño que nunca podré darle.

Pero ella sí. Y si se da el caso, ¿cómo demonios lograré soportarlo? Amar al hombre pero no al niño porque no soy su madre, simplemente porque es parte de Tawny... ¿Qué clase de persona horrible hace algo así? Y sé que no es verdad, pero, al mismo tiempo, sería un recordatorio constante y devastador de algo que otra puede ofrecerle y que yo no.

El regalo definitivo.

Amor incondicional e inocencia.

Me enjugo las lágrimas que no sabía que estaban empapándome las mejillas, oigo los ladridos distantes de Baxter y salgo al porche. El inofensivo perro sube las escaleras que llevan a la playa y se tumba en el suelo con un gruñido, cansado. Respiro profundamente y me preparo para cuando llegue Colton, sin saber con qué versión de él me enfrentaré.

Unos minutos después, aparece con el pelo sudoroso, las mejillas coloradas y la respiración acelerada. Quiero preguntarle cómo se encuentra o si le duele la cabeza, pero me lo pienso mejor. Dejaré que él establezca el tono que tomará la conversación.

Levanta la vista y sus ojos reflejan sorpresa cuando me ve. Se queda de pie con las manos en las caderas y me mira fijamente durante un segundo.

—¿Por qué coño sigues aquí?

Así que las cosas irán de este modo.

Pensaba que me había calmado, y esperaba que él también lo hubiese hecho después de haber salido a correr, pero es obvio que ambos seguimos

dolidos y empeñados en defender nuestros puntos de vista. La pregunta es: ¿cómo se tomará lo que tengo que decirle? ¿Se enfadará conmigo otra vez? ¿Me destrozará de nuevo? ¿O se dará cuenta de que, a pesar de la noticia bomba de Tawny, nuestra relación no se ha terminado? ¿De que podemos soportar el daño colateral?

—Ya no puedes huir más, Colton.

Espero que mis palabras, que él ha usado antes conmigo, den en el clavo y le entren en la cabeza.

Se detiene al lado de mi silla, pero sigue observando hacia abajo para evitar que nuestras miradas se crucen.

—No eres mi dueña, Ry. No tienes más derecho que Tawny a decirme lo que puedo o no puedo hacer —contesta. Su voz es un susurro, pero sus palabras son puñales.

—No es negociable, ¿recuerdas? —le advierto con un desafío que no se ve reflejado en mis ojos.

Colton se queda de pie, impaciente y con los músculos en tensión, y me siento obligada a continuar. A parar o a iniciar una discusión entre nosotros.

—Tienes razón. —Niego con la cabeza—. No soy tu dueña... ni tampoco quiero serlo. Pero cuando estás en una relación, no puedes herir los sentimientos de la otra persona solo porque estés enfadado y, luego, largarte. Eso tiene consecuencias, tiene...

—Te lo dije, Rylee. —Se gira para estar de cara a mí, aunque sigue sin mirarme, pero el tono de su voz de pura repugnancia hace que me ponga de pie—. Hago lo que me da la gana. Será mejor que tú recuerdes eso.

—Colton... —Es lo único que logro decir.

Me siento como si hubiese retrocedido unos cuantos pasos por su afirmación y su necesidad de aferrarse a la vida que cree que se le está escapando de las manos. Pero no lo entiende. Ya no se trata solo de su vida. ¡También tiene que contar con la mía! Esto va sobre el hombre que amo y las posibilidades de nuestra relación. Esta situación me mata tanto como a él, pero Colton está demasiado absorto en sus propios pensamientos como para verlo todo desde otra perspectiva. Me obligo a tragar saliva mientras trato de encontrar las palabras que quiero decirle para mostrarle que ambos sentimos el mismo dolor, no solo él. Pero soy demasiado lenta. Colton se me adelanta.

—Dices que tenemos una relación, Rylee... Pero ¿estás segura de que es

lo que quieres? ¡Porque así es mi vida! —exclama, y su cuerpo vibra sin parar a causa de toda la energía negativa que acumula—. La vida perfecta de Colton Donovan. Por cada buena noticia, hay un aluvión de malas.

Da un paso hacia mí para intentar antagonizarme y sacarme de mis casillas. Me clavo las uñas en las palmas de las manos para recordarme a mí misma que le deje hablar para que se desahogue. Para dejar que culpe a los demás si lo necesita, para que se clame y se dé cuenta de que esto no es el fin del mundo, a pesar de que yo me sienta así.

—¿Estás preparada para esta clase de curvas en la pista de carreras que es mi vida? —añade con sarcasmo, y se queda a unos metros de mí.

Noto el enfado que siente ahora mismo y la desesperación que hay en sus palabras para hacerme reaccionar. Trago saliva de nuevo y niego con la cabeza.

—De acuerdo —contesto lentamente. Trato de ganar tiempo mientras intento pensar en lo que diré a continuación—. ¿Qué tendrá de bueno y de malo?

—¿De bueno? —pregunta. Abre los ojos como platos y pequeñas gotas de sudor se le deslizan por el torso—. Lo que tiene de bueno es que estoy vivo, Rylee. ¡Estoy vivo, joder! —exclama, y se golpea el pecho con el puño.

Hago una mueca mientras espero a que su voz deje de resonarme en los oídos. Malinterpreta mi reacción y se enfada más.

—¿Qué? ¿Pensabas que iba a decir que eras tú?

Me digo a mí misma que ni se me ocurra llorar, que esa no es la respuesta que esperaba, pero ¿a quién quiero engañar? ¿De verdad pensaba que en mitad de todo este lío, Colton se aferraría a mí para encontrar fuerzas? ¿Para encontrar su razón de ser? Puedo tener esperanzas, pero no debería sorprenderme con un hombre que está tan acostumbrado a depender de sí mismo.

—¿Te crees que puedes venir aquí, jugar a las casitas, cuidar de mí hasta que me recupere y esperar que todos mis putos problemas y demonios desaparezcan? Supongo que Tawny acaba de desbancar esa teoría, ¿no? —Suelta una risa condescendiente que hace añicos la poca determinación que me quedaba—. El puto mundo perfecto que crees que existe es mentira. No puedes hacer limonada con un limón que está podrido por dentro.

Y no sé qué me duele más, el ácido que me consume el estómago, su voz

enfadada en mis oídos o el dolor que me oprime el corazón. La conmoción que ha dejado la visita de Tawny se convierte en un terremoto de incredulidad y angustia a medida que mis pensamientos se descontrolan y se estrellan contra un muro, igual que le pasó a Colton. Pero, esta vez, el daño colateral es demasiado intenso como para soportarlo y las paredes de mi ser se desmoronan a mi alrededor. Me entran náuseas de nuevo y trato de aferrarme a algo, lo que sea, con tal de no perder la esperanza por completo.

Necesito aire.

No puedo respirar.

Tengo que alejarme de todo esto.

Retrocedo unos cuantos pasos, porque necesito escapar, y me choco contra la barandilla. Reprimo las ganas de vomitar otra vez mientras aprieto la madera que tengo bajo los dedos e intento estabilizarme.

—Ya no puedes huir más, Rylee, tenemos una relación. ¿No son esas tus normas?

Su tono de burla está más cerca de lo que me esperaba y hay algo en el modo en que pronuncia las palabras, la intimidación recubierta de sarcasmo, que me saca de mis casillas.

Me giro inmediatamente.

—¡No estoy huyendo, Colton! ¡Estoy herida! ¡Me estoy haciendo añicos por dentro porque no sé qué decirte o cómo responderte! —grito— ¡Me cabrea estar enfadada contigo por ser tan cruel, porque tienes razón! Daría lo que fuera por tener un bebé. ¡Lo que fuera! Pero no puedo, y solo de pensar que alguien puede ofrecerte lo único que yo soy incapaz de darte me está matando.

Me llevo las manos a la cabeza y las dejo allí durante unos minutos mientras trato de dejar de llorar y reorganizarme los pensamientos. Alzo la cabeza y lo miro a los ojos de nuevo.

—¿Pero sabes qué? Aunque pudiera, nunca te usaría o te manipularía para llegar a tener un bebé. No soy como Tawny, joder, y no soy la mierda de persona que era tu madre.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras lo observo allí de pie, sorprendido por mis palabras.

Hace el ademán de hablar y levanto la mano para callarlo, porque necesito acabar de decirle todo lo que pienso.

—No, Colton, no estoy huyendo y no te dejaré, pero no sé qué hacer. ¡No tengo ni puta idea! ¿Me quedo aquí y dejo que me machaques más? Me estoy muriendo por dentro, Colton. ¿Es que no lo ves? —Me enjugo las lágrimas y niego con la cabeza; necesito que reaccione—. ¿O quieres que me vaya? ¿Que nos demos unos cuantos días para arreglar los problemas que tengamos y esperar a que se nos pase? No estoy resentida por que tengas la opción de elegir cuando yo no la tengo. Entérate de una vez de que no soy como todas las demás mujeres que se han aprovechado de ti.

Doy un paso hacia él, el hombre al que amo; desearía ser capaz de hacer algo al respecto, lo que fuese, para aliviar el caos que se ha desatado en su interior, pero sé que no puedo. Percibo que está en un momento crucial como yo, que el hecho de que se le presente la posibilidad de tener un hijo es más de lo que incluso él, un hombre que ha sobrevivido a tantas cosas, puede soportar, pero no sé qué hacer para ayudarlo, ahora que yo también me he quedado sumida en el desconcierto.

Tensa la mandíbula y veo que le cuesta controlar las emociones —su enfado, su necesidad de desahogarse—; me gustaría poder hacer algo más por él, porque si a mí se me está rompiendo el corazón, no puedo ni imaginarme el estado del suyo. Y lo único que se me ocurre es darnos un poco de espacio, darnos un tiempo para que nos aclaremos... para que nos tranquilicemos y podamos estar bien juntos otra vez.

Para que nos encontremos de nuevo.

Doy otro paso hacia él, y por fin levanta la vista y me mira a los ojos para mostrarme cómo se siente. Y quizá es el hecho de que nos conocemos muy bien y hemos derribado los muros tras los cuales no escondíamos juntos, porque, por mucho que Colton trate de enmascarar sus emociones, puedo leer todas y cada una de ellas en sus ojos. Miedo, ira, confusión, vergüenza, preocupación, incertidumbre. Percibo la verdad retratada en su mirada, me está retando para que salga corriendo y le demuestre que realmente soy como él cree que son el resto de mujeres. Al mismo tiempo, sus ojos también reflejan remordimiento, y una pequeña parte de mí suspira cuando lo atisba, porque eso me da algo a lo que aferrarme.

Avanza un paso hacia mí para que estemos cerca el uno del otro pero sin llegar a tocarnos. Leo las emociones que atraviesan sus facciones y el modo en que se le tensan los músculos cuando trata de contenerlas. Temo que, si lo

toco, ambos nos vendremos abajo, y ahora mismo los dos necesitamos ser fuertes.

Tengo que hacerlo.

—Mírame, Colton —espeto, y espero a que me devuelva la mirada—. Soy yo, la mujer que te conduce. La que luchará por ti contra viento y marea. La que hará cualquier cosa, lo que sea, para que el sufrimiento que hay en tus ojos y el dolor que esconde tu alma se esfume... para que desaparezca la acusación de Tawny... pero no puedo. No puedo ser nada para ti hasta que no dejes de apartarme de tu vida. —Me acerco a él un paso más. Quiero estirar el brazo y tocarlo para borrar la pena que hay en su mirada—. Porque lo único que quiero es ayudarte. Puedo soportar que te comportes como un gilipollas. Puedo soportar que te desahogues conmigo... pero eso no cambiará las cosas. No hará que Tawny o el bebé o ningún otro problema deje de existir. —Me atraganto con el llanto que me oprime la garganta—. Simplemente no sé qué hacer.

—Rylee... —Es la primera vez que Colton habla y me da un escalofrío cuando oigo la desesperación que hay en el modo en que menciona mi nombre—. Tengo la cabeza bastante jodida ahora mismo.

Me obligo a tragar saliva y asiento para que sepa que lo he escuchado. Colton cierra los ojos durante unos segundos y suspira profundamente.

—Mira, yo... Necesito un tiempo para aclararme... para no alejarte más de mí... Yo solo...

Me muerdo el labio inferior; no sé si estoy enfadada porque me ha dicho que me vaya o aliviada, así que me limito a asentir. Estira el brazo para tocarme, pero doy un paso hacia atrás, porque tengo miedo de que si lo hace no seré capaz de marcharme.

—De acuerdo —respondo. Mi voz es apenas un suspiro mientras sigo retrocediendo—. Hablamos en un par de días, entonces.

No puedo mirarlo ahora mismo. El dolor que ambos sentimos es tan palpable por razones distintas que me giro y me meto en la casa.

—Rylee.

Pronuncia mi nombre otra vez —nadie puede decirlo como él— y me detengo inmediatamente. Sé que se siente igual que yo, indeciso porque quiere que me quede y que me vaya al mismo tiempo, así que le doy la espalda y asiento.

—Lo sé.

Sé que lo siente. Siente herirme, amarme y hacerme pasar por todo esto. Lamenta lo de Tawny, su incertidumbre, mis propias inseguridades relacionadas con lo único que no puedo darle... Hay tantas cosas de las que se arrepiente... y la más grande de ellas es dejarme marchar ahora mismo porque no tiene el valor de pedirme que me quede.

Capítulo 20

—Estoy muy orgullosa de ti, colega.

Miro a Zander a los ojos y reprimo las ganas de llorar. Quiero que vea la profundidad de todo lo que siento por él por lo que acaba de hacer. Por darle al fiscal del distrito todo lo que les hacía falta para presentar cargos reales en contra del hombre que desapareció como el viento. Por sentarse en una mesa llena de hombres mayores y explicarles, en un tono asertivo, que por fin se ha recuperado, que su padre mató a su madre, que la atacó por la espalda y la apuñaló varias veces y, luego, esperó hasta que ella muriera mientras Zander se escondía detrás del sofá porque se suponía que ya tenía que estar en la cama. Eso sí que es un niño valiente. Lo estrecho entre mis brazos con fuerza, más por mí que por él, y me gustaría poder hacer que aquel recuerdo desapareciera de su mente para siempre.

—Pero ¿cómo te has vuelto tan valiente? —le pregunto.

No espero que me conteste, pero cuando lo hace, me quedo pasmada.

—Los superhéroes me ayudaron —admite sin inmutarse.

Trago saliva. Se me ha hecho un nudo en la garganta a causa de la emoción y soy incapaz de hablar. Miro a los ojos al niño que quiero con todo mi ser y no puedo evitar ver partes del hombre que es el dueño de mi corazón en ellos. El pecho me late por ambos y, aunque ahora mismo me llena un sentimiento abrumador de orgullo, está teñido con un poco de tristeza, porque sé que a Colton le encantaría saber lo que ha conseguido Zander hoy. Ha traspasado las barreras imaginarias a las que se enfrentan sin éxito la mayoría de adultos.

Pero no puedo decírselo.

Han pasado cuatro días desde que me marché de su casa.

Cuatro días sin hablarnos.

Cuatro días para él, para que ambos nos recompongamos.

Y cuatro días de caos absoluto para mí por muchas razones: el hogar, mis emociones, el frenesí mediático sobre la noticia de un posible bebé, echar de menos a Colton.

Le digo a Zander que pondré su queridísimo perrito de peluche en su habitación y que vaya a jugar con el resto de chicos. Quiero que sea un niño, se divierta, ría y se olvide de las imágenes que lo persiguen, si es que eso es posible.

Preparo la cena mientras el sonido familiar de los niños jugando fuera me ayuda a soportarlo todo.

Echo de menos a Colton. Hemos estado juntos cada día durante un mes y me había acostumbrado a su presencia, a su sonrisa, al sonido de su voz... Me duele que todavía no me haya llamado, pero, al mismo tiempo, tampoco espero que lo haga. Aparte de enviarme un mensaje para asegurarse de que había llegado bien a casa con el título de la canción «I Am Human», no sé nada de él. Tiene muchas cosas que considerar y asumir. Y Dios, sí, quiero estar a su lado para ayudarlo, pero tiene que hacerlo solo. Así de sencillo.

He perdido la cuenta de las veces que he agarrado el teléfono para llamarlo, para oír su voz y saber cómo está o solo para saludarlo, pero no puedo. Sé mejor que nadie que hasta que Colton no me deje entrar de nuevo en su amurallado corazón, una llamada no mejorará nada.

Mientras glaseo el pastel que he preparado para Zander como una pequeña recompensa por la valentía que ha demostrado hoy, el teléfono suena. Miro la pantalla e ignoro la llamada. Es un número desconocido que probablemente pertenezca a algún periodista que quiere pagarme una buena suma de dinero por explicarle mi versión de la historia de Tawny, ya que le dijo a la prensa que yo soy la otra mujer que se entrometió entre ella, la víctima embarazada, y el amor de su vida... Colton.

Lo único bueno de esta situación es que los *paparazzi* aún no han encontrado esta casa. Pero sé que no tardarán mucho en hacerlo y todavía no sé qué haré al respecto cuando eso suceda.

Y, por algún motivo, la historia que Tawny ha explicado me hace reír. No

me creo la exclusiva de la revista *Page Six* que dice que ella y Colton han retomado su relación. Estaba en casa de Colton. Sé lo mucho que la odia y todo lo que ella representa. No estoy triste por eso.

Es solo que lo echo de menos. A todo lo que tenga que ver con él.

Y lo gracioso es que esta vez no estoy preocupada por que se vaya a ir con otra. Ya hemos pasado por eso y, sinceramente, añadir a otra mujer a esta historia solo le complicaría la vida aún más. No, lo que me preocupa no es que pueda recurrir a otra mujer, sino que no recurra a mí.

Oigo voces mientras corto las patatas para la cena. Escucho que Connor dice:

—El imbécil ha vuelto.

—Podríamos tirarle huevos —comenta Shane.

¿De qué narices hablan?

—Chicos —los llamo mientras me lavo las manos y me dirijo al comedor

—. ¿Quién ha vuelto?

Shane inclina la cabeza hacia la ventana que da al camino de entrada.

—Ese tío —dice, y señala en la misma dirección—. Se cree que va de incógnito, pero está aparcado allí.

—Como si no pudiésemos verlo —añade Connor—. O como si no supiéramos que es un fotógrafo. Se le ve la cámara, tío.

Inmediatamente, corro las cortinas y miro hacia la calle. Antes de localizar el coche, ya sé lo que veré. El sedán de color azul oscuro está aparcado a unas cuantas casas de distancia y está parcialmente escondido por otro coche. Me había olvidado de él por completo.

Al menos este *paparazzi* solitario es lo bastante avaricioso como para no informar a los demás de dónde estoy para llevarse todo el dinero él solo. Me alegro de ello. Pero eso también significa que si él ha descubierto dónde vivo, los demás lo harán pronto y querrán sacar información de la rompefamilias que afirman que soy.

¡Joder! Sabía que el anonimato de la ubicación del Hogar era algo demasiado bueno para ser verdad.

—Vamos, chicos. Es hora de...

—¡Es genial que vayas a ser famosa! —exclama Connor a medida que avanza por el pasillo.

Empiezo a corregirlo, pero Shane se me adelanta y le da un empujoncito juguetón en el hombro.

—¡No es famosa, idiota! Colton es el famoso. ¿Es que no te enteras de nada?

—¡Eh! ¡Esa boca! —exclamo.

—Gracias por recogerme.

—No hay problema —dice Haddie, y acelera cuando el semáforo se pone verde—. Ha sido bastante divertido tomar el pelo a los fotógrafos, aunque no creo que ninguno de ellos me creyera cuando les he dicho que te estabas escondiendo dentro de casa.

Gruño. Me ha costado un tiempo acostumbrarme a los fotógrafos que merodean por los alrededores de mi casa, pero ahora temo que los pocos a los que me he acostumbrado se conviertan en un ejército.

—¿Puedo preguntar a qué se debe todo esto?

Haddie me mira y me dedica una de sus sonrisas traviesas.

—No, no puedes, porque no vamos a pensar en ellos... o en Colton... o en mí... o en nada que sea mínimamente importante.

—¿Ah, no?

Clavo la vista en ella y no puedo evitar sonreír y alegrarme de que pudiese recogerme del trabajo para contener a los buitres de la prensa.

—¡No! —responde, y los neumáticos chirrían cuando gira—. Encontraremos un rincón oscuro, ahogaremos nuestras penas y buscaremos un buen sitio para ir a bailar hasta que no nos acordemos de nada.

Me río con ella; me parece una idea genial. Es una vía de escape de los pensamientos que se me pasan por la cabeza constantemente y del pesar que siento en el corazón.

—¿Qué te pasa? ¿Qué penas quieres ahogar?

Por un momento, me entristece que ambas hayamos estado tan ocupadas durante estas últimas semanas que no sé la respuesta a la pregunta que acabo de hacerle, cuando antes nunca habría tenido que preguntarle siquiera.

Se encoge de hombros y se queda en silencio unos segundos antes de

hablar.

—He tenido algunos problemas con Lexy.

Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere, porque ella y su hermana están muy unidas, pero Haddie se me adelanta.

—No vamos a hablar de nada importante, ¿recuerdas?

—¡Me parece estupendo!

La música de la radio llena el coche y ambas empezamos a cantar.

Apoyo el vaso en la mesa y me percató de que se me han entumecido un poco los labios. Bueno, la verdad es que bastante. Veo que Haddie sonríe al hombre que tenemos delante, en el otro extremo de la barra del bar, luego me mira y su sonrisa se amplía.

—Se parece un poco a Stone —dice, y me alegro de haberme acabado el trago porque lo habría escupido.

No sé por qué me resulta tan gracioso, porque la verdad es que no lo es, pero empiezo a relacionar un recuerdo con otro. Stone me hace pensar en As, y As me hace pensar en Colton, y pensar en Colton hace que tenga todavía más ganas de verlo. De estar con él.

—No, no, no —dice Haddie cuando se da cuenta de lo que estoy pensando—. Otra ronda —le pide al camarero—. No pienses en él. Me lo has prometido, Ry. No hablaremos de chicos ni nos pondremos tristes. No permitiremos que un pene nos arruine la velada.

—Tienes razón —contesto. Me río y espero que me crea, aunque sé que no estoy siendo muy convincente—. No permitiremos que un pene nos arruine la velada —repito, y el camarero nos sirve dos copas más—. Gracias —murmuro, y me concentro en remover el hielo con la pajita en lugar de pensar en Colton y preguntarme qué estará haciendo y en qué estará pensando. Pero fracaso miserablemente—. Le conté lo de Stone el otro día.

Me sorprende que Haddie me haya oído. Lo he dicho en voz muy baja, pero sé que lo ha hecho porque da un golpe en la barra.

—¡Sabía que no podrías hacerlo! —exclama, atrayendo la atención de las personas que tenemos alrededor—. Sabía que acabaríamos hablando del tema

sin importar lo mucho que bebiésemos.

—Lo siento —digo, y aprieto los labios—. De verdad que lo siento.

Me concentro en mi copa de nuevo; me siento mal por haber defraudado a mi amiga.

—Eh —añade, y me acaricia el brazo—. No puedo imaginarme... Lo siento. Solo trataba de alejarnos del dominio de los penes y abrazar a nuestra zorra interior durante unas horas.

Arqueo las cejas ante el comentario y niego con la cabeza.

—De acuerdo —accedo. Reposo la cabeza en su hombro, pero no estoy de humor.

—¿Has hablado con él?

—Pensaba que no hablaríamos del dominio de los penes, especialmente los que pertenecen a Colton o Stone —apunto.

—Bueno —comenta, alargando las vocales—. Es muy difícil no hablar del de Colton cuando es tan *sexy*, con esa mirada de «fóllame» y, en general, tan atractivo. Joder, el único motivo que podría tener una mujer para echarlo de su cama sería para tirárselo en el suelo.

Me río de verdad hasta que, de repente, la risa se convierte en llanto y empieza a temblarme el labio. Sollozo e inmediatamente maldigo al alcohol, porque tiene que ser culpa suya que me haya puesto triste de repente y lo eche de menos más que nunca.

«¡Contrólate, Thomas! Has tenido una semana muy mala. Sé fuerte», me digo a mí misma, pero no sirve de nada porque no importa si es un día o diez, siempre lo echo de menos. Deseo verlo más que nada en el mundo.

—Por fin te desahogas —dice Haddie, que me rodea los hombros con el brazo y me acerca hacia ella.

—¡Cállate! —exclamo, pero no lo digo en serio.

Estoy en un bar un viernes por la noche con mi mejor amiga y tendría que estar divirtiéndome. Sin embargo, solo puedo pensar en Colton. ¿Estará bien? ¿Se ha hecho una prueba de paternidad? ¿Me llamará? ¿Por qué no me ha llamado todavía? ¿Está pensando en mí tanto como yo en él?

—Voy a decir una cosa, porque ambas sabemos que, aunque estamos sentadas aquí juntas, Colton está entre nosotras metafóricamente. Y por mucho que puede que la idea lo entusiasme...

Me río de nuevo.

—Dios, odio esto.

—Entonces, ¿por qué no lo llamas?

Y esa es la pregunta del millón.

—Todos los problemas con Tawny le han afectado mucho, porque está sacando mierda de su pasado y, por mucho que quiera estar allí o llamarlo, no dejaré que lo pague conmigo. He llamado a Becks para preguntarle cómo está Colton. —Me encojo de hombros—. Me dijo que estaba bien pero bastante jodido. Quiero hablar con él —admito, y Haddie me acaricia el brazo de nuevo—. Pero necesito darle el espacio que me ha pedido. Ya me llamará cuando se recomponga.

—*Mmm...* Me pregunto dónde habré oído esa frase antes —dice con ironía.

Me limito a encogerme de hombros de nuevo.

—Creo que lo dijo una mujer muy sabia.

—Muy, pero que muy sabia. —Ríe, pone los ojos en blanco y brinda con su copa—. Y como yo soy esa mujer, ¿puedo ofrecerte otro pequeño consejo?

—¿Un «Haddismo»?

—Exacto, un «Haddismo». Me gusta ese término. —Asiente con la cabeza, da un sorbo a su copa y sonrío de nuevo al chico que tenemos justo enfrente—. Una vez te pregunté si creías que Colton merecía la pena... Y ahora que has pasado más tiempo con él, ¿sigues pensando lo mismo? ¿Ves la posibilidad de tener un futuro juntos?

—Lo amo, Had.

La respuesta sale disparada de mis labios. No he dudado ni un segundo; estoy convencida.

Se me queda mirando y percibo que bajo la superficie de su rostro serio está escudriñando mi reacción mientras trata de hacerse una idea de la situación. Mi respuesta repentina le ha sorprendido un poquito.

—¿Lo amas porque es el primer chico con el que has estado después de lo de Max o porque es el hombre que has elegido? No porque quieres arreglarlo, porque ambas sabemos que te gustan las personas con el alma herida, sino porque escoges al hombre que es ahora y al que será dentro de cinco años.

No respondo. No lo hago porque no sepa la respuesta, sino porque no

puedo formar las palabras a causa del nudo que se me ha hecho en la garganta. Además, ella puede ver la respuesta en mis ojos y me conoce lo bastante bien como para saber lo que siento.

—¿Y si el bebé es suyo?

Por fin consigo hablar.

—Joder, me estás haciendo todas las preguntas difíciles hoy. Creía que se suponía que esta noche no pensaríamos en nada importante. Creía que me ofrecerías un «Haddismo» en algún momento.

No es que yo no me haya hecho estas mismas preguntas a mí misma, pero oírlas en voz alta hace que todo parezca mucho más real.

Porque a veces la carga emocional puede ser muy poderosa y el amor no basta para superarla.

—Enseguida te lo doy —afirma, y me acerca mi copa—. Pero esto también es importante porque mi mejor amiga lo está pasando mal, así que bebe un poco y respóndeme.

Doy un sorbo y no puedo evitar esbozar una sonrisa de resignación.

—El problema no es si el bebé es suyo o no... Es su reacción lo que me preocupa. —Y, por primera vez, admito en voz alta lo que más temo—. ¿Qué pasa si él es el padre y no puede soportarlo? ¿Cómo voy a amar a un hombre que no puede querer a su propio hijo, independientemente de quién sea su madre? ¿Le dará un cheque para que se marche y actuará como si el bebé no existiera? ¿Y si escoge esa opción? ¿Cómo podría dormir al lado de un hombre a quien no le importa su hijo y, luego, irme a trabajar a una casa llena de niños que pasaron por el mismo problema? ¿Qué clase de hipócrita sería, entonces?

Y ahí lo dejo. Ya lo he dicho. Mi mayor miedo es estar enamorada de un hombre que abandone a su propio hijo. Temo tener que alejarme del hombre al que amo porque no pueda enfrentarse a sus propios demonios y no consiga aceptar el hecho de que puede ser lo que su hijo necesita. Elecciones comprometedoras, preferencias y deseos de estar en una relación son una cosa; transigir quién eres, todo aquello que te hace ser tú, tus creencias y valores morales, no es negociable.

Suspiro y niego con la cabeza.

—¿Qué pasará entonces, Haddie? ¿Qué pasará si se decanta por esa opción?

—Bueno... —Estira el brazo y me da un apretón en la mano—. De momento no tenemos ninguna respuesta, así que no hay forma de saber qué pasará. En segundo lugar, tienes que darle el beneficio de la duda... Estaba sorprendido, disgustado y enfadado el otro día cuando Tawny le soltó la noticia... Pero Colton es una buena persona. Mira cómo se comporta con los chicos.

—Lo sé, pero tú no estabas allí. No viste cómo reaccionó cuando...

—¿Sabes lo que pienso? —me interrumpe y alza los dos chupitos de tequila que llevan un rato en la barra y que todavía no hemos tocado.

La miro y trato de averiguar por qué de repente quiere hacer un brindis en medio de esta conversación tan seria, pero agarro mi chupito.

—Creo que nunca hay que pensar mal de un hombre a no ser que sea peor de lo que esperabas cuando está entre tus piernas.

Me atraganto cuando Haddie acaba la frase. Ya debería estar acostumbrada a los comentarios que hace, pero sigue sorprendiéndome, y eso hace que la aprecie aún más. Cuando dejo de reír, la miro.

—Uno por la suerte...

—Y uno por valiente —termina el brindis y nos bebemos los chupitos.

Agradezco la sensación ardiente del alcohol en mi garganta, me alegro de estar aquí y ahora con mi mejor amiga y, cuando le doy vueltas a lo que acaba de decir, la miro por el rabillo del ojo.

—Así que solo si no es tan bueno como esperabas cuando está entre tus piernas, ¿eh? ¿Es un dicho familiar? ¿Os lo habéis pasado de generación en generación?

—Sí —afirma, y aprieta los labios para contener la sonrisa que sé que está a punto de esbozar—. Nunca molestes a un hombre cuando te está comiendo la flor.

—Haddie. —Río con fuerza—. ¿En serio?

—Puedo acribillarte a dichos durante toda la noche, cariño.

Brindamos de nuevo y noto que me duelen las mejillas de tanto sonreír.

—Tengo otro para ti. Cuando tu mejor amiga está triste, es tu responsabilidad emborracharla y sacarla a bailar.

—Bueno —digo mientras me bajo del taburete y espero a que el mundo deje de dar vueltas—. ¡Creo que es una idea perfecta!

Haddie paga la cuenta y pedimos un taxi mientras nos tambaleamos hacia la puerta del bar. Me obligo a no pedirle que me lleva a casa de Colton porque, ahora mismo, lo único que me apetece es estar con él, de la mejor y la peor manera. De todas las maneras.

—Vamos, es hora de irse. Tres horas en un bar es demasiado tiempo — comenta, y entrelaza el brazo con el mío para ayudarme a caminar dignamente hacia la entrada.

En cuanto salimos por la puerta, la noche oscura estalla con un bombardeo de *flashes* y gritos.

—¿Qué se siente al ser conocida como una «rompefamilias»?

—¿No te sientes culpable por haberte entrometido en la relación de Colton y Tawny?

—¿No es bastante hipócrita que tratas de convencer a Colton para que abandonara a su bebé cuando trabajas con niños que han pasado por la misma situación?

Y me siguen acribillando a preguntas. Una tras otra. Me siento atrapada. Haddie intenta guiarme a través de la confusión de cámaras, micrófonos, *flashes* y caos.

Creo que la prensa me ha encontrado.

Capítulo 21

Colton

—¿Hablas en serio?

Reprimo las ganas de estrellar algo contra la pared. El impulso de hacerlo se está apoderando de todas y cada una de mis putas emociones, especialmente de la que me hace anhelar el sonido de la destrucción. El sonido de mi puta vida implosionando.

Me obligo a apartar de mi mente las imágenes que me han perseguido estos últimos días.

Análisis de sangre, marcadores genéticos y malditas pruebas de paternidad.

Tawny, sus mentiras y sus lágrimas de cocodrilo son buitres que se alimentan de mi alma como si fuera carroña.

Visité a Jack y Jim, y me cansé de contemplar mi vida a través del culo de un vaso vacío, por lo que empecé a beber directamente de la botella.

Y también está Rylee.

Encuentro pequeñas partes de ella por todos lados. Las sábanas huelen a ella. Un coiletero que reposa en la pica del baño. Las latas de su querida Coca-Cola *Light* alineadas perfectamente en la nevera. Su Kindle en la mesita de noche. Cabellos en mi camiseta. Son pruebas de que su perfección existe. Pruebas de que es posible que algo tan bueno y puro ame a alguien como yo: perjudicado y muy, pero que muy jodido.

La quiero y la necesito, odio anhelarla y que me haga tantísima falta, pero

no puedo hacerlo. No puedo arrastrarla hacia esta maldita tormenta mediática que me rodea, no quiero que tenga que lidiar conmigo hasta que me haya hecho una idea de todo lo que está sucediendo. No hasta que pueda controlar las emociones que dirigen mis acciones.

No hasta que obtenga el negativo que deseo en la prueba de paternidad.

Mi madre tenía razón. Tenía toda la razón del mundo, joder, y solo estuvo conmigo durante ocho de mis treinta y dos años de vida... Si eso no dice algo de mí, ya no sé qué más podrá hacerlo. Nadie puede amarme. Si alguien lo hace, si dejo que alguien entre demasiado en mi vida, mis propios demonios empezarán a atormentarles también. Se deslizarán a través de las brechas que tengo en el corazón y encontrarán el modo de arruinarlos.

—Colton, ¿estás ahí?

La voz me devuelve a la realidad de inmediato y me olvido de los pensamientos con los que he estado obcecándome constantemente durante la última semana.

—Sí —contesto a mi publicista—. Estoy aquí, Chase.

Aparto las mantas que están en la mesa que tengo delante, pero no importa si las tiro a la basura o las quemo, porque la imagen de Rylee saliendo del bar se me ha quedado grabada en la mente con fuego. Ojos sorprendidos, labios abiertos y una expresión de malestar a causa del torbellino en el que se vio envuelta cuando salió.

Y me está matando por dentro. Se me parte el corazón que toda la mierda por la que estoy pasando haya causado aquella expresión en su rostro. El miedo en su mirada. Lo único que quiero es estar con ella y estrecharla entre mis brazos, pero ahora mismo no puedo. No puedo porque no tengo ni las palabras ni las acciones adecuadas para mejorar la situación. Para que todos los problemas desaparezcan. Para protegerla.

—Esto es una puta mierda y lo sabes.

Oigo cómo mi publicista suspira al otro lado del teléfono. Sabe que estoy cabreado y que, a pesar de lo que me diga, no seré feliz hasta que no me dé luz verde para ir a por los capullos que están acosando a Ry y darles una paliza.

—Colton, después de las acusaciones de Tawny es mejor que no hagas nada. Si reaccionas, tu imagen podría verse...

—¡Me importa una mierda mi imagen!

—Créeme, lo sé. —Suspira—. Pero si respondes, alimentarás a la prensa, te prestarán atención durante más tiempo y esperarán a ver cómo la cagas o pierdes los papeles. Eso significa que también acosarán más a Rylee...

Joder, tiene razón. Pero daría lo que fuera por salir de casa y decirles lo que pienso.

—Uno de estos días, Chase, lo haré —adviento.

—Lo sé, lo sé.

Tiro el teléfono a la otra punta del sofá y me paso las manos por la cara antes de hundirme entre los cojines y cerrar los ojos. ¿Qué cojones voy a hacer? ¿Y desde cuándo me preocupan este tipo de cosas?

¿En qué me he convertido? He pasado de que no me importara nada ni nadie a echar de menos a Rylee y querer ver a los chicos. Joder.

Una voz que le da las gracias a mi empleada del hogar, Grace, me devuelve a la realidad otra vez y me aleja de los putos unicornios y arcoíris que no pertenecen a mis pensamientos. De la mierda asociada con coños y culos. De la mierda que no puede convivir con el otro veneno que habita en mi mente.

Espero un segundo. Sé que está ahí, observándome, tratando de determinar cómo estoy, pero no dice nada. Abro un ojo poco a poco y lo veo apoyado en el umbral de la puerta con los brazos cruzados y la preocupación reflejada en su mirada.

—¿Vas a quedarte ahí parado mientras me observas o vas a pasar para juzgarme cara a cara?

Se me queda mirando unos segundos más. Juro por Dios que odio esta sensación. Odio saber que, junto con una larga lista de personas, también lo estoy decepcionando a él.

—No te juzgaré, hijo —responde cuando entra en la habitación y se sienta en el sofá que hay delante de mí.

No puedo mirarlo a los ojos. Menos mal que está Grace, porque sino este sitio sería un desastre y entonces él sabría de verdad lo mucho que me ha afectado toda esta situación con Tawny. Suspiro y pienso en lo mucho que me gustaría beberme una cerveza ahora mismo. Ya que estamos, que empiece la fiesta, ¿no?

—Suéltalo, papá, porque sé muy bien que no te has pasado solo para saludar.

Se queda callado durante un momento y no puedo soportarlo más. Al final, clavo la vista en él. Nuestras miradas se encuentran y sus ojos grises meditan qué decirme mientras aprieta los labios.

—Bueno, lo cierto es que me he pasado por aquí para ver cómo estabas lidiando con todo lo que te ha caído encima —responde, y hace un gesto de indiferencia con la mano—. Pero es bastante evidente que estás de muy mal humor.

Se recuesta en la silla, apoya los pies en la mesita que tiene delante y se me queda mirando.

«Joder, se está poniendo cómodo», pienso.

—¿Vas a hablarme, hijo, o nos quedaremos aquí toda la noche mirándonos el uno al otro? Porque tengo todo el tiempo del mundo.

Le echa un vistazo a su reloj y me mira.

¡Joder! No quiero hablar de toda esa mierda ahora. No quiero hablar sobre bebés, mujeres cazafortunas, y los niños y la mujer en los que no puedo dejar de pensar.

—No tengo ni idea.

—Tendrás que ofrecerme algo más que eso, Colton.

—¿Como qué? ¿Que la he cagado muchísimo? ¿Es eso lo que quieres oír? —espeto, y espero a que reaccione.

Me alegra ser yo quien presione a alguien, para variar. Todos los que se han cruzado en mi camino me ha tratado con pies de plomo, asustados de que perdiera los papeles y me enfadara con ellos, por lo que sienta bien tener un poco de control ahora, aunque sé que me arrepentiré después por haber tratado así a mi padre.

—¿Quieres que te diga que me follé a Tawny y que me lo merezco porque la dejé tirada y ahora viene a por mí y me dice que está embarazada? ¿Que no quiero tener un hijo y que no tendré ninguno, ni con ella ni con nadie? Nunca. Porque me niego a dejar que alguien utilice a un niño como si fuera un peón para conseguir lo que quieren de mí. ¿Cómo demonios puede alguien como yo ser padre si estoy tan jodido como cuando me encontraste?

Me levanto del sofá y empiezo a deambular por la habitación. Estoy enfadado con él porque no ha picado, no ha protestado ni ha discutido conmigo como esperaba, sino que se ha limitado a quedarse ahí sentado con

una mirada de aceptación y comprensión absoluta. De sosiego. Quiero que me diga que me odia, que lo he decepcionado, que me merezco todo lo que me está pasando, porque eso es mucho más fácil para mí que esperar y creer lo contrario.

—¿Y qué piensa Rylee de todo esto?

Me detengo y lo observo. ¿Qué? No esperaba que dijera eso.

—¿A qué te refieres?

—Te he preguntado que qué piensa Rylee de esta situación.

Se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y me mira con los ojos inquisitivos y las cejas arqueadas.

—No tengo ni puta idea —gruño, y mi padre niega con la cabeza.

Joder, odio tener que dar explicaciones. Pero es mi padre. Mi superhéroe favorito. Tengo que contárselo.

—Estaba aquí cuando Tawny entró por la puerta y nos lo contó todo. Nos peleamos porque lo estaba pagando con ella y me estaba comportando como un gilipollas desconsiderado. No dejaba de quejarme sobre un bebé que no quiero, cuando ella ni siquiera puede concebir uno. Metí la pata hasta el fondo —explico, y pongo los ojos en blanco—. Acordamos darnos un tiempo para aclararnos las ideas. Para que me calmara.

—¿Y no has hablado con ella desde entonces?

—¿Qué es esto, papá? ¿Un interrogatorio? ¿Tengo pinta de haberme tranquilizado? —Río con sarcasmo. Doy un paso hacia delante y veinte hacia atrás—. ¿Tawny sigue embarazada? ¿Ya han salido los resultados de la prueba de paternidad? Sí y no, respectivamente. Así que no, todavía no la he llamado. Súmalo a la lista de cosas a echarme en cara.

Se me queda mirando.

—¿Crees que es eso lo que estoy haciendo? ¿Echarte cosas en cara? Porque parece que ya te las estás arreglando bastante bien tú solito, hijo. Déjame plantearte la pregunta que deberías estar haciéndote a ti mismo: ¿por qué no has sacado la cabeza de tu culo y la has llamado?

Suspiro profundamente. De puta madre.

—No quiero hablar de eso ahora, papá.

«Márchate, por favor», pienso. Deja que me beba otra botella de *whisky* mientras pasan las horas y los médicos se toman su tiempo en determinar si

acabo de joder mi vida y la de un bebé que aún no ha nacido. Porque si es mi hijo, joder, ya empezará esta vida con el alma contaminada, y eso es algo con lo que mi conciencia no puede cargar.

—Pues yo sí que quiero hablar de eso, así que siéntate y ponte cómodo, Colton, porque no me iré hasta que no hayamos hablado. ¿Te ha quedado claro?

Me quedo boquiabierto y me acuerdo de hace quince años, cuando pasé una noche en comisaría por participar en una carrera ilegal. Su voz me transporta a aquel momento en que me vino a buscar, me echó una buena bronca y me explicó cómo serían las cosas a partir de entonces. Joder. Tengo pelo en el pecho y una casa propia, pero mi padre aún es capaz de hacerme sentir como si fuera un adolescente.

La ira me recorre todo el cuerpo. No quiero que me suelte un sermón, lo que necesito de verdad es que la prueba de paternidad dé negativo. Y a Rylee entre mis brazos mientras suspira y la abrazo con fuerza. Es el placer definitivo para dejar atrás todo este dolor que me corroe.

—Bien —dice, y hace que me centre en él en lugar de en mis recuerdos de Rylee—. ¿De verdad dejarás que Rylee se marche sin más? ¿Dejarás que se aleje de tu vida por Tawny?

—¡No se irá! —exclamo, enfadado por que piense algo así. Porque no lo hará, ¿verdad?

Arquea una ceja.

—Exacto. —Alzo la vista para mirarlo a los ojos—. Así que deja de tratarla como si lo hubiese hecho. Ella no es como tu madre.

Quiero gritarle que ya sé que no es como ella. Que no se atreva a mencionarla en la misma frase, pero en su lugar jugueteo con los hilos que sobresalen de las costuras del sofá mientras trato de encontrar la respuesta que desea escuchar. Quiero que sepa que estoy intentando convencerme a mí mismo de que es verdad.

—Rylee no se merece esto... toda esta mierda que viene conmigo. Mi pasado... y ahora mi posible futuro.

Se aclara la garganta. Odio ese ruido, porque no sé qué significa.

—¿Eso no es algo que debería decidir ella, Colton? No puedes tomar decisiones en su nombre. ¿No crees que ella debería opinar también?

«Cállate», quiero decirle. No me recuerdes lo que se merece, porque ya lo

sé. ¡Ya lo sé, joder! Y lo sé porque yo no puedo ofrecérselo. Pensaba que podía. Creía que quizá sería capaz de hacerlo, pero ahora, con todos estos problemas, sé que no puedo. Ha consolidado todas las cosas que dijo... todo de lo que mi alma nunca logrará deshacerse.

—Según tú, Rylee no te dejará cuando las cosas se compliquen, hijo, pero tus acciones me están diciendo algo completamente diferente. Y, aun así, no la viste luchar por ti cada maldito día que pasaste en esa cama de hospital. Cada día. No te dejó ni un momento. Así que eso me lleva a creer que este pequeño dilema que tienes no trata sobre ella.

Todo mi cuerpo se revuelve por lo que acaba de decir. Unas palabras que, si las hubiese dicho alguien que no fuera él, me habrían cabreado, pero el respeto que siento hacia mi padre me obliga a controlarme para no gritarle porque sus comentarios me han llegado al alma.

—Esto va sobre ti.

El tono decisivo que refleja su voz es como un puñetazo en el estómago. Me tienta a que muerda el anzuelo, y no puedo soportarlo más.

Tengo tantas ganas de hablar de esto como de pasar otra noche sin Rylee en mi cama. Cuando alguien observa de cerca, mis fantasmas y todos mis problemas salen a la superficie, y ya no puedo acarrear con más dolor o traumas que me atormenten.

Pero mi padre ha encendido la mecha y me ha rociado con gasolina. Ardo por dentro, y toda la frustración, la incertidumbre y la soledad de estas últimas semanas sale a la luz y explota en mi interior. Desgasto el parqué de tanto caminar de un lado a otro para tratar de enfrentarme a lo que siento, para intentar controlarlo, pero no sirve de nada.

—¡Mírame, papá! —grito, y lo veo recostado en el sofá.

Abro los brazos y me odio a mí mismo por el modo en que se me quiebra la voz y por esta muestra de debilidad imprevista.

—¡Mira lo que ella me ha hecho!

No tengo que explicar a quién me refiero, porque el desprecio que se percibe en mi voz lo deja bastante claro.

Me quedo allí de pie con los brazos estirados, el pulso acelerado y enfadado mientras él sigue sentado sin inmutarse, tranquilo; encima, tiene el valor de sonreírme.

—Ya lo hago, hijo. Te miro cada día y pienso que eres una persona

increíble.

Sus palabras me dejan sin aliento. ¿Le grito y él me responde con eso? ¿A qué juega? ¿A joder a Colton más de lo que ya está? Oigo lo que me dice, pero no lo asimilo. No es verdad. Increíble y dañado no son sinónimos.

El término «increíble» no se puede utilizar para describir a la persona que le dice al hombre que abusa de él que lo ama, sin importar que las palabras sean forzadas o no.

—Eso no es posible —murmuro, rompiendo el silencio en el que nos hemos sumido.

Recuerdos repugnantes alimentan mi ira y me aíslan el alma. Ni siquiera puedo mirarlo a los ojos, porque no quiero que vea lo mal que estoy de verdad.

—No es posible —repito con un tono más contundente—. Eres mi padre. Se supone que tienes que decir ese tipo de cosas.

—No. Y, técnicamente, no soy tu padre, así que no tengo que decir nada.

Eso me deja pasmado y me transporta a cuando era un niño pequeño y asustado que temía que lo devolvieran al lugar del que venía. Nunca me ha dicho nada así antes, y ahora sí que me he puesto nervioso por la dirección que ha tomado esta conversación. Mi padre se levanta y avanza hacia mí mientras me mira fijamente.

—Te equivocas. No tenía por qué detenerme y sentarme contigo en el umbral de aquella puerta. No tenía que llevarte al hospital, adoptarte ni amarte... —continúa, y sigue alimentando cada una de las inseguridades que tuve durante mi infancia.

Me obligo a tragar saliva y a no apartar la vista porque, de repente, me aterra oír lo que está a punto de decir. Las verdades que admitirá.

—Pero ¿sabes qué, Colton? Incluso cuando tenías ocho años y eras un niño asustadizo y hambriento, ya sabía que eras una persona maravillosa y un ser humano increíble al que no podría resistirme. ¡Ni se te ocurra ignorarme! —grita de repente, y me sorprende. Ha pasado de hablar en un tono calmado a cabrearse en cuestión de segundos.

Me detengo de inmediato y mi necesidad de escapar de esta conversación que está removiendo la mierda en la que se ha convertido mi vida me suplica que salga pitando por la puerta y me vaya a la playa que hay justo al otro lado. Pero no lo hago. No puedo. Me he alejado de todas las putas cosas que han

aparecido a lo largo de mi vida, pero no puedo hacerlo con la persona que no me dejó tirado. Hundo la cabeza y aprieto los puños debido a la ansiedad que me causan las palabras que dirá a continuación.

—He esperado casi veinte años para tener esta conversación contigo, Colton. —Habla con la voz más calmada y neutra, y me pone todavía más nervioso que cuando se enfada—. Sé que quieres huir de toda esta locura, salir por la puerta y marcharte a tu querida playa, pero no lo harás. No dejaré que escojas la vía fácil.

—¿La vía fácil? —exclamo, y me giro para observarlo cara a cara con una mirada que refleja años de ira contenida. Años de preguntarme a mí mismo qué pensaba realmente de mí—. ¿Quieres decir que todo por lo que he pasado es la vía fácil?

Mi padre sonrío de nuevo y, aunque sé que solo está incitándome y tratando de provocarme para que muerda el anzuelo y me desahogue por completo, pico igualmente.

—¿Cómo te atreves a quedarte ahí plantado y actuar como si, aunque tú me acogiste, hubiese sido fácil para mí? ¡¿Que la vida me resultó fácil?! —grito, y el cuerpo entero me vibra de lo enfadado que estoy. El resentimiento que siento explota en mi interior—. ¿Cómo puedes decirme que soy una persona increíble cuando durante veinticuatro años me has dicho un millón de veces que me quieres y yo no te lo he dicho ni una sola vez. ¡Ni una puta vez! ¿Y eso no te parece mal? ¿Cómo se supone que no tengo que pensar que estoy jodido cuando tú me has dado todo y yo absolutamente nada a cambio? ¡Ni siquiera puedo ofrecerte dos palabras!

Cuando acabo de hablar, vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que estoy a centímetros de mi padre. Estoy temblando a causa de la ira que me ha consumido por dentro durante toda mi vida y que ha destrozado mi corazón de piedra.

Doy un paso hacia atrás. Él avanza y se coloca a meros centímetros de mí otra vez.

—¿Nada? ¿Nada, Colton? —exclama, y su voz resuena por la habitación—. Me lo has dado todo, hijo. Esperanza, orgullo y todo lo que nunca esperaba recibir. Me enseñaste que tener miedo no es algo malo. Que a veces tienes que dejar que quienes amas sigan su sueño porque es la única manera de que se sientan libres de las pesadillas que los acechan. Tú, Colton, me has

enseñado qué significa ser un hombre, porque es muy fácil serlo cuando te sirven el mundo en una bandeja de plata, pero ¿cuando tienes que pasar por la mierda que has tenido que vivir y, aun así te conviertes en el hombre que tengo delante? Eso, hijo, es la definición de ser un hombre.

«No, no, no», deseo gritarle para tratar de ahogar los sonidos que no puedo creer. Intento taparme los oídos como si fuera un niño pequeño, porque es demasiado. Todo: las palabras, el miedo, la puta esperanza de que puede que solo me haya doblado un poco y no esté del todo roto. Todo me supera. Sin embargo, mi padre sigue insistiendo y necesito controlarme con todas mis fuerzas para no pegarle cuando me aparta las manos de las orejas.

—No, no —gruñe mientras se esfuerza en moverme los brazos—. No pienso marcharme hasta que te haya dicho lo que he venido a contarte, el tema que he estado posponiendo durante demasiado tiempo. Ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba como padre por no obligarte a escucharme antes. Así que cuanto más te resistas, más tiempo pasaremos aquí, por lo que te sugiero que me dejes acabar, hijo, porque como te he dicho antes, tengo todo el puto tiempo del mundo.

Me limito a mirarlo, perdido entre dos pensamientos opuestos: el de un niño pequeño que suplica desesperado aprobación y el de un hombre que es incapaz de creérsela cuando por fin se la ofrecen.

—Pero no es posi...

—Pero nada. No me vengas con peros —espeta.

Me da media vuelta para no tocarme desde atrás, porque sabe que no puedo soportarlo ni siquiera después de todos estos años, y me mira a los ojos para que no pueda esconderme de la honestidad que hay en los suyos.

—No me he arrepentido de mi elección ni un solo día desde que te conocí. Ni siquiera cuando te rebelabas o me desobedecías y participabas en carreras ilegales y robabas el cambio de la encimera...

Mi cuerpo se sobresalta al oír el comentario. El niño pequeño en mi interior está devastado de que lo hayan pillado, aunque mi padre ahora no esté enfadado por ello.

—¿Pensabas que no sabía que tenías un bote repleto de monedas y una bolsa llena de comida escondidos debajo de la cama? ¿Que no conocía el botín que guardabas en caso de que un día pensaras que ya no te queríamos y que te echaríamos de casa? ¿No te dabas cuenta de que de repente me dejaba

las monedas por todos lados? Lo hacía a propósito porque no me arrepentía ni de un solo segundo que pasaba contigo. Ni siquiera cuando te pasabas de la raya y rompías todas las normas posibles, porque la adrenalina del desafío era mucho más fácil que sentir la mierda que ella dejaba que hicieran contigo.

Se me corta la respiración. El mundo me da vueltas y se vuelve negro mientras una oleada de ácido sube por mi esófago como si fuera la lava de un volcán. Me aterroriza pensar que mi mayor miedo se ha hecho realidad... Él lo sabe. Los horrores, mi debilidad, las cosas repugnantes, el amor profesado, las manchas que tengo en el alma.

Soy incapaz de mirarlo a los ojos, porque no logro deshacerme de la vergüenza lo bastante como para hablar. Noto que apoya la mano en mi hombro mientras trato de centrarme de nuevo en las imágenes borrosas de mi pasado y escapar de los recuerdos que tengo tatuados en mi puta mente y en mi cuerpo, pero no puedo. Rylee me ha hecho sentir y ha roto esa maldita barrera, y ahora no puedo dejar de pensar en ello.

—Y ya que estamos dejando las cosas claras —añade con un tono de voz más suave y calmado, y me da un apretón en el hombro—. Lo sé, Colton. Soy tu padre, por supuesto que lo sé.

El puto suelo desaparece bajo mis pies y trato de deshacerme de la mano que aún tiene reposada en mi hombro, pero no me lo permite. No me deja dar media vuelta y marcharme para esconder las lágrimas que arden en mis ojos. Las lágrimas que reafirman que soy un débil que no tiene fuerzas para soportar ninguna adversidad.

Y por mucho que quiera que se calle, que me deje en paz... él continúa:

—No tienes que decir nada. No necesitas cruzar esa línea imaginaria que has trazado y que hace que temas que admitir lo que te pasó hará que todo el mundo te deje tirado, que demuestre que eres menos hombre que los demás, que haga que seas el peón en el que ella quería que te convirtieras...

Hace una pausa y pongo todos mis esfuerzos en armarme de valor para mirarlo a los ojos. Y lo hago durante medio segundo antes de que la puerta que da al porche, la arena de la playa y el oxígeno que arde en mis pulmones cuando corro me llame como la heroína para un drogadicto. Escapa. Corre. Huye. Pero me quedo congelado mientras los secretos y las mentiras se estrellan contra la verdad. La verdad que sabe pero que todavía no me atrevo a decir en voz alta después de veinticuatro años de puro silencio.

—Así que no hables ahora mismo, solo escúchame. Sé que les dejó que te hicieran cosas repugnantes, repulsivas y que me dan ganas de vomitar. —Se me revuelve el estómago y se me entrecorta la respiración cuando oigo sus palabras—. Cosas por las que nunca nadie tendría que pasar, pero ¿sabes qué, Colton? Eso no hace que sea culpa tuya. No significa que te lo merecieras o que dejaras que sucediera.

Me apoyo en la pared, me deslizo hasta que llego al suelo y me quedo sentado como si fuera un niño. Lo que acaba de decir mi padre me ha devuelto a aquella época.

Me ha asustado.

Cambiado.

Me ha vuelto loco, y mis recuerdos empiezan a deslizarse como gusanos por mi alma y mi corazón rotos.

Necesito estar solo.

Necesito a Jack o a Jim.

Necesito a Rylee.

Tengo que olvidarlo. Otra vez.

—¿Papá?

Me tiembla la voz. Sueno como un niño quejica pidiéndole permiso a su padre. Estoy sentado en el puto suelo a punto de vomitar y tiritando mientras mis pensamientos van a toda velocidad y se me revuelve el estómago de nuevo.

Se sienta a mi lado como hacía cuando era pequeño, con una mano en mi rodilla. La paciencia que hay en su voz me calma.

—Dime, hijo.

Lo dice con un tono dulce y tentador, y percibo que tiene miedo de que haya insistido demasiado. De que me haya roto el corazón todavía más cuando ya lo tenía hecho añicos y llevaba demasiado tiempo tratando de repararlo con celo.

—Necesito... necesito estar solo ahora mismo.

Lo oigo tomar aire; percibo cómo lo acepta, resignado, y su amor infinito. Necesito que se marche. Ahora. Antes de que pierda los nervios por completo.

—De acuerdo —dice en voz baja—. Pero te equivocas. Puede que nunca

lo hayas dicho en voz alta, quizá nunca me hayas dicho que me quieres, pero siempre lo he sabido. Lo veo en tus ojos, en el modo en que se ensancha tu sonrisa cuando me ves, en el hecho de que compartieras tu chocolatina sin que te lo pidiera. —Ríe ligeramente cuando lo recuerda—. En cómo me agarraste la mano y me dejaste que te ayudara a llamar a tus superhéroes hasta que te quedaste dormido en la cama. Puede que no usaras palabras, Colton, pero de una manera o de otra, me lo decías cada día.

Se queda callado durante unos segundos y una parte de mí piensa que lo sabe. Que la preocupación que he sentido durante todos estos años porque no quería que supiese por lo que había pasado no ha servido de nada. Él lo sabía.

—Sé que tu mayor miedo es tener un hijo...

La euforia momentánea que me invadía se esfuma con el miedo que reflejan sus palabras. Todo esto es demasiado, y está sucediendo demasiado rápido, cuando he podido esconderme de ello durante tanto tiempo.

—Por favor, no sigas —suplico, y cierro los ojos con fuerza.

—De acuerdo... Ya basta por hoy, pero era hora de que lo oyeras. Y lo siento si te he confundido aún más de lo que ya estabas, pero, hijo, solo tú puedes cambiar eso. Lidia con ello ahora que todas las cartas están sobre la mesa. Pero lo que sí quiero que te quede claro es que no eres como tu madre. La genética no te convierte en el mismo monstruo que era ella, del mismo modo que si tuvieses un hijo, tus demonios no se trasladarían a esa nueva vida.

Cierro los puños y aprieto los dientes cuando menciona las últimas palabras. Son palabras que alimentan el mayor de mis miedos y me dan ganas de romper algo otra vez. Quiero ahogar el dolor que ha regresado con sed de venganza. Sé que me ha presionado hasta que he llegado a mi límite. Oigo cómo suspira en voz baja a través de los gritos que resuenan por todo mi ser.

Se levanta poco a poco y me digo a mí mismo que tengo que mirarlo a los ojos para demostrarle que lo he oído, pero no lo consigo. Noto que coloca la mano sobre mi cabeza, como si fuera un niño pequeño, y susurra con la voz llena de incerteza:

—Te quiero, Colton.

Las palabras se filtran en mi mente y la llenan por completo, pero no consigo hacer que pasen a través del nudo que se me ha hecho en la garganta a

causa del miedo que siento. A través de los recuerdos de la canción de los superhéroes que solía murmurar, seguida de un dolor indescriptible y brutal. Por mucho que quiero decírselo, y siento que necesito hacerlo, todavía no puedo.

«¿Ves? Aquí tienes un ejemplo perfecto», quiero decirle para demostrarle lo jodido que estoy por dentro. Acaba de abrirme su corazón y ni siquiera puedo responderle porque ella me lo robó. ¿Y de verdad cree que podría ser padre? Por culpa de ella tengo el corazón negro y el alma podrida. Por nada en el mundo desearía pasarle lo mismo a otra persona si hubiese una mínima posibilidad de que pudiera suceder algo así.

Oigo que se cierra la puerta, pero me quedo en el suelo. La luz del exterior se atenúa con el paso de las horas. Jack me llama, me tienta y permite que me ahogue en el consuelo que él me ofrece. No necesito vasos para eso.

Me inunda la confusión. Me sumerjo en ella.

Necesito aclararme las ideas.

Tengo que resolver mis problemas.

Solo entonces podré llamar a Ry. Y me muero de ganas de hacerlo. Mi dedo flota sobre el botón de «llamar» de mi móvil. Me quedo en la misma posición durante más de una hora.

«Llamar».

«Finalizar llamada».

«Llamar».

«Finalizar llamada».

¡Joder!

Cierro los ojos con fuerza; estoy un poco mareado de todo el alcohol que he bebido. Empiezo a reírme cuando pienso en lo que me he convertido. Yo y el suelo acabaremos siendo mejores amigos. De puta madre.

No es difícil levantarse cuando has caído tan bajo. Es hora de subirse en el maldito ascensor. Río todavía más. Sé que solo hay una manera de dejar la mente en blanco, mi único otro modo aparte de Rylee, que me ayudará a alejarme de mis demonios durante un tiempo. Me tiembla la mano derecha cuando sitúo el dedo sobre el botón de «llamar» y, cuando por fin lo presiono, entro en pánico. Pero ya es hora de hacerlo.

Me tiro a la piscina.

Después a Rylee.

Poco a poco.

—Hola, capullo. Creía que no te sabías mi número de teléfono, porque hace mil años que no me llamas.

Menudo tío. Dios, cuánto lo aprecio.

—Quiero subirme al puto coche, Becks.

Deja de reírse durante un segundo y el silencio me confirma que me ha oído, que ha escuchado las palabras que ha estado esperando que le dijese desde que me dieron el alta.

—¿Qué te pasa, Wood? ¿Estás seguro?

¿Por qué todo el mundo me cuestiona hoy?

—¡He dicho que quiero subirme al puto coche otra vez!

—De acuerdo —responde lentamente—. ¿Cómo te encuentras?

—¿En serio, tío? Primero me presionas para que lo haga y, cuando por fin te digo que sí, ¿lo pones en duda? ¿Quién eres, mi maldita enfermera cachonda?

Beckett ríe.

—Bueno, la verdad es que me gusta que me acaricien los pezones, pero joder, Wood, creo que si me los tocaras tú, tendría lo contrario a una erección.

No puedo dejar de reír una vez empiezo. Puto Beckett. Siempre me hace reír.

—Deja de jugar conmigo. ¿Puedes hacer que vuelva a la pista de carreras, sí o no?

—¿Puedes vocalizar y dejar la botella en el suelo? Porque eso es un buen indicativo de que estás borracho... así que te repetiré la pregunta. ¿Cómo te encuentras?

—¡Estoy echo mierda! —grito, y fracaso en mi empeño por no sonar borracho—. ¡Joder, Becks! Por eso tengo que volver a correr. Tengo que aclararme, y eso es lo único que me ayudará a hacerlo.

Se queda en silencio y me muerdo la lengua, porque sé que si insisto más acabará colgándome.

—La pista de carreras no te ayudará a mejorar, pero creo que una tía buena con el pelo ondulado sí.

—Déjalo, Becks —espeto, porque no estoy de humor para otra sesión de

terapia.

—No cuando se trata de tu vida, idiota. Haya o no bebé. ¿De verdad dejarás que lo mejor que tienes desaparezca de tu vida?

Y empezamos con la segunda sesión.

—Que te den.

—No, gracias, no eres mi tipo.

Su tono condescendiente me cabrea.

—¡No te metas, joder!

—¡Vaya! ¿Así que la dejarás escapar? ¿No es ese el título de una canción o algo? Bueno, si esa es tu intención, supongo que ahora puedo tirármela yo, ¿no?

Hijo de puta. ¿Es que todo el mundo se ha propuesto cabrearme esta noche?

—Si eres un poco listo, más vale que te calles. Sé que me estás presionando... para que la llame.

—¡Increíble! Al final resulta que que prestas atención. ¡Menudas noticias de última hora!

Se acabó.

—Deja de decir gilipolleces, haz tu trabajo y súbeme a un coche de carreras cuanto antes, Beckett.

—Quedamos en la pista mañana a las diez, entonces.

—¿Qué?

—Ya va siendo hora. La he tenido reservada durante toda esta última semana esperando a que te decidieras de una maldita vez.

—Pero...

Me tenía calado.

—No te presentarás —afirma, y ríe.

—Vete a la mierda.

—Ya te gustaría a ti.

Capítulo 22

Suspiro, muevo los hombros y me alegro de sentir el temblor de mis músculos cansados cuando los estiro. Necesitaba salir a correr desesperadamente, escapar por el jardín trasero y a través de la valla del vecino que vive en la casa que está detrás de la mía para salir sin que los medios de comunicación que están apostados día y noche en mi puerta se dieran cuenta.

Levanto la mirada y algo al otro lado de la calle me llama la atención. Me pongo en guardia inmediatamente cuando veo el sedán de color azul aparcado en la acera de enfrente, con aquel hombre apoyado contra el lateral del coche, cámara en mano y un objetivo cubriéndole la cara. Hay algo en él que me resulta familiar, pero no sé muy bien qué... Entonces, pienso que mi pequeño pedazo de libertad, mi pasaje secreto, ha sido descubierto.

Solo de pensarlo me cabreo y, a pesar de que aún no le he dirigido la palabra a ningún periodista, parece que mis pies tienen vida propia y avanzan solos hacia él. Ensayo en mi mente una y otra vez lo que tengo pensado decirle. Me observa mientras me acerco al coche y me hace una ráfaga de fotos mientras la cámara le sigue tapando el rostro. Abro la boca para soltarle un discurso, pero cuando estoy a quince metros de él, me suena el teléfono que tengo en la mano.

Incluso aunque haya pasado mucho tiempo desde que contactó conmigo, el pulso se me sigue acelerando cuando oigo la melodía del teléfono; siempre espero que sea Colton, pero sé que no es él incluso antes de mirar la pantalla. Sin embargo, me sorprendo cuando veo que se trata de Beckett. Me detengo de inmediato y respondo la llamada, preocupada por si ha sucedido algo.

—¿Becks?

—Ey, Ry —saluda, y se queda en silencio.

«Mierda», pienso. El miedo se apodera de mí.

—Beckett, ¿qué le pasa a Colton?

No puedo ocultar la preocupación que refleja mi voz. El silencio al otro lado de la línea se alarga y los pensamientos me van a toda velocidad mientras miro al fotógrafo momentáneamente antes de dar media vuelta y meterme en casa.

—Solo quería que supieses que Colton está de camino a la pista ahora mismo.

Estoy al aire libre, pero de repente me cuesta respirar con normalidad.

—¿Qué?

Me sorprende que me haya oído, porque mi voz es apenas un susurro. Se me pasan mil imágenes por la cabeza, como si estuviera viendo una película: el accidente, el coche hecho trizas, Colton inconsciente en una cama de hospital.

—Sé que vosotros dos... que con todo el tema del bebé, aún no te ha llamado. —Suspira—. Tenía que contártelo. Pensé que querías saberlo.

Es evidente que siente que está rompiendo la confianza que su mejor amigo ha depositado en él, pero que al mismo tiempo está haciendo lo que él cree que Colton necesita de verdad.

—Gracias.

Es lo único que puedo decirle, porque he perdido el control sobre mis emociones.

—No creo que lo digas en serio, Ry, pero he pensado que tenías que saberlo.

Ambos nos quedamos en silencio y sé que está igual de preocupado que yo.

—¿Está preparado para subirse al coche de nuevo, Becks? ¿Le has presionado?

No logro disimular el desdén que me recubre la voz cuando se lo pregunto.

Suspira profundamente y se ríe de algo.

—Nadie presiona a Colton, Ry, excepto el propio Colton. Ya lo sabes.

—Lo sé, pero ¿por qué ahora? ¿A qué viene tanta prisa?

—Porque es lo que necesita... —Beckett no acaba la frase. Abro la verja que rodea la casa y paso por encima de la valla que separa mi jardín trasero del de mi vecino—. Para empezar, tiene que demostrar que es igual de bueno que antes. En segundo lugar, es el modo que tiene Colton de lidiar con sus problemas cuando le nublan la mente; es su modo de desconectar. En tercer...

No oigo lo que dice Beckett después porque estoy demasiado ocupada recordando la noche que pasamos juntos antes del día de la carrera y la conversación que mantuvimos. Digo lo que estoy pensando en voz alta.

—El humo.

—¿Qué?

Cuando Beckett me contesta, me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta de verdad, y su voz me devuelve a la realidad.

—Nada —murmuro—. ¿Cuál es la tercera razón?

—Da igual.

—Ya te has ido bastante de la lengua, ¿por qué parar ahora?

Se cierne un silencio incómodo entre nosotros.

—No es nada, de verdad. Solo quería decir que en el pasado siempre recurría a una de esas tres opciones cuando se ponía así. Lo siento, no debería haber...

—No pasa nada. Lo entiendo. Antes siempre recurría a las mujeres, al alcohol o a los coches de carreras cuando la situación en la que se encontraba lo superaba, ¿verdad? —Becks se queda callado; es su modo de decirme que tengo razón—. Bueno, supongo que debería estar agradecida de que hubiese un hueco libre en la pista, ¿no?

Beckett suelta una carcajada y percibo que se siente aliviado después de habérmelo contado.

—Dios. Colton no te merece, Rylee. —Sus palabras me hacen sonreír a pesar de la preocupación que me consume por dentro—. Solo espero que ambos os percatéis de lo mucho que te necesita.

Las lágrimas me inundan los ojos.

—Gracias por llamarme, Becks. Voy para allá.

Me alegro de que haya poco tráfico mientras acelero hacia la pista de carreras que hay en Fontana y de que los agentes de seguridad que hay en el *parking* no dejen que los medios de comunicación que me han seguido entren en las instalaciones. Aparco y me quedo congelada cuando oigo que alguien trata de arrancar un coche. El sonido del motor en ralentí reverbera por las graderías y hace que me vibre el pecho.

No sé cómo lo haré. No sé si seré capaz de observar a Colton detrás del volante mientras da vueltas por la pista a toda velocidad, cuando lo único que veo en mi mente es el humo del accidente. Estoy muerta de miedo. No obstante, le prometí que estaría allí cuando volviera a subirse al coche. Lo que no me esperaba era recibir una llamada de otra persona para que cumpliera mi promesa justo cuando nuestra relación no estaba atravesando un buen momento.

Pero no podía perdérmelo. Porque yo cumplo mis promesas. Y porque no puedo soportar pensar que está en un coche de carreras sin saber si está bien. Sí, hace semanas que no hablamos, y ambos estamos confusos y heridos, pero eso no significa que haya dejado de amarlo.

El sonido del motor me devuelve a la realidad. Las ganas y la necesidad que siento de estar ahí para él, para mí y para quedarme tranquila me anima a poner un pie delante del otro y avanzar. Me encuentro con Davis en la línea de salida, y asiente y me estrecha la mano a modo de saludo antes de guiarme hasta donde el equipo de Colton está trabajando.

Me detengo cuando veo el coche, la curva del casco de Colton en la cápsula que hay detrás del volante y el cuerpo de Beckett por encima de él mientras se asegura de que tiene los cinturones bien puestos; es el único al que Colton se lo permitiría. Me obligo a tragar saliva, pero caigo en la cuenta de que no tengo nada que tragar porque se me ha secado la boca por completo. Me percató de que ya no llevo el anillo cuando hago el ademán de tocármelo en un gesto nervioso, así que tengo que conformarme con unir las manos y esconder los dedos.

Davis me acompaña mientras subo las escaleras para llegar a la torre de observación que hay justo encima, muy parecida a la otra en la que estuve cuando vi cómo Colton perdía el control del coche y se estrellaba. Cada paso me recuerda a aquel día. El sonido, el olor, el agujero que tengo en el

estómago, el terror que siento... Cada peldaño es otro recuerdo de los minutos después del accidente. Mi cuerpo quiere dar media vuelta y marcharse, pero mi corazón me dice que tengo que estar aquí. No puedo dejarlo tirado cuando más me necesita.

El ruido del motor cambia y no tengo que girarme y mirarlo para saber que está conduciendo poco a poco por la línea de salida para dirigirse al asfalto inclinado de la pista. Lo observo desde la ventana y veo a algunos miembros del equipo concentrados en los datos técnicos del coche, pero en los pocos segundos que me quedo ahí de pie, percibo la energía inquieta que hay en la sala y noto que están tan nerviosos por Colton como yo.

Oigo pasos que suben por las escaleras detrás de mí, y sé que seguramente es Becks. Antes de que me dé tiempo a decirle algo, el ruido del motor del coche disminuye y ambos dirigimos la mirada hacia el final de la línea de salida vacía para observarlo.

Beckett me mira rápidamente y me ofrece unos cascos. El brillo que hay en sus ojos me dice que esta situación lo inquieta tanto como a mí, y una parte pequeña de mí se siente aliviada. Se acerca a mí antes de que me ponga los cascos y dice:

—No sabe que estás aquí.

Me limito a asentir, le dedico una mirada de agradecimiento y contesto:

—Creo que es mejor así.

Me señala la silla que hay justo delante de la ventana, pero niego con la cabeza rotundamente. No podría quedarme sentada por mucho que quisiera. Me pongo todavía más nerviosa y me muevo de un lado a otro mientras mi alma sigue anclada en el miedo que siento.

El motor ronronea ligeramente cuando completa la primera vuelta y me giro un poco para seguir a Colton con la mirada, aunque tengo ganas de gritarle que se detenga, que salga de ahí y vuelva conmigo. El coche empieza a acelerar en la segunda vuelta.

—Eso es, Wood. Poco a poco —comenta Beck en un tono de voz alentador.

Lo único que oigo por los cascos es la cadencia del motor y la respiración de Colton, pero él no responde. Me muerdo el labio y miro a Beckett, porque no me gusta el hecho de que Colton no diga nada. Puedo imaginarme lo que estará pensando.

—¡Joder, Becks!

Es la primera vez que he oído su voz en más de una semana, y el miedo mezclado con enfado que percibo en su tono hace que sujete los cascos con fuerza.

—¡Este coche es una mierda! Pensaba que habías comprobado todo. Es...

—No le pasa nada al coche, Colton.

La tranquilidad en la voz de Becks se percibe claramente mientras mira a otro miembro del equipo y niega con la cabeza ligeramente a lo que sea que le han dicho.

—¡Y una mierda! No deja de temblar y se va a hacer pedazos en cuanto acelere.

Normalmente le vibra la voz a causa de la fuerza del motor, pero ahora mismo no va lo bastante rápido como para que le afecte.

—Es un coche nuevo. Lo he comprobado mil veces.

—¡No sabes de qué coño hablas, Beckett! ¡Joder! —grita, y el coche se detiene en medio de la pista antes de completar la tercera vuelta.

Oigo su frustración a través de los cascos.

—Es un coche diferente. No hay nadie más en la pista que pueda chocar contra ti. Ve despacio.

Colton no contesta. No se oye nada aparte del ruido distante del motor, que estoy segura que morirá pronto y que necesitarán reanimarlo. Eso le dará a Colton más tiempo para pensar y revivir el accidente que no le permite correr tranquilo.

Y, a medida que pasa el tiempo, la preocupación que siento por el hombre que amo hace que me ponga aún más ansiosa. Aunque todos estemos aquí para apoyarle, sé que él está ahí fuera y se siente solo, aislado en un ataúd de metal con ruedas. Se me hace un nudo en la garganta cuando el pánico y la impotencia que siento empiezan a estrangularme.

Beckett camina de un lado a otro y se pasa las manos por el pelo múltiples veces, ya que no sabe cómo alentar a su mejor amigo cuando este no está dispuesto a escucharle. Doy media vuelta. La respiración entrecortada de Colton es lo único que se oye y ya no puedo soportarlo más.

Me dirijo hacia Beckett.

—Dile a todo el mundo que apaguen sus transmisores.

—Me mira y trata de adivinar qué pretendo hacer—. Ahora —añado, y Becks percibe la desesperación y la urgencia que hay en mi voz.

—Apagad las radios, chicos —ordena Beckett inmediatamente, y me dirijo al micrófono que hay en el mostrador.

Me siento en la silla y espero a que Beckett asienta para darme su aprobación cuando cae en la cuenta de lo que quiero hacer.

Toqueteo los botones del micrófono y Davis se acerca para pulsar el que necesito.

—¿Colton?

Me tiembla la voz, pero sé que me ha oído porque escucho cómo se le corta la respiración.

—¿Rylee?

Es mi nombre. Es solo una palabra, pero se le quiebra la voz, y la vulnerabilidad que percibo en ella cuando lo pronuncia hace que se me inunden los ojos de lágrimas. Suena como uno de mis chicos cuando se despierta después de haber tenido una pesadilla, y ojalá pudiera salir corriendo hacia la pista para abrazarlo y tranquilizarlo. Sin embargo, no puedo, así que hago lo único que se me ocurre.

—Háblame. Cuéntame qué piensas. Todo el mundo ha apagado la radio; solo estamos tú y yo.

Se queda en silencio durante un tiempo. Empiezan a sudarme las manos de lo nerviosa que estoy y tengo miedo de que no pueda ayudarlo a superar esto.

—Ry... —Suspira, frustrado, y estoy a punto de decir algo por el micrófono cuando se me adelanta—. No puedo... No creo que pueda...

No acaba la frase y estoy segura de que los recuerdos del accidente lo están acosando, igual que a mí.

—Sí que puedes —afirmo con más decisión de la que siento—. Estamos en California, Colton, no en Florida. Aquí no hay tráfico en la pista. No hay conductores novatos que cometan errores estúpidos. No hay humo que te impida ver. No vas a chocar contra nada. Solo estamos tú y yo, Colton. Tú y yo. —Me detengo unos segundos y, cuando no me responde, digo lo que no para de rondarme por la cabeza—: Solo sábanas.

Oigo la ligera risa que profiere y me alivia haber llegado hasta él. Me alegra haber utilizado un buen recuerdo para combatir el miedo que lo

paraliza. Pero cuando habla, todavía oigo el temor en su voz.

—Es solo que...

Hace una pausa y suspira. Ser vulnerable es algo difícil de aceptar para un hombre, especialmente delante de un equipo de profesionales que lo idolatra y lo respeta.

—Puedes hacerlo, Colton. Lo haremos juntos, ¿de acuerdo? Estoy aquí. No me iré a ninguna parte. —Le doy unos segundos para que asimile mis palabras—. ¿Tienes las manos en el volante?

—*Mmm...* Sí, pero mi mano derecha...

—Está perfectamente recuperada. Te he visto utilizarla —comento, y espero aliviar un poco la tensión que siente—. ¿Tienes el pie en el acelerador?

—¿Ry? —dice con la voz entrecortada.

—¿Está en el acelerador, sí o no?

Sé que ahora mismo necesita que tome las riendas y que yo sea la persona fuerte, y por él haré lo que sea necesario.

—Sí...

—De acuerdo, deja la mente en blanco. Solo estás tú y la pista, As. Puedes hacerlo. Lo necesitas. Esto es tu libertad, ¿recuerdas?

Oigo el sonido del motor del coche, y veo la expresión de alivio y orgullo que hay en los ojos de Beckett antes de centrarme de nuevo en Colton.

—Sabes perfectamente qué tienes que hacer... Pisa el acelerador. —El motor del coche suena un poco más fuerte—. De acuerdo... ¿Ves? Ya lo tienes. No tienes que ir deprisa. Es un coche nuevo, así que no será igual que el que tenías. De todos modos, Becks se enfadará si quemas el motor, así que ve despacito.

Me giro para observar el coche mientras aguanto la respiración y Colton empieza la tercera vuelta. Ni siquiera va a velocidad de entrenamiento, pero está avanzando y eso es lo que importa. Estamos enfrentándonos a nuestro miedo juntos. Pero nunca imaginé que el hecho de que yo estuviese animándolo para que condujera me tranquilizaría.

El motor ruge otra vez. La reverberación me llega al pecho a medida que se acerca a la cuarta vuelta y lo oigo soltar una palabrota.

—¿Estás bien? —El silencio me envuelve y solo escucho el ruido del

motor—. Háblame, Colton. Estoy aquí.

—Las manos no dejan de temblarme.

No respondo porque estoy conteniendo la respiración cuando veo que acelera y da otra vuelta.

—Becks se enfadará conmigo porque tengo la mano hecha mierda.

Fijo la vista en Becks y, cuando veo que esboza una sonrisa, sé que está escuchándolo todo por el transmisor para asegurarse de que su mejor amigo está bien.

—No pasa nada... La mía también está hecha polvo, pero estás preparado, puedes hacerlo.

—Somos un desastre —comenta, y ríe.

Percibo cómo Colton se calma un poco y, a medida que pasa el tiempo, su miedo se disipa. Advierto cómo el equipo se relaja cuando ven a Beckett sonreír.

—Y que lo digas.

Río y suspiro, aliviada. «Dios, cuánto te quiero», me gustaría decirle, pero no lo hago. El rugido del motor aumenta cada vez más y no puedo evitar sonreír. Es el sonido del éxito.

—Eh, As, ¿pueden volver a conectar la radio los demás chicos?

—Sí —contesta y, luego, añade—: Ry... Yo...

El corazón me late desbocado cuando oigo la emoción en su voz. Noto el deje de disculpa y siento la sinceridad que hay en ella.

—Lo sé, Colton. Yo también.

Lucho contra las lágrimas de felicidad que se me acumulan en los ojos y, cuando levanto la vista, veo que Beckett sonríe ligeramente. Niega con la cabeza sutilmente y vocaliza en mi dirección: «Salvavidas».

Capítulo 23

El coche entra en el box y se detiene. Beckett se coloca a su lado en cuestión de segundos, mientras que yo me quedo atrás. Quiero ver a Colton para asegurarme de que está bien. Colton quita el volante y se lo entrega a Becks antes de desabrocharse el casco. Beckett lo ayuda con el dispositivo HANS y, cuando se lo quita, el equipo estalla en gritos de alegría.

Se me pone la piel de gallina cuando los oigo, y observo cómo Becks le echa una mano para salir del coche. Me dirijo hacia él con el resto del equipo, incapaz de mantenerme alejada, porque tengo a Colton delante acalorado, sudoroso y tremendamente *sexy*. Siento orgullo y deseo en cuanto lo veo.

Los miembros de su equipo le dan palmaditas en el hombro y se alegran de su vuelta a las carreras. Beckett se limita a mirarlo con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—Estoy orgulloso de ti, tío, pero joder, tus tiempos han sido patéticos.

Colton ríe y pasa un brazo por los hombros de su amigo.

—Siempre puedo contar contigo para que me restes unos cuantos segundos.

Abre la boca para añadir algo, pero se detiene cuando nuestras miradas se encuentran.

Tengo un *déjà vu* cuando veo a Colton en medio del caos de su equipo mientras me observa fijamente con una sonrisa de lo más *sexy* en los labios. El tiempo se detiene y el mundo desaparece mientras nos miramos.

Sé que hay muchas cosas que aún tenemos que hablar y aclarar desde la

última vez que nos vimos, pero al mismo tiempo, necesito sentir esta conexión con él. Necesito el contacto físico entre nosotros más que nada. Ya resolveremos el resto después.

Y sé que él también siente el mismo deseo porque, en cuestión de segundos, Colton avanza en mi dirección con firmeza. Cuando está a centímetros de mí, le rodeo la cintura con las piernas y nuestras bocas se encuentran en un frenesí de anhelo desesperado. Lo agarro por los hombros. Me sujeta por la espalda con una mano y me coloca la otra en el cuello para acercarme a él y devorarme.

—Joder, cómo te he echado de menos —gruñe contra mi boca entre besos.

Y, sin ningún preámbulo, nos ponemos en marcha. Mueve sus fuertes piernas mientras me estrecha con fuerza y nuestras bocas se funden con una posesión arrolladora.

Regreso a la realidad. Los gritos del equipo resuenan por el estadio vacío, pero Colton no tiene ningún reparo en marcharse de allí. Alguien grita «¡Id a un hotel!», y me siento tan abrumada y desesperada de expresar el anhelo que se ha desplegado en mi interior que contesto antes de que lo haga Colton.

—¿Quién necesita un hotel? —digo antes de posar mi boca sobre la suya de nuevo.

Le agarro el pelo y aprieto las caderas contra su erección, que me roza con cada paso que da.

Los chicos se ríen y exclaman comentarios inapropiados, pero se convierten en el ruido de fondo de este tren de deseo que avanza a toda velocidad.

—Date prisa —suplico entre besos desesperados.

—Joder —murmura mientras trata de encontrar una puerta abierta detrás de mí sin apartar su boca de la mía.

—Me muero de ganas de ti —añado, y me separo ligeramente para que encuentre el pomo de la puerta.

Se ríe mientras le recorro el cuello con la lengua. Noto el sabor salado de su piel y la vibración de su risa bajo mis labios.

Nos ponemos en marcha de nuevo y subimos unas escaleras que nos llevan a un pasillo oscuro. No tengo ni idea de dónde estamos. Me agarro fuerte a Colton mientras se me escapa una risilla. Una sensación de alivio me recorre

por dentro y el cuerpo se me tensa en anticipación de lo que está por venir.

Una luz tenue nos baña de repente; giro la cabeza y parpadeo para enfocar bien mi nuevo entorno. Estamos en uno de los boxes de lujo: tiene sofás mullidos, una pequeña barra con bebidas alcohólicas para las celebraciones y una mesa contra una pared de cristales tintados que da a la pista donde el equipo de Colton está revisando el coche.

Es lo único que alcanzo a ver, porque los labios de Colton se encuentran con los míos de nuevo y su boca es como un cóctel tóxico de deseo y lujuria. Desenredo las piernas de sus caderas y, en cuanto pongo los pies en el suelo, nos tambaleamos hacia la mesa. Cuando choco contra el borde, apoyo mi peso en ella mientras Colton desliza las manos por mi torso por debajo de mi camiseta.

No sé si estoy tan cachonda por la adrenalina de la carrera o por nuestra reconciliación, pero tengo la sensación de que nunca tendré suficiente de Colton, de su tacto, su sabor, su voz gutural y el modo en que pronuncia mi nombre. Estiro el brazo y le desabrocho el velcro del traje ignífugo para bajarle la cremallera. Incluso esta pequeña acción me duele, porque significa que tengo que dejar de besarlo durante unos segundos. Sin embargo, una vez le desabrocho el traje, nuestros labios se funden de nuevo. Nuestras manos se mueven para quitarnos la ropa y estiramos de las mangas, y luego mete las manos por debajo de mis pantalones y mi ropa interior. Tiramos las prendas al suelo y nuestras bocas no se separan ni por un instante.

—Ry —jadea entre besos mientras me agarra el pelo con una mano y me acaricia la entrepierna con la otra.

Los preliminares no son una opción ahora mismo. Estamos tan reprimidos y desesperados por aclarar todo lo que hablamos en nuestra última conversación que, sin tener que decir una palabra, los dos sabemos que necesitamos esta conexión. Ya hablaremos después. Ya nos acurrucaremos después. Ahora mismo el deseo me consume, la pasión me abrumba y el amor que siento por él toma el mando.

—Joder, te necesito aquí y ahora.

—Tómame.

Una simple palabra que sale disparada de mis labios sin pensármelo dos veces. En cuestión de segundos, Colton me da la vuelta. Apoyo las manos en la mesa y él coloca las suyas en mis caderas. Tiene el pene alineado con mi

entrepierna desde atrás. Lo posiciona entre mis pliegues y lo desliza arriba y abajo, haciendo que se me tense el cuerpo y gima.

Hay algo en este momento, en el hecho de que Colton esté a punto de hacerme suya sin preguntarme, que hace que el cuerpo entero me arda en deseos de encontrar un poco de alivio, de sentir su tacto.

—Por favor, ahora —jadeo mientras mi entrepierna tiembla de anhelo.

Nuestros cuerpos están tan sincronizados que el mío responde a sus movimientos, se abre y lo invita.

Me muevo hacia atrás para tratar de metérmela yo misma y demostrarle la necesidad que me corroe, que se ha adueñado de todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, que me ha privado de mis pensamientos racionales y me ha hecho desearlo más.

—¡Pórtate bien!

Ríe mientras me agarra la melena con una mano y me azota en el culo con la otra. El escozor hace que incline la cabeza hacia atrás, pero no tiene nada que ver con la sensación que me invade cuando me penetra con un solo movimiento firme que podría haber dividido el mundo en dos. No puedo evitar resollar y suspirar mientras la sensación reverbera por las paredes de mi interior y mi cuerpo tiembla alrededor de él.

Colton me tira del pelo y echo la cabeza hacia atrás, por lo que cuando se inclina hacia delante, tengo sus labios a la altura de mi oído.

—Es el sonido más *sexy* del mundo —gruñe antes de morderme el hombro.

Su barba de dos días me cosquillea la zona erógena de la espalda. Me besa la piel que ha mordisqueado cuando me penetra de nuevo, y gimo de puro éxtasis.

Y ahora me toca a mí disfrutar de los sonidos que hace a medida que empezamos a movernos al mismo ritmo. Me entra un escalofrío y se me eriza la piel a pesar del calor que me recorre el cuerpo. Me agarra de la cintura con una mano y controla cada movimiento placentero para tentarme. Se me acelera la respiración y me muevo más deprisa; soy presa de la naturaleza animal por el modo en que me agarra el pelo y la cintura.

—¡Dios! —gimo, y necesito y anhelo más, aunque, al mismo tiempo, no sé si seré capaz de aguantarlo.

Mis manos resbalan por el borde de la mesa cuando empiezan a sudarme.

—¡Joder! —exclama, y percibo el deseo que siente por controlar el ritmo en su voz.

Y puede que sea un reto o mi necesidad de canalizar la zorra interior que él me ha ayudado a encontrar, pero quiero hacer que pierda ese control. Quiero ir más deprisa y que sea más agresivo, quiero que me haga suya por completo, porque, madre mía, el sonido gutural de su voz, el grosor de su miembro que noto cada vez que me penetra hasta el fondo y el modo en que rota las caderas hace que quiera que lo haga más fuerte y rápido que nunca. Hace que desee que Colton sienta aunque sea una mínima parte del placer que me da.

Me paso la mano por entre las piernas, deslizo los dedos por encima de mi clítoris y resisto la tentación de acariciarlo; después, le agarro los testículos cuando me embiste de nuevo. Mis dedos se deslizan sobre ellos, se los arañan con las uñas y cierro el puño sobre ellos mientras él me agarra del pelo todavía más fuerte. Oigo los sonidos que hace y sé que tiene la mandíbula tensa y que está al límite, debatiéndose entre mantener el control o dejarse llevar por la naturaleza carnal del acto. Quiere hacerme suya sin pensárselo dos veces. El pensamiento me pone aún más cachonda y me tienta a ir más deprisa para que él también haga lo mismo y llegue al clímax, porque sé que yo llegaría con él.

Me pierdo en esa sensación, en el sonido que hacen nuestros cuerpos cuando se encuentran, en el tacto de su mano en mi cadera, en el modo en que susurra mi nombre sin darse cuenta. Estoy al borde del precipicio y ansío dejarme llevar por completo. Salto al vacío de felicidad cuando mi propio clímax me abrumba. Mi cuerpo arde con el fuego de mil emociones diferentes.

—¡Colton! —chillo una y otra vez, y poco a poco baja el ritmo y me desliza la lengua por la columna para alargar mi orgasmo.

Siento cómo se me contraen los músculos a su alrededor y, acto seguido, un grito salvaje resuena en la habitación cuando Colton ya no puede aguantar más. Me embiste un par de veces más antes de envolverme entre sus brazos y ponerme en pie. Aún estoy de espaldas a él.

En un movimiento inesperado de ternura que contrasta completamente con el dominio que acaba de ejercer sobre mi cuerpo, me abraza y entierra la cara en la curva de mi cuello. Nos quedamos así durante unos minutos mientras absorbemos la presencia del otro y aceptamos las disculpas silenciosas que

nos proferimos.

Capítulo 24

El silencio nos envuelve cuando nos vestimos de nuevo. Ahora que ya nos hemos desahogado físicamente, ahora que nuestros cuerpos ya no están conectados, mi mente se preocupa sobre cómo conectaremos verbalmente.

Porque no podemos dejar las cosas así. Y tampoco podemos ignorarlas. Espero que el tiempo solitario y miserable que hemos pasado distanciados nos haya ayudado a seguir hacia delante.

Pero incluso aunque lo hagamos, ¿hacia dónde irá nuestra relación a partir de ahora exactamente?

Lo miro discretamente mientras se abrocha el traje ignífugo y observa por la ventana de cristal tintado hacia su equipo, pero no logro leerle la expresión del rostro. Me pongo la camiseta y me paso la lengua por los labios mientras trato de averiguar cómo empezar esta conversación.

—Tenemos que hablar —digo en voz baja.

Temo romper la atmósfera tranquila de silencio que se ha apoderado de la sala.

—Tengo pensado poner en venta la casa de Palisades

—comenta sin mirarme, y estoy tan concentrada en él y en su falta de emoción que tardo unos segundos en asimilar sus palabras.

¿Cómo? ¿Así es como abordaremos el tema? ¿Ignorará todos mis comentarios?

Aunque no está mirándome, sé que está pendiente de mí, por lo que trato de ocultar la sorpresa que me han causado sus palabras y todo lo que no ha dicho.

—¿Colton?

Pronuncio su nombre como si fuera una pregunta, una que abarca muchas otras. ¿Cómo hablaremos de esto? ¿Vamos a ignorarlo? ¿Por qué quieres vender la casa?

—No la utilizo... —dice para responder la pregunta que no le he llegado a hacer, y me mira de reojo antes de dirigir la vista hacia la ventana de nuevo. Por la forma en que lo dice, casi como si fuera una disculpa, hace que sienta que este es su modo de pedirme perdón por todo lo que ha sucedido: por Tawny, el posible bebé, el espacio que necesitaba.

Cuando no contesto y me limito a mirarlo pacientemente, se gira para observarme. Nuestras miradas se cruzan y nos quedamos así durante unos segundos mientras nos hacemos mil preguntas sin respuesta mentalmente.

—Ya no la necesito —explica, y clava la vista en mí esperando a que reaccione.

Y por mucho que aún tengamos asuntos pendientes entre nosotros, lo que acaba de afirmar me dice que esta vez va en serio. Que incluso con todo lo que se nos ha venido encima durante esta última semana y que puede cambiarnos la vida, Colton está dispuesto a vender el único lugar al que juré que nunca volvería. Que significa lo bastante para él como para librarse del único sitio que simbolizaba su antigua vida llena de estipulaciones y mitigaciones.

—Ah...

Eso es lo único que soy capaz de decir, porque me he quedado sin palabras, así que continuamos mirándonos en esta habitación que todavía huele a sexo. Veo que se le pasan mil ideas por la cabeza y se esfuerza por pensar qué decir, cómo avanzar, así que empiezo yo.

—¿En qué piensas, Colton?

—Solo estaba reflexionando... —contesta. Aprieta los labios y se pasa una mano por el pelo... sobre cómo ni siquiera era consciente de lo mucho que necesitaba escuchar tu voz hoy en la pista hasta que la oí por los auriculares.

Un ligero suspiro de satisfacción se apodera de mí y la calidez se extiende por todo mi cuerpo y me envuelve el corazón. Mi yo del pasado habría puesto los ojos en blanco y habría dicho que está tratando de hacerme la pelota, pero mi yo del pasado no necesitaba ni echaba de menos a Colton tanto como lo

hago ahora; no sabía todo lo que tenía por ofrecerme.

—Lo único que tenías que hacer era llamarme —digo en voz baja. Estiro el brazo y coloco la mano sobre la suya—. Te prometí que estaría contigo el día que regresaras a la pista de carreras.

Ríe ligeramente y niega con la cabeza.

—¿Y qué te habría dicho? ¿Me he portado como un capullo contigo, de hecho ni siquiera te he llamado, pero te necesito en la pista conmigo hoy? —espeto con sarcasmo.

Le estrecho la mano.

—Habría sido un principio —comento—. Dijimos que nos aclararíamos las ideas y nos recompondríamos, pero habría venido enseguida si hubieses llamado y me lo hubieras pedido.

Colton suspira e inclina la cabeza hacia la pista que se ve desde la ventana.

—Siento lo que te dije... las cosas de las que te acusé... Fui un gilipollas.

Le tiembla la voz de emoción, lo cual hace que sus palabras sean mucho más enternecedoras.

No quiero arruinar el momento, pero tengo que decírselo.

—Me hiciste daño. Sé que estabas enfadado y que estabas desahogándote con la primera persona que encontraste, pero me hiciste mucho daño cuando yo ya estaba hecha trizas. Ambos tenemos que lidiar con nuestro pasado día a día, y luego sucede algo así y... yo...

No encuentro el modo adecuado de decirlo, así que dejo la frase inacabada.

Colton se dirige a mí, me agarra de la mano y me acerca a él. La única barrera que nos separa es nuestra ropa.

—Lo sé. —Toma aliento antes de continuar—. Nunca he hecho esto, Ry. Estoy tratando de averiguar cómo comportarme día a día. Sé que ya estás cansada de que ponga excusas y dentro de poco ya no significarán nada, pero... Joder, te juro que lo intento —añade, y se encoge de hombros.

Asiento, pero apenas soy capaz de asimilar sus palabras porque está haciendo lo que nunca se le ha dado bien: comunicarse. Y quizá él piense que es un pequeño paso, pero sé que acabamos de dar una gran zancada en nuestra relación.

Se inclina hacia delante y me da un inesperado beso en los labios antes de murmurar:

—Ven aquí.

Se apoya en el borde de la mesa que tiene detrás al mismo tiempo que me acerca a su cuerpo para que esté de espaldas a él y sus piernas me rodeen. Me recuesto contra su pecho y me siento ridículamente satisfecha cuando me abraza y me estrecha con firmeza. Apoya la barbilla en mi hombro.

—Gracias por lo de hoy. Nunca nadie ha hecho algo así por mí.

Sus palabras me cogen un poco por sorpresa, pero un minuto después las asimilo y siento la necesidad de corregirlo.

—Becks y tu familia lo hacen siempre. Lo que pasa es que no te permites verlo o aceptarlo.

—Sí, pero son mi familia; tienen que hacerlo.

Hace una pausa y, aunque no puedo ver la expresión que reflejan sus ojos, percibo que está pensando en lo que dirá a continuación y me pregunto con qué etiqueta me clasifica a mí exactamente.

—¿Y tú? Tú eres mi bandera a cuadros.

Inclino la cabeza hacia un lado para ver la sonrisa diminuta que esboza mientras yo dibujo una bien grande.

—Es un poco difícil hacerse a la idea cuando nunca he experimentado algo así antes. Tengo que acostumbrarme al hecho de que estés ahí para mí y de que yo te necesite, y cuando pienso en eso me quedo paralizado, porque me aterra.

¡Joder! Me quedo sin palabras de nuevo a causa de su intento por explicar las inquietudes que lo persiguen cada día. Coloco las manos sobre los brazos con los que me rodea y los aprieto en señal de agradecimiento por la madurez que está tratando de mostrar.

—No saldré corriendo, Colton —digo con firmeza—. Aún no lo he hecho, pero me hiciste mucho daño. Sé que estás pasando por muchísimas cosas horribles, pero a veces eres demasiado. Yo también necesitaré una parada en boxes de vez en cuando. O sea, entre tú, los medios de comunicación, las mujeres que se siguen tirando encima tuyo y que me odian, la posibilidad de que...

No logro acabar la frase. No puedo pronunciar la palabra «bebé» ni

quitarme el sabor amargo que tengo en la boca.

—Hablemos del tema obvio —sugiere.

Colton suspira profundamente y tensa la mandíbula que tiene apoyada sobre mi hombro.

No quiero arruinar el momento con la conversación tan profunda que debemos tener, pero ya que he sacado el tema inesperadamente, prefiero que lo hablemos ahora y que acabemos con esto.

—¿Cómo va... ese tema?

Cierro los ojos y aprieto los dientes mientras espero la respuesta.

—No me importa lo que ella diga sobre lo que supuestamente hice y que no puedo recordar. Sé que el bebé no es mío, Rylee.

La sencillez en su afirmación y la fuerza con la que lo ha dicho hace que vuelva a tener esperanzas. No obstante, desaparecen un instante después. Si ya ha recibido los resultados, ¿por qué no me llamó?

—¿Ya te han dado los resultados? —pregunto con cautela, y trato de esconder el recelo que siento.

—No. —Niega con la cabeza y las pocas esperanzas que me quedaban se esfuman por completo—. Me hice la prueba de paternidad hace dos días. Los resultados llegarán en cualquier momento. Pero sé... sé que no es mío.

Por el modo en que lo dice, no sé a quién intenta convencer más, si a mí o a él mismo.

—¿Cómo lo sabes si no puedes recordarlo, Colton? —pregunto en voz alta, frustrada.

Necesito que esta pesadilla se acabe y quiero que muestre más emoción de la que me está ofreciendo. Tomo aire profundamente para calmarme.

—A lo que me refiero es que si tú y Tawny... —Me detengo porque no puedo acabar de pronunciarlo—. Ella dijo que no usasteis condón.

Lo digo en voz muy baja y odio tener que mantener esta conversación. Odio que, otra vez, el mundo exterior y las consecuencias de nuestros pasados arruinen nuestro momento de felicidad.

—Tú eres la única persona, Ry... la única mujer con la que no he usado condón. No me importa si piensas que me acosté con ella, pero lo sé, Rylee. Sé que habría utilizado protección.

Oigo la súplica que hay en su voz y que me pide que lo crea. Que entienda

una pequeña parte del miedo que siente ante la perspectiva de tener un hijo. Cuando no respondo, se aleja de mí y se pone a deambular por la sala. La calma que nos había invadido hace cinco minutos se ha reemplazado por pura inquietud, como si se tratara de un animal que necesita escapar de la jaula en la que está encerrado.

—¡No es mío! —exclama, y levanta la voz—. ¡No puede ser mío, joder!

—Pero ¿qué pasa si lo es? —repito, y soy totalmente consciente del fuego que estoy avivando.

—¡No lo es! —grita—. ¡Joder! ¡Lo único que sé es que no sé una puta mierda! Odio a los malditos medios de comunicación que te siguen y te acosan. Odio la expresión que tienes en la cara ahora mismo que dice que te volverás loca si resulta que sí es mi hijo, por mucho que me digas que no. Odio a Tawny y a todo lo que representa. Todas las putas mentiras que dice sobre ti y a las que Chase me dice que no puedo responder porque entonces la prensa te acosará más. Odio hacerte daño de nuevo y arruinar nuestra relación por culpa de mi pasado...

Cierra los ojos y echa los hombros hacia atrás para tratar de controlar su ira.

Esta es la clase de discusiones que puedo soportar. Colton se queja mientras yo lo escucho, y espero que después vea cómo desaparece parte del dolor que reflejan sus ojos y del peso que lleva sobre los hombros. Por poco que sea.

—Tú ya tienes bastante. No tienes que preocuparte por mí —digo, pero la verdad es que me encanta el hecho de que esté preocupado por que sus problemas puedan afectarme.

—¿Que no me preocupe? —pregunta con incredulidad—. Soy yo quien tiene que protegerte, ¡y ni siquiera puedo hacerlo ahora mismo porque todo se ha ido a la mierda!

—Colton...

—Madre mía, tu vida se pone patas arriba por mi culpa y estás más preocupada por mí y los chicos que por ti. —Da un paso adelante mientras niega con la cabeza. Me señala y lo miro, confusa—. Eres una santa y no te merezco.

—Cada pecador necesita un santo para que haya equilibrio —comento, y sonrío.

Colton ríe ligeramente y me agarra la cara entre sus manos. Y, aunque ya hemos tenido la oportunidad de disfrutar el uno del otro antes, el cuerpo me vibra de inmediato a causa de su proximidad, porque lo deseo y lo necesito. Nuestras miradas se encuentran y en el brillo de sus ojos vislumbro lo que le gustaría hacerme.

—Joder, te conduzco.

Completa la frase con una sonrisa seductora y niega con la cabeza, como si aún estuviera tratando de comprender la profundidad de sus emociones.

¿Cuántas veces más puedo enamorarme de este hombre? Porque lo he vuelto a hacer. La impredecibilidad de Colton hace que todo lo que dice sea mucho más conmovedor. Me tiembla el cuerpo entero; ese es el efecto que Colton tiene en mí.

No tiene sentido intentar luchar contra las lágrimas que se acumulan en mis ojos, porque esas dos palabras significan mucho más que «conducir» para mí. Significan que lo está intentando, que se está disculpando por las veces en las que se equivocará. Este hombre que antes estaba cerrado emocionalmente para todo el mundo acaba de entregarme la llave del candado de su corazón y me ha dado acceso ilimitado a él.

Le coloco la mano que tengo libre en la nuca y lo acerco a mí, porque me cuesta mucho resistirme a un hombre tan increíble por dentro y por fuera. Lo beso con dulzura y deslizo la lengua entre sus labios para que se funda con la suya. No tenemos prisa, así que nos limitamos a besarnos con tranquilidad. Solo han pasado unos pocos minutos desde que nos besamos por última vez, pero ya tengo la sensación de que ha sido hace siglos. Cuando el beso acaba, Colton apoya su frente contra la mía y digo:

—Yo también te conduzco.

Siento su sonrisa contra mis labios, y esta vez sé que lo entiende de verdad. Sé que acepta el hecho de que lo amo. Es un rayo de luz tan metafórico de mi ángel oscuro que me aferro a ello y me prometo a mí misma recordar siempre esta sensación.

Puede que no hayamos resuelto todos nuestros problemas y que no sepamos cómo será el futuro, pero al menos sé que estamos juntos en esta carrera.

—Vamos —dice, y me tira de la mano—. Salgamos de aquí.

Nos dirigimos al garaje donde los chicos están comprobando el coche

nuevo. Cuando entramos, Beckett niega con la cabeza y nos sonrío. Aparto la mirada rápidamente; soy muy consciente de que todo el mundo sabe perfectamente lo que estábamos haciendo. El paseíto de la vergüenza es una cosa, pero cuando tienes un público que sabe que lo estabas haciendo... Bueno, eso es mil veces más embarazoso.

Colton ríe y me aprieta los dedos, que ha entrelazado con los suyos.

—¿De qué te ríes? —murmuro mientras sigo con la mirada clavada en el suelo.

—Estás muy mona cuando te sonrojas —dice con una sonrisa pícar—. Aun así, prefiero el tono rosado de otras partes de tu cuerpo.

Me quedo boquiabierta y, antes de que me dé tiempo a recuperarme, me besa. El ruido que hacen las herramientas de los trabajadores desaparece y lo único que oigo es el sonido de mi corazón. El beso solo es una muestra de lo que hemos hecho antes, pero cuando se aparta de mí y me besa la punta de la nariz, Colton esboza una ligera sonrisa.

—¿Y eso a qué viene?

Me importa un comino la respuesta. Puede hacer lo que quiera conmigo. Cuando y donde prefiera.

—Ya me conoces, cariño. Si van a mirar, al menos démosles un buen espectáculo, ¿no crees? Además, por si no había quedado claro antes, quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

Se me llena el corazón al oír sus palabras.

—¿Así que ya me has reclamado?

—Ya lo creo, cariño —contesta, y me sonrío—. No me cabe ninguna duda.

Pongo los ojos en blanco y río mientras sigo andando.

—Vamos, As —digo cuando miro hacia atrás por encima del hombro—. ¿No puedes aguantar el ritmo?

Se acerca a mí y me azota el culo.

—Sabes de sobra que sí puedo —replica. Me pasa un brazo por los hombros y se inclina hacia delante para tener la boca a la altura de mi oído—. Puedo aguantar mi polla, a ti contra la pared, mis energías y cualquier otra cosa, pero esas son las más importantes, ¿verdad?

Colton ríe mientras niego con la cabeza.

Decidimos que Sammy llevará mi coche a casa y, después, Colton me guía

a un *parking* cubierto donde está *Sexo*. No puedo negar que ver su coche me trae una oleada de recuerdos memorables que me hacen sonreír. Aparto la vista del capó y la clavo en Colton, que también está observándome. Arquea las cejas y veo el brillo travieso que hay en su mirada mientras se lame el labio inferior y abre la puerta para que entre.

—Hoy has escogido muy bien el coche —digo, y entro en el opulento interior del vehículo.

—Este me recuerda a ti, y hoy te necesitaba —contesta y cierra la puerta, por lo que no me da tiempo a responder.

Quizá es mejor que no lo haga, porque la simple afirmación que acaba de hacer significa mucho para mí.

Poco a poco.

En cuestión de segundos, estamos en la autopista envueltos por la música de Dave Matthews Band, el ronroneo del motor y los medios de comunicación que nos siguen. Colton echa un vistazo por el retrovisor antes de dirigirme una mirada camuflada por sus gafas de sol.

—¿Llevas el cinturón? —pregunta, y de repente se me revuelve el estómago porque tengo miedo de lo que pueda hacer a continuación.

Ni siquiera me da tiempo a responder antes de que el coche salga disparado y el motor ruja. Colton ríe mientras el coche vuela por la carretera mucho más rápido que los de la prensa. Siento una oleada de adrenalina y, durante medio segundo, entiendo por qué esta sensación alimenta su adicción. Entonces, levanto la vista mientras esquiva los demás coches y tengo la sensación de que el corazón me saldrá disparado por la boca. El mundo que tengo a mi alrededor se desvanece.

Capítulo 25

Apilo los documentos en la encimera de la cocina. Estoy satisfecha con la transcripción de la declaración de Zander para denunciar a su padre. Los meto en la carpeta y me doy cuenta de que he perdido la noción del tiempo: el reloj marca las ocho menos veinte y los chicos tienen que estar en el campo a las ocho. ¡Mierda! Tengo que acabar de preparar las cosas para sus partidos. Me pongo de pie y empiezo a llenarles las botellas de agua y a dejarlas en la mesa, al lado de las bolsas de pipas. Me esfuerzo por escuchar las voces que llegan de las habitaciones y, por lo que oigo, Jackson ya tiene a los chicos casi listos para salir.

—Eh, Ry.

—Dime.

Alzo la vista y veo a Jackson apoyado contra la pared con una expresión de preocupación.

—Zander y Scoot siguen durmiendo. —Hace una pausa y, luego, continúa —: ¿Estabas despierta cuando regresó Shane ayer por la noche?

Lo observo para tratar de averiguar a lo que se refiere.

—Sí. Estaba leyendo en mi habitación. ¿Por qué?

—¿Lo viste? ¿Hablaste con él?

Suenan mil alarmas en mi cabeza y me detengo para mirarlo.

—No. Lo llamé, él me deseó buenas noches y se fue a su habitación. Me estás asustando, Jax, ¿qué pasa?

—Bueno, por lo que parece, Shane se emborrachó ayer por la noche. Sigue en la cama dormido, su habitación apesta a cerveza y, basándome en lo

que he visto en el baño, revivió la noche en el lavabo. Pero marcha atrás.

Sonríe ligeramente y sé que no es apropiado, pero tengo que aguantarme la risa al ver que Shane ha hecho algo tan normal a su edad.

Después, la parte responsable de mí se manifiesta. Me muerdo el labio y miro a Jax.

—Ya sabíamos que esto pasaría tarde o temprano... Joder, ¿quieres que le diga algo o prefieres hacerlo tú?

—¡Estamos esperando en la furgoneta, Jax! —exclama Ricky.

—¡Vale! —responde, y fija la vista en mí—. Puedo quedarme aquí con Zander, Scoot y Shane si hoy quieres asistir al partido de béisbol.

—No pasa nada —le aseguro mientras agarra las botellas de agua—. Nos reuniremos contigo en el campo más tarde. Puedo apañármelas con Shane.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Jax se despide y, cuando cierra la puerta, ya no estoy tan segura. Me siento en uno de los taburetes y contemplo cómo lidiar con un chico de dieciséis años resacoso. Es el mayor y el primero en pasar por esto, así que me siento un poco perdida. A mí me daba demasiado miedo beber en el instituto, siempre he sido una buena chica, así que para mí esto es territorio desconocido.

Me suena el móvil y, cuando miro quién es, no puedo evitar sonreír al ver que se trata de Colton.

—Buenos días —saludo, y una sensación de calidez me invade el corazón.

Estos últimos días han sido buenos entre nosotros a pesar de la tensión subyacente que hemos estado ignorando por completo sobre los resultados de las pruebas de paternidad que seguimos esperando. Colton está contento de volver a la oficina la semana que viene y quiere estar allí para supervisar los nuevos ajustes del dispositivo de seguridad en el que están trabajando. Me reí cuando le dije que me parecía gracioso que hubiera regresado a las pistas antes que a la oficina, pero Colton se limitó a sonreír con picardía y dijo que las pistas eran una necesidad, pero la oficina no.

—Hola... Estoy terriblemente solo en esta cama sin ti.

Su voz ronca de recién levantado me enamora y sus palabras me seducen

justo cuando no tengo tiempo de que me seduzcan.

—Créeme, preferiría estar allí contigo ahora...

—Entonces ven lo más rápido que puedas, porque estamos perdiendo el tiempo. Tengo una lista muy larga de todo lo que tengo que hacer hoy — comenta con un tono sugerente y travieso.

Me encanta eso de él, de nosotros. Solo con escuchar su voz, noto cómo se reduce el estrés que siento.

—¿Qué tienes que hacer hoy?

—A ti en el sofá, en la encimera de la cocina, contra la pared y en cualquier otro sitio imaginable...

Deja la frase inacabada mientras algunas partes de mi cuerpo que seguían dormidas se despiertan de repente.

Gruño por el teléfono.

—No tienes ni idea de lo tentador que suena eso, porque hoy ya estoy teniendo un día de mierda.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunta, preocupado.

—Shane ha tenido su primera experiencia con el alcohol y, por lo que me ha dicho Jax, parece que no fue una placentera.

Colton ríe.

—¿Se ha emborrachado? ¡Qué tío!

—¡Colton! ¡Trato de criar a unos chicos decentes!

Y tan pronto como lo digo me percato de que sueño como una mujer chapada a la antigua, pero es verdad.

—¿Estás insinuando que yo no soy una persona decente, Ryles?

Sonrío, porque puedo imaginarme la expresión pícara en el rostro de Colton.

—Bueno, la verdad es que haces cosas bastante guarras conmigo... —le tomo el pelo.

Se me tensa el cuerpo y siento mil mariposas en el estómago cuando pienso en nuestra última escapada sexual en las escaleras de la casa de Malibú hace dos días.

Su risa es seductora y maliciosa.

—Cariño, hacerte guarrerías es lo que se me da mejor, pero hablo de las demás personas. Me emborraché con las mejores en el instituto, y no he salido

tan mal.

—Eso es debatible —bromeo—. ¿Así que opinas que no es para tanto? ¿Que puedo dejar que Shane se vaya de rositas?

—No, no me refiero a eso. Solo digo que es una buena señal que se esté comportando como un chaval de dieciséis años. No es que sea algo bueno o malo, solo que es típico. Y mientras no se vuelva a repetir y no empiece a beber para olvidar su pasado, entonces bien por él.

Una parte de mí está de acuerdo con Colton, pero a la vez sé que tengo que hablar con Shane y decirle que lo que ha hecho es inaceptable y que no puede repetirse, aunque sé que sucederá.

—A ver, señorito que solía ser un adolescente rebelde, ¿cómo puedo abordar este problema de la mejor manera?

—Sigo siendo un rebelde, Ry —comenta con un tono divertido—. Eso, amor mío, nunca cambiará. Jax tiene que hablar con él, porque a ti no te escuchará.

—Discrepo.

No deseo que los chicos no quieran hablar conmigo o escucharme porque soy una de las pocas mujeres orientadoras en la casa.

—No te preocupes, Rylee —dice, y ríe—. No estoy diciendo que no puedas lidiar con ello. Solo digo que le prestaré más atención a un hombre.

—Jax está en el partido de béisbol, así que tengo que hacerlo yo.

—¿Estás sola en casa?

Percibo la preocupación que refleja su voz de inmediato y sonrío ante su repentina necesidad de cuidar de mí, de protegerme. Es muy mono.

—Colton. —Suspiro—. Hay cincuenta fotografías en la entrada. Estoy bien.

—Exactamente. Cincuenta fotografías que no tienen ningún motivo para estar allí excepto acosarte a ti y a los chicos. ¡Joder! —exclama—. Estoy hasta los cojones de que todos mis problemas vayan a parar a tu puerta.

—De verdad que no...

—Llego en media hora —añade, y cuelga.

De acuerdo. Viene a lidiar con la prensa, lo cual no será nada bueno, y yo aún tengo que averiguar cómo hablar con Shane.

¡Joder!

—Puedes jugar durante otra hora más o menos, Scooter, y luego tenemos que ir al campo de béisbol, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —exclama, y sale corriendo por el pasillo hacia el comedor, donde estoy segura de que se tumbará a ver los dibujos animados.

Sigo andando por el pasillo y me detengo cuando paso por delante de la habitación de Zander y Aiden. Zander está en la cama con la manta alrededor de los hombros mientras abraza a su perro de peluche. Se mueve hacia delante y hacia atrás con los ojos cerrados. Inclino la cabeza, entro en la habitación y lo observo durante unos segundos para averiguar si está soñando o si está despierto. Cuando me acerco más a él, oigo un sonido agudo que proviene de las profundidades de su pecho y actúo por instinto.

—Ey, Zander. ¿Estás bien, colega? —pregunto en voz baja, y me agacho para ponerme a su lado a la altura del colchón.

Zander sigue balanceándose, pero alza la vista y me mira con el rostro cubierto de lágrimas y una expresión de dolor en los ojos. Porque no importa cuánto tiempo pase, los recuerdos siempre estarán allí, preparados para clavarle sus garras de destrucción lo más profundo posible para que nunca logre olvidarlos.

—Quiero que venga mi mami —solloza, y se me rompe el corazón en mil pedazos por este pobre niño al quien quiero más que a nada.

Poco a poco, lo siento en mi regazo, lo estrecho entre mis brazos y le coloco la cabecita en el hueco entre mi cuello y los hombros para que no vea mis lágrimas por él, por su inocencia perdida y por aquella parte de su vida que siempre echará en falta: su madre.

—Ya lo sé, cielo —murmuro mientras lo abrazo—. Lo sé. Tu madre estaría aquí si pudiera. Nunca te habría dejado si los ángeles no la hubiesen necesitado.

—Pero... pero yo también la necesito... —dice mientras solloza.

No puedo contestarle a eso. Así que lo beso y lo abrazo todavía más fuerte, pero sé que nunca será suficiente.

Nos sentamos durante un momento y dejo que absorba el consuelo y el

refugio que le ofrezco. Al cabo de un rato, se tranquiliza. Le paso la mano por el pelo y la espalda mientras trato de pensar en algo que le haga sonreír.

—Eh, colega, ¿sabes qué? Colton está de camino.

Noto cómo se le tensa el cuerpo de la emoción y me mira a los ojos.

—¿De verdad?

Y como si lo hubiésemos ensayado, oigo ruido en la calle. Incluso con las ventanas cerradas y las cortinas corridas se puede oír el rugido del motor del coche, el sonido de los obturadores de las cámaras y las preguntas que gritan los periodistas.

—Sí. De hecho, creo que acaba de llegar.

Agradezco que Colton haya llegado en este momento al ver cómo le brillan los ojos a Zander. Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta principal. Me aseguro de que los chicos estén en el comedor para que cuando abra la puerta estén protegidos de los objetivos de las cámaras.

Colton entra rápidamente, suelta una palabrota en voz baja, cierra la puerta y me mira con el ceño fruncido de frustración. Me doy cuenta de que lleva una bolsa marrón bajo el brazo. Sonríe.

—Hola.

—Hola, As —respondo, y avanzo hacia él para darle un beso, pero se pone tenso.

Me alejo inmediatamente cuando me doy cuenta de que uno de los chicos está detrás de mí. Colton siempre está muy pendiente de ellos y trata de no besarme cuando están presentes, ni siquiera para darme un beso casto, porque sabe lo sobreprotectores que son y no quiere perturbar ese equilibrio.

—¡Bésala y acabemos con esto! —exclama Scooter, exasperado.

Colton y yo rompemos a reír y lo miro con una amplia sonrisa en los labios.

Colton me coloca la mano que tiene libre en la espalda y, luego, se agacha delante de Scooter.

—¿Te parece bien? —le pregunta al niño pequeño que lo mira con los ojos abiertos como platos—. No es muy educado entrar en la casa de otro hombre y besar a su chica... pero como tú eres uno de los hombres, supongo que puedo besarla si me das permiso.

Scooter se queda boquiabierto ante el comentario de Colton y yergue la

espalda de orgullo.

—¿De verdad? —El entusiasmo que refleja su voz hace que me coloque una mano sobre el corazón, porque es muy enternecedor—. Sí... no hay ningún problema. Siempre y cuando no la pongas triste.

—Trato hecho.

Colton estira el brazo y se dan un apretón de manos. Mi corazón se llena de amor y tengo que contener las lágrimas por segunda vez en lo que llevo de día, pero en esta ocasión son del orgullo que siento por estos dos hombres que tengo en mi vida.

—Genial —dice Colton, que se pone de pie y me mira—. El hombre de la casa dice que puedo besarte.

Mi sonrisa se ensancha cuando Colton se inclina hacia delante y me da un beso casto.

—*¡Puaj*, qué asco! —exclama Scooter, que se limpia la boca con la mano y sale corriendo hacia el comedor para contárselo a Zander.

Colton mira hacia atrás por encima de su hombro para asegurarse de que Scooter se ha ido y, cuando clava la vista en mí de nuevo, nuestras bocas se encuentran sin pensárnoslo dos veces. Es un beso breve, pero me deja con ganas de más, y eso confirma mis pensamientos de que Colton es como una droga sin la que no puedo vivir.

—¡Guau! —digo cuando nos separamos.

—Él ha dicho que podía hacerlo. —Sonríe y se encoge de hombros—. ¿Dónde está nuestro borrachín?

—Sigue durmiendo —respondo, y observo la bolsa que lleva bajo el brazo—. ¿Qué es eso?

Colton se limita a sonreír.

—Algo para asegurarme de que se acuerde de esta mañana durante mucho tiempo. Le daré un poco de su propia medicina.

—Colton —le advierto cuando me percató de que la bolsa tiene forma de latas de cerveza—. ¡No puedo darle cerveza! Me despedirán —grito en voz baja.

Tiene las agallas de quedarse ahí plantado y reírse.

—Exacto. Por eso se la daré yo.

Y, sin más, Colton avanza por el pasillo directo a la habitación de Shane.

Lo que me ha dicho antes de que Shane no iba a escucharme hace que siga a Colton para ver qué le dirá.

Colton corre las cortinas y la luz baña la habitación. Observa la cómoda y esboza una sonrisa. En cuestión de segundos, los altavoces que están conectados al iPod de Shane se encienden y llenan la habitación con una melodía estridente. Shane se despierta sobresaltado, grita, se tapa las orejas y tiene que mirarlo dos veces para asimilar quién está de pie delante de su cama con los brazos cruzados y las cejas arqueadas.

Se quedan contemplándose el uno al otro durante unos segundos y, después, Shane agarra un cojín y se lo coloca encima de la cabeza para bloquear la luz y la música.

—¡Páralo! —grita. Colton ríe, se dirige al iPod y lo apaga—. ¡Gracias! —añade Shane desde debajo de la almohada.

—Vaya, vaya —dice Colton. Se sienta a su lado, le quita el cojín y Shane utiliza los brazos para taparse los ojos—. Solo con oler tu habitación y verte la cara, diría que anoche se te fue de las manos. ¿Me equivoco, colega? —Colton profiere una risa maliciosa cuando Shane no responde—. ¿Te duele la cabeza? ¿Te da vueltas la habitación? ¿Te duelen los ojos? ¿Tienes ganas de vomitar, pero a la vez sientes que ya no te queda nada más en el estómago?

—Cállate.

Shane gruñe y trata de taparse la cabeza con las sábanas, pero Colton estira de ellas hacia abajo.

—No. Si quieres hacer cosas de mayores y emborracharte como ellos, entonces tendrás que levantarte y aceptarlo como un hombre.

Desde mi posición estratégica en el pasillo veo que Colton apoya la espalda contra la pared, se acomoda y mete la mano en la bolsa marrón. Oigo el sonido que hace una lata de cerveza al abrirse, y Shane se sienta en la cama inmediatamente y mira a Colton como si se hubiera vuelto loco.

—¿Estás loco? —espeta Shane en un tono que denota pánico.

—Sí —contesta Colton mientras lo mira y sonrío. Le da un sorbo a la cerveza y, luego, se la pasa a Shane—. Ya lo creo que lo estoy. Bebe, tío.

—¡No! —grita, y se aparta de la lata como si estuviera envuelta en llamas—. ¡No puedes darme una cerveza!

Colton arquea las cejas.

—Pues acabo de hacerlo. Ahora deja de utilizar eso a modo de excusa. Anoche fuiste lo bastante mayor como para beberte unas cuantas, ¿no? Es hora de recordarte por qué te gustó tanto—. Colton le acerca la cerveza otra vez—. Vamos, bebe un poco. Es un reto.

—Una mie...

—¡Bebe! —insiste Colton—. ¿Qué? ¿Eres lo bastante guay para beber con tus amigos pero no conmigo?

—¡Vomitare!

—¡Ahora lo pillas! —exclama Colton con una sonrisa. Mete la mano en la bolsa de nuevo y saca otra cerveza—. Tengo cinco más ahí dentro para ti cuando te acabes esta.

Shane abre los ojos como platos y palidece de repente.

—¡No! Vomitaré, joder.

—Bien —contesta Colton, y se acerca al rostro de Shane—. Bébetela —añade—. Quiero que recuerdes lo buena que estaba cuando la vomitabas ayer por la noche. La próxima vez que tus amigos te obliguen a beber o quieras beber para aparentar delante de las chicas, quiero que recuerdes lo bien que te lo pasaste inclinado sobre el lavabo, porque sé por experiencia que no es nada bonito.

Colton se aleja y se apoya contra la pared otra vez con una sonrisa pícaro en el rostro. Inclina la cabeza hacia atrás, pero mira a Shane por el rabillo del ojo.

—¿Estás seguro de que no quieres la cerveza? ¿No quieres recordar su sabor?

Shane niega con la cabeza, tan sorprendido como yo de que su ídolo acabe de echarle la bronca.

Cuando Colton habla de nuevo, lo hace en un tono relajado.

—Ahora que me estás prestando atención, vamos a repasar unas cuantas normas básicas, ¿vale? —No espera a que Shane le responda—. ¿Cómo volviste a casa anoche, Shane?

La pregunta me pilla desprevenida, y a Shane también.

—Davey me trajo.

—¿Davey también bebió anoche?

La calma con la que habla Colton hace que Shane aparte la mirada, lo cual

me rompe el corazón.

—Se tomó unas cervezas.

Percibo la decepción que hay en la voz de Shane, porque sabe que se equivocó.

—*¡Meeec!* Respuesta incorrecta —exclama Colton, y se gira para mirarlo de nuevo—. ¿Quieres hacer el gilipollas y emborracharte? Eso lo pillo. ¿Quieres subirte a un coche y dejar que conduzca otra persona que también está borracha? Porque, admitámoslo, tú estabas hecho mierda, así que no tenías ni idea de cuántas cervezas se había bebido Davey. Eso no pienso tolerarlo. Tienes a demasiadas personas que te quieren en esta casa. Que se preocupan por ti, Shane. Ry, los chicos, yo. No queremos que te pase nada. Así que déjame reformular la pregunta, ¿de acuerdo? No te preguntaré si te emborracharás otra vez, porque entonces tendrás que mentirme. Esta es mi pregunta: ¿volverás a subirte a un coche con otra persona que ha estado bebiendo?

Shane traga saliva y niega con la cabeza. Cuando ve que Colton se lo queda mirando, dice en voz alta:

—No.

—¡Bien! Ahora sí que estamos avanzando... —dice Colton, y con la mano golpea la pared tan fuerte que Shane se sobresalta y se agarra la cabeza mientras Colton ríe—. ¿Estás seguro de que no quieres esta cerveza? —Se la ofrece de nuevo y Shane niega con la cabeza enérgicamente—. Me encantan los chicos listos, así que escúchame: no me importa cómo coño llegas a casa, llámame si lo necesitas, pero no vuelvas a hacer lo de ayer. Y la última pregunta... ¿por qué?

Shane alza la vista y lo mira fijamente.

—¿A qué te refieres?

Colton lo observa durante un buen rato, y me pone nerviosa no estar lo bastante cerca como para ver las palabras silenciosas que están intercambiándose.

—¿Para parecer guay? ¿Para impresionar a una chica? ¿Para olvidarte del dolor que te provoca el recuerdo de tu madre? No tienes que decírmelo, Shane, pero la respuesta es muy importante. Es algo que tienes que responderte a ti mismo.

Shane baja la cabeza y tomo aliento, preocupada. Shane se mueve y apoya

la cabeza en la pared como Colton, cruza las piernas y los brazos y mira hacia el techo. Verlos juntos así no tiene precio, y sé que este momento se me quedará grabado en la memoria para siempre.

Colton suspira y, cuando habla de nuevo, lo hace con una voz tan bajita que apenas logro oírlo.

—Cuando era pequeño, me pasaron muchas cosas malas. Malas de verdad. Y no importaba lo que hiciera, lo bien que me portara o lo mucho que tratara de ser una buena persona... nada importaba, nada podía frenarlo. Nadie me ayudó. Así que en mi cerebro de niño de siete años, todo lo que me sucedía era culpa mía, e incluso aún lo creo algunos días. Pero lo peor de todo era vivir con el dolor y la culpabilidad que sentía. —Suspira, mira a Shane y espera a que él haga lo mismo—. Joder, empecé a beber cuando era mucho más joven que tú, Shane... y bebía porque sentía mucho dolor. Y después de meterme en líos de los que logré escaparme sin ningún rasguño, mi padre se sentó conmigo y me hizo la misma pregunta que te acabo de hacer. Me dijo lo mismo que te he dicho. Pero luego me preguntó: «¿Por qué beber para no sentir dolor, si sentir significa estar vivo, y estar vivo es maravilloso?». —Colton niega con la cabeza—. ¿Y sabes qué? Algunos días pensaba que eso era una gilipollez, que nunca sería capaz de pasar un solo día sin pensar en ello o sin que me consumiera el dolor y la culpabilidad que sentía... Y, joder, aquellos días lo único que me apetecía era beber. Cuando tenía quince años, Shane, quería beber para lidiar con mis problemas, pero mi padre se volvía a sentar a mi lado y me repetía las mismas palabras. ¿Y sabes qué? Tenía razón. Necesité tiempo. Mucho tiempo. Y nunca desaparece del todo, pero me alegro de haber elegido sentir. Me alegro de haber escogido sentirme vivo.

No me doy cuenta de que estoy llorando como Shane hasta que Colton le pasa un brazo alrededor del cuello y lo acerca hacia él. Lo abraza con firmeza y Shane solloza. Colton lo besa en la coronilla y murmura de nuevo:

—Recuerda, el dolor significa sentir, sentir significa estar vivo, y estar vivo es maravilloso.

Se me hace un nudo en la garganta y se me rompe el corazón. Todas las dudas que tenía sobre alejarme de este maravilloso desastre de hombre se desvanecen para siempre.

El hombre herido ayudando al niño roto.

Colton se separa de Shane y enseguida percibo que ambos se sienten un poco incómodos mostrando sus emociones. Colton se levanta de la cama y ríe cuando le ofrece la cerveza a Shane de nuevo y él la aparta. Agarra la bolsa con el resto de cosas y se dirige hacia la puerta, pero antes de marcharse, se gira.

—Eh, Shane. Hueles fatal, tío. Dúchate y vístete, tenemos que ir a ver un partido de béisbol.

Colton sale de la habitación y se detiene para mirarme con un torbellino de emociones reflejadas en sus ojos cuando ve las lágrimas que resbalan por mis mejillas.

—Gracias —susurro, porque es lo único que se me ocurre.

Colton asiente, como si no fuera capaz de responderme, y avanza por el pasillo.

Capítulo 26

Colton

—¿Y a los tienes, Jax? —pregunto mientras observo cómo Scooter compra unas golosinas de la tienda con el dinero que le he dado.

Shane no ha querido. El tío sigue pálido. No creo que coma nada durante un tiempo, a menos que quiera vomitarlo.

Ah, qué bonitos recuerdos de cuando era un adolescente y bebía como si no hubiera un mañana. No puedo evitar sentirme mal por él, pero la verdad es que es bastante gracioso verlo pasar por esto.

Jax se reajusta la gorra, deja el bate y se dirige hacia mí.

—Sí, los tengo. —Se detiene delante de mí y nos damos la mano—. Gracias por...

Levanta la barbilla en dirección a Shane.

—Ningún problema. —Río—. La verdad es que yo era mucho peor cuando tenía su edad, pero hablé con él.

—Gracias. ¿Ry ha cambiado de opinión? ¿No vendrá?

—No.

Niego con la cabeza y observo cómo Ricky golpea la pelota con el bate y la manda fuera del campo mientras practica. Silbo para que sepa que lo he visto y, cuando se gira para mirarme, esboza la sonrisa más bonita del mundo. Sé mejor que nadie que el reconocimiento por el trabajo bien hecho es muy importante.

—Sí que vendrá. Creo que Zander no ha tenido una mañana muy buena y

Rylee no quería pasearlo delante de la prensa. Así que he traído a los chicos, esperando que me siguieran a mí.

«Malditos buitres», pienso. Miro hacia el *parking*, donde he dejado el Range Rover, y ahí están, con las cámaras alrededor del cuello y apuntándome con los objetivos con la esperanza de capturar... La verdad es que no sé que pretenden conseguir en un partido de béisbol de niños. Pero mantienen la distancia y no me bombardean cuando estoy con los chicos, y la verdad es que estoy un poco sorprendido. ¿Desde cuándo saben comportarse? No es como si fuera a hacer algo emocionante detrás de las graderías para crear más rumores infundados de hijos ilegítimos.

—Bueno... —Me encojo de hombros—... parece que ha funcionado.

Jax ríe mientras observa la multitud de *paparazzi* en el *parking*.

—¿Tú crees? Menuda locura, tío, tener que vivir con eso todo el tiempo. ¿Te acabas acostumbrando?

—¿Es posible que un coche avance sin ruedas?

Es la pregunta más estúpida del mundo, pero es Jax. Es un buen tío. Cuida bien de Ry.

—Cierto —contesta, y asiente.

Hablo con él durante unos minutos más y luego me dirijo al *parking* para que aquellos energúmenos me hagan las fotos que han venido a buscar y por las que les pagarán. Espero que, así, se marchen y permanezcan al margen durante otro maldito día.

Empiezan a hacerme fotos a medida que me acerco a ellos y tengo que concentrarme para no darles un puñetazo, porque la verdad es que me sentaría de lujo desahogarme un poco. Que le den a Chase. Lo único que me detiene es que Rylee saldrá perjudicada si me convierto en el chico malo que pierde los nervios cuando oye los comentarios de que es una rompefamilias.

Putas promesas. Que se vayan todas a la mierda. Esta es la razón por las que nunca las hago. Nunca las hacía antes de Rylee, de hecho. Quién habría pensado que llegaría un día en que acabaría haciendo mil promesas y me parecería bien.

Es solo una de las muchas cosas que Rylee ha cambiado de mí.

Le dije que estaba intentando ser un hombre mejor. Joder. Nunca pensé que nos arrastrarían a esta tormenta mediática que nos pondría a prueba.

Me he portado bien de momento. No he llamado a Tawny para decirle de todo después de los mil problemas que me ha causado y por haber metido a Rylee en la boca del lobo para herirme. Sé que si lo hago solo demostrará que ha conseguido que me hunda. Y, para ella, eso prácticamente significa ganar esta batalla.

—¿Cuándo es la boda, Colton?

—¿Sabe Tawny que estás con Rylee?

—¿Ya has escogido nombres para tu hijo?

Un cámara me golpea en el costado y me giro para encararme a él, con los puños apretados y la mandíbula tensa.

—Apártate, joder.

Rylee. Rylee. Mi Rylee. Tengo que repetirlo una y otra vez para que me ayude a ignorar las mentiras de mierda de los *paparazzi* y evitar que pierda los papeles.

Al menos el hombre da un paso atrás para dejarme abrir la puerta del coche. Gracias a Dios por los coches caros, porque, en cuanto cierro la puerta, silencio el ruido de los periodistas y los cristales tintados dificultan que las cámaras consigan la foto que desean. Aunque necesito desesperadamente quedarme sentado unos segundos para calmarme, es imposible que lo consiga con el circo que me rodea.

Enciendo el motor con la esperanza de que pillen la indirecta y se aparten para que no los atropelle. Cuando acelero ligeramente y retrocedo un poquito para desaparecer, todos se marchan corriendo hacia sus coches para seguirme.

Me cago en la puta.

Si tuviese que colocar un letrero en mi coche, pondría uno que dijera: «Por favor, seguidme».

Me aseguro de que no haya niños delante y salgo del *parking*. Me libro un poco de la locura y, cuando pierdo de vista a la mayoría de los coches en un semáforo en rojo, acelero mientras el siguiente aún está en ámbar. Suspiro, aliviado, porque por fin tengo un minuto de paz, y tarareo «Best of You», que suena en la radio ahora mismo. Entonces, miro el teléfono.

Y, de repente, me quedo sin aliento. Mi pie pierde el contacto con el acelerador como si fuera un maldito conductor principiante cuando veo el mensaje que hay en la pantalla.

«Tengo un sobre cerrado encima de la mesa. Son los resultados de la prueba. Llámame».

Se me congelan los pulmones, el corazón, la garganta y todo el cuerpo. Miro hacia la carretera fijamente, los nudillos se me ponen blancos cuando agarro el volante con fuerza y trato de controlar las emociones que están quemándome vivo por dentro.

Me obligo a respirar, a pestañear, a pensar. En cuanto mi cuerpo responde a las órdenes que le da mi cerebro, doy un volantazo, haciendo que muchos coches me piten, y aparco en el primer sitio que veo: el *parking* de un centro comercial.

Agarro el teléfono para llamar a mi abogado, pero lo dejo en el asiento de nuevo, cierro los ojos con fuerza e intento controlar los nervios que se apoderan de mí. Es la hora. La respuesta al otro lado del teléfono será mi peor pesadilla o mi mayor alivio.

La certeza que antes sentía de que esto no podía ser verdad no parece tan evidente. Respiro profundamente, golpeo el volante, me armo de valor y agarro el móvil de nuevo.

Cada tono me destruye. Es como si estuviera esperando a que alguien golpeará la silla que tengo bajo mis pies y sintiera la soga alrededor del cuello.

—Donavan.

Tardo un minuto en responderle.

—Hola, CJ.

Mi voz no parece la mía. Suena como la de un niño que está esperando a que decidan cuál será su castigo.

—¿Estás preparado?

—Joder, dímelo ya —espeto.

Ríe y oigo cómo abre el sobre. Es fácil para él reír ahora cuando el corazón me va a toda velocidad y la cabeza me martillea mientras doy golpecitos con el pie contra el suelo del coche. Y, entonces, oigo a CJ exhalar.

—Todo bien.

Es imposible que lo haya oído bien.

—¿Qué?

—Tawny mintió. El bebé no es tuyo.

Levanto el puño en el aire y grito. Me agarro la cabeza con las manos mientras la adrenalina me recorre por completo, me tiemblan las manos y me echo a llorar. Ni siquiera puedo procesarlo. Sé que CJ me está hablando, pero no puedo escucharlo porque el corazón me late en los oídos a causa de la adrenalina, como si estuviera a punto de empezar una carrera. Levanto una mano para pasármela por el pelo, pero me detengo, golpeo el volante y me agarro la cara. Me siento tan abrumado, tan inundado de alivio, que no logro pensar con claridad. Solo tengo una cosa en mente.

No es mío.

No he jodido la vida de una pobre alma con mi sangre.

Por el hecho de nacer de una zorra manipuladora como Tawny.

—¿Estás bien, Wood?

Tardo un minuto en tragar saliva y recuperar la voz.

—Sí. —Suspiro—. Estoy mejor que bien. Gracias.

—Le diré a Chase que envíe un comunicado a la prensa...

—Ya me encargo yo de eso —contesto.

No hay nada que me apetezca más que darle a estos buitres un trozo de carroña para que aparten sus molestas cámaras de mi vida durante una temporada. Quiero darle tiempo a Rylee para que se adapte a la puta locura que es mi vida mientras nos asentamos en nuestra relación.

Y ya estoy haciéndolo otra vez. Estoy pensando en un futuro con ella. Es mi maldita kryptonita.

Joder.

Entonces, caigo en la cuenta.

Rylee.

Tengo que contárselo.

—Gracias otra vez, CJ, tengo que llamar... tengo que colgar.

Cuando finaliza la llamada, marco el número de Rylee, pero me tiemblan tanto las manos a causa de la adrenalina que me corre por las venas que me quedo parado durante unos segundos.

Y, entonces, me percató de que quiero acabar con esto de una vez por todas antes de hablar con Ry. Quiero llamarla una vez todo esto haya quedado a nuestras espaldas. El bebé, Tawny, las mentiras... todo se ha acabado.

Respiro profundamente mientras marco el número que antes me resultaba tan familiar, pero que ahora hace que me hierva la sangre.

—¿Colton?

Me gusta que esté sorprendida de que la llame, porque eso significa que la he pillado desprevenida.

Que empiece el juego.

—Tawny.

Mi voz es neutra y no expresa ningún tipo de emoción. No digo nada más. Quiero que se ponga nerviosa. Quiero que se pregunte si lo sé o no, si tiene los huevos de mentirme a la cara. Entonces, veremos si es capaz de seguir con la farsa o si pondrá las cartas sobre la mesa.

Porque cuento con la ventaja de saber los resultados de la prueba de paternidad.

—Hola —saluda en una voz tan baja que no sé si está avergonzada o intenta sonar seductora.

Ambas hacen que se me revuelva el estómago.

Me muerdo la mejilla y trato de averiguar cómo quiero enfocar esta conversación, porque por mucho que me apetezca hacerla sufrir, solo quiero que desaparezca de mi vida. Quiero decirle adiós para siempre. Se aclara la garganta y sé que el silencio la está matando.

Bien.

—Colton —repite, y tengo que morderme la lengua y dejarla sufrir—. ¿Necesitas algo? Me sorprende que me llames...

—¿De verdad? ¿Te sorprende? —El sarcasmo en mi voz es más que evidente—. ¿Y por qué será?

Empieza a tartamudear algunas palabras, pero no consigue pronunciar ninguna más allá de la primera sílaba.

—Ahórratelo, Tawn. Solo dime una cosa. ¿Por qué?

¿Cuándo se convirtió en esta clase de persona? ¿Cuándo pasó de ser mi novia de la universidad a una zorra manipuladora y conspiradora? ¿Qué mierda me he perdido?

—¿Por qué? —pregunta, confundida.

Hemos sido amigos durante tanto tiempo que sé cuándo trata de ganar tiempo. Está esperando a que le dé una pista para que pueda retorcerla,

manipularla y contarme la mentira que le vaya mejor.

Y estoy harto. La rutina inocente terminó hace mucho tiempo en lo que respecta a ella y a sus malditas mentiras. Al menos, lo reconozco ahora. ¿Después de lo que le hizo a Ry? ¿Y de lo que ahora ha intentado hacerme a mí?

Es hora de vengarme.

—Sí, ¿por qué? —espeto con rabia—. ¿Por qué me mentiste tan descaradamente? ¿Por qué utilizaste mi accidente para...?

—Colton, no traté de...

—¡Cállate de una puta vez, Tawny! ¡No me importan tus malditas excusas patéticas! —grito, porque no puedo evitarlo.

La verdad es que sienta bien desahogarse. Sacar toda la rabia, miedo e incerteza que llevo dentro y que se ha apoderado de mi vida durante estas últimas semanas. Que me ha dejado hecho un desastre, desorientado, como si estuviera conduciendo a ciegas a través del humo después de un accidente y esperara salir indemne de esta nube de confusión opresiva.

—¿Tú no trataste de qué?

La ira me corroe. Necesito moverme. Tengo que librarme de ella un poco, así que abro la puerta del coche y camino de un lado a otro sin parar mientras me paso la mano que tengo libre por el pelo.

—¿Que no trataste de usar mi accidente y mi mente confundida para conseguir lo que querías? ¿Que no me dijiste que nos habíamos acostado aunque era mentira? ¿Creías que me atraparías para que fuera el padre de tu hijo ilegítimo? ¿Qué clase de mierda retorcida es esa? ¿Quién coño hace algo así, Tawn? ¿Eh? ¿Puedes decirme cómo es posible que la mujer que antes conocía y a la que consideraba mi amiga hace mucho tiempo ha caído tan bajo que ha tenido que utilizar un bebé para intentar reconquistarme?

No hay bastante asfalto en este *parking* para que se me bajen los humos y la furia que me corre por las venas, porque cuanto más pienso en el tema y en lo que Tawny quería hacerme, más me cabreo.

«Ahora sí que se ha quedado callada», pienso cuando no responde a nada de lo que acabo de decirle. Lo único que oigo al otro lado del teléfono son sollozos.

—Y pensar que hubo un tiempo en mi vida en el que me importabas. Ver para creer, Tawny. —Niego con la cabeza y trago saliva—. ¿Es así como

tratas a las personas a las que dices amar? ¿Utilizas a un niño para manipularlas? ¿Les mientes para conseguir amor?

—Te han dado los resultados de la prueba.

No es una pregunta, es una afirmación.

Lo sabe.

—Sí.

El acero que refleja mi tono de voz debería darle miedo.

—Me la jugaste una vez, Tawn. Me encargué de ello del modo más educado posible, porque nuestras familias se conocen desde hace años. —Me apoyo contra el coche y niego con la cabeza. El corazón me late desbocado—. Pero, obviamente, eso a ti no te importa, porque me la acabas de jugar otra vez. Has intentado arruinarme con la única cosa que lograría destrozarme más que nada en el mundo. Así que te sugiero que me prestes atención, porque solo te lo diré una vez. Se acabó. No contactes conmigo nunca más. Y más te vale dejar a Ry tranquila también. ¿Y las reuniones familiares? —Río, pero no porque la situación me haga gracia—. Te sugiero que para entonces tengas gripe estomacal o alguna otra razón para no asistir. ¿Lo pillas? Eras mi amiga y ahora... ahora no eres nada.

—Por favor, escúchame —suplica, y aquella voz que antes significaba algo para mí ya no me afecta. Para nada—. No seas tan frío...

—¿Frío? —espeto. El cuerpo me tiembla de ira—. ¿Frío? Prepárate para sentir una buena capa de hielo, porque tú y yo hemos acabado. Estás muerta para mí, Tawny. Y eso es todo lo que tengo que decirte.

Cuelgo el teléfono a pesar del llanto que oigo al otro lado de la línea. Me giro, apoyo las manos contra el lateral del coche y trato de procesarlo todo. Intento comprender cómo es posible que una amiga de la infancia sea capaz de hacerme algo así.

Y me doy cuenta de que me da igual. El porqué y los motivos. Nada importa.

Porque ahora tengo a Ry.

Joder. Estoy tan obcecado con lo que acabo de hacer que casi olvido el motivo por el que lo hice.

Rylee.

Me subo al coche, agarro el móvil y tardo un segundo en encontrarla en mi

lista de llamadas recientes. Me coloco el teléfono en la oreja y espero a que conteste la llamada. Estoy nerviosísimo.

—¡Vamos, Ry!

Golpeo el volante con el puño mientras los tonos resuenan por los altavoces del coche.

—¡Hola! —saluda, y ríe.

Ese sonido. Dios mío, el tono tan despreocupado de su voz me atrapa el corazón y lo estrecha tan fuerte que apenas consigo respirar con normalidad. Es como si de repente toda la mierda en la que me he visto rodeado hubiese desaparecido con Tawny y el accidente, y, aunque no soy capaz de respirar, me siento como si por fin entrara aire en mis pulmones después de una infinidad de tiempo. ¿Esto es lo que se supone que debo sentir? ¿Es esto lo que la gente llama «claridad»?

Empiezo a hablar, pero no puedo. ¿Qué me pasa? Es como si quisiera contarle todo a la vez pero no supiese por dónde empezar. Me echo a reír como si me hubiese vuelto loco, porque estoy en mitad del *parking* de un centro comercial cutre y acabo de darme cuenta.

—¿Estás bien? —pregunta en un tono *sexy*.

—Sí. —Casi me ahogo de la risa—. Es solo que...

Oigo una risa enérgica al otro lado de la línea y dejo de hablar. Pertenece a Zander, y es la primera vez que la oigo. El sonido me parte en dos como si fuera un cuchillo. Madre mía, parezco un nenaza; se me han descontrolado todas las emociones.

—Ve a por tu guante que está en el jardín trasero y nos iremos, ¿de acuerdo? —Oigo que Zander le contesta—. Perdona, estabas a punto de explicarme qué te resultaba tan gracioso.

Empiezo a hablar y a contarle los resultados de la prueba de paternidad y, justo entonces, oigo un sonido que es tan horripilante que se me encoge el corazón.

—¿Qué coño es eso?

No puedo decirlo lo bastante rápido porque, a pesar del grito agudo que suena como si estuviesen matando a un animal, todavía oigo cómo Rylee se mueve al otro lado del teléfono.

Se me revuelve el estómago cuando no me contesta.

—¿Ry? Dime que está pasando. ¿Ry?

—¡No, no, no, no!

Hay algo en su voz —miedo, incredulidad y sorpresa mezclado con desafío— que hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. Arranco el coche de inmediato.

—¡Joder, Ry! Háblame. ¿Qué coño pasa? —grito. El pánico que siento me abrumba, y lo único que oigo es la respiración acelerada de Rylee. Después, los sollozos—. ¡Rylee!

—¡No puedes quedarte con él! —exclama en un tono siniestramente calmado.

Acelero y adelanto al coche que tenía al lado.

—¿Quién está ahí, Ry? Dímelo, cariño, por favor —suplico.

Miedo como el que solo he sentido durante mi infancia se apodera de mí y me entran arcadas. El temor me consume. Trato de decidir si debería colgar y llamar directamente a la policía, pero eso significaría que tendría que colgar a Rylee y no podría oírla ni saber si está bien.

—¡Zorra de mierda!

Es lo único que oigo antes de que Rylee grite de dolor y se corte la llamada.

—¡No! —chillo, y golpeo el volante.

Se me nubla la visión mientras intento marcar el número de la policía, pero me tiemblan tanto los dedos que lo consigo al tercer intento.

—Policía, ¿dígame? —contesta una voz.

—Por favor, ayúdenlos. Están chillando y... ¡están gritando! —suplico.

—¿Quién está gritando, señor?

—Rylee y Zand...

No puedo pensar con claridad. Una oleada de hielo me inunda las venas y lo único que se me pasa por la cabeza es que tengo que llegar a su casa lo más rápido posible, por lo que no me doy cuenta de que nada de lo que digo tiene sentido.

—Por favor, hay alguien ahí y...

—¿Señor, cómo se llama? ¿Cuál es la dirección?

—Co... Colton —tartamudeo, y me percató de que no me sé la puta dirección completa. Solo el nombre de la calle—. Es la avenida de Suiza.

«Joder. Joder. Aguanta, cariño. Aguanta. Ya llego», me repito una y otra vez mientras me tiembla el cuerpo entero.

—¿Qué número?

—¡No lo sé, joder! —le grito a la operadora—. La que tiene una manada de *paparazzi* enfrente. No hay nadie más en la casa excepto ella y el niño pequeño. ¡Por favor! Rápido.

Miro hacia la carretera y tengo que frenar de golpe cuando me encuentro con que están haciendo obras.

—¡Joder! —grito, y agarro el volante como si fuera mi maldito salvavidas.

Rylee.

Es lo único en lo que pienso.

Rylee.

Por favor, Dios, no.

Capítulo 27

—Spiderman. Batman. Superman. Ironman. Spiderman. Batman... — repite Zander una y otra vez, sentado hecho un ovillo detrás de mí en el jardín trasero.

Es lo único que oigo por encima del zumbido que resuena en mi cabeza a causa de la fuerza del puñetazo. Zander tiene las manos sobre las orejas y se balancea hacia delante y hacia atrás mientras repite la cancioncilla y se adentra en su propio mundo, donde no hay hombres con pistolas ni padres con cuchillos que se los clavan a las mujeres.

El problema es que, en el mundo de Zander, son la misma persona.

Me doy cuenta segundos después de que me dé un puñetazo en la cara y salga despedida hacia atrás a causa del impacto. Entonces, levanto la cabeza y veo la expresión asustada en la cara de mi niño. El tiempo se para y, luego, empieza a moverse a cámara lenta. El dolor que siento en la mejilla y en el ojo no disminuye el miedo que se ha adueñado de mi corazón cuando alzo la vista para mirar fijamente al hombre que ha sido una presencia constante en mi vida durante las últimas semanas. Se le ha caído el sombrero y las gafas oscuras, por lo que le veo la cara perfectamente.

Conozco a este hombre.

Lo he visto antes.

Es el que me dio mala espina en el *parking* del centro comercial. Es el hombre del sedán de color azul oscuro que siempre estaba aparcado delante de la casa y que me perseguía. Sin el sombrero y las gafas de sol, veo rasgos de Zander en su rostro. Sé por qué me resultó tan familiar en el *parking* aquel

día. Tiene los ojos del mismo color y las mismas facciones, con el pelo más largo y un poco más oscuro, pero el parecido es innegable.

Observo la pistola negra con la que me apunta y, luego, lo miro a los ojos, dos piscinas lúgubres de oscuridad que nos observan a mí y a Zander mientras este último murmura la canción de los superhéroes.

—¿Qué le has hecho? —grita mientras señala a Zander con la pistola antes de volver a apuntarme—. ¿Por qué está haciendo eso? ¡Contéstame!

Cálmate, Rylee. Cálmate, Rylee.

—Tiene... tiene miedo.

«Tú le has hecho eso», quiero gritarle. «Es culpa tuya, maldito asesino de mierda», pero lo único que hago es repetirme una y otra vez la misma frase para tratar de esconder el miedo que siento y evitar tartamudear. Intento centrarme en el sonido de mi corazón y cuento los latidos para tranquilizarme. Siento cómo gotas de sudor resbalan entre mis pechos. Huelo el miedo en el ambiente y se me revuelve el estómago, porque sé que se trata de mi terror mezclado con el suyo.

Y me aferro a ese pensamiento.

Que él también está asustado.

Piensa, Ry. Piensa. Necesito mantenerme calmada y proteger a Zander al mismo tiempo, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. El pánico desmesurado que me recorre el cuerpo no me deja pensar con claridad y coherencia. No sé qué se supone que debería hacer, porque este hombre ya ha matado antes. Asesinó a la madre de su hijo, a su propia mujer.

¿Qué le frenará de matarme a mí?

No tiene nada que perder.

Y me aterra más que nada.

Me obligo a tragar saliva y recorro el jardín trasero con la mirada. Veo su cámara de fotos y su pase de prensa falso en el suelo, al lado de la valla. Veo mi teléfono en el césped, donde se me cayó cuando me golpeó, y pienso en Colton inmediatamente.

De repente, me aferro a la esperanza de que me haya oído, que sepa que estoy en peligro y que haya llamado a la policía, porque si ese no es el caso, no podré proteger a Zander de este hombre perturbado. O a mí.

Me escuecen las lágrimas y el hinchazón del ojo en el que me ha golpeado

me duele muchísimo. Me tiemblan las manos y tengo la respiración entrecortada a causa del miedo. La cancioncilla que Zander está entonando hace que toda esta situación sea todavía más estresante.

Es lo único que oigo en el silencio de la mañana: la voz de un niño que sabe que no le quedan esperanzas. Y, con cada segundo que pasa, las palabras que Zander ha empezado a susurrar se convierten en casi un grito para tratar de bloquear el sonido de la voz de su padre.

—¿Qué... qué quieres? —pregunto finalmente por encima del ruido que hace Zander, y percibo que hace tiempo que ha perdido el contacto con la realidad.

No sé como lidiar con el loco que tengo delante.

Da un paso hacia mí mientras me observa. Todo mi cuerpo está en guardia, y la expresión en sus ojos lúgubres cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo hace que se me corte la respiración. Se me retuerce tanto el estómago que tengo que luchar contra las náuseas que me invaden.

Me acerca la pistola a la cara y me quedo quieta mientras me pasa la punta del cañón por una mejilla y, luego, por la otra. Se me hiela la sangre cuando noto el frío del acero y soy consciente de la dura realidad de sentir el metal contra mi piel y lo que ello representa.

—Eres una mujer muy guapa, Rylee.

El modo en que pronuncia mi nombre, como si estuviera devorándolo, hace que me entren arcadas. Unos segundos después, me agarra la cara con fuerza y se acerca hasta que estamos a centímetros de distancia. Quiero ser fuerte. Quiero decirle que se vaya a la mierda y que se muera. Quiero gritarle a Zander que salga corriendo y pida ayuda. Quiero suplicarle a Dios, a quien sea, que me ayude. Quiero decirle a Colton que lo amo. Pero no puedo, porque ninguna de esas opciones es una posibilidad ahora mismo. Me tiemblan las piernas y me castañetean los dientes a pesar de la fuerza con la que me agarra el rostro. Todo lo que soy, mi futuro, mis posibilidades, la próxima vez que tome aire... está a merced de este hombre.

Se acerca todavía más y siento cómo su aliento me cosquillea los labios. Me clava los dedos en las mejillas con más fuerza y no puedo evitar que se me escape un gemido de terror.

—La pregunta es, Rylee... ¿Qué estarías dispuesta a hacer para proteger a uno de tus chicos?

—Que te den —suelto sin pensar, porque la ira que siento me ha quitado el filtro que suelo tener entre el cerebro y la boca.

Y, antes de que me dé tiempo a pestañear, me da un puñetazo en la barriga y salgo disparada hacia atrás. Aterrizo con un golpe seco contra el suelo de cemento y me golpeo la cabeza y los hombros contra la valla de madera.

El terror que me consume cada centímetro de mi ser eclipsa el dolor del golpe. He caído cerca de donde está Zander, así que me arrastro rápidamente hacia él y lo abrazo para tratar de protegerlo como sea. Sé que el hombre está detrás de mí; siento la presencia de la pistola con la que me apunta, pero me limito a estrechar a Zander entre mis brazos.

—No pasa nada, Zander. No te hará daño. No dejaré que se acerque a ti —le susurro, pero Zander no para de mecerse ni de cantar.

Estoy tan aterrada que yo también empiezo a cantar con él y nos quedamos sentados en un jardín trasero construido con esperanza, pero que temo que pronto se mancillará con violencia.

—He venido a llevarme a mi hijo.

Si antes pensaba que su voz era fría, ahora hace juego con el acero de su pistola.

—No —contesto, y aunque quería decirlo con seguridad, el temblor de mi voz me traiciona.

—¿Con quién coño te crees que hablas? —gruñe. Me apunta en la espalda con la pistola y me clava el cañón entre los omóplatos—. Aléjate de mi hijo.

Aprieto los puños para que dejen de temblarme las manos y Zander no sepa lo asustada que estoy. Tampoco quiero que su padre se dé cuenta. Me obligo a tragar saliva mientras Zander solloza entre mis brazos y, si antes no lo sabía, ahora soy plenamente consciente de ello: no puedo dejar que se lo lleve. Tengo que protegerlo pase lo que pase, porque nunca nadie pudo hacerlo antes.

Me clava la pistola en la espalda todavía más y reprimo el grito de dolor mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas. Me muerdo el labio inferior porque en unos segundos me levantaré. Tengo que hacer la mejor actuación de mi vida para salvar a Zander.

—¡Ahora! —grita el hombre.

Su voz interrumpe la cancioncilla constante de Zander y me sobresalta.

Acerco la boca a la oreja de Zander, trato de que se quede quieto y espero que mis palabras lo devuelvan a la realidad para rescatarlo del miedo y de los malos recuerdos que tiene de su padre.

—Zander, escúchame —susurro—. No dejaré que se te lleve. Te lo prometo. Los superhéroes están de camino, ¿de acuerdo? Me pondré de pie ahora, pero cuando diga «Batman», quiero que corras lo más rápido que puedas hasta la casa, ¿vale? Batman.

Justo cuando pronuncio la última palabra, noto cómo aparta la pistola, pero siento el impacto de una bota en mi costado izquierdo. Gimo de dolor mientras absorbo el impacto y tenso los brazos alrededor de Zander mientras nos estampamos con fuerza contra la valla frente a la que estamos acorralados.

—Levántate, Rylee.

—Batman, ¿de acuerdo? —le repito a Zander, y aprieto los dientes mientras trato de manejar el dolor.

Me obligo a ponerme en pie a pesar de que me tiemblan las piernas. Respiro hondo, me doy la vuelta y lo miro.

—¡Eres una chica dura de roer! —exclama con ironía—. Me gustan las mujeres que se resisten.

Me agunto las arcadas que me entran y me concentro para hablar con un tono calmado.

—No dejaré que te lo lleves.

El hombre ríe e inclina la cabeza hacia el cielo antes de mirarme de nuevo, y me pregunto si acabo de perder la oportunidad de decirle a Zander que escapara. Se me encoge el corazón en cuanto lo pienso.

—No creo que estés en posición de decirme lo que puedo o no puedo hacer, ¿no crees?

La mente me va a toda velocidad mientras pienso qué contestar. Quiero calmar los nervios que veo que empiezan a apoderarse de él con cada segundo que pasa. Y también necesito ganar tiempo. Cuanto más tiempo consiga, más probable será que alguien venga a ayudarnos.

—El camino de entrada está lleno de periodistas. ¿Cómo tienes pensado marcharte con él?

Ríe de nuevo y sé que el sonido de su risa me perseguirá en sueños

durante el resto de mi vida.

—Ahí te equivocas. Todos se han marchado para seguir a tu querido novio. —Da un paso adelante y me apunta en la cara con la pistola—. Solo estamos tú, yo y el pequeño Zander. ¿Algo más que tengas que añadir?

Toda la sangre de mi cuerpo se me va a los pies, porque me cuesta concentrarme en mantenerme erguida y empiezo a marearme. Después de unos segundos, consigo tranquilizarme y logro aclarar mi visión borrosa. Entonces, trato de averiguar lo que haré a continuación.

Lo único que se me ocurre es distraerlo, tirarme encima de él para agarrarle el arma y gritarle a Zander que corra.

Pero ¿cómo?

¿Cuándo?

Nos quedamos de pie durante lo que parece una eternidad. Estamos en un enfrentamiento silencioso en el que es más que evidente quién tiene el mando en esta relación forzada. A medida que el tiempo pasa, empiezan a temblarle las manos y a tener espasmos en sus músculos faciales mientras gotas de sudor le resbalan por la sien. Todo ello mientras Zander sigue cantando en voz alta y añade más presión a esta situación inestable.

—¡Dile que se calle de una puta vez! —grita, y mira a su alrededor como si fuera un animal atrapado en una jaula y no estuviera seguro de su próximo movimiento.

Me sobresalto cuando oigo un ruido que proviene de detrás del padre de Zander. El corazón me late desbocado cuando oigo a los perros del vecino ladrar al otro lado de la valla. El padre de Zander se gira hacia el ruido y el arma se mueve con él. Actúo por puro instinto y no me permito pensar en las consecuencias.

—¡Batman! —grito a la vez que me lanzo encima del hombre.

Choco contra él y el impacto de nuestros cuerpos hace que todos mis pensamientos se desvanezcan, excepto uno: espero que Zander me haya escuchado. Que se haya enterado de lo que le he dicho antes y que ahora esté corriendo para salvarse, porque acabo de sellar mi destino si no lo consigo.

El sonido es ensordecedor.

El ruido de una pistola que se dispara.

La sacudida de su cuerpo a causa de la fuerza del retroceso.

Mi grito, un sonido primario que oigo pero que no reconozco. Entonces, nos detenemos. Se me corta la respiración cuando caemos al suelo. Me quedo atónita durante un instante cuando aterrizo encima de él. Al momento, trato de apartarme rápidamente. Tengo que agarrar la pistola, tengo que asegurarme de que Zander se ha marchado.

Me apoyo en el hombre miserable que tengo debajo de mí para levantarme. Lo único que pienso es: «La pistola. La pistola. La pistola», y las manos se me deslizan sobre una sustancia resbaladiza. Me echo hacia atrás mientras el pánico y el dolor se apoderan de mí. Caigo de culo en el suelo. La fuerza del impacto me recorre la columna y me saca del estado de *shock* en el que me encuentro.

Pierdo de vista al hombre y veo la sangre que me cubre las manos temblorosas. Me doy cuenta de que tengo sangre en la camiseta con la mascota del equipo de béisbol de Ricky. Mi mente se esfuerza por pensar con claridad y busca frenéticamente una respuesta, porque ver tanta sangre está haciendo que me maree.

Estoy confusa.

Asustada.

Mareada.

Se me nubla la vista y la oscuridad me engulle.

Capítulo 28

—**P**or favor, cariño, por favor, despierta.

«¿Colton?», pienso. Estoy medio inconsciente cuando oigo su voz y huelo su aroma. Trato de averiguar qué ha pasado. Me pesan muchísimo los párpados; todavía no puedo abrirlos.

—Señor, tiene que dejarme examinarla...

—¡No me iré a ninguna parte!

Se está tan cómodo y calentito en esta oscuridad, tan a salvo. Pero ¿por qué está Colton...? Entonces, una oleada de recuerdos y emociones me inunda. Empiezo a esforzarme por incorporarme.

—¡Zander!

Pronuncio su nombre a pesar de tener la voz ronca y trato de deshacerme de los brazos y las manos que me sujetan.

—*Shhh, shhh*, no pasa nada, Rylee. Todo va bien.

Colton.

Paro de forcejear y dejo el cuerpo inerte durante unos segundos. Colton está aquí. Abro los ojos y rompo a llorar en cuanto lo veo. Mi As. Mi rayo de luz en toda esta oscuridad. Nuestras miradas se cruzan y veo que las arrugas alrededor de sus ojos son profundas a causa de la preocupación; aun así, fuerza una sonrisa.

—Estás bien, cariño.

Pestañeo una y otra vez para enfocar la realidad que me rodea. Hay policías y paramédicos en el jardín trasero.

—Zander. Padre. Pistola.

Mi mente va a toda velocidad y no puedo formar frases coherentes. Recorro la escena con la vista y observo al grupo de hombres agachados sobre algo que examinan.

Repito las mismas palabras hasta que Colton se inclina y me besa. Noto el sabor salado de sus labios y mi mente trata de hacerse a la idea de que ha estado llorando. Cuando se aparta de mí, ensancha la sonrisa.

—Esta es mi chica —susurra, y me pasa las manos por el pelo, las mejillas y la cara—. Estás bien, Ry. Y Zander también —añade, y apoya su frente en la mía.

—Pero había sangre...

—No era tuya —explica y esboza una sonrisa de alivio otra vez—. No era tuya —repite—. Hiciste una gran estupidez y estoy muy enfadado contigo por ello, pero fuiste a por la pistola y la policía aprovechó la oportunidad. Era su sangre, cariño. Está muerto.

Contengo la respiración. Una sensación de profundo alivio me recorre el cuerpo y me libera los pulmones. Las lágrimas aparecen sin piedad y los sollozos me ayudan a desahogarme. Colton me echa una mano para sentarme y me acerca a él, por lo que me quedo de lado en su regazo mientras me estrecha entre sus brazos para darme seguridad. Entierra la nariz en mi cuello y nos aferramos el uno al otro.

—Zander está a salvo. Está dentro de casa. Jax se ha quedado con el resto de chicos para que no sepan... para que no vean... lo que ha pasado. Llamó a Avery para que viniese a por Zander. Su terapeuta está de camino para ayudar al niño si lo necesita —comenta, porque es consciente de todas las preocupaciones que se me están pasando por la cabeza—. ¿Estás...? ¿Te duele algo?

—Señor, nos deja que...

—¡Todavía no! —replica Colton a la persona que está detrás de mí—. Todavía no —repite, y lo dice en una voz tan baja que apenas lo oigo.

Después, me abraza con más fuerza y respira mi aroma. Estoy completamente despierta ahora y veo toda la actividad de los paramédicos alrededor del cuerpo del padre de Zander. Creo comprender el riesgo que he tomado hasta que noto que el cuerpo de Colton tiembla mientras trata de contener las lágrimas.

Me pierdo. No sé que hacer para consolar a este hombre que está

derrumbándose en silencio. Empiezo a moverme para ponerme de cara a él, pero Colton se limita a abrazarme más fuerte.

—Por favor —suplica en una voz ronca—. No quiero soltarte aún. Solo un minuto más.

Así que se lo concedo.

Dejo que me abrace en este jardín trasero, en un trozo de césped donde la violencia ha tratado de robarle a Zander sus esperanzas por última vez.

Colton me cierra la puerta del coche y, luego, entra en el Range Rover. Arranca, salimos de entre los coches de policía y pasamos por delante de los medios de comunicación que están esperando delante de la casa. Han pasado tres largas horas. Tres horas de preguntas y explicaciones a la policía sobre todo lo que recordaba de los hechos. De repetir que le dije a Zander que saliera corriendo cuando escuchara la palabra «Batman». De miradas de Colton, que estaba sentado en una esquina, mientras rechazaba la asistencia médica o la posibilidad de que me examinaran en el hospital. He visto cómo se enfadaba cuando relataba los comentarios del padre de Zander y sus ataques físicos contra mí. He tenido que firmar las declaraciones y me han tomado fotografías de los moratones para utilizarlas como pruebas. También he confirmado a Haddie y a mis padres que estoy bien y que los llamaré más tarde para explicarles todo lo sucedido.

Han sido tres horas de sentirme impotente al no poder calmar a los chicos, ya que quería garantizarles que estaba bien. El terapeuta me ha dicho que creía que sería mejor que no me vieran con el ojo morado y la mejilla inflamada, porque puede que eso les haga pensar en sus propias historias del pasado. Por mucho que quisiera verles para demostrarles que estoy bien, me limité a darle un beso a Zander en la cabeza y lo abracé todo lo que puede mientras le repetía una y otra vez lo valiente que había sido porque hoy no se había escondido detrás del sofá. Esta vez había ayudado a salvar a alguien. Sé que no soy su madre, pero hacer que se sintiera menos culpable y que la sensación de impotencia que lo consumía disminuyera ha sido un gran paso.

Entramos en la autopista y el coche se sume en el silencio, excepto por la voz de Rob Tomas, que canta «Unwell». Colton no dice ni una palabra y

agarra el volante con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos. Percibo su enfado y cómo se apodera de cada centímetro de su cuerpo. El único motivo que se me ocurre por el que Colton esté cabreado es porque me he puesto en peligro.

Apoyo la cabeza en el asiento y cierro los ojos, pero los abro de inmediato porque solo veo los del padre de Zander, siento el acero frío contra mi mejilla y oigo la canción de los superhéroes una y otra vez.

Quiero aliviar la tensión que hay entre Colton y yo, porque ahora mismo lo necesito. No quiero que se encierre en su mundo de enfado. Necesito que me estreche entre sus brazos, sentir su aliento contra mi cuello y la seguridad que siempre me aporta.

—Hizo lo que le dijiste.

Lo digo tan bajito que no estoy segura de si me ha escuchado contarle lo único que no he explicado a los agentes. Lo único que creía que violaba una parte de la confianza que Colton depositó en mí. Después de unos minutos, lo oigo suspirar profundamente y veo que me mira. Así que continúo:

—Cuando salí fuera, Zander estaba hecho un ovillo y llamó a tus superhéroes durante todo el rato que pasamos allí.

Grito cuando Colton da un volantazo y atraviesa los otros dos carriles. El resto de coches le pitan, pero Colton aparca en el arcén. Ni siquiera me da tiempo a tomar aire o a desabrocharme el cinturón antes de que él salga del coche, pase por delante y se dirija hacia mí. Lo sigo con la mirada para tratar de averiguar qué narices sucede. ¿Le ocurre algo al coche? Lo veo pasar de largo de mi puerta, dirigirse a la parte trasera del Range Rover y aparecer por el otro lado de nuevo. Sigue andando hacia delante y se aleja unos tres metros. Está de espaldas a mí y, entonces, lo oigo gritar algo con todas sus fuerzas y con una rabia salvaje que nunca había oído antes.

Si antes quería salir del coche para ir con él, ahora no estoy tan segura. Percibo la tensión que hay en sus hombros mientras suben y bajan cada vez que inspira y expira. Tiene las manos apretadas en dos puños, como si estuviera listo para pelearse con alguien; es él contra el resto del mundo.

Lo observo y no puedo apartar los ojos de él mientras intento averiguar qué se le pasa por la cabeza. Después de unos segundos, se da la vuelta, se dirige a mi puerta y la abre de un tirón. Lo miro y veo que tiene la mandíbula tensa y el cuello rígido. Después, nuestras miradas se encuentran. Nos

miramos y trato de leer lo que veo en sus ojos, pero es una contradicción tan grande con su postura que seguro que estoy equivocada. Observo cómo le pulsa el músculo de la mandíbula mientras acerca la mano a mi mejilla, pero luego la retira. Inclino la cabeza a modo de pregunta. Me mira la boca, asimila la vulnerabilidad que siento y, un instante después, me estrecha contra su pecho, me pasa una mano por la espalda y coloca la otra en mi rostro mientras se aferra a mí en un abrazo desesperado.

Le mancho la camiseta de lágrimas mientras nos abrazamos.

—Nunca me he sentido tan impotente en mi vida —confiesa. Su voz está teñida de mil emociones diferentes, y profundiza el abrazo—. Estoy tan cabreado ahora mismo que no sé qué hacer.

Percibo la rabia que refleja su voz con cada palabra que dice.

—Ya se ha acabado, Colton. Estamos bien...

—¡Te ha puesto las manos encima! —grita.

Se aleja de mí y camina unos cuantos metros antes de darse la vuelta y pasarse las manos por el pelo. Se queda mirándome y sus ojos suplican que lo perdone, aunque él no haya hecho nada malo.

—¡Te puso las manos encima y yo no estaba allí! ¡No te protegí, y esa es mi responsabilidad, Rylee! ¡Protegerte! ¡Cuidarte! ¡Y no lo hice, joder!

Mira hacia la gravilla del arcén. La angustia que hay su voz me mata por dentro y me hace añicos, porque no había nada que él pudiera haber hecho para evitarlo, pero sé que es inútil que se lo diga.

Alza la vista y las lágrimas le brillan en los ojos cuando me mira fijamente.

—Me peleé con el agente de policía que vino a ayudarte. Me colocaron en la parte trasera del coche para que me relajara, porque estaba dispuesto a entrar en la casa con o sin ellos. Te oí por teléfono, Rylee. Oí tu voz, y no podía dejar de escucharla una y otra vez, pero no podía ayudarte. —Niega con la cabeza y una lágrima se le resbala por la mejilla—. No podía hacer nada —añade, y se le quiebra la voz.

Me inclino para salir del coche, pero Colton levanta las manos para indicarme que me detenga, que lo deje acabar.

—La pistola se disparó —continúa mientras lucha contra las emociones que siente—. Y pensé que... pensé que eras tú. Aquellos pocos minutos que pasé fuera, ver a Zander salir corriendo por la puerta principal mientras

chillaba, esperar verte detrás de él y que no aparecieras... Joder, Ry, casi me vuelvo loco.

Avanza un paso para acercarse a mí y se enjuga las lágrimas con la mano. Me obligo a tragar saliva para deshacerme del nudo que se me ha hecho en la garganta.

—Me aseguré de que Zander estuviera bien antes de entrar en la casa. Tenía que ir a por ti, verte, tocarte... Llegué al comedor y ambos estabais tumbados en el césped. Los dos estabais cubiertos de sangre. Y no os movíais.

Se sitúa en el hueco en forma de V que hay entre mis piernas; es el contacto físico que tanto necesitaba. Acto seguido, coloca la mano en mi mejilla.

—Pensé que te había perdido. Estaba aterrado, Ry. Y cuando llegué hasta ti, me puse de rodillas para abrazarte, para ayudarte, para... no sé qué narices tenía pensado hacer, pero tenía que tocarte. Y, entonces, vi que estabas bien. —Se le quiebra la voz de nuevo y se inclina para apoyar su frente contra la mía—. Estabas bien —repite antes de besarme con delicadeza mientras los hombros le tiemblan y las lágrimas le resbalan por el rostro; noto el sabor de la sal que se mezcla en nuestros labios.

—Estoy aquí, Colton. Estoy bien —le aseguro.

Nos quedamos en la misma postura con las manos alrededor de la nuca del otro mientras el resto del mundo avanza a toda velocidad. Sin embargo, ahora solo existimos él y yo.

Me siento como si fuéramos las únicas personas en el mundo.

Acepto que las emociones que sentimos solo se intensifican a medida que pasa el tiempo.

Me enfrento a la idea de que no siempre podremos salvarnos el uno al otro.

Así que me conformo con amarnos como nunca pensé que sería posible.

Giramos por Broadbeach Road agarrados de la mano y conducimos hacia el frenesí mediático más grande que jamás he visto. Colton suspira

profundamente. Ahora mismo nuestras emociones están en su punto más vulnerable, y tengo miedo de que Colton no sea capaz de soportarlo y pierda los nervios.

Rezo por que toda esta muchedumbre no sea la gota que colme el vaso, porque, honestamente, no puedo aguantar nada más.

Agacho la cabeza y me cubro la parte hinchada de la cara con la mano para evitar los *flashes* constantes y los golpecitos en las ventanillas para que alcemos la vista. Durante unos minutos, Colton conduce despacio hasta que llegamos a la verja de entrada. Sammy y otros dos agentes de seguridad se aseguran de que ningún *paparazzi* entre en la propiedad. Aparcamos y, en cuestión de segundos, Colton me abre la puerta y oigo el súbito rugido de la prensa que está al otro lado de la valla.

Me ayuda a salir del coche y hago una mueca de dolor cuando se me tensa todo el cuerpo a causa de los golpes que ha recibido en estas últimas horas. Colton se da cuenta y, antes de que me dé tiempo a objetar, me coge en brazos y me lleva hasta la puerta principal. Apoyo la cabeza en su hombro y noto la vibración en su cuello cuando habla.

—Sammy —saluda, y asiente.

Entonces, Colton se para de repente. No estoy segura de qué ha escuchado o qué le ha hecho detenerse, pero da media vuelta y avanza hacia el camino de la entrada.

—¡Abre la puta verja, Sammy! —exclama cuando nos acercamos a ellas y yo me acurruco contra Colton mientras la confusión se apodera de mí.

Oigo el ruido del metal mientras el motor de la valla se pone en marcha. Escucho cómo los periodistas se ponen aún más nerviosos al darse cuenta de que se abren las puertas y, entonces, estallan en gritos cuando nos ven a los dos ahí de pie. El corazón me late desbocado y no tengo ni idea de lo que Colton está haciendo. Nos quedamos quietos durante un momento mientras él me sostiene y yo entierro el rostro en su cuello. La prensa grita una pregunta tras otra mientras hacen mil fotos y los *flashes* son tan potentes que me molestan hasta con los ojos cerrados.

Colton se inclina hacia delante y coloca la boca a la altura de mi oreja; aunque hay mucho ruido a nuestro alrededor, lo oigo con claridad absoluta.

—Esto es algo que debería haber hecho cuando todo esta locura empezó. Lo siento. —Me da un beso en la mejilla—. Voy a dejarte en el suelo, ¿de

acuerdo?

Trato de averiguar a qué se refiere, pero me limito a asentir. ¿Qué hace?

Me suelta y me pongo en pie.

—¿Estás bien? —pregunta, y me mira fijamente a los ojos, como si fuéramos las únicas personas que están en la calle.

Cuando asiento de nuevo, esboza una sonrisa juguetona y, antes de que me dé tiempo a leerle los labios, me da un beso que me devora el alma, me acelera la respiración y me deja sin palabras. No hay duda sobre quién es la dueña del corazón de Colton. Me domina con sus labios; parece que sea un hombre hambriento ante su plato preferido. Me pierdo tanto en la sensación y en la necesidad que siento por él que no me percató de las personas que nos rodean y las fotos que nos están haciendo, porque a pesar de que seamos el refugio del otro, el mundo real siempre acaba encontrándonos.

Se aparta de mí, resuello y Colton sonrío igual que antes.

—Si van a mirar, Ryles... —Se encoge de hombros, indiferente, mientras acabo la frase que me dijo en Las Vegas mentalmente: «... al menos démosles un buen espectáculo».

—¿Han quedado bien las fotos? —grita a la multitud que tenemos delante, y lo miro, confundida—. Escuchad, porque os daré una exclusiva que podréis incluir en las portadas de todas vuestras revistas: Rylee no es una rompedoras. Tawny lo es. Y también es una puta mentirosa. —Me mira de soslayo mientras me quedo boquiabierta—. Sí —exclama—. La prueba de paternidad ha salido negativa. Así que todas vuestras ridículas historias sobre el tema se han ido al garete.

Tardo unos minutos en asimilar el significado de sus palabras, por lo que me quedo mirándolo mientras él me observa con una amplia sonrisa en los labios. Niega con la cabeza, me acerca a él y me abraza.

—¿Qué...? ¿Por qué...? ¿Cómo? —tartamudeo mientras una oleada de emociones me atraviesa rápidamente. La más notable es la de alivio.

—Chase me matará —murmura para él mismo y esboza una sonrisa que no acabo de entender.

Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, Colton da media vuelta y empieza a caminar hacia la casa mientras los periodistas le gritan preguntas sobre lo que ha pasado hoy en la otra casa. Él los ignora y espera hasta que la verja se ha cerrado para volverse y mirarme.

—Te he llamado antes para contártelo... pero entonces todo se ha ido a la mierda.

Me quedo mirándolo. Veo que la carga que había llevado en sus hombros ha desaparecido; probablemente lo haya hecho hace horas, pero he estado demasiado ocupada como para darme cuenta. Asiento, porque me he quedado sin palabras, y Colton me levanta la mano para besármela.

Entonces, se abre un camino de posibilidades ante mis ojos.

Podemos hacerlo. Todos los obstáculos que había entre nosotros se han esfumado de algún modo u otro. Ahora solo quedamos él y yo, y podemos conseguir que lo nuestro funcione.

Me mira fijamente mientras se me llenan los ojos de lágrimas, me acurruco entre sus brazos y no lo suelto, porque estoy justo donde se supone que debo estar.

En el lugar al que pertenezco.

En casa.

Capítulo 29

—¿Estás segura de que estás bien?

Es le centésima vez que me lo pregunta, pero una parte de mí sonrío por dentro al ver lo bien que me está cuidando. El día se ha hecho cada vez más largo, y le he tenido que asegurar a una Haddie inflexible que estaba bien, que no tenía que tomar un avión desde San Francisco, donde trabaja, para ver con sus propios ojos que estaba perfectamente y que la llamaría de nuevo mañana por la mañana. Después, he llamado a mis padres para asegurarles lo mismo, y luego a los chicos... para comprobar cómo está Zander. Ojalá estuviese allí para hablar con él cara a cara y con el resto de los chicos. Tras esa llamada, Colton me detuvo y les dijo al resto de personas que llamaron —sus padres, Quinlan, Beckett y Teddy— que necesitaba descansar y que los llamaría por la mañana.

—No me pasa nada. No me encuentro muy bien, pero creo que es porque estoy agotada. Tengo el estómago revuelto. Tendría que haber comido un poco más antes de tomarme los analgésicos. Y ahora me han dejado somnolienta...

Se reincorpora en la cama.

—¿Quieres que te traiga algo para comer?

—No —contesto. Le estiro del brazo para que se tumbe de nuevo y lo miro a los ojos—. ¿Me abrazas?

Se mueve enseguida, me envuelve entre sus brazos y me estrecha contra su pecho para que nuestros cuerpos queden encajados.

—¿Así está bien? —susurra contra mi coronilla.

—Mmm —digo, y me acerco a él lo máximo que mi cuerpo dolorido me

permite, porque el dolor es un poco más soportable cuando lo tengo cerca.

Nos quedamos así durante un tiempo mientras acompasamos nuestras respiraciones. Estoy a punto de quedarme dormida cuando Colton susurra:

—Te conduzco, Ry. Te conduzco mucho, mucho, mucho.

Todo mi cuerpo suspira cuando oigo esas palabras, esa admisión que sé que es tan difícil para él. Lo beso en mi sitio preferido, justo debajo de la mandíbula.

—Yo también te conduzco, Colton.

Más de lo que crees.

Los pinchazos que siento en el estómago me despiertan.

Me quedo tumbada en medio de la noche oscura sin luna mientras las continuas punzadas de dolor combinadas con el sudor que me recubre la piel y el mareo que se ha apoderado de mí señalan que necesito ir al lavabo rápidamente antes de que vomite aquí mismo. Me escabullo del abrazo de Colton y trato de darme prisa y no despertarlo a la vez. Murmura algo en voz baja y me quedo quieta durante unos segundos antes de que se dé la vuelta y se tranquilice.

Cuando me levanto, la cabeza me da vueltas y estoy muy mareada a causa de los analgésicos. Me siento como si estuviera caminando por el agua. Me río, porque hasta el suelo parece que esté un poco mojado, pero sé que son efectos secundarios de mi cerebro somnoliento. Me apoyo en la pared mientras camino para estabilizarme y guiarme por la oscuridad de la habitación, y así evitar darme un golpe contra algo y despertar a Colton.

Madre mía, estoy a punto de vomitar. Noto las alfombrillas gruesas que cubren el suelo del baño bajo mis pies, y casi gimo de dolor mezclado con alivio, porque sé que el lavabo ya está cerca. Me resbalo ligeramente cuando piso una baldosa y maldigo a Baxter, porque siempre salpica por todas partes cuando bebe agua de su cuenco. Cierro la puerta del baño y enciendo la luz; me duelen los ojos a causa de la claridad repentina, así que los cierro con fuerza. El mareo se apodera de mí por completo. Me inclino hacia delante, apoyo la mano en el borde del lavabo y el estómago se me tensa, pero lo único que siento es que la habitación me da vueltas. Me entra una arcada. Y

otra. Y otra. Se me tensa tanto el estómago que algo mojado resbala por mis piernas.

Me echo a reír, porque me siento muy patética. Estoy haciendo tanta fuerza al vomitar que acabo de mearme encima. Pero mi mente va tan despacio y me cuesta tanto pensar qué puedo hacer para arreglarlo que me dejo caer al suelo de rodillas. Me deslizo por el suelo de mármol cubierto de orina, pero el estómago me duele tanto y estoy tan mareada que no me importa. Lo único que se me pasa por la mente es lo patética que debo de parecer ahora mismo. De ningún modo pienso llamar a Colton para que me ayude.

Estoy tan cansada y somnolienta, y tengo tanto miedo de vomitar de nuevo, que decido apoyar la cabeza sobre mis manos en el borde del lavabo y descansar la vista durante unos minutos.

Empiezo a cabecear, y no sé cuánto tiempo ha pasado, pero el movimiento me despierta. Una oleada de calor me asalta de repente y le sigue un escalofrío que me deja helada, por lo que me obligo a quedarme quieta un minuto y respirar profundamente.

Algo no va bien.

Lo siento de inmediato, aunque mi mente trate de hilar mis pensamientos para darles coherencia. Pero no puedo. Nada tiene sentido. Me cuesta mucho pensar con claridad y, además, los brazos me pesan demasiado. Intento llamar a Colton para que me ayude; ya no me importa que me vea sentada sobre un charco de pis. Algo no va bien. Me apoyo en la pica para levantarme y abrir la puerta para que pueda escucharme cuando lo llame, pero se me resbala la mano. Cuando abro los ojos y logro enfocar bien la vista, veo la huella sangrienta que mi mano ha dejado en la pared.

Mmm...

Me río ligeramente mientras me sumo en una especie de delirio. Entonces, miro hacia abajo y veo que no estoy sentada encima de orina.

No.

Pero ¿por qué está el suelo cubierto de sangre?

—¡Colton! —exclamo, pero estoy tan débil que no lo digo lo bastante alto.

Estoy flotando, y se está tan calentito y tengo tanto sueño... Cierro los ojos y sonrío, porque veo la cara de Colton.

Qué guapo.

Y es todo mío.

El sueño me reclama —mente, cuerpo y alma—, y dejo que sus dedos letárgicos me arrastren hacia las profundidades de su universo.

Y, justo antes de que el mundo se desvanezca ante mis ojos, entiendo el porqué, pero no el cómo.

Oh, Colton.

«Lo siento mucho, Colton».

La oscuridad amenaza con engullirme.

«Por favor, no me odies».

No puedo resistirme a ella.

«Te amo».

Spiderman. Bat...

Capítulo 30

Colton

El sonido del disparo me despierta de repente. Me incorporo de golpe en la cama y tengo que recuperar el aliento antes de decirme a mí mismo que ya se ha acabado. Que solo era una maldita pesadilla. Aquel puto bastardo está muerto y ha recibido su merecido. Zander está bien. Rylee está bien.

Pero hay algo que falla. Que no va bien.

—*Say something, I'm giving up on you...*

Me sobresalto a causa del pánico que siento al escuchar la letra de la canción que suena por los altavoces de la casa. Mierda. Olvidé apagarlos ayer por la noche. ¿Es eso lo que me ha asustado? Me froto la cara con las manos para tratar de deshacerme del estupor del sueño.

Seguro que ha sido eso.

—... *I'm sorry that I couldn't get to you...*

Busco el mando de los altavoces en la mesita de noche para apagar la música. Y, entonces, lo oigo de nuevo, el sonido que estoy seguro que me ha despertado.

—¿Bax? —exclamo, y me doy cuenta de que el lado de la cama de Ry está vacío. El perro lloriquea de nuevo—. ¡Joder, Bax! ¿De verdad tienes que ir a mear ahora?

Pongo un pie en el suelo, me levanto y me quedo quieto unos segundos mientras recupero el equilibrio. Menos mal que cada día me cuesta menos, porque estoy cansado de sentirme como un hombre de ochenta años cada vez

que me pongo
de pie.

Lo primero que hago es mirar hacia las escaleras para ver si hay alguna luz que provenga del piso de abajo, y se me eriza la piel cuando compruebo que la casa está completamente a oscuras. Bax se queja.

—Relájate, tío. Ya voy.

Avanzo hacia el baño y me relajo un poco cuando veo el haz de luz que enmarca la puerta cerrada. Joder, Donovan. Cálmate, Rylee está bien. No hace falta que la agobie solo porque sigo asustado después de lo que ha sucedido.

Baxter lloriquea otra vez y caigo en la cuenta de que él también está dentro del baño. ¿Qué narices significa eso? Este perro debe de haberse lamido las pelotas demasiado y ahora se ha vuelto loco.

—¡Déjala en paz, Bax! No se encuentra bien. Voy a sacarte de ahí.

Me quedo delante de la puerta y sé que no vendrá conmigo a no ser que lo agarre del collar. Suelto una maldición cuando intento que me obedezca, pero no se mueve. Estoy agotado y no tengo ganas de lidiar con su cabezonería. Me resbalo con el agua que hay en el suelo y me cabreo aún más.

—¡Deja de beberte toda la maldita agua y no tendrás que ir al baño en mitad de la noche!

Doy un paso más y vuelvo a resbalarme. Estoy enfadado y me está costando mucho no perder los nervios.

Baxter suelta un gemido y, entonces, agarro el pomo de la puerta.

—¿Estás bien, Ry? —Silencio. ¿Qué cojones pasa?—. ¿Ry? ¿Te encuentras bien?

Pasa medio segundo desde que pronuncio la última palabra hasta que abro la puerta de golpe, pero se me hace eterno. Se me pasan mil cosas por la cabeza a toda velocidad, como cuando estoy a punto de empezar una carrera, pero la única que siempre bloqueo, la que nunca dejo que me controle, se apodera de mí.

Miedo.

Mi mente trata de procesar lo que ven mis ojos, pero no logro comprenderlo, porque solo puedo centrarme en la sangre. Hay muchísima sangre, y Rylee está sentada en medio del charco, apoyada contra la pared, con los ojos cerrados y la cara tan pálida que casi hace juego con las

baldosas que tiene detrás. Intento asimilar semejante imagen, pero mi cerebro no consigue procesarla.

Y, en ese instante, el tiempo avanza a toda velocidad, demasiado rápido.

—¡No!

Ni siquiera me doy cuenta de que lo grito ni siento cómo la sangre me mancha las rodillas cuando me agacho para agarrarla.

—¡Rylee! ¡Rylee! —chillo mientras la zarandeo para tratar de despertarla, pero la cabeza le cuelga hacia un lado—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! —repito una y otra vez.

La envuelvo entre mis brazos y le doy golpecitos en los hombros para que despierte. Entonces, me quedo paralizado en el momento más inoportuno de mi vida. Estiro el brazo y me detengo antes de tocarle la pequeña curva que hay debajo de su barbilla, porque tengo miedo de no encontrarle el pulso.

«Dios, es tan preciosa...». El pensamiento aparece de la nada en mi mente y se desvanece de repente, igual que mi valentía.

La nariz húmeda de Baxter contra la piel de mi espalda me devuelve a la realidad. Respiro profundamente y dejo escapar el aliento que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Logro centrarme un poco en el momento, en la realidad que me rodea ahora mismo. Presiono los dedos contra la piel de su cuello y suspiro, aliviado, cuando noto los latidos débiles de su corazón.

Lo único que quiero hacer es enterrar la cara en su cuello y abrazarla, decirle que no le pasará nada, pero sé que los treinta segundos que he desperdiciado aquí sentado ya han sido demasiados.

Me digo a mí mismo que necesito pensar. Sin embargo, se me pasan tantas cosas por la cabeza que me cuesta concentrarme solo en una.

Llama a la policía.

Llévala al piso de abajo.

Hay tanta sangre...

No puedo perderla.

—Quédate conmigo, cariño. Por favor, quédate conmigo —suplico, pero no sé qué más hacer.

Estoy perdido, asustado y hecho un lío.

Pierdo el control de mi mente y ya no sé qué tengo que hacer o qué es más importante. No obstante, de lo que sí estoy seguro es de que no puedo dejarla.

Pero tengo que hacerlo. La saco del baño y me resbalo con la sangre que hay en el suelo. Ver el rastro rojo que Rylee deja en el suelo mientras la arrastro hasta la alfombra hace que me ponga todavía más nervioso.

La dejo estirada en el suelo con delicadeza.

—Voy a por el móvil. Ahora vuelvo —le digo antes de salir corriendo.

Me resbalo de nuevo cuando llego a mi mesita de noche, donde tengo el teléfono. Me acerco a ella mientras espero a que me respondan y le coloco los dedos en el cuello de nuevo.

—Emergencias, ¿cuál...?

—5462 Broadbeach Road. ¡Rápido! Por favor...

—Señor, necesito que...

—Hay sangre por todas partes y no estoy seguro...

—Señor, cálmese, ahora...

—¿Que me calme? —le grito a la mujer que tengo al otro lado de la línea —. ¡Necesito ayuda! ¡Por favor, venid rápido!

Cuelgo y dejo el móvil. Tengo que llevarla al piso de abajo para que esté más cerca de la puerta principal cuando llegue la ambulancia.

La cojo en brazos y la estrecho contra mi cuerpo. No puedo evitar sollozar mientras corro hacia las escaleras y las bajo a trompicones. Una sensación de pánico mezclado con confusión y un miedo aterrador me recorren todo el cuerpo.

—¡Sammy!

Voy gritando por la casa como una dama en apuros, pero me da igual, porque lo único que veo es la sangre de Rylee por todo el suelo del baño. Recuerdo que, cuando era pequeño, Quin tenía una muñeca andrajosa a la que le colgaban las extremidades hacia un lado, sin importar cómo la agarraras. Siempre se ponía a llorar cuando la hacía rabiar y le decía que su muñeca estaba muerta.

Y no puedo pensar en otra cosa que no sea aquella puta muñeca, porque Rylee tiene el mismo aspecto. La cabeza le cuelga hacia atrás por encima de mis bíceps, completamente inerte, al igual que sus brazos y piernas.

—¡Oh, Dios! —exclamo cuando llego al piso de abajo. Aún tengo la imagen de la muñeca en mi mente—. ¡Sammy! —grito de nuevo.

Temo haberle dicho que se fuera a casa como hago a menudo, en lugar de

pedirle que se quedara a dormir en la habitación de invitados porque la prensa asentada delante de casa se había descontrolado mucho.

—¿Colt, qué pasa?

Aparece por la esquina y abre los ojos como platos cuando me ve con Rylee en brazos. Se queda paralizado durante unos segundos y pienso en cómo se enfadaría Rylee ahora mismo por dejar que Sammy la viera así, en ropa interior y una camiseta de tirantes; la oigo como si estuviera aquí, echándome la bronca. Pensar en el sonido de su voz me descompone. Caigo de rodillas al suelo con ella.

—Necesito ayuda, Sammy. Llama otra vez a emergencias. Llama a mi padre. ¡Ayúdame! ¡Ayúdala! —le suplico, y entierro la cara en el cuello de Rylee.

La estrecho entre mis brazos y le susurro que aguante, que todo saldrá bien, que no le pasará nada.

Sé que Sammy está hablando por teléfono porque lo oigo, pero mi cerebro conmocionado es incapaz de procesar ningún pensamiento coherente aparte de que tengo que ayudarla. Que no puede dejarme. Que está rota.

—¡Colton! ¡Colton!

La voz de Sammy me devuelve a la realidad y me saca de mi estado de pánico hipnótico. Levanto la vista y veo que sujeta el teléfono a la altura de la oreja. Seguro que el operador le está dando instrucciones de lo que debemos hacer con Rylee mientras llega la ambulancia, y no estoy seguro de si estoy hablando o no.

—¿De dónde sangra?

—¿Qué?

—¡Mírame! —grita, y me saca del estupor que me ha invadido—. ¿De dónde sangra? Tenemos que tratar de detener la hemorragia.

Joder. ¿Qué coño me pasa? Abro la boca para hablar y contestar, pero me doy cuenta de que estoy tan aterrado que no tengo ni puta idea.

Sammy me mira fijamente para decirme que puedo hacerlo, que ella me necesita, y consigue que reaccione poco a poco. En cuestión de segundos, la estiro en el suelo, por mucho que me duela soltarla, porque siento que está tan fría que necesito abrazarla para darle calor. Le paso las manos por el cuerpo y empiezo a temblar de lo enfadado que estoy conmigo mismo por no haber pensado en esto. Tengo mucho miedo de lo que me encontraré.

Gimo de terror cuando me doy cuenta de que aún le cae sangre por las piernas, pero ni siquiera logro procesar por qué.

—Es por su accidente. Tiene que ser algo del accidente —contesto.

Le levanto la camiseta para enseñarle las cicatrices que le marcan el abdomen como si eso fuera explicación suficiente. Y, entonces, la agarro y la abrazo de nuevo; su cuerpo frío es un gran contraste contra mi piel cálida. Acto seguido, Sammy retoma la conversación con la persona que está al otro lado del teléfono.

—Aguanta, cariño. La ambulancia está en camino —le aseguro mientras la mezo entre mis brazos.

Sé que no hay ninguna forma de detener la hemorragia, ni la suya ni la de mi corazón.

La abrazo con fuerza y noto que se mueve. Exclamo su nombre para ayudarla a despertar.

—¡Rylee! ¡Rylee! Por favor, cariño, por favor.

Pero no contesta. No dice nada. Y cuando sollozo desesperado, le tiembla el cuerpo de nuevo y me doy cuenta de que estoy moviéndola yo sin querer.

—¡Por favor, Dios! —exclamo—. Ella no. Por favor, ella no. Ya me has quitado todo lo bueno que había en mi vida. —Grito en una casa vacía a un Dios que ya no creo que exista de verdad—. ¡No puedes llevártela!

Me aferro a lo único que puedo, porque todo lo demás en lo que antes creía está desvaneciéndose por momentos. Entierro la cara en su cuello y los sollozos me hunden en la miseria mientras mi aliento le calienta la piel que tengo bajo mis labios.

—No... puedes... llevártela...

—¡Colton!

Alguien posa una mano en mi hombro y me saca de mi trance. No estoy seguro de cuánto tiempo ha pasado, pero ahora los veo: los paramédicos y las luces de la ambulancia que iluminan las paredes de mi casa desde la puerta de entrada. Y sé que tienen que arrebatármela para ayudarla, pero tengo tantísimo miedo que no quiero soltarla.

Ahora me necesita a mí, pero soy perfectamente consciente de que yo la necesito más.

—Por favor, por favor, no me la quites —suplico con la voz ronca cuando

la levantan de mis brazos.

No estoy seguro de a quién estoy hablándole, si a los paramédicos o a Dios.

—¿Cuánto rato ha pasado, Sammy?

Me levanto de la silla, porque los nervios están matándome y no puedo permanecer sentado ni quedarme quieto.

—Solo treinta minutos. Tienes que darles más tiempo.

Sé que todo el mundo en esta maldita sala de espera está mirándome; observando al hombre que tiene la ropa cubierta de sangre y que no deja de caminar de un lado a otro de la sala como si fuera un animal enjaulado. Estoy nervioso. Ansioso. Aterrado. Necesito saber dónde está y qué le pasa. Me siento de nuevo y muevo la rodilla como un drogadicto que necesita su próxima dosis. Entonces, caigo en la cuenta de que lo soy. Necesito mi dosis. Necesito a mi Ryles.

Hoy creí que la había perdido, pero al final no fue así, y cuando por fin pensaba que ya estaba sana y salva, protegida entre mis brazos mientras nos quedamos dormidos, me la han vuelto a arrebatarse. Estoy muy confundido. Y tan enfadado... Ya no sé qué hacer, porque solo quiero que alguien salga por esas puertas automáticas y me diga que Rylee está bien. Que toda la sangre que había en el baño ha hecho que pareciera que el problema fuera diez veces peor de lo que en realidad es.

Pero no sale nadie. Nadie me da respuestas.

Quiero gritar, darle un puñetazo a algo, correr durante quince kilómetros... Lo que sea con tal de librarme del puto dolor que siento en el corazón y que me revuelve el estómago. Estoy volviéndome loco. Quiero acelerar o ralentizar el tiempo, lo que sea mejor para ella y lo que me permita abrazarla lo antes posible.

Me saco el teléfono del bolsillo, porque necesito sentir una conexión con ella. Lo que sea. Cualquier cosa. Empiezo a escribirle un mensaje para expresarle cómo me siento, ya que ella lo entiende mejor que nadie.

Termino, le doy a enviar y me aferro al pensamiento de que lo leerá

cuando se despierte, porque tiene que despertarse, y entonces sabrá exactamente cómo me siento en estos instantes.

—¡Colton!

Es la voz que tantas veces ha conseguido arreglar y mejorar cualquier situación, pero esta vez no puede. Y, por eso, me derrumbo cuando lo oigo llamarme. No me levanto para saludarlo, ni siquiera alzo la vista para mirarlo, porque estoy tan abrumado por todo lo que está sucediendo que mi cuerpo no responde. Hundo la cara entre mis manos y rompo a llorar como un puto bebé.

No me importa que haya más gente a mi alrededor. Ni siquiera me importa ser un hombre hecho y derecho, o que se suponga que los hombres no lloran. Lo único que me importa ahora mismo es que no puedo hacer nada para ayudarla. Que mis superhéroes no pueden ayudarla ahora mismo. Me tiemblan los hombros, me duele el pecho y me arden los ojos cuando me rodea con sus brazos y me abraza con fuerza para tratar de consolarme lo mejor que puede, aunque sé que eso no va a ayudar a Rylee en lo más mínimo. No borrará las imágenes que tengo en la mente de ella, inerte como una muñeca de trapo y con los labios pálidos.

Estaba hecha trizas.

Estoy tan enfadado que ni siquiera puedo hablar. Y, si pudiese, no sabría expresar mis pensamientos con coherencia. Él me conoce tan bien que no dice ni una palabra, sino que se limita a abrazarme mientras me desahogo de la única manera que puedo.

Nos quedamos sentados en silencio durante un tiempo. Incluso cuando dejo de llorar me sigue rodeando con los brazos mientras me inclino hacia delante y apoyo la cabeza en las manos.

—Estoy aquí, hijo. Estoy aquí.

Repito las mismas palabras una y otra vez, porque es lo único que puede decir.

Cierro los ojos con fuerza y trato de dejar la mente en blanco, pero no funciona. Solo logro centrarme en la idea de que mis demonios al final han ganado. Me han arrebatado la cosa más pura que tenía en mi vida y están robando la luz de Rylee.

Su chispa.

¿Qué he hecho?

Oigo unos pasos que se detienen delante de mí, y estoy tan asustado de lo que vaya a decir esa persona que no levanto la vista ni abro los ojos. Me quedo en mi mundo oscuro y espero poder controlarlo para evitar que se la lleve a ella también.

—¿Es usted el padre? —pregunta una mujer con acento sureño.

Noto que mi padre cambia de posición y asumo que está asintiendo, preparado para escuchar las noticias y soportar la carga por su hijo.

—¿Es usted el padre? —pregunta de nuevo la misma voz.

Me aparto las manos de la cara y miro a mi padre, porque necesito que haga esto por mí y que se encargue de esta situación ahora mismo para que pueda cerrar los ojos y convertirme en el niño indefenso que aún soy. Pero cuando levanto la vista, mi padre me está mirando fijamente y, por primera vez en mi vida, no puedo leer la expresión en sus ojos.

Y no titubea. Se limita a observarme como cuando jugaba en la liga menor de béisbol y tenía miedo a salir al campo porque le tocaba lanzar a Tommy Williams, que siempre le daba al bateador, y me asustaba llevarme un pelotazo. Me mira igual que entonces, con los ojos grises llenos de apoyo, como si quisiera darme energías y convencerme de que puedo enfrentarme a mis miedos.

Empiezo a tener sudores fríos cuando caigo en la cuenta de lo que significa esa mirada, lo que la enfermera está tratando de decirme. Trago saliva y me invade un dolor de cabeza impresionante que me deja paralizado. Me inclino hacia atrás para fijar la vista en los ojos marrones de la mujer que tengo delante de mí.

—¿Es usted el padre? —vuelve a preguntar.

La doctora aprieta los labios como si estuviera intentando ofrecerme una sonrisa para reducir el impacto de las palabras que está a punto de decir.

Me limito a observarla, incapaz de contestarle, mientras todas las emociones de las que pensaba que me había librado cuando mi padre me ha abrazado me atacan de nuevo con sed de venganza. Me quedo sentado, aturdido, sin palabras, asustado. Mi padre me aprieta el hombro con fuerza para alentarme a que responda a la doctora.

—¿Rylee? —le pregunto, porque tiene que tratarse de un error. Seguro que se ha equivocado.

—¿Es usted el padre del bebé? —pregunta en voz baja.

La doctora se sienta a mi lado, coloca la mano sobre mi rodilla y la aprieta. Solo logro centrarme en mis manos, mis dedos, las cutículas de mis uñas manchadas de sangre seca. Empiezan a temblarme las manos cuando veo la sangre de Rylee que me cubre la piel.

La sangre de mi bebé que me cubre la piel.

Alzo la cabeza y aparto la mirada del indicio de vida interrumpida y muerte que tengo en las manos, y espero y temo cosas de las que no estoy seguro al mismo tiempo.

—Sí —susurro. Trago saliva para deshacerme del nudo que se me ha hecho en la garganta—. Sí.

Mi padre me aprieta el hombro de nuevo y miro a la doctora a los ojos mientras los míos le suplican que me diga que sí y no a la vez.

Empieza a hablar despacio, como si fuera un niño de dos años.

—Aún están atendiendo a Rylee —comenta, y me dan ganas de agarrarla de los hombros, zarandearla y preguntarle qué significa eso.

Empiezo a mover la rodilla y espero a que la doctora acabe la frase mientras tenso la mandíbula y aprieto las manos.

—Creemos que ha sufrido un desprendimiento de placenta o placenta previa...

—¡Para! —exclamo, porque no entiendo ni una palabra de lo que dice.

Me quedo mirándola como si yo fuera un ciervo al que estuvieran a punto de atropellar.

—Los vasos sanguíneos que la unían a la placenta se han desprendido por algún motivo. Ahora mismo están tratando de determinarlo, pero ha perdido mucha sangre. Le están haciendo una transfusión para ayudarla con...

—¿Está despierta? —Mi mente no puede procesar lo que acaba de decirme. Oigo las palabras «bebé», «sangre» y «transfusión». No te he oído decir que se recuperará, ¡y necesito que me digas que no le pasará nada! —grito, y mi mundo se desmorona a mi alrededor.

Me siento como si estuviera en mi accidente de nuevo, solo que esta vez no estoy seguro de qué partes de mí lograré recuperar... y eso me asusta muchísimo.

—Sí —afirma en voz baja.

Me entran ganas de zarandearla hasta que me ofrezca una respuesta más

tranquilizadora. Hasta que consiga borrar todo lo que ha sucedido para crear mi propia historia perfecta.

—Le hemos dado algunos analgésicos para ayudarla con el dolor y, una vez le hayamos transfundido más sangre, estará en mejor estado físico.

No tengo ni idea de lo que acaba de decir, pero me aferro a las palabras que sí entiendo: se recuperará. Apoyo la cara entre mis manos y me froto los ojos para evitar llorar, porque ninguna sensación de alivio que sienta será real hasta que vea, toque y sienta a Rylee.

La enfermera me aprieta la rodilla de nuevo antes de hablar.

—Lo siento mucho. El bebé no sobrevivió.

No sé qué esperaba que me dijese, porque mi corazón sabía la verdad por mucho que mi mente todavía no la hubiese comprendido. Aun así, sus palabras hacen que desaparezca el suelo bajo mis pies y me cortan la respiración. Me levanto, me tambaleo unos cuantos pasos en una dirección y luego en otra, me pitan los oídos y me siento completamente abrumado.

—¡Colton!

Oigo que mi padre me llama, pero me limito a negar con la cabeza y a inclinarme hacia delante para recuperar el aliento. Me llevo las manos a la cabeza, como si agarrármela fuera a hacer que el desconcierto que se ha apoderado de mí desapareciera.

—Colton.

Estiro los brazos hacia delante y, con un gesto, le doy a entender que ahora mismo necesito un poco de espacio.

—¡Necesito una parada en boxes! —exclamo.

Me miro las manos de nuevo: la sangre de algo que creé y que era parte de Rylee y de mí; un santo y un pecador, en mis manos.

Inocencia intacta.

Y siento cómo sucede. Noto que algo se rompe en mi interior, el dominio que mis demonios han tenido sobre mí durante más de veinte años, como si fuera el espejo en aquel maldito bar la noche en que Rylee me dijo que me amaba. Dos momentos completamente distintos en que lo único que nunca quería que sucediera, ha pasado, y, sin embargo, no puedo evitar sentirme dolido, preguntarme por qué pequeños fragmentos de posibilidades se infiltran en mi mente cuando sabía entonces y sé ahora que esto no es posible.

Que es algo que nunca he querido. Pero todo lo que antes creía saber ha cambiado.

Y todavía no sé qué significa eso.

Solo soy consciente de cómo me siento: diferente, liberado, incompleto... y aterrado.

Se me revuelve el estómago y se me hace un nudo en la garganta a causa de todas las emociones y los sentimientos que me invaden, y ni siquiera me da tiempo a empezar a procesar esta nueva realidad. Lo único que puedo hacer para no perder la cabeza es centrarme en la persona que sé que necesita ayuda de verdad.

Rylee.

No puedo respirar con normalidad y el corazón me late a toda velocidad, pero solo puedo pensar en Rylee. Ella es lo único que quiero y necesito; es mi Rylee.

—Colton.

Mi padre coloca las manos sobre mis hombros de nuevo —las manos que me han consolado en mis peores momentos—, y sé que está tratando de que vuelva a la realidad y me aleje de la oscuridad que amenaza con engullirme.

—Háblame, hijo. ¿En qué piensas?

«¿Va en serio?», quiero gritarle, porque la verdad es que no sé qué hacer con el miedo que me consume, aparte de pagarlo con la persona más cercana. Es un miedo muy diferente al que había sentido antes; aun así, sigue siendo el mismo. Me limito a negar con la cabeza mientras dirijo la mirada a la doctora de los ojos marrones y trato de averiguar qué hacer, qué sentir y qué decir.

—¿Lo sabe ella?

Ni siquiera reconozco mi propia voz cuando hablo. El modo en que se me quiebra a mitad de frase, el tono, la absoluta incredulidad que refleja.

—Sí, el doctor ya ha hablado con ella —contesta mientras asiente.

Entonces, caigo en la cuenta de que ahora mismo Rylee se está enfrentando a todo esto sola, tratando de asimilarlo... sola. El bebé por el que habría dado todo y que le dijeron que nunca tendría estuvo en su vientre.

Y lo perdió.

Otra vez.

¿Cómo se lo ha tomado? ¿Qué secuelas le dejará esto?

Todo se está descontrolando y solo necesito ser capaz de tomar las riendas de la situación. Necesito que el suelo deje de temblar bajo mis pies. Sé que lo único que puede estabilizar de nuevo mi mundo es ella. Tengo que sentir el tacto de su piel bajo mis dedos para mitigar el caos que se ha extendido en mi interior.

Rylee.

—Necesito verla.

—Ahora mismo está descansando, pero puedes sentarte a su lado si quieres —dice, y se pone en pie.

Me limito a asentir y respiro profundamente a medida que la doctora avanza por el pasillo. Mi padre aún tiene la mano apoyada en mi hombro, y siento su muestra de apoyo silenciosa mientras caminamos por el hospital hasta que llegamos a la puerta de la habitación de Rylee.

—Me quedaré fuera por si me necesitas. Esperaré a Becks —me informa mi padre.

Asiento con la cabeza, porque el nudo que tengo en la garganta es tan grande que apenas puedo respirar. Entro en la habitación y me detengo.

Rylee.

Es la única palabra a la que puedo aferrarme al tiempo que mi mente trata de procesarlo todo.

Rylee. Parece tan pequeña y tiene un aspecto tan pálido... Parece una niña que se ha perdido en un mar de sábanas blancas. Cuando me coloco a su lado, tengo que recordarme que respire, porque solo pienso en tocarla. No obstante, cuando estiro el brazo para hacerlo, me da miedo que, si la acaricio, se rompa en mil pedazos. Se haga añicos. Y nunca la recupere.

Pero no puedo evitarlo, porque si antes me sentía impotente sentado en el asiento de atrás de un coche de policía, ahora me siento totalmente inútil. Porque no puedo arreglar esta situación. No puedo cambiarla y hacer que sea mejor, pero esto... No sé qué se supone que tengo que hacer, decir o adónde ir.

Y está destrozándome por dentro.

Me levanto y la observo atentamente: desde sus labios inflamados y pálidos hasta su piel suave que sé que huele a vainilla, especialmente en la zona que hay debajo de su oreja. Tengo claro que esta mujer guerrera con sus ultimátums y sus desafíos es la dueña de mi corazón.

Le pertenezco.

Todo mi ser es de ella. En el poco tiempo que hemos pasado juntos, ha derrumbado los muros que rodeaban mi corazón y que ni siquiera sabía que me había pasado toda la vida construyendo. Y, ahora que se han esfumado, estoy desamparado sin ella, porque cuando pasas tanto tiempo sin sentir nada, cuando escoges insensibilizarte ante todo y, luego, aprendes a sentir de nuevo, ya no puedes dejar de hacerlo. No puedes detenerlo. Lo único que sé ahora mientras observo su belleza interior y exterior es que la necesito más que nunca. Necesito que me ayude a navegar por este mar de emociones desconocido para mí, antes de que me ahogue en el pensamiento de que es culpa mía que esté así.

Soy el motivo por el cual tendrá que tomar una decisión que ni siquiera yo estoy seguro de querer que lo haga.

Me siento en el sillón que está al lado de su cama y me rindo a mi única debilidad ahora mismo: el anhelo de tocarla. Tomo su mano entre las mías con delicadeza y, aunque sé que está dormida y que no es consciente de que estoy tocándola, la siento; siento la chispa de nuestro amor cuando conectamos.

Te amo.

Las palabras se me pasan por la mente y me aferro a Rylee mientras todo mi cuerpo repele lo que pienso, pero no lo que siento. Me centro en desconectar, en alejar de mí las palabras que solo representan dolor, porque no puedo dejar que arruinen este momento. No dejaré que los pensamientos de él se mezclen con los de ella.

Trato de recuperar el aliento mientras las lágrimas se me acumulan en los ojos, y presiono los labios contra la palma de su mano. El corazón me late desbocado, y sé que Rylee acaba de escalar el último muro de hierro que yo había construido; sé que ha levantado una puerta en él y la ha abierto como si fuera la puta caja de Pandora, para que todo lo malo que estaba encerrado dentro para siempre se esfumara, excepto una sola cosa.

Esperanza.

Y la pregunta es: ¿qué coño espero ahora?

Capítulo 31

Me siento un poco atontada y estoy muy cansada. Lo único que quiero es sumirme en aquella calidez de nuevo. Se estaba tan bien...

Y, entonces, todos los recuerdos me asaltan. La sangre, el mareo, el dolor, las baldosas rectangulares del techo mientras me transportaban en una camilla por el pasillo del hospital, las palabras del doctor que nunca pensé que escucharía de nuevo. Abro los ojos con la esperanza de despertarme en mi casa y de que todo esto haya sido una pesadilla, pero entonces veo las máquinas y noto la sensación fría del goteo intravenoso. Me duele el abdomen y percibo el rastro salado que las lágrimas han dejado en mis mejillas.

Las lágrimas que he llorado cuando oí las palabras que me confirmaron lo que ya sabía. Y, aunque sentí cómo aquella pequeña vida desaparecía en mi interior, se me rompió el corazón cuando la doctora me lo confirmó. Grité y le dije que se equivocaba, que no podía ser verdad, porque, aunque acababa de reanimarme, sus palabras me pararon el corazón. Luego, unas manos me agarraron mientras luchaba contra la realidad, el dolor y la desolación, hasta que me pusieron una inyección y la oscuridad se apoderó de mí otra vez.

Permanezco con los ojos cerrados, tratando de sentir más allá del vacío que hay en mi interior, intentando avanzar entre la sensación de incredulidad que me ha invadido y la tristeza sin fin que apenas logro asimilar. Intento silenciar el llanto imaginario que oigo ahora mismo y que no pude escuchar ayer por la noche cuando mi bebé murió.

Una lágrima me resbala por la mejilla. Me siento tan perdida en mis emociones que me concentro en todos los sentimientos que acompañan a cada lágrima, porque yo me siento exactamente igual.

Sola. Alejada de la vida. Como si huyera de la realidad sin tener nada claro excepto lo desconocido.

—Y ya la tenemos de vuelta con nosotros —comenta una voz a mi derecha. Giro la cabeza y veo a una mujer de mirada amable y con una bata blanca. Es la misma que me ha dado las malas noticias antes—. Has estado dormida durante un buen rato.

Me las arreglo para sonreír ligeramente; es la única manera que tengo para disculparme por mi reacción, porque la única persona que quería ver y que necesito más que a nadie no está aquí.

Y estoy destrozada.

¿Sabe que habíamos creado una vida? Era una parte de él y otra de mí. ¿Es que acaso no ha podido soportarlo y se ha marchado? El pánico empieza a estrangularme de inmediato. Las lágrimas me inundan los ojos mientras niego con la cabeza, incapaz de hablar. ¿Cómo es posible que Dios haya sido tan cruel como para hacerme esto por segunda vez en mi vida? ¿Cómo ha podido arrebatarme a mi bebé y al hombre que amo de nuevo?

No puedo hacer esto. No puedo volver a pasar por algo así.

Las palabras me asaltan una y otra vez en mi mente, y el bisturí de la tristeza se me clava más y más profundamente mientras trato de sentir algo bajo este dolor infinito y el vacío incomparable que se ha apoderado de mí. Me aferro a cualquier cosa que me mantenga a flote, excepto los puñados de cuchillas con los que no paro de encontrarme.

—Lo sé, cielo —dice la mujer mientras me acaricia el brazo—. Lo siento muchísimo.

Intento dominar mis emociones respecto al bebé y a Colton, que son dos cosas que no puedo controlar y que sé que he perdido. Me duele el pecho cuando trato de tomar aliento desesperadamente, cuando intento tragar saliva para deshacerme del nudo que tengo en la garganta y que impide que el aire me llegue hasta los pulmones. Después, pienso que sería mucho más fácil si me ahogara. Entonces podría desaparecer, sumirme en la oscuridad de nuevo y no sentir nada. Recuperar la esperanza. No estar rota por dentro.

—¿Rylee?

Pronuncia mi nombre como si fuera una pregunta para ver si estoy bien o si perderé los nervios como cuando me ha dicho que había sufrido un aborto.

Pero me limito a negar con la cabeza, porque no tengo nada que decirle.

Me centro en mis manos apretadas sobre el regazo, y trato de tranquilizarme y acostumbrarme de nuevo a la soledad y al vacío que siento en mi interior.

Cuando por fin estoy más calmada, la mujer sonrío.

—Soy la doctora Andrews. Ya me he presentado antes, pero seguramente no te acuerdas, lo cual es comprensible dada tu situación. ¿Cómo te encuentras?

Me encojo de hombros. El malestar que siento en mi útero vacío es incomparable con el dolor que reina en mi corazón.

—Estoy segura de que tienes preguntas. ¿Quieres que empecemos o esperamos a que regrese Colton?

¿No me ha dejado? Respiro profundamente. El nudo que tenía en la garganta se hace más pequeño y permite que el aire me llegue a los pulmones, y el corte del bisturí proverbial me duele un poco menos. La doctora se limita a inclinar la cabeza y a mirarme con una expresión de tristeza, y siento que está tratando de contarme algo sin decírmelo directamente. Pero ¿qué es? ¿La reacción de Colton ante las noticias? Tengo mucho miedo de enfrentarme o de hablar con él sobre el tema después de ver cómo reaccionó con lo de Tawny. Aun así, también siento una pizca de alivio solo por el hecho de que no se haya ido.

—¿Está aquí? —pregunto en voz baja.

—Acaba de marcharse por primera vez desde que te ingresamos — explica cuando percibe mis miedos—. Estaba muy nervioso, y su padre por fin consiguió sacarlo de la habitación para que estirara un poco las piernas.

Las palabras me aportan tanta tranquilidad que un escalofrío me recorre el cuerpo cuando caigo en la cuenta de que no me ha dejado. «No me ha dejado», pienso de nuevo. Ha sido una estupidez pensar que lo haría, pero estoy tan abrumada por todo lo que ha sucedido... Todo el mundo tiene un límite.

Y yo ya llegué al mío hace mucho tiempo.

Por fin encuentro mi voz y miro a la doctora a los ojos.

—Podemos empezar ahora.

Tengo muchas preguntas sin resolver y necesito explicaciones. Necesito respuestas que temo que Colton no querrá oír.

—Todavía estoy tratando de procesar todo. —Trago saliva y contengo las

lágrimas—. ¿Qué...?

—¿... ha pasado? —Acaba la pregunta por mí cuando me quedo callada.

—Me dijeron que nunca podría quedarme embarazada, que las cicatrices eran...

Me siento tan conmocionada mental y físicamente que ni siquiera puedo terminar la frase. Mis pensamientos me asaltan a toda velocidad y no puedo concentrarme en uno solo.

—Antes que nada, déjame decirte que he hablado con tu ginecólogo y he revisado tu historial, y sí, las posibilidades de que pudieras tener un bebé, incluso concebirlo, eran extremadamente reducidas. —Se encoge de hombros—. Pero a veces el cuerpo humano resiste, pueden suceder milagros y la naturaleza se impone.

Sonríó ligeramente, aunque sé que la sonrisa no me llega a los ojos. ¿Cómo es posible que tuviese una vida en mi interior —mi bebé, una parte de Colton— y no lo supiese? ¿Que ni siquiera lo sintiera?

—¿Por qué no lo sabía? O sea, ¿de cuántas semanas estaba? ¿Por qué he tenido un aborto? ¿Ha sido culpa mía o porque el bebé, mi bebé, no habría sobrevivido de todos modos?

Las preguntas salen disparadas de mis labios una tras otra, y, de repente, me doy cuenta de que estoy llorando y de que las lágrimas me resbalan por las mejillas, incesantes. Me siento culpable por el aborto. La doctora me permite que le haga todas las preguntas que me rondan la cabeza y se queda de pie delante de mí, paciente, con una mirada de compasión.

—¿Es algo que solo podía suceder una vez o cabe la posibilidad de que vuelva a quedarme embarazada? Me siento tan abrumada —admito, y se me entrecorta la respiración—. Y no sé... Ya no sé qué creer. Me estoy ahogando en un mar de dudas...

—Es totalmente comprensible, Rylee. Has pasado por mucho —afirma.

La doctora cambia de posición y, cuando lo hace, veo a Colton apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y la camiseta manchada de sangre, mi sangre y la del bebé... la sangre de nuestro bebé. Y, aunque pensaba que ya no me quedaban más lágrimas, rompo a llorar en cuanto lo veo.

En cuestión de segundos, está a mi lado con el rostro compungido de dolor y una mirada que refleja la guerra interna que está lidiando con sus

emociones. Estira el brazo para consolarme, pero titubea cuando ve que dirijo la mirada a las manchas que tiene en la camiseta. Inmediatamente, se quita la chaqueta y la camiseta, y las tira en la silla antes de rodearme con los brazos y acercarme a él.

Lloro con más fuerza. Mis sollozos hacen que me tiemble el cuerpo mientras Colton me estrecha, perdido y sin saber qué hacer para arreglar la situación, y me deja llorar. Me acaricia la espalda con dulzura y me susurra palabras que no logro escuchar a través de la niebla de tristeza en la que estoy sumida.

Siento tantas cosas a la vez que soy incapaz de centrarme solo en una para aferrarme a ella. Estoy confundida, asustada, destrozada, vacía, conmocionada y segura, y me siento como si un millón de cosas hubieran cambiado para siempre.

Para mí.

Entre nosotros.

Esperanzas, sueños, deseos que me han arrebatado y que están predeterminados por un destino que no puedo controlar. Sigo sollozando y me percató de lo que acabo de perder de nuevo. De las esperanzas que ahora son una posibilidad y que nunca esperaba recuperar.

Y, al mismo tiempo, Colton besa cada lágrima que cae por mi rostro una y otra vez, tratando de reemplazar el dolor por compasión y la tristeza por amor. Se aparta unos centímetros de mí y nuestras miradas se encuentran. Nos quedamos sentados durante unos minutos mientras nuestros ojos dicen lo que no podemos expresar en voz alta. Pero lo peor es que, aparte de alivio absoluto, no puedo leer lo que intenta decirme con la mirada.

Lo único que sé seguro es que Colton está igual de perdido y confundido que yo, pero, en el fondo, tengo miedo de que se sienta así por el motivo contrario al mío.

—Eh—dice en voz baja mientras esboza una ligera sonrisa. Noto cómo le tiemblan las manos—. Me has asustado muchísimo, Ryles.

—Lo siento. ¿Estás bien?

Mi voz suena débil y adormecida.

Colton baja la vista, niega con la cabeza y ríe.

—¿Tú eres la que está en una cama de hospital y me preguntas si estoy bien?—Cuando me mira de nuevo, veo las lágrimas que hay en sus ojos—.

Rylee, yo...

Se detiene y suspira; su voz rebosa emoción.

Y, antes de que continúe la frase, alguien llama a la puerta. Es la doctora Andrews, que nos pregunta si puede regresar a la habitación y retomar nuestra conversación. Ninguno de los dos se había percatado de que se había marchado porque estábamos absortos el uno en el otro.

—¿Estás lista para recibir respuestas?

Asiento, reacia, pero necesito saber qué ha pasado. Colton me suelta, y la pérdida de contacto me desconcierta. Se pone una sudadera y me agarra la mano cuando la doctora se dirige al otro lado de la cama y suspira.

—Desafortunadamente, nada de lo que te diré es concreto, porque solo hemos podido observar las consecuencias de lo sucedido. Ahora que ya empiezas a pensar con más claridad que la primera vez que nos conocimos, ¿te importaría contarme qué recuerdas?

Me siento como si estuviera buceando, pero repaso todos mis recuerdos hasta que llego al momento en que estaba sentada en el suelo del baño. Sin embargo, después todo es un borrón negro hasta que he despertado aquí. La doctora asiente con la cabeza mientras apunta lo que explico en su iPad.

—Tienes mucha suerte de que Colton te encontrara justo a tiempo. Ya habías perdido mucha sangre y, para cuando llegaste al hospital, estabas entrando en *shock* hipovolémico.

Hay tantas cosas que quiero preguntar... tantas incógnitas que mi mente está tratando de procesar. Miro a Colton de soslayo y, por un momento, dudo si debo preguntar lo que más quiero que me responda, después de todo por lo que hemos pasado con Tawny. Así que opto por otra pregunta que también me ha estado rondando la cabeza.

—¿De cuántas semanas estaba?

Lo digo en un susurro mientras Colton me agarra de la mano con firmeza. La simple idea de tener que hacer esta pregunta me rompe el corazón. Estaba embarazada. Tenía un bebé en mi interior. Me tiembla la barbilla y trato de no romper a llorar desesperadamente otra vez.

—Suponemos que de entre doce y catorce semanas —afirma, y cierro los ojos con fuerza para intentar asimilar lo que ha dicho.

Los dedos de Colton se tensan alrededor de los míos y noto que se esfuerza por controlar su respiración. La doctora espera unos segundos para

que nos hagamos a la idea antes de continuar.

—A partir de lo que hemos observado, has sufrido un desprendimiento de placenta o placenta previa en que se reventaron los vasos sanguíneos.

—¿Y eso qué significa?

—Cuando llegaste al hospital, la hemorragia era tan intensa que solo pudimos suponer la causa del aborto. Nos decantamos más por la posibilidad de que se tratase de placenta previa, porque es muy poco probable que se dé un desprendimiento de placenta a tan pocas semanas a menos que haya habido alguna especie de trauma violento en el abdomen y...

La doctora sigue hablando, pero no oigo ni una palabra más, y Colton tampoco, porque se aleja de mí de inmediato y empieza a caminar de un lado a otro de la habitación. El cuerpo le tiembla violentamente y sus facciones se tiñen con una expresión de enfado.

Me resulta mucho más fácil centrarme en él y en la explosión de emociones que está experimentando que en las mías propias. Mi cerebro abrumado piensa que, si lo miro, no tengo que enfrentarme a mis sentimientos. No tengo que preguntarme si presioné demasiado al padre de Zander y esa es la razón por la que todo esto ha sucedido.

La doctora Andrews observa a Colton y después a mí con preocupación en la mirada mientras explico todo lo que ha sucedido hoy. Cada vez que menciono que el padre de Zander me golpeó, veo que Colton se enfada todavía más. No sé qué le está haciendo esto por dentro, no estoy segura de lo que estará pensando o cuánto más podrá soportar, y tengo miedo de muchas cosas, porque sé cómo me siento yo al respecto.

—Esa podría haber sido la causa, lo que ha desencadenado todo y ha hecho que sufras un aborto —explica la doctora después de unos segundos.

Cierro los ojos con fuerza un momento y me obligo a tragar saliva. Colton suelta una maldición en voz baja mientras deambula por la habitación y aprieta los puños. Lo observo con atención y trato de leer las emociones que reflejan sus ojos, pero justo entonces se detiene y me mira.

—Necesito unos minutos —dice, y sale por la puerta.

Rompo a llorar otra vez, y sé que estoy dejándome llevar por las emociones y que no estoy pensando con claridad cuando se me pasa por la cabeza que Colton está enfadado conmigo por haberme quedado embarazada y no porque hemos perdido a nuestro bebé. Me deshago de esa idea de

inmediato y me odio a mí misma por haberlo considerado, pero después de todo lo que ha sucedido estas últimas semanas y todo por lo que hemos pasado, no puedo evitarlo. Y, entonces, ese pensamiento hace que muchos otros se descontroten, por lo que tengo que esforzarme para ser coherente. Colton se preocupa por mí, no se marcharía por algo así. Me obligo a centrarme en las respuestas y no en lo desconocido.

Sin pensármelo dos veces, la siguiente pregunta sale disparada de entre mis labios y se queda colgando en el aire junto al enfado de Colton.

—¿Es posible que... que pueda volver a quedarme embarazada? ¿Podré tener hijos?

La doctora clava la vista en mí y me observa con una expresión de compasión en su rostro estoico. Después suspira y se le ilumina la mirada.

—¿Posible? —repite la palabra y cierra los ojos durante unos segundos mientras asiente ligeramente. Me agarra la mano y contempla mi rostro—. Se suponía que esto no era posible, Rylee.

Se le quiebra la voz; es evidente que mi tristeza e incredulidad le han afectado.

—Espero que el destino no sea tan cruel como para hacerte pasar por esto dos veces sin darte otra oportunidad. —Se enjuga una lágrima y se sorbe las demás—. A veces, la esperanza es la medicina más poderosa de todas.

Lo siento antes de abrir los ojos y sé que está sentado a mi lado. El hombre que no espera a nadie me está esperando pacientemente. Mi cuerpo se relaja un poco cuando lo piensa y, luego, se me encoge el corazón cuando me acuerdo del bebé que he perdido para siempre. Me lo imagino con el pelo negro, los ojos verdes, pecas en la nariz y una sonrisa pícaro. Cuando abro los ojos, los mismos ojos que he visto en mi imaginación se cruzan con los míos.

Pero estos están cansados, devastados y preocupados. Colton se inclina hacia delante y me agarra la mano que le tiendo.

—Ey —saludo con la voz ronca, y cambio de postura porque me duele el abdomen.

—Hola —dice en voz baja, y se sienta en el borde del sillón. Me percato

de que se ha cambiado la camiseta por una bata del hospital—. ¿Cómo te encuentras? —Me besa el dorso de la mano y se me llenan los ojos de lágrimas de nuevo—. No. —Se levanta y se sienta en la cama junto a mí—. Por favor, no llores, cariño —suplica, y me estrecha entre sus brazos.

Niego con la cabeza. Mis emociones son como una montaña rusa ahora mismo. Estoy destrozada por haber perdido a mi hijo, por perder una oportunidad que puede que no vuelva a tener en mi vida, a pesar de la ínfima posibilidad que la situación presenta. Al mismo tiempo, también siento cómo la culpabilidad se cierne sobre mí por estar aliviada, porque si hubiese estado embarazada, ¿qué supondría eso para Colton y para mí?

—Estoy bien —afirmo.

Lo beso justo debajo de la mandíbula y absorbo fuerzas del pulso estable que noto bajo mis labios antes de apoyarme de nuevo en el montón de cojines y mirarlo. Resoplo con fuerza para apartarme el pelo de la cara, porque no quiero hacerlo con la mano y romper nuestra conexión.

Su mirada es tan intensa, y tiene la mandíbula tan tensa y los labios tan apretados a causa de la emoción, que bajo la vista y observo nuestras manos entrelazadas. Quiero prepararme mentalmente para explicarle todo lo que ansío decirle, pero me dan miedo sus respuestas. Tomo aire y empiezo.

—Tenemos que hablar de esto —susurro, y levanto la vista para mirarlo a los ojos.

Colton niega con la cabeza, y eso es una clara señal de que no será tan fácil convencerlo.

—No. —Me aprieta la mano—. Lo único que importa es que estés bien.

—Colton...

Me limito a mencionar su nombre, pero sé que oye la súplica en mi tono de voz.

—¡No, Ry!

Se levanta de la cama y camina por el pequeño espacio que hay al lado de esta; me recuerda a cuando se puso a deambular por el arcén de la carretera, abrumado por la culpabilidad. ¿Sucedió ayer? Tengo la sensación de que ha pasado una vida entera.

—¿No lo pillas, verdad? —grita, y hago una mueca al oír la vehemencia que hay en su voz—. Yo te encontré —dice mirando al suelo. Se le quiebra la voz cuando habla y eso me parte el corazón—. Había sangre por todos lados.

—Levanta la vista y nuestras miradas se cruzan—. Por todos lados... y tú... tú estabas allí tumbada, cubierta de sangre. —Se acerca a la cama y me coge las manos—. Creía que te había perdido. ¡Por segunda vez en el mismo día!

En un instante, me agarra por la nuca y me besa posesivamente. Percibo el sabor de la angustia y el deseo que hay en su lengua antes de apartarse de mí y apoyar la frente contra la mía. Sigue sujetándome por el cuello con una mano mientras me acaricia la mejilla con la otra.

—Dame un minuto —susurra. Su aliento me cosquillea los labios—. Déjame tener este momento, ¿vale? Solo necesito esto... a ti... ahora mismo. Necesito abrazarte así, porque me he vuelto loco mientras esperaba a que te despertaras, a que volvieras a mi lado. Y ahora que estás aquí, ahora que estás en mi vida y te has convertido en parte de mí... no puedo respirar sin saber que estás bien. Que regresarás a mí.

—Siempre regresaré a ti.

Lo digo antes de que me dé tiempo a pensar, porque cuando el corazón quiere hablar, lo hace sin premeditación. Colton respira entrecortadamente y presiona los dedos en mi nuca; sé lo mucho que el hombre que nunca ha necesitado a nadie está tratando de averiguar qué hacer ahora que no puede vivir sin la única cosa que nunca ha querido.

Nos quedamos sentados en la misma posición durante unos minutos y, cuando se aparta para besarme en la punta de la nariz, oigo el alboroto que causa fuera antes de verla entrar en la habitación.

—¡Santo cielo, Rylee! ¿Es que quieres que me dé un ataque al corazón? —espeta. Haddie cruza el umbral y se sitúa a mi lado en un par de zancadas—. Quítale las manos de encima, Donavan, y déjame acercarme más a ella —añade, y Colton esboza una ligera sonrisa cuando me besa en la mejilla.

En cuestión de segundos, Haddie me rodea entre sus brazos y me absorbe en el torbellino que es ella. Las dos rompemos a llorar mientras nos abrazamos.

—¡Déjame verte! —exclama. Se aparta de mí y sonrío a pesar de las lágrimas que le bañan el rostro—. Tienes una pinta horrible, pero sigues estando guapísima. ¿Estás bien?

La sinceridad que percibo en su voz hace que aún me entren más ganas de llorar y tengo que morderme el labio para aguantarme las lágrimas. Asiento y Haddie observa a Colton fijamente. Se quedan mirándose el uno al otro

durante unos segundos mientras una oleada de emociones se apodera de ambos.

—Gracias —dice Haddie en voz baja, y cierro los ojos un momento cuando la magnitud de la situación me supera.

—No más lágrimas, ¿vale?

Me agarra la mano y la estrecha con fuerza, y asiento antes de abrir los ojos.

—Vale.

Suspiro y observo a Colton. Hay algo en sus ojos que no logro descifrar, pero los dos hemos pasado por tantas cosas esta última semana que probablemente se trate de un exceso de emociones.

Nos quedamos sentados un tiempo. Cada minuto que pasa, Colton se queda más y más absorto en su mundo, y sé que Haddie también se da cuenta de ello, pero sigue hablándome como si no estuviera en una habitación de hospital sumida en la tristeza después de perder a mi hijo. Me parece bien que lo haga, porque, como siempre, ella sabe lo que necesito.

Me está contando que ha llamado a mis padres y que están de camino desde San Diego cuando recibe un mensaje en el móvil. Lo lee y mira a Colton.

—Becks está en el *parking* y quiere que bajes para enseñarle adónde tiene que ir.

Colton mira a Haddie con una expresión de confusión, pero me besa en la frente y sonrío ligeramente.

—Ahora vuelvo, ¿de acuerdo?

Yo también le sonrío y lo observo desaparecer por la puerta antes de mirar a Haddie.

—¿Vas a explicarme qué coño está pasando? —Río, porque no esperaba menos de Haddie; siempre es demasiado honesta—. O sea, joder. —Suspira—. Te dije que tuvieras sexo salvaje con él, para saciarte y esas cosas. Pero te has pasado. Te has quedado embarazada, has luchado contra un hombre mientras te apuntaba con una pistola y has sufrido un aborto de un bebé que ni siquiera sabías que existía.

Ahora sí que se me saltan las lágrimas, pero de risa, porque cualquier persona que estuviera escuchando esta conversación pensaría que Haddie está

siendo insensible. Sin embargo, en el fondo sé que está enfrentándose a la ansiedad que siente de la mejor manera que sabe: con mucho sarcasmo. Es como mi terapia personal, porque es a lo que me he aferrado durante estos dos últimos años en las noches más difíciles después del accidente de Max.

Haddie ríe conmigo, pero enseguida también se le saltan las lágrimas cuando me mira y continúa hablando.

—Es decir, ¿quién iba a pensar que ese tío tenía esperma con superpoderes y podía arreglar tu útero como si fuera un maldito superhéroe?

Me atraganto con mi propia saliva, sobrecogida por lo que acaba de decir, porque nunca le he contado nada a Haddie sobre Colton y sus superhéroes; no quería perder la confianza que él había depositado en mí. Pero Haddie no se da cuenta y sigue hablando:

—A partir de ahora, cada vez que vea el logo de Superman pensaré que en realidad es la inicial del superesperma de Colton, infiltrándose en ovarios e invadiéndolos.

Río con ella, y sonrío ligeramente después de asimilar las palabras que acaba de decir. Miro hacia la puerta, porque quiero y necesito que Colton regrese.

—¿Cómo está él? —pregunta cuando dejamos de reírnos.

Me encojo de hombros.

—No quiere hablar sobre el tema de... del bebé.

Me cuesta pronunciar la palabra y tengo que cerrar los ojos con fuerza para controlar las lágrimas que amenazan con salir de nuevo. Haddie me aprieta la mano.

—No lo ha dicho en voz alta, pero sé que se culpa a sí mismo. Sé que piensa que si no me hubiese dejado sola en casa, entonces el padre de Zander no habría entrado. No me habría golpeado. No habría...

Y la verdad es que es una tontería que sea incapaz de decir «sufrido un aborto» o «perdido el bebé», porque después de tanto tiempo uno pensaría que ya me he acostumbrado a decirlo. No obstante, cada vez que lo pienso... que lo digo, es como si fuera la primera vez.

Asiente y me mira antes de observar nuestras manos unidas. Espero a que diga algo, a que suelte una de las suyas y me haga reír, pero cuando alzo la vista, veo que Haddie tiene los ojos bañados en lágrimas.

—Me has asustado muchísimo, Ry. Cuando Colton me llamó... Si le hubieses escuchado la voz... No dejó lugar a dudas sobre lo que siente por ti.

Y, obviamente, yo también rompo a llorar al verla. Haddie se levanta para sentarse junto a mí y me abraza muy fuerte. Es la misma posición en la que pasamos horas después de perder a Max y a nuestro bebé. Al menos esta vez la carga que siento en mi corazón es un poco más ligera.

Capítulo 32

Me siento como si estuviera en un desfile cuando Colton empuja mi silla de ruedas a través de la puerta principal del hospital. No la necesito, pero la enfermera me ha dicho que es parte de la política del hospital. Mi madre está hablando con Haddie y mi padre las está escuchando con una ligera sonrisa, porque ni siquiera él es inmune al encanto de Haddie. Becks aparca el Range Rover delante de la puerta para Colton mientras Sammy se queda de pie en la entrada, pendiente de la prensa que, por algún milagro, no se ha enterado de lo que ha sucedido. Aún.

Colton me empuja en silencio, pero lleva así estos últimos dos días. Si fuera cualquier otra persona, atribuiría ese comportamiento al encuentro inesperado con mis padres. Es decir, conocer a los padres de tu pareja es un gran paso en cualquier relación, y más para Colton, que nunca ha dado ese paso. Añádele a ese encuentro el hecho de que tu novia acaba de perder el bebé que ni siquiera sabía que existía.

Pero no en el caso de Colton, no. Le pasa otra cosa. Y, por mucho que adore a mis padres por venir corriendo hasta aquí, a Haddie y a su sentido del humor inquebrantable, a Beckett por sus comentarios inteligentes y a todas las demás personas que me han visitado, lo único que quiero es estar a solas con Colton. Cuando solo estamos los dos, no puede esconderse ni ignorar lo que sea que se le pasa por la mente. El silencio me está asfixiando y yo solo quiero respirar. Necesito que podamos gritar, llorar y enfadarnos — desahogarnos por completo— sin que nuestras familias estén mirándonos para asegurarse de que no nos derrumbamos.

Porque necesitamos derrumbarnos. Necesitamos hacernos añicos. Solo

entonces podremos recoger las piezas del otro y reconstruirnos de nuevo.

Me vuelvo y observo a Colton y su expresión sedada. No puedo evitar preguntarme qué habría pasado si lo del padre de Zander nunca hubiese sucedido. ¿Qué pasaría si todavía estuviese embarazada? ¿Qué habríamos hecho?

«No pienses en eso», me digo a mí misma, aunque sea lo único en lo que puedo pensar: yo, embarazada. Siento que es una posibilidad tan real, tan tangible, que no paro de imaginármelo. Colton detiene la silla de ruedas cuando salimos por las puertas del hospital y camina hasta que se coloca delante de mí. Nuestras miradas se cruzan y en sus ojos veo una dulzura que contrasta con la intensidad que he observado estos últimos días. Colton esboza una sonrisa poco a poco. ¿Sería capaz de alejarme de este hombre porque quiero tener un hijo y él no? ¿Estaría dispuesta a dejar al único hombre sin el que sé que no puedo vivir por lo único que una vez pensé que haría lo que fuera por tener?

No. La respuesta es sencilla. Este hombre herido, hermoso y en vías de recuperación es lo único que necesito y que jamás podré dejar atrás.

Colton se inclina hacia delante y me besa en los labios; me siento culpable por pensar de este modo.

—¿Estás bien?

Estiro el brazo y coloco la mano en su mejilla mientras sonrío y asiento.

—Sí, ¿y tú?

La sonrisa pícaro le ilumina el rostro, porque sabe que me refiero a las miradas que mi padre le dirigía mientras trataba de determinar si Colton era lo bastante bueno para su hija.

—No es nada que no pueda soportar —responde. Me guiña el ojo y niega con la cabeza mientras se levanta sin apartar la vista. Su sonrisa me llena de calidez—. ¿Dudas de mis habilidades?

—No, desde luego que no. —Río, pero me detengo cuando Colton inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Qué?

—Es solo que me encanta verte sonreír —responde en voz baja antes de que se le nublen los ojos y clave la vista en algo que hay detrás de mí.

Cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo, la expresión de su rostro es más amable.

—¿Estás lista para marcharnos de aquí?

Colton me agarra de un codo y mi madre del otro para ayudarme a ponerme en pie. Ambos me sujetan hasta que me estabilizo, lo cual es innecesario.

—Estoy bien, de verdad —afirmo.

Mi madre me envuelve entre sus brazos y me abraza con fuerza durante un poco más de tiempo de lo normal.

—Si quieres, nos podemos quedar contigo un día más. Así nos aseguramos de que estás bien y cómoda antes de marcharnos a casa.

—Rylee no irá a su casa.

Todos se vuelven para mirar a Colton, incluida yo. A pesar de que todo el mundo tiene los ojos puestos en él, Colton solo me mira a mí.

—Te quedarás conmigo. No es negociable.

Y, con ese decreto, Colton rodea a un Beckett sonriente, a una satisfecha Haddie y a mis padres sorprendidos. Cierra la puerta del maletero del Range Rover y camina hacia estos últimos.

—Estáis más que invitados a quedaros en mi casa. Tengo habitaciones de sobra.

Colton arquea una ceja, preparado para rebatir cualquier argumento.

—No hace falta —responde mi padre, y estira el brazo para estrechar la mano que Colton le ha extendido—. Confío en que cuidarás bien de ella.

Y es así de sencillo. El vínculo silencioso entre un padre y el hombre que ama a su hija se establece entre ellos. De hombre a hombre. De protector a protector. Colton estrecha la mano de mi padre con firmeza y asiente para aceptar la confianza que acaban de depositar en él. Ahora Colton es responsable de mí. Prolongan el apretón de manos y se sostienen la mirada unos segundos más. Se me hace un nudo en la garganta cuando miro a mi madre, que está observando cómo Colton y mi padre interactúan, y veo que se le escapa una lágrima.

Ambas nos quedamos mirándolos durante un momento y, luego, mi madre me ayuda a entrar en el coche. Me pone el cinturón y me observa mientras me rodea el rostro con las manos.

—Una vez me contaste que no estabas segura de lo que había entre Colton y tú. —Me aparta de la cara un rizo rebelde que se me ha escapado de la

coleta—. Este hombre está loco por ti, cielo. —Sonríe con dulzura y asiente cuando abro la boca para responderle—. Soy tu madre, es obvio para mí, Ry. Los hombres nunca lo ven, ni lo aceptan ni lo quieren hasta que se topan con ello de morros. Eres afortunada de tener esta oportunidad por segunda vez en tu vida, de haber encontrado un hombre dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. Incluso cuando cometa errores en esta relación... —Alza una mano cuando hago el ademán de intervenir para defender a Colton y pone los ojos en blanco antes de continuar hablando—. Admitámoslo, es un hombre, y cometerá errores... Ten paciencia, porque te ama igual que tú a él. Tiene las palabras que no puede decir escritas en esa cara tan atractiva.

Me limito a asentir y me muerdo el labio inferior para evitar romper a llorar de nuevo.

—Lo sé —admito en voz baja, y la felicidad y la tristeza me abruman al mismo tiempo.

Mi madre me aprieta las manos, que tengo apoyadas en el regazo.

—Si forma parte del destino que tengas un bebé, Ry, sucederá. Sé que oírme decirlo no te hará sentir mejor, pero en mitad de la noche, cuando te sientas triste, podrás recordar mi voz repitiéndote estas palabras. Recuerda que la vida no consiste en cómo sobrevivir a la tormenta, sino en aprender a bailar bajo la lluvia —añade, y se inclina para besarme en la mejilla—. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá —respondo, y la abrazo mientras pienso en las palabras de sabiduría que acaba de ofrecerme—. Gracias.

Nos despedimos rápidamente los unos de los otros, porque el coche está en una zona de carga y descarga. Beckett es el último en decir adiós. Introduce medio cuerpo en el coche y me da un abrazo mientras Colton habla con Sammy fuera. Becks empieza a cerrar la puerta del coche y, entonces, se detiene y me mira mientras niega con la cabeza.

—Eso del salvavidas va dirigido a los dos, ¿sabes? Utilízale. Colton no se romperá si lo haces... pero puede que tú sí si no recurres a él.

—Gracias, Becks. Eres muy buen amigo.

—¡Un buen capullo, más bien! —exclama Colton, que se sube al asiento del conductor a mi lado—. Sería mejor amigo si le quitara las manos de encima a mi chica y me dejara llevarla a casa de una vez.

—Hablando de nuestro amigo bien educado... —comenta Becks con una

risa, y me aprieta la mano—. ¡Yo también te quiero, Wood!

—Lo mismo digo, tío.

Colton ríe mientras arranca el coche y el motor ruge.

—No dejes que se pase de la raya, Ry —pide Becks finalmente, me guiña el ojo y niega con la cabeza antes de cerrar la puerta.

Salimos del *parking* y nos sumimos en un silencio cómodo mientras avanzamos por la carretera. Estoy ansiosa por llegar a casa; tengo ganas de dormir en mi cama con la calidez reconfortante de Colton a mi alrededor. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el asiento. Mi mente no deja de darle vueltas a todos los eventos caóticos que han sucedido durante estas últimas semanas. Suspiro en mitad del silencio y Colton cambia de emisora antes de agarrarme la mano.

La voz de Sarah Bareilles llena el coche, y no puedo evitar tararear en voz baja la letra de la canción. Sé que Colton también la oye, porque me aprieta la mano y, cuando abro los ojos para mirarlo, me sorprende lo que veo.

—Colton, ¿qué...?

—Sé que todavía estás un poco dolorida, pero quería llevarte a un lugar que te hiciese feliz.

—Tú me haces feliz —respondo, y lo miro fijamente a los ojos para reforzar mis palabras antes de observar la playa que se extiende ante nosotros.

—Esta vez estoy preparado. —Esboza una sonrisa vergonzosa—. Tengo mantas, chaquetas y un poco de comida por si quieres sentarte en el solecito conmigo un rato.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me echo a reír.

—Sí. Lo siento —me disculpo, refiriéndome a las lágrimas que estoy enjugándome—. Tengo las emociones descontroladas. Es por culpa de las hormonas del embarazo y...

Dejo la frase inacabada cuando me doy cuenta de que he tocado un tema tabú del que aún tenemos que hablar. Un silencio incómodo se establece entre nosotros. Colton agarra el volante con fuerza y suspira profundamente antes de salir del coche sin decir ni una palabra.

Abre la puerta del maletero, agarra algunas cosas y luego me ayuda a bajar del Range Rover.

—Poco a poco —indica cuando me levanto del asiento.

—Estoy bien.

Nos damos la mano y caminamos hasta la playa en silencio. Hay algunas personas, al contrario que la primera vez que estuvimos aquí hace meses, en nuestra primera cita oficial. El hecho de que haya pensado en traerme a un lugar que me aporta tanta paz hace que el corazón me salte de alegría.

—¿Aquí está bien? —pregunta mientras me suelta la mano y estira una manta sobre la arena.

Deja una bolsa marrón de papel encima antes de colocar las manos en mis caderas para ayudarme a sentarme.

—No me voy a romper —le aseguro en voz baja, aunque me encanta la sensación de su tacto sobre mi cuerpo.

Colton me da fuerza, bienestar y seguridad solo con el simple roce de sus manos contra mi piel.

Se sienta detrás de mí, me envuelve las piernas con las suyas, me atrae hacia su pecho y me estrecha entre sus brazos. Agacha la cabeza y coloca la boca y la barbilla en la curvatura de mi cuello. Después, suspira.

—Ya sé que no te romperás, Ry, pero has estado a punto. Sé que eres fuerte e independiente, y que estás acostumbrada a hacer las cosas tú sola, pero, por favor, déjame cuidarte ahora, ¿vale? Necesito... necesito que me lo permitas.

Acaba la frase y me besa la piel desnuda del hombro, pero no se aparta, sino que se queda en la misma posición durante un tiempo para que sienta la calidez de su aliento y el cosquilleo de su barba.

—Vale —murmuro.

Suspiro y se me revuelve el estómago cuando me acuerdo de que tenemos que hablar de lo sucedido. Alzo la barbilla hacia el sol y cierro los ojos, agradecida por su calidez, porque todavía estoy helada en mi interior.

—Suéltalo —espeta Colton con exasperación en la voz—. Noto cómo se te está tensando el cuerpo, aunque trates de fingir que la mente no te va a mil kilómetros por hora con lo que sea que quieras preguntarme. No te relajarás hasta que me lo digas.

Colton suelta una risilla y siento cómo resuena por su pecho y mi espalda, pero percibo que no está muy contento.

Cierro los ojos durante unos segundos, porque no quiero arruinar la paz del momento, pero, al mismo tiempo, necesito enfrentarme a la tensión subyacente que hay entre nosotros.

—Tenemos que hablar sobre... el bebé... —consigo decir, y me siento orgullosa de que la voz no me haya temblado como lo ha hecho cuando intentaba sacar el tema estos últimos días—. No quieres hablar de ello y no sé lo que piensas al respecto... ¿Qué sientes? Y necesito saber...

—¿Por qué? —me interrumpe inmediatamente. No puedo verle la cara, pero noto cómo se le tensa el cuerpo—. ¿Por qué es importante? —pregunta por fin con un poco más de determinación en la voz.

«Porque eso es lo que se hace cuando uno está en una relación», quiero decirle, pero en lugar de eso, suspiro.

—Colton, nos ha pasado algo muy importante, por lo menos a mí...

—A nosotros —corrige, y su comentario me sorprende.

Es la primera vez que se ha referido al bebé que hemos perdido. Algo que habíamos creado juntos y que nos unía indefinidamente.

—... A nosotros. Pero no sé cómo te sientes. Sé que mi mundo ha cambiado y que me ha afectado muchísimo. Yo solo... Estás aquí, pasando por esta situación conmigo, pero al mismo tiempo siento como si te estuvieras alejando de mí y no quisieras hablar conmigo. —Suspiro, y sé que estoy yéndome por las ramas, pero no sé cómo explicarle lo que siento. Lo intento de nuevo—. Me dices que necesitas cuidarme. Lo entiendo. ¿Puedes entender que yo necesito que hables conmigo? ¿Que no puedes dejarme de lado ahora mismo? Lo último que necesito es preocuparme por nuestra relación también.

Me obligo a dejar de hablar, porque empiezo a oír la desesperación que refleja mi voz. Él todavía no ha respondido y ahora nos envuelve un silencio incómodo. Colton se inclina hacia atrás, y me preparo para la sensación de vacío que se apoderará de mí cuando lo note distanciarse justo cuando más lo necesito. Entonces, entierra la nariz en mi pelo y respira mi aroma. Cierro los ojos cuando un escalofrío me recorre la piel, porque sé que no se alejará de mí, sino que esta es su forma de aclararse las ideas.

—Rylee...

Pronuncia mi nombre con tanta emoción en la voz que hace que se me corte la respiración. Apoya la frente contra mi nuca y me abraza con fuerza.

—No puedo hablar del tema. No puedo. —Y por el modo en que lo dice,

sé que se refiere al bebé—. Solo puedo lidiar con un problema a la vez, y ahora mismo aún estoy tratando de hacerme la idea de que por poco te pierdo.

Se queda en la misma posición y, luego, continúa hablando:

—No estoy acostumbrado a sentir, Ry. Lo normal para mí era no sentir nada, salir corriendo en cuanto algo se volvía demasiado serio. Y tú, nosotros, esto... —Suspira—. Es lo más serio que he vivido nunca. Me siento como si me hubieran dado una paliza ahora que estaba empezando a acostumbrarme a mi nueva vida normal. Estoy desorientado. No sé muy bien qué hacer, pero trato de lidiar con ello de la mejor manera que sé ahora mismo. Y eso significa enfrentarme a la imagen que tengo de ti, inmóvil en el suelo, como si fueras una muñeca de trapo.

Sus palabras me llegan a las profundidades del alma y me devuelven las pequeñas piezas de esperanza que había perdido con el aborto y los miedos que me consumían por culpa de su silencio. Así que no quiere ni puede confrontar lo del bebé ahora. Al menos me lo ha dicho. Y, por mucho que necesite hablar con él sobre el tema y asegurarle que él es lo único que necesito en el mundo y que lo demás puede esperar, me quedo callada y dejo que afronte lo que me ha sucedido a mí.

Me giro para sentarme de lado en su regazo y apoyar las dos piernas sobre una de las suyas. Necesito verle la cara para mostrarle que estoy bien. Observo sus ojos llenos de confusión y coloco una mano en su mejilla con una ligera sonrisa.

—Estoy bien, Colton. Me has salvado. —Me inclino y lo beso con delicadeza en esos labios que me vuelven loca—. Gracias por salvarme.

—Creo que soy yo quien tiene que darte las gracias. —Niega con la cabeza—. Tú me has rescatado.

Sus palabras hacen que todos mis pensamientos se esfumen de mi mente, excepto las palabras que no puedo decirle: te amo. Te amo más de lo que nunca podrás imaginarte o lograré expresar. ¿Es que no se da cuenta de que solo sería capaz de salvarlo si me abriera las puertas de su corazón? ¿Cuándo aceptará que merece la pena que lo rescaten de su propio infierno? Nos observamos con intensidad en la mirada y nos intercambiamos palabras mentalmente. Me sorprende ver las lágrimas que aparecen en sus ojos y que se le entrecorte la respiración.

—Estamos bien, Ry. Solo necesito una pequeña parada en boxes para

aclararme todas las ideas a las que aún no me he acostumbrado, ¿de acuerdo? No te estoy pidiendo que me des espacio o que nos tomemos un tiempo, solo un poco de paciencia mientras trato de asimilarlo todo.

Asiento y me muerdo el labio inferior. No puedo hablar porque me ha dejado sin palabras. Colton entiende mi mayor miedo y quiere disiparlo antes de que mi mente pueda darle demasiadas vueltas y sobreanalizar la situación, como hago normalmente.

Nos quedamos sentados durante un rato mientras nos sumimos en un silencio cómodo.

—¿Tienes hambre? —pregunta cuando han pasado unos minutos.

Me limito a encogerme de hombros. Me encanta sentir cómo apoya la barbilla sobre mi cabeza y me rodea entre sus brazos.

—La primera vez que vinimos aquí, me sorprendiste.

—¿Por qué? —pregunto, somnolienta y contenta.

No hay otro lugar en el mundo en el que preferiría estar ahora mismo.

Se encoge de hombros contra mí.

—No lo sé. Esperaba que te enfadaras porque te había traído a una playa, había llevado salami para comer y vino en vasos de plástico. —Ríe—. Por aquel entonces no sabía que ibas a poner mi mundo patas arriba.

Una sensación de calidez me recorre todo el cuerpo. Se me pasan imágenes por la cabeza de nosotros sentados aquí, y me pregunto qué narices vio él en mí. Y ahora lo entiendo. Vio las piezas de algo que podía reconstruir. Aceptó los bordes escarpados que necesitaban que alguien limara, porque él también los tenía. Y aquí estamos de nuevo, hechos añicos, deseando que nos recompongamos. Pero esta vez nos tenemos el uno al otro para ayudarnos.

—Dios, eras muy arrogante, pero no podía resistirme a ti, As.

—Cariño, sigo siendo el mismo arrogante que antes, y con todavía más polla.

Pongo los ojos en blanco y suelto una risilla.

—¡Madre mía! —No puedo dejar de reír, y Colton me da un beso en la cabeza—. Tienes arrogancia a raudales.

—Se podría decir que soy un «As» de la arrogancia.

—¡Tonto! —exclamo. Me encanta la conversación despreocupada que

estamos manteniendo. Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara—. ¿De verdad? ¿Es eso todo lo que puedes ofrecerme? ¿Es lo mejor que se te ocurre?

—Oh, Ry. —Esboza una sonrisa pícaro, se inclina hacia delante y me besa—. No te preocupes. Puedo ofrecerte mucho más, y no creo que encuentres a otro hombre que te lo haga mejor que yo.

Antes de que pueda responderle, posa sus labios sobre los míos y desliza las manos por mi espalda mientras nuestros corazones se funden de un modo que nunca pensé que sería posible.

Hemos amado.

Hemos perdido.

Y ahora acabamos de encontrarnos de nuevo. Y nunca me he sentido tan bien al perderme en otra persona para volver a encontrarme a mí misma.

—¿Estás segura de que estás bien?

Siento cómo se hunde el colchón con su peso cuando se sienta en la cama a mi lado. Su colonia enmascara momentáneamente el olor antiséptico que el equipo de limpieza ha dejado tras su paso.

—Sí, solo estoy cansada —aseguro, y me doy la vuelta para mirarlo—. Gracias por esta tarde.

Me acuerdo del rato que hemos pasado en la playa, de nuestra conversación, de la comida del mismo puesto que en nuestra primera cita, y del silencio que nos envolvía y que ya no es solitario ni doloroso.

—¿Estás bien? —inquiero, y repito la pregunta que me ha hecho antes.

Colton le rasca la cabeza a Baxter y se inclina hacia delante para besarme con dulzura. Me percató de que no responde a la pregunta.

—Me voy a trabajar un poco —informa, y se levanta de la cama—. ¿Seguro que estarás bien?

—No me pasará nada, Colton. Solo necesito dormir. —Le aprieto la mano cuando se gira para marcharse—. Eh, ¿sabes dónde está mi móvil para llamar a Haddie y decirle que estoy bien?

Colton se dirige a la cómoda y me lo trae. Antes de irse, me da otro beso

en la frente. Lo veo salir de la habitación y sé que nunca me cansaré de observarlo. Nunca daré por sentado lo que nos ha costado tanto conseguir.

Enciendo el teléfono y me sorprende que aún tenga batería, ya que lleva aquí desde la noche en que sucedió todo. Cuando la pantalla se ilumina, niego con la cabeza al ver todos los mensajes en los que me desean que me recupere pronto. Leo algunos sobre la importante ceremonia a la que asistiremos dentro de unos días para conmemorar el principio del nuevo proyecto. Y, entonces, el último mensaje me deja boquiabierto.

Me corta la respiración y me roba el corazón.

Es de Colton, y creo que nunca he oído palabras tan sinceras ni semejante desesperación provenientes de él.

Estoy perdido. Estás en algún lugar de este maldito hospital y necesito hablar contigo. Necesito tocarte. Lo que sea, porque estoy tan asustado... Así que te lo diré de la única forma en que sé que me oirás. «Broken», de Lifehouse.

Y rompo a llorar. Las lágrimas resbalan por mi rostro y no trato de detenerlas o esconderlas, porque no hay nadie aquí para verlas. Y porque son lágrimas de alegría.

Colton me ama.

Capítulo 33

Colton

—¿Piensas quedarte aquí toda la noche para ahogar tus penas como un quejica o qué?

La voz que emerge de la oscuridad de la noche me sobresalta.

—¡Me cago en la puta, Becks! —espeto, y me vuelvo para verlo caminar por el lateral de la casa—. ¿Qué coño haces, tío? ¿Es que no sabes lo que es la puerta principal?

—Ya, bueno, ¿es que tú no sabes responder al móvil? Además, llamar a la puerta es para los amigos, y yo soy como de la familia, así que cállate ya.

—Ya he estado en el hospital suficientes veces durante los últimos dos meses, así que un ataque al corazón no entra en mis planes.

Le doy un buen trago a la cerveza y mi cabeza por fin empieza a nublarse lo bastante como para que, cuando pienso en Rylee, la imagen de ella fría, cubierta de sangre e inerte en el suelo no es lo primero que veo.

—Bueno, ¿qué entra en tus planes, entonces?

Abre la cerveza que acaba de sacar de la nevera y esboza una sonrisa traviesa para hacerme saber que tiene algo más que contarme. Joder, ahora mismo no necesito el consejo de nadie.

—Adelante, como si estuvieras en tu casa —le digo—. Róbame la cerveza.

—Qué va, solo la estoy tomando prestada —contesta, y se sienta en la silla que hay a mi lado en silencio—. No tuvimos ocasión de hablar mucho en

el hospital.

—¿En serio? Bueno, la verdad es que tenía cosas más importantes que hacer que consolarte.

Estoy siendo un gilipollas. También necesito a Becks, pero no es que esté muy cómodo con la dirección que está tomando esta conversación. Parece más bien una intervención. Joder.

—¿Rylee está dormida? —pregunta Beckett, y hace un gesto con la barbilla hacia el piso de arriba.

—Es más de medianoche, ¿tú qué crees?

—No seas tan imbécil. Mira, ahora mismo estás lidiando con mucha mierda y...

—Lárgate de aquí, Becks. Déjame beberme la cerveza en paz.

Lanzo la botella vacía hacia la papelera, pero no acierto. Creo que estoy más borracho de lo que pensaba. Genial.

—No puedo hacer eso, hermano. —Suspira. Suelto una maldición, y Beckett ríe cuando la oye—. Ya la has cagado demasiadas veces, así que estoy aquí para ayudarte.

—No dejes que la puerta te dé en el culo cuando salgas, cielo.

Solo quiero que me dejen solo. Yo, mi cerveza, mi perro y mi puta paz.

—Buen intento, pero tendrás que conformarte conmigo. Soy como un herpes, pero mejor.

¿Qué coño dice?

—Tío, ¿te acabas de comparar con un puto herpes? —Inclino la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas antes de observar a Beckett y negar con la cabeza—. Porque al menos con un herpes, mi polla es la protagonista. Contigo es más bien como «ponte en pompa y sin lubricante».

Becks suelta una risa de las suyas, de esas que me hacen sonreír. El maldito cabezota está tocándome las narices cuando lo único que quiero es estar solo.

—Bueno, por lo menos es bonito saber que piensas en mí —comenta, me guiña el ojo y me observa fijamente hasta que ya no puedo aguantarlo más. Me echo a reír.

—Eres un maldito enfermo, ¿lo sabías? —digo, y abro otra cerveza.

—No me querrías de ningún otro modo.

—Sí, claro —respondo, y me bebo la mitad de la botella mientras el silencio de la noche nos envuelve.

Por mucho que quiera estar solo para enfrentarme a toda la mierda que me ronda por la cabeza y que me dice que tarde o temprano tendré que tomar una decisión, me gusta que Becks esté aquí, aunque sea un puto pesado. Tamborileo mis pulgares al ritmo de la música de Seether, que suena por los altavoces, mientras Beckett me concede unos minutos antes de empezar a increparme sobre todos los pensamientos venenosos que se me pasan por la mente.

—¿Te acuerdas de Roxy Tomlin? —pregunta finalmente, y me quedo sorprendido.

—¿La Aspiradora?

Río, curioso de por qué está sacando el tema de la reina de las mamadas de nuestro pasado. La chica que se la chupó a Becks solo para ponerme celoso. Y, normalmente, no le haría caso a ese tipo de idioteces, pero después de que Beckett no dejara de insistir en que era la mejor mamada que le habían hecho, me aproveché de la oferta que se me presentó.

—Sí, la Aspiradora. La succión que nunca acababa. —Ríe conmigo y niega con la cabeza—. Sigue siendo una de las mejores en mi *ranking*.

—No es Rylee, pero vale. —Me encojo de hombros—. Supongo que era decente.

—¿Decente? —espetá—. Te juro por Dios que esa mujer tenía una garganta muy profunda.

—Quizá tú tampoco la tenías tan grande como para llegarle hasta el final de la garganta.

Arqueo las cejas y me termino la otra cerveza. Si quiere venir a mi casa a tocarme los huevos, entonces yo también pienso hacer lo mismo.

—Que te den, Wood.

Me lanza el tapón de la cerveza al pecho.

—Me han ofrecido mejores cosas, amigo mío, pero gracias de todos modos.

La cabeza me da vueltas al tratar de averiguar adónde quiere ir a parar con todo esto, pero no se me ocurre nada.

—Me la encontré el otro día.

Su tono de voz calmada hace que me vuelva para mirarlo.

—¿Y...?

—Me sorprendí muchísimo cuando la vi.

—¿Por qué?

Finjo estar interesado, pero la verdad es que no me importa lo más mínimo. Miro hacia la ventana de la habitación que tengo detrás de mí y veo que la luz sigue apagada. Y, aunque ahora mismo esté bastante borracho, me gusta saber que Ry está ahí arriba. Intento centrarme en Becks, pero ¿por qué coño tendría que interesarme por aquella chica facilona, a la que ambos nos tiramos hace tiempo, cuando mi cabeza estaba casi tan jodida como ahora?

—Apenas la reconocí. Sigue siendo guapísima. Ahora tiene curvas en los sitios adecuados.

«Vale, Becks. Ve al puto grano de una vez», pienso.

—Y tenía tres hijos.

—Mira tío, sé que estás tratando de hacerme el tercer grado, pero no estoy pillando nada de lo que me dices, así que suéltalo ya. —Entonces, una idea fugaz se me pasa por la cabeza—. ¿No serán tus hijos, no?

—Madre mía, Donavan, estás más borracho de lo que pensaba. —Se aclara la garganta antes de continuar y se señala a sí mismo—. ¡Soy el rey de la doble protección antes de la penetración!

—¿Y quién te enseñó eso, idiota?

—Aparentemente tú no, porque es evidente que no practicas lo que predicas.

Sus palabras inesperadas hacen que se me revuelva el estómago, y lo odio. Es la misma sensación que tengo cada vez que me acuerdo de Rylee tumbada en el suelo del baño sola, durante Dios sabe cuánto tiempo, y siempre que pienso en la pequeña parte de mí que ha muerto en su interior. Le doy un trago a la cerveza, aparto todos esos pensamientos de mi mente y me obligo a respirar con normalidad.

—¿Adónde coño quieres ir a parar con esto, Daniels? Porque estoy borracho, se me ha acabado la paciencia y creo que estás tratando de ponerme de los nervios para que reaccione a lo que sea que te refieres. Así que ve al grano de una vez.

—¿Te acuerdas de aquella noche que nos emborrachamos en la fiesta de

Jimmy?

—¡Beckett! —gruño, porque mi tolerancia ha llegado a su fin hace cinco putos minutos.

—Cálmate, cállate y escúchame. —Me vuelvo hacia él de golpe, porque no estoy de humor para que me dé órdenes—. Estábamos borrachísimos y ella empezó a hablar de toda la mierda que le había sucedido, ¿te acuerdas?

Asiento ligeramente, porque aún no sé muy bien adónde quiere ir a parar, pero me acuerdo de la historia de abuso que sufrió. No formé parte de aquella conversación.

—Ella dijo que no quería tener hijos, que la vida es muy dura y que no quería que pasaran por lo mismo que ella. Y ahora tiene tres hijos, está casada y parece realmente feliz.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Deja de ser tan cabezota, Donavan, y une los puntos de la información que te he dado.

—No soy una puta constelación. Tus puntos no me están ayudando a construir ningún mapa mental, así que ayúdame un poco, joder.

—Pues yo creo que te pareces a la Osa Menor —comenta con una sonrisa maliciosa.

Agarro el cojín que tengo al lado y se lo tiro.

—¡Vete a la mierda! Más bien a la Osa Mayor.

Le doy un trago a mi cerveza. Joder, está vacía. Están desapareciendo tan rápido que apenas me da tiempo a contarlas. Normalmente, me quedaría aquí dormido, pero no cuando Ry está en la habitación. No pienso dormirme sin ella a mi lado. Suspiro; no dejo de darle vueltas a las palabras de Becks, pero no les veo ningún sentido.

—En serio Becks. ¿Qué cojones intentas decirme? Escúpelo.

—¡Las cosas cambian, tío! La vida cambia. Las prioridades cambian. Las nociones preconcebidas también. Tienes que ajustarte y cambiar con ellas o, si no, te quedarás atrás. —Se levanta de la silla, avanza hasta la barandilla y mira hacia la oscuridad de la noche. Cuando da media vuelta, tiene una expresión seria en el rostro—. Hemos sido mejores amigos durante casi veinte años. Te quiero, tío. Nunca me meto en tu vida ni con las mujeres que entran y salen de ella, Wood, pero por H o por B siempre acabas...

No me gusta la dirección que está tomando esta conversación. Así que trato de desviar el tema.

—Pensaba que te gustaba más por C —digo para intentar darle un toque de humor a esta charla tan seria.

La verdad es que no sé cómo hemos pasado de estar hablando de la Aspiradora a Becks metiendo las narices donde no lo llaman.

Beckett ríe, y tiene los huevos de burlarse de mí antes de dar un paso en mi dirección y negar con la cabeza.

—No lo pillas, ¿verdad? ¡Tienes el puto alfabeto entero durmiendo en tu cama ahora mismo, pero tú solo eres capaz de pensar en ti! —grita.

Pero ¿qué cojones dice? ¿Se está poniendo de parte de Rylee? Quizá el coño vudú de Ry también lo ha ensimismado a él, y eso que nunca lo ha visto. Eso sí que son superpoderes.

—¿Becks? ¿Cómo quieres que la vuelva a cagar? Rylee está aquí, ¿verdad? La quiero aquí, yo mismo la he traído, así que ¿qué más quieres que haga? ¿Y qué pinta la Aspiradora en todo esto?

—¡Hostia puta! —exclama, y camina de un lado a otro delante de mí mientras le da un trago a su cerveza—. ¡Está aquí de momento! Se quedará aquí hasta que empieces a darle demasiadas vueltas al hecho de que, ahora que sabe que puede quedarse embarazada, quizá te deje porque tú nunca has querido tener hijos. Hasta que empieces a distanciarte de ella y a tratar de hierla para que tome la decisión por ti y no tengas que romper con ella. ¡Pero las cosas cambian, Colton! Mira a Roxy «Aspiradora» Tomlin. Ella no quería tener hijos por culpa de todo por lo que pasó cuando era pequeña y, ahora, sus hijos son su mundo.

—Vete a la mierda.

El hielo que hay en mi tono de voz compite con el del Polo Norte.

—¡No, vete tú a la mierda, Colton! Te quedaste sentado en esa habitación de hospital cuando Rylee más te necesitaba y estuviste ahí para apoyarla, pero mullirle la almohada no arregla el sufrimiento que hay en su interior. O en el tuyo. Yo también estaba allí y vi claramente cómo empezabas a distanciarte de Rylee.

—¡Te lo advierto, Becks...! —espeto, y me pongo de pie con los puños apretados mientras la ira que siento me recorre las venas.

Sus palabras me llegan al corazón; se ajustan demasiado a una verdad que

siempre dije que nunca querría, que nunca toleraría, pero en la que ahora no puedo dejar de pensar. Ideas de una vida que nunca pensé que podría llegar a existir para mí. Pero ¿cómo es eso posible? El tiovivo roto que tengo en la cabeza sigue dando vueltas descontrolado, pero solo puedo pensar en callar a Becks, porque tiene razón en lo de que estoy distanciándome. No estuve ahí cuando Rylee más me necesitaba. Tiene tanta razón que se me revuelve el estómago.

—La verdad duele, ¿a que sí? ¿Quieres darme un puñetazo? ¿Es esa tu forma de lidiar con la verdad a la que no quieres enfrentarte?

Aprieto los dientes, lanzo la botella de cerveza al suelo y veo cómo se rompe en mil pedazos. Y aquí estoy de nuevo: cristal roto, mente hecha trizas. Becks me da un empujoncito en el hombro para que reaccione, y muerdo el anzuelo enseguida. Me doy la vuelta con el brazo hacia atrás y los puños apretados mientras lágrimas de rabia me resbalan por las mejillas.

Becks se queda plantado delante de mí y me mira fijamente con la barbilla alzada en un gesto desafiante.

—¿Qué pasa, tío? Ya no eres tan valiente, ¿eh?

Mi cuerpo vibra a causa de todas las emociones que he estado conteniendo durante esta última semana, pero me limito a mirarlo.

Tengo muchas ganas de deshacerme de la puta culpa que me está consumiendo, de la sensación de que todo lo que ha sucedido es culpa mía. Por no ser un hombre de verdad, por dejarla sola con Zander, por no llegar lo bastante rápido a casa de Rylee, por no llegar a tiempo al baño. La culpa se aferra a tantas cosas que guardo en mi interior que lo único que quiero hacer es beberme otra cerveza, entumecerme y alejarme del mundo.

—¿Quieres que nos peleemos? Será mejor que te lo guardes y luches por lo que de verdad merece la pena. Porque ella merece la pena —afirma en voz baja, señalando hacia la ventana de la habitación donde descansa Rylee—. Merece todo el miedo que te consume por dentro. Se lo merece todo, Colton. De la A a la puta Z. —Da un paso adelante y me clava el dedo en el pecho—. Es hora de lidiar con tu pasado, porque Rylee es tu maldito futuro —continúa, y señala la ventana de nuevo—. Es ahora o nunca, tío. Esperemos que seas el hombre que siempre he creído que eres.

Se me tensa todo el cuerpo cuando oigo sus palabras y estoy tan enfadado conmigo mismo que no le contesto inmediatamente para decirle que se vaya a

la mierda. Estoy tan cabreado que, por un momento, por medio segundo, el miedo me ha consumido tanto que he pensado en dejarlo.

He pensado en dejar lo nuestro, cuando Rylee solo se ha dedicado a demostrarme que es una luchadora preciosa, desafiante e intimidante cuando está en juego lo que es suyo, mientras que yo no he hecho más que dudar. Tenso la mandíbula con tanta fuerza que mis molares están a punto de romperse. Le doy la espalda a Becks, camino hacia la barandilla y maldigo en medio de la oscuridad que compite con la penumbra en la que mi alma está sumida ahora mismo.

No la merezco. Pecador y santa. Mi precaución contra su maldita línea de meta. Y, por mucho que lo sepa y el corazón me duela con cada latido, Rylee es la única mujer para mí. Es la única que quiero en mi vida. Es mi Rylee.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Colt? —insiste Beckett detrás de mí—. ¿Eres tan estúpido como para distanciarte de ella solo porque se ha quedado embarazada? ¿Por lo que sucedió...?

Y ya no puedo aguantarlo más.

Pierdo los nervios.

Es como si hubiesen rociado gasolina en el fuego que arde en mi interior.

—¡No tienes ni puta idea de lo que pasó! —grito, y se me quiebra la voz cuando doy media vuelta para mirarlo—. ¡Ni puta idea!

Beckett da cinco pasos hacia delante, hasta que nuestras narices prácticamente se tocan.

—¡Tienes razón! ¡No tengo ni puta idea! —Me agarra por los hombros para que no me gire y, por mucho que lo intento, no puedo deshacerme de él—. Colton, hermano, te he visto pasarlo mal durante años por lo que sea que tu madre de mierda te hizo cuando eras pequeño, pero ese ya no eres tú. Ya no eres ese chaval. Y nunca más volverás a serlo. Y, tío, Rylee lo acepta. Te acepta. Te ama, joder. Averigua cómo puedes aceptarte a ti mismo y lo demás se arreglará solo. —Coloca la mano sobre mi mejilla, luego da un paso atrás y niega con la cabeza—. Es hora de ser un hombre de verdad y darte cuenta de que tú también la amas, antes de que sea demasiado tarde y pierdas a la única persona que ha conseguido salvarte. Averigua cómo enfrentarte a tu pasado para no perder tu futuro.

Una vez termina el discurso, el cabrón asiente y empieza a caminar hacia la entrada, como si no hubiese acabado de romper todos mis esquemas. Se

detiene cuando abre la puerta y se vuelve para mirarme.

—Cuando éramos más jóvenes no lo entendía, pero lo que tu padre solía decirte sobre sentir y esas cosas... —Me limito a asentir—. Creo que tienes que recordártelo.

Beckett se gira, desaparece en el interior de la casa y me deja solo con la noche vacía y los recuerdos que me persiguen.

«El dolor significa sentir, sentir significa estar vivo, y estar vivo es maravilloso». El mantra de mi padre se me pasa por la cabeza cuando entro en la habitación y veo a Rylee durmiendo.

Joder.

Sigue dejándome sin aliento. Todavía hace que la desee, la necesite y la anhele como a nadie. Y, joder, sigo queriendo corromperla, eso nunca desaparecerá. Ríe; tengo la mente echa un lío, pero sé que la corrupción ya no importa. Ahora ella es lo único que importa.

Rylee. Mi línea de meta.

Avanzo hasta la cama, y sé que podría sentarme y observarla durante horas. Sus rizos oscuros extendidos sobre mi almohada, la camiseta de tirantes que le cubre los pechos perfectos y que le deja el abdomen al descubierto, donde la luz de la luna ilumina las cicatrices de su pasado. Las cicatrices que le robaron el futuro que ella creía imposible hasta hace tres putos días.

Me paso la mano por el costado mientras la observo y la deslizo por encima de mis cicatrices de tinta que me recuerdan un futuro que nunca imaginé que sería posible, hasta hace tres putos días. Mis dedos se detienen sobre el último tatuaje, que está sin pintar y vacío. Es lo único que me queda por averiguar antes de estar seguro de que puedo hacer lo que mi cabeza y mi corazón han acordado.

Porque el bagaje de una persona es algo muy poderoso. Puede contenerte. Impedirte que sigas adelante. Matarte. Y, a veces, los sentimientos no bastan para deshacerte de él. Para que avances con tu vida. Pero de lo que sí estoy seguro, ahora que estoy aquí de pie observando cómo Rylee respira tranquilamente, es de que tengo que dejarlo atrás.

Porque elijo estar con ella.

Se me corta la respiración y se me hace un nudo en la garganta cuando me doy cuenta de que esto es lo que quiero. La deseo a ella. En mi vida. Día, noche, ahora y después; y la idea me asusta. Me rompe y me recompone. Domina lo indomable. Genial.

Niego con la cabeza y río ligeramente. No puedo resistirme más. Me siento en la cama con cuidado al lado de ella y me deshago de los pensamientos de lo que sucedió la última noche que pasamos juntos.

Me rindo a la necesidad que se apodera de mí como si fuera la adrenalina que ansío. Estiro el brazo y la acerco a mi cuerpo con firmeza. Cuando lo hago, se gira, coloca el rostro bajo mi barbilla y se queda con los brazos presionados contra mi pecho. La calidez de su aliento me cosquillea la piel cuando murmura:

—Te amo, Colton.

Lo dice en una voz tan baja que apenas lo oigo. Y suena tan adormilada que me doy cuenta de que sigue soñando, pero eso no importa porque se me corta la respiración. Se me acelera el pulso y se me encoge el corazón. Abro la boca, pero después la cierro para tragar saliva, porque siento como si acabara de tragarme un puñado de algodón. Hago lo único que se me ocurre y le beso la coronilla.

Quiero culpar al puto alcohol. Y quiero pensar que quizá algún día seré capaz de decirle esas palabras sin sentirme como si estuviera abriendo antiguas heridas solo para reinfectarlas.

Quiero tener la esperanza de que llevar una vida normal sea una posibilidad para mí. Que esta mujer acurrucada contra mi pecho es mi salvación de verdad.

Así que me conformo con las únicas palabras que puedo decir, las que sé que Rylee sabe que importan.

—Te conduzco, Ry. —Le doy un beso en el hombro—. Buenas noches, cariño.

Capítulo 34

—La ceremonia empieza a las cuatro. ¿Llegaréis a tiempo, verdad?

—¡Sí, madre! Allí estaremos —exclama Shane mientras sale por la puerta con una amplia sonrisa en el rostro, andando con chulería y con las llaves del coche en la mano.

—Creo que estamos creando un monstruo.

Río y miro a Colton, que está apoyado contra la pared y me observa con intensidad. Me fijo en las ojeras que le han enmarcado los ojos durante estas últimas semanas. Me entristece que esté teniendo pesadillas otra vez y no me lo diga. Pero la verdad es que tampoco solemos hablar de nada en concreto últimamente, aparte del trabajo, los chicos o la ceremonia a la que tenemos que asistir hoy para inaugurar el nuevo proyecto. Y es muy raro. Nada va mal entre nosotros; de hecho, es más bien lo contrario. Colton está más atento y pendiente de mí que nunca, pero siento como si esa fuera su manera de compensar el hecho de que aún no hemos hablado sobre el aborto.

Me pidió espacio y se lo he dado de sobra. No le he hablado del bebé ni de cómo me encuentro ni cómo llevo esta pérdida. Ni siquiera le he contado que ayer tuve visita en el médico para que me hicieran una revisión.

Entiendo que ambos estamos lidiando con esto a nuestra manera. La suya consiste en aislarse de los demás y en enfrentarse a ello a solas, mientras que yo necesito abrazarle un poco más fuerte, porque le necesito más. Puedo soportar la distancia momentánea que hay entre nosotros, porque sé que es temporal, pero a la vez me mata por dentro saber que está sufriendo. Saber

que yo también estoy sufriendo cuando lo necesito más que nunca, pero no puedo decírselo. Necesito la conexión constante que siempre ha habido entre nosotros.

Tengo que darle el espacio que me ha pedido, cuando lo único que quiero hacer es salvarlo.

En mitad de la noche, cuando me despierto de mis pesadillas llenas de accidentes de coche y suelos cubiertos de sangre, lo observo dormir y mi mente se sumerge en aquellos pensamientos oscuros y profundos de los que puedo esconderme durante el día. Me pregunto si no quiere hablar del aborto porque le preocupa que ahora quiera tener un bebé. Que nuestra relación haya terminado porque él no quiere hijos.

Pero si no puedo hablar con Colton, si cambia de tema cada vez que trato de comentarlo con él, no puedo decirle lo contrario.

Y sí, la idea de tener un bebé se me ha pasado por la mente, pero no puedo aferrarme a ese pensamiento. No puedo dejarme creer que se me concederá una oportunidad milagrosa tras el accidente más de una vez en la vida. Ese tipo de esperanzas pueden arruinarte si es lo único a lo que te aferras.

Pero ¿y si también estoy aferrándome a la posibilidad de que Colton me hablará, de que regresará a mí, pero en realidad está distanciándose de mí? ¿Acaso no me destrozará esa esperanza también? Becks me ha dicho que tenga paciencia, que Colton está tratando de hacerlo lo mejor posible, según ha concluido en base a los años de amistad que comparten, pero que no lo deje alejarse demasiado. ¿Cómo se supone que tengo que saber cuán lejos es demasiado lejos?

Quiero que me necesite igual que yo lo necesito a él ahora que me estoy enfrentando a las emociones de perder algo que era solo nuestro. Y el hecho de que Colton no lo haga me mata. Sí, me abraza cada noche mientras dormimos, pero su mente está en otra parte. Quizá está perdida en la ristra de mensajes que recibe y en las conversaciones susurradas que mantiene últimamente. Las que me ponen de los nervios, a pesar de que en el fondo sé que no está engañándome con otra.

Sin embargo, sé que me oculta algo, que está ocupado, y lo está haciendo sin mí justo cuando más necesito que me ayude a superar la situación en la que me encuentro.

Trato de decirme a mí misma que la falta de conexión física es lo que ha

hecho que le dé demasiadas vueltas al tema. Que lo analice todo más de lo necesario. Aunque cada noche me estrecha entre sus brazos y me aprieta contra su pecho, justo en el lugar donde quiero estar, aún no hemos hecho el amor desde que he salido del hospital. Nos besamos, pero cuando intento profundizarlo y deslizo las manos por su cuerpo para tentarlo y que me desee como yo a él, siempre me agarra las muñecas y me dice que espere hasta que me encuentre mejor, a pesar de que yo le he repetido una y otra vez que estoy perfectamente bien. Que quiero sentirlo dentro de mí, conectando conmigo y apoderándose de mi cuerpo.

El rechazo duele, porque conozco a Colton y sé que necesita ese contacto físico y viril cuando está sufriendo. Entonces ¿por qué no me hace suya si veo tanto dolor en sus ojos?

Niego con la cabeza para deshacerme de esos pensamientos y me centro en los ojos color esmeralda que me miran fijamente. El hombre que amo. El hombre que temo que esté distanciándose de mí.

—¿Un monstruo? No —comenta. Niega con la cabeza mientras sonrío y se le marcan los hoyuelos—. Más bien un adolescente que anda suelto.

Le sonrío cuando acorta la distancia que hay entre nosotros, ya que ahora que los chicos se han ido al entrenamiento de béisbol y no los veremos hasta la ceremonia de inauguración, Colton puede tocarme a sus anchas.

—¿Estás bien? —pregunto probablemente por milésima vez en esta última semana.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú?

—También.

Y esta es nuestra conversación habitual. Nuestra afirmación de que nada va mal aunque todo haya cambiado por completo.

—Colton...

Pierdo la valentía de seguir con la pregunta y dejo la frase inacabada.

Él nota que dudo, me rodea el rostro entre sus manos y me acaricia las mejillas con el pulgar. Cierro los ojos y absorbo la resonancia de su tacto, porque es mucho más que piel contra piel. Vibra por todo mi cuerpo y penetra en cada fibra de mi ser. Llega a lugares desconocidos y los sella para siempre con su presencia. Estos tatuajes invisibles hacen que sienta que nunca más desearé a otro hombre que no sea Colton.

Cuando abro los ojos, lo encuentro mirándome con atención.

—Eh, deja de preocuparte. Todo va bien. Estamos bien. —Traga saliva y baja la vista antes de volver a fijarla en la mía—. Solo estoy tratando de lidiar con toda mi mierda para que no nos afecte a nosotros.

—Pero...

Me besa e interrumpe mi pregunta. Es un suspiro de beso que profundiza poco a poco cuando introduce la lengua en mi boca y nuestros labios se funden. Noto el sabor del anhelo mezclado con deseo, pero solo puedo pensar en por qué no vamos más allá.

Deslizo las manos hacia arriba para enredar los dedos en su pelo, a la altura de la nuca, y me obligo a dejar la mente en blanco para disfrutar de este momento y de él. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando la ternura de su tacto me abrumba. Me toca como si fuera un objeto frágil que fuera a romperse en cualquier segundo.

No estoy segura de si Colton siente cómo se me entrecorta la respiración mientras trato de recomponerme, pero me besa en los labios con dulzura y, luego, en la nariz. Antes de apartarse para mirarme, casi rompo a llorar. Me rodea el rostro con las manos y nuestras miradas se encuentran.

—No llores —susurra, y se inclina hacia delante para besarme en la frente—. Por favor, no llores —murmura.

—Es que...

Suspiro; no consigo expresar lo que siento, necesito y quiero de él sin insistirle demasiado.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Yo también. —Me besa de nuevo y otra lágrima resbala por mi mejilla—. Yo también.

La multitud aplaude cuando termino mi discurso. Me bajo de la tarima y recorro el público con la mirada. Veo a Shane sentado al lado de Jackson, aplaudiendo con el resto de chicos, pero no encuentro a Colton.

Trato de pensar en una excusa válida que justifique que el mayor patrocinador de esta ceremonia de inauguración no esté presente para la sesión de fotos que empezará en diez minutos.

¿Dónde narices está? Nunca se perdería algo así para los chicos o el

proyecto en el que tanto se ha esforzado para convertir en realidad. Miro el móvil mientras me dirijo hacia Shane para preguntarle dónde está Colton, pero no veo nada. Ni llamadas perdidas ni mensajes.

El público deja de aplaudir cuando Teddy sube al estrado de nuevo para guiar a los medios de comunicación hacia la rueda de prensa.

—¡Shane! —susurro en alto, y le hago un gesto para que se acerque a mí—. ¡Shane!

Jax le da un codazo, y Shane se levanta y avanza en mi dirección. Doy media vuelta para alejarme de la multitud y asumo que Shane me está siguiendo. Mientras doblamos la esquina para escondernos de la prensa, me obligo a respirar con normalidad.

—¿Dónde está Colton? —pregunto, y trato de no sonar ansiosa.

—Bueno —contesta, y cambia el peso de un pie al otro antes de mirarme a los ojos—. Cuando estábamos de camino a la ceremonia, una mujer que se llamaba Kelly lo llamó y me hizo parar el coche en el lateral de la carretera para hablar con ella en privado.

El corazón se me acelera y se me hace un nudo en la garganta a pesar de estar diciéndome a mí misma que todo esto tiene una explicación perfectamente lógica. No obstante, decirlo y convencerme a mí misma son dos cosas muy distintas.

—¿Estás bien? —pregunta, y fija sus ojos azules en los míos.

Tengo que recordarme que Shane ya no tiene doce años, sino que es un adolescente a las puertas de la vida adulta que se da cuenta de las cosas que suceden a su alrededor.

—Sí, estoy bien, solo un poco sorprendida de que no esté aquí. Eso es todo.

—Bueno, la verdad es que volvió a subirse al coche y le dijo a la mujer que la llamaría en un par de minutos porque tenía que asegurarse de que nosotros llegábamos a tiempo a la ceremonia. Aparcamos el coche justo antes de que empezaran los discursos y Colton me dijo que vendría en un minuto. Salió del coche y me observó sentarme al lado de Jax. Luego lo vi hablar por el móvil mientras se despedía de nosotros con la mano. ¿Por qué? ¿Es que ha pasado algo, Ry?

—No. Para nada. Es solo que no he podido contestarle la llamada. —Miento a Shane y seguramente a mí misma también para evitar el dolor que me

produce su ausencia—. Quería saber si te había dicho cuándo tenía pensado regresar, porque no me gustaría que se perdiera la ceremonia entera.

—Sí, bueno, seguro que si no está aquí es porque ha tenido que atender algo bastante importante. Él sabe lo mucho que todo esto significa para ti — asegura, y aprieta los labios.

Shane está tratando de consolarme a su manera de preadolescente, y el corazón se me llena de orgullo.

—Seguro que era algo muy importante. —Sonrío—. Vosotros significáis mucho para él.

Le rodeo los hombros con un brazo y empezamos a caminar hacia la multitud. Espero que no se dé cuenta de lo que no he dicho, de que quizá yo ya no significo tanto para él.

Llegamos justo a tiempo para ver cómo cortan la cinta y no puedo dejar de inspeccionar el público frenéticamente para ver si lo encuentro. En mi mente repito las palabras de Shane una y otra vez: «Seguro que era algo importante». Algo a lo que tenía que acudir sí o sí, pero la pregunta es: ¿qué?

Y, entonces, por supuesto, la duda se apodera de mí y debilita mi determinación. ¿Ha pasado algo con Tawny? ¿Con su familia? Pero, en ese caso, me habría llamado o me habría enviado un mensaje, ¿no?

Para cuando la ceremonia se ha acabado y me he despedido de los chicos, tengo los nervios a flor de piel. He pasado de estar preocupada a enfadada, inquieta y cabreada, y mientras conduzco a toda velocidad por la carretera de la costa pacífica hacia Broadbeach Road, tengo el estómago revuelto y el corazón en un puño, ya que cada vez que trato de llamarlo me salta el contestador.

Cruzo la verja y aparco en el camino de entrada vacío. Abro la puerta y grito su nombre. Pero antes de que me dé tiempo a llegar a la cocina, sé que no está en casa. Me lo confirma el alegre Baxter, que se dirige hacia mí en cuanto me ve, y el silencio estremecedor en el que está sumida la casa.

Cuando abro la puerta corredera de cristal para que Baxter salga al jardín trasero, un pensamiento cruza mi mente. ¿Y si le ha pasado algo de verdad? ¿Y si se ha hecho daño y necesita asistencia médica pero nadie lo sabe?

Voy corriendo de nuevo hacia la cocina y llamo a Haddie.

—¡Ey!

—¿Ha llamado Colton a casa?

—No, ¿qué pasa?

La voz de Haddie refleja preocupación, pero no tengo tiempo de entrar en detalles.

—Después te lo cuento. Gracias.

Cuelgo el teléfono y dejo a Haddie a media frase. Me digo a mí misma que ya me disculparé más tarde, pero el teléfono vuelve a sonar.

—¡Rylee!

—Becks, ¿dónde está Colton?

—Ni idea, ¿por qué?

Oigo una risa femenina al otro lado del teléfono, pero ahora mismo me da igual interrumpir lo que sea que estoy interrumpiendo.

—No se ha presentado a la ceremonia. Shane dice que Colton recibió una llamada y esa es la última vez que lo vio.

Oigo que Becks le pide a la mujer que guarde silencio un momento.

—¿No ha ido? —pregunta, inquieto, y se mueve al otro lado de la línea.

—No. ¿Quién es Kelly?

—¿Quién? —inquire, y se queda en silencio durante unos segundos—. No tengo ni idea, Ry.

Su silencio me hace dudar de su honestidad y libero los pensamientos que no dejan de darme vueltas por la cabeza.

—Me importa una mierda vuestro código de hombres y todo eso, Beckett, así que si sabes dónde está, tienes que decírmelo. Me da igual si la respuesta me hará daño, porque estoy preocupadísima y... y...

Me estoy yendo por las ramas, por lo que me obligo a detenerme un segundo. Empiezo a sonar como una histérica, y la verdad es que no tengo ningún motivo para ponerme así, excepto mi intuición, que me dice que algo no va bien.

—Cálmate. Respira, ¿de acuerdo? —Cierro los ojos con fuerza y trato de centrarme—. La última vez que hablé con él me dijo que se iba a conducir con Shane y luego a la ceremonia. ¿Sabes si...?

—Entonces, ¿por qué no responde al teléfono?

—Ry, ahora mismo Colton está pasando por mucho. Quizá...

Deja de hablar, porque no sabe qué decirme. Lo oigo suspirar mientras cierro la puerta corredera por la que acaba de entrar Baxter. El teléfono fijo

que está sobre la encimera suena y, por el número, sé que se trata de Quinlan. Ha pasado algo, y el hecho de que Quinlan esté llamándome me dice que tengo razón al estar preocupada.

—Quinlan me está llamando. Tengo que colgar —informo, y oigo a Beckett decir que me llamará más tarde antes de finalizar la llamada y cambiar de teléfono.

—¿Está bien? —espeto nada más responder.

La ansiedad que siento está revolviéndome el estómago.

—Te llamaba para preguntarte lo mismo.

La preocupación que hay en su voz es comparable a la mía.

—¿Qué? ¿Cómo sabías que pasaba algo?

Estoy confundida. Pensaba que ella lo sabría.

—He estado en clase todo el día y tenía el móvil apagado. Lo acabo de encender y he visto que Colton me ha dejado un mensaje. —Tengo miedo de preguntarle qué decía en él—. Sonaba disgustado. Me ha dicho que necesitaba hablar con alguien porque tenía la cabeza echa un lío. Que lo sabía. Pero no me ha dicho a qué se refería.

Se me cae el alma a los pies mientras trato de encajar todas las piezas de este puzle sin sentido.

—¿Ha sucedido algo, Ry? ¿Es por lo del aborto? Es que... nunca lo he oído así.

Se me pasan mil cosas por la mente mientras intento averiguar qué puede haberle pasado a Colton. Corro escaleras arriba y pienso en los posibles lugares a los que podría haber ido.

—Quinlan, creo que ya sé dónde está. Te llamo cuando esté segura.

Lanzo el teléfono encima de la cama. Salgo corriendo hacia el baño para quitarme el traje y dejo una hilera de ropa por el camino. Me cambio en cuestión de minutos y me abrocho los cordones de las zapatillas lo más rápido que puedo. Agarro el móvil, bajo las escaleras, salgo por la puerta que lleva al porche y me dirijo a la playa.

Hago un sprint hacia el lugar donde Colton me llevó aquella primera noche infame, su sitio preferido, donde suele ir a pensar. Cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que no me equivoco. Seguramente estará sentado en su piedra, observando cómo se pone el sol en el horizonte mientras trata de

asimilar todo lo que ha sucedido últimamente.

Pero ¿por qué no se ha llevado a Baxter? ¿Dónde está su coche? Aparto las dudas de mi mente e intento convencerme de que está en la playa, contemplando sus problemas, pero la incertidumbre aumenta a cada paso que doy.

Cuando llego a la curva, sé que no lo encontraré ahí. Y cuando llego al lugar, saco el móvil y llamo a Beckett.

—¿Lo has encontrado?

Por la voz, sé que Becks también está nervioso; me siento mal por haberle hecho sentir así, pero estoy preocupada por Colton.

—No. Pensaba que lo encontraría, pero...

Tengo que detenerme a media frase para tomar aliento, porque me arden los pulmones de correr tanto.

—¿Ry, qué pasa?

—Colton llamó a Quin y le dijo que lo sabía y que tenía la cabeza echa un lío —jadeo—. Así que he venido a un lugar de la playa al que suele venir, pero no está aquí. Tú lo conoces mejor que nadie... ¿Adónde va cuando necesita aclararse las ideas, aparte de a la playa?

—A ti.

—¿Qué?

—Siempre acude a ti.

La honestidad que hay en su voz resuena por la línea telefónica.

Se me detienen las piernas. Sus palabras me llegan al alma y hacen que se me encoja el corazón de amor y preocupación. Se me saltan las lágrimas cuando caigo en la cuenta de lo mucho que lo echo de menos ahora mismo. Hacía apenas una semana que acababa de recuperar a Colton, y el destino cruel de Dios ha vuelto a arrebatármelo con el aborto. Trago saliva para deshacerme del nudo que se me ha hecho en la garganta y tardo unos minutos en encontrar mi voz.

—Antes de mí, Becks...

—La pista de carreras.

—Seguro que está ahí. —Empiezo a correr en dirección a la casa—. Voy para allá ahora mismo.

—¿Quieres que...?

—Tengo que hacerlo sola, Becks. He de ir yo.

Nunca he dicho algo tan cierto en mi vida, porque en el fondo sé que Colton me necesita. No sé por qué, solo que es verdad.

—Te enviaré un mensaje cuando llegue, ¿vale?

—Gracias.

Capítulo 35

Tengo la sensación de que he tardado una eternidad en llegar por culpa del tráfico que había en la autopista. Tomo la salida de Fontana y tengo el corazón en un puño cuando me pregunto con qué me encontraré cuando lo vea.

Me invade el pánico cuando entro por la verja del complejo, porque todo está completamente a oscuras a excepción de las pocas luces que hay en el *parking*. Conduzco por el lateral de las instalaciones hacia el túnel que hay en la pista y suspiro aliviada cuando veo el Range Rover de Colton.

Así que está aquí, ¿pero ahora qué hago?

Cuando aparco al lado de su coche, me percató de que la oscuridad le da un aspecto tenebroso a la pista vacía. Apago el motor y grito cuando oigo un golpe en la ventanilla del asiento del copiloto. El corazón me late desbocado, pero cuando veo el rostro de Sammy en el cristal, me obligo a respirar con normalidad y salgo del coche.

La inquietud que reflejan sus ojos hace que me preocupe todavía más.

—Por favor, dime que está bien, Sammy.

Percibo su duda antes de contestar, como si no quisiera traicionar a su jefe y amigo.

—Te necesita.

Es lo único que dice. No hace falta que añada ni una palabra más.

—¿Dónde está? —pregunto, aunque ya estoy siguiéndolo por la entrada que hay bajo las enormes graderías y que está sumida en la penumbra.

Llegamos al hueco que hay entre grada y grada y caigo en la cuenta de que estoy en medio de las tribunas, de cara a la pista de carreras vacía.

Observo a Sammy fijamente en medio de la oscuridad y veo que hace un gesto por encima de mi hombro izquierdo para que mire en esa dirección. Me giro inmediatamente.

Y ahí está.

Hay una sola luz en una sección de las graderías, y en los confines hay una sombra solitaria sentada en medio de la oscuridad. Mis pies avanzan antes de que me dé tiempo a reaccionar y empiezo a subir escaleras, una tras otra, en dirección a Colton. Sé que está observándome, porque siento el peso de su mirada sobre mí. Llego a la fila en la que está y me acerco a él, ansiosa y tranquila a la vez.

Trato de pensar en qué le diré, pero mis pensamientos están tan llenos de preocupación que soy incapaz de centrarme. Sin embargo, una vez le veo el rostro con claridad, todo desaparece excepto el amor incondicional que siento por él.

Su postura lo dice todo. Está sentado e inclinado hacia delante con los codos apoyados sobre las rodillas y los hombros caídos. Tiene la cara húmeda de lágrimas. Y su mirada, que siempre ha sido tan intensa y pícara, solo refleja desesperación. Mis ojos se cruzan con los suyos, y en ellos solo veo súplicas y ruegos. No sé qué hacer.

Cuando por fin llego hasta él, su pena me invade por completo. Antes de que pueda decir algo, Colton suelta un sollozo a la vez que me abraza y me acerca a él. Entierra su cara en mi cuello y se aferra a mí como si fuera su salvavidas; la única cosa que puede impedir que se sumerja y se ahogue. Lo abrazo con fuerza y trato de ofrecerle lo que necesita ahora mismo.

Porque no hay nada más perturbador que ver a un hombre seguro de sí mismo y fuerte echo mil pedazos.

Mi mente va a toda velocidad mientras sus sollozos llenan el silencio que nos rodea y los temblores de su cuerpo rebotan contra el mío. ¿Qué ha pasado para que mi Colton rebelde y arrogante se convierta en este hombre tan desesperado? Me sigue envolviendo entre sus brazos e intento calmarlo mientras le acaricio la espalda. Haré lo que sea para apaciguar la tormenta desenfrenada que se ha desatado en su interior.

—Estoy aquí. Estoy aquí.

Es lo único que puedo decirle mientras se desahoga y se deshace de todas sus emociones tumultuosas. Así que lo abrazo en la oscuridad, en el lugar

donde se han cumplido sus sueños. Espero que esté aceptando y enfrentándose a los demonios a los que normalmente confronta con la ayuda de esta pista y su coche de carreras.

El tiempo pasa. El sonido del tráfico de la carretera que está más allá del *parking* vacío disminuye y la luna se mueve por el cielo. Sin embargo, Colton sigue aferrándose a mí para extraer las fuerzas que requiere de mi cuerpo mientras disfruto del hecho de que aún me necesita, aunque pensaba que eso ya no era así. Se me pasan por la mente imágenes de un banco de ducha y de Colton abrazándome como ahora, y pienso en qué podría hacer que alguien como él se pusiera así. Y me limito a rodearlo entre mis brazos como hice entonces. Le acaricio el pelo para consolarlo hasta que deja de llorar y la tensión de su cuerpo disminuye.

No sé qué decir o pensar, así que pregunto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Estás bien? ¿Quieres que hablemos del tema?

Me suelta unos segundos y, luego, presiona las palmas de las manos en mi espalda para acercarme más a su cuerpo, si es que eso es posible, y suspira profundamente. Me está asustando; no para mal, sino en el sentido de que tiene que haberle pasado algo grave para que reaccione de este modo.

Se inclina hacia atrás y cierra los ojos con fuerza antes de que pueda observarlos. Se pasa las manos por la cara y suspira de nuevo. Después, baja la vista con los hombros caídos y niega con la cabeza. Odio no verle el rostro con claridad.

—Hice...

Se detiene y suspira, y le coloco una mano en la rodilla. Colton se limita a asentir como si estuviese hablando consigo mismo y se le tensa el cuerpo otra vez antes de seguir hablando.

—Hice lo que me dijiste que hiciera.

¿Qué? Trato de recordar qué le dije exactamente.

—Hice lo que me dijiste y ahora... ahora tengo la cabeza hecha un lío. Soy un desastre.

El dolor que refleja su voz hace que me siente a su lado y quiera que me mire a los ojos.

—¿Qué has hecho?

Colton me da la mano, entrelaza sus dedos con los míos y me los aprieta con fuerza.

—He encontrado a mi madre.

Se me corta la respiración, porque cuando hice aquel comentario, ni en un millón de años pensé que lo haría de verdad. Y ahora no sé qué decir, porque soy la catalizadora de todo este dolor.

—Colton...

Es lo único que puedo contestarle y ofrecerle, aparte de alzar nuestras manos unidas y besar el dorso de la suya.

—Kelly me llamó cuando estaba... ¡Dios, joder! Me he perdido la ceremonia. Te he dejado plantada.

Y por la incredulidad en su voz, sé que se ha olvidado por completo de ella.

—No, no, no —lo tranquilizo y trato de decirle que no pasa nada. Que enfrentarse a sus miedos es mucho más importante—. No te preocupes.

Le aprieto la mano.

—Lo siento mucho, Ry. Es solo que... Ni siquiera puedo pensar con claridad ahora mismo. —Aparta la mirada, avergonzado, y se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Sabes...? —Niega con la cabeza y mira hacia la pista oscura que tenemos delante—. Es un tanto irónico que siempre venga aquí para olvidarme de todo, pero que hoy haya decidido acudir porque necesitaba asimilarlo y aceptarlo.

Sigo la dirección de su mirada y observo la pista en su enorme esplendor. Nos quedamos sentados en silencio mientras asimilo la importancia que hay detrás de sus palabras. Colton está intentando enfrentarse a su pasado, seguir adelante, empezar a sanar. Y nunca me he sentido tan orgullosa de él.

—Le pregunté a mi padre hace unos meses si sabía lo que le había pasado a ella. Me puso en contacto con un investigador privado que se llama Kelly, a quien había contratado cuando yo era más joven para seguirle la pista a mi madre durante diez años y asegurarse de que no venía a por mí.

Me lo explica con un tono de voz neutro y calmado; es un gran contraste con el Colton que sollozaba desesperado hace unos minutos y, sin embargo, percibo la fuerza de las emociones que vibran bajo la superficie de su piel.

—Me ha llamado hoy y me ha dicho que la ha encontrado.

Colton me observa con la mirada de un niño pequeño que se ha perdido y que está tratando de encontrar el buen camino de nuevo. Verlo así me mata por dentro y soy incapaz de luchar contra la oleada de emociones que he estado intentando mantener a raya para ser la persona fuerte que Colton necesita ahora mismo.

Pero me derrumbo.

Se me escapa una lágrima cuando le coloco una mano en la mejilla; es una simple caricia que transmite lo que pienso, cómo me siento y lo que sé que necesita de mí. Me apoyo en él y noto cómo tensa la mandíbula bajo la palma de mi mano. Colton me mira a los ojos y me besa con delicadeza.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurro.

No le pregunto qué le ha dicho el investigador privado o quién es ella. Me centro en él, porque sé que está tratando de reconciliar su pasado desesperadamente al mismo tiempo que intenta determinar su futuro. Así que me concentro en el aquí y el ahora, y espero que entienda que estaré con él para lo que necesite, si me lo permite.

Nos quedamos sentados en la misma posición mientras el silencio refuerza el consuelo que quiero transmitirle con mis caricias y la comprensión que hay bajo mis besos. Y, por primera vez, el silencio comprende y tolera su alma torturada.

Colton se esfuerza para tragar saliva y parpadea una y otra vez, como si él también tratara de comprenderlo todo. No obstante, Colton tiene muchas más piezas del puzle de su corazón que yo, así que espero pacientemente a que continúe hablando. Aparta la mirada, apoya la espalda en el asiento y observa la pista de carreras de nuevo.

—Mi madre está muerta —admite sin ningún tipo de emoción en la voz.

Aunque las palabras se quedan suspendidas en el aire de la noche, percibo lo mucho que le afectan. Lo miro mientras la luz de la luna ilumina su perfil, y me quedo callada para dejarlo tomar las riendas de esta conversación.

Está inquieto, así que se levanta de su asiento, camina hasta el final de la hilera de sillas y luego se detiene. La luz que tiene detrás enmarca su cuerpo como si fuera un halo celestial.

—Mi madre nunca cambió. Supongo que no debería haber esperado otra cosa —explica en voz baja; aun así, oigo la emoción en su tono y el modo en que se le quiebra la voz.

Se vuelve para mirarme y da unos pasos en mi dirección.

—Estoy... Yo... Tengo la cabeza hecha un lío ahora mismo y yo...

Se pasa las manos por el rostro y el pelo antes de soltar una risa irónica. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Ni siquiera tengo buenos recuerdos de ella. Ninguno. Pasamos juntos ocho años de mi vida y no recuerdo nada de ella que me haga sonreír.

Sé que está pasándolo mal, y lo único que quiero es salvar la distancia que hay entre nosotros y tocarlo, abrazarlo y consolarlo, pero sé que necesita desahogarse primero. Tiene que librarse del veneno que está consumiéndole el alma.

—Mi madre era una drogadicta y una puta. Quien a hierro mata, a hierro muere...

La ira y el dolor que reflejan su voz son tan intensos y puros que no puedo evitar romper a llorar y que me tiemble el aliento cuando tomo aire.

—Sí —añade Colton, y suelta otra risilla de derrota—. Se drogaba. Tampoco discriminaba. Se tomaba cualquier cosa que la colocara, porque eso era lo importante para ella. Mucho más importante que su hijo pequeño, asustado y sentado en una esquina. —Mueve los hombros y se aclara la garganta como si tratara de controlar sus emociones—. Así que no lo entiendo...

Deja la frase inacabada. Intento averiguar qué pretendía decir, pero no lo consigo.

—¿Qué no entiendes, Colton?

—¡No entiendo por qué coño me importa que esté muerta! —grita, y su voz resuena por la pista vacía—. ¿Por qué me importa? ¿Por qué me afecta tanto? ¿Por qué no me siento aliviado? —Se le quiebra la voz de nuevo y sus palabras vuelven a resonar por toda la pista.

Se me hace un nudo en el estómago al ver sufrir a Colton, porque no puedo hacer nada al respecto. No puedo arreglar la situación, así que me limito a consolarlo.

—Era tu madre, Colton. Es normal que estés triste, porque estoy segura de que, en el fondo, ella te quería...

—¿Que me quería? —exclama, y me sobresalto a causa de su repentino cambio de actitud. Ha pasado del dolor a la rabia—. ¿Que me quería? —

espeta de nuevo, y camina hacia mí mientras se golpea el pecho. Luego, se detiene delante de mí—. ¿Quieres saber lo que era el amor para ella? ¡Su amor consistía en intercambiar a su hijo de seis años por drogas, Rylee! El amor para ella era dejar que su camello proxeneta violara a su hijo, se follara a su hijo, mientras el niño tenía que repetir en voz alta una y otra vez que le encantaba y que lo quería para que pudiera meterse otro puto chute! Su amor era saber que el hijo de puta le daba las cantidades más pequeñas posibles porque se moría de ganas de volver y repetirlo todo de nuevo. El amor para ella era sentarse al otro lado de la puerta cerrada de la habitación y oír cómo su hijo pequeño gritaba de dolor mientras su camello lo desgarraba física y emocionalmente sin hacer nada para detenerlo, porque ella era así de egoísta.

Hace una mueca cuando pronuncia esas palabras, y está tan tenso que tengo miedo de que pierda los nervios y reviva al niño que tiene dentro mientras destroza al hombre que habita en él. Lo miro a los ojos. Se me rompe el corazón, pierdo la fe al imaginarme los horrores que su pequeño cuerpo soportó y me obligo a controlar la repugnancia que sus palabras evocan en mí, porque tengo miedo de que crea que es lo que pienso de él, no de los monstruos que abusaron de Colton.

Oigo cómo se esfuerza por recuperar el aliento y veo que sus propias palabras le producen asco; tiene que forzarse a tragar saliva para no vomitar. Cuando empieza a hablar de nuevo, su voz suena más controlada, pero su tono inquietante hace que me dé un escalofrío.

—Para mi madre, el amor era romperle el brazo en dos a su hijo porque había mordido al hombre que lo violaba tan fuerte que ahora no quería venderle más droga. El amor era decirle que él lo deseaba, que se lo merecía, que nunca nadie lo amaría si descubrían lo que le habían hecho. Ah, y para ponerle la guinda al pastel, su amor también consistía en decirle a su hijo que los superhéroes a los que llamaba mientras lo violaban, mientras lo destrozaban, sí, aquellos, nunca vendrían a salvarlo. ¡Nunca!

Está gritándole a la noche. Los dos estamos llorando, y a Colton le tiemblan los hombros por haberse quitado de encima el peso que ha estado acarreado durante más de veinticinco años.

—Así que si eso es amor... —Suelta una risa lúgubre de nuevo—. Entonces, sí, en mis primeros ocho años de vida me amaron incondicionalmente.

Se acerca a mí, e incluso en medio de la oscuridad percibo el enfado, la desesperación y la tristeza que le corre por las venas. Baja la vista durante unos segundos y sus lágrimas oscurecen el cemento cuando caen al suelo. Colton niega con la cabeza una vez más y, cuando alza la mirada, la expresión de resignación y vergüenza reflejada en sus ojos me destroza.

—Así que cuando te pregunto por qué estoy confuso sobre cómo puedo sentir otra cosa aparte de odio al saber que se ha muerto, es por eso, Rylee — comenta, y lo hace en una voz tan baja que me cuesta entenderlo.

No sé qué decir. No sé qué hacer, porque acaba de hacerme trizas el corazón. He oído de todo en mi trabajo, pero lo que me deja sin palabras es que esta confesión provenga de un hombre hecho y derecho, roto, perdido, desolado y abrumado con el peso de la vergüenza que ha llevado sobre sus hombros durante toda su vida; un hombre al que le entregaría mi corazón y mi alma si supiese que eso aplacaría su dolor y destruiría sus recuerdos.

Y, en el medio segundo que tardo en pensar todo eso, Colton se da cuenta de lo que acaba de decir. La adrenalina de su confesión disminuye. Empiezan a temblarle los hombros, le fallan las piernas y se hunde en el asiento que hay detrás de él. Colton se tapa el rostro con las manos y empieza a sollozar con fuerza.

—¡Madre mía! —exclama una y otra vez.

Lo abrazo. Me siento totalmente impotente, pero no quiero soltarlo, ni ahora ni nunca.

—No pasa nada, Colton. No pasa nada —repito incesantemente.

Mis lágrimas caen en sus hombros y me aferro a él para que sepa que no me importa si se cae; yo siempre estaré ahí para ayudarlo a levantarse.

Siempre.

Trato de controlar el llanto, pero no sirve de nada. Lo único que puedo hacer es sentir el dolor con él. Así que nos quedamos sentados en la oscuridad mientras lo abrazo y él se desahoga en el lugar que siempre le ha aportado paz.

Espero que esta vez dicha paz encuentre un hogar definitivo en su alma traumatizada.

Por fin dejamos de llorar, pero Colton aún se tapa el rostro con las manos y tiene los ojos cerrados con fuerza; está enfrentándose a sus emociones. Quiero que tome la iniciativa, que me haga saber cómo puedo ayudarlo, así

que guardo silencio.

—Nunca... nunca lo había dicho en voz alta —confiesa con la voz ronca de tanto llorar y con la vista clavada en sus dedos—. Nunca se lo había contado a nadie —susurra—. Supongo que pensaba que, si lo decía, entonces... No sé qué pensaba que sucedería.

—Colton. —Pronuncio su nombre y pienso en lo que quiero decirle. Necesito mirarlo a los ojos y que él vea los míos—. Colton, mírame, por favor —suplico del modo más delicado posible, pero él se limita a negar con la cabeza como si fuera un niño pequeño, asustado por si le echan la bronca.

Le doy el tiempo que necesita y le permito esconderse en el silencio y la oscuridad de la noche. El dolor que siento por este hombre al que amo tanto está consumiendo mis pensamientos. Cierro los ojos para tratar de procesarlo todo y, luego, lo oigo susurrar lo único que no esperaba que dijese en este momento.

—Spiderman. Batman. Superman. Ironman.

Y, entonces, me doy cuenta de lo que intenta decirme con una sola frase. Se me rompe el corazón y mi mente grita: «¡No, no, no, no!».

Caigo de rodillas frente a él y le rodeo el rostro con las manos para que me mire a los ojos. Hago una mueca al sentir que se sobresalta cuando lo toco. Le asusta dar el primer paso hacia su recuperación. Tiene miedo de lo que yo pueda pensar de él ahora que conozco sus secretos. Está preocupado de que yo pueda percibirlo diferente, porque sé que cree que él dejó que le pasara esto. Está avergonzado de que lo juzgue por las cicatrices que siguen dominándole la mente, el cuerpo y el alma.

Y no podría estar más equivocado.

Me quedo en silencio y lo espero pacientemente; los dedos que he posado en sus mejillas me tiemblan. Poco después, Colton levanta la vista y me mira con sus ojos verdes llenos de dolor.

—Hay tantas cosas que quiero y necesito decirte ahora mismo... tantas cosas... —digo con la voz temblorosa. Las lágrimas me resbalan por las mejillas y me entran escalofríos por todo el cuerpo—. Tantas cosas que quiero decirle al niño que eras y al hombre increíble en el que te has convertido.

Colton se obliga a tragar saliva y tensa la mandíbula para tratar de controlar las lágrimas. Veo miedo mezclado con incredulidad en sus ojos.

Pero también veo esperanza. Está justo debajo de la superficie, esperando a que Colton tenga la oportunidad de sentirse seguro, protegido y amado, pero está ahí.

Me asombra la vulnerabilidad que Colton me ofrece, porque no puedo imaginarme lo difícil que debe de ser abrirte a los demás cuando lo único que has conocido en esta vida es dolor. Le acaricio la mejilla y el labio inferior con el pulgar mientras me mira fijamente, y encuentro las palabras necesarias para expresar la verdad que tiene que escuchar.

—Colton Donovan, no es culpa tuya. Si solo te quedas con una cosa de lo que te diré hoy, espero que sea esto. Has llevado este peso sobre los hombros durante mucho tiempo, y necesito que me oigas cuando te digo que nada de lo que hiciste siendo un niño o un adulto merece lo que te sucedió.

Abre los ojos como platos y se gira ligeramente hacia un lado, de modo que relaja un poco su postura defensiva. Espero que esto sea un reflejo de lo que siente cuando está conmigo. De que me escucha y me entiende. Porque hace tiempo que he querido decirle cosas que antes había asumido pero que ahora sé a ciencia cierta y que puedo expresar.

—No tienes nada de lo que avergonzarte, ni entonces, ni ahora ni nunca. Tu fuerza es impresionante. —Abre la boca para contestarme, pero le coloco un dedo sobre los labios para que se quede callado y me escuche—. Estoy asombrada ante tu fuerza por haber guardado esto en tu interior durante tanto tiempo y no dejar que te destruyera. No estás deteriorado o jodido, ni eres inútil, sino que eres un hombre fuerte, valiente y honorable.

Se me quiebra la voz cuando digo la última palabra y noto cómo le tiembla la barbilla bajo mi mano, porque lo que he dicho es muy duro de escuchar después de creer lo contrario durante tanto tiempo. Sin embargo, Colton no aparta la mirada. Y esa señal me dice que está dispuesto a recuperarse.

—Has venido de un lugar lleno de dolor inimaginable y, aun así, eres una luz increíble que me ha ayudado a sanarme, a mí y a mis chicos.

Niego con la cabeza mientras trato de encontrar las palabras adecuadas para expresar cómo me siento. Para que entienda que hay luz en él, a pesar de haber vivido en la oscuridad durante tanto tiempo.

—Ry —murmura, y veo cómo se esfuerza por aceptar la verdad que hay en mis palabras.

—No, Colton. Es verdad, cariño. No puedo ni imaginarme lo difícil que habrá sido para ti pedirle ayuda a tu padre para encontrar a tu madre. O cómo te has sentido al responder la llamada de hoy, o lo duro que te ha resultado confesarme el secreto que has guardado y que te ha perseguido durante tanto tiempo... pero quiero que sepas que ese secreto está a salvo conmigo.

Toma aire y parpadea rápidamente para evitar llorar. Tiene una expresión de dolor en el rostro, y me inclino hacia delante para besarlo con dulzura y ofrecerle un toque de contacto físico para darle fuerzas. Después, le beso la nariz y apoyo la frente contra la suya para darle unos minutos para asimilar todo esto.

—Gracias por confiar en mí para contármelo —susurro, y mi aliento le cosquillea los labios.

Colton no responde, pero no necesito que lo haga. Nos quedamos sentados así, frente contra frente, mientras nos aceptamos y nos consolamos mutuamente.

No espero que me cuente más cosas, así que cuando empieza a hablar de nuevo, me sorprende.

—Cuando era más joven, no sabía cómo lidiar con ello.

La vergüenza que hay en sus palabras me invade y mi mente se conmueve ante la soledad que debió de experimentar Colton cuando era un adolescente. Le acaricio la mejilla con el pulgar para que sepa que estoy aquí con él, escuchándolo. Colton suspira y su aliento me da calidez en los labios cuando acaba la frase.

—Traté de demostrar rápidamente que yo no estaba condenado al infierno, a pesar de lo que me había hecho aquel hombre. Me lié con un montón de chicas durante el instituto para convencerme de ello. Me hacía sentir bien que las mujeres me quisieran y me desearan, porque hacía que dejara de sentir aquel miedo. Pero, entonces, también se convirtió en mi manera de enfrentarme a mis problemas... Placer para enterrar el dolor.

Susurro la frase a la vez que él. La que me dijo en la habitación de aquel hotel de Florida, la que se me quedó grabada en la mente y me consumió por dentro, porque quería comprender por qué Colton se sentía así. Y ahora lo entiendo. Entiendo por qué había tantas mujeres entrando y saliendo de su vida. Todas ellas eran una forma de demostrarse a sí mismo que su pasado no lo definía ni le afectaba. Eran una tirita temporal sobre las heridas abiertas

que nunca llegaron a curarse.

Cierro los ojos con fuerza. Mi mente y mi corazón sufren por el dolor que ha tenido que soportar Colton y, entonces, su voz interrumpe el silencio.

—No me acuerdo de todo, pero sí recuerdo que él solía acercarse por la espalda. Es por eso...

No termina la frase, pero acaba de contestarme a la pregunta que le hice la noche de la gala benéfica.

—De acuerdo —respondo, para que sepa que le he oído, que entiendo por qué le robaron la habilidad de aceptar una caricia tan inocente.

—Los superhéroes —continúa, y su honestidad me deja sin aliento—. Incluso cuando era un niño pequeño tenía que aferrarme a algo para escapar del dolor, la vergüenza y el miedo que sentía, así que los llamaba para que me ayudaran a enfrentarme a las situaciones por las que estaba pasando. Eran mi única esperanza.

Noto el sabor de la sal en los labios. Asumo que es de mis propias lágrimas, pero no estoy segura, ya que no sé dónde acaba él y dónde empiezo yo. No nos movemos, por lo que nos quedamos con las frentes unidas, y me pregunto si es más fácil para él estar así —con los ojos cerrados, el corazón latiendo desbocado y el alma en un puño— para explicármelo todo. De esta manera, no tiene que ver la desesperación, el dolor y la confesión que hay en mi mirada. Pero, aunque Colton tenga los ojos cerrados, todavía percibo cómo se derrumban los muros que había construido a su alrededor. Siento que recupera la esperanza y empieza a emerger de las tinieblas en las que se había sumido. Solo estamos él y yo en un lugar donde ahora puede perseguir sus sueños sin que su pasado lo atormente.

Inclino la cabeza hacia abajo para besarlo. Noto cómo le tiemblan los labios bajo los míos; mi hombre seguro de sí mismo está totalmente expuesto. Finalmente, se aparta un poco hasta que puedo mirarlo a los ojos y ver una claridad que nunca antes había percibido en ellos. Una pequeña parte de mí suspira aliviada, esperando que ahora Colton haya sido capaz de encontrar paz y desterrar a los demonios que habitaban en su alma.

Sonrío solemnemente. Colton toma aire y me agarra de los brazos para que me levante del suelo y me siente en su regazo. Después, me abraza. Me quedo allí sentada, acunada, consolada y amada por un hombre que es capaz de hacer todo lo que se proponga. Espero que por fin pueda verlo y aceptarlo.

Un hombre que asegura que no sabe cómo amar y que, sin embargo, es lo que está haciendo conmigo justo ahora. Me ama cuando está en medio de la tormenta más oscura de su vida. Le doy un beso en la mandíbula y su barba incipiente me cosquillea los labios.

Los restos de un pasado roto se esfuman y una nueva esperanza nace de entre sus cenizas.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

Colton coge aire, me estrecha con más fuerza, me besa en la coronilla y ríe ligeramente.

—Porque eres todo mi alfabeto.

¿Qué? Niego con la cabeza y me inclino hacia atrás para mirarlo a los ojos. Cuando lo hago y la sonrisa que esboza ilumina la oscuridad que nos rodea, mi corazón se hace todavía más grande y me enamoro más y más de él.

—¿Alfabeto?

Estoy segura de que la expresión de mi rostro hace que su sonrisa se amplíe y se le marquen los hoyuelos.

—Sí, de la «A» a la «Z». Lo eres todo para mí.

Una chispa de la personalidad que Colton había perdido brilla en sus ojos fugazmente, y se me llena el corazón cuando oigo ese pequeño toque de arrogancia divertida en su voz.

—Maldito Becks —comenta, y ríe de nuevo.

Luego, se inclina hacia delante y me besa sin responder a mi pregunta.

Cuando se aparta, me observa con intensidad.

—¿Que por qué te lo cuento ahora, Rylee? Por ti. Porque le he dado demasiadas vueltas y ya te he hecho bastante daño. Y, a pesar de todo, has luchado por mí, por quedarte a mi lado, por salvarme, por conducirme. Por primera vez en mi vida, quiero que alguien haga eso por mí. Y quiero ser libre y hacer lo mismo por otra persona. Yo...

Colton suspira y trata de buscar las palabras para expresar la emoción que veo en su mirada. Sus ojos aún muestran el miedo por el que ha pasado estos años, pero no tanto como antes, y solo con eso, el dolor que sentía por él en mi alma disminuye.

—Quiero tener la oportunidad de demostrar que soy capaz de hacerlo. Que todo esto que me ha pasado... —Hace un gesto con la mano—... no me

lo ha robado. Que puedo ser la persona que necesitas y darte lo que quieres.

Todavía percibo en su voz un rastro de tristeza por sus confesiones, pero también oigo esperanza y posibilidad. Y es un sonido tan acogedor que poso mis labios sobre los suyos sin pensármelo dos veces.

Aún siento cómo las emociones que está experimentando le recorren el cuerpo cuando introduce la lengua en mi boca y profundiza el beso. Todavía noto que intenta asimilar su nueva vida y encontrar su camino ahora que sabe cómo seguir adelante, pero sé que lo encontrará.

Porque es un luchador nato.

Siempre lo ha sido.

Siempre lo será.

Capítulo 36

Miro a Colton de soslayo y observo cómo la luz de las farolas le ilumina el rostro mientras canto «Everything», de Lifehouse, en voz baja. Es tarde, pero el tiempo no nos importaba cuando estábamos sentados juntos en las graderías y sanábamos las viejas heridas para empezar de nuevo. Sammy conduce mi coche hacia mi casa, pero cuando Colton y yo salimos de la autopista en su Range Rover, me doy cuenta de que no nos dirigimos hacia allí.

Casa.

Me resulta extraño irme a casa con Colton, porque ahora mismo, después de lo de esta noche, la palabra significa mucho más que un edificio de ladrillo y cemento. Ahora significa bienestar, cariño y Colton. Mi As. Suspiro y se me llena el corazón de amor.

Lo observo de nuevo y estoy segura de que debe de sentir el peso de mi mirada en su rostro, porque clava la vista en mí con los ojos rojos de tanto llorar. Colton sonrío ligeramente y luego niega con la cabeza, como si aún tratara de procesar lo que ha sucedido en estas últimas horas, antes de fijar la mirada en la carretera. Pero yo no aparto los ojos de él, porque en el fondo sé que estos siempre lo buscarán, sin importar hacia dónde miren.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera reconozco el lugar donde nos detenemos cuando Colton aparca el coche.

—Tengo que hacer algo. ¿Vienes conmigo?

Lo miro, confundida sobre qué hacemos a las once de la noche en un *parking* a las afueras de Hollywood. Evidentemente, es importante, porque después de lo de esta noche, lo único que se me ocurre es que probablemente

esté agotado y quiera irse a casa.

—Por supuesto.

Salimos del coche y observo a mi alrededor, recelosa de dejar un coche tan lujoso en este lugar tan poco iluminado y maltrecho, pero parece que a Colton le da igual. Me acerca a él y me guía a través de una puerta de madera, que parece que ha salido de un edificio medieval. Colton la abre y, de repente, veo luces brillantes y oigo música y un zumbido curioso.

Miro a Colton, que me observa con una expresión divertida. Se limita a reír y a negar con la cabeza ante mi reacción y mis ojos abiertos como platos.

Nunca he estado en ninguno de estos sitios. En el fondo, una parte de mí sabe por qué estamos aquí, pero no tiene sentido.

Colton entrelaza sus dedos con los míos mientras caminamos por un pasillo estrecho hacia el lugar de donde provienen las luces. Colton cruza el umbral y se detiene durante unos segundos hasta que el zumbido se detiene.

—¡Hostia puta! ¡Mira quién se ha dignado a visitarme!

—grita una voz ronca, y Colton ríe antes de adentrarse más en la habitación—. ¡Joder, me has alegrado el día, Wood!

Unos brazos cubiertos por una variedad de colores e imágenes rodean a Colton y lo abrazan con firmeza. Un par de ojos marrón claro se fijan en mí por encima del hombro de Colton.

—¡Mierda! Lo siento mucho por decir tantas putas palabrotas. —El dueño de esos ojos aparta a Colton hacia un lado y se dirige a mí—. ¡Tío, si traes a una dama aquí tienes que avisarme primero para que sea un hombre respetable y toda esa mierda!

Colton ríe mientras el hombre se limpia la mano en los vaqueros antes de extenderla para estrechar la mía. Observo el hombre tatuado con el pelo corto y barba larga, pero lo mejor de todo es que se ha puesto rojo. Es un tanto adorable, pero dudo que le guste si se lo menciono ahora mismo.

—¡Joder, lo siento mucho! Dios, ya lo he vuelto a hacer.

Niega con la cabeza mientras ríe ligeramente y no puedo evitar sonreír.

—No te preocupes —contesto, y hago un gesto con la barbilla hacia Colton—. Él también se luce con las palabrotas. Me llamo Rylee.

—De acuerdo, intentaremos controlarnos de una puta vez —comenta, y se sonroja de nuevo—. Es decir... no contigo, por supuesto... Bueno, a menos

que quieras, porque entonces...

—Ni se te ocurra, Sledge —advierte Colton entre risas.

Sledge niega con la cabeza y se echa a reír de ese modo tan característico antes de guiarnos hacia la tienda de tatuajes.

—Así que, tío, ¿de verdad quieres hacerlo? —pregunta Sledge.

—Sí. —Colton me mira y sonrío—. De verdad.

Estoy muy confundida.

—Haz lo que te salga de la polla —contesta. Niega ligeramente con la cabeza, se dirige hacia el mostrador y empieza a mirar algunos papeles—. Y hablando de pollas y eso... —Me mira y hace una mueca de disculpa antes de continuar buscando entre los papeles—. ¿Cómo está tú hermana? Porque me encantaría que me la tocara, entre otras cosas...

Espero a que Colton se cabree, pero se limita a inclinar la cabeza hacia atrás y a romper a reír. Su reacción me hace pensar que ambos se conocen desde hace muchos años.

—Te comería entero y lo sabes... Es mucha mujer para ti.

—¡Que te den!

Sledge ríe mientras Colton empieza a quitarse la camiseta. Y, aunque tengo un montón de cosas nuevas por observar aquí, no puedo apartar la vista de su abdomen esculpido. Observo los cuatro símbolos en su cuerpo, que son representaciones de su pasado, y me pregunto qué tiene pensado hacerse ahora.

—Tienes una reputación de tipo duro que mantener, tío —bromea Colton. Me indica que me siente en una silla al lado de él y me da un beso casto en los labios.

Me mira a los ojos durante unos segundos para decirme que confíe en él y, luego, se sienta en otra silla.

—El tatuador que escucha a Barbara Streisand y tiene cinco gatos esperando en la trastienda.

«Pero ¿de qué narices habla?», pienso.

—¿Es que no sabes que si quieres hacerte el duro tienes que escuchar *death metal* y tener un pitbull, en lugar de un montón de gatos? Como sigas así, le harás la competencia a una vieja solterona.

Colton suelta una risa refrescante y me encanta que quienquiera que sea

esta contradicción de hombre esté haciéndole sentir así.

—¡Soy una flor delicada! —espetea Sledge—. ¡Ja, ja!

—¡Y una mierda! —responde Colton, que niega con la cabeza y ríe mientras Sledge se dirige a él con un papel en la mano—. ¿Es este? —pregunta, y me yergo para tratar de ver el dibujo.

Colton lo observa durante unos segundos con los labios apretados y mueve la cabeza ligeramente mientras lo considera.

—¿Estás seguro? ¿Quedará bien? —añade Colton, y levanta la vista hacia Sledge con una expresión en el rostro que enfatiza la pregunta.

—No tienes ni que preguntármelo, hostia. Uy, otra vez con las putas palabrotas. —Arquea las cejas y me mira para disculparse en silencio—. Tío, si te voy a tatuar, ten por seguro que investigaré un poco antes para asegurarme.

—¿Con investigar te refieres a buscarlo en Google o a beberte una botella entera de vino?

—¡Levántate de mi silla y pírate! —bromea Sledge, y señala hacia la puerta antes de observarme de nuevo—. ¿En serio tienes que aguantar a este capullo cada día?

Asiento y río mientras Colton se inclina hacia delante para mirarme; por un segundo, veo un reflejo de la tristeza que antes había en sus ojos, pero desaparece de inmediato.

—¿Ryles?

—Dime.

Me coloco en el borde del asiento, porque todavía tengo curiosidad por saber qué hay en el papel.

—Es hora de enterrar mis demonios —declara, y me mira fijamente—. Y de seguir adelante.

Me obligo a apartar la vista y a posarla sobre el diseño de líneas interconectadas y curvas. Sé que el símbolo es un nudo celta y que es similar y, a la vez, diferente, de los demás, pero no sé por qué es significativo para él.

Alzo los ojos del papel y miro a Colton para que me lo explique.

—Significa «Un nuevo comienzo»... —comenta, y sus ojos me dicen que está preparado—... «Renacer».

Contengo la respiración. Los ojos me escuecen a causa de las lágrimas. El

significado es tan conmovedor que me quedo sin palabras, así que me limito a asentir.

—Vale, ya sé que os queréis mucho y toda esa mierda, pero me muero de ganas por causarte un poquito de dolor, Wood, así que mueve el culo y siéntate bien —ordena Sledge, que agarra de los hombros a Colton para empujarlo hacia atrás y me guiña el ojo—. Porque no tendrás la oportunidad de renacer si te quedas embobado mirándola tanto tiempo. Te acabará dando un chungo antes de que acabemos, gilipollas.

Rompo a reír; este hombre que acabo de conocer cada vez me cae mejor. Colton obedece, pero aun así le contesta.

—Lo que pasa es que estás celoso, tío.

—Ya te digo. Estoy seguro de que ella puede... —Se detiene antes de acabar la frase, me mira y, luego, baja la vista hacia sus herramientas de trabajo... preparar un buen plato de macarrones —añade, y ríe con fuerza.

—Tienes toda la razón —contesta Colton, y le da una palmadita en el hombro—. Le quedan muy cremosos.

Me atraganto con mi propia saliva a la vez que Sledge y yo nos sonrojamos. Miro a Colton con una expresión de incredulidad y niego con la cabeza al percibir la picardía con la que brillan sus ojos. Verlo así me hace sonreír todavía más.

—Solo por eso tendré que empezar a llamarte flojucho...

Sledge niega con la cabeza y pone en marcha la aguja; Colton se sobresalta con el sonido. Sledge echa la cabeza hacia atrás y rompe a reír.

—¡Eres una nenaza! Anda, mira, un corazón. Ay, una vagina. Caramba, una mariposilla —bromea Sledge, y finge dibujar en la piel de Colton con la aguja.

Me muero de risa. Necesitaba este tipo de humor desesperadamente después de la seriedad de esta noche.

—Al final te daré una patada en el culo, Sledge.

Colton empieza a reírse, pero deja de hacerlo en cuanto Sledge le acerca la aguja. Nunca he visto a nadie hacerse un tatuaje, así que tengo bastante curiosidad. Me levanto y me siento en una silla que hay al lado de Colton para observar.

Al principio no quiero ni mirar. No puedo ver cómo se le tensa el cuerpo

y hace una mueca cuando la aguja le toca la piel por primera vez.

—Dios, nada ha cambiado —comenta Sledge con un tono de exasperación—. Siempre has sido un gallina. —El zumbido de la aguja se detiene y Sledge alza la vista para mirar a Colton—. ¿En serio, tío? Si tengo que preocuparme por ti porque estás temblando como un puto chihuahua, entonces tendremos problemas y negaré que este tatuaje lo he hecho yo.

Colton se limita a levantar la mano para enseñarle el dedo corazón antes de mirarme y cerrar los ojos cuando la aguja empieza a penetrarle la piel de nuevo. Esta vez el zumbido es constante y Colton se relaja un poco. Me coloco al otro lado de Sledge para saber si puedo soportar ver cómo le hace el tatuaje. Y, cuando por fin reúno las fuerzas para mirar hacia abajo, estoy confusa.

La aguja de Sledge se desliza sobre el símbolo que significa «Venganza» y traza algunas líneas por encima del tatuaje antiguo. Hago una mueca cuando me imagino cómo debe de ser la sensación de que te hagan un tatuaje en las costillas. Clavo la vista en los ojos de Colton y trato de averiguar qué está pasando.

—Sledge ha encontrado una forma de dibujar el nuevo nudo celta sobre el de venganza.

—La venganza ha desaparecido —susurro.

Por algún motivo, ese concepto me conmueve tanto que me quedo quieta con la boca abierta y negando con la cabeza mientras observo cómo Sledge reconfigura un concepto que solo acabaría por destruir del todo a Colton y, a cambio, dibuja otro que lo llenará de esperanza.

—Es hora de enterrar mis demonios.

Trago saliva para deshacerme del nudo que se me ha hecho en la garganta y estiro el brazo para agarrar la mano de Colton mientras los dos observamos la lenta transformación de una de sus cicatrices de tinta. Una que ahora es un símbolo de esperanza y curación.

Después de un tiempo, de que se intercambien unas cuantas bromas y de enamorarme todavía más de Sledge, el tatuaje de Colton se ha transformado.

—Quiero verlo antes de que me lo tapes con la venda —pide Colton mientras Sledge le extiende vaselina sobre la piel—. Ve a acariciar a tus gatos y asegúrate de que no se te haya colado ningún corazoncito o arcoíris en la trastienda, gilipollas.

Colton se pone en pie y me doy cuenta de que tarda mucho menos en encontrar el equilibrio que antes. Se dirige al fondo de la habitación, donde está el espejo.

Y no sé qué es, quizá lo que ha pasado esta noche o la esperanza que se ha abierto camino en nuestras vidas, pero tomo la decisión antes de que Colton cruce la puerta de la trastienda. Tengo que actuar ahora, antes de que pierda la valentía y de que la parte racional de mi cerebro intervenga en las acciones irracionales de mi corazón.

Antes de que me raje.

—Eh, Sledge —digo, y me siento en la silla de la que Colton acaba de levantarse. Me bajo un poco la banda elástica de mis pantalones de deporte y me señalo la cadera—. Creo que es el momento perfecto para hacerme mi primer tatuaje. Quiero lo mismo que Colton, pero un poco más pequeño.

Sledge me mira y abre los ojos, sorprendido.

—Cielo, por mucho que te lo haya insinuado, nunca pensé que me lo ofrecerías, y mucho menos que te bajarías los pantalones con Wood en la trastienda. —Me guiña el ojo y sonrío antes de mirarme fijamente—. ¿Quieres que Colton me mate?

Río.

—No lo hará. Me parece que le caes bastante bien, Sledge.

—Ya, pues no creo que siga siendo así durante mucho tiempo, entonces.

Se lame los labios y observa mi cadera expuesta antes de dirigirme una mirada de preocupación e incertidumbre.

—¿Estás segura? Es un pelín permanente —comenta, y arquea una ceja a modo de pregunta.

Asiento antes de que pierda la valentía que he conseguido reunir para hacerme el tatuaje, para demostrar a Colton que quiero estar a su lado, en cada paso que dé en este largo camino hacia una vida mejor.

Sledge ríe y se frota las manos.

—Siempre me ha encantado ser el primero en tocar piel virgen. Se me ponen los huevos durísimos y eso... —Suspira profundamente—. Joder, lo siento. Otra vez.

Niega con la cabeza y empieza a trazar el mismo símbolo en mi cadera después de mirarme para asegurarse de que es donde lo quiero.

—¿Estás segura? —pregunta de nuevo, y asiento, porque estoy tan nerviosa que apenas puedo librarme del nudo que tengo en la garganta.

«No soy la clase de chica que lleve tatuajes», me digo a mí misma, así que ¿por qué estoy haciendo esto? Y, entonces, caigo en la cuenta de que tampoco soy la clase de chica a quien le gustan los chicos malos. Y mira lo equivocada que estaba al asumir eso.

Me sobresalto cuando oigo el zumbido de la aguja. Se me corta la respiración y me tiembla el cuerpo a causa de la anticipación ansiosa. Me muerdo el labio inferior y aprieto los puños cuando noto el pinchazo. ¡Joder! Duele muchísimo más de lo que me esperaba. «Aguanta, aguanta», me repito una y otra vez mentalmente, y trato de bloquear el sonido de la aguja que me está penetrando la piel. Sin embargo, no consigo dejar de sentir dolor, así que cierro los ojos con fuerza, respiro hondo y asiento con la cabeza a Sledge para que continúe, porque estoy bien cuando se detiene y levanta la vista para ver cómo voy.

No lo oigo ni lo veo, pero sé el momento exacto en que Colton entra de nuevo en la sala, porque lo noto. Percibo su energía, nuestra conexión y la atracción que siento por él. Abro los ojos y nuestras miradas se encuentran al instante.

La expresión de sorpresa, orgullo e incredulidad que hay en su rostro no tiene precio. Se acerca un poco más para ver qué están dibujando las manos de Sledge. Sé cuándo lo ve, porque lo oigo resollar antes de fijar la vista en mis ojos.

—Por los nuevos comienzos.

Es lo único que digo al ver la emoción que reflejan los ojos verdes de Colton.

—Sabes que es permanente, ¿verdad? —murmura, y niega con la cabeza, porque aún no puede creer lo que estoy haciendo.

—Sí —contesto, y entrelazo mis dedos con los suyos—. Como nosotros.

Capítulo 37

No puedo evitar reírme y sentirme emocionada cuando Colton acaba de explicarme el significado del comentario sobre el alfabeto que me ha hecho antes. El sonido desenfadado de la risa de Colton me alegra y me hace recordar los días lúgubres que pasé en el hospital, cuando lo único que deseaba era volver a oír ese sonido. La petición sale disparada de mis labios antes de que me dé tiempo a procesarlo.

—¿Podemos desayunar helado?

Colton coloca la mano en mi muslo y ríe.

—¿Qué?

Me encanta la expresión de su rostro ahora mismo. Despreocupada, indiferente y aliviada por haberse deshecho de todos los secretos que ya no hay entre nosotros.

Me limito a sonreír cuando lo veo tumbado sobre su costado a mi lado. Me ajusto el cojín, me tumbo y suspiro mientras sigue observándome con diversión. Oigo la música que llena la habitación y me encojo de hombros, porque de repente me siento un poco tonta por haber hecho ese comentario. Es solo que considero que por fin todo empieza a cuadrar. Que tengo que llevar a cabo las cosas que dije que quería hacer y que necesitaba hacer, y las promesas que le hice cuando Colton estaba tumbado en aquella cama de hospital.

—Que si podemos desayunar helado —repito, y hago una mueca de dolor cuando me muevo y las braguitas me rozan la venda que me cubre el tatuaje; un tatuaje por el que mi madre me matará cuando se entere.

Pero la sorpresa repentina que refleja la mirada de Colton hace que se me esfumen todos los pensamientos. Me inclino hacia delante para observarlo de cerca, curiosa por saber qué ha causado esa chispa en sus ojos. Colton me observa durante unos segundos y, tras parpadear unas cuantas veces como si tratara de averiguar algo, se limita a negar con la cabeza y a sonreír. Se me derrite el corazón, y eso me confirma que no me arrepiento en absoluto.

No me arrepiento de estar con él o del tatuaje que me he hecho para demostrarlo.

De lo bueno y de lo malo por lo que hemos pasado, soportado y persistido. Ahora somos más fuertes gracias a ello.

No me arrepiento de nada, porque todo lo que hemos vivido nos ha llevado a este momento, aquí y ahora.

Nos sanamos el uno al otro y nos amamos.

Damos los primeros pasos hacia nuestro futuro.

Colton inclina la cabeza y la apoya en su mano; después, esboza una ligera sonrisa.

—Bueno, tus deseos son órdenes para mí.

—Me gusta cómo suena eso —comento, y muevo las caderas—. Porque tengo muchas órdenes para darte, señor Donavan.

—¿De verdad? ¿Y qué clase de órdenes?

Colton arquea las cejas, sonrío lascivamente y se inclina hacia delante para besar con dulzura el borde de mi venda. Me mira a los ojos de manera que percibo picardía y muchas otras cosas y, luego, se desliza hacia arriba por todo mi cuerpo hasta que sus labios están a meros centímetros de los míos.

Y, madre mía, no hay nada en el mundo que me apetezca más ahora mismo que acercarme a él, probar el sabor de esos labios y sentir cómo mi piel se despierta cuando la toca. Sin embargo, opto por pedirle una última cosa antes de que pierda el control.

—Para cenar quiero...

—Tortitas —añade Colton, y acaba la frase por mí—. Helado para desayunar y tortitas para cenar. Me acuerdo.

Su voz rebosa devoción y mi corazón salta de alegría cuando me confirma que me oyó cuando estaba inconsciente en el hospital. Lo observo mientras

trata de procesarlo todo y niega con la cabeza.

—Hablaste mucho —murmura, y se acerca más a mí.

Nuestros labios no se tocan todavía, pero sé que sonrío porque veo las líneas de expresión que se le forman alrededor de los ojos.

—Así que ya tenemos el menú pensado para mañana...

Colton salva la distancia que hay entre nosotros y me besa con delicadeza.

—Es hora de dejar de hablar, Ryles —susurra, y se aparta para mirarme a los ojos, que me brillan con humor y devoción.

—Colton.

Arqueo la espalda para rozar mis pechos con su torso desnudo, porque ahora mismo todo mi cuerpo está desesperado por sus caricias, su sabor y nuestra conexión.

Cuando Colton se queda quieto, estiro el brazo y lo agarro por la nuca para acercarlo a mí, pero ni se inmuta.

Se limita a quedarse quieto mientras me mira intensamente. Y, por primera vez, entiendo a qué se refería cuando me dijo que yo fui la primera en verlo de verdad, en presenciar las profundidades de su alma, porque ahora mismo no hay nada más de su ser que Colton pueda ocultar. Nada. Nuestra conexión es así de fuerte e irrefutable.

Esta noche ha sido una montaña rusa de emociones, más para él que para mí, pero mi cuerpo está pidiendo a gritos un poco de alivio físico y arde en deseos por Colton.

—Rylee...

Dice mi nombre como si fuera una súplica, y eso siempre me ha afectado.

—Ya está bien —imploro cuando veo que la preocupación está desterrando el deseo que reflejaban sus ojos hace un momento.

Le rodeo el rostro con las manos para obligarlo a que me preste atención.

—Estoy bien, Colton.

—Tengo tanto miedo de hacerte daño...

La preocupación que hay en su voz hace que me enamore todavía más de él.

—No, cariño, no. No me harás daño. —Me acerco a él y lo beso con dulzura. Después, me aparto y fijo la vista en sus ojos—. Que no quieras estar conmigo sí que me hace daño. Te necesito, Colton. Necesito cada parte de ti,

la física y la emocional. Después de esta noche, después de habernos deshecho de todo lo que nos distanciaba, necesito compartir esto contigo. Conectar en todos los sentidos posibles, porque es la única manera de mostrarte de verdad lo que siento por ti. De enseñarte lo que provocas en mí.

Oigo cómo respira entrecortadamente antes de sentir la calidez de su aliento en mis labios. Colton me aprieta el brazo y luego me suelta, como si quisiera y no quisiera seguir adelante al mismo tiempo, y se limita a observarme con una expresión de indecisión en el rostro. Entonces, tensa la mandíbula, la última señal de la resistencia que no consigue oponer, porque el deseo que le nubla la visión me dice que ya ha tomado una decisión.

Cuando Colton se inclina para besarme, se me pasa por la cabeza que nunca he pensado que la victoria pudiera llegar a ser tan dulce.

Nuestros labios se encuentran varias veces antes de que Colton introduzca la lengua en mi boca. Desliza las manos por mi espalda y me acerca a él mientras nuestras lenguas bailan una sensual danza. A continuación, se abre camino por debajo de mi camiseta y me roza la piel cuando me la quita para tentarme.

Se me escapa un suspiro cuando nos separamos y mi camiseta me cubre la cara; luego, nuestros labios se funden de nuevo. Dejo de agarrarle el pelo para arañarle los músculos definidos de sus bíceps, y su cuerpo se tensa a modo de respuesta. El gemido gutural que emite me pone aún más cachonda, me seduce y hace que quiera y necesite más de él.

El deseo me recorre el cuerpo y aumenta con cada segundo que pasa. Se me tensan los muslos y se me acelera la respiración.

—Colton —murmuro mientras él me recorre la mandíbula con la boca hasta que llega a la zona sensible que hay debajo de mi oreja.

Arqueo la espalda y gimo en voz alta cuando su aliento me da la calidez que mi piel necesita. Me recorre las costillas con la mano y me agarra los pechos, firmes de deseo. Las diferentes sensaciones estallan dentro de mí.

—Joder, Ry, sabes cómo hacer que me vuelva loco. Llevo tiempo ansiando el sabor de tu dulce sexo. El sonido que haces cuando me entierro en ti. La sensación cuando te corres a mi alrededor.

Colton gime y deslizo las manos por dentro de sus pantalones para agarrarle el miembro. Y, por muy incendiarias que sean sus palabras, por mucho que alimenten los fuegos que ya arden en mi interior, hay cierta ternura

en su tacto que contrasta con sus explícitas palabras.

—Quiero que tiemble hasta el último centímetro de tu cuerpo, que me supliques que te haga mía, Ry, porque yo haré lo mismo. Quiero ser tu suspiro, tu gemido, tus gritos de placer y todos los demás sonidos.

Colton se inclina hacia delante y me mordisquea el labio. Noto cómo tiembla, y sé que está igual de afectado que yo.

—Quiero sentirte. Quiero que me claves las uñas en la espalda. Que se te tensen los muslos alrededor de los míos mientras te penetro —musita. Su tono dominante mezclado con pura necesidad hace que me estremezca de deseo—. Quiero verte encoger los dedos de los pies contra mi pecho. Quiero que abras la boca de par en par y cierres los ojos cuando el placer sea tan intenso que ya no puedas aguantarlo más, porque, cariño, quiero saber que te hago sentir así. Deseo saber que te sientes tan viva por dentro como me haces sentir a mí.

Y ya no puedo aguantarlo más. Sus palabras son los preliminares más seductores para mi cuerpo, que anhelaba su tacto. Lo acerco a mí y la duda de antes se convierte en un recuerdo lejano. Nuestros cuerpos y corazones se funden cuando nos dejamos caer sobre la cama y permitimos que nuestras bocas exploren, prueben y tienten al otro.

Le araño el pecho para obligarlo a ponerse boca arriba. Se le tensan los músculos y emite un gemido gutural. Deslizo la boca por su mandíbula y los músculos esculpados de su abdomen, que se contraen con cada lamido y caricia. Sigo besándole el estómago hasta que llego a sus músculos en forma de V cerca de su entrepierna. Después, hago lo mismo en el otro costado, con cuidado de no rozarle el tatuaje recién hecho. Poco a poco, mis dedos rodean su pene erecto a través de los pantalones.

Alzo la vista, lo miro a los ojos llenos de deseo y emoción, y le bajo los pantalones. Continúo besándole la cintura y la ingle, y después le humedezco la punta de su miembro con la calidez de mis labios para tentarlo. Su pene late contra mi boca.

—¡Joder! —gime.

El modo en que lo dice me anima a seguir, así que deslizo la lengua por la parte de abajo mientras le rodeo el miembro con los labios hasta el fondo.

Colton aprieta los puños, agarra las sábanas con fuerza y mueve las caderas. Me retiro lentamente hasta que solo tengo la punta de su pene en la boca. Juego con la lengua y presto especial atención a los nervios que están en

la parte de abajo antes de metérmela por completo en la boca, hasta que me llega al fondo de la garganta. Segundos después, me agarra el pelo cuando el placer lo consume.

—Dios —gime. Tiene la respiración entrecortada, así que continúo acariciándolo con la boca—. Dios, qué bien.

Le rozo la piel sensible del pene con los dedos y le hago cosquillas mientras lo deslizo entre mis labios una y otra vez. Alzo la vista y no puedo evitar sonreír de satisfacción aunque tengo la boca ocupada. Colton inclina la cabeza hacia atrás, aprieta los labios de placer y tensa los músculos del cuello. Verlo deshaciéndose delante de mí haría que me humedeciera y lo deseara todavía más si eso fuera posible.

Le agarro el pene y lo acaricio con movimientos circulares mientras muevo la cabeza arriba y abajo por la punta. Colton gime, y se le pone aún más duro. Un instante después, me agarra y me desliza por todo su cuerpo. Me duelen los pezones a causa del contacto directo con su piel.

Nuestras bocas se unen de inmediato, y nuestros labios, lenguas y dientes se funden en un beso avaricioso. Colton toma lo que desea, y yo se lo ofrezco más que encantada. Cambia de posición en cuestión de segundos y, ahora, estoy bocarriba, encima de los cojines. Colton me recorre el cuerpo con la mirada y una sonrisa pícaro le ilumina el rostro cuando observa mis braguitas. Después, me mira a los ojos.

—He perdido un poco de práctica —comenta, y niega con la cabeza mientras sonrío y se le marcan los hoyuelos.

Y, a pesar del deseo carnal que me ha invadido, no puedo evitar echarme a reír cuando me agarra las braguitas y las hace trizas.

—Ahora sí —afirma, y se inclina para besarme en la barriga—. Mucho mejor.

Y no es el beso en sí, sino la acción inesperada de quedarse quieto con los labios justo por debajo de mi ombligo lo que aporta seriedad al momento. Pero, al mismo tiempo, lo hace mucho más dulce. Tiene los ojos cerrados y la boca sobre el vientre donde estaba su hijo, y un escalofrío se abre camino por toda mi piel.

Unos minutos después, sus labios ascienden poco a poco por mis costillas hasta llegar a mis pechos. Menuda tortura. Siento su aliento cálido, su lengua y la succión de su boca cuando la coloca sobre mi pezón, y gimo

involuntariamente. Las sensaciones que me evocan sus labios son como rayos que caen directamente en mi entrepierna: me chamuscan mis inhibiciones y prenden fuego a mi cuerpo.

—Colton —jadeo, y el deseo que arde en mi interior se intensifica.

Le clavo las uñas en los hombros mientras su boca me hace disfrutar y me da una pista de lo que está por venir. Cuando se me ponen los pezones tan duros que casi rozan el lindar del dolor, Colton se desliza hacia arriba sobre mi cuerpo. Me agarra el pelo con una mano, captura mis rizos con una mano como si fueran su rehén y me recorre el cuerpo con la otra para introducirla entre mis piernas.

Aguanto la respiración cuando siento que me separa los muslos con los dedos y me toca. No me queda aire en los pulmones y mi cuerpo rebosa de anticipación. Colton me planta un beso que me llega al alma y que desafía las leyes de la gravedad, y justo cuando se separa, la cabeza empieza a darme vueltas y el deseo se descontrola, introduce los dedos en mi cuerpo. Captura el gemido que se me escapa con sus labios mientras me consume y me deshace por completo.

Sus dedos cubiertos de mi excitación entran y salen de mi cuerpo para añadir fricción sobre mi clítoris.

—¡Ah!

No puedo evitar chillar cuando me roza la entrepierna, porque me siento abrumada por todas las sensaciones y emociones en las que me he sumergido. Sus dedos no se detienen y su boca tiente la piel de mi cuello mientras el placer aumenta desenfrenadamente. Los pezones se me erizan y los muslos se me tensan a medida que el deseo rebota por todo mi ser y regresa con el doble de fuerza.

Y estoy perdida. Esto es como caminar hacia el olvido que se ha apoderado de todos mis sentidos y pensamientos. Agarro los brazos de Colton con fuerza y mis caderas lo embisten cuando mi cuerpo detona y se hace añicos. Lo único que oigo aparte de mi pulso, que es como un trueno en mis oídos, es su gemido de satisfacción.

Segundos después de que llegue al orgasmo, Colton cambia de posición. Me separa los muslos con las rodillas y coloca la punta de su pene contra mi entrepierna, que sigue latiendo de placer.

Y, entonces, en mitad de la oleada de deseo, me acuerdo de algo

importante. Le doy un empujoncito en el pecho para apartarlo de mí y niego con la cabeza.

—Colton, necesitamos un condón... —comento, y la realidad es como un bofetón en la cara más intenso que los temblores del clímax que aún me recorren el cuerpo.

Colton se tensa, alza la vista, inclina la cabeza y se queda mirándome. Los únicos sonidos de la habitación son mi respiración entrecortada y las últimas notas de la canción «Stolen», que suena por los altavoces. Pero el modo en que me mira, como si yo fuera parte del aire que respira, me deja sin palabras.

—No quiero utilizar condón, Rylee.

Sus palabras me sorprenden. No obstante, la forma en que las dice, con un tono de incredulidad resignada y de irritación, es lo que me deja desconcertada.

Pero ¿por qué?

¿Incredulidad porque he cortado el rollo? ¿Irritación porque ahora tiene que ponérselo?

—Vamos, Colton, no empieces como todos los hombres. Ya sé que no es lo mismo, pero tenemos que ser responsables y...

Colton se mueve repentinamente y me coloca encima de su regazo; eso me sorprende tanto que me olvido de lo que le estaba diciendo. Posa las manos en mi nuca, enmarca mis mejillas con los pulgares y me mira fijamente a los ojos con una intensidad que nunca había visto antes.

—No, Ry. No quiero utilizar condón, y no es porque no quiera sentir menos. Podría tener la polla envuelta en un turbante y, aun así, te sentiría.

Quiero reírme, pero mi mente trata de averiguar qué quiere decir Colton.

—¿Qué...? ¿A qué te refieres, entonces?

Y, aunque todavía no ha respondido, se me acelera el pulso y empiezan a temblarme los dedos.

Veo cómo se le mueve la nuez de arriba abajo cuando traga saliva y esboza una ligera sonrisa. Niega con la cabeza poco a poco y sonrío más ampliamente.

—No sé cómo explicarlo, Ry. Aquella noche fue terrible. Es algo que se me ha quedado grabado en la mente para siempre. Tú, yo... el bebé...

Se queda callado, niega con la cabeza y baja la vista durante unos segundos, porque sé que aún está tratando de asimilar que hemos perdido a nuestro bebé. Suspira profundamente y, cuando me observa de nuevo, veo la honestidad pura que refleja su mirada.

—Me asusté muchísimo —confiesa y, antes de apartarse, se inclina hacia delante para besarme con ternura en los labios y en la punta de la nariz—. Todavía me asusto cuando pienso en ello y en lo que podría haber pasado. Yo... no sé cómo explicarlo.

Suspira otra vez y se esfuerza en tratar de escoger las palabras adecuadas para expresar cómo se siente.

—Tómame tu tiempo —susurro, porque sé que le daría todo el tiempo del mundo si me lo pidiera.

Colton me acaricia las mejillas con los pulgares, y me entra un escalofrío ante este momento tan conmovedor.

—Una parte de mí... —Se le quiebra la voz y tensa la mandíbula para controlar la emoción que brilla en sus ojos—... una parte de nosotros murió aquel día. Pero era la parte a la que me aferraba.

Cuando se refiere al bebé como algo «nuestro», se me corta la respiración. Levanto los brazos y coloco las manos en sus bíceps.

—Estuve sentado esperando en aquella sala de espera, Ry, con tu sangre, con la sangre de nuestro bebé, en mi piel, y no creo que... no creo que nunca me haya sentido tan vivo.

Esboza de nuevo esa magnífica sonrisa, pero su mirada es lo que me cautiva. Esas chispas en sus ojos verdes que me suplican y me buscan para asegurarse de que entiendo lo que me está explicando; las palabras que me ha dicho y las que no.

Se mira las manos durante unos segundos, y percibo la emoción en su rostro cuando se acuerda de cómo se sintió aquel día. Después, fija la vista en mí de nuevo.

—La sangre de un bebé que nunca conoceré, pero que era algo que creamos juntos...

El tono ronco de su voz se quiebra en las últimas dos palabras, pero Colton no aparta la vista de mis ojos porque quiere asegurarse de que veo lo que siente: pesar, incredulidad, tristeza.

—Todas las emociones... todo lo que sucedió... Intentar procesarlo todo

fue como beber un sorbo de agua de una manguera contra incendios.

Respira hondo otra vez y cierra los ojos momentáneamente mientras el recuerdo le abrumba y trata de aclararse las ideas.

—Todavía no sé si algún día lograré procesarlo, Ry —admite, y presiona los pulgares en mis mejillas para reforzar sus palabras—. Pero lo que sí sé es que cuando estaba sentado en la sala de espera y la doctora me dijo... lo que le pasó el bebé... sentí cosas que nunca creí posibles.

Ni siquiera parpadea cuando lo cuenta. Lo ha dicho con una voz que rebosaba respeto, y eso hace que se me llene el corazón de esperanza por las cosas que nunca pensé que llegaría a imaginar.

Colton me enjuga una lágrima con el pulgar antes de continuar.

—En aquel maldito hospital, mientras esperaba a que te despertaras... me di cuenta de lo que significabas para mí, de lo que habíamos creado juntos; las mejores partes de nosotros combinadas. Y, entonces, lo supe.

Su mirada refleja tanta ternura que, cuando abro la boca para decir algo, no logro emitir ningún sonido. Colton sonrío ligeramente y se lame el labio inferior para humedecérselo.

—Caí en la cuenta de que lo que ella me hizo a mí no tiene por qué volver a repetirse. Que puedo darle a alguien la vida que yo nunca tuve, Rylee. La vida que tú me has enseñado que es una posibilidad.

Reprimo comentarios que se me pasan por la cabeza, pero las palabras de Colton desmoronan la última barrera de protección que había construido alrededor de mi corazón. Se me tensan los dedos en sus bíceps y me tiembla la barbilla a causa de las emociones que se han apoderado de mí.

—No, no llores, Ry —murmura, y me besa las lágrimas que resbalan por mis mejillas—. Ya has llorado suficiente. Solo quiero hacerte feliz, porque, joder, cariño, tú eres quien ha marcado la diferencia. Tú me has permitido ver que mi mayor miedo, el veneno más oscuro que me corroía, no era miedo en realidad. Era una excusa para no abrirme a nadie, porque nunca lograría deshacerme de mi dolor y los demonios de mi pasado. Pero ahora sé que nunca podría hacerle daño a un niño, a un bebé que es sangre de mi sangre. Y, obviamente, también sé que tú nunca le harías daño solo para herirme.

Se le llenan los ojos de lágrimas. Los cierra durante unos segundos y niega con la cabeza, porque su confesión y el lavado de su alma finalmente han empezado a afectarle. Sin embargo, cuando alza la vista y la fija en mí, a

pesar de las lágrimas que anegan su mirada, veo tanta claridad y respeto en sus ojos que me quedo sin palabras. Mi corazón, del que se adueñó hace tiempo, es innegablemente suyo.

—Es como si emergiera un rayo de luz increíble de entre las tinieblas en las que he tenido que vivir durante toda mi vida.

Se le quiebra la voz y se le escapa una lágrima. Nos quedamos sentados en esta enorme cama, con los cuerpos desnudos, los pasados al descubierto, nuestros corazones a plena vista y totalmente vulnerables, y, sin embargo, nunca me he sentido más segura de querer estar con una persona en mi vida.

Colton me agarra de la barbilla para que alce la vista y lo mire a los ojos.

—¿Te parece bien?

Lo observo, porque no estoy segura de lo que me está preguntando, pero espero que mis suposiciones sean correctas.

Capítulo 38

Colton

—Dios, necesito saber si te parece bien, Ry.

La observo para buscar alguna indicación en su rostro de que está de acuerdo porque, ahora mismo, el corazón me late desbocado y mi pecho se hace cada vez más y más pequeño con cada maldita respiración.

Parpadea para evitar que se le escapen las lágrimas que se acumulan en sus ojos color violeta, los únicos que han sido capaces de ver mi alma y todo lo que había escondido en ella. Rylee se queda en silencio mientras trata de procesar que lo que siempre he dicho que nunca querría, ahora deseo tenerlo con ella.

Mañanas.

Posibilidades.

Un puto futuro.

Ella es mi línea de meta definitiva.

Y, en el fondo de mi corazón, sé con una certeza absoluta lo que siento por esta mujer que llegó de golpe a mi vida, me robó las riendas y, aparentemente, mi corazón, y nunca me soltó. No puedo resistirme a no probar un poquito de Rylee para calmar la aprensión que siento, para calmar la conmoción de un alma que siempre pensé que estaba condenada al infierno. Me inclino hacia delante y la beso con delicadeza para sentir la seguridad silenciosa que ella ni siquiera sabe que me aporta.

Me observo las manos, que tiemblan sobre sus mejillas, y sé que este

estremecimiento no tiene nada que ver con el puto accidente y todo lo relacionado con la curación de mis heridas viejas y cicatrizadas, que jamás pensé que se recuperarían del todo. Alzo la vista para mirarla a los ojos de nuevo, porque cuando se lo diga, quiero que sepa que puede que haya habido muchas mujeres antes de que la conociera, pero ella es la única que oírás esto:

—Te expliqué en Florida que siempre he usado la adrenalina, la emoción y las mujeres para llenar el vacío que siempre he sentido en mi interior. Y ahora...

Niego con la cabeza, porque no estoy seguro de cómo haré que las palabras que no paran de darme vueltas por la mente suenen coherentes. Respiro profundamente, ya que es lo más importante que nunca he dicho.

—Ahora, Ry, nada de eso importa. Eres todo cuanto necesito. Tú. Y los chicos. Y lo que sea que creemos juntos.

Se me eriza la piel, y estoy tan abrumado por el momento, las emociones y la vulnerabilidad que siento que tengo que obligarme a tragar saliva mientras cierro los ojos durante unos segundos. Cuando los abro, la compasión y el amor que reflejan los suyos, la simple noción de ver cómo me ama y me acepta, hace que se me acelere el pulso y me ponga eufórico. Y, con eso, rompo la última barrera de mi pasado.

—Te amo, Rylee —susurro.

El peso que sentía en el pecho se fractura y se rompe en mil pedazos, y mi alma se libera por completo.

Capítulo 39

Me ama.

La idea da vueltas por mi cabeza a toda velocidad y siento la adrenalina que me corre por las venas.

Acaba de decirme que me ama.

Me quedo sin palabras. El corazón se me llena de amor y orgullo por Colton, y la sensación me envuelve como si fuera una manta de posibilidades y despeja cualquier duda que pudiera quedarme.

—Colton...

Estoy tan abrumada a causa de la emoción que ni siquiera encuentro las palabras para explicarle lo que quería decirle hace tiempo.

—*Shhh* —susurra, y me coloca un dedo sobre los labios. Colton sonrío—. Déjame acabar. Te amo, Rylee.

Esta vez lo dice en un tono más certero y firme, como si ya hubiera empezado a acomodarse en este nuevo mundo que acaba de encontrar. Su sonrisa se ensancha y la mía hace lo mismo, aunque Colton mantiene el dedo sobre mis labios.

—Creo que siempre lo he hecho, desde la primera noche. Siempre has sido un foco de luz, una chispa de la que no me podía esconder cuando la oscuridad se apoderaba de mí. Dios, cariño, hemos pasado por tantas cosas que yo...

Deja la frase inacabada y rompe a llorar. Una lágrima solitaria resbala por su mejilla.

Trato de reprimir las ganas de llorar, pero es casi imposible. Rodeo su

rostro entre mis manos y la sensación de su barba de dos días contra mi piel es reconfortante. Lo beso y Colton me rodea entre sus brazos y me acerca a él. Me apoyo contra su cuerpo y le agarro el pelo para inclinarle la cabeza hacia atrás y mirarlo fijamente a los ojos.

—Te amo, Colton. Hace tanto tiempo que quería decirte estas palabras otra vez... —Río, incapaz de contener la felicidad que explota en mi interior —. Te amo. Eres valiente, increíble, complicado, cabezota y guapísimo, y siempre querré más y más de ti...

Sus labios capturan los míos y nuestras bocas se funden en un beso lleno de tanta emoción que no logro contener las lágrimas o los susurros de las palabras que he tenido que reprimir durante tanto tiempo.

Los callos de los dedos de Colton me raspan la espalda cuando me acerca a él, y el roce de su cuerpo de hierro contra la suavidad de mis pechos reaviva las llamas del deseo. Nuestras lenguas se enredan mientras suspiramos juntos, y la necesidad que sentimos se intensifica a medida que profundizamos el beso, hasta que nuestras mentes se quedan en blanco. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo desean que Colton me haga suya.

Me muevo y coloco mi entrepierna en la punta de su erección al mismo tiempo que su lengua me deja débil e indefensa y me marca con su sello invisible solo con ese beso. Le recorro los músculos definidos de los hombros con los dedos antes de enredarlos en su pelo para retenerlo, igual que él ha hecho con todas las partes de mi ser.

Colton se aparta y rompe nuestro beso. Gimo a modo de protesta, porque siento que nunca lograré expresar por completo todo el deseo que siento por él. Observo su pelo alborotado y sus ojos brillantes antes de que sus labios curvados en una ligera sonrisa me atrapen y pongan mi mundo patas arriba. Colton me acaricia la columna vertebral con la delicadeza de una pluma mientras trato de evaluar lo que sus ojos me dicen.

—Déjame hacerte el amor, Ry —murmura con un tono de voz ronco y lleno de afecto.

¿Cuántas veces más piensa dejarme sin aliento esta noche? ¿Cuántas veces más me entregará las piezas rotas de su corazón para que las una de nuevo y lo reconstruya?

Me limito a mirarlo y sonrío ligeramente.

—Siempre lo he hecho.

Niego con la cabeza cuando noto que me pongo roja. La verdad es que es una tontería sentirme avergonzada de mi confesión cuando hemos compartido todo entre nosotros, pero me encanta la chispa de amor que veo en sus ojos y que le deja con la boca abierta cuando oye mis palabras. Le acaricio el brazo y poso la mano sobre su corazón.

—Yo siempre te he hecho el amor, aunque tú no lo supieras.

Suelta una risa y amplía la sonrisa mientras se mueve y nos quedamos tumbados en los cojines que hay detrás de mí. Colton se queda con su rostro a centímetros del mío cuando apoya el peso de su cuerpo en los codos y coloca sus rodillas entre mis muslos.

—Bueno, esta vez ambos lo sabremos —afirma con la respiración entrecortada, y noto cómo su erección ejerce presión contra mi sexo.

Cierro los ojos y mi cuerpo tiembla bajo el suyo, porque necesito y deseo el bombardeo de sensaciones avasalladoras que sé que estoy a punto de sentir.

—Mírame, Ry. —Abro los ojos y alzo la vista para verme reflejada en la belleza de su rostro—. Quiero verte cuando te haga mía. Quiero mirarte mientras me dejas amarte. —Colton se inclina hacia delante y me tienta con el suspiro de un beso antes de fijar sus ojos en los míos—. Te amo.

Y cuando pronuncia esas dos palabras, se abre camino en mi interior y juraría que saltan chispas con nuestra unión, porque esta vez es mucho más que una conexión física. Es el latido de nuestros corazones, nuestras almas y todo lo que somos. Observo cómo se le nubla la vista de deseo y se le oscurece a causa de la emoción que siente cuando me penetra por completo.

—¡Dios! —gime, y empieza a moverse y a estimular todos y cada uno de los nervios en mi interior. Mi cuerpo reacciona instantáneamente. Inclino las caderas y arqueo la espalda para obtener el máximo placer posible de este maravilloso hombre.

Un cúmulo de sensaciones me asalta. El roce de su piel contra la mía. El deseo ilimitado y el amor sin restricciones que hay en su mirada. El gemido de placer gutural que emite. La oleada de calor que me envuelve cuando me penetra una y otra vez y nos movemos al mismo ritmo.

El cuerpo entero me vibra al estar sumida en este momento tan sensual; es una colisión de mil sensaciones que estallan en el momento oportuno y de las que no podría escapar por mucho que quisiera.

La presión aumenta y el placer me catapulta a un estado mental vertiginoso

mientras Colton encuentra una cadencia que le permite alargar cada movimiento para estimular todas mis terminaciones nerviosas. Sigue mirándome fijamente, pero veo cómo el placer está ganando su lucha contra la necesidad de mirarme, por lo que cierra los ojos momentáneamente, tensa la mandíbula, concentrado, y se le acelera la respiración.

—Colton —gimo, y una sensación devastadora pero deseable empieza a recorrerme todo el cuerpo.

Se me tensan los músculos mientras se preparan para la embestida de emociones que tengo casi al alcance. Cuando menciono su nombre, se mueve y desliza las manos por todo mi cuerpo. Después, Colton se pone de rodillas y se sienta. Me acaricia la parte de arriba de mi sexo y me roza el clítoris con el pulgar, y eso hace que mueva las caderas hacia él y le pida más.

Las líneas de concentración que surcan su rostro se desvanecen poco a poco, y Colton esboza una sonrisa lasciva.

—¿Quieres más?

Lo único que puedo hacer es asentir, porque este asalto de sensaciones me ha dejado sin palabras. Colton me agarra por las caderas con cuidado para no hacerme daño en la zona recién tatuada y me sujeta con firmeza mientras sigue sonriendo y moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás a un ritmo constante. Solo puedo concentrarme y tratar de manejar el ataque de pasión que está consumiendo mis sentidos mientras Colton me mira a los ojos y hace que mi placer aumente por momentos. Se me tensan los muslos e inclino la cabeza hacia atrás cuando la fuerza del clímax inminente se intensifica.

Y, después, nada.

Colton se detiene por completo y me roba el orgasmo con una falta súbita de movimiento. Lo miro, frustrada, y me encuentro con unos ojos verdes llenos de alegría y autocontrol.

Se inclina hacia delante y su miembro ardiente llega a profundidades inimaginables dentro de mí. Se me escapa un gemido que ni siquiera he tratado de detener. Colton me agarra los muslos y los acerca a su cuerpo, y mi campo de visión se llena con su rostro. Siento la calidez de su aliento en mi cara y se le tensan los músculos cuando intenta controlar su necesidad de embestirme con total abandono y hacer que ambos lleguemos al clímax como sé que a él le gusta.

—Joder, cariño, me siento como si estuviera tocando el cielo —jadea, y

se inclina hacia delante para besarme.

Me sorprende cuando introduce la lengua entre mis labios y toma las riendas del beso del mismo modo que lo hace con mi corazón. Percibo cómo su autocontrol se desvanece poco a poco y siento cada centímetro de él expandiéndose en mi interior. El deseo que siento aumenta y anula cualquier pensamiento racional.

Su boca sella mis labios y se apodera de mi cuerpo cuando empieza a moverse de nuevo; me toma, me tienta y me incita a enfrentarme a este reto. El fuego que corre por mis venas empieza a arder otra vez, como si fuera lava líquida fundiendo y avivando el infierno que acaba de obligarme a abandonar. Me trago su gemido cuando me embiste más profundamente y chispas latentes de placer prenden cada una de mis terminaciones nerviosas.

Colton mordisquea mi labio inferior, rompe el beso, aumenta el ritmo, me embiste con una desesperación apasionada y apoya su frente en mi hombro. Empieza a temblarme el cuerpo cuando continúa con su ritmo devastador. La habitación se llena de mis gemidos, de sus gruñidos inarticulados y de los golpes de piel contra piel mientras me hace llegar más y más lejos.

Cuando Colton me muerde ligeramente el cuello, me derrito. Una oleada de placer desmesurado se apodera de mí y mi cuerpo se tensa a su alrededor, cae en un abismo extático y se rinde a él.

Colton ha hecho que me olvide de todo excepto de su aroma, sus sonidos, su sabor y su tacto. Me estrello contra un muro de sensaciones mientras susurro su nombre y nuestros cuerpos se funden en uno solo.

—Estás tan *sexy* cuando pierdes el control —murmura, y su barba me cosquillea el cuello.

Colton se queda quieto y, luego, empieza a moverse de nuevo hacia dentro y hacia fuera de mí poco a poco para alargar los últimos restos de mi orgasmo. Me tenso alrededor de su pene y le clavo las uñas en los hombros para aferrarme a él con cada arrebato de placer.

—¡Joder, Ry, me encanta!

Gruñe y empieza a tener espasmos en las caderas cuando mi propio orgasmo consigue que él llegue al suyo. Segundos después, Colton se pone de rodillas de nuevo y me agarra de los muslos para embestirme con fuerza y llegar al clímax.

—Vamos, cariño —jadeo, tratando de seguirle el ritmo y rindiéndome

completamente a sus necesidades.

Su gemido gutural llena la habitación cuando alcanza la meta y se le tensa todo el cuerpo. Justo después, nos damos la vuelta, pero nuestras caderas siguen estando conectadas en el modo más primario del mundo, por lo que me quedo tumbada encima de él con la mejilla apoyada en su pecho, donde oigo los latidos desbocados de su corazón.

Nos quedamos así durante unos minutos mientras nuestros dedos esbozan líneas perezosas en la piel desnuda del otro, recuperamos el aliento y calmamos nuestros pulsos acelerados. El silencio que nos rodea es tan cómodo sin los demonios que solían acecharnos desde las sombras... Sí, una parte de Colton siempre estará permanentemente herida, pero, por primera vez en su vida, ahora tiene a alguien con quien compartirla. Alguien para que le ayude a deshacerse de este peso y a sanar.

Suspiro cuando lo pienso, totalmente satisfecha, y Colton me besa la coronilla.

—Te amo —susurro, abrumada por todo lo que ha sucedido esta noche.

Colton sigue acariciándome la columna con delicadeza. Cierro los ojos y disfruto de la sensación de nuestros cuerpos pegados y de la simplicidad de su tacto. Entonces, trato de adivinar lo que sus dedos están trazando, y giro la cabeza para apoyar la barbilla en mis manos, que reposan sobre su esternón.

—¿Qué? —pregunta inocentemente, a pesar de que esboce una sonrisa traviesa y de que sus ojos reflejen esa expresión pícaro a la que me he acostumbrado y adoro.

Arqueo las cejas y noto la vibración de su risa a través de su pecho.

—¿El alfabeto, As?

Intento que no se me escape una sonrisa, pero no sirve de nada.

—Sí. Hoy en día veo el alfabeto desde una nueva perspectiva —afirma, y deja de trazar letras en mi espalda para acariciarme la columna de arriba abajo.

Mi risa se convierte en un suspiro cuando me agarra el culo. El fuego que se había apaciguado hacía un momento se enciende de nuevo. Colton empieza a endurecerse dentro de mí otra vez y yo comienzo a mojarme a su alrededor cuando el deseo aumenta gracias a la completa conexión que hay entre nuestros cuerpos.

—¿Y qué letra es tu preferida?

Colton suelta una risa que reverbera desde su pecho hasta su pene, que ahora está alerta y enterrado en mí.

—Cariño, la verdad es que me gusta tu V. Es el único sitio en el que quiero estar.

Ni siquiera puedo reírme de su broma estúpida, porque Colton escoge este momento para mover las caderas hacia arriba y mi cuerpo se mueve con él. Su piel me roza los pezones y hace que se me escape un gemido de placer. Cierro los ojos y me relajo mientras sus movimientos me hacen suspirar y obtienen justo lo que buscaban de mí.

—¡Dios!

Suspiro y Colton me saca de mi estado orgásmico poscatatónico y me hechiza una vez más.

Capítulo 40

Colton

La sensación de los rayos de sol sobre mi piel es tan buena como la de la cerveza que me baja por la garganta y las vistas de Rylee, que se agacha delante de mí. «Joder», es lo único que se me pasa por la mente, y cambio de postura mientras pienso cosas que no debería con los chicos aquí.

¿Esto acabará algún día? ¿El deseo de tenerla cerca? ¿El anhelo de verla dormir y despertarme a su lado? ¿Mi necesidad de enterrarme en ella? Solo han pasado tres malditas horas desde que hemos salido de la cama y, joder, me encantaría llevármela a la planta de arriba y hacerla mía de nuevo.

—¡Qué pasa, colega!

Y aquí está la voz que me devuelve a la realidad.

—Hola, Becks.

—Tío, tienes que dejar de mirarla como si quisieras tumbarla en esa hamaca y follártela hasta el fin del mundo —comenta, y le da un buen sorbo a su cerveza.

Bueno, no es tan mala idea.

—Gracias por la imagen, tío, porque la verdad es que me está ayudando mucho ahora mismo —respondo mientras pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que los chicos están lo bastante lejos como para no escucharnos hablar de lo mucho que quiero tirarme a su *sexy* tutora legal. Pero Rylee es como un sueño mojado con patas. Me giro

cuando la veo agacharse y ajustarse la parte de arriba del bañador antes de ponerle crema a Zander.

Niego con la cabeza al recordar su preocupación cuando trataba de escoger qué bañador ponerse para la fiesta en la piscina con los chicos. Incluso con el bañador de una sola pieza que ha tildado de «maternal» se le marcan todas las curvas como si fuese un mapa de carreteras y estuviera tentándome para que la llevase a dar una vuelta por él.

¿Se acercan curvas cerradas? Estoy preparado. Soy un hombre que vive al límite. Me gusta la adrenalina que me aporta. Y la verdad es que me muero por agarrar las llaves de este coche en particular ahora mismo.

A esto sí que se le llama calentar motores.

—Por la mirada bobalicona que tienes, asumo que las cosas van bastante bien, ¿no? —pregunta Becks, que se sienta a mi lado y me distrae de mis pensamientos perversos.

—Muy bien.

Abro otra cerveza y le doy un sorbo.

—Por favor, no me digas que ahora sentarás la cabeza y toda esa mierda.

—¿Sentar la cabeza? Qué va. —Río—. Aunque tendrías que verla con tacones y empujando el carrito de la compra delante de mí.

Visualizo la escena mientras hablo y ese único pensamiento hace que la desee todavía más.

—¿Tú, Colton Donavan, has entrado en un supermercado? —espeta, boquiabierto.

—Sí.

Arqueo las cejas y sonrío cuando veo la expresión de sorpresa en el rostro de Becks.

—¿Y no era solo para comprar condones?

Ya no puedo aguantarme más. Cómo lo quiero, joder. Es muy fácil hablar con él.

—No, ya no es un requisito cuando tienes carnet de socio en un club tan exclusivo.

—Joder, tío, ¿quieres que me atragante con la cerveza? —comenta mientras se limpia las gotas que le resbalan por la barbilla.

—Tengo otra cosa con la que te puedes atragantar —susurro, y fijo la vista

en Rylee de nuevo.

Sigue agachada y mi pequeña erección ansía que la deje campar a sus anchas. Estoy tan concentrado en ella y en mis pensamientos corruptos sobre lo que quiero hacerle después que ni siquiera oigo lo que dice Becks.

—¿Qué? —pregunto.

—Estás embobado, colega.

Lo miro, preparado para defender mi virilidad, y entonces me doy cuenta de que este es el lugar donde quiero estar, con Rylee, que es la mezcla perfecta entre dulce y salado. Así que río en voz alta y me limito a negar con la cabeza, me llevo la cerveza a los labios y me encojo de hombros.

—Mientras esté embobado mirándola a ella, me da igual.

Becks se atraganta de nuevo, pero de la risa esta vez, y le doy una palmadita en la espalda cuando Rylee se gira para mirarnos y asegurarse de que Becks está bien.

—¡Dios mío! Creo que estamos ante el mejor coño vudú que ha domado al puto Colton Donavan.

—¿Domar? Nunca. —Río, niego con la cabeza y me recuesto en la silla antes de mirarlo—. Pero algún gilipollas amigo mío ha hecho que me dé cuenta de lo mucho que me gusta el alfabeto.

—Ese amigo se merece que se lo agradezcan con un camión de cerveza, entonces. —Se encoge de hombros—. Eso, o con una tía muy buena.

Se me escapa una carcajada y agradezco el sarcasmo para evitar hablar de sentimientos profundos y toda esa mierda con la que no me siento muy cómodo hablando. Todavía me estoy acostumbrando a expresárselos a Ry, así que estoy más que seguro de que no me apetece ponerme cursi con Becks también.

—Tiene una amiga que está buena —comento, y arqueo una ceja.

Becks ríe cuando repito lo mismo que le dije la noche que lo convencí para que invitara a Ry a Las Vegas con nosotros.

—Ya lo creo.

Antes de que me dé tiempo a responder, Aiden se tira a la piscina en bomba y nos salpica de la cabeza a los pies. Empezamos a reírnos con las gafas de sol llenas de gotitas de agua y nos olvidamos del comentario.

—Eh —dice, y lo miro—. Tengo que chincharte porque en eso consiste

nuestra amistad, pero me alegro mucho por ti, Wood. Ahora no la cagues.

Sonrío. Menudo cabrón.

—Gracias por el voto de confianza, tío.

—Para eso estamos.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos; ambos observamos a los chicos comportándose como lo que son: niños.

—¿Así que estás preparado?

La voz de Becks me distrae de mis pensamientos y me devuelve a la realidad y en lo que de verdad debería estar centrándome: la carrera de la semana que viene. Será la primera vez que me suba al coche desde del accidente. Tendré que pisar el pedal del acelerador hasta el fondo y darlo todo. Y la verdad es que esa simple idea hace que me suba la tensión.

Pero estoy listo.

—Colega, nací preparado —contesto, y golpeo mi botella de cerveza contra la suya para brindar—. Llegaré el primero a la línea de meta.

—Ya lo creo que sí —añade Becks, y baja la vista para leer el mensaje que acaba de recibir.

Aparto la mirada, la fijo en Rylee de nuevo y me acuerdo de unas braguitas a cuadros que nunca llegué a llevarme a casa. Tengo que remediar eso.

Niego con la cabeza y me acomodo en la silla para observar cómo los chicos saltan a la piscina y juegan. Me quedo sentado y espero a que me asalte la misma sensación de siempre: la punzada de celos que solía sentir cada vez que veía a niños siendo niños, algo que yo nunca tuve la oportunidad de experimentar. Porque incluso después de que me adoptaran, el miedo seguía muy presente. Pero ahora es diferente. Aquella sensación ya no me afecta.

Mi mirada se cruza con la de Rylee, que está al otro lado del porche y me dedica una sonrisa con esos labios tan sensuales. Joder. Se me ponen los huevos duros y se me entrecorta la respiración cuando pienso en que yo soy la razón por la que sonrío así. Esta mujer es mi puta kryptonita.

¿A quién más le permitiría invitar a siete niños a mi casa para que hicieran una fiesta en la piscina y celebrar que ha llegado el verano? ¿Con qué otra mujer podría compartir los demonios que me persiguen y que, en lugar de salir corriendo, me dijera que soy valiente? ¿Quién más se tatuaría para

demostrarme que está en esta relación para quedarse?

La maldita línea de meta, el alfabeto y las sábanas. ¿Cuándo empezó a parecerme bien todo esto?

Niego con la cabeza y finjo que no lo deseo, pero no puedo apartar los ojos de Rylee ni por un maldito segundo.

Alzo la cerveza fresca que Becks acaba de ofrecerme, le doy un sorbo y lo miro. Beckett está observándome mientras niega con la cabeza y se ríe de mí.

—¿Qué?

—Vas a casarte con ella.

Ahora me toca a mí atragantarme con la cerveza. Me inclino hacia delante mientras todos se giran para mirarme y Becks me da palmaditas en la espalda.

—¡Está bien! —exclama Beckett mientras trato de recuperar el aliento y controlar la risa—. Está bien —repite, y percibo el tono divertido que hay en su voz.

—¡Vete a la mierda, Becks! —consigo espetar—. ¡Ni en sueños! Los anillos son para los pardillos.

Repito nuestro antiguo lema en voz alta.

Y, entonces, alzo la vista y veo a Rylee. Sigue en el otro extremo del porche, sentada en el borde de la piscina con una Coca-Cola *Light* en la mano, y hace de árbitro mientras los chicos juegan. Pillan a Ricky, Scooter hace un comentario y Rylee inclina la cabeza hacia atrás y estalla en carcajadas.

Y percibo una especie de luz especial en ella ahora mismo. El sol le ilumina el pelo, su risa adquiere un tono despreocupado y, obviamente, está enamorada de todo el mundo que tiene alrededor. Hay algo en ella cuando está con los chicos que me deja sin palabras. Sobre todo cuando les hace sentir que viven una vida normal, en un sitio en el que nunca me había sentido en casa hasta ahora, hasta que llegó Rylee. Ella hace que piense en el futuro y en cosas que hasta hace seis meses nunca se me habrían pasado por la cabeza.

Seguro que es por culpa de Becks, que me está confundiendo con sus tonterías. El cabrón necesita cerrar el pico y dejar de hablar de cosas que no pasarán.

Nunca.

Entonces ¿por qué cojones estoy preguntándome cómo le sentaría a Rylee

un vestido blanco? ¿Por qué estoy imaginándome cómo sonaría «Rylee Donavan» en voz alta?

Nunca. Trato de deshacerme de esos pensamientos, pero no lo consigo y empiezo a asustarme.

—Ni en sueños.

Río, porque no estoy seguro de si repito las mismas palabras para convencer a Becks o a mí mismo. Observo a Ry de nuevo. Estoy adelantándome a los hechos. Puto Beckett.

—Que me domen es una cosa, pero ¿que me encadenen? —Silbo—. Eso es otra liga en la que no tengo ningún interés en jugar. —Niego con la cabeza una vez más cuando veo la sonrisa burlona de Becks y me levanto de la silla—. Nunca.

—Ya veremos —contesta con una risilla.

—¿Tío, sientes eso?

Levanto los brazos y alzo la cara hacia el sol antes de mirar a Becks de nuevo.

—¿Qué?

—A eso se le llama calor, Daniels. El infierno no se puede congelar si aún hace calor fuera —añado antes de dirigirme a la piscina.

Se acabó la conversación. No quiero hablar más de matrimonios ni mierdas de esas.

¿Es que pretende que me dé un ataque al corazón?

Joder.

—¡Bomba va! —grito antes de saltar al agua y espero causar más revuelo en la piscina que el que Becks está tratando de crear en mi mente.

Capítulo 41

Tengo un *déjà vu* cuando salgo de la caravana antes que Colton. La ola de calor húmedo de Fort Worth me golpea al instante, pero la gota de sudor que resbala por mi espalda no tiene nada que ver con la temperatura, sino con la ansiedad que me corroe.

Por Colton.

Y por el coche de carreras hacia el que nos dirigimos.

Sé que él también está nervioso, lo percibo en el modo en que me agarra la mano con fuerza, pero por fuera solo aparenta ser un hombre que se está preparando para cumplir con su trabajo. Las personas que hay a nuestro alrededor hablan sin parar, pero Colton, Becks y yo salimos de la pista como un solo equipo, totalmente concentrados.

Trato de no pensar en los recuerdos que me bombardean la mente y de parecer tranquila, aunque todas las partes de mi ser estén volviéndose locas por la inquietud.

—¿Estás bien?

El tono de preocupación que percibo en su voz hace que me sienta culpable, ya que debería ser yo quien se lo preguntara a él.

No puedo mentirle. Colton sabe cómo me siento, y si le miento solo conseguiré que se preocupe más. Lo último que necesito es que piense en mí. Quiero que se concentre y se sienta seguro de sí mismo cuando se suba al coche y empiece la carrera.

—Estoy en ello.

Suspiro y le aprieto la mano cuando llegamos a boxes, donde una manada

de fotógrafos espera para inmortalizar la primera carrera de Colton después del accidente. El sonido de los obturadores y las preguntas que gritan me impiden escuchar la respuesta de Colton. Y, a medida que me tenso más y más, Colton parece relajarse y ponerse cómodo, porque este lugar es como su segundo hogar.

Entonces, caigo en la cuenta de que, aunque todo esto me resulte incómodo y desconocido, es una parte de la burbuja en la que Colton solía vivir: rodeado de gritos y *flashes*. Es como si estuviera en su elemento otra vez. El caos absoluto le permite olvidarse de la preocupación que está plagando sus pensamientos, y la verdad es que lo agradezco.

Me aparto hacia un lado y lo observo responder preguntas mientras esboza la sonrisa encantadora que me vuelve loca. Y, por mucho que vislumbre a ese chico arrogante en cada respuesta que da, también veo al hombre que siente total respeto por el deporte que ama y el papel que juega en él. Veo a un hombre que está recuperando las piezas de la seguridad que tenía en sí mismo y que se dejó en la pista de San Petersburgo.

Por poco que me apetezca oír la llamada familiar de «caballeros, enciendan motores», una parte de mí se siente aliviada de que haya vuelto. Mi hombre rebelde y temerario acaba de recuperar el equilibrio en su vida y ha vuelto a casa.

Se hace el silencio a nuestro alrededor y el ruido constante se convierte en susurros a medida que pasan los minutos y nos acercamos al momento en que empieza la carrera. Percibo cómo aumenta la inquietud en Colton, porque no deja de moverse, y me gustaría tranquilizarlo de algún modo, pero tengo miedo de que él note la mía y empeore la situación.

Colton tira el envoltorio de la chocolatina a la basura que tiene al lado y se dirige al box para controlar la programación con Becks y algunos miembros del equipo. Tiene una mirada intensa, pero su lenguaje corporal es fluido. Lo veo alejarse de ellos e inclinar la cabeza hacia un lado para observar su coche durante unos minutos, como si mantuviera una conversación silenciosa con el vehículo.

Se acerca a él poco a poco y el equipo, que todavía está ultimando los

ajustes finales, se aparta. Colton estira el brazo y pasa la mano por la parte delantera del asiento del piloto, como si lo estuviera acariciando. Entonces, da cuatro golpecitos en el lateral del coche con los nudillos, según marca la costumbre. Después del último golpe, se queda con el puño apoyado contra el metal durante un segundo y niega con la cabeza.

E incluso con el caos de las preparaciones de última hora que se llevan a cabo a mi alrededor, no puedo dejar de mirar a Colton. Me doy cuenta de lo equivocada que estaba al esperar que dejara las carreras cuando estaba sentada junto a su cama en el hospital. Advierto que pedirle que lo dejara sería como exigirle que respirara sin aire. Que amara sin que yo fuera la mujer a quien tuviese que amar. Lleva esta profesión en la sangre, es una necesidad para él, y eso nunca ha sido tan evidente como en este momento.

Me pregunto cuán diferente será para él esta carrera sin tener la presión constante de los demonios de su pasado que lo perseguían, sin la necesidad de conducir más deprisa, de correr más para escapar de ellos. ¿Le resultará más fácil o más difícil sin la amenaza que lo ha acechado toda su vida?

El ruido de los altavoces me devuelve a la realidad y me distrae de mis pensamientos y del momento de reflexión de Colton. Cuando se gira para mirarme, nuestras miradas se encuentran al instante. Colton esboza una sonrisa vergonzosa para reconocer que nuestra conexión es tan profunda que no necesitamos utilizar palabras para comunicarnos. Y ese sentimiento no tiene precio.

La gente se posiciona a nuestro alrededor, pero, sin apartar la mirada de mis ojos, Colton golpea el coche dos veces más antes de dirigirse hacia mí.

—¿Has empezado una nueva tradición? —pregunto con la ceja arqueada, una amplia sonrisa y el corazón lleno de amor—. ¿Dos golpecitos más para que te dé suerte?

—No. —Sonríe y se le arruga la nariz en un gesto muy encantador que contrasta exponencialmente con su expresión seria. Se me derrite el corazón—. La única suerte que necesito está delante de mí —añade, y se inclina hacia delante para darme el beso más tierno del mundo.

Nos quedamos así durante unos segundos.

Las emociones me amenazan y se revelan en mi interior mientras trato de convencerme de que este gesto de afección repentina no es porque el destino me está ofreciendo un último recuerdo con él porque le va a pasar algo malo

otra vez. Intento luchar contra el ardor de las lágrimas que se acumulan en mis ojos desesperadamente para disfrutar del momento, pero sé que lo sabe, que nota que estoy nerviosa, porque me rodea el rostro entre sus manos cuando se aparta y me mira fijamente.

—Estoy bien, Ry. No me pasará nada.

Me obligo a oír la convicción con la que lo afirma para relajarme un poco y ser fuerte por él.

Asiento sutilmente.

—Lo sé...

—Cariño, Dios aún no quiere que vaya con él, y creo que el infierno no sería capaz de aguantarme, así que tendrás que conformarte con tenerme a tu lado.

Me dedica una sonrisa que expone todo lo que nunca creí que fuera *sexy*: su impredecibilidad, su espíritu aventurero y su arrogancia. Y ahora no puedo apagar la llama que acaba de encenderse en mi interior.

—¿Así que tendré que conformarme con tenerte a mi lado, eh?

Se acerca a mí y coloca la boca junto a mi oído.

—Más bien con tenerme dentro de ti —susurra, y su aliento cálido contra mi oreja hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo—. Así que, por favor, dime que llevas algún tipo de braguitas a cuadros como los de la bandera de la línea de meta, porque me muerdo de ganas de cogerte en brazos y conducirte ahora mismo.

Mis extremidades se tensan cuando proceso sus palabras. Y quizá es la adrenalina y la emoción en exceso que siento al estar en un momento tan preciado y que el destino nos arrebató tan brutalmente hace unos meses, pero no hay nada que me apetezca más ahora mismo que Colton.

—Me gustan los hombres dispuestos a suplicar —afirmo para tentarlo mientras le paso las manos por el pelo, que le llega a la altura del cuello de su traje ignífugo.

—No tienes ni idea de lo mucho que estoy dispuesto a suplicar cuando se trata de ti, cielo. —Me desarma con una sonrisa pícara, y sus palabras me dejan sin aliento—. Además, mis súplicas siempre consiguen que acabes gimiendo, y ese es el sonido más *sexy* del mundo.

Suspiro, frustrada, porque lo necesito y lo deseo desesperadamente justo

cuando no puedo tenerlo... y sé que mi anhelo es tan intenso precisamente por eso. Empiezo a hablar, pero me interrumpen los primeros acordes del himno nacional. Colton me sujeta el rostro con firmeza y me mira unos segundos más antes de darme otro beso rápido en los labios y en la nariz. Después, se gira hacia la bandera, se quita la gorra de la suerte y se coloca una mano sobre el corazón.

Mientras la canción suena y llega a sus últimas notas, respiro profundamente y me preparo para los próximos minutos, para ser fuerte y no mostrarle a Colton que mi miedo sigue latente, a pesar de lo convencido que está de que todo irá bien. Y, entonces, el caos desciende sobre nosotros en cuanto la multitud empieza a chillar.

Colton acaba de vestirse y se pone los guantes. Se encienden los motores y el estruendo reverbera por todo mi pecho. Colton se concentra y escucha a Becks mientras se prepara para lo que tiene que hacer.

La superstición me dice que haga que esta carrera sea diferente. Que me sitúe detrás de la valla sin la ayuda de Davis. Que haga lo que sea para no dejar que se repita la misma historia. Y, entonces, oigo que Colton me llama y destruye mis propósitos con fragmentos de nostalgia.

—¿Rylee?

Alzo la vista al instante y me quedo sin aliento con sus palabras y los recuerdos agridulces que evocan. Lo miro fijamente mientras se dirige hacia mí e ignora el comentario de Becks, que le informa de que la carrera está a punto de empezar.

Abro la boca y frunzo el ceño.

—Dime.

Estira los brazos más allá de la pequeña valla que nos separa y me acerca hacia su cuerpo para que nuestros corazones latan el uno contra el otro.

—¿De verdad pensabas que iba a dejar que te marcharas sin que te lo dijese?

La sonrisa que esbozo debe de ser muy amplia, porque me duelen las mejillas. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero esta vez no es de miedo.

Sino de amor.

De adoración incondicional por este hombre que me abraza con fuerza.

—Te amo, Ryles.

Lo dice en una voz baja y ronca, e incluso con todo lo que tenemos a nuestro alrededor —motores calentándose, graderías a rebosar de gente, el ruido de los altavoces—, lo oigo claramente.

Sus palabras me llegan al corazón y se enredan en él para unirnos. Respiro entrecortadamente y le sonrío.

—Yo también te amo, As.

Colton esboza una sonrisa traviesa antes de besarme profundamente.

—Es hora de llevarme a casa esa bandera a cuadros, cariño.

—Ve a por ella.

—Nos vemos en la línea de meta —añade, y me guiña el ojo antes de darse la vuelta y dirigirse hacia los miembros del equipo, que están esperando a su piloto.

Observo cómo le ayudan a ponerse el casco, embobada a causa del amor y el miedo que siento, y luego dejo que Davis me guíe por las escaleras hacia los boxes para ver la carrera desde un sitio elevado. Me pongo los cascos mientras miro por el ventanal y contemplo cómo le ajustan el dispositivo HANS a Colton, le ponen el arnés y aseguran el volante.

—Comprobando la radio, Wood. —La voz incorpórea de un miembro del equipo me llega a través de los cascos y me sobresalta—. Un, dos, tres, probando.

Se hace el silencio durante unos segundos y miro hacia abajo como si pudiera ver a Colton a través del casco y el personal que lo rodea.

—Un, dos, tres, probando —repite el hombre.

—A, B, C, probando —contesta Colton.

—¿Wood? —pregunta el hombre por el micrófono con un deje de confusión en la voz—. ¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor. —Ríe—. Solo estaba saludando al alfabeto.

Y los nervios que me consumían se disipan de inmediato.

—¿Al alfabeto?

—Sí. De la A a la Z.

Quinlan me agarra de la mano y fijo la vista en el marcador que hay en la

esquina superior de la pantalla que indica las vueltas que quedan para llegar a la meta.

Diez.

Diez vueltas para sentir las mismas sensaciones: nervios, emoción, desesperación, esperanza, amor... justo como en las últimas doscientas treinta y ocho vueltas. Me he puesto en pie, me he sentado, he deambulado por el box, he gritado, he rezado y he tenido que recordarme a mí misma que respirara.

—Lo conseguirá —susurra Quinlan a mi lado, y me aprieta la mano con más fuerza.

Aunque estoy de acuerdo con ella en que Colton ganará la carrera gloriosamente, no quiero decirlo en voz alta por miedo a gafar el resultado.

Miro hacia abajo, donde Becks habla con otro miembro del equipo furtivamente. Están tan cerca el uno del otro que casi se tocan mientras escriben en una hoja de papel. No sé mucho sobre las carreras de coches, pero sé lo bastante como para percibir que están preocupados de que haya un margen tan pequeño en los cálculos que han hecho del nivel de gasolina que puede que Colton no tenga suficiente para la vuelta final.

Observo la pantalla y veo cómo el contador de vueltas disminuye cada vez más; se me acelera el corazón de los nervios cuando marca que quedan cinco vueltas.

—Mason sigue en cabeza a toda velocidad —dice el comentarista en un tono ansioso, muy diferente a su habitual voz estoica.

—Diez-cuatro.

Es lo único que responde Colton, y su tono refleja concentración.

—¡Colton irá a por ello! —exclama el comentarista.

Contemplo la pantalla que tengo delante para ver un primer plano de lo que estoy presenciando en la pista, y se me tensa todo el cuerpo a causa de la anticipación que me consume cuando veo a los pilotos iniciar la tercera vuelta; son masas de metal compitiendo a velocidades inhóspitas. Juraría que todo el mundo se inclina hacia delante para ver el espectáculo más de cerca. Aprieto los puños y me pongo en pie, como si eso me ayudara a ver más, y empiezo a rezar mientras Colton y Mason compiten por la primera posición.

Oigo al público a la vez que fijo la vista en la pantalla de nuevo, justo a tiempo para ver cómo los neumáticos traseros de ambos coches se rozan.

Mason trata de alejarse con un movimiento brusco y se estrella contra la pared que tiene a su derecha, mientras que Colton gira demasiado y acaba en el bancal de asfalto por la fuerza del roce.

Todo el mundo en boxes se levanta al instante, porque el mismo sonido en una pista diferente hace estragos en nuestros nervios. Me cubro la boca con las manos y me asomo por la ventana abierta para ver la pista.

—¡Colton! —grita Becks a la vez que resuello, y observo un coche rojo que derrapa descontrolado hacia el borde de la pista.

Normalmente, Colton contestaría al instante, pero se queda en silencio. Y creo que una pequeña parte de mí muere en ese momento. Una parte diminuta que sabe que siempre tendré que vivir con un sentimiento de preocupación y el recuerdo de las emociones desgarradoras que se apoderaron de mí en el accidente de Colton, cada vez que vea humo o que ondeen la bandera amarilla.

Becks estira al visera de su gorra de béisbol y mira hacia la pista con atención. La ansiedad me consume; sin embargo, todavía noto las semillas de tranquilidad que Colton ha plantado antes en mi interior con la seguridad que sentía, preparado para arrancar motores y vencer. Y no puedo imaginarme lo que estará pasándole por la cabeza, la mezcla de emociones y recuerdos, pero no lo demuestra. El coche no disminuye la velocidad ni un poquito.

Y aún no ha dicho ni una palabra.

—Vamos, hijo —susurra Andy a nadie en particular.

Está a mi lado y agarra el borde de la mesa con fuerza hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Solo han pasado segundos, pero parece que haya sido una eternidad mientras observo cómo Colton se dirige al césped del centro de la pista, directo hacia el muro de contención, antes de que enderece el coche milagrosamente.

Y, entonces, todos los que estamos en el box suspiramos, aliviados, cuando la luz roja y azul eléctrico del morro del coche se encienden de nuevo y Colton continúa avanzando por el asfalto; todo vuelve a estar bajo control. Él sigue en cabeza. La voz de Colton nos llega a través de los cascos.

—¡Eso es! —grita, y una oleada de emociones estalla en su voz y a través del radiotransmisor—. ¡Yuju! —añade, y percibo el subidón de adrenalina que se apodera de él.

—¡A por ello, Colton! —exclama Becks, que camina de un lado a otro en la planta de abajo.

Beckett suspira y se quita los cascos y la gorra durante unos segundos para recuperar la compostura antes de ponérselos de nuevo.

Quedan cuatro vueltas.

Siento que puedo respirar otra vez, aunque sea un manojo de nervios, me retuerza los dedos y tenga las esperanzas por las nubes. «Vamos, cariño. Puedes conseguirlo», le digo mentalmente, y espero que sienta mi energía con la de los centenares de personas que lo animan desde las gradas.

Quedan tres vueltas. No puedo soportarlo más. Mi cuerpo tiembla, y no solo por las vibraciones de los motores de los coches que pasan por delante de nosotros, uno detrás de otro en una sucesión infinita. Me aparto de la mesa y me encojo de hombros cuando Quinlan me pregunta adónde voy con la mirada. Quiero estar lo más cerca posible de Colton, así que bajo las escaleras corriendo.

—¡Solo quedan dos vueltas, colega! —grita Beck por el micrófono cuando llego al último peldaño y me quedo pegada contra la pared.

No veo muy bien la pista desde aquí, pero sonrío cuando Becks mira la pantalla, niega con la cabeza y empieza a dar saltitos; su energía es palpable.

Le echo un vistazo a la clasificación y veo que Colton sigue en cabeza; luego desvío la vista hacia la tribuna de las banderas, porque están a punto de enseñar la de color blanco para indicar que es la última vuelta. Y, justo entonces, la ondean, y casi se me sale el corazón por la boca. Becks alza el puño en el aire y agarra el hombro de un miembro del equipo que tiene al lado.

Alguien me roza el hombro. Me giro y veo que es Andy, que me dedica una mirada cautelosa que le ilumina el rostro cuando aparece la bandera a cuadros en la línea de meta. Observo la pista, pero una hilera de hombres vestidos con trajes ignífugos que se han puesto de pie sobre el muro de contención me tapa la vista. Contemplan la línea de meta atentamente y anticipan el resultado final de la carrera.

Y después lo oigo.

El rugido de la multitud y los gritos de júbilo del equipo mientras saltan y exclaman a modo de victoria. Me siento tan abrumada por mis emociones que ni siquiera sé quién agarra a quién, pero soy consciente de que Andy y yo nos

fundimos en un abrazo de alegría. Lo ha conseguido. Colton ha ganado.

Los siguientes minutos pasan en una secuencia de momentos borrosos mientras todo el mundo se abraza, choca los cinco con alguien, se quita los cascos y se dirige hacia la línea de meta. Los motores siguen resonando cuando Colton aparca en su sitio tras dar la vuelta de honor.

No sé cuál es el protocolo a seguir para los que no forman parte del equipo, pero estoy en medio de todo el personal, tratando de abrirme camino entre ellos para ver a Colton. No hay nada en el mundo que pudiera mantenerme alejada de él ahora mismo.

Los periodistas y los fotógrafos me tapan la vista. Se me acelera el pulso, me duelen las mejillas de tanto sonreír y se me llena el corazón de amor; estoy tan ansiosa por verlo que me dan ganas de empujar a todo el mundo para que se aparten del medio.

Cuando se mueven para conseguir un mejor plano, veo a Colton delante de mí, aceptando la felicitación de Becks, llevándose un Gatorade a los labios y pasándose la mano por su pelo alborotado. Tiene la expresión más alegre del mundo pintada en el rostro: cansancio mezclado con alivio y orgullo.

Y, entonces, como si sintiera que lo estoy observando, nuestras miradas se encuentran y me dedica una sonrisa que hace que se me pare el corazón. Fijo la vista en sus ojos y juraría que saltan chispas entre nosotros a causa de nuestra conexión. Colton no contesta a Beckett, lo deja atrás y empieza a abrirse camino a través de la multitud, que se mueve con él. No aparta la vista de mis ojos hasta que lo tengo delante.

Un instante después, me rodea entre sus brazos y me levanta mientras echa la cabeza hacia atrás y emite la risa más despreocupada que he oído en mi vida antes de besarme. Mil cosas suceden a nuestro alrededor, todo es un completo caos, pero no es nada comparado con el modo en que Colton me hace sentir ahora mismo.

El mundo entero y las cosas que habitan en él dejan de existir, porque estoy justo donde debo: entre sus brazos. Noto la calidez de su cuerpo presionado contra el mío en lugar de los medios de comunicación que nos rodean y tratan de conseguir la foto perfecta. Respiro su aroma; jabón y desodorante mezclado con un día entero de trabajo duro, y mis feromonas se despiertan y le suplican a Colton que me haga suya, me domine y me marque con su aroma. Pruebo el sabor residual del Gatorade en sus labios, pero no

basta para saciar el deseo que me recorre todo el cuerpo, porque cuando se trata de Colton, catarlo nunca será suficiente. Oigo su risa de nuevo cuando interrumpe nuestro beso y apoya su frente en la mía durante unos segundos; el sonido eufórico reverbera en su pecho.

—¡Lo has conseguido!

—No —discrepa, y se aleja unos centímetros para mirarme a los ojos—. Lo hemos conseguido, Ry. Lo hemos logrado juntos, porque no podría haber ganado sin ti.

El corazón me da un vuelco y me siento como si el estómago se me fuera a salir por la boca, como si estuviera en caída libre. Y, en cierto sentido, lo estoy. Porque mi amor por él es infinito, no tiene límites, es eterno.

Le sonrío y las lágrimas me nublan la visión mientras le planto otro beso casto en los labios.

—Tienes razón —susurro—. Lo hemos conseguido.

Me abraza con fuerza una vez más, me deja en el suelo mientras me dedica otra de sus sonrisas que me paran el corazón y regresamos a la realidad. Doy un paso hacia atrás para que todo el mundo tenga la oportunidad de felicitar a Colton, pero no puedo dejar de pensar en sus palabras: «Lo hemos conseguido».

Observo al hombre al que amo y sé que lo que ha dicho nunca ha sido tan cierto. Lo hemos conseguido de verdad. Nos hemos enfrentado a nuestros demonios juntos.

Su pasado, sus miedos y su vergüenza.

Mi pasado, mis miedos y mi tristeza.

Colton clava la vista en mí en mitad de una pregunta de la entrevista que le están haciendo, me guiña el ojo y esboza una sonrisa. Una oleada de orgullo, amor y alivio me engulle por completo.

Madre mía.

Lo hemos conseguido de verdad.

Capítulo 42

Me recuesto en la silla y observo cómo Zander y su terapeuta trabajan juntos; el corazón me da un brinco al verlo tan involucrado. Por fin ha empezado a contarle más cosas y está más cerca de sanar emocionalmente. Permito que el orgullo que siento por él me llene el corazón y las lágrimas me nublen la vista, porque lo está consiguiendo.

Lo está logrando de verdad.

Salgo de su habitación, que es donde se lleva a cabo esta sesión, y me dirijo a la cocina mientras escucho la música que sale del cuarto de Shane y el ruido de las conversaciones animadas del resto de chicos, que están jugando con los Lego en el jardín trasero. Dane está acabando de vaciar el lavavajillas cuando entro en la cocina, por lo que me siento en uno de los taburetes y suspiro, agotada.

—¡Estoy de acuerdo! —dice. Cierra un cajón y se sienta a mi lado—. Bueno... —añade cuando no digo nada—. ¿Cómo va con el Adonis *quitabragas*?

Pongo los ojos en blanco.

—Ya te gustaría que fuera un Adonis *quitacalzoncillos*

—contesto con un resoplido.

—Ya lo creo que me gustaría, pero he perdido la esperanza de convencerlo para que se una al bando de los buenos. Solo un hombre ciego sería incapaz de ver el modo en que te mira.

—Oh, Dane.

Suspiro y esbozo una sonrisa cuando pienso en Colton y en lo bien que nos

han ido las cosas durante estas últimas semanas. En el ritmo reconfortante que hemos establecido entre nosotros sin ni siquiera haberlo hablado. Todo es tan natural... Como se supone que debería ser. Ya no hay más dramas, ni falta de comunicación ni la necesidad de esconder secretos.

—Todo va genial. No podría ser más perfecto.

Y cuando lo digo, lo creo de verdad. Ya no me paso los días esperando a que aparezca el siguiente problema, como antes. Ahora es lo contrario. Ya no espero que suceda nada, porque si estar con Colton me ha enseñado algo es que nuestro amor no es paciente o bondadoso, sino que es únicamente nuestro.

—¿Así que vivir juntos no ha sido un completo desastre?

—No —respondo mientras pienso en que ha sido más bien lo opuesto—. La verdad es que está siendo una experiencia increíble.

—Venga ya, seguro que hay algo de él que desquiciaría a cualquiera —bromea.

—Qué va, es bastante perfecto —contesto, y me alegro de tener la oportunidad de decir que algo es perfecto para referirme a mi relación con Colton.

—No me lo creo —replica, y golpea la encimera con el puño—. Seguro que se mete el dedo en la nariz de vez en cuando, ronca superfuerte o se tira pedos.

—¡No!

Me echo a reír y veo cómo Dane intenta aguantarse la risa con todas sus fuerzas, pero no lo consigue.

—Seguro que estás mintiendo, Ry, porque no hay ningún hombre que sea tan perfecto. —Se encoge de hombros—. Bueno, a menos que se trate de mí.

—Claro, por supuesto —musito, y río y niego con la cabeza—. Veamos... —Me quedo un rato pensando para encontrar algo que lo satisfaga—. Una vez se negó a comprarme una caja de tampones cuando volvía del trabajo a casa.

La expresión en su rostro no tiene precio; se ha quedado boquiabierto y con los ojos como platos.

—¡Será imbécil! —espeta con asco antes de negar con la cabeza—. Joder, acaba de ganar veinte puntos más. Cielo, no puedes pedirle a un Adonis alfa como él que te compre tus productos femeninos. Es lo equivalente a pedirle que se corte los huevos y te los entregue en una bandeja.

La risa hace que casi se me escape por la nariz el agua que estaba bebiendo.

—¡Dane!

—Bueno, es verdad. —Se encoge de hombros—. Me alegra ver que todavía los conserva.

—Sí, claro —digo entre risas—. Solo porque los quieres para ti.

—A ver —comenta—, la verdad es que haríamos muy buena pareja, y me gusta que las personas con las que salgo sigan teniendo los huevos en perfecto estado.

Y con ese comentario escupo el siguiente sorbo de agua que tenía en la boca, lo cual me hace reír más y más fuerte. Tardamos unos pocos minutos en calmarnos, porque cada vez que nos miramos a los ojos, estallamos en risas de nuevo.

Tengo que quedarme unas horas más en la oficina otra vez. Haddie irá a recogerte por mí. Te llamaré cuando vaya para casa. «Crash My Party», Luke Bryan. Besos, Colton.

Se me derrite el corazón y se me llena el alma de calidez cuando veo el título de la canción que me ha escrito en el mensaje. Colton es mi hombre alfa sentimental, rebotante de contradicciones constantes. Suspiro para deshacerme de la decepción que siento, porque hoy lo he echado mucho de menos, pero me alegra muchísimo pasar un rato con Haddie. Últimamente no he podido verla tanto como querría. Agarro el teléfono y le contesto:

Te echo de menos. Vuelve a casa rápido. «All of Me», John Legend. Besos.

Miro la hora y me doy cuenta de que el tiempo ha pasado volando, así que empiezo a recoger mis cosas y a despedirme de los chicos.

Cuando salgo de casa, Haddie me espera en su coche, que está aparcado en la calle. Abro la puerta del copiloto y oigo que grita de felicidad.

—¡Pero qué ven mis ojos! ¡Me alegro de verte!

—¡Lo sé! —contesto, y nos abrazamos por encima de la palanca de cambios.

Después, Haddie enciende el motor y nos ponemos en marcha entre risas.

Inclino la cabeza hacia atrás, muerta de risa al igual que Haddie, cierro los ojos durante un minuto y dejo que el aire que entra por la ventanilla abierta me acaricie el rostro. El viento se disipa poco a poco a medida que Haddie sube la ventanilla, y me vuelvo para verla con la mirada clavada en la carretera que se extiende delante de nosotras.

—Gracias por venir a recogerme. Si hubiera sabido que Colton se iba a quedar trabajando hasta tarde no habría dejado que me llevara a trabajar. Lo siento.

—¡Lo sé, eres tan pesada...! —bromea, y pone el intermitente para girar a la izquierda—. Ya que el señor tío bueno te ha dejado tirada, ¿qué te parece si nos vamos a tomar algo para ponernos al día? Por ejemplo, podrías explicarme por qué, aunque todas tus cosas estén en nuestra casa, nunca estás ahí... a pesar de negar una y otra vez que te has ido a vivir con Colton «oficialmente».

Río y niego con la cabeza.

—No quiero gafar las cosas. —Me encojo de hombros—. Ya sabes cómo soy.

—Sí, lo sé. Y por eso mismo iremos a tomarnos unas copas, para que te relajés y me lo cuentes todo.

Por mucho que quiera explicárselo todo, estoy agotada.

—¿Por qué no vamos a casa de Colton, nos sentamos en el porche y observamos el mar con una copa de vino? Además, mira cómo voy vestida —añado, y le echo un vistazo a mi camiseta y mis vaqueros.

—Es exactamente lo que pensaba que dirías.

Haddie alarga el brazo para agarrar algo del asiento de atrás y me coloca una bolsa en el regazo. Cuando alzo la vista para mirarla, se limita a sonreír.

—Buen intento, Ry, pero vamos a salir a tomar algo. —Hace un gesto con la cabeza y señala hacia la bolsa—. Una camiseta, unos zapatos muy *sexys* y maquillaje.

—¿Qué? —pregunto, sorprendida, aunque en realidad no me extraña que

se salga con la suya.

—¡Date prisa! Estoy conduciendo hacia allí ahora mismo y estás perdiendo el tiempo. —Río y niego con la cabeza—. Me darás las gracias antes de que acabe la noche.

Nos detenemos frente a un semáforo en rojo y Haddie agarra el teléfono para enviar un mensaje rápido antes de dejar el móvil donde estaba y mirarme.

—No tienes escapatoria, Thomas. Echo de menos a mi amiga y quiero tomarme unas copas, fin de la historia.

La luz cambia y Haddie acelera con una sonrisa. Dios, cómo la quiero.

No presto mucha atención al sitio al que nos dirigimos porque me estoy mirando en el espejo del parasol mientras me maquillo y me arreglo el pelo. Lo único que Haddie dice es que me lo deje suelto cuando trato de recogermelo con un clip. Hablamos de nuestro día durante un rato y, cuando cierro la cremallera de mi estuche de maquillaje, me suena el móvil.

Rebusco en el bolso para encontrarlo y, entonces, veo que es Colton. Lo primero que pienso es que ya ha salido de trabajar y que puede venir a tomar algo con nosotras.

—¡Hola! —saludo mientras meto todo en el bolso de nuevo y lo dejo en el suelo del coche.

—Hola, cariño.

Solo con oír su voz se me llena el corazón de amor.

—¿Ya has salido de trabajar?

—Te he mentado —confiesa, y me siento confusa—. No estoy trabajando. Estaba ocupado preparando la cita perfecta para ti, así que mira hacia arriba porque la noche solo acaba de empezar.

Alzo la vista y no logro contener un sollozo cuando veo el descampado y la feria silenciosa que tengo delante. La noria quieta, la caseta de juegos vacía y la barrera de acceso.

—Colton, ¿qué...? ¿Por qué? —intento preguntar cuando me deshago del asombro que se ha apoderado de mí.

Su risa divertida resuena al otro lado de la línea.

—No hemos tenido una cita de verdad desde la noche que fuimos a la feria, así que pensé que esta sería la mejor manera de empezar la de hoy. Sé

que no te gustan las sorpresas, pero prométeme que me seguirás el rollo. Hazlo por mí.

¿Qué? Madre mía.

—Sí... por supuesto —tartamudeo.

—Nos vemos pronto —añade, y cuelga.

Miro a Haddie inmediatamente, que esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Tú! —exclamo, y se me quiebra la voz porque estoy abrumada de tantas emociones a la vez—. ¿Tú lo sabías?

—¿Que los hombres tienen pene? —Ríe y me dedica una expresión irónica—. ¡Pues claro que sí!

Me quedo sentada en el coche boquiabierta mientras observo a mi alrededor y trato de procesar que el hombre que jura y perjura que no es romántico es, en el fondo, un románticón empedernido.

—¿Cómo...? ¿Qué?

Intento formar preguntas coherentes, pero me resulta muy difícil.

—Colton ha pensado que te merecías una cita de verdad, una noche para agradecerte que permanecieras a su lado después de todo por lo que habéis pasado, así que me pidió que lo ayudara. —Se encoge de hombros—. Me pareció muy buena idea, así que aquí estamos.

Se me llenan los ojos de lágrimas y suspiro profundamente, porque todavía intento comprender por qué estoy delante de la misma feria siete meses después de aquella cita. Haddie estira el brazo para agarrar otra cosa del asiento de atrás y saca algo más grande que una caja de zapatos.

Me echo a reír.

—¿Tienes una tienda en el coche?

—No, esto es lo último.

Coloca la caja en mis manos. Toso, inquieta; no porque esté nerviosa de verdad, sino porque no me gustan las sorpresas o no tener el control.

Colton me conoce muy bien.

Permanezco sentada mientras admiro la caja rectangular de color gris y no puedo evitar sonreír cuando me acuerdo de algo que Colton me comentó hace mucho tiempo: «A veces no tener el control es extremadamente liberador».

—Madre mía, Rylee, abre la maldita caja de una vez. ¡El suspense me está matando! —exclama Haddie a mi lado, y percibo cómo le vibra todo el

cuerpo de los nervios.

Suspiro profundamente y levanto la tapa un poquito, como si algo fuera a salir disparado del interior. Cuando la retiro, veo un envoltorio negro encima de un papel de regalo a cuadros blancos y negros con mi nombre. Lo sujeto y saco el papel que hay dentro.

Ryles,

Sé que seguramente te preguntes qué cojones está pasando, así que déjame explicártelo. Siempre pones a los demás por delante: a mí, a los chicos e incluso a cualquier perro vagabundo que te encuentres por la calle. Así que pensé que ya era hora de cambiar la dinámica para que hoy seas tú la protagonista. Con la ayuda de otras personas, he preparado una búsqueda del tesoro para ti. Para conseguir el premio, tendrás que seguir adelante y responder todas las pistas correctamente.

Buena suerte.

Esta es tu primera pista: la feria fue el lugar donde me di cuenta de que eras mucho más de lo que me esperaba. Cuando estábamos en lo alto de la noria supe que, por mucho que lo intentara, contigo no podía tener algo casual y pasajero, porque te merecías mucho más que eso. Así que el primer objeto te espera en la primera atracción en la que nos subimos.

Con amor,

Colton.

Me enjugo las lágrimas y trato de no estropearme el maquillaje que acabo de ponerme, pero es prácticamente imposible. Haddie me aprieta el brazo para ayudarme a calmarme. La miro e intento comprender lo mucho que le ha costado a Colton organizar todo esto y poner por escrito las palabras que tanto le cuesta expresar.

—Sal de una vez del coche y ve a por tu hombre antes de que me dé un ataque al corazón —dice Haddie, y me da un empujoncito en el hombro para que abra la puerta.

Salgo del coche. El corazón me late desbocado mientras me hago a la idea de que le importo lo suficiente a Colton como para que haga esto por mí. Me dirijo a la entrada vallada y veo que hay una barrera abierta. La atravieso y me adentro en la feria desierta. Mi respiración se acelera a cada paso que doy

cuando me invaden los recuerdos de la última vez que estuve aquí. Perritos de peluche, besos robados y algodón de azúcar. Eran desafíos para un chico malo que ya me había robado el corazón, por mucho que yo no quisiera admitirlo en ese momento. Recuerdo miedos, principios y una sonrisa pícaro en su maravilloso rostro.

Llego a la zona de atracciones y me dirijo a las tazas giratorias. Resuello, asombrada, cuando veo a Shane y a Connor emerger de la taquilla sumida en la oscuridad con amplias sonrisas en el rostro mientras sujetan una caja.

Me llevo una mano al pecho de la sorpresa. Adoro a Colton por haber incluido a mis chicos en esta búsqueda del tesoro. Por dejarles que lo ayudaran a hacer algo bonito por mí.

—¡Chicos! —exclamo. Salgo corriendo hacia ellos y me percató de la mirada traviesa con la que me observan—. ¿Me estabais ocultando todo esto?

Doy un paso hacia delante y los abrazo mientras reímos.

—¡Juramos que guardaríamos el secreto! —exclama Shane, y se pone rojo.

—Colton nos dijo que no nos meteríamos en problemas por mentir —añade Connor, y niega con la cabeza.

—No. —Río, totalmente abrumada por toda esta situación—. Nunca os meteríais en problemas por algo como esto.

Shane se aclara la garganta y fijo la vista en él.

—Tenemos tu siguiente pista.

—Vaya, de acuerdo —comento entre risas, y me pongo nerviosa de nuevo.

—Tienes que responder a esta pregunta para que te la demos, ¿de acuerdo? —Asiento—. ¿Cuál es la primera palabra que se te pasa por la cabeza cuando ves el objeto que Connor está sujetando?

Connor sostiene un patito de goma de color amarillo. Estallo en risas y se me saltan las lágrimas. Niego con la cabeza mientras trato de contener la risa, pero no lo consigo.

—¡Cuac! —exclamo.

Y, entonces, me acuerdo de cuando lo gritamos en mitad del frío aire de la mañana, en el jardín delantero de la casa de Palisades. También recuerdo una habitación de hotel en Florida y la variedad de animales que le lancé a Colton cuando trataba de proteger mi corazón de verdades descabelladas. Recuerdo

ser tan cabezota que no oí lo que me dijo.

Pero ahora sí que lo estoy escuchando. No es el único que ha aprendido algunas lecciones en el tiempo que llevamos juntos.

Connor y Shane gritan de alegría y me entregan otro sobre. Lo abro a toda prisa y lo leo.

Tengo los recuerdos de esta siguiente pista grabados a fuego en mi mente igual que los tatuajes en mi piel. Estabas tan sexy... ¡Joder! «Por si necesitas algo dulce después de que te ensucie». ¿Dónde comprarías algo así?

Me pongo tensa de cintura para abajo cuando pienso en Colton y el algodón de azúcar, y sonrío, pero después me siento rara por estar pensando en estas cosas al lado de los chicos.

—¿Estaréis bien? —pregunto inmediatamente.

Ambos ponen los ojos en blanco.

—No estamos solos —afirma Shane—. ¡Ahora vete a averiguar el resto de pistas!

—De acuerdo —contesto todavía más emocionada.

Les beso en la coronilla y atravieso la feria corriendo mientras me dirijo a la parada de algodón de azúcar. Con cada paso que doy, espero encontrarme a Colton, esbozando una sonrisa pícara y esperándome para sorprenderme.

Pero cuando llego, no hay nadie.

Empiezo a ponerme nerviosa, porque todo está muy silencioso. Después de rodear la zona, doblo una esquina, alzo la vista y veo una máquina de algodón de azúcar en una gradería. Me acerco más y se me escapa un grito cuando veo a Ricky y a Jackson con delantales y sonriendo.

—¡Ya no puedo esperar más! —dice Ricky, que saca una caja de detrás del mostrador y me la entrega. Jax y yo rompemos a reír al darnos cuenta de lo entusiasmado que está de formar parte de todo esto.

Abro la caja y encuentro la pala de una subasta con un mensaje escrito en ella:

Vuelve al lugar donde todo empezó. Donde aprendí que el desafío

puede ser tremendamente *sexy*.

Niego con la cabeza de nuevo y, cuando me despido de ellos, me siento como si estuviera observando todo esto en tercera persona. Camino lo más rápido que puedo hacia el *parking*, donde Haddie me espera en su coche. Cuando llego, arquea las cejas y tamborilea los dedos en el volante.

—Dímelo, dímelo —repite una y otra vez, y entro en el coche.

Le pido que me lleve al sitio donde celebramos la gala benéfica mientras le explico las dos pistas que me han dado en la feria. Haddie da saltitos en su asiento, entusiasmada, y yo me quedo quieta con los ojos como platos, asombrada por esta sorpresa tan dulce de Colton.

—Joder, el golpe que se dio en la cabeza en aquella carrera en Florida le ha afectado lo bastante como para volverlo romántico. —Ríe—. Creo que debería convertirse en algo obligatorio para los hombres.

Río con ella.

—¿De verdad no sabías nada de lo de la feria? —pregunto varias veces.

—Ry, Colton me ha contado que tenía una cita preparada para ti y me ha pedido que sea tu chófer durante una parte de ella. Así que aquí estoy, ¡y me muero de ganas por ver qué más te ha preparado!

Estira el brazo y desliza los dedos por encima de las palabras escritas en la pala de la subasta. La tengo apoyada en el regazo y no puedo dejar de mirarla.

Hoy las estrellas deben de haberse alineado, porque evitamos el tráfico de Los Ángeles y llegamos al teatro antiguo en tiempo récord.

—¡Te espero aquí! —grita Haddie cuando salgo del coche con la pala en la mano.

Corro hacia las puertas del teatro y me percató de que una de ellas está entreabierta.

Me cuelo en el recibidor familiar y observo a mi alrededor a medida que avanzo hacia la puerta que da a la derecha del escenario, igual que hice hace tantos meses. Empiezo a tararear, como suelo hacer, la canción «Overjoyed», de Matchbox Twenty, que se oye desde los altavoces de la sala. Seguro que es pura coincidencia, porque ni siquiera Colton podría calcular con tanta precisión que llegaría a esta hora, pero me hace sonreír que mi banda esté

sonando. Es perfecto. Parpadeo para deshacerme de las lágrimas cuando me doy cuenta del significado de este momento. Colton me ha traído hasta aquí después de tanto tiempo, donde algo que nunca quería que pasara sucedió de verdad.

Y míranos ahora.

Contengo las lágrimas, me deshago del nudo que se me ha hecho en la garganta y empujo una puerta para entrar en el pasillo iluminado que hay detrás del escenario. De repente, mis lágrimas se convierten en un ataque de risa incontrolable cuando veo la cinta amarilla de precaución en la pequeña habitación donde Bailey trató de seducir a Colton. Y, después, río todavía más fuerte al percatarme de una señal que hay al lado que reza: «Cuidado, pirañas».

Sigo desternillándome cuando doblo la esquina y veo el armario del almacén con la puerta abierta y una luz que procede del interior. Mis zapatos de tacón resuenan en el suelo de linóleo y trato de averiguar a quién me encontraré esta vez. Una parte de mí quiere que sea Colton para besarlo, abrazarlo y agradecerle todo esto, pero al mismo tiempo creo que aún no estoy preparada para que esta búsqueda del tesoro termine.

Estallo en carcajadas de nuevo cuando veo a Aiden y al otro orientador, Austin, sentados en unas sillas y jugando al Uno. Aiden da un salto y suelta un chillido cuando me ve, y Austin y yo nos reímos al verlo tan entusiasmado.

—¡Hola chicos!

—¡Rylee! —exclama Austin, alegre—. ¡Toma! ¡Esto es para ti!

Aiden me entrega un sobre y dos cajas, una muy pequeña encima de otra más grande. Observo a Aiden y a Austin, y sus sonrisas de anticipación van a juego con la mía cuando dejo las cajas en la mesa, abro el sobre y me encuentro con la letra familiar de Colton.

Tú fuiste la primera persona que me miró y vio mi alma de verdad. Y eso me asustó muchísimo. ¿Dónde sucedió eso? Si necesitas una pista, la encontrarás en la caja de arriba. (Abre la caja más grande cuando salgas del teatro). Colton.

El corazón me late desbocado y me tiemblan las manos de la emoción. Sé la respuesta. Colton se refiere al ático donde lo hicimos por primera vez

después de la fiesta de Ron Merit. Aun así, lo que hay dentro de la primera caja me deja boquiabierta.

Se me corta la respiración e, instintivamente, me cubro la boca con la mano antes de agarrar el pendiente que hay dentro. El pendiente que no conseguí encontrar aquella noche mientras trataba de recuperar mi dignidad y salir de aquella habitación de hotel. El pendiente que dejé atrás y que nunca me importó saber si lo vería de nuevo; a él y al hombre que me lo devolvería.

Que Colton lo haya guardado durante todo este tiempo y que no lo tirase incluso cuando lo dejé hace que tantas emociones distintas salgan a la superficie que apenas puedo hablar cuando doy las gracias a Aiden y Austin. Después, agarro la otra caja y salgo corriendo hacia el coche, donde me espera Haddie, y nos dirigimos a nuestra próxima parada.

Me subo al coche, sorprendida y aturdida, y le cuento a Haddie el significado del pendiente. Arranca el coche para llevarme al hotel y, cuando abro la otra caja que me han entregado, siento como si alguien me hubiese dado un puñetazo en los pulmones y me hubiera dejado sin aliento. En el interior de la caja están todas las braguitas que me ha arrancado, además de un sobre, que tardo unos segundos en abrir porque me río de los recuerdos que se me pasan por la cabeza y del hecho de que las haya guardado durante todo este tiempo.

—¡Madre mía! ¡Lo de que Colton te destrozaba las bragas iba en serio! — bromea, y me hace un gesto con la cabeza para que me apresure a abrir el sobre.

Cuando lo hago, una tarjeta regalo con una cantidad ridícula de dinero en ella para La Perla sale disparada. Sin embargo, la nota que hay alrededor de ella tiene diez veces más valor para mí.

Más vale que te compres un buen arsenal de braguitas, Ry, porque no creo que mi necesidad de hacerte mía cuando, donde y como quiera desaparezca pronto.

La sensualidad descarada de sus palabras hace que se encienda la llama de deseo en mi entrepierna, y ni siquiera me molesto en ignorarla.

—¡Guau! —exclama Haddie, y me devuelve a la realidad cuando se inclina hacia mí para leer la nota ahora que nos hemos detenido frente a un

semáforo en rojo—. ¿Además de ser atractivo, tiene un boca así de sucia y dominante? —Respira profundamente—. Joder, Ry... Le pediría que me esposara a la cama y me dejara ser su esclava sexual durante el resto de su vida —afirma mientras ríe.

La verdad es que me siento bastante abrumada de que un hombre así sea mío.

—¿Y quién te dice a ti que yo no lo haya hecho? —comento con una sonrisa pícaro, y arqueo las cejas.

—¡Vaya, vaya! —responde, y me da una palmadita en el muslo—. ¡Esta es mi chica!

Reímos juntas y tratamos de averiguar cuál será la próxima pista en el hotel hasta que aparca justo enfrente.

—Supongo que volveré —digo, y salgo del coche.

Corro hacia la puerta, entro en la recepción del hotel y me detengo por completo. No puedo dirigirme hacia el ático como si nada y llamar a la puerta.

Avanzo hacia el mostrador y, cuando me acerco, una mujer me mira de arriba abajo.

—¿Es usted la señora Thomas?

—Sí... —contesto, un poco sorprendida de que sepa quién soy.

—Sígame, por favor —responde, y me guía hacia un ascensor privado que hay a un lado de la recepción.

La recepcionista saca una tarjeta y la introduce en el escáner para abrir la puerta.

—Aquí tiene —comenta, y a pesar de su tono de voz estoico, me dedica una amplia sonrisa antes de regresar a su puesto de trabajo.

—Gracias —respondo antes de entrar.

La decoración familiar del ascensor hace que me acuerde de nuestra primera vez, y me pongo aún más nerviosa al pensar en la oscura promesa de las palabras que Colton me dijo mientras subíamos al ático en un ascensor diferente. Segundos después, se oye una campanita que me indica que he llegado a mi destino, y soy incapaz de contener la sonrisa cuando recuerdo el modo torpe y desesperado en que salimos del ascensor aquella noche.

Llamo a la puerta y oigo risillas en el interior de la habitación cuando

alguien gira el pomo. Zander la abre y veo a Avery detrás de él. Ambos sonríen y me observan, y la risa despreocupada de Zander me derrite el corazón.

—¡Hola, chicos! Dejad que adivine, tenéis una pista para mí, ¿verdad?

Zander asiente frenéticamente y desvía la mirada hacia Avery para ver si le parece bien que me entregue lo que tiene en las manos.

—Hola, Rylee.

—¡Hola!

—De acuerdo, nuestra pista es esta: ¿qué palabra te viene a la mente cuando ves lo que Zander sostiene?

Bajo la vista y Zander me muestra una cajita negra que luego me tiende. La observo perpleja, al igual que Avery, y después Zander le da la vuelta.

Y, entonces, estallo en carcajadas.

Dentro de la caja hay un pañuelo de color rojo intenso para el bolsillo frontal de un traje. Todos mis sentidos se despiertan al recordar lo que Colton me hizo sentir aquella noche en la limusina, cuando llevábamos demasiada y poca ropa a la vez. No obstante, esa no puede ser la respuesta porque eso son más de dos palabras.

—¡Anticipación! —grito cuando caigo en la cuenta de la respuesta, y se me pasan un montón de imágenes por la mente de aquella más que memorable noche.

—¡Bingo! —exclama Avery, y Zander se pone a saltar.

—¡Bien hecho, Ry! —dice, y me entrega otra caja y un sobre.

Lo miro fijamente con el ceño fruncido y se echa a reír de nuevo.

—¿Esto es para mí? —pregunto.

—¡Sí! —afirma mientras asiente.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! ¡Ábrelo! —insiste con una expresión de exasperación mezclada con diversión.

Abro el sobre y sonrío antes de ver lo que pone, porque sé que las palabras de Colton me conmoverán.

Ry, siempre supe que eras diferente a las demás... pero aquella noche te convertiste en mi línea de meta. Sin duda. Fue la noche que supe que

lucharía por lo único que había querido. Ve al lugar donde te familiarizaste por primera vez con el objeto que hay en la caja. Colton.

Abro la cajita despacio, pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza cuando veo un modelo a escala de un Ferrari F12 rojo. Sé exactamente adónde tengo que dirigirme, porque aquella noche fue inolvidable.

Me despido de los chicos y doy media vuelta. Los nervios me corroen cuando bajo en el ascensor hasta recepción, paso por delante de las empleadas sonrientes, salgo a la calle y entro en el coche. Le cuento a Haddie lo que ponía en la pista y río cuando niega con la cabeza. Luego, arranca para dirigirse al hotel donde se organizó la otra ceremonia a la que asistí con Colton.

Le indico que aparque en la planta de arriba del todo del *parking* y aguanto la respiración instintivamente cuando veo a *Sexo*. Se me vienen a la cabeza todas las imágenes y emociones de aquel día, y ni siquiera me molesto en controlar el suspiro que se me escapa.

—Joder, ese coche es como un orgasmo visual —dice Haddie con un tono de admiración.

—Ya lo creo que sí —afirmo, y silbo.

Me pongo roja, salgo del coche y atravieso la corta distancia que me separa del Ferrari. Cuando me acerco, veo una figura detrás de una de las columnas al lado del coche, y casi se me sale el corazón por la boca. Espero que sea Colton. Ya he tenido suficiente con esta búsqueda del tesoro. Y, por mucho que me esté divirtiendo ahora mismo, solo me apetece estar con él. Desesperadamente.

Río cuando Beckett da un paso hacia delante con una amplia sonrisa en los labios. Mira por encima del hombro hacia Haddie y asiente para saludarla. Su sonrisa adquiere un deje seductor que hace que me pique la curiosidad, pero Becks desvía mi atención rápidamente cuando empieza a hablar.

—Bueno, no estoy seguro de lo que le has hecho a Colton —comenta, y me abraza—. Parece que le han arrancado los huevos a juzgar por todo este romanticismo, pero la verdad es que me encanta.

—Seguro que no paras de chincharlo —contesto, y se limita a inclinar la cabeza y a mirarme durante unos segundos con una expresión amable en el rostro.

—Nunca lo he visto tan feliz —afirma, asintiendo con la cabeza.

Y, antes de que me dé tiempo a pensar, abro la boca y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Y cuál crees que es la razón?

Beckett se limita a reír y me ofrece una bolsa de plástico con una mirada de diversión. La agarro y observo lo que hay en el interior. Tardo un minuto en averiguar qué estoy mirando.

—Porque soy todo el alfabeto —susurro, y observo las letras de plástico que hay en la bolsa.

—De la A a la puta Z, Ry —añade Beckett.

Alzo la vista inmediatamente y veo que me guiña el ojo mientras sonrío con picardía. Me lo quedo mirando con una expresión bobalicona en la cara.

—Soy el responsable de llevarte a tu próximo destino —declara.

En ese momento, me vuelvo y veo que el coche de Haddie ha desaparecido. Estaba tan concentrada en Becks que ni siquiera la he oído marcharse. Beckett me hace un gesto para que suba al Ferrari y obedezco. En cuanto nos abrochamos el cinturón, Becks enciende el motor y me mira.

—¿Dónde le demostraste a Colton que los principiantes también pueden darle una paliza conduciendo?

Rompo a reír mientras me acuerdo de una conversación íntima que tuvimos sobre los principiantes y las carreras, pero luego caigo en la cuenta de que Colton se refiere a otro recuerdo mucho más inocente que compartimos con los chicos.

—¡La pista de karts! —exclamo cuando salimos del *parking*.

—Sí, señora.

Nos metemos en la autopista y dejamos atrás el tráfico de la ciudad. Hablamos de esto y de lo otro, pero, por mucho que lo intente, no consigo convencer a Becks para que me cuente cuáles son las otras pistas o dónde será el final del juego. Se limita a sonreír y a negar con la cabeza.

Poco después, llegamos al polígono industrial donde Colton nos llevó a los chicos y a mí a montar en kart.

—Te esperaré aquí —me informa Becks.

Acto seguido, salgo del coche y entro al edificio a través de la puerta de cristal.

Mi sonrisa se hace todavía más grande cuando veo a Dane y a Scooter apoyados en el mostrador.

—¡Rylee! —grita Scooter, y corre hacia mí.

Lo abrazo con fuerza y le beso la cabeza antes de observar a Dane y arquear una ceja.

—¡Lo sabías y no me dijiste nada! —exclamo, y Scooter ríe aún más.

—Hay cosas que merece la pena mantener en secreto.

Dane se encoge de hombros y sonrío antes de erguirse y darle una bolsa a Scooter.

Niego con la cabeza y me echo a reír. No digo nada más, porque Scooter está dando saltitos sin parar.

—Muy bien, Scoot. ¿Me ayudas a resolver esta pista?

—¿Puedo? —pregunta.

—¡Por supuesto!

Metó la mano en la bolsa y saco un muñeco de Spiderman. Se me inundan los ojos de lágrimas a pesar de la ligera sonrisa que esbozo.

—¿Cuál es la respuesta? ¿En qué te hace pensar Spiderman?

Recapacito durante unos instantes porque hay dos posibles respuestas, pero dada la forma que tiene Scooter de decir «Te quiero», que fue la que detonó todo esto, digo:

—¡Te Spiderman!

Inmediatamente, sé que me he equivocado de respuesta, pero no me importa, porque al menos he podido decirle que lo quiero. Después, pruebo con otra cosa.

—Spiderman. Batman. Superman. Ironman.

—¡Bien! —grita, y empieza a saltar de nuevo antes de abrazarme con fuerza mientras Dane y yo estallamos en risas.

Dane alza la vista y me entrega un sobre.

—Supongo que las cosas son tan perfectas como parecen.

—Perfectamente imperfectas —contesto, y sonrío ligeramente mientras abro el sobre.

¿Que por qué los superhéroes? Porque después de aquella noche en la pista de carreras ya no tengo miedo. Ya no necesito este consuelo de mi

infancia, porque te tengo a ti, Ry. Ahora murmuro tu nombre, no el de ellos. La pista para tu próximo destino: «Bienvenido a las ligas mayores, As».

Río cuando me asalta el recuerdo del día en que me lo dijo, de cuando convirtió mi penoso intento de seducirme en una declaración de amor; todo ello mientras trato de asimilar las palabras que ha escrito. Me emociono al pensar que le aporto tanta paz como sus queridos superhéroes. Tengo el corazón tan lleno de amor que está a punto de explotarme. Cuando alzo la vista y observo a Dane a través de las lágrimas, no abre la boca pero sus ojos lo dicen todo. Es él.

Me despido rápidamente y salgo corriendo hacia la calle, donde me espera el rugido del F12. Entro y clavo la vista en Beckett.

—¿Hacia dónde, Ry?

—Al restaurante surfero —contesto.

Nos miramos fijamente y niego con la cabeza.

—¿Qué? —pregunta, e inclina la cabeza hacia mí.

Respiro profundamente y dirijo la mirada hacia delante, más allá del parabrisas, mientras trato de asimilarlo todo.

—Nada, solo intento procesar lo que está pasando... Es una locura.

—Sí, bueno —comenta cuando se detiene delante de un semáforo—, parece que el infierno por fin se ha congelado.

Beckett ríe, me uno a él y apoyo la cabeza en el respaldo. Me alegro de que Becks me ofrezca el silencio que necesito para reorganizarme las ideas y reflexionar sobre todo lo que Colton me ha dicho hoy.

Nos detenemos en el *parking* del restaurante, y enseguida me acuerdo de cuando traje a Tanner y Colton estuvo a punto de pelearse con él. Recuerdo la sobredosis de testosterona y su expresión de sorpresa cuando lo dejé plantado y me fui. Observo a Becks y él me mira como si me dijera: «Vamos, ¿a qué esperas?».

Salgo del coche y entro en el restaurante, donde me encuentro a Rachel vestida de camarera. Sonríe de oreja a oreja en cuanto me ve y anuncia:

—Su mesa la espera.

—Gracias, Rachel —respondo, y me apresuro para ver cuál es mi

próxima sorpresa.

Asumo que esta vez me encontraré con Kyle, ya que es el único chico que aún no he visto. Avanzo hasta el patio exterior y me acuerdo de la primera vez que vine aquí con Colton y me contó más cosas sobre su pasado y su familia. Me dijo que me prefería cuando estaba relajada.

Cuando alzo la vista y miro a través de la nube de recuerdos, veo a Quinlan y a Kyle sentados en una mesa, en nuestra mesa, con unas sonrisas igual de grandes que el mar que tienen detrás.

—¡Hola, chicos!

—Hola, Ry —saludan Quinlan y Kyle al unísono—. Tenemos otra pista para ti.

—Tu hermano está loco —comento en un tono cariñoso.

—Sí, yo también lo creo —responde entre risas—. Pero bueno, así es el amor.

Los ojos se le llenan de lágrimas cuando clava la vista en mí con una expresión de delicadeza, aceptación y agradecimiento.

Kyle interrumpe la conversación silenciosa y me entrega una caja.

—¡Ábrela, ábrela! —exclama—. ¡Tienes que decirnos la respuesta correcta para que te demos la siguiente pista!

Abro la caja y empiezo a reír cuando veo un juego de sábanas con el alfabeto bordado en ellas. Quin me mira confundida.

—Espero que haya una buena explicación para eso, porque parece un tanto extraño.

—Te aseguro que la hay. —Río, impresionada de que Colton no se haya dejado nada en esta búsqueda del tesoro. Miro a Kyle—. Entre nosotros solo hay sábanas.

—¡Yuju! —exclama, y da un saltito con el que casi vuelca la mesa. Quinlan la agarra para estabilizarla y lo abraza entre risas—. ¡Lo ha acertado! —le dice a Quin.

Ella asiente y me entrega el sobre.

—¿Debería abrirlo? —pregunto, aunque mis dedos se mueren de ganas por hacerlo.

—¡Sí! —grita Kyle, y sobresalta al resto de clientes del restaurante.

Lo abro y leo la nota que hay dentro:

Ry, durante el tiempo en que no pude tenerte, supe más que nunca que no podía vivir sin ti. Puede que no lo dijese con palabras, pero pensaba en ello a menudo. ¿Dónde estábamos cuando hablamos de que nunca volvería a haber nada más entre nosotros excepto sábanas?

Me siento como si me hubieran enganchado una sonrisa permanente en el rostro cuando me despido y me dirijo al coche, donde me espera Beckett.

—¿Y bien? —pregunta, e inclina la cabeza.

—¡Broadbeach Road!

Conducimos por la costa y, cuando nos acercamos, me emociono todavía más. Estoy segura de que Colton estará allí esperándome.

Capítulo 43

Mientras avanzamos por Broadbeach Road, estoy nerviosa y emocionada a la vez. La verja se abre antes de que nos acerquemos a ella, y ni siquiera le doy la oportunidad a Beckett de detener el coche del todo antes de salir corriendo hacia la puerta de entrada, donde me espera Sammy.

—¡Hola, Sammy! —saludo casi sin aliento, y espero a que se aparte para entrar en casa de Colton.

—¿Es que no quieres la siguiente pista?

Su voz grave resuena en el aire, y me quedo con la boca abierta y los hombros caídos porque pensaba que no habría más pistas. Creía que ya estaba en la recta final.

—Claro —me obligo a contestar.

Sin pensar, me tapo la cara para protegerme de lo que sea que Sammy acaba de tirar al aire. Durante unos segundos, no consigo averiguarlo. Lo único que veo son pequeñas motas plateadas que se reflejan contra los rayos de sol. Y, entonces, lo sé. Mi cuerpo entero se despierta y me recorre un escalofrío. Lo cierto es que es gracioso que este hombre tan intimidante y fuerte esté aquí de pie en medio de esta lluvia de purpurina. Es una situación que no tiene precio en más de un sentido, porque es purpurina en el aire; «Glitter in the Air», en inglés, como la canción de Pink.

Se me hace un nudo en la garganta y me entran ganas de llorar cuando veo que Sammy esboza una sonrisa y me tiende una caja. Me he quedado sin palabras y el corazón me ha dado un vuelco. Cuando la abro, las lágrimas que llevo un rato conteniendo me empapan las mejillas, porque en el interior hay

una taza de café llena de azucarillos.

Y puede que sea muy cursi, pero que Colton me oyese aquella noche cuando le expliqué el significado que tenía para mí el puente de aquella canción y que me lo esté repitiendo ahora mismo, además de todo lo que ha hecho por mí esta noche, me destroza.

Me deshace, me deja al descubierto y me completa con una simple taza de café rosa, fea y llena de azucarillos.

—¿Y bien? —pregunta Sammy, tratando de reprimir una sonrisa al ver mi reacción ante esta pista tan hortera.

—«*You called me sugar*» —contesto. Me tiembla la voz, pero sonrío.

—¡Correcto! —Sammy ríe, se aparta hacia un lado y abre la puerta—. Última pista. —Alzo la vista para mirarlo—. Ve al sitio donde escuchaste eso por primera vez con Wood.

—¡Gracias, Sammy! —exclamo, y salgo corriendo como una loca.

Atravieso la cocina y subo las escaleras a zancadas. El corazón me late desbocado, me tiemblan las manos y la mente me va a toda velocidad. Me muero por verlo, tocarlo, besarlo y agradecerle todo esto, pero cuando llego al porche, me percató de que está vacío, a excepción de cientos de velas encendidas que ocupan cada centímetro imaginable de superficie.

Resuello ante la belleza de las luces cálidas titilantes que iluminan el atardecer y me dirijo al porche del piso de arriba. Deslizo el dedo por el respaldo de una hamaca y, entonces, «*Glitter in the Air*» empieza a sonar por los altavoces. Me echo a reír.

—Maldita Pink.

Es la voz divertida de Colton. Su tono ronco se apodera de mí y secuestra mi corazón; por mucho que me sorprenda, me hace sentir como en casa.

—Maldita Pink —repito, y me doy la vuelta para mirar a Colton.

El hombre que amo con todo mi corazón está delante de mí con la puesta de sol detrás de él, iluminando sus facciones morenas con una luz tenue. Un cúmulo de emociones me invaden cuando lo veo ahí de pie, con las manos en los bolsillos de los vaqueros desgastados y con su camiseta favorita. Está apoyado contra el pomo de la puerta mientras esboza una sonrisa pícaro que me derrite el corazón.

—¿Has pasado un buen día? —pregunta en un tono casual.

Colton me recorre el cuerpo con la mirada mientras se lame los labios, como si tratara de evitar que su sonrisa se convierta en un gesto lascivo.

Lo único que quiero es rodearlo entre mis brazos y besarlo hasta que pierda el sentido. Mi cuerpo vibra con una necesidad emocional y física tan fuerte que sujeto la taza de café con firmeza para evitar rendirme ante la tentación.

—Me han hecho participar en una búsqueda del tesoro, pero estoy bastante segura de que ahora he llegado al sitio al que pertenezco.

—*Mmm...* —Se aparta de la pared y camina hacia mí lentamente; es la personificación del sexo—. ¿Y qué lugar es ese? —pregunta con una ceja arqueada.

Su indiferencia me mata y hace que lo desee todavía más. Lo único que me apetece hacer ahora es devorar a este hombre. Este hombre que ha puesto sus pensamientos por escrito, me ha hecho recordar momentos que hemos pasado juntos y los ha envuelto en un hermoso paquete para que yo lo abriese poco a poco y recordara el significado de cada uno de ellos. Y, lo que es más importante, se ha acordado de todos. Significan tanto para él como para mí.

—Justo aquí. —Suspiro—. Este es mi lugar, contigo, Colton.

Doy un paso hacia él; es mi necesidad, mi dosis, mi eterna adicción. Estiro el brazo y coloco una mano en su mejilla, aunque lo único que quiero hacer es acercarlo a mí y abrazarme a él para siempre.

—Gracias —digo, y aunque nuestros cuerpos están a meros centímetros de distancia, nuestros corazones siguen innegablemente conectados—. Me has dejado sin palabras.

Colton sonrío de oreja a oreja mientras alza la mano para jugar con un rizo que me cae sobre el hombro. Veo cómo sigue el recorrido de sus dedos con la mirada. Parece que Colton se ha puesto nervioso ante mi cumplido, y eso hace que el momento sea más dulce y esta velada más significativa.

Después de unos segundos, Colton clava sus ojos verdes en los míos. Percibo la emoción en su mirada, pero se limita a encogerse de hombros.

—Eres la persona más generosa que conozco. Yo solo quería hacer algo para demostrarte lo mucho que significas para mí. Quería que los chicos formaran parte de la sorpresa para que ellos también pudieran mostrarte lo mucho que les importas.

Se me saltan las lágrimas por centésima vez hoy, y trago saliva para

deshacerme del nudo que se me ha hecho en la garganta mientras observo a este hombre tan bello tanto por dentro como por fuera. Un hombre que una vez pensé que era un arrogante y que solo se preocupaba de sí mismo. Un hombre que me ha demostrado que estaba equivocada.

Se podría decir que me ha demostrado que es un As de verdad.

Le acaricio la mejilla y le sonrío.

—Estoy sorprendida... abrumada... por lo mucho que te has esforzado con todo esto. —Bajo la vista unos segundos para calmarme porque me tiembla la voz—. Nadie ha hecho algo así por mí en mi vida.

Colton se inclina hacia delante y me besa con dulzura. Trato de profundizar el beso, porque estoy hambrienta y quiero probar todo de él, oírlo suspirar y sentir la calidez de su tacto, pero se aparta, me besa la punta de la nariz y apoya la frente contra la mía. Alza la otra mano, me rodea el rostro con ella y enreda los dedos en mi pelo.

—Así que soy el primero —comenta, y la calidez de su aliento me calienta los labios.

—Sí.

Dejo escapar un suspiro tembloroso y noto cómo el corazón me va a mil por hora.

—Bien, porque quiero ser tu primero, tu último y todo lo demás.

Enfatiza cada palabra como si le doliera pronunciarlas.

Se me encoge el corazón, porque las esperanzas y los sueños que tanto había deseado para nosotros por fin se han convertido en una posibilidad. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a asimilar esa realidad, Colton se aparta de mí y me mira a los ojos. Me observa con tanta intensidad que es como si me viera por primera vez y, luego, me hace una pregunta que no me esperaba.

—¿Por qué me amas, Rylee?

Lo miro fijamente y se me pasan mil pensamientos por la cabeza. Me cuesta formular una respuesta coherente, así que me limito a reír. Colton me observa extrañado, y aprovecho que se ha quedado desprevenido para agarrarlo por la nuca y acercarlo a mí.

Poso los labios sobre los suyos en cuestión de segundos e introduzco la lengua en su boca para enredarla con la suya. Noto que lo he sorprendido, porque tensa los labios, pero instantes después sus manos imitan las mías y

enreda los dedos en mi pelo antes de sumirnos en la dulzura del beso. Le muestro por qué lo amo con cada caricia de mi lengua, con los gemidos de placer que se me escapan y mi necesidad no correspondida, porque siempre anhelo más y más de él.

Y, aunque todavía no he tenido suficiente, me aparto con el sabor de su boca en la lengua y lo miro a los ojos.

—Te amo por muchas razones, Colton Donavan.

Tengo que detenerme porque las emociones me abruman y quiero que me mire a los ojos cuando le explique todo lo que ansío decirle, los motivos por los que lo amo tanto.

—Te amo por quien eres, por todo lo que no eres, por el lugar del que viniste y al que deseas ir. —Esbozo una ligera sonrisa cuando observo a Colton y me permito sentir todo lo que le digo—. Amo la sonrisilla de niño pequeño que se esconde detrás de tu expresión de tipo duro. Te amo porque me has dejado entrar en tu interior, me has entregado tu corazón, has confiado en mí para contarme tus secretos y me has mostrado la parte de ti que nadie ha visto... Me has permitido ser la primera.

Se me quiebra la voz cuando digo las últimas palabras y las lágrimas me nublan la vista cuando lo miro fijamente, abrumada de tantas emociones.

—Te amo por tener debilidad por el algodón de azúcar y los coches *sexys*. Me encantan estos hoyuelos de aquí... —Me inclino hacia delante y los beso —... y me encanta esto —afirmo, y le paso la mano sobre la barba—. Me encantan estos cuando estás encima de mí, a punto de hacerme el amor —añado, y le aprieto los bíceps mientras los flexiona y me sonrío—. Pero más que nada, estoy enamorada de lo que hay aquí.

Me acerco a él y lo beso en el pecho, justo donde le late el corazón. Me quedo en esa posición durante unos segundos antes de alzar la vista y contarle la razón más importante.

—Porque lo que hay aquí, Colton, es puro, bueno, intacto y tan maravillosamente precioso que me deja sin palabras, como hoy... como ahora.

Colton me mira fijamente y tensa la mandíbula mientras trata de aceptar todo lo que acabo de decir. No apartamos la vista el uno del otro y dejamos nuestras almas al descubierto a medida que nuestros corazones se aceptan mutuamente. Nos perdemos en nuestra conversación silenciosa.

En cuestión de segundos, Colton se aproxima a mí, me envuelve entre sus brazos y me abraza con fuerza.

—Joder, cómo te quiero —dice, y entierra su rostro en mi cuello.

Siento la irregularidad de su cálido aliento mientras intenta recomponerse.

La desesperación que hay en su tacto y en sus palabras cementa todo lo que hay entre nosotros cuando nos aferramos el uno al otro.

—A esto me refiero —susurra, y me besa el cuello. Tengo su boca a meros centímetros de la oreja—. Se supone que esta noche era un regalo para ti, que tú eras la protagonista; sin embargo, acabas de darme tanto que me has dejado sin aliento.

Se inclina hacia atrás y la emoción que reflejan sus ojos es abrumadora. Un niño pequeño, un hombre, un rebelde... todos ellos me miran ahora mismo y me dicen que me aman. Colton respira profundamente y traga saliva.

—Es imposible estar contigo y no sentirse conmovido por ti y tus acciones de algún modo u otro, Ry. Haces que me quede boquiabierto y que se me haga un nudo en la garganta la mayoría de las veces. —Colton niega con la cabeza y le sonrío, agradecida por sus cumplidos. Antes de continuar, me aparta un mechón de pelo del rostro—. Me has amado incluso en mis momentos más oscuros —susurra, y me roba el corazón.

Un escalofrío me eriza la piel ante la realidad de lo que ha dicho y me quedo sin habla. Le brillan los ojos y se muerde el labio inferior antes de encontrar las palabras que necesita para expresarse.

—Me amaste cuando yo me odiaba. Cuando te distancié de mí y traté de herirte para que no vieras... todo mi pasado. Aceptaste mi miedo y me amaste por ello. —Niega con la cabeza—. Y, entonces, me agarraste por los huevos y me dijiste que no era negociable.

Ambos reímos y el tono casual del comentario nos permite deshacernos de parte de la energía que hemos ido acumulando con esta conversación inesperadamente tensa.

—Eso sigue siendo verdad, por cierto —comento con una sonrisa, y Colton se inclina hacia delante para besarme con ternura.

—Yo... —Suspira—. Ry, me has dado tanto que solo quería que supieras que lo entiendo. Que ahora lo acepto y que siento lo mismo por ti.

Se pasa una mano por el pelo y cierra los ojos durante unos segundos. Luego, esboza una sonrisa tímida de nuevo.

Colton abre la boca para decir algo, pero se detiene para deshacerse de la emoción que se ha apoderado de su voz. Después, alza la vista y me mira a los ojos.

—Me diste esperanza cuando pensaba que no tenía remedio. Me enseñaste que plantarme cara era *sexy*, que las curvas son mi kryptonita y que las rubias podían irse a la mierda, porque las morenas son mucho más divertidas.

Río y agradezco que mi chico malo arrogante haya aparecido de nuevo. Colton se pasa las manos por la cara y se rasca la barba.

—Me estoy yendo por las ramas... Sé que lo que digo no tiene mucho sentido, así que ten paciencia conmigo.

—No hay ningún otro sitio en el que preferiría estar ahora mismo, Colton —afirmo, y después me guía hacia la hamaca.

Me siento y Colton se pone de rodillas delante de mí y coloca su cuerpo entre mis piernas mientras me agarra por la cintura.

—Ry, te he preguntado por qué me amas, pero lo que de verdad quería era explicarte todos los motivos por los que te amo. Es importante para mí saber que no tienes dudas de lo que siento por ti... porque, joder, Ry, me has puesto el mundo patas arriba. Eras lo único que nunca había deseado, que nunca había esperado en mi vida, y ahora soy incapaz de vivir sin ti. —Ríe cuando lo admite y mi sonrisa se ensancha—. Me pones a prueba, me provocas y me haces ver las verdades a las que no quiero enfrentarme porque soy un cabezota, pero, Dios, cariño, no me gustaría que fueras de ninguna otra manera. No me gustaría que nosotros fuéramos de ninguna otra manera.

Coloca las manos sobre mis hombros y me acaricia la clavícula con los pulgares. Luego, niega con la cabeza antes de continuar.

—Creo que siempre fui consciente de que tú eras diferente a las demás... pero supe que estaba enamorado de ti la noche de la ceremonia de Niños Ahora. Te quedaste de pie en aquel jardín y me retaste a que me arriesgara... a que te amara.

Se le quiebra la voz al recordar aquella noche.

—Y después lo hicimos en *Sexo* —añado con una risa y Colton responde con un gruñido gutural.

—Joder, Ry, entre las escaleras, el capó del coche y el algodón de azúcar, nunca seré capaz de dejar de pensar en ti —replica.

—Ese era mi plan desde el principio —bromeo con una sonrisa maliciosa.

—¿Vaya, de verdad? ¿Has estado jugando conmigo todo este tiempo?

—No, no —respondo—. No culpes al jugador, sino al juego, ¿verdad? —Río—. Bienvenido a las ligas mayores, As.

Suelto el comentario como si nada y Colton recompensa mi sarcasmo con esa sonrisa traviesa que tanto me gusta. Niega con la cabeza, se inclina para tentar mis labios con los suyos y me sorprende al profundizar el beso. Su lengua me atormenta, y el anhelo y la necesidad que siento por él hacen que se me tensen todos los músculos de cintura para abajo antes de que Colton se aparte.

—¿Ves? —susurra—, por eso te amo. No es por los grandes gestos que haces por mí, sino por las pequeñas cosas que ni siquiera sabes que haces. Como hacerme reír en momentos como este, porque sabes lo incómodo que me pongo cuando hablo de estas cosas. Me haces ver el mundo con una luz diferente, parecida a desayunar helado y cenar tortitas.

Colton niega con la cabeza y baja la vista durante unos segundos.

—Y por eso te amo —confieso—. Porque a pesar de lo incómodo que te pones cuando tienes que expresar lo que sientes, sabes que necesito escucharlo y tratas de hacerlo por mí. Hoy te has superado. Ha sido... Tú eres perfecto.

—Estoy muy lejos de ser perfecto, Ry —contesta, y suelta una risa nerviosa.

Poso las manos en su mandíbula.

—Eres perfecto para mí, Colton.

Colton esboza una ligera sonrisa, pero sus ojos adoptan una expresión seria.

—No, creo que no lo pillas, Ry, y no sé de qué otro modo decirlo... —Me rodea el rostro entre sus manos temblorosas para que lo mire fijamente a los ojos—. Quiero ser tu bandera a cuadros, Rylee. Tu coche para guiarte en tiempos difíciles, tu parada en boxes cuando necesites tomarte un respiro, tu línea de salida y tu línea de meta.

Su declaración me deja sin palabras y alimentan el deseo que lleva ardiendo en mi interior desde que nos conocimos. Por mucho que tratara de resistirme a lo que sentía por él aquella infame noche, anhelaba ser suya.

Deseaba mucho más que enrollarnos en el pasillo de detrás del escenario. Quería una carrera entera con él.

—Tu trofeo —musito con una sonrisa.

Recuerdo la conversación que tuvimos la mañana después de nuestra primera noche juntos, y sé que él también se acuerda, porque me dedica una sonrisa.

—No —susurra, y se acerca a mí para besarme—. Eres mucho más que un trofeo, Rylee. Los trofeos son intrascendentes a la hora de la verdad... pero tú nunca podrías ser intrascendente.

Colton esboza otra sonrisa.

—No, tú y yo, juntos... «Cuando pase, serás mío» —digo con una sonrisa, y contribuyo a recordar un momento memorable de nuestro pasado.

—Esa es buena —concede, y se aparta de mí con una sonrisa pícar—. Me toca —afirma, y se lame los labios antes de sonreír de nuevo—. ¿De quién me tengo que librar antes de hacerlo oficial? —añade, y sus palabras me obligan a hacer memoria.

Niego con la cabeza y sonrío cuando desliza los dedos por mis brazos mientras sus ojos me retan a que recuerde la frase. Su tacto me distrae, pero aun así logro recordarla.

—¿Hacer oficial qué, señor Donavan? —pregunto, y cuando clavo la vista en sus ojos, me sorprende la intensidad que hay en ellos.

—Esto, Rylee —susurra—. Hacer oficial lo nuestro.

Me quedo boquiabierta y me cubro la boca con una mano cuando bajo la vista y veo el anillo de compromiso. Me alegro de estar sentada, porque el mundo me da vueltas y se me ha nublado la visión. Solo logro centrarme en la luz que desprende el hombre que tengo delante y que me pregunta si quiero que me complete la vida. Una vida que nunca pensé que existiría para mí.

Me recuerdo que tengo que respirar con normalidad, aunque todavía no puedo confiar en que sea capaz de formar frases coherentes, así que me quedo mirándolo mientras siento escalofríos por todo el cuerpo a pesar de la calidez del amor de

Colton. Lo observo a través de mis lágrimas y asiento sutilmente, sorprendida. No aparto la mirada de Colton, porque veo que este momento significa tanto para él como para mí.

—Haz que sea oficial conmigo, Rylee —me pide con un tono de voz certero, pero noto que le tiemblan las manos.

Me encanta que esté nervioso, que le importe hasta tal punto que está preocupado de que quizá le diga que no.

—Una vez te expliqué que, si era incapaz de decir las palabras, haría lo que fuese para demostrarte lo que siento por ti. Bien, ahora sí que puedo pronunciarlas, cariño. Tú me has enseñado a hacerlo. Te amo.

Me mira a los ojos fijamente, pero no puedo evitar desviar la vista y observar esa sonrisa vergonzosa que se ha adueñado de mi corazón.

—Te amo por ser tú y por el hombre en que me has convertido. Me alegro de que tu luz haya conquistado mis tinieblas. De que quisieras emprender esta carrera conmigo. De que ya no necesite a mis superhéroes porque te tengo a ti.

Colton niega con la cabeza y se le escapa una risa nerviosa antes de seguir con su discurso.

—Joder, ya hemos pasado por lo de «en lo bueno y en lo malo» y «en la salud y en la enfermedad», así que vayamos a por lo de «hasta que la muerte nos separe». Crea una vida conmigo, Ryles. Empiézala conmigo. Acábala conmigo. Complétame. Conviértete en la única mujer en mi vida. Sé mi línea de meta, porque Dios sabe que seré todo tuyo si me dejas. Cásate conmigo, Ry.

Ambos estamos llorando y me siento tan abrumada por la belleza que hay en sus palabras y por que haya dejado su alma al descubierto que no sé qué decir, así que se lo muestro. Me inclino hacia delante y lo beso. Pruebo el sabor de la sal de las lágrimas en nuestros labios cuando me entrego al beso.

Y, entonces, empiezo a reírme, a pesar de que nuestras bocas siguen unidas y las emociones se apoderan de mí. No puedo evitarlo. Me aparto de él y me enjugo las lágrimas.

—Me estás matando, Ry...

Le tiembla la voz, y su tono es una mezcla de exasperación y ansiedad. Clava la vista en mis ojos para suplicarme que conteste, y caigo en la cuenta de que sé la respuesta sin ningún tipo de dudas, pero que aún no se la he dicho.

—Sí, Colton —afirmo, y alzo la voz cuando más lágrimas me empapan las mejillas—. Por supuesto que quiero casarme contigo.

—¡Gracias a Dios!

Suspira, niega con la cabeza y me observa con una expresión de adoración en la mirada. Sin dejar de observarme, Colton me agarra la mano. Rompe nuestra conexión momentáneamente para mirar hacia abajo y deslizar el anillo en mi dedo. Es un diamante amarillo en forma de cojín con un halo de diamantes más pequeños alrededor.

Nos quedamos en silencio mientras lo observamos y tratamos de asimilar la magnitud del momento. El anillo es precioso y enorme, aunque una simple alianza dorada habría bastado, porque cuando alzo la vista me encuentro con mi auténtico premio. Un hombre con el pelo negro, los ojos verdes, la barba de dos días y un corazón que se ha apoderado de mí en cuerpo, mente y alma.

—Te amo —susurro.

—Yo también te amo —contesta, y me besa.

Acto seguido, se inclina hacia atrás, empieza a reírse y grita:

—¡Ha dicho que sí!

Me sobresalto, pero entiendo por qué lo ha gritado cuando oigo un rugido de vítores que se acercan corriendo al borde del porche de la planta baja. Cuando me asomo por la barandilla, veo a todo el mundo mirando hacia arriba. Están todas las personas que han colaborado en hacer que este día fuera especial, incluidos nuestros padres.

Todos vitorean y silban, y lo único que soy capaz de hacer es negar con la cabeza y aceptar su felicidad. Les saludo y les muestro la mano para que vean el anillo y celebremos las buenas noticias juntos.

Observo a Colton y mil emociones distintas se apoderan de mí. Lo amo con todo mi corazón. No tengo preguntas ni dudas ni miedos.

—Eh, Ryles —dice, y me acerca a él—. Si van a mirar...

Arquea una ceja y sonrío cuando ve el anillo en mi mano izquierda, reposando sobre sus bíceps.

Estallo en risas y echo la cabeza hacia atrás antes de completar la frase por él.

—Al menos démosles un buen espectáculo.

Colton se queda mirándome.

—Joder, te amo, futura señora Donavan.

Un escalofrío me recorre la columna cuando lo dice y Colton se inclina

hacia delante para besarme.

La multitud de abajo empieza a gritar más fuerte, pero lo único que oigo son los gemidos de Colton. Lo único que siento es el tacto de su cuerpo contra el mío. Solo soy consciente de la calidez que se abre paso en mi interior y que se establece allí para siempre.

Todo lo demás desaparece.

El resto de personas.

El mundo entero.

Porque tengo todo cuanto necesito aquí mismo, entre mis brazos.

Lo único que ninguno de nosotros quería se ha convertido en aquello sin lo que no queremos vivir.

Nosotros.

Capítulo 44

Un año después

Llegas tarde. ¿Quién te crees que eres? ¿La novia o algo?

Es lo único que dice el mensaje y me río mientras trato de contestar, pero no lo consigo porque me tiemblan las manos. No puedo dejarlas quietas, y tengo que hacerlo. Si mi madre entra ahora, pensará que estoy nerviosa. Creerá que tengo dudas y que quiero echarme atrás.

Y eso no podría ajustarse menos a la realidad.

Porque nunca he estado más preparada. Tengo tantas ganas de verlo, de besarlo y de convertirme oficialmente en suya que el corazón me da saltos de alegría. Se me hace un nudo en el estómago, porque me muero de ganas de verle la cara cuando me vea por primera vez. Creo que esa será la mejor parte de la boda.

Bajo la vista hacia el teléfono y contesto.

Puedo llegar tarde si quiero. Es mi boda. Regla número uno: «La novia, la mujer, siempre tiene razón. No es negociable».

Miro por la ventana de nuestra habitación hacia el porche de abajo para contemplar el paraíso tropical en el que han convertido el jardín trasero. Nuestros familiares y amigos están hablando entre ellos, y los chicos, que llevan trajes a juego, guían a los invitados hacia sus asientos.

Disfruto de este momento de tranquilidad, lejos del frenesí que se ha apoderado de la mañana y del caos que se formará pronto. Son mis últimos momentos como Rylee Thomas. Vestida de blanco como si fuera una princesa y con todos los complementos a juego, excepto uno.

Me miro al espejo y veo el lazo a cuadros blancos y negros que me rodea la cintura y que cae por mi espalda en cascada. Es mi pequeña oda a Colton y a nuestra pequeña broma.

Me suena el móvil.

¿Ya estás dándome órdenes y todavía no estamos casados? Hay cierta esposa que quizá necesita que la folle hasta que se vuelva sumisa. Mi regla número uno: «Puedes tener todas las normas que quieras, cariño, pero en la cama mando yo».

Río. Se me tensa el cuerpo a causa del deseo, y sé que una simple caricia suya bastará para volverme loca. Esbozo una sonrisa traviesa y pienso en las braguitas a cuadros que llevo puestas y en el gemido de Colton en cuanto las vea. Estoy desesperada por que llegue ese momento, considerando que apenas he dejado que me tocara durante este último mes, por mucho que me lo pidiera y suplicara. Y cuando decidí tirar mis propias normas por la ventana y rendirme a mis deseos de hacer el amor con él, Colton me rechazó. «Bienvenida a las ligas mayores», dijo.

As, tú ya dominas mi mente, mi corazón y mi alma... La cama solo es un extra. Además, ¿desde cuándo sigues las reglas?

Le doy a enviar, respiro profundamente y sonrío a mi reflejo. Llevo el pelo recogido y los rizos me caen en forma de cascada; los ojos me brillan y en ellos no se aprecia ningún tipo de duda. Estoy más que preparada para recorrer el pasillo hacia el hombre que amo y pasar el resto de mi vida con él. Y, entonces, me fijo en los complementos que llevo para cumplir con la tradición. Agarro el teléfono de nuevo.

Me encanta mi regalo. No tenías por qué hacerlo. Gracias. Me muero de ganas de verte.

Estoy a punto de enviar el mensaje, pero luego me detengo, porque necesito decírselo a nuestra manera. Así que al final del texto añado: «“Unconditionally”, Katy Perry».

Las lágrimas me nublan la visión mientras pienso en él y deslizo los dedos sobre el brazalete que adorna mi muñeca. El regalo que me ha dejado en la cómoda. Cuando lo he abierto, mi madre ha fruncido el ceño al ver las letras del alfabeto, unidas mediante una hilera de diamantes y zafiros.

Es mi algo azul y mi algo nuevo.

Mis ojos se centran en los pendientes de diamantes que mi madre llevó cuando se casó con mi padre, y espero tener un matrimonio tan bueno y lleno de amor como el suyo.

Es mi algo antiguo.

Se me encoge el corazón cuando me acuerdo del modo en que me miró Haddie cuando me ofreció su tiara para que la llevara hoy.

—Eres la única hermana que me queda ahora. Me gustaría que la llevaras.

Es mi algo prestado.

Cierro los ojos durante unos instantes y las emociones amenazan con abrumarme mientras trato de asimilarlo todo. Quiero grabar a fuego en mi cerebro lo que siento ahora mismo: mi vida a punto de cambiar y la alegría que eso conlleva. Mi mente divaga hasta que se encuentra con la imagen del hombre con el que me muero de ganas de pasar el resto de mi vida. El hombre que me enamoró aquel primer día y que, a pesar de los altibajos que ha habido en el camino, nunca he logrado sacarme de la cabeza. Nuestro amor no ha hecho más que crecer. Día tras día.

¿En qué piensa y qué siente Colton ahora mismo? ¿Está nervioso? ¿Está igual de seguro que yo?

Me suena el móvil de nuevo.

Acostúmbrate a que te consienta. Pero no demasiado. Sabes lo mucho que te amo, porque estoy a punto de cortarme los huevos un momento para escribirte el título de esta canción, pero es lo que siento: «Halo», Beyoncé. Uf. Ahora ya puedo recuperar mis pelotas. Por cierto, hay un montón de mujeres bien vestidas aquí abajo, ¿cómo sabré quién eres?

Las palabras de la canción me llegan al corazón junto con su sarcasmo y se me escapa una risa temblorosa, como si estuviera a punto de romper a llorar; mi cuerpo no está seguro de a qué emoción tiene que hacerle caso. Así que decido que quiero sentir las todas a la vez, porque este día será memorable.

Y como me permito sentir todo ahora mismo, solo quiero a Colton. Desesperadamente. Aprecio que todos los invitados hayan venido, pero me da igual todo lo demás, porque lo que de verdad importa es el hombre que estará esperándome en el altar.

Agarro el teléfono por última vez y esbozo una ligera sonrisa mientras escribo el mensaje.

Seré la que va de blanco.

Alguien llama a la puerta y el sonido me devuelve a la realidad.

—Adelante.

—¿Estás preparada, cariño?

La voz de mi madre me pilla desprevenida y tengo que luchar contra las lágrimas que amenazan con nublar me la vista. Me repito una y otra vez que no puedo llorar, que me estropearé el maquillaje, pero sé que es inútil. He llorado más durante estos últimos tres años y medio que cualquier persona en toda su vida; tengo derecho a arruinarme el maquillaje con lágrimas de alegría.

—Sí.

Observo a mi madre y esbozo una sonrisa que refleja la suya. Me sostiene la mirada y sus facciones reflejan orgullo junto con una pizca de tristeza por tener que entregarme a Colton; es evidente en sus ojos azules.

—No empieces —adviento, porque sé que si empieza a llorar, yo también lo haré.

—Lo sé. —Se enjuga las lágrimas, posa las manos sobre mis mejillas y me mira a los ojos—. Es él, Rylee. Una madre sabe estas cosas. —Niega con la cabeza y sonrío antes de contestar a la pregunta que ve en mis ojos—. Colton está dispuesto a bailar bajo la lluvia contigo. Por eso lo sé.

Reprimo las lágrimas de nuevo cuando recuerdo el consejo que me dio en el hospital. Sobre que la vida no consiste en cómo sobrevivir a la tormenta, sino en aprender a bailar bajo la lluvia. Y si antes tenía alguna duda sobre lo que estoy a punto de hacer, acaba de disiparse en este mismo instante con su simple comentario.

No hay nada mejor que tener el sello de aprobación de tu madre para que el momento sea mucho más dulce.

Estoy a punto de decir algo cuando Haddie entra por la puerta.

—¡Es hora de hacer ondear la bandera, porque te toca dirigirte al altar! — anuncia, y silba en cuanto se fija en mí—. ¡Madre mía, Rylee!

—Gracias.

Río, y ella y mi madre empiezan a recoger mi vestido mientras nos dirigimos hacia la escalera y oigo que una guitarra acústica toca las primeras notas de la canción «A Thousand Years». La letra revela todo lo que siento por el hombre que me espera ahí abajo.

Quinlan nos da luz verde desde la planta baja para informarnos de que Colton ya está en el altar y no puede verme. Mi madre y Haddie sujetan la cola del vestido y me ayudan a bajar las escaleras para que no me tropiece y me rompa el tobillo. Cuando llegamos abajo, mi madre me abraza antes de observarme con una mirada llena de emoción.

—Lo sé —susurro, y asiento con la cabeza cuando Shane viene a escoltarla hasta su asiento.

Noto que alguien posa la mano sobre mi hombro y, cuando me doy la vuelta, me encuentro con mi hermano, sonriente y guapísimo con su traje. Tanner fija la vista en mí y niega con la cabeza.

—Desde luego, no tiene nada que ver con los disfraces que te ponías en casa de la abuela —bromea, y percibo el amor que reflejan sus ojos cuando me agarra las manos—. ¿Estás preparada?

Asiento con firmeza y se me hace un nudo en la garganta de la emoción al pensar en cuando éramos pequeños y solíamos jugar a las bodas en casa de la abuela. Utilizábamos golosinas como anillos y peluches como invitados.

—Nunca he estado más preparada —contesto, y le beso en la mejilla.

Mi estoico hermano se emociona y se le iluminan los ojos.

—Estás preciosa.

Niega con la cabeza una vez más, incrédulo, y después me besa en la mejilla.

—¿Y papá?

Miro por encima del hombro de mi hermano para llamar a mi padre.

—Está tratando de recomponerse —informa Tanner, y me guiña el ojo—. Uno no acompaña a su hija al altar todos los días. Ahora viene.

Asiento, y mi hermano se da la vuelta para ponerse al lado de Quinlan, que ya está llorando. Nuestras miradas se cruzan y ella niega con la cabeza para comunicarme que, si alguna de las dos abre la boca para hablar, acabaremos llorando y no podremos parar.

—Y aquí está la mujer responsable de que cientos de chicas estén llorando hoy al contemplar sus sueños rotos.

Me giro y veo al hombre que cada día me ha caído un poco mejor durante este último año.

—Becks.

Es lo único que puedo decir, pero el aprecio que hay en mi voz le dice todo lo que necesita saber. Lo adoro por muchos motivos, especialmente por juntarnos a Colton y a mí cuando lo único que queríamos era acabar con todo.

—Hola, preciosa —saluda—. Todavía estás a tiempo de huir, si quieres. Su ego no hará más que aumentar después de conseguir su gran premio hoy.

Se me encoge el corazón cuando oigo sus palabras.

—Solo si conduces tú —bromeo, y respiro profundamente para controlar mis emociones.

—Me niego, seguramente me daría una paliza. —Ríe ligeramente y me abraza—. Te está esperando —susurra antes de asentir y alejarse de mí.

Sus palabras dan en el clavo y me concentro en todo lo que me rodea con precisión. La música. Haddie y Quinlan en sus vestidos clásicos negros y sus ramos de flores coloridos. Tanner balanceándose hacia delante y hacia atrás, tratando de ser paciente pero esperando ansioso a que llegue la hora del banquete para quitarse la pajarita. Las cuerdas de la guitarra. El murmullo de todo lo que me rodea. Mi corazón latiendo desbocado.

Estoy preparada.

Haddie da un paso hacia mí para arreglarme la cola del vestido y me doy cuenta de que está llorando. Cuando acaba de ajustarla, me mira con una

sonrisa en los labios.

—Recuerda que a veces el matrimonio puede ser algo difícil. Cuando lo sea, asegúrate de llevar un vestido con cremallera en la espalda.

Río y la miro como si estuviera loca.

—Colton tendrá que tocarte para ayudarte a desvestirte, y lo que verá bajo el vestido hará que se olvide de lo que sea por lo que se había enfadado. —Arquea las cejas—. Y, entonces, vendrá la mejor parte: el sexo de reconciliación.

Haddie ríe y pongo los ojos en blanco.

—Gracias, Had —respondo, y niego con la cabeza, porque aunque estoy segura de lo que voy a hacer, se me ha hecho un nudo en la garganta.

—Te quiero, Ry. —Me da un beso en la mejilla, me muerdo el labio y asiento—. Uno por la suerte.

—Y uno por valiente —susurro, y la beso en la mejilla.

Esta vez no necesito tequila, porque las emociones que siento ya me han embriagado bastante.

Haddie se dirige hacia Beckett mientras Quinlan y Tanner empiezan a caminar hacia el altar, pero se detiene y se gira para mirarme.

—Eh, Ry.

—Dime.

—El día de hoy pasará en un abrir y cerrar de ojos. Todo irá rapidísimo. Asegúrate de empaparte de todo para que puedas recordar el primer día de vuestras vidas juntos.

Ni siquiera puedo respirar porque estoy tratando de no llorar. Asiento y suspiro profundamente para intentar recomponerme. Nos miramos y nos intercambiamos palabras de aliento mentalmente. Después, se gira y rodea el brazo de Becks antes de avanzar hacia el altar.

Echo un vistazo por la cortina porque quiero verlo todo, contemplar hasta el último detalle, pero no hago más que buscarlo con la mirada. Sin embargo, no logro verlo desde mi posición. Así que observo a mi familia y amigos. El equipo de Colton, los orientadores que trabajan conmigo y nuestras familias ocupan todas las sillas y observan cómo nuestros mejores amigos se dirigen juntos al altar. Veo a Dorothea y su sonrisa se ensancha cuando me divisa. Vocaliza «preciosa» mientras me observa, y le da un codazo a Andy, que se

gira inmediatamente. Nuestras miradas se cruzan y asiente sutilmente con una expresión que rebosa asombro y gratitud.

—¿Estás preparada, cariño?

La voz del hombre con el que solía comparar al resto de hombres está detrás de mí, y sé que romperé a llorar en cualquier momento. Me giro y observo a mi padre, que está guapísimo, y me tiembla el cuerpo entero cuando pienso en que ya no volveré a ser su niña después del día de hoy. Tomo aire entrecortadamente mientras mi padre me observa, y me percató de que es incapaz de ocultar las lágrimas.

—Lo has hecho muy bien, Ry.

Asiente y le tiembla la barbilla de la emoción.

Se me escapa una primera lágrima cuando oigo lo que toda niña quiere de su padre: aprobación. Especialmente sobre la persona que ha escogido para pasar el resto de su vida.

—Gracias, papá.

No puedo decir nada más sin arriesgarme a romper a llorar, y sé que él se siente igual, porque ambos apartamos la mirada.

El Canon de Pachelbel empieza a sonar y me entra un escalofrío. Eso significa que me toca salir. Mi padre sostiene el brazo en alto para que lo enlace con el mío por última vez. Siempre será mi héroe y la persona a la que me dirigiré cuando necesite algún consejo, pero es hora de avanzar hacia el hombre con quien crearé nuevos recuerdos.

Mi futuro.

Mi cuento de hadas.

Mi «felices para siempre».

—Nunca te he visto tan hermosa —susurra mi padre cuando salimos por la puerta, y se me nubla la vista—. Tu marido te espera.

Esas palabras agridulces de un padre que está a punto de entregar a su hija casi me derrumban y tengo que obligarme a tragar saliva para controlar las ganas de llorar.

Respiro profundamente y observo los pétalos de rosa coloridos y esparcidos sobre la alfombra de tela blanca que se extiende delante de mí. Parpadeo para deshacerme de las lágrimas, porque cuando alzo la vista para ver a Colton por primera vez, quiero disfrutar de este momento con total

claridad y sin obstáculos. Deseo que sea perfecto.

Igual que el amor que siento por él.

Doy el primer paso. Oigo cómo nuestros invitados se giran para contemplarme y los susurros que intercambian entre ellos cuando lo hacen. Escucho el violín y el sonido de las cámaras que capturan el momento. Siento cómo se me acelera el pulso y el temblor del brazo de mi padre al emprender juntos uno de los caminos más importantes de nuestras vidas. Huelo el aroma de las flores que llenan el jardín trasero y que se mezcla con el de la suave brisa marina. Trato de empaparme de todo y seguir el consejo de Haddie de memorizar todos y cada uno de los detalles.

Y, por encima de todo, oigo cómo Colton toma aire cuando me ve, y ya no puedo esperar más. El cuerpo entero me vibra, ansioso.

Alzo la vista.

Y mis pies se mueven.

Pero mi corazón se detiene. Y, después, empieza a latir de nuevo.

Se me corta la respiración cuando mi mirada se encuentra con la de Colton y veo la expresión de sorpresa en su rostro. Parece que el mundo de este hombre que siempre está tan seguro de sí mismo se haya detenido y se haya puesto patas arriba.

Y lo gracioso es que... es verdad. Desde el minuto en que me tomó entre sus brazos.

Ninguno de los dos aparta la mirada. Ni siquiera cuando beso a mi padre en la mejilla y este estrecha la mano de Colton antes de ir a sentarse junto a mi madre. Ni siquiera cuando Colton toma mis manos entre las suyas y niega con la cabeza mientras ríe.

—Bonita bandera a cuadros.

—Tenía miedo de que no supieras quién era —bromeo, y siento que por fin puedo respirar con normalidad por primera vez en todo el día.

El corazón me late a toda velocidad y me tiemblan las manos, pero estoy con Colton.

—Cariño, habría sabido quién eres aunque hubiese estado ciego.

Y esboza esa sonrisa que le ilumina los ojos y que aporta tanta calidez a mi alma. Me pierdo en sus ojos y en las palabras silenciosas que nos intercambiamos, y ni siquiera me doy cuenta de que la ceremonia ha

empezado hasta que Colton mira a la mujer que la oficia y después a mí. Sus ojos verdes brillan de emoción y su sonrisa se vuelve más dulce cuando me observa.

—Rylee —dice, y niega con la cabeza sutilmente mientras contempla nuestras manos entrelazadas y luego a mí—. Antes era un hombre que avanzaba por la vida sin ningún miramiento y que nunca había pensado en la idea del amor. Creía que no era para mí. Y, entonces, llegaste a mi vida. Viste lo bueno que había en mí cuando yo no podía. Viste posibilidad donde yo no veía nada. Cuando traté de apartarte de mi vida, no me dejaste. —Ríe ligeramente—. Me mostraste tu corazón una y otra vez. Me enseñaste que las banderas a cuadros tienen mucho más valor fuera de la pista que dentro. Iluminaste mi oscuridad con tu altruismo y tu temeridad...

Alza el brazo y me pasa el pulgar por la mejilla para enjugarme las lágrimas que me resbalan por el rostro.

Sus votos personales simbolizan la profundidad del amor que siente por mí. El hombre que juró y perjuró que era incapaz de amar, lo hace a corazón abierto.

—Me has dado una vida que nunca supe que quería, Ry. Y por eso prometo entregarme a ti de todas las formas posibles, con todo mi corazón, sin tapujos ni barreras. Prometo enviarte mensajes con títulos de canciones para que me oigas cuando no quieras escucharme. Prometo motivar tu compasión, porque eso es lo que hace que tú seas tú. Prometo animarte a ser espontánea, porque saltarme las normas es lo que se me da mejor —añade. Esboza una sonrisa traviesa y se le escapa una lágrima—. Prometo jugar mucho al béisbol y asegurarme de tocar cada base. *¡Home run!*

Dice las últimas palabras en una voz tan baja que solo yo la escucho, y río mientras sollozo.

No puedo aguantarme más, así que alzo la mano y le acaricio la mandíbula. No me importa ni un poquito lo que la gente haya asumido sobre ese voto en concreto.

—¿Y esa risa? Prometo hacerte reír así cada día. Y suspirar. También me gusta oírte suspirar. —Me guiña el ojo—. Prometo que nada será más valioso en mi vida que tú. Eso nunca será intrascendente. Las personas que ames, yo también las amaré. —Justo después de decirlo, mira hacia la hilera de sillas donde están todos los chicos sentados—. Hoy prometo ser tuyo y darte todo

de mí, aunque ya sé que una vida entera contigo no será suficiente. Es imposible. —Se encoge de hombros y se me derrite el corazón cuando le tiembla la voz—. Pero, cariño, tengo una eternidad para amarte si me dejas.

—¡Sí! —exclamo, y Colton me desliza el anillo en el dedo.

Me tiembla el cuerpo entero, pero nunca me había sentido tan tranquila ni había tenido las ideas tan claras.

—Te amo —susurra Colton.

Se me cae una lágrima y no hago nada para evitarlo. Colton parece confuso, como si quisiera abrazarme y consolarme, y mira a la mujer que oficia nuestra boda como si le quisiera pedir permiso para tocarme. Me parece muy tierno que mi hombre, que siempre se salta todas las reglas, tenga miedo de romperlas ahora mismo.

Me enjugo las lágrimas con un Kleenex que Haddie me ofrece y respiro profundamente mientras me preparo para decir mis votos.

—Colton, por mucho que intenté resistirme a ello, creo que he estado enamorada de ti desde que aterricé en tus brazos cuando salí de aquel armario. Fue un encuentro furtivo. Viste una chispa en mí, a pesar de que llevaba mucho tiempo sumida en la más profunda tristeza. Me mostraste el amor cuando jurabas que no existía. Me enseñaste que merecía la pena sentir después de pasar tanto tiempo sin permitirme hacerlo.

Niego con la cabeza y observo nuestras manos antes de alzar la vista y fijarla en sus ojos.

—Me enseñaste que las cicatrices, tanto si son visibles como si no, son hermosas, y que tenía que aceptarlas sin miedo. Me enseñaste quién eras tú de verdad, me dejaste entrar, a pesar de que nunca se lo habías permitido a nadie. Me mostraste tanta fortaleza y valentía que no me quedó más remedio que amarte. Y, aunque nunca lo supiste, me enseñaste tu corazón una y otra vez. Todas y cada una de sus partes maltrechas.

Respiro hondo mientras mis manos temblorosas se aferran a las suyas con fuerza.

Y nunca olvidaré la mirada llena de aceptación, adoración y respeto que me dirige. Se le escapan algunas lágrimas, lo cual dista mucho de la intensidad que hay en su rostro, pero también veo vulnerabilidad en él. Siento el amor.

—Dices que iluminé el mundo oscuro en el que estabas, pero no estoy de

acuerdo. Tu luz siempre ha estado ahí, yo solo te enseñé a dejarla brillar. Me has dado la vida que siempre he deseado. Y por eso prometo entregarme a ti con mi rebeldía, mi altruismo y todo el alfabeto, con todo mi corazón, sin tapujos ni barreras.

Sin poder evitarlo aunque vaya contra las normas, me inclino hacia delante y le beso con dulzura. Cuando me aparto, el brillo que hay en sus ojos y la sonrisa que esboza es algo que recordaré el resto de nuestras vidas.

—Eres una rebelde —bromea, y arquea una ceja mientras me preparo para acabar de decir mis votos.

—Aprendí del mejor. —Niego con la cabeza y fijo la vista en él de nuevo —. Prometo apoyar tu espíritu libre y tu rebeldía, porque eso es lo que hace que tú seas tú. Prometo retarte y animarte para que sigamos creciendo juntos y nos convirtamos en las mejores versiones de nosotros mismos. Prometo ser paciente y tomarte de la mano cuando menos quieras que lo haga, porque eso es lo que se me da mejor. Prometo enviarte títulos de canciones también para mantener abiertas las vías de comunicación entre nosotros. Y prometo llevar vestidos con cremalleras en la espalda —añado de repente.

Colton mira hacia Haddie, que se ríe detrás de mí. Después, me observa otra vez.

—Prometo darte una vida entera de risas, helado para desayunar y tortitas para cenar. Sabes lo mucho que me gusta ondear la bandera a cuadros, así que prepárate, cariño. —Mi sonrisa hace juego con el amor inmenso que siento por él y que crece cada día—. Prometo que nada será más valioso en mi vida que tú, porque todo lo demás es intrascendente, pero tú nunca lo serás. Recuerdo estar en un Starbucks, observándote y preguntándome cómo sería tener la oportunidad de amarte, y ahora tengo toda una vida para descubrirlo. Y, aun así, no creo que sea suficiente.

Agarro el anillo que me entrega Haddie, que tiene un diseño igual al de la bandera a cuadros grabado en él, y lo deslizo en el dedo de Colton.

Becks empieza a burlarse y todos los invitados ríen. Por mucho que quiera darle una paliza, jamás podría hacerlo. Esta es mi vida ahora, y él forma parte de ella.

—Tú serás el siguiente, imbécil —susurra Colton, y tanto Becks como yo nos echamos a reír.

Al cabo de un minuto, las risas se disipan y todo el mundo vuelve a

centrarse en nosotros.

—Colton, tenemos una eternidad para amarnos, si me lo permites.

—Sabes que esto es permanente, ¿verdad? —pregunta en voz baja, y me recuerda al símbolo que siempre me decorará la cadera.

Asiento sutilmente mientras me observa con la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos brillantes y una sonrisa encantadora.

—No querría a nadie que no fueras tú a mi lado.

Colton baja la vista para observar la nueva alianza en su dedo anular y niega con la cabeza, como si tratara de asimilar lo que acaba de suceder. La expresión que hay en su rostro no tiene precio. Y, con una mirada impaciente que podría competir con la de los chicos, mira hacia la mujer que oficia la ceremonia.

—Sí, Colton. —Ríe, porque sabe perfectamente lo que quiere—. ¡Puedes besar a la novia!

Asombro y amor me recorren todo el cuerpo.

—¡Gracias a Dios! —Suspira, da un paso hacia delante y me rodea el rostro con las manos—. Esta es una bandera a cuadros que siempre me llevaré a casa.

Entonces, posa los labios sobre los míos y siento nuestra conexión irrefutable. Acto seguido, oigo que anuncian:

—Amigos y familiares, os presento al señor y la señora Donavan.

Epílogo 1

Diez años más tarde

La vibración del motor resuena en mi pecho mucho antes de que el coche empiece la siguiente vuelta. Quedan cuatro para el final. No le quito los ojos de encima mientras lo veo sortear el tráfico en su antepenúltima vuelta, y me pregunto si siempre será así. Si siempre seré un manojo de nervios cuando él esté en la pista de carreras.

Definitivamente. Sin ninguna duda.

Oigo cómo cambia de marcha cuando le quedan dos vueltas; la única zona que no veo desde donde estoy es la línea de salida, así que observo la pantalla que tengo delante. Escucho que el comentarista se pone cada vez más histérico, y sonrío, orgullosa.

—Donavan va a toda velocidad. Solo le queda una vuelta para llegar a la línea de meta, donde le espera la bandera a cuadros ondeante, y si consigue hacerlo el primero, encabezará el *ranking* de puntuaciones de esta temporada. El tráfico se echa a un lado cuando Donavan empieza la última vuelta y, ahora, no hay nada ni nadie que lo pare.

Su entusiasmo es contagioso. En ese instante, clavo la vista en la pantalla y veo cómo el coche vuela hacia la línea de meta.

Y, aunque estoy presenciando el resultado de la carrera, la ansiedad que siento no desaparecerá hasta que lo estreche entre mis brazos de nuevo.

—¡Y Donavan llega primero! ¡Ha conseguido llevarse la bandera a cuadros una vez más en el circuito de Indy Lights Grand Prix, señoras y

señores! Otra carrera exitosa más para este talentoso piloto, y sé que veremos mucho más.

El box entero estalla en gritos de entusiasmo, pero ni siquiera me paro a hablar con el equipo, porque me quito los auriculares de inmediato y corro escaleras abajo. Todo el mundo sabe cómo van las cosas a estas alturas, así que no me preocupa quién está con quién o dónde nos encontraremos de nuevo. Me abro paso entre la multitud justo a tiempo para ver cómo el coche avanza victorioso sobre el asfalto blanco y negro.

El cuerpo me vibra de emoción y se me hace un nudo en la garganta cuando veo que todo el equipo se le echa encima y le da palmaditas en el capó del coche, en la espalda y en el casco para felicitarlo. Me quedo atrás para dejar que el equipo tenga su momento con él, pero me muero de ganas de felicitarlo yo misma.

Observo cómo se pasan el volante y él sale del coche. Unas manos lo ayudan a poner los pies en el suelo y a estabilizarse después de haber pasado cinco horas sentado.

El equipo da un paso hacia atrás cuando un hombre se aproxima a él. Así ha sido la rutina para darle buena suerte durante este último año. El corazón me rebosa de amor mientras el hombre del que me enamoro más y más cada día avanza hacia delante y ayuda al piloto a desabrocharse el casco.

La prensa nos empuja para acercarse más, pero me quedo quieta donde estoy para presenciar el momento que me emociona cada vez que lo veo. Es un instante que nunca perderá el impacto que tiene en mí.

El piloto se quita el casco y el pasamontañas blanco en un solo movimiento, y mis ojos se clavan en los de Zander, que brillan con el mismo orgullo y emoción que siento por él. Colton agarra el casco y abraza a nuestro hijo con fuerza. Sé lo que Colton le está diciendo. Lo mismo que le ha dicho miles de veces durante estos últimos años.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo. Te quiero.

Son las palabras que Colton no quiere que Zander olvide o que le dé vergüenza decir. Trago saliva para deshacerme del nudo que se me ha hecho en la garganta. Colton pasa una mano por el pelo de Zander y retrocede un paso para dejarlo disfrutar de su momento.

Colton desaparece en medio de la multitud y Beckett aparece junto a Zander y le rodea el hombro con un brazo para felicitarlo antes de que los

medios de comunicación lo acaparen.

Me quedo en mitad del cúmulo de personas que me rodean y espero, porque sé que él me encontrará. Unos minutos después, siento cómo desliza las manos por mi cintura y me acerca a él. Percibo el contraste de mi cuerpo relajado contra sus músculos de acero y, al mismo tiempo, noto sus labios a la altura de mi oreja.

—Zander lo ha hecho muy bien hoy, ¿verdad?

Su tono de voz ronco me hace cerrar los ojos un momento y preguntarme a mí misma cómo es posible que, después de diez años, ese sonido cause semejantes estragos en mí. Todavía me eriza la piel, igual que la primera noche que nos conocimos.

Inclino la cabeza hacia un lado y su barba me cosquillea la mejilla cuando acerco la boca a su oreja para que pueda escucharme por encima del ruido de los comentaristas y de la locura que nos rodea.

—Mejora con cada carrera —comento, y le planto un beso largo en la parte de debajo de la mandíbula—. Tiene un gran profesor —añado con los labios contra su piel—. Ahora te toca a ti llevarte la bandera a cuadros a casa.

Alzo la vista justo a tiempo para verlo arquear una ceja y esbozar una sonrisa pícaro, y sé que no está pensando en la carrera que tiene la semana que viene. No puedo evitar que se me escape la risa.

—¡En la pista de carreras, As! ¡Ya has reclamado la que tienes delante!

—Ya lo creo que sí.

Ríe antes de darme otro beso casto en la coronilla y se queda con los labios presionados ahí durante unos segundos.

—Tengo que volver con el equipo. Nos vemos dentro de un rato.

—Vale. Dile a todo el mundo que la cena de mañana es a las seis y media y que quiero que sean puntuales, ¿de acuerdo?

—Perfecto —contesta, y me gira entre sus brazos para mirarme a los ojos un momento y dedicarme la sonrisa que tanto me gusta.

Colton lleva muy bien los años. Tiene algunas líneas de expresión alrededor de los ojos, pero aún conserva el aspecto de Adonis que hace que se me pare el corazón.

Se inclina hacia delante para besarme y necesito todas mis fuerzas para no

perderme en él. Porque, después de todo este tiempo, todavía no he tenido suficiente de Colton.

Como con muchas otras cosas, Colton percibe el deseo que despierta en mi interior y esboza una ligera sonrisa antes de darme otro beso. Luego, se acerca a mi oreja y susurra:

—Ya disfrutaremos todo lo que queramos después.

—¿Qué ha pasado con el «cuando quiera y donde quiera», As?

Me encanta la risa despreocupada que emerge de sus labios y que incline la cabeza hacia atrás para abandonarse a ella por completo. Colton niega con la cabeza y se limita a observarme, pero aparta la vista un par de veces para mirar algo que hay detrás de mí.

—Creo que ya te he demostrado esa teoría esta mañana, señora Donavan.

Sus palabras hacen que el fuego que ha encendido unos minutos antes regrese con sed de venganza. Colton me desliza un dedo por la mejilla.

—Estaré más que encantado de demostrártelo otra vez esta noche.

—Oh, no te preocupes. —Sonrío—. Ya lo has demostrado de sobra.

—Ya lo creo que sí, cariño —susurra con un tono sensual.

Me pasa la mano por la parte baja de la espalda y me presiona contra su cuerpo hasta que siento cada centímetro de él contra mi barriga. Lo único que puedo hacer es tratar de respirar con normalidad, a pesar de que mi cuerpo arde en deseos de devorarlo.

—Joder, te amo —admite Colton, y me ofrece un beso casto antes de guiñarme el ojo y regresar junto a Zander y el resto del equipo.

Me quedo mirándolo mientras se aleja de mí con la espalda recta y la cabeza bien alta. Sigue siendo tan *sexy*... Niego con la cabeza y me acuerdo de todas las veces que se alejaba de mí en su traje ignífugo hace tantos años. Del modo en que decía mi nombre, de cómo encontró el valor para decirme que me conducía, y de cómo cambió mucho más que nuestras vidas para siempre.

Epílogo 2

Colton

La casa parece un gallinero con tanto ruido.

Justo como a Ry le gusta. Aunque no sé muy bien por qué, ya que siempre está a rebosar de testosterona, lo cual supera su pequeña cantidad de estrógeno.

Miro hacia el jardín trasero a medida que bajo por las escaleras y veo a Shane hablando con Connor sobre cómo le va con su nuevo trabajo mientras rodea a su mujer por la cintura con un brazo y sujeta una botella de cerveza.

Todos los chicos han venido para nuestra cena familiar mensual, como Ry la llama, incluso aunque algunos de los chicos —bueno, ahora son más bien hombres— ya han formado su propia familia.

—Hola, Shane —saludo, y atravieso las puertas abiertas que dan al jardín trasero—. Tengo unas cuantas cervezas más aquí si quieres —bromeo, y él se ríe y pone los ojos en blanco.

—No, gracias. Con una tengo suficiente —responde, y alza la botella a modo de brindis con una amplia sonrisa.

Me echo a reír cuando me acuerdo de él, resacoso y a punto de vomitar.

Avanzo por el pasillo y trato de asimilarlo todo. Aiden lleva puesta la camiseta del equipo de béisbol de la Universidad de California de Los Ángeles, porque acaba de venir del entrenamiento, y está con Zander, que lleva unos pantalones cortos anchos y la gorra hacia atrás y esboza una sonrisa relajada. Scooter está sentado en el porche jugando con los muñecos

de Spiderman con el hijo de dos años de Shane. Joder.

Ver esto hace que me sienta viejo de cojones.

Han venido todos, excepto Kyle y Ricky. Me sabe mal por las chicas de primero de la Universidad de Stanford por tener que resistirse a los encantos de esos dos. O quizá es su tipo de vudú. No hay nada que esas chicas puedan hacer al respecto. Les romperán el corazón.

Serán unos donjuán.

Pensar en Kyle y Ricky me recuerda aquella primera noche. Ni siquiera reprimo la sonrisa que se me escapa cuando pienso en los corazones que yo también rompía... Menudos tiempos aquellos. Todo cambió cuando una chica con el pelo ondulado se estrelló contra mi vida, se aferró fuerte a ella y nunca me dejó escapar. Era un desafío con curvas y puso mi mundo patas arriba cuando abrí ese maldito armario.

Y gracias a Dios que lo hice.

Mi Rylee.

Y, entonces, oigo su voz en la cocina y me dirijo hacia ella sin pensármelo dos veces. Entro por la puerta, y todo el amor que nunca pensé que podría sentir se apodera de mí por completo cada vez que los veo así.

Hay ollas hirviendo en los fogones, comida calentándose en el microondas y suena una canción de Goo Goo Dolls, pero ni siquiera me percató de todo ello porque tengo la vista clavada en lo que hay delante de mí y el corazón me late desbocado. Están sentados con las piernas cruzadas en el suelo, rodilla contra rodilla, y ríen incontrolablemente por algún secreto suyo. El suelo, su pelo y sus rostros están llenos de harina, y se observan mutuamente con total adoración en la mirada.

Me quedo ahí de pie mientras los observo y me duele el alma de la mejor manera posible, porque soy el hombre más afortunado en la faz de la tierra. He ido al infierno y he regresado, pero ha merecido la pena por lo que tengo ahora. Siento emociones que ya no se me hacen tan raras.

Y no podría imaginarme vivir sin ellas.

Las risillas se detienen y un par de ojos verdes alzan la vista para mirarme. Tiene las pestañas negras, pecas en la nariz cubierta de harina y una sonrisa traviesa. Se queda observándome para determinar si me enfadaré por haber participado en este desastre.

Entonces, unos ojos de color violeta se clavan en los míos y Rylee me

dedica una leve sonrisa con esos labios que adoro. Me impresiona lo fácil que me resulta quedarme embobado con esa sonrisa cada vez que la veo, sin importar los años que han pasado. Hace que quiera estrecharla entre mis brazos, compartir todos mis secretos con ella y hacerle el amor hasta que no se acuerde ni de su nombre.

Sus poderes vudú siguen teniendo el mismo efecto en mí.

Y no querría que fuese de ninguna otra manera.

Contengo la sonrisa que se me está a punto de escapar, porque soy un blando en todo lo que tiene que ver con él por mucho que lo niegue, y trato de hacerme el duro.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto, y doy un paso hacia delante.

Rylee se sacude las manos y forma una nube de harina a su alrededor, lo que hace que ambos estallen en risas de nuevo.

Avanzo, dejo que la harina cubra la planta de mis pies descalzos y me agacho junto a ellos. Alterno la mirada entre los dos antes de estirar el brazo y mancharle a él la nariz de harina.

—Por lo que veo, habéis dejado la cocina hecha un desastre —comento, intentando hacerme el duro, pero fracaso estrepitosamente.

—¡Vaya, gracias, eres muy observador! —contesta con un tono sarcástico, y se echa a reír.

—¡As Thomas!

Ry riñe a nuestro hijo, pero sus palabras ya han hecho que me caiga de culo al suelo de la risa.

Observo su rostro atentamente, lo estudio como si fuera un mapa y buscara alguna pista para encontrar el tesoro, lo que sea que pudiera ayudarme con lo que acaba de contestar, pero no encuentro nada en la mirada traviesa de esos ojos verdes que me rompen el corazón. Es clavadito a mí.

—Eh.

La voz seductora de Rylee me devuelve a la realidad y me aleja de los recuerdos de los helicópteros de plástico, las tiritas de superhéroes que cubren un dedo índice y el ruido. Son pensamientos que no recuerdo muy bien, pero que, por alguna razón, ahora parecen tan claros como el agua. Niego con la cabeza para deshacerme de la confusión antes de fijar la vista en ella.

—Dime.

—¿Estás bien?

Estira el brazo y coloca la mano en mi mejilla mientras me observa.

Y, entonces, él empieza a reírse y hace añicos los pensamientos que se habían apoderado de mí. Acto seguido, señala la harina que ahora tengo en la cara.

—¿Qué? —gruño con una voz de monstruo.

El niño de casi seis años grita y ríe cuando le hago cosquillas.

—¡Ahora tú eres el monstruo de la harina! —exclama, y trata de deshacerse de mí y de mis cosquillas.

Unos segundos después, dejo que se escape, lo persigo y lo abrazo. Se resiste un poco más, pero al final me rodea la nuca con los brazos y se aferra a mí.

Estos bracitos me conmueven profundamente, porque definen todo lo que soy. Me detengo unos segundos para respirar profundamente y apreciar este momento: mi hijo, la harina y un poco del perfume de vainilla de Ry en el ambiente. Cierro los ojos.

Supongo que al final estaba en las cartas.

Por mucho que corriese.

Él me ha salvado.

Entonces y ahora.

Justo como lo hizo su madre.

Noto la mano de Rylee en la espalda y sus labios contra mi hombro, y cuando abro los ojos para mirarla, sonrío. Es mi alfabeto.

—Creo que nuestro monstruo de la harina tiene que darse un baño antes de la cena —informa Rylee.

—Qué va —digo. Le alboroto el pelo y el aire se llena de harina de nuevo —. No hay nada que tirarse de bomba en la piscina no arregle, ¿verdad, As?

—¡Yuju! —exclama, y me choca los cinco antes de salir escopeteado de la cocina.

Lo observo correr y tirarse a la piscina, y Zander grita cuando el agua lo salpica.

—Se te cae la baba con él —afirma Rylee, que se acerca al grifo para lavarse las manos llenas de harina.

—¿Y a ti no? —pregunto, y niego con la cabeza.

Avanzo hacia ella y le rodeo la cintura con los brazos por la espalda antes de acercarla a mí. Tener su culo presionado contra mi polla solo hace que el deseo que siento por ella aumente y que me entren ganas de subírmela al hombro y llevármela al dormitorio.

Le planto un beso en el cuello. Incluso después de todo este tiempo, su cuerpo responde instantáneamente al mío. Se le eriza la piel, se le entrecorta la respiración y se le escapa uno de esos suspiros que me vuelven igual de loco que si me rodeara la polla entre las manos. Y si su precioso cuerpo no fuera suficiente para ponerme cachondo, el modo en que responde a mis caricias lo consigue con facilidad.

Eso y lo mucho que sé que me ama. Por muy imperfecto que sea.

¿Cómo es posible que haya tenido tanta suerte?

Niego con la cabeza mientras toda la mierda que me ha sucedido en la vida se me pasa por la mente. Suelto una risilla, porque las cosas que más me impactan, los recuerdos que significan más para mí, empezaron en un maldito armario junto a esta atrevida mujer que tengo entre mis brazos y que me conquistó, me agarró de los huevos y me dijo que nuestra relación no era negociable.

Y aún tenemos toda una vida por delante para que ella tome las decisiones que quiera, porque mis cojones siguen justo donde tienen que estar: en la palma de su mano.

—¿De qué te ríes? —pregunta.

—Solo estaba pensando en la cara que pusiste cuando te dije que había ganado la subasta —contesto, y veo el recuerdo con claridad en mi mente—. Estabas tan enfadada...

—¿Qué mujer no lo habría estado cuando parecías tan arrogante?

Rylee se echa a reír y, luego, suspira ligeramente.

Su exhalación hace que se me empiece a poner dura.

—¿Arrogante? ¿Yo? Nunca —replico.

—¡Sí, claro! Sé que amañaste esa subasta, As.

Y estallo en risas. Dios, amo a esta mujer. Han pasado diez años y es igual de peleona que el primer día.

—Cariño, me aferraré esa respuesta para siempre —respondo, y le beso la nuca.

—Eso es imposible —susurra, y alza la barbilla para besarme en la mandíbula—, porque estarás aferrado a mí.

Ya lo creo que sí.

La abrazo más fuerte porque no quiero soltarla todavía. ¿Qué piloto no quiere aferrarse a su bandera a cuadros lo máximo posible?

Al menos sé que la mía solo ondea para mí.

Mi kryptonita.

Mi alfabeto, de la A a la Z.

Mi Rylee.

Agradecimientos

¡Madre mía! ¿Por dónde empiezo? Me criticaron porque mis agradecimientos para *Driven 2. Cegados por la pasión* eran muy largos, así que si eres una de esas personas, te sugiero que te saltes esta parte.

Hace poco más de nueve meses publiqué *Driven. Guiados por el deseo*. No estaba muy segura de lo que esperaba que sucediera. Solo sé que mi madre y mi marido no dejaban de repetirme que no me hiciese ilusiones. Podría mentiros y decir que me imaginaba que a mucha gente le encantaría y que mi carrera como escritora se dispararía de la noche a la mañana. En realidad, estaba aterrada. Nunca había hecho algo así, que me obligara a ponerme de cara al público para que me analizaran y me criticaran, o incluso para que me elogiaran. Yo solo esperaba que alguien comprara el libro sobre un piloto de coches de carreras arrogante y seguro de sí mismo y una heroína luchadora y creíble. Sí, utilicé la fórmula clásica argumental de «chica buena conoce a chico malo», pero esperaba que aquellos que lo leyeran por ese preciso motivo descubrieran que yo sabía escribir, contar una historia, llevarte a un mundo nuevo y hacerte sentir. Y hubo mucha gente que lo compró. Y otros que criticaron mi argumento. Pero también hubo otros que se enamoraron de Rylee, Colton y los chicos.

Hace poco más de seis meses publiqué *Driven 2. Cegados por la pasión* con expectativas diferentes y decidida a demostrar que podía escribir una línea argumental original yo sola. Que podía darle mi toque personal al maldito «segundo libro» de una trilogía y hacer que destacara de los demás con los que se le comparaba. Reescribí la mayoría de lo que ya tenía: añadí el punto de vista de Colton en los capítulos, e incorporé los superhéroes y el «te

conduzco». Y, cuando lo publiqué, estaba más segura de que este libro podía hacer que mis intentos de ser una escritora de verdad fracasaran o tuvieran éxito.

Nunca podría haber esperado lo que sucedió después, nunca podría haberme esperado que agentes literarios empezarían a llamarme (agentes que en el pasado habían rechazado mis manuscritos, todo sea dicho), que otros autores a los que admiraba me enviarían correos electrónicos o que los lectores amarían el mundo y la historia que había creado. La única palabra que se me ocurre para describir mejor estos últimos cinco meses es «surreal». Completa y totalmente surreal.

Empecé a escribir la tercera entrega de esta trilogía con un borrador de ochenta páginas y la presión de los lectores para que lo escribiera rápido. ¿Menuda motivación, no? Pero, al mismo tiempo, me consideraba muy afortunada por el hecho de que todas aquellas personas quisieran más. Sé que muchos escritores trabajan durante toda su vida para conseguir llegar a este momento, así que no quería desperdiciar esta oportunidad que se me había brindado por nada del mundo. Cuando empecé este libro, tuve muchos problemas para conseguir que cumpliera las expectativas que había creado con el segundo. ¿Cómo iba a escribir algo con lo que los lectores pudieran identificarse tanto como la canción de los superhéroes o el «te conduzco»? Durante los dos primeros meses me resultó muy difícil escribir. Y, entonces, me di cuenta de que esta última entrega no tenía que ser igual que el segundo libro, no tenía que tener el mismo final impactante, porque esta era una parte diferente de la historia de Colton y Rylee. Así que, después de aquella revelación, las cosas empezaron a ir mucho mejor y acabaron convirtiéndose en lo que acabáis de leer.

Espero de verdad que hayáis disfrutado de la conclusión de la historia de Colton y Rylee. Estoy muy orgullosa del viaje que han emprendido, de la sanación por la que han pasado y del lugar donde han acabado, pero también me he quedado con una sensación un poco agrisada al haber llegado a la conclusión de esta historia, porque igual que vosotros os habéis enamorado de ellos y de los chicos, yo también.

Y, hablando de eso, me han llegado un montón de cartas de lectores a quien les ha conmovido la historia del abuso de Colton y el modo en que la escribí, ya sea por experiencia propia o por la de un ser querido. Se me ha

roto el corazón al oír vuestras historias y, a la vez, me he sentido honrada de que creyerais que describía las situaciones y los efectos psicológicos fielmente. Me gustaría que no cargarais con ese conocimiento para decirme eso. Y para aquellos que sobreviven hora a hora, día tras día, vuestra fuerza me impresiona. Sé que los recuerdos nunca desaparecerán, pero espero que algún día, como Colton, podáis dejar el pasado atrás y seguir adelante.

Hay algunas personas que me han ayudado a dar forma a este libro y me gustaría dedicar un momento para mencionarlas. Ante todo, gracias a mi marido y a mis tres hijos pequeños, que han sido los que han hecho el mayor sacrificio para que pudiera escribir este libro lo más rápido posible. Pasaron de tener una madre y una esposa que siempre está presente, que nunca se olvida de nada y que está preparada para lo que sea, a tener una que casi siempre se queda soñando despierta, se despista normalmente y, a veces, se resiste a todo lo que sea espontáneo porque quiere acabar el capítulo ahora que lo ve claramente en su cabeza.

En segundo lugar, tengo que dar las gracias a Beta Biggs y a Beta Yeti. Este libro ha recorrido un largo camino desde su reacción inicial, que hacía que el capítulo 15 pareciera el capítulo 6 (es decir, que la historia era demasiado lenta), y por eso y otras muchas cosas os estaré eternamente agradecida. Gracias por darme un empujoncito, por retarme a haceros sentir más y por todos esos comentarios de «Sé que puedes hacerlo mejor». Vuestras aportaciones fueron maravillosas; los mensajes, inolvidables; y todo el proceso, indoloro (bueno, a veces). También os merecéis un poco del mérito de este libro, porque me habéis ayudado a dar un final memorable a la historia de Rylee y Colton, del que estoy orgullosa.

También tengo que dar las gracias a Beta Who y Beta Haw por sus consejos y su total honestidad. Siempre os estaré agradecida por ello y nunca me enfadaré, incluso si decido decantarme por otro camino. Los amigos son más importantes que los libros. Siempre.

Gracias a mis anteriores lectores beta.

Y hay un grupo de mujeres locas, unas 7.500 y sumando, que se hacen llamar V. P. Pit Crew en Facebook. Me habéis dejado sin palabras con todo vuestro apoyo, vuestra motivación, las amistades que habéis entablado y la comunidad que habéis creado a partir de estos libros. Vuestro apoyo infinito y vuestra implicación hace que me sienta la escritora más afortunada del mundo.

Puede que la trilogía de *Driven* haya acabado, pero el grupo no. Ah, chicas, ¿habéis visto mis homenajes a vosotras en esta entrega?

También me gustaría dar las gracias a mis maravillosas administradoras (Cara Arthur, Amy McAvoy y Cristina Hernandez) y a la asistente de Colton (Lara) por todo lo que han hecho por mí sin pedirme nada a cambio. Chicas, las amistades que hemos hecho son mucho más valiosas que los libros que nos han unido, y siempre os estaré agradecida por ello. #Beckspert #TheRealMrsDonavan #WalkersChristinas #LaraMetHimFirst... Os lo agradezco de todo corazón. No podría haberlo conseguido sin vosotras.

Gracias a Mazanne Dobbs de *The Polished Pen*. Muchas gracias por pulir mis palabras y hacer que brillen. También tengo que darte las gracias por responder a mis múltiples preguntas y ofrecerme la sabiduría para soportar el torbellino que predijiste que se formaría. Siempre te estaré agradecida y nunca volveré a escribir «Action beat» sin acordarme de ti... Bueno, seguramente será para maldecir en tu nombre, pero siempre desde el cariño.

Gracias a Deborah de Tugboat Designs. Gracias por tener el valor de dar tu opinión y decirme que me había equivocado con mi primera elección para la portada de este libro. Me siento muy afortunada de tener a tantas personas como tú en mi equipo, que cuidan de mí por razones que no les benefician a ellos mismos. Me alegra que opinaras al respecto, porque tenías razón: este tercer libro tenía que contar con una pareja en la portada. Y cuando observas las tres juntas, quedan perfectas.

Gracias a Stacy de Hayson Publishing por ser tan paciente mientras editaba la historia un poquito más y por hacer que este libro tuviera un aspecto hermoso y profesional y mantuviera ese toque de la bandera a cuadros.

Gracias a Amy Tannenbaum por ser paciente con esta autora independiente y desconfiada que fue un poquito brusca contigo durante nuestras primeras conversaciones. Precio tu sabiduría y tus consejos, y tengo muchas ganas de ver hacia dónde damos el siguiente paso en este viaje.

Gracias a las blogueras... Me faltan palabras para expresar toda la gratitud que siento por el apoyo que me habéis dado a mí y a mis libros. Algunas de vosotras habéis estado conmigo desde el principio, cuando os envié las peticiones para leer *Driven. Guiados por el deseo* en abril de 2013. Sois el motivo por el que los lectores han decidido leer estos libros. Por

vuestra publicidad gratuita, digamos... Nunca lo olvidaré. Muchísimas gracias por todo lo que habéis hecho para ayudarme a promocionar estos libros y por participar en las mil ideas que se me ocurren.

Gracias a Jodi Ellen Malpas por dejar que le hiciera preguntas sobre lo que pasaría a continuación, por respondérmelas con honestidad y por comprender lo ridículamente difícil que es decirle adiós a un hombre de ficción. Gracias a Raine Miller, Laurelin Paige, BJ Harvey y a los otros múltiples autores por responder a las preguntas de esta novata. Gracias a Trisha y a Clara por enseñarme a reír durante toda esta experiencia, algo que solo puede suceder con años de amistad que ya van por los dos dígitos.

Gracias a mi dulce Parker. ¡Mira, tus superhéroes también han llegado!

Y, por último, gracias a mis lectores. Sois geniales y me dejáis sin palabras cada día con vuestras notas, correos electrónicos y comentarios. Sé que es triste que la serie *Driven* haya finalizado, pero os aseguro que no lo habéis visto todo de Colton y Rylee. Mientras, recibiréis un libro sobre Becks y Haddie. Y si aun así echáis de menos a Rylee y a Colton, tengo algo para mantener la llama que se llama C.R.A.S.H. Dash. Para más información, dirigíos a: www.kbromberg.com/?page_id=743 o www.facebook.com/Crash13Dash

Como siempre, gracias por leer mis libros y por vuestro apoyo infinito.

Sobre la autora



K. Bromberg es una autora *best seller* que ha estado en las listas de más vendidos del *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *USA Today*. Desde que debutó en 2013, ha vendido más de un millón de ejemplares de sus libros, novelas románticas contemporáneas y con un toque *sexy* protagonizadas por heroínas fuertes y héroes con un pasado oscuro.

Vive en el sur de California con su marido y sus tres hijos. Reconoce que

buena parte de las tramas de sus libros se le han ocurrido entre viajes al colegio y entrenamientos de fútbol.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librereros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

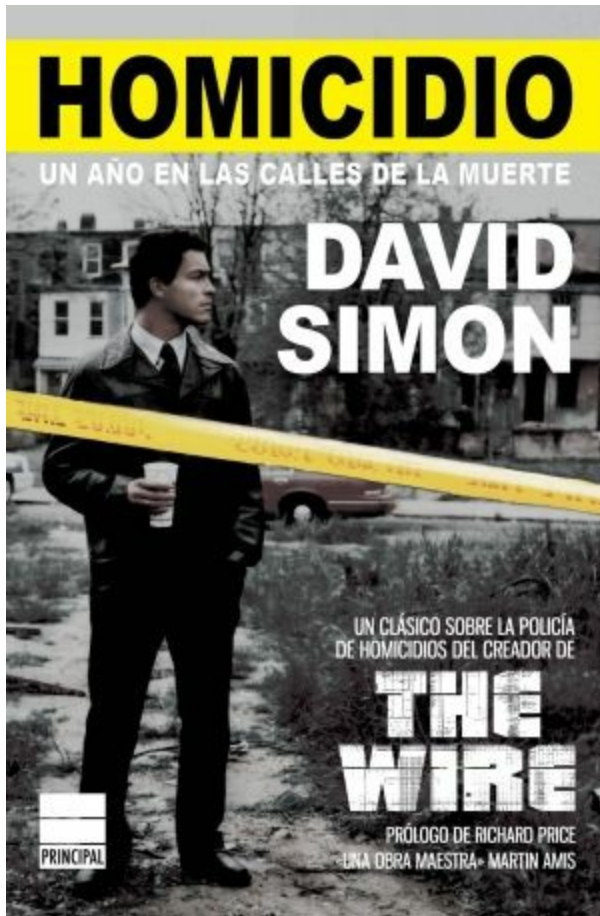
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

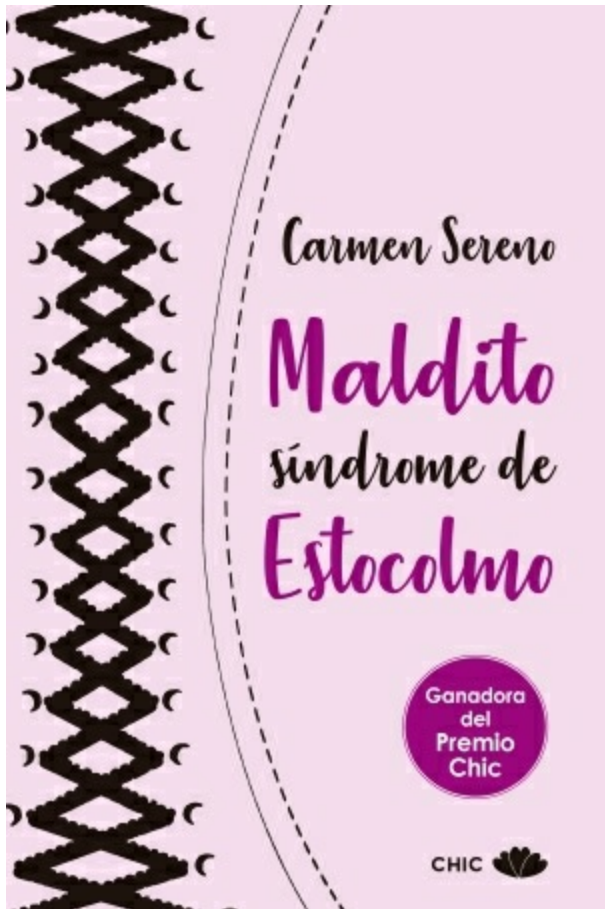
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?


[Cómpralo y empieza a leer](#)



Carmen Sereno

Maldito
síndrome de
Estocolmo

Ganadora
del
Premio
Chic

CHIC 

Maldito síndrome de Estocolmo

Sereno, Carmen

9788417333324

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Quién eres realmente, Eric Grau, y qué ocultas bajo esa piel tan fría? Ana empieza a trabajar en Laboratorios Grau, una multinacional farmacéutica. Su jefe, Eric Grau, un hombre alto y atractivo al que todo el mundo llama Iceman, tiene fama de ser arrogante y despiadado, además de un auténtico depredador sexual. Al principio, la relación entre ambos es muy tensa, pero, poco a poco, la joven descubrirá que su implacable jefe no es el hombre de hielo que todos creen. ¿Podrá Ana resistirse al síndrome de Estocolmo que Eric despierta en ella?

[Cómpralo y empieza a leer](#)